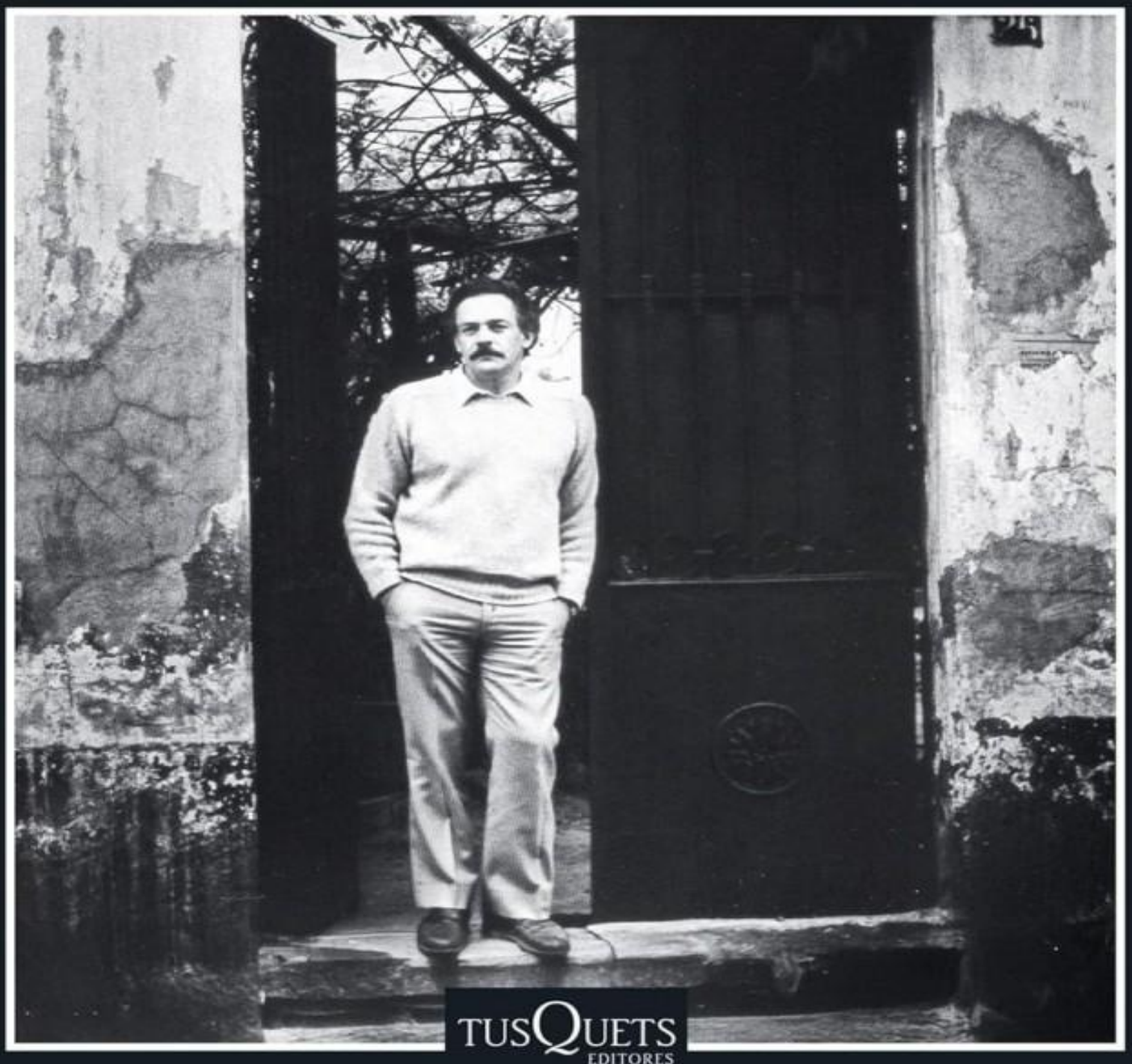
Gonzalo Celorio

ESE MONTÓN DE ESPEJOS ROTOS

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Lema

Prólogo

I

Vea mejor sin anteojos
El invierno tan temido
«Por do más pecado había»

II

Leer
Primer acto
Mil novecientos sesenta y siete Un parteaguas
Segundo acto
Alfa y Omega
Primera paternidad
Tercer acto
La Ibero
Segunda paternidad

III

Mi nombre
Tiziano 26
La casa
Modo de muerte
Gineceos
Del tablao flamenco a la literatura infantil
El Bar de Hada
Coreografía en tres cuadros
Nostalgia prematura
Con su música a otra parte
El velorio de mi casa

IV

Un momento de su atención, por favor
La tarima
Extensión académica
Mi efímero paso por Bellas Artes
La loca de la casa
Edmundo O'Gorman Mi abuelo académico
Retorno al magisterio
Un río español de sangre roja

V

¿Cuánto me quieres?
Mis libros
¡El caballo habló!
Carlos Fuentes Cuatro frente a uno
El Fondo

Silvia Garza y la Cátedra Alfonso Reyes
La Feria Internacional del Libro de Guadalajara
La Academia Mexicana de la Lengua

VI

El Espíritu Santo
Desde la pandemia
Nieto y abuelo
La palabra

Agradecimientos

Créditos

GONZALO CELORIO

ESE MONTÓN DE ESPEJOS ROTOS

TUSQUETS EDITORES

Memorias in memoriam
Hernán Lara Zavala

Somos nuestra memoria,
somos ese quimérico museo de formas inconstantes,
ese montón de espejos rotos.

JORGE LUIS BORGES, «Cambridge»

Prólogo

Es lo que hay

Cuando salió a la luz mi libro *Mentideros de la memoria* en 2022, el escritor español Jesús Marchamalo me hizo una entrevista larga para la centenaria *Revista de Occidente*. En ella, respondí a sus preguntas sobre la «poética» de mis novelas memoriosas y de otros textos afines. Para abrir este prólogo, quiero reproducir la última pregunta de esa conversación, que anuncia la escritura del libro que el lector ahora tiene en sus manos o en la pantalla de su dispositivo electrónico:

—*Tal vez le apetezca terminar hablando de si habrá una segunda entrega de estos* Mentideros...

—Ahora, que he llegado a los setenta y cinco años, quizá ya me toca hablar un poco de mí.

—*¡Por fin! Permítame que lo celebre...*

—En mis novelas anteriores he hablado de mi familia desde el minarete del anonimato en el que me colocó el undécimo lugar que ocupo en la prolífica descendencia de mis padres. Inevitablemente he narrado, en primera persona, varios episodios de mi infancia y algunos de mi juventud, pero no soy el protagonista de estas obras. Tampoco lo soy de los textos de *Mentideros de la memoria* que he dedicado a los escritores que tuve la fortuna de conocer; ahí sólo desempeño el papel de intermediario entre sus voces y el lector. Ahora estoy escribiendo mis memorias. Las recogeré en un volumen que llevará por título un verso de Borges que define con acierto la memoria: *Ese montón de espejos rotos*. Será un libro fragmentario, en el que combinaré la vida privada y la vida pública, en beneficio de mi elemental unidad ontológica, que puede reconocer que siempre hemos sido y seguimos siendo, por lo menos, dos.

—Pues quedamos a la espera de esas memorias suyas, las de los dos. Gracias.

Como lo indica su título, este libro amontona recuerdos dispersos, que son reflejo de algunos tramos de mi vida. Y sólo reflejos porque el lenguaje, ineludible y paradójicamente, distorsiona lo que se propone retener en la memoria, más aún si aquello que intenta preservar ocurrió en tiempos remotos. Pero de ninguna manera he pretendido hacer una autobiografía; si acaso, apenas registrar ciertos aspectos significativos de mi vida: mi vocación literaria, mi formación intelectual, mis tareas institucionales como maestro, académico, editor, difusor de la cultura... y pocas cosas más. Las que aquí he cartografiado son, pues, sólo algunas islas en medio de un mar anchuroso e ignoto.

Escribí estos recuerdos aleatoriamente, sin tener ningún plan previo y sin obedecer a ningún género predeterminado: saltan de un tiempo a otro y transitan de la estampa al ensayo, del relato a la crónica, de la evocación al testimonio. Para facilitar su lectura, sin embargo, los he dispuesto en cierto orden temático y cronológico, aunque no demasiado estricto; antes bien, un tanto híbrido y zigzagueante.

Salvo un puñado de imágenes que aluden al verbo inocente y primerizo de la infancia y que abren cada capítulo, muy poco hablo de mi niñez. Ya me he referido a esta edad primera de la vida en mis novelas, sobre todo en *Tres lindas cubanas,El metal y la escoria* y *Los apóstatas,* que constituyen la saga titulada, no sin ironía, *Una familia ejemplar.* He desechado también numerosos episodios personales —viajes, aventuras, desmanes— y muchas relaciones de amor, de amistad, de parentesco. No porque carezcan de significación en mi memoria, qué va, sino por economía, por vergüenza o por cansancio. Les di cabida, en cambio, a varios

momentos de mi vida pública que vienen a complementar los recuerdos de la vida privada que aquí rememoro. Son dos ámbitos diferentes, que a veces yo mismo he considerado contradictorios. Incluso así los viví. Cuando visitaba con enfermiza asiduidad el Bar León para oír música guapachosa, los parroquianos del lugar no podían creer que yo fuera un «respetado» profesor universitario que además ejercía determinadas funciones académico-administrativas, mientras que mis alumnos y mis colegas de la facultad, salvo casos excepcionales, no imaginaban que, al salir del aula tras dar mi «docta» clase o de mi oficina después de haber cumplido con mis obligaciones burocráticas, me apresurara a recorrer semejantes antros del centro histórico de la ciudad. Diferentes, sí, pero dimensiones las dos de mi propia y unitaria vida.

Un caso de omisión deliberada en estas páginas es el de mis hijos, a los que aludo sólo de manera tangencial para referirme a su prodigiosa aparición en este mundo. No hay nada, ni siquiera mi vocación literaria y sus constantes avatares, que me refleje con mayor nitidez y claridad que ellos. Sin embargo, tan fidedignos espejos no tienen mayor cabida en este libro: ¿por qué? Porque de ninguna manera están rotos, como los que aquí rememoro, ni son susceptibles de ninguna fragmentación. Nada en mi vida ha tenido mayor persistencia que mi feliz paternidad.

A lo largo de su historia, la prosa de nuestra lengua dedicada a temas autobiográficos —la *literatura del yo*—, por lo general ha sido pudorosa, tal vez tanto como la que caracterizó a nuestra tradición lírica (por lo menos en México, según lo señalaron, entre otros, Xavier Villaurrutia y Octavio Paz). Nuestros narradores memorialistas

suelen reservar su intimidad y hablar más bien de su gestión pública o de su entorno. Acaso las *Memorias de mis tiempos* de Guillermo Prieto, por ejemplo, sean eso: las memorias de sus tiempos más que las de su persona. Hay excepciones, claro: en el *Ulises criollo,* José Vasconcelos hace algunas confesiones íntimas, aunque no necesariamente pasaron la criba de su propia censura en sucesivas ediciones. En *Confieso que he vivido,* Pablo Neruda escribe de su vida personal y del dominio ideológico y político en el que se desenvolvió. Mario Vargas Llosa alterna en *El pez en el agua* capítulos autobiográficos de su infancia y de su juventud con su participación en la contienda presidencial de Perú contra su oponente Alberto Fujimori. Y Guillermo Cabrera Infante no tiene empacho en hablar de su sexualidad, adolescente en *La Habana para un infante difunto* y adulta en sus libros póstumos (tal vez por ello fueron póstumos) como *Cuerpos divinos* y *Mapa dibujado por un espía.* Pero, que yo sepa, no tenemos nada en nuestra lengua equivalente a *Las confesiones* de Rousseau, la *Historia de mi vida* de Casanova, *En busca del tiempo perdido* de Proust o las respectivas autobiografías de Benjamin Franklin y Bertrand Russell, obras en las que confluyen de manera natural y por extenso los sentimientos más íntimos del autor y los testimonios más fehacientes de su entorno social.

De un tiempo a esta parte, ha surgido en nuestra lengua una modalidad literaria, llamada *autoficción,* que consiste en contar historias personales en clave novelística. A mí suelen gustarme estas obras, pero no el término que las define. Me parece redundante. Creo, por una parte, que toda ficción, de una forma más clara o más oscura, directa o indirectamente, es autorreferencial, esto es, autobiográfica; por la otra, que todo relato del pasado es ficcional en tanto que, con el concurso de la imaginación, pasa los hechos

ocurridos en la realidad por el tamiz del recuerdo y del lenguaje, que siempre los altera o tergiversa. Con independencia de la terminología, lo cierto es que hoy en día hay un auge de esta narrativa, autobiográfica y ficcional a un tiempo. Cubiertas las partes pudendas del alma con la delgada hoja de parra de la ficción, los escritores, y particularmente las escritoras, osan salir desnudos —o desnudas— a la calle para decir lo que, sin esa diminuta cobertura, no tendrían el valor de expresar. ¡Confiesan lo inconfesable! Si bien con todos los recursos ficcionales que la literatura me ha permitido utilizar en estas páginas, cuando me he enfrentado al reto extremo de confesar lo verdaderamente inconfesable, he optado por la omisión antes que por la falacia.

Advierto al lector que en contados casos he tomado de algunos de mis libros precedentes ciertos trozos que se avienen con el espíritu del que ahora publico, que completan tal o cual etapa de mis recuerdos o que sirven para amalgamar unos pasajes con otros. En vez de reescribirlos, he preferido albergarlos en su nueva casa, en su nueva sintaxis. A fin de cuentas, todo lo que uno escribe es un *autoplagio*. Aun así, cuando me ha parecido pertinente, he señalado la procedencia de esos fragmentos.

Ese montón de espejos rotos es un libro incompleto, pero es lo que hay, como dicen los españoles con resignación ante las frustraciones de sus expectativas. Es lo que hay: lo poco que he podido preservar de lo poco que he vivido y lo más poco aún de lo que he podido escribir sobre mis exultantes pasiones: la palabra, la literatura, el teatro, la música popular, la fiesta, la celebración, los rituales domésticos, el barroco, la arquitectura, el magisterio, la amistad, el amor y sus simulacros... Y también sobre las instituciones que no sólo cobijaron mi vocación intelectual, sino me insuflaron otra vocación en principio insospechada, la del servicio

público en los terrenos de la difusión de la cultura y la academia. Quizá, si la vida me da licencia, pueda subsanar en otro volumen algunas de mis omisiones involuntarias o propositivas. Ojalá, pero la verdad, no lo creo. Por lo pronto, de lo vivido y de lo escrito, esto es lo que hay.

Ciudad de México, 2025
G.C.

I

Vea mejor sin anteojos

Peinado firmemente con goma de tragacanto y raya lateral a la izquierda. Cubierto medio rostro por unos anteojos de lentes gruesos. Los cuellos de la camisa, a punto de librarse de la jaula del saco azul marino del uniforme de gala para emprender el vuelo. Por suerte, aunque sonrío, mantengo la boca cerrada y no se me alcanzan a ver los incisivos superiores, separados como de conejo. Ese es mi retrato de primero de primaria en las *Memorias* del Instituto México, en las que consta que no me gané ninguna medalla. Ni de aprovechamiento ni de conducta. Vaya, ni siquiera de urbanidad, para bochorno de mamá, que tanto batallaba para que me lavara los dientes después de cada comida, me cortara las uñas y me boleara los zapatos.

Un día pasó por mi casa un libro titulado *Vea mejor sin anteojos,* recomendado por Aldous Huxley.

Yo, por supuesto, no sabía quién era Aldous Huxley, pero mi padre sí. Y, con tan prestigioso aval, lo asumió para salvarme de la furtiva desviación del ojo derecho que me había condenado a usar desde el kínder esos anteojos redondos que me hicieron acreedor a los motes de «Cuatro lámparas» o «El Sabio». No es que fuera bizco. O no, al menos, un bizco permanente, sino digamos que esporádico. De pronto «se me iba un ojo», como decía mamá. A menudo, el ojo derecho dejaba de coordinarse con el izquierdo y andaba por su cuenta, libre e independiente durante unos segundos, acaso uno o

dos minutos, al cabo de los cuales regresaba, sumiso, al rigor de la simetría.

La última responsabilidad familiar de mi padre, ya jubilado, fue vigilar que yo hiciera los ejercicios recomendados en el afamado libro para deshacerme de esos anteojos prematuros.

Los ejercicios que el manual imponía eran simples: yo debía leer un cartón, que venía doblado con el libro, en letras mayúsculas que renglón a renglón iban disminuyendo de tamaño, como los letreros que usan los oculistas para graduar los lentes. Las debía leer a una distancia determinada, dos metros más o menos, primero con el ojo izquierdo y luego con el derecho. A la hora de la lectura tenía que ir moviendo el cuerpo balanceándome como un lento metrónomo. Para leer sólo con un ojo, debía taparme el otro. Lo hacía con una cuchara grande de madera que mamá había elegido entre sus enseres cocineros. Papá supervisaba distraídamente ese ejercicio mientras leía el periódico, pero al segundo día, yo ya me había aprendido de memoria las letras del cartel, así que no servía de nada el ejercicio. Lo podía haber hecho con los dos ojos cerrados. Papá quería liberarme de mis anteojos, que a menudo se me rompían, pues en ese tiempo los lentes eran de cristal, y costaban mucho dinero, «un ojo de la cara» según se quejaba mi madre si yo regresaba del colegio con un lente estrellado. Cuando años después vi por primera vez el *Guernica* de Picasso, identifiqué a mi madre con la mujer del extremo inferior izquierdo del cuadro. Tanto parecía sufrir cuando yo regresaba del colegio con los anteojos rotos.

No sé si fue a causa de esos ejercicios, pero el caso es que dejé de usar anteojos por un buen tiempo. El ojo derecho ya no se extraviaba más que muy de tarde en tarde, como si quisiera buscar y retener en la memoria la última imagen de papá, con su bata azul,

su boina y sus pantuflas, vigilando mis ejercicios para ver mejor sin anteojos.

El invierno tan temido

Uno

2020. Tengo setenta y dos años, una edad superior a la que alcanzó mi padre, quien murió apenas cumplidos los setenta. Es cierto que me llevaba muchos años, pues soy el undécimo de sus hijos, pero desde que yo lo recuerdo, era, para mí, un anciano. Se había jubilado poco después de mi nacimiento, había perdido el oído casi por completo, no se afeitaba más que una vez a la semana y usaba, durante el día, una dentadura postiza que pasaba las noches, muda y hambrienta, en un solitario vaso de agua. No salía de casa más que en ocasiones determinadas —y determinantes—: la boda de alguno de sus hijos, el bautizo de algún nieto, el velorio de algún pariente. Se pasaba el día en bata, en pantuflas, con una boina en la calva, y sentado a su escritorio, leyendo el periódico *Excélsior* o la revista *Popular Mechanics,* escribiendo cartas amorosas a mi propia madre, que andaba por ahí afanada en las tareas domésticas, o ideando artilugios que ya se habían inventado y, sin que él lo supiera, circulaban por el mundo bendecidos por la producción industrial. La imagen de su persona que anidó en mi memoria es la de un hombre sentado de espaldas a la vida; un hombre que había asumido con mansa resignación la soledad de su sordera; un hombre con mucho pasado, con un presente precario y sin ningún futuro. Un hombre viejo, pues. Ahora, yo soy más viejo de lo que él nunca fue. Es cierto que, a semejanza suya, me paso la mayor parte

de la vida en soledad, sentado a mi escritorio, pergeñando textos inútiles, rumiando lecturas empolvadas o inventando fabulaciones que seguramente ya escribieron otros. Pero también es verdad que sigo impartiendo mis cursos en la universidad —absorbiendo la sangre juvenil de mis alumnos—, que no me he jubilado ni pienso hacerlo hasta que desfallezcan mis fuerzas o mi lucidez, que tengo más proyectos en la cabeza que capacidad para realizarlos, que practico tai chi —un arte marcial curiosamente pacífico— y que todos los días me baño, me rasuro y me visto, aunque no tenga que salir de casa. En un sentido que no se subordina a la cronología, soy, pues, más joven que lo que mi padre fue en la etapa final de su existencia.

A las personas que han cumplido mis años, se les suele decir que han llegado a la *edad otoñal*. Aplicada a las mujeres, que suelen ser más longevas que los hombres, la metáfora puede ser valedera e incluso apologética: presume madurez, experiencia y no descarta la belleza ni elimina la sensualidad. Aplicada a los hombres, es un eufemismo. Debo aceptarlo: he llegado a la edad invernal, sobre todo si considero que en México la edad promedio es de veintinueve años y que sólo el siete por ciento de la población tiene más de sesenta y cinco. Pero aun si pensara optimistamente que podría alcanzar los noventa, como no es raro que ocurra en el ámbito académico al que pertenezco, hace más de cuatro que estoy en la cuarta estación, es decir, sin tapujos, en el invierno de la vida.

El rechazo a asumirme como anciano, compartido por muchos colegas, amigos, compañeros y familiares de mi edad o mayores que yo, de seguro proviene de las cada vez más generosas expectativas de vida, que en México alcanzan los 75.1 años, y de una consecuente demanda social de jovialidad, que aguijonea nuestro orgullo y nuestra vanidad.

En alta medida, la juventud es una invención moderna de las sociedades desarrolladas. Tal etapa de la vida no existía en muchos países hasta hace poco tiempo y en algunos no existe todavía. En el cuento «Luvina» de Juan Rulfo, para poner un ejemplo mexicano de mediados del siglo xx, un viejo profesor, que ha sido destacado en ese lugar paupérrimo y fantasmal del imaginario jalisciense de su autor, lanza una hipérbole por demás convincente; dice que ahí los niños «pegan el brinco del pecho de la madre al azadón», es decir que saltan de la primera infancia a la vida laboral de los adultos sin pasar por la adolescencia, sin nunca haber sido jóvenes.

Cuando viajé por primera vez a París en 1978, al cumplir treinta años, me impresionó que las personas de mi edad y de mi condición prolongaran su juventud indefinidamente como eternos alumnos de posgrados acumulativos. Ellos, en Francia, eran solteros, estudiantes, becados, cuando yo, en México, ya era padre de familia y profesor universitario y tenía que procurar mi sustento y el de los míos sin más apoyo que mi propio trabajo. El periodo juvenil ha ensanchado sus fronteras en la medida en que nuestro país ha venido entrando en la modernidad. Ante la demanda de seguir siendo jóvenes aun cuando se haya llegado a la vejez, quienes vivimos el invierno de nuestras vidas nos vemos conminados a ser primaverales o por lo menos estivales: lúcidos, memoriosos y, sobre todo, saludables: ágiles, enhiestos, potentes. Sin duda tal presión es estimulante y contribuye a mejorar la condición de nuestras vidas y a prolongar su duración. No podemos evitar, sin embargo, que el tiempo haga su trabajo, pero algo podemos hacer para que su paso nos dignifique en vez de convertirnos, como con saña suele hacerlo, en una caricatura de nosotros mismos.

Dos

En 1580 Michel de Montaigne publicó el primer tomo de sus ensayos. Tenía entonces cuarenta y siete años. Como lo empezó a escribir antes de cumplir los cuarenta, es —diríamos ahora— una obra de juventud; sin embargo, en ese primer volumen aparece su ensayo «De la edad». En él, Montaigne, retirado del mundanal ruido y confinado en una torre que metafóricamente podría calificarse de ebúrnea, se ve a sí mismo como un hombre viejo. Piensa que «ha escapado a la muerte en mil ocasiones en que otros muchos tropezaron». Y, con su habitual gusto por las paradojas, considera que morir viejo de «muerte natural» es lo menos natural que puede ocurrir, pues lo común y universal es morir antes de llegar a la senectud. Está convencido (si es que Montaigne alguna vez tuvo alguna convicción que no fuera la de no tener ninguna) de que las responsabilidades deben asumirse en la primerísima juventud, a más tardar a los veinte años, como él mismo lo hizo tras la muerte de su padre. A esa edad —dice— «los hombres son ya lo que deben ser en lo sucesivo y prometen cuantos frutos puedan dar en el transcurso de la vida». Desde nuestra perspectiva del siglo XXI, podríamos pensar que Montaigne se opone a la prolongación de la juventud cuando apenas se ha llegado a ella y a la prolongación de la vida cuando apenas se ha alcanzado la madurez. Lo cierto es que, del siglo XVI a nuestros días, los tiempos han cambiado en lo que respecta precisamente a la concepción del tiempo y a las edades que su transcurso va engendrando.

El creador del ensayo mandó inscribir estas palabras en lengua latina sobre la chimenea de su refugio:

> En el año de Nuestro Señor de 1571, a la edad de treinta y ocho años, en las vísperas de las calendas de marzo, aniversario de su nacimiento, hastiado de la esclavitud de las cortes y de los empleos públicos, pero conservando todavía la

entereza de facultades, se refugió Michel de Montaigne en el regazo de las doctas vírgenes, en medio de la seguridad y la calma, para vivir así el tiempo que le quedaba de vida, consagrando al reposo y a la libertad el sosegado aposento que heredó de sus antepasados.

Devoto del aforismo (que aforísticamente podría definirse como un «ensayo concentrado»), Montaigne también inscribió en las vigas de su emblemática torre una serie de sentencias procedentes de las literaturas bíblica y grecolatina. Varias de ellas se refieren directa o indirectamente a la vejez. Una acata con la escéptica sabiduría que dan los años que «No vendrán nuevos placeres por mucho vivir más» (Lucrecio); otra, tan sabia como pragmática, aconseja: «No temas ni desees tu último día» (adaptado de Marcial) y dos versículos del Eclesiastés —antecedentes del paradigmático *carpe diem* horaciano— cifran la banalidad de la vida y la urgencia de aprovechar el presente, dramáticamente pasajero: «Tierra y ceniza, ¿por qué tanto orgullo?», dice uno, y «Disfruta del presente, lo demás no te incumbe», dice el otro.

Los poemas del *carpe diem,* cuya tradición ha perdurado a lo largo de los siglos, exaltan la belleza y la vitalidad de la juventud —«divino tesoro» en el decir de Rubén— y exhortan a su disfrute y aprovechamiento antes de que el tiempo acabe con ellas. En el Renacimiento, los poemas de esta temática oponen la frescura de la edad juvenil a la inminencia de la senectud; en el Barroco, es la muerte la que acaba por oponerse a la lozanía de la temprana edad. En su célebre soneto «En tanto que de rosa y azucena...», Garcilaso de la Vega (quien, por cierto, sólo vivió treinta y tres años) compara naturalmente la belleza y la inocencia de una muchacha con las flores (el encendido rubor de las mejillas con las rosas y la casta palidez del semblante con las azucenas); lanza un encomio: «coged de vuestra alegre primavera / el dulce fruto, antes que el tiempo airado / cubra de nieve la hermosa cumbre», y concluye:

«Marchitará la rosa el viento helado, / todo lo mudará la edad ligera, / por no hacer mudanza en su costumbre». En cambio, en su soneto «Mientras por competir con tu cabello...», Luis de Góngora establece sus símiles con los artificios de la cultura («oro bruñido», «luciente cristal») y no sólo con las dádivas de natura; sus asociaciones no se fincan en la equivalencia o en la semejanza, como las de Garcilaso, sino en la rivalidad, en la pugna, en el contraste. *Competir con,triunfar de* son el tipo de nexos que unen lo comparado con aquello con lo que se compara. Tras el *carpe diem* propiamente dicho, que anuncia una especie de autopsia, pues disecciona los elementos del rostro de la mujer, al igual que tres siglos después lo harán los pintores cubistas, el poeta culterano no se detiene en la vejez, como lo hace el renacentista, sino que, muy barrocamente, llega, sin pudor, sin recato, a la muerte: «goza cuello, cabello, labio y frente, / antes que lo que fue en tu edad dorada / oro, lirio, clavel, cristal luciente, / no sólo en plata o viola troncada / se vuelva, mas tú y ello juntamente / en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada». Y es que, con la vejez, del poeta y del mundo (Góngora nació más de medio siglo después que Garcilaso y le dobló la edad), parece acentuarse la conciencia de la muerte, cada vez más próxima. En el México virreinal, sor Juana Inés de la Cruz concluye su poema «Este que ves engaño colorido...» con un verso casi igual al que le da término al soneto de Góngora: «es cadáver, es polvo, es sombra, es nada». Llega a la misma conclusión que el poeta cordobés, pero el camino que sigue es más sinuoso y en ningún momento se detiene en el gozo de la juventud: lo único que existe y permanece es la muerte. La vida es una ilusión, diría Calderón de la Barca.

Tres

Al margen de las ideas o las creencias que cada ser humano pueda esgrimir o profesar, tenemos dos certezas incontestables: una, que vamos a morir; otra, que de la muerte no sabemos nada, pues nadie que la haya sufrido en carne propia ha sobrevivido para contarlo. Nadie, salvo Lázaro, según la narrativa evangélica, asumida como verdadera por la fe de sus creyentes. Por cierto, si, en su divina omnisciencia, Jesús hubiera conocido el poema que diecinueve siglos después habría de escribir el poeta sevillano Luis Cernuda con el título de «Lázaro», acaso no habría resucitado al hermano de Marta y María, las piadosas mujeres de Betania. Es verdad que el poema puede leerse como la luminosa conversión del poeta a la fe cristiana tras una vida de oscura incredulidad, a la manera en que el apóstol Pablo recibió la luz de Cristo en el camino de Damasco, pero también en él asoma la debilidad del recién resucitado «para llevar la vida nuevamente». Mal que bien, Lázaro ha sido condenado al terrible suplicio de morir dos veces, para gloria de quien tuvo el poder de resucitarlo, pues quienes atestiguaron el milagroso suceso le confirmaron a Jesús su creencia en la condición mesiánica de su persona.

En su pequeño gran ensayo *Al cumplir los ochenta* —publicado en español por Hernán Lara Zavala, quien también lo prologa—, el tan vilipendiado escritor norteamericano Henry Miller, cuyos libros estuvieron prohibidos durante mucho tiempo en los Estados Unidos por considerarse pornográficos, dice: «Tal vez lo más alentador de envejecer con gracia sea la capacidad cada día mayor de no tomarse las cosas demasiado en serio». Aún no he alcanzado la edad que él tenía cuando escribió su ensayo —y posiblemente no la alcance—, pero he llegado ya al invierno de la vida. Así que, amparado en su

pensamiento, aunque no haya sido tocado por su gracia, no me avergüenzo en confesar de manera simplista y categórica, después de haber recorrido los caminos de la fe cristiana y del agnosticismo, mi absoluto descreimiento en la prolongación de la vida más allá del reino de este mundo. Es decir que nunca tendré la satisfacción de decirles a los creyentes el tan reivindicativo «se lo dije» que ellos seguramente piensan que algún «día» le podrán espetar a mi alma recién liberada de mi cuerpo y condenada, por mi falta de fe, al infierno tan temido.

Muy poco me consuela la esperanza de que alguna parte de mí, como pensó Borges de sí mismo con muy buenas razones, ha de perdurar en las páginas de un libro, igualmente perecedero, o en el recuerdo transitorio de quienes me han querido, pues son tan mortales como yo. Debo decir, sin embargo, que mis muertos amados sí sobreviven en mí, y sobrevivirán mientras yo exista. Es el único caso en que mi cabeza no rehúsa la idea platónica, llevada a sus extremos filosóficos por el obispo Berkeley, de que *Esse est percipi.* Toda proporción guardada en términos de tiempo y de espacio, cuando recuerdo a mis muertos, pienso en las estrellas que vemos en el firmamento. Algunas ya murieron, pero su distancia es tal, que su luz apenas está llegando a nuestros ojos, es decir que sólo viven en nuestra mirada, que sustituye su propia existencia o, mejor, que les otorga la existencia perdurable que perdieron miles de años atrás. Viven, brillan, titilan, resplandecen en nuestra fugaz memoria.

Vuelvo al tema del *carpe diem* para advertir que en nuestra tradición judeocristiana el placer al que incitan los poemas que lo abordan tiene como contraparte la culpa. La cresta de la ola y la resaca, pues. Para mí, la vejez ideal es aquella que transforma el gozo disfrutado durante la juventud en serena satisfacción, y que no

paga su factura al precio inflacionario de la soledad. Ahora bien, si la soledad acaba por imponerse, se viva o no en compañía, lo mejor es asumirla con la sapiencia que los años han configurado, e incluso disfrutarla como un nuevo *carpe diem* extemporáneo. «El secreto de una buena vejez no es otra cosa que un pacto honrado con la soledad», dice Melquíades, el narrador oculto de la gran novela de Gabriel García Márquez. Si al final de la vida tuviéramos que pagar el placer juvenil con altos intereses, siempre será preferible arrepentirnos de lo que hicimos que de lo que dejamos de hacer. Como reta el dicho popular, «¿Quién nos quita lo bailado?». Cierto personaje de una novela mía definía el Infierno como el lugar donde al condenado le quitan lo bailado. Pero no se necesita llegar a esta atroz postrimería del catecismo. La muerte se encarga de quitarnos lo bailado. Porque, a fin de cuentas, la muerte nos quita todo. Y si morimos de muerte natural, que, como ya dije con Montaigne, es la menos natural de las muertes, paulatinamente nos va quitando la salud, la memoria, el futuro..., a pesar de la jovialidad que la cultura contemporánea nos ha otorgado de manera tan liberadora como impositiva. La muerte es un fin, sí, pero también es un proceso, que empieza el mismo día en que nacemos.

Una de las sentencias más inquisitivas de las vigas de la torre de Montaigne —y vuelvo al clarividente señor que, como Quevedo, sabía conversar con los difuntos— es la que se pregunta Eurípides: «¿Acaso no es vivir una forma de morir?». Con independencia de la fe de quienes creen que la existencia humana continúa, transfigurada, más allá de la muerte en el Hades; el Paraíso, el Purgatorio o el Infierno; el Tlalocan o el Mictlán; el Tushita o el Naraka..., la postulación de que la vida es una paulatina manera de morir es axiomática. No otra cosa dice en sus profundidades insondables José Gorostiza en «Muerte sin fin», uno de los mayores

poemas filosóficos de la literatura mexicana. De manera prístina lo dice también Xavier Villaurrutia en la última de sus décimas dedicadas a la muerte, que concluye con un silogismo inapelable:

¡Qué prueba de la existencia
habrá mayor que la suerte
de estar viviendo sin verte
y muriendo en tu presencia!
Esta lúcida conciencia
de amar a lo nunca visto
y de esperar lo imprevisto;
este caer sin llegar
es la angustia de pensar
que puesto que muero existo.

Y aún más sinópticamente lo confirma Juan Villoro en el título de una película suya: *Vivir mata*.

Cuatro

«¡Qué rápido se fue este año!» El lugar común que oímos en las fiestas decembrinas o en las celebraciones de cumpleaños tiene justificación objetiva, pues cada año cuenta cada vez menos con relación a la edad que se va acumulando en el transcurso de la vida. Cuando cumplí mi segundo aniversario, dupliqué mi edad; cuando cumplí setenta y dos, el último año vivido sólo representó una septuagésima segunda parte de mi vida: apenas un suspiro. No sabemos a ciencia cierta cuándo daremos nuestro último suspiro, para emplear una imagen cara a Luis Buñuel, pero en el camino vamos estableciendo una relación entre el pasado y el futuro día a

día más dramática, pues obviamente que el primero aumenta en la medida en que el segundo disminuye. «¡Tienes todo el futuro por delante!» El sentido de esta frase pleonástica que nuestros mayores nos lanzaban cuando éramos jóvenes, se contrae conforme los años se suceden. Sin que tengamos conciencia cotidiana de su constante e implacable reducción, ese *todo* se va parcializando hasta la desaparición de su sentido original. Muchos de los que fueron nuestros proyectos juveniles ya no los podremos llevar a cabo. Ya no aprenderé alemán, ya no escribiré una novela histórica sobre Carlos de Sigüenza y Góngora y muy posiblemente ya no viajaré a las islas griegas para reconocer los itinerarios de Odiseo. Pero lo más doloroso, lo más triste, es que no volveré a vivir lo que ya he vivido. Nunca más, ay, regresaré a Ítaca, así haya salido indemne de la guerra de Troya, de las amenazas de Polifemo, de los cantos de las sirenas, de los hechizos de Circe y de los malos augurios que el espectro de Tiresias me anunció en mi breve paso por el Hades. Tampoco volveré a leer el *Ulises* de James Joyce.

Marcel Proust dedicó su vida a buscar el tiempo perdido a través de la escritura. El último volumen de su monumental novela se titula *El tiempo recobrado.* La obra sigue viva, es cierto, pero su autor no. La escritura le permitió recordar su historia y aun justificarla, pero no volver a vivirla más que de manera vicaria, mediatizada por la literatura, que puede reflejar la vida y aun recrearla, mas no sustituirla.

Entre las diez estrofas que componen el poema «Límites» de Jorge Luis Borges (me refiero al segundo de los dos que publicó bajo el mismo título), escojo una, la de los libros que jamás leeremos, que ilustra, como las otras, la fatal reducción del futuro:

Tras el cristal ya gris la noche cesa
y del alto de libros que una trunca

sombra dilata por la vaga mesa
alguno habrá que no leeremos nunca.

El camino para llegar a la vejez se antoja largo, pero cuando se ha recorrido y volvemos la vista atrás, suele parecernos demasiado corto. Así se pasa la vida, «tan callando», como musitó Jorge Manrique en las *Coplas* que escribió a la muerte de su padre.

Cinco

«La salud es un estado transitorio que a nada bueno conduce», decía Tita Casasús con gracia inigualable.

Sin previo aviso, tocan a las puertas de nuestro cuerpo algunos achaques desconocidos. No podemos evitar que entren. Los recibimos como visitantes temporales, pero poco a poco se van acomodando en nuestra vida cotidiana. Dejan de ser huéspedes ocasionales para volverse primero inquilinos permanentes y luego absolutos propietarios de nuestro organismo: el dolor en la región lumbar, que acaba por enseñorearse de mi columna vertebral y del larguísimo, sinuoso y ramificado nervio ciático; la paulatina caída del cabello, que me deja la coronilla al descubierto cual tonsura franciscana; la fragilidad de las uñas, que me impide abrir la cuchilla de la navaja suiza que conservo desde que era *boy scout;* el olvido del nombre del amigo cercano —del amigo o del escritor o de la película o del libro—. Se va incrementando el número de medicamentos que alojo en el pastillero, compartimentado según los días de la semana para que no se me olvide tomarlos cotidianamente ni los duplique por haber olvidado que ya los había tomado; se me dificulta secarme los pies después del baño sin sentarme en la tapa del mayestático escusado; me sofoca el mínimo

acto de abrocharme las agujetas de los zapatos, y acaso lo peor: la sangre no siempre llega al río para cumplir un deseo compartido.

Como sé que cada vez es más corto el tiempo que me queda y que mis facultades irán mermando inexorablemente, he tomado algunas providencias tan necesarias como deprimentes: instalé unas barras en el baño para que al salir de la tina no me rompa la crisma o la genitalia; guardé en el cajón de mi buró unos números telefónicos de emergencia; adquirí un costosísimo seguro de gastos médicos mayores, cuyo desperdicio agradezco más que si lo utilizara; suscribí ante notario público mi «voluntad anticipada» para que no me prolonguen la vida artificialmente en un hospital, y los facultativos que no tengan objeción de conciencia puedan practicar la ortotanasia que la legislación mexicana permite y que es una suerte de eutanasia *light,* sólo aplicable en caso de que la enfermedad padecida sea terminal, irreversible, progresiva e incurable; formalicé un testamento tan parco como inequívoco; aparté un espacio mínimo en la cripta familiar que acoja mis cenizas y no mi cuerpo entero, pues no quiero que mis carnes se descompongan lentamente como se pudren los cuerpos de los reyes y de los obispos en los terroríficos medios puntos del pintor sevillano Valdés Leal, de los que Murillo dijo que, para verlos, había que taparse las narices... Todas estas medidas vulgares a fuer de prácticas, que enumero como si en la vejez no dispusiera de otro recurso literario que la enumeración, las adoptamos para enfrentar de la mejor manera el desenlace fatal, igualmente vulgar, aunque lo ornamentemos de trascendencia, y evitar, hasta donde sea posible, que nuestros deudos nos maldigan en nuestro propio sepelio.

El futuro, que la edad va encogiendo de manera dramática, cobra en la vejez una importancia mayúscula, proporcional a su disminución. Es poco el tiempo que nos queda para disfrutar la vida;

hay que aprovecharlo como si se tratara de un renovado *carpe diem* invernal —como lo dije—. Ya no tenemos la misma energía de la primavera, pero, en compensación, disponemos de mayor capacidad selectiva, gracias a la experiencia que los años acumulan. Es entonces cuando el amor se diferencia de la aventura, la amistad se distancia de las meras relaciones sociales, la vida interior supera con creces la vida pública, y la soledad se vuelve fecunda. «La perfecta vejez: la cabeza complicada y los gustos sencillos», reza uno de los sabios y agudos aforismos de Edmundo O'Gorman.

La selectividad no está reñida con la tolerancia. Cada vez soy más selectivo en lo que hace a mi mundo: mis amigos, mis interlocutores, mis lecturas, mis comidas, mis itinerarios; y también cada vez soy más tolerante con los demás, cuya propia selectividad respeto, aunque quizá menos con amor que con indiferencia.

Seis

En contraste con el dolor moral, que ennoblece y dignifica, el dolor físico humilla y hace del cuerpo un pordiosero, como decía Sergio Fernández, recordando a Góngora o a Lope de Vega (ya no me acuerdo). Me asusta el dolor físico, para el cual tengo un umbral muy chaparrito, pero lo que realmente me aterroriza es la pérdida de autonomía, «el único buen placer», según la frase de Sótades que Montaigne también hizo inscribir en una de las vigas de su torre de marfil. La dependencia de los demás para caminar, para defecar, para asearse, para leer es un atentado a la libertad que puede corromper la compasión amorosa de los nuestros y exponerla a todo lo contrario de lo que el amor preconiza: el fastidio, el rechazo, el abandono. Ahora mal, si esa condición valetudinaria no es

meramente física, sino también mental, el problema es aún más grave.

Dos hermanos míos han padecido Alzheimer. Uno murió con la enfermedad que le desbarató la memoria, la dignidad y la inteligencia; otra vive como un vegetal sonriente, a costa del heroísmo de sus hijos. Me rehúso a vivir sin memoria, sin palabras, sin control y, sobre todo, sin identidad. Leí que no se registran casos de suicidio entre los que padecen ese mal. Sin identidad, no sabrían a quién estarían matando. Que me ayuden a morir sin esperar a que mueran antes las esperanzas de mi pronta recuperación.

Hace poco tiempo, en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, fui invitado a participar en la presentación de una novela de las que ahora se clasifican como autoficción, *Hablemos de la Nina,* de la autoría de la legisladora mexicana Beatriz Paredes, en la que habla de su madre. En un conmovedor capítulo, cuando la Nina, así nombrada cariñosamente, siente que ya ha acabado de estar en esta vida que para ella ha sido terriblemente ardua, le dice a su hija: «Me quiero morir». Beatriz, entonces, le responde: «Está bien, mamá. Si estás segura, yo te ayudo. Yo me encargo». La narradora manifiesta una posición que yo comparto plenamente: «Creo que la muerte es un derecho. Creo que las personas tienen derecho a elegir si continúan o no con su existencia. Siempre he pensado que el suicidio es un tributo de tu libertad». No fue necesario que Beatriz ayudara a su madre a morir. Ella dejó de comer hasta poner fin a sus días. Pero después de leer el libro me pregunté cómo habría ayudado la legisladora mexicana a morir a su madre sin la protección de la legalidad que, en México, no admite la eutanasia más que de una manera asaz conservadora.

En esa misma edición de la Feria, presenté el más reciente de los libros tanatológicos de Arnoldo Kraus, *La morada infinita.Entender la*

vida, pensar la muerte, que prologó Eduardo Matos. Las altas expectativas de vida, el desarrollo de la tecnología médica, los intereses de las compañías de seguros... se esfuerzan en desacreditar a la muerte como nuestra constante compañera y la convierten en un tabú, en la palabra impronunciable, la que quema los labios. En vez de negarla, debemos aprender a convivir con ella. En sus luminosas páginas, Kraus se pronuncia a favor de la dignidad de la muerte; en contra de la prolongación de la agonía cuando la enfermedad es incurable, y en pro del respeto a la decisión personal de morir, que debe considerarse un acto de valentía y decoro y no de fracaso o cobardía. El fenómeno de la muerte, en tanto que tema médico, debe asumirse, piensa, con un espíritu laico: «El derecho a morir con dignidad requiere diversas intervenciones. Es necesario considerar el acto como derecho humano, sensibilizar la opinión pública y exigir que instituciones estatales y de salubridad se pronuncien al respecto».

La sombra de Tiresias le auguró a Ulises que moriría sin agonía. El redactor de la «Epístola moral a Fabio», Andrés Fernández de Andrada, anheló una muerte rápida e imprevista: «... Oh muerte, ven callada / como sueles venir en la saeta»; García Lorca escribió esta cuarteta en uno de los poemas de su *Romancero gitano:*

Compadre, quiero morir
decentemente en mi cama.
De acero, si puede ser,
con las sábanas de Holanda.

Ojalá así sobrevenga la muerte; si no, que tengamos, como la del dictador Porfirio Díaz en la narración del revolucionario Martín Luis Guzmán, un tránsito sereno.

Coda

Empecé a escribir este ensayo a finales de diciembre de 2019, cuando todavía no había hecho su aparición el coronavirus en el escenario del mundo. Pero muy pronto tuve que interrumpir la escritura por las medidas que me vi obligado a adoptar en términos personales, familiares e institucionales ante la circunstancia imprevista y dramática de la pandemia.

He retomado la escritura en Malinalco, donde mi mujer y yo decidimos aislarnos desde finales de marzo para evitar, hasta donde fuera posible, el contagio. Hasta ahora, ni ella ni yo hemos tenido ningún síntoma de infección.

Confinado en esta casa luminosa, en la que los ciruelos del jardín, que en invierno se quedan sin una hoja, empiezan a reverdecer delante del ventanal de mi escritorio y pierden el dramatismo de sus ramas convulsas y se vuelven apacibles, escribo. O, mejor dicho, reescribo. Sobre la vejez y sobre la muerte. Y al terminar de escribir, revisar y reescribir los breves capítulos precedentes, me percato de que en el transcurso de la escritura he dejado de creer en lo que he escrito.

Por mi edad, por mi hipertensión y por los kilos de más que carga mi cuerpo —o que lo cargan a él—, pertenezco al grupo de mayor vulnerabilidad si el virus se llegara a alojar en mis pulmones.

No sé si alcanzaré a ver los ciruelos totalmente reverdecidos; si voy a morir en Malinalco, alejado de mis libros; si tendré la oportunidad de despedirme de mis hijos, que están igualmente confinados que yo, uno en Madrid, otro en Cuernavaca; si moriré aquí a los setenta y dos años y no a los noventa que la apacible vida académica ilusamente me había preconizado.

Releo lo que hasta aquí he escrito y pongo en tela de juicio la veracidad de mis pensamientos, no porque hubiera mentido deliberadamente cuando los transformé en discurso, sino porque el virus y el encierro han modificado mi visión de la vejez y de la muerte.

La legítima prioridad que nuestro endeble sistema de salud les dará a los jóvenes sobre los mayores de sesenta y cinco años me hace más viejo de lo que había creído, amparado en las expectativas de vida que la modernidad ha creado y que el virus ha echado por tierra.

Contrariamente a lo que hasta aquí había escrito, debo confesar que tengo miedo de morir, sobre todo de morir asfixiado; sin duda querré tener acceso a un respirador automático no obstante el rechazo que he manifestado a la prolongación artificial de la vida. De nada servirán las disposiciones tomadas previamente. Es posible que no tenga una muerte digna, que los míos no me acompañen en el tránsito final ni tampoco en mis funerales, que, si muero ahora, no existirán.

Ante una pandemia de esta envergadura, capaz de devastar poblaciones enteras, la muerte individual me parece una frivolidad.

Esta mañana murió en el Hospital Ángeles mi entrañable amigo Pepe Díaz. Es el primero de mis amigos que muere a causa del coronavirus; el primero de una lista insospechada que inexorablemente se cobrará un sinnúmero de vidas. Su esposa no tuvo permiso de acompañarlo en su último suspiro. No habrá duelo para procesar la pérdida, para creerla, para asumirla. Del hospital, su cuerpo será trasladado directamente al crematorio. «¿Quién nos curará del fuego sordo?», se preguntó Cortázar.

Siento que esta pandemia empieza a quitarme lo bailado.

Malinalco, 12 de abril, domingo de Resurrección, 2020

*

Con independencia del virus, en los últimos tiempos han aumentado los años en nuestra expectativa de vida, pero no necesariamente esta prolongación de la edad se corresponde con la salud. ¿Será que cada vez vivimos más tiempo enfermos?

«Por do más pecado había»

Tras haber pasado más de un año de encierro impuesto por la pandemia, en julio de 2021 acepté la invitación del Instituto Cervantes de Madrid a dictar una conferencia sobre Ramón López Velarde. ¡Quién me iba a decir lo que a partir de esa visita habría de descubrir en mí mismo y todas las dramáticas consecuencias que este hallazgo trajo aparejadas!

La Academia Mexicana de la Lengua es afortunada poseedora de buena parte de los manuscritos del poeta zacatecano, entre ellos, la primera versión de *La sangre devota* y la última de *La suave patria*. Para conmemorar el centenario tanto de la temprana muerte del poeta como de la aparición simultánea del gran poema nacional en la revista *El Maestro,* el Instituto Zacatecano de Cultura y la propia Academia convinimos en hacer una edición facsimilar de algunos de esos textos, acompañada de varios ensayos de los académicos de antaño y hogaño, entre los que figura uno de mi autoría. El primer ejemplar de esa obra sería depositado, según lo convinimos, en la Caja de las Letras en que se ha convertido la bóveda del antiguo banco en cuyo edificio se asentó el Instituto Cervantes, en la esquina de las calles de Alcalá y Barquillo de Madrid.

Hubo una breve ceremonia en la que concurrimos los representantes de las tres instituciones. Por motivos justificados, como se verá, yo no tomé la palabra, pero al final de los discursos del caso los tres delegados nos introdujimos de cuerpo entero en la gigantesca caja de caudales del que fuera en sus orígenes Banco

Español del Río de la Plata, para colocar el ejemplar de marras en uno de los largos cajones metálicos en los que tiempo atrás se habían resguardado otros valores, digamos que menos espirituales: joyas, títulos de propiedad, fondos monetarios, pólizas, testamentos. Tras la sesión fotográfica demandada por la prensa, nos dirigimos al auditorio, todos enmascarados con los cubrebocas a los que nos obligaba la pandemia. Yo llevaba una semana en Madrid y no había podido erradicar la intensa carraspera que me había afectado en México y a la que, por indolencia, no le había dado mayor importancia. Durante esa semana, había procurado hablar lo menos posible y había tratado de suavizar la aspereza de la garganta con remedios caseros: jarabes y preparadijos de miel, limón y yemas de huevo. Como advertía que la voz no mejoraba, me fue angustiando la idea de que, a la hora de la conferencia, no pudiera emitir ninguna palabra.

En el auditorio, cada una de las butacas estaba reglamentariamente separada de las contiguas como medida de prevención sanitaria. Según me lo indicaron los organizadores del acto, yo me senté solo en la mesa del foro, muy distante del público. El poeta Luis García Montero, director del Instituto Cervantes, se subió al escenario. Desde el podio hizo una generosa presentación de mi persona y, para introducir mi charla, disertó con conocimiento y buen juicio sobre la relevancia de la poesía de López Velarde. Mientras él hablaba, yo, protegido por el cubrebocas y con el micrófono apagado, ensayaba la emisión de algunos sonidos sólo para percatarme, apesadumbrado y nervioso, de que mis cuerdas vocales no tenían la fuerza que las circunstancias exigían. Finalmente, cuando Luis terminó su presentación y me dio la palabra, me vi obligado a quitarme la mascarilla, encender el micrófono y empezar mi plática. Yo estaba hospedado en la casa

madrileña de Diego, mi hijo menor. Marel, mi nuera, me había preparado un termo con una infusión propia del caso, que me acompañó durante mi pedregosa intervención.

Apenas pude hablar. Avancé en mi conferencia muy dificultosamente, con frecuentes interrupciones para aclararme la garganta, para tomar agua o la infusión de Marel y para disculparme por las deficiencias de mi articulación. Le preguntaba al público de vez en vez si se me escuchaba. La respuesta era afirmativa, gracias a la potencia del micrófono, pero, aun así, la audición de seguro era deficiente y, sobre todo, embarazosa. Por un efecto mimético o por una especie de exhorto propiciatorio, algunas personas del público empezaron a toser o a carraspear intermitentemente. Sus emisiones se volvieron contagiosas. A lo largo de mi conferencia, las toses y los carraspeos se fueron apoderando de la sala, que acabó por asemejarse a un paisaje bucólico en que las cigarras anuncian la inminente caída de la tarde.

Una pena. Dictar esa conferencia, que había preparado con esmero y entereza, en un foro prestigioso y ante un público, aunque escaso, interesado y atento, me resultó cuesta arriba. Tuve que dejar fuera muchos comentarios que tenía consignados en mi guion y prescindir de la lectura de algunos poemas de López Velarde que había elegido para ejemplificar tal o cual rasgo de su prodigiosa y singular poética. Aceleré el desarrollo de la charla y terminé lo más pronto que pude, agotado y totalmente afónico. El público me aplaudió con entusiasmo. Estoy convencido de que así lo hizo no en reconocimiento de mis aportaciones a la lectura de la obra del poeta zacatecano, sino del heroico esfuerzo que había realizado para cumplir mi compromiso.

De vuelta en México, concerté una cita con el doctor Rafael Andraca de Granda, reconocido otorrinolaringólogo, a quien varios

amigos me recomendaron.

En su consultorio, tras las preguntas clínicas de rigor, me introdujo por la nariz un equipo de televisión: una delgada y molesta sonda equipada con una minúscula cámara y un diminuto sistema de iluminación, para verme desde arriba las cuerdas vocales. No necesitó más de un minuto para vislumbrar en el monitor que transmitía las imágenes de mi garganta el probable diagnóstico.

Luego me condujo a su despacho para enseñarme el video. De entrada, a mí me pareció una obscenidad eso de ver en vivo y a todo color los pelos de la nariz, la campanilla, la glotis, las cuerdas vocales... En un momento dado, detuvo la proyección para enseñarme en particular una de las cuerdas. Me miró con los ojos muy abiertos, cuya transparencia contrastaba con el ocultamiento del rostro tras el cubrebocas, y me dijo, serena y gravemente:

—Todo indica que tiene usted cáncer en la cuerda vocal izquierda.

No se trataba de otro, el abatido personaje de tantos chistes. Era yo el que estaba ahí, en el despacho del doctor Andraca, recibiendo a solas esa noticia. Trató de tranquilizarme sin fementidas esperanzas. Me dijo que necesitaba hacer una biopsia para confirmar su diagnóstico. Y añadió que, entre más pronto se actuara, más posibilidades habría de evitar la metástasis, aunque también me informó, con claridad pedagógica y cierto sentido del humor en la adjetivación, que el sistema linfático en la garganta era muy *perezoso*—así dijo—, por lo que ahí el cáncer se desarrollaba con extrema lentitud. Aun así, era imprescindible y urgente hacerme la biopsia. Obviamente se trataba de una intervención quirúrgica. Una vez extraída la muestra —me explicó—, se enviaría al laboratorio de patología en ese momento. Si se determinaba entonces que era canceroso, como él lo suponía, procedería a la extirpación del carcinoma en el mismo evento. No lo pensé dos veces. Le dije que

sí. Tan pronto hubiera disponibilidad de quirófano en el hospital, me sometería a la operación.

Durante el camino de regreso a mi casa traté de asimilar, repitiéndola en voz alta, la palabra que el doctor Andraca me había dicho: *cáncer.* La palabra prohibida, la palabra impronunciable, la palabra que se prefiere eludir, exorcizar con eufemismos o con largas perífrasis. Una palabra que ahora recaía en mí, y no sólo en mi garganta, sino en lo que, según pensaba, más me definía: la voz. Mi *modus vivendi,* mi *modus operandi,* mi razón de ser.

Días después, me interné en el hospital. Fue esa la primera vez en mi vida, a los setenta y tres años de edad, que estuve en un quirófano, con anestesia total. Me acompañaron al sanatorio Silvia —mi esposa— y Gonzalo —mi hijo mayor.

El laboratorio de patología confirmó la sospecha del médico. Andraca me extirpó (qué verbo tan horrible) el carcinoma exitosamente, según me informó apenas salí de la anestesia. Desperté con la prohibición expresa y categórica de hablar. Ni siquiera podía aclararme la garganta o toser. Silvia y Gonzalo quedaron tan azorados como yo de mi inusitado y obligatorio mutismo.

¡Qué cosa! El director de la Academia Mexicana de la LENGUA, ¡mudo! Imposible no recordar el «Poema de los dones» de Borges, que escribió cuando acababa de perder de manera total e irreversible la vista, al tiempo que era nombrado director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires:

Nadie rebaje a lágrima o reproche
esta declaración de la maestría

de Dios, que con magnífica ironía
me dio a la vez los libros y la noche.

También recordé, sin que viniera tan al caso, el viejo romance que relata la pérdida de España a manos de los árabes y el derrotero final de don Rodrigo, el último de los reyes visigodos. Tras perder la batalla decisiva, el destronado monarca cabalga, solitario y apesadumbrado, por las serranías castellanas. Va en busca de un confesor que le perdone sus pecados de amor (causantes de la invasión musulmana, según cuenta el romancero) para morir en paz. Un ermitaño lo confiesa y, por mandato celestial, lo absuelve. En penitencia, lo coloca en una tumba en la que habita una culebra de siete cabezas, que pondrá fin a su vida, como era el deseo del depuesto rey. A todas horas del día, el ermitaño le pregunta: «¿Cómo te va, penitente, / con tu fuerte compañía?». Y don Rodrigo le contesta:

Ya me come, ya me come,
por do más pecado había,
en derecho al corazón,
fuente de mi gran desdicha.

El pecado del rey Rodrigo había sido enamorarse de Florinda la Cava cuando la ocasión le permitió verla desnuda bañándose en un río, y tal vez de haberla forzado:

Florinda perdió su flor,
el rey padeció el castigo;
ella dice que hubo fuerza,
él que gusto consentido.
Si dicen quién de los dos
la mayor culpa ha tenido,

digan los hombres: la Cava,
y las mujeres: Rodrigo.

Florinda era hija del conde don Julián, gobernador de Ceuta, quien, para desagraviar la deshonra perpetrada por el rey contra su hija, abrió el paso a los moros.

La culebra le come «por do más pecado había», el corazón, aunque podría haber sido otra parte, más pudenda y más pecadora, de la real anatomía.

Desde que enmudecí, primero total y luego parcialmente, he pensado que quizá la culebra me ha comido a mí «por do más pecado había». ¿No será que he hablado mucho en la vida?, ¿que he hablado demasiado y hasta entonces, sin ningún castigo? Sentí que la voz —y la palabra con ella articulada— era lo que la culebra del cáncer me estaba devorando. ¡Cuántas palabras vanas, mentirosas, dañinas, ofensivas, incontinentes, falaces habré perpetrado en mi desaforada verbosidad!

Andraca tenía la certeza de que, tras la operación, no me había quedado ningún resquicio canceroso en la garganta. El resultado fino del análisis patológico era alentador, pues no había habido microinfiltraciones del carcinoma en tejidos aledaños. Pero, para prevenir cualquier metástasis, sugirió que me sometiera a un tratamiento radiológico y me recomendó muy convincentemente que visitara a la doctora Adela Poitevin. Él la pondría en antecedentes. Seguí su recomendación.

La eminente radióloga, una mujer finísima y dulce, me propuso un tratamiento de treinta y tres radiaciones, a razón de una diaria de lunes a viernes durante seis semanas, entre las cuales, la tercera y

la cuarta, me quedaría sin poder hablar nada, no por restricción de su parte, sino por incapacidad de la mía. Perdería totalmente la voz. Tras la operación practicada por Andraca y una vez cumplido el plazo de mutismo obligatorio, apenas habían salido de mi boca unas cuantas palabras casi incomprensibles, más musitadas que dichas, cuando tenía una extrema necesidad de hablar.

—Usted ya no tiene cáncer —me dijo la doctora Poitevin—. Lo que vamos a hacer con este tratamiento radiológico es prevenir que lo tenga y defenderlo de él en el remoto caso de que volviera a presentarse.

Y luego me hizo una pregunta inusitada:

—¿Está usted entusiasmado con el tratamiento?

—Bueno, entusiasmado, lo que se dice entusiasmado, pues la verdad, no —le respondí con un susurro—. Más bien estoy resignado, pero con muchas ganas de recuperar la voz.

En una sesión preliminar, la doctora Poitevin, tras haberme realizado una tomografía, me hizo acostar en una camilla por la cual se deslizaría una especie de tubo, de los que se emplean en las resonancias magnéticas. Sus ayudantes me colocaron una malla flexible de plástico, tipo papel burbuja, húmeda y caliente sobre la cara, el cuello y la parte superior del pecho. Con dedos de artistas plásticos, los asistentes le hicieron una apertura a la altura de la nariz para que yo pudiera respirar, y la fueron oprimiendo contra mis facciones. Me dijeron que poco a poco se iría volviendo rígida y que después esa máscara me protegería de la radiación que no estuviera dirigida al punto preciso al que quería llegar. Por un momento, tuve la sensación macabra de que estaba muerto y de que me estaban haciendo una injustificada mascarilla mortuoria.

Al parecer, las radiaciones estuvieron muy bien focalizadas, lo que no evitó que se produjera una herida cada vez más honda y dolorosa

en el cuello. Su perdurable cicatriz me orilló a dejarme crecer la cana barba para ocultarla un poco.

Como me lo había advertido la doctora, a la tercera semana perdí totalmente el último hilito de voz que me quedaba. Al igual que Andraca, la doctora consideró que transcurrido un tiempo breve, digamos un mes, recuperaría la oralidad. Han pasado ya varios años y sigo con la voz terriblemente debilitada; muy disminuida y de muy poca duración, como si fuera de pilas. Al cabo de un rato de hablar, así sea a muy bajo volumen —como sólo puedo hacerlo—, la voz se me agota.

He asistido con rigurosa periodicidad a ver al doctor Andraca. En cada visita me introduce ese molestísimo equipo televisivo por la nariz y acaba por asegurarme que el cáncer ha remitido.

Si hay un común denominador en todos los solidarios mensajes que he recibido desde mi operación es que tengo la enorme ventaja de ser escritor. Mi verdadera voz, me dicen con ánimos de animación, es la que está en mis libros.

No sé si tienen razón. Lo que sí sé es que este libro de memorias intenta decir por escrito lo que mi precaria voz ha tenido que callar.

II

Leer

Mi hermano Carlos era el encargado de llevarme al kínder. Vivíamos en una casa de la calle Tehuantepec número 121, entre Medellín y Monterrey, en la colonia Roma. El kínder tenía el nombre de su directora, Helena Espinoza Berea, una pedagoga pionera de la educación preescolar. A ella le debo la mayor bendición que he recibido en mi vida: ¡me enseñó a leer y escribir!

La escuela estaba ubicada en la calle de Morena 415 en la emergente colonia Del Valle, a seis cuadras de mi casa. Lo más emocionante para mis cinco años era cruzar el elevado puente del Río de la Piedad, que había sido entubado recientemente y había sepultado su nomenclatura fluvial, como tantos otros ríos de la ciudad, bajo el nombre de Viaducto Miguel Alemán —en honor del primer presidente civil después de la Revolución mexicana, en cuyo sexenio nací.

Gracias a la maestra Espinoza, yo empezaba a leer, es decir a juntar una letra con otra. ¡Y me encantaba ese descubrimiento! No perdía oportunidad de ir leyendo, con lentitud de letra por letra, todos los letreros de los establecimientos que me salían al paso: T-I-N-T-O-R-E-R-I-A, P-A-N-A-D-E-R-I-A, sin deshacer, en estos casos particulares, el diptongo, como si tuvieran cuatro sílabas y no cinco. Una vez leídas casi todas las letras en voz alta, me caía en el alma, como moneda en alcancía, con resonancia de campana, el significado de esas palabras.

Carlos se desesperaba con mi tardanza y muchas veces me jalaba de la mano antes de que yo hubiera terminado de descifrar los letreros que se atravesaban en mi camino.

Mi hermano inventó entonces un juego destinado a evitar mi morosidad lectora. Yo caminaría con los ojos cerrados, y él me iría señalando, con diferenciados apretones de mano, previamente convenidos, si había un escalón de subida o de bajada; si era necesario detenerse por completo para cruzar una calle, o si se debía avanzar. Así se evitaba la pasmosa meticulosidad de mi lectura. Yo estaba compelido a no abrir los ojos. Y cumplía mi compromiso, porque el juego es lo más serio que puede practicar un niño. Pero, para entonces, yo ya me sabía los nombres de casi todos los establecimientos del itinerario, que se habían asentado en mi absorbente memoria: la tlapalería (cuyo nombre me costaba pronunciar si lo deletreaba), la carnicería Don Luis, la farmacia La Luz, la tintorería Bombay, el Café Irma. Y me gustaba ir adivinando, con los ojos cerrados, por dónde estábamos pasando en cada momento de nuestro recorrido.

Me da por pensar que leer es un acto ciego: cierro los ojos al mundo que me circunda para abrirlos, expectante y a veces azorado hasta el deslumbramiento, a las palabras de los otros. Y con esas palabras ajenas hechas mías, los vuelvo a abrir a mi propio mundo, para verlo con mirada nueva y sorprendida.

Primer acto

Centro descentrado

Entonces muchas cosas se tenían que comprar en el Centro, sobre todo las que se adquirían una sola vez en la vida: el vestido de novia de mi hermana Tere, la olla exprés o la cama para el primo que vino de Cuba y se quedó con nosotros para siempre. A mí me fascinaba hacer esa excursión, aunque fuera jalado por la mano apresurada de mi madre, que me impedía ver con detenimiento las maravillas que exhibían los aparadores de las tiendas.

Recuerdo de esos viajes, entre la altisonancia de los merolicos, el borracho caído a media calle como niño héroe sin honores y las cubetadas de agua que salían intempestivamente de los establecimientos comerciales para lavar la banqueta, el rojo seco del tezontle, que bañaba en sangre los edificios virreinales, y el reflejo transeúnte de mi cara azorada en los escaparates.

Tras un largo intervalo por donde se me fugó la infancia, volví al Centro por mi propia cuenta cuando entré a estudiar la preparatoria en el Centro Universitario México. Se me había despertado una vocación casi animal por el teatro que no podía encauzar en los estrechos márgenes de un colegio como el mío, confesional y rigurosamente masculino. En tiempos shakespearianos algún actor hubiera podido desempeñar el papel de Julieta, de Ofelia o de Desdémona, pero en aquellos preparatorianos de tan sobreactuada virilidad, tal desplante habría condenado de por vida a quien

semejante exabrupto cometiera. Gracias a un profesor que impartía clase de literatura en el CUM y también desempeñaba actividades dramáticas en la Escuela Nacional Preparatoria de la Universidad Nacional Autónoma de México, me inscribí en su grupo de teatro, que se reunía en el antiguo Colegio de San Ildefonso.

Todas las tardes tomaba mi camión en San Ángel, atravesaba la frontera del Viaducto Miguel Alemán —más allá del cual el ánimo cobraba la inquietante sensación del viaje— y llegaba hasta el Zócalo. No puedo olvidar la imagen del Centro al que, ya sin la mano protectora y al mismo tiempo coercitiva de mamá, regresaba solo, con voz enronquecida y un bozo apenas despuntado, para estrenar el ejercicio de mi autonomía, la libertad de mi vocación y la que habría de ser una de mis persistentes devociones, el centro histórico de mi ciudad: la luminosidad vespertina de la Plaza de la Constitución; la grandeza de la Catedral; la minuciosa fachada del Sagrario, que más parecía obra de encajes y bordados que de arquitectura; el Palacio Nacional con su estatura de niño y de dedal, como decía un López Velarde que por fortuna no conoció el despropósito del añadido tercer piso con que, para hacerlo crecer, achaparraron para siempre el más republicano de nuestros recintos; las ruinas subterráneas entonces invisibles del Templo Mayor, que apenas podían respirar, sepultadas, como estaban, por la librería Robredo de las calles de Guatemala y Argentina, y el soberbio edificio de San Ildefonso, al que yo entraba por el fondo, que antes de la refundación de la Universidad Nacional en tiempos porfirianos había sido el frente, en la calle que lleva su nombre, a través de una puerta custodiada por los frescos de Ramón Alva de la Canal y de Fermín Revueltas.

Mi primera impresión de San Ildefonso fue literalmente eso, una impresión, grabada para siempre, con fidelidad litográfica, en la

retina del alma: los tres pisos del edificio que había sido asiento de la Compañía de Jesús, donde habían estudiado los pensadores del último México virreinal en un ámbito aún barroco a pesar del espíritu ilustrado de sus moradores, abigarrado ahora de jóvenes unidos en la diversidad que la etimología universitaria de su condición les prodigaba. El claustro principal. Los colores sangrientos y plomizos de José Clemente Orozco. El lema positivista que Gabino Barreda le obsequió a la Escuela Nacional Preparatoria, ORDEN Y PROGRESO, subvertido en el retozo de un patio improvisado como cancha de futbol, cuya portería era nada menos que *La trinchera* de Orozco. El mural de la escalera. Cortés y la Malinche. Él, desnudo, blancuzco, mórbido, sin sexo, pero con una mano ávida sobre el cuerpo cobrizo de la Malinche. Y ella también desnuda, con los pezones —porque, si sólo uno se veía, el otro se adivinaba— morenos y duros, como de obsidiana. Y la alteración procaz del refrán que, en ingeniosa paronomasia, se endilgaba al mural: LO CORTÉS NO QUITA LO CALIENTE.

Las tardes de esos años preparatorianos fui a San Ildefonso a ensayar obras tremendamente ambiciosas: Eurípides, Shakespeare, Schiller. La Preparatoria era de lo poco que quedaba en el barrio que seguía llamándose «universitario» a pesar de que, con la construcción de Ciudad Universitaria en el Pedregal de San Ángel, la Universidad se había mudado de casa.

Los estudiantes de Derecho dejaron el edificio un tanto funerario de la antigua Escuela de Jurisprudencia, que se quedó como salvaguarda de tantas palabras engoladas ahí dichas —y redichas—; los médicos, el que en los tiempos coloniales había sido Palacio de la Santa Inquisición en la plaza de Santo Domingo con sus tenebrosas

cárceles de la Perpetua; los ingenieros, el paradigmático Palacio de Minería de la calle de Tacuba; los arquitectos, la antigua Academia de San Carlos sin que la Victoria de Samotracia, que siempre había tenido postura de despedida —más de popa que de proa—, los hubiera visto salir, descabezada como estaba; los economistas, el palacete de la calle de Cuba, a la vuelta de la tipográfica plaza de los Evangelistas, y los filósofos, literatos e historiadores, que no se ubicaban en el centro propiamente dicho —nunca lo han hecho—, pero sí cerca de él —así han estado siempre—, la Casa de Los Mascarones, en la Ribera de San Cosme, si bien se llevaron de recuerdo la estatua del humanista novohispano fray Alonso de la Veracruz, que entonces estaba a la mitad del patio de los naranjos y que ahora sobrevive en el jardín interior de la Facultad de Filosofía y Letras, en Ciudad Universitaria.

Cuando los estudiantes se trasladaron a las flamantes instalaciones del Pedregal de San Ángel en el año 1954, se llevaron consigo su entusiasmo, su boruca, su juventud. Desertado por sus jóvenes, el centenario centro de la Ciudad de México envejeció de golpe y de algún modo perdió su condición de centro. Se descentró. Así lo atestiguan mis pasos erráticos por sus calles en aquellos años y uno de los disparates de la nomenclatura urbana que le adjudica el contradictorio nombre de *Colonia Centro,* resumen de su primigenia condición matriz y de la triste marginalidad a la que se vio sometido desde que la Universidad dejó de ocupar sus antiguos aposentos.

Sueño de unas tardes de verano

La obra que ensayamos en San Ildefonso fue nada menos que *Sueño de una noche de verano* de Shakespeare. El director, mi

maestro del CUM, Armando Villarreal, convocó a sus estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria a participar en el *casting,* que se llevó a cabo en un salón del tercer piso del majestuoso colegio. Muchos de ellos eran mayores que yo. Estaban inscritos en la Prepa 3, la nocturna, que tenía su sede en el mismo edificio que la Prepa 1, la diurna. Algunos trabajaban durante la mañana, estudiaban toda la tarde hasta la noche y todavía tenían ánimos para sumarse a un elenco teatral.

Fuimos leyendo la obra según el primer reparto tentativo que hizo el director. Tras varias lecturas, en las que interpreté a distintos personajes, el maestro Villarreal me dio el papel de Puck, el duendecillo travieso que, durante la noche de San Juan, la más breve del año, trastoca las relaciones de los personajes, que proceden de tres ámbitos distintos: los enamoradizos jóvenes de la nobleza, los rústicos campesinos y los etéreos seres que habitan el bosque —hadas, ninfas y reyes soberanos de la noche—. Me dieron ese papel seguramente porque era de los más jóvenes del grupo —dieciséis o diecisiete años— y porque en ese entonces, ay, era ágil y delgado.

Tras varios meses de ensayo, por fin nos asignaron un teatro para representar la obra. En esos primeros años de la década de 1960, el rector Ignacio Chávez había puesto en práctica un programa de descentralización de la Escuela Nacional Preparatoria, que dio origen a los nuevos planteles que se ubicaron en diferentes puntos de la ciudad, desde Insurgentes Norte hasta Coapa, desde La Viga hasta Coyoacán, desde Mixcoac hasta Tacubaya. En cada uno de ellos se construyó un teatro que contaba con todas las instalaciones y los servicios que la modernidad requería: tramoya, escenario giratorio, cabinas de iluminación y de sonido, camerinos y un generoso patio

de butacas, cuya inclinación isóptica permitía que cualquier espectador tuviera perfecta visibilidad de todas las escenas.

El maestro Enrique Ruelas, jefe del Departamento de Actividades Estéticas de la Escuela Nacional Preparatoria e impulsor del Festival Cervantino en Guanajuato, nos adjudicó el teatro de la Prepa 4, la de avenida Observatorio en Tacubaya. Contamos ahí con la participación de Alejandro Luna, entonces un joven escenógrafo que habría de desarrollar con los años un trabajo de excelencia que lo hizo acreedor al Premio Nacional de Artes. Para las escenas del bosque, Luna desplegó una serie de telones de gasa superpuestos, que con la iluminación apropiada de reflectores verdes y azules creaban una atmósfera de sueño por la que transcurrían a sus anchas los etéreos personajes —Titania, Oberon, Puck y un cortejo de gnomos y hadas, que alternaban con nobles y plebeyos—. La música, por supuesto, fue la incidental que Felix Mendelssohn compuso para la obra shakespeariana.

Yo salía a escena colgado de una liana y no paraba de brincar, correr, trepar, subir, bajar, «volar», reír, bailar durante toda la representación.

No sé cuánto tiempo duró la temporada. Quizá tres o cuatro semanas, pero en mi corazón quedó la huella de la fascinación, que se prolongaría por varios años, por el espectáculo escénico.

Dos dramas históricos de Schiller

¡Qué obras quiso montar el maestro Armando Villarreal con esos estudiantes diurnos o nocturnos de la Escuela Nacional Preparatoria! Obras clásicas monumentales, que nos quedaban grandes tanto a los actores que las representábamos como al público que las veía.

Después de Shakespeare, ¡Schiller!: *Don Carlos, infante de España.* ¡Todo un reto!

Esta obra da cuenta de la oscura relación entre Felipe II y su hijo primogénito, quien, desde temprana edad, presentó signos de morbidez, debilidad y aun desequilibrio mental, debidos seguramente a la inveterada endogamia de sus ancestros.

No voy a referirme aquí a la historia de las conflictivas relaciones entre España y Francia en la segunda mitad del siglo XVI; de los pactos de familia que se establecieron para que la princesa Isabel de Valois —hija de los reyes franceses— se uniera en matrimonio con don Carlos, aunque la princesa acabara casándose con el rey Felipe cuando este enviudó de María Tudor; de las sublevaciones independentistas de los Países Bajos; del respaldo de la Santa Inquisición a la determinación del monarca de condenar a su propio hijo..., que constituyen el intrincado trasfondo histórico de la obra. Pero, en el drama de Schiller, como conviene al romanticismo —del que él mismo y Goethe fueron precursores—, el conflicto amoroso prevalece sobre el conflicto político —o no se diferencia de él—. Una vez consumado el matrimonio entre Felipe II e Isabel de Valois —entonces una adolescente—, don Carlos se enamora de ella, que había sido su prometida. El dramaturgo le confiere a la relación triangular (el rey, la reina, el infante) una dimensión romántica, en la que el enamoramiento del príncipe por su jovencísima madrastra intenta en vano romper con las convenciones pragmáticas de las casas reales europeas.

Se trata de una obra asaz compleja, en la que se barajan asuntos muy escabrosos de la vida cortesana que rodeó a Felipe II, el defensor a ultranza del catolicismo amenazado por la Reforma luterana y por los hugonotes franceses, que propició que la leyenda negra cayera sobre su reinado. A mí me tocó representar el único

papel del drama que no se corresponde con ningún personaje de la vida real, el marqués de Posa. Funge en la obra de Schiller como la conciencia histórica de la época y como la expresión de la soterrada cordura del obnubilado príncipe.

Recuerdo una escena que me causaba particular agitación: mi encuentro con Felipe II. Yo esperaba atrás del telón para acudir a la entrevista que tenía con el rey. Mi nerviosismo no tenía que ver con mi actuación como intérprete del marqués, qué va, sino ¡con mi visita al monarca, a quien le tendría que decir unas cuantas verdades! Cuánto me imponía ese anciano maniático y autoritario que me esperaba en su despacho del Palacio Real de Madrid. Tras sus cejas arqueadas e inquisitivas, su mirada penetrante, su voz cascada pero categórica, su complexión baja y delgada pero recia y su pierna gotosa apoyada en un taburete..., no podía ver ¡al «Pollo»!, un actor preparatoriano de la nocturna, prematuramente envejecido, y maquillado de acuerdo con el retrato que del monarca hizo el pintor cortesano de la época, Alonso Sánchez Coello. No: veía al llamado «Rey Prudente», que había sido capaz de arrebatarle a su hijo a la núbil princesa de Valois y estaba dispuesto a sacrificarlo en aras de su ortodoxia intransigente. ¡Cómo no me iba a poner nervioso!

Me acuerdo todavía de las palabras que tenía que espetarle al rey, unos parlamentos que abogaban por la independencia de los Países Bajos y por la nobleza del pensamiento del infante don Carlos, que pugnaba por su libertad política y religiosa. No los he podido jubilar de mi memoria y los convoco aquí sin necesidad de acudir al andamiaje del libro que los contiene:

> He llegado, señor, de Flandes y Brabante, provincias ricas, florecientes, en las que el pueblo es bueno, grande y fuerte. «¡Qué hermoso ser padre de este pueblo!», me decía. No encontré más que cenizas de humanos calcinados... Es ciertamente triste que la historia del mundo esté escrita por hombres y no por

> seres de superior naturaleza; es ciertamente triste que la víctima que rueda bañada en su propia sangre no pueda entonar un canto de alabanza a la intención del sacrificador. Una sucesión más suave, más humanitaria, ha de suceder a la de Felipe. Entonces la felicidad del súbdito será semejante a la soberanía de los príncipes...

Ignoro si el público entendió la obra, que Armando Villarreal recortó para aligerarla. Me temo que no. Pero, desde el escenario, para mí fue una experiencia determinante, que me inoculó la curiosidad —más bien la pasión— por la historia de España, en particular por la relativa a la segunda mitad del siglo XVI, cuando el país adquiere realmente su carácter nacional y se echan a andar las letras de los Siglos de Oro con la poesía mística de san Juan de la Cruz y de santa Teresa de Ávila. Las lecturas referenciales que entonces me vi compelido a consultar y la misma representación de la obra de Schiller me envalentonaron para que años después aceptara impartir el inabarcable curso de Historia de la Cultura Hispánica, primero en la Universidad Iberoamericana y después en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, un curso que, por supuesto, me quedó más grande que la representación de *Don Carlos Infante de España* de Schiller.

¡Otra vez Schiller! ¡Y otra vez el siglo XVI de la Europa occidental! Ahora nada menos que *María Estuardo.*

La trama es tan compleja o más que la de *Don Carlos,* y está imbricada con ella por su estricta contemporaneidad y por la presencia en ambas de algunos de los mismos personajes históricos, como la propia Isabel de Valois, que fue la amiga íntima de María Estuardo cuando esta se fue a vivir a Francia, y con quien acabaría por emparentar políticamente. Quizá esta obra resultó más

interesante para el público preparatoriano. Siempre ha sido muy atractiva la figura de Isabel I de Inglaterra, tan poderosa a pesar de su condición de hija de Ana Bolena —la segunda y repudiada esposa de Enrique VIII—, de las intrigas cortesanas y de los problemas políticos y religiosos de su reinado; tan firme en sus resoluciones a pesar de su enigmática intimidad supuestamente virginal; tan determinante en sus decisiones a pesar de su vulnerabilidad. Y más cuando se ve amenazada por su prima —o sobrina, según se vea— María Estuardo, quien recurre a su protección tras ser expulsada de Escocia por una sublevación popular. Muchos católicos ingleses reconocen a María como su soberana por su condición de nieta legítima de Margarita Tudor, hermana de Enrique VIII, mientras que Isabel —hija de Ana Bolena— es considerada espuria por ellos. Con este reconocimiento, María intenta hacer valer sus presuntos derechos al trono de Inglaterra. Isabel está dispuesta a nombrarla su sucesora siempre y cuando se case con Robert Dudley, conde de Leicester, protestante, para no suscitar la animadversión de sus correligionarios. Ella parecería estar dispuesta a aceptar, pero Dudley la rechaza.

Yo representé al conde de Leicester, un cortesano frívolo, intrigante y acomodaticio. De él se decía que había sido amante de la Reina Virgen. No obstante, ella misma lo instó a que se casara con María Estuardo. Como él no aceptó la propuesta real, que garantizaría el rechazo a la fe católica en Inglaterra, Isabel, temerosa de la reivindicación del catolicismo en su reinado, encarceló a María en diferentes castillos durante dieciocho años, hasta que al fin firmó una sentencia de muerte a su rival, que no la comprometía directamente. María Estuardo fue decapitada en la Torre de Londres.

El decorado no podía ser más sencillo ni más didáctico: Alejandro Luna mandó pintar el escenario con grandes cuadros blancos y negros alternados, como si se tratara de un tablero de ajedrez. Y sobre las casillas, cuatro gigantescas torres, dos blancas y dos negras, que avanzaban de escena a escena según prosperaba la rivalidad entre ambas reinas.

Desdémona infiel

Paco Hernández había representado el papel de Oberon cuando el maestro Villarreal montó *Sueño de una noche de verano.* Ahí lo conocí. Era mayor que el resto de los actores. Quizá tenía cuarenta años. Vivía con su anciana madre (o más bien ella con él) en un modesto departamento de un viejo edificio del centro de la ciudad, en la calle de Bolivia. Era un hombre culto, melómano, aficionado a la ópera. Tenía gran facilidad para el dibujo y un gusto especial por el diseño del vestuario teatral. Su más honda pasión era el teatro (la actuación y la dirección escénica), que nunca pudo ejercer de manera profesional, pero que practicó como aficionado tenaz con sus propios recursos, procedentes de algún puesto burocrático, y con el apoyo de ciertas instituciones que colaboraban con dinero o en especie en el montaje de sus obras. Bajo su dirección participé en la puesta en escena de *Otelo* de Shakespeare y en la de *Hipólito* de Eurípides, otras obras monumentales.

Para los ensayos de *Otelo* nos reuníamos los fines de semana en otro antiguo edificio universitario del centro histórico, la antigua Escuela de Economía de la calle de Cuba, convertida entonces en Escuela Superior Nocturna de Música.

Además de dirigir la obra, Paco haría el papel protagónico del Moro de Venecia. Después de nuestra participación en *Sueño de una noche de verano,* él había pensado en mí para que representara el papel de Casio, el apuesto joven elegido por Yago para suscitar los celos de Otelo mediante una intriga que involucraba a Desdémona, recién raptada por el moro. Pero a lo largo de los primeros ensayos, cuando nos turnábamos los papeles en las lecturas preparatorias de la obra, Paco pensó que, a pesar de mi extrema juventud (tendría entonces dieciocho años), podría «dar el ancho» para encarnar a un personaje tan malévolo y monstruoso como Yago.

En vez de ajustarnos a una traducción ortodoxa de la obra shakespeariana, Paco eligió la maravillosa paráfrasis que hizo de la tragedia León Felipe, a la cual el zamorano refugiado en México le puso por título *El pañuelo encantado*. La historia es la misma, pero fluye en lengua española con gran armonía y un ritmo propio del poeta castellano-leonés.

Fue toda una aventura moral encarnar a un personaje diabólico, quizá el más abyecto de la dramaturgia shakespeariana. Sobre todo, porque su perversa actuación es absolutamente congruente con las causas que la desencadenan. Él, y no Otelo, es el verdadero celoso de la obra. No puede admitir que Casio haya sido escogido por Otelo como su teniente, mientras que a él lo ha relegado a la insignificante condición de alférez, un cargo subalterno e inferior a sus merecimientos.

No sólo memoricé mis largos parlamentos, sino que también estudié, hasta donde me alcanzó mi escasa experiencia, la psicología del personaje y los motivos de su maldad: los celos, la envidia, la vanidad, la codicia, el deseo de venganza y hasta el racismo. Y admiré la inteligencia de su estrategia para perpetrar su crimen.

Todo bien, sí, muy bien, hasta que en el escenario (no el de la representación, sino el de los ensayos) apareció en la antigua Escuela Nacional de Economía una mujer guapa, echada para adelante, que representaría a Desdémona. Sería dos o tres años mayor que yo. Me sedujo en los dos posibles sentidos de la palabra: quedé seducido por su belleza, su seguridad, su mirada, su sonrisa, su temple, pero también con ella acabé de perder la inocencia que todavía conservaba a pesar de mis párvulas incursiones en los misterios del erotismo. No contaré aquí el desarrollo de nuestro romance. Sólo diré que una era la trama shakespeariana que se desarrollaba en el escenario y otra la que transcurría tras bambalinas. ¡Cómo superar la esquizofrenia entre los dos Yagos que se debatían en mi corazón! Uno, el que salía a escena, que estaba dispuesto a sacrificar a Desdémona a manos del propio Otelo que lo había humillado, y otro, el que besuqueaba a Desdémona en los camerinos. Esta doblez tergiversaba por completo la obra de Shakespeare. Otelo habría tenido razón para fustigar a su esposa, pero no por su supuesto amor a Casio, sino a Yago (que era yo), y Yago, por su parte, no habría tenido ninguna justificación para tramar su venganza y denunciar a Casio, sino más bien para ocultar su relación con Desdémona (fuera del escenario) y mantenerla en secreto. Había lo que hoy en día se conoce como conflicto de intereses. Yo padecía una especie de reconcomio ético, pero no pude dejar a un lado mi indeclinable pasión adolescente.

Bueno, el caso es que la obra se presentó en un teatro precioso, el Ródano, de la Comisión Federal de Electricidad, ubicado nada menos que al lado de la Diana Cazadora, que durante un tiempo fue desplazada al parque frontero por el puritanismo nacional desde donde se encontraba en su glorieta domiciliaria, y a la que volvió años después con todo el esplendor de su desnudez sin ese

taparrabos que se le puso, presuntamente para preservar su intimidad, pero en realidad imprimiéndole una obscenidad que su desnudez total nunca había tenido.

No puedo dejar de recordar que el papel de mi esposa teatral, Emilia, a quien acabo por matar con mi espada para evitar su delación, era representado por Tita Avendaño, una mujer que habría de ejercer un liderazgo significativo en el inminente movimiento estudiantil del 68.

Mil novecientos sesenta y siete
Un parteaguas

> **Parteaguas.** m. Momento o hecho decisivo que marca la diferencia entre un estado previo y otro siguiente.
>
> *(Diccionario de mexicanismos. Propios y compartidos,* Academia Mexicana de la Lengua, México, 2022)

Alma mater

Aquella mañana sabatina de septiembre de 1966, cuando acudí a la Universidad Nacional Autónoma de México a presentar mi examen de admisión para el año siguiente, la Ciudad Universitaria, inaugurada apenas doce años atrás, me despertó muchas ensoñaciones —si es que las ensoñaciones se despiertan.

Al ver la magnificente Biblioteca Central construida por Juan O'Gorman, en cuyos murales el artista había utilizado piedras de río o cantos rodantes de diferentes colores, tamaños y texturas procedentes de diversos puntos del territorio nacional, supe que la Universidad habría de ser mi casa para siempre. Tanto, que no me sorprendió encontrarme a la entrada de la Facultad de Filosofía y Letras con un busto de Dante Alighieri. En la inscripción de su pedestal figuran estos versos de *La Comedia:«Lume v'è dato a bene e a malizia, / e libero voler; che, se fatica / nelle prime battaglie col*

ciel dura, / poi vince tutto se ben si notrica». (Una luz para el bien o el mal os dieron / y libre voluntad; que, si se cansa / en el primer combate contra el cielo, / luego lo vence si bien se sustenta.) Aunque procedan de *El Purgatorio,* para mí la sola efigie de Dante a las puertas de la facultad era como la fusión del tercero y el primer canto: llegar al paraíso con la certidumbre de que para mí no había ninguna posibilidad de retorno.

Fui de la primera generación a la que le tocó cursar tres años de bachillerato, en vez de los dos que hasta entonces habían regido los planes de estudio de la preparatoria. Por eso, en vez de entrar a la universidad en 1966 a los diecisiete años, como ocurría con las generaciones anteriores, entré con dieciocho cumplidos y a punto de alcanzar los diecinueve, en 1967.

El tercer año de preparatoria obligaba a elegir un área académica según la carrera universitaria que se quisiera seguir. Yo no tenía ninguna duda. Si bien había coqueteado con la idea de estudiar arquitectura, como mi hermano Miguel, o arte dramático, por mi entusiasta participación en aquellas obras de teatro, había prevalecido la aspiración de cursar la licenciatura en Lengua y Literatura Españolas. Algunos de mis hermanos trataban de disuadirme con la manida advertencia de que me moriría de hambre, pero muchos de ellos no habían cursado estudios superiores y no se habían muerto de hambre. No sé por qué yo acabaría en esa situación si estudiaba una carrera universitaria.

Aun así, en la Universidad seguí haciendo teatro, como lo había hecho en varios grupos preparatorianos, y mi gusto por la arquitectura se mantuvo vivo tanto en los cursos que al andar de los años impartí en diversas instituciones educativas como en mis propios textos literarios.

En el Centro Universitario México de los hermanos maristas donde estudié la preparatoria no había ningún otro alumno que pensara seguir una carrera humanística, así que tuve que meterme en el tercer año de bachillerato a Disciplinas Sociales, el grupo de los futuros abogados. No era mi área, pero al menos había cierta afinidad histórica entre ella y las letras. Había oído que Derecho era la licenciatura supletoria que habían estudiado muchos escritores de las pasadas generaciones, desde Ramón López Velarde y Alfonso Reyes hasta Carlos Fuentes y Carlos Monsiváis, pasando por Jaime Torres Bodet y Agustín Yáñez, entre tantos otros. Como me vi obligado a optar por el área de Disciplinas Sociales, para poder presentar mi examen de admisión a la carrera de Lengua y Literatura Españolas, necesité pagar a título de suficiencia unas asignaturas —Griego y Estética— que me hicieran acreedor al bachillerato de Humanidades Clásicas, inexistente en el CUM.

Hice mi examen de admisión en la Facultad de Filosofía y Letras, que ese sábado no contaba con la presencia de los alumnos regulares que la colmaban de lunes a viernes; para más señas, en un premonitorio salón, el 008, que muchos años después me asignarían para impartir la cátedra extraordinaria Maestros del Exilio Español que ocupé durante décadas. Fui convocado en el mismo grupo de los compañeros con quienes había cursado el tercer año del bachillerato, futuros abogados que ya empezaban a engolar la voz, a tratarse de *licenciado* y a caminar tomados del brazo, como suelen hacerlo los estudiantes de la «siempre erecta» Facultad de Derecho, según la denominó temerariamente, sin ningún pudor, Máximo Carvajal, uno de sus directores.

Ya sentados mis compañeros y yo en los mesabancos del salón, Nemesio García Naranjo —nieto del célebre educador, tribuno y periodista regiomontano de quien heredó el nombre— le preguntó al

profesor encargado de aplicar el examen, con énfasis oratorio igualmente heredado, si podíamos rezar un padrenuestro y tres avemarías para encomendarnos al cielo antes de responderlo. El profesor pasó del desconcierto a la indiferencia. Se quitó los anteojos, sorprendido por la pregunta que le había formulado Nemesio, y acabó por alzarse de hombros como diciendo hagan lo que quieran, que esta es una institución plural y respetuosa de todas las creencias, pero a mí no me metan en sus cosas. Yo, que por fin estaba a punto de ingresar en una institución laica después de doce años de educación confesional, me puse colorado, de pena ajena, como dicen. Pero no me pude quedar sentado como hubiera querido. Se me vinieron encima todos los atavismos de los que no me había liberado y me levanté de mi asiento como lo hicieron todos los demás con actitud menos mariana que marcial. Mis compañeros se persignaron con ademán enérgico y rezaron en voz alta, guiados por Nemesio. Yo apenas esbocé una caricatura de señal de la cruz y sólo moví los labios sin emitir ningún sonido para completar las oraciones. Me avergoncé de participar de ese ritual que no era propio de las circunstancias y también me avergoncé de mi propia vergüenza. Esa fue la última vez en mi vida que manifesté, así haya sido tan disimuladamente, una fe religiosa, que, como lo pude constatar esa misma mañana, en realidad ya me había abandonado.

Fue la última vez, también, que vi a mis compañeros. Al año siguiente, los que pasaran el examen se inscribirían en la vecina Facultad de Derecho mientras que yo me quedaría, solo, en la de Filosofía.

Pasé el examen de admisión y se me abrió el mundo. Más bien, el universo.

Me sentí solo, sí, pero también libre. Libre, sí, pero también temeroso: emancipado del rigor vigilante que se me había impuesto

durante toda mi educación preuniversitaria, y al mismo tiempo asustado de perderme en ese ámbito de opciones infinitas, exento de tutelajes coercitivos, de códigos de conducta explícitos y obligatorios, de amenazas punitivas, de figuras de autoridad presentes y reconocibles a los que había estado acostumbrado y sometido toda mi vida. Me asaltó el miedo a la libertad, antes, claro, de haber leído a Erich Fromm, a quien poco después, por cierto, habría de conocer personalmente en casa de Yolanda Morayta, mi novia.

Entre tímido y gozoso, atemorizado y entusiasta, inhibido y libre, me enfrenté, pues, a la novedad. Y la novedad no era otra cosa que la diversidad —diversidad sexual, social, étnica, política, ideológica, religiosa— que la institución universitaria acogía como esencia unitaria de su espíritu y que contrastaba radicalmente con la uniformidad de la institución marista de la que yo procedía, en la que todos éramos del mismo sexo, de la misma extracción social, de las mismas creencias religiosas.

Desde que dejé el kínder y me inscribieron en el Instituto México de los hermanos maristas, con quienes seguí estudiando hasta terminar la preparatoria, no había tenido compañeras ni maestras. Sólo maestros y compañeros. Puros hombres y, además, hombres puros, aunque sólo en el discurso y en el credo.

Qué maravillosa, aunque a veces también intimidante, la presencia de las mujeres en los pasillos, en el salón de clases, en la biblioteca, en la tarima, en el escritorio profesoral, en la cafetería, en las reuniones de estudio sostenidas fuera de la universidad en nuestras propias casas. Nunca había tenido amigas; sólo amigos. Qué alegría convivir cotidianamente con las ignotas emanaciones del ser femenino: el timbre de la voz, la sonrisa de un encuentro, el mohín de un disgusto, la ayuda para encontrar un libro, para hacer un

trabajo, para armar una fiesta. Cuántas amigas me regaló la facultad, cuya población permanente era sobre todo femenina, aunque no tanto como la eventual. Ahí tenía asiento la Escuela de Verano, que convocaba en los periodos intersemestrales a jóvenes procedentes de otros países, en particular de Estados Unidos, a estudiar lengua española y cultura mexicana. La mayoría de los estudiantes temporales eran mujeres, que se vestían de verano, para alivio del invierno en el que habían transcurrido los largos años de mi educación preuniversitaria.

Diversidad en la unidad, unidad en la diversidad. Sí, eso es lo que significaba la palabra. La Universidad era un gigantesco mural policromo, compuesto por una enorme cantidad de piedras de distintos colores naturales de diversas procedencias como el que ostentaba por sus cuatro costados la Biblioteca Central, que tanto me había impresionado la mañana sabatina en que acudí a presentar mi examen de admisión.

La diversidad sexual —o de género, como se dice hoy sobreponiendo un concepto gramatical a la naturaleza sexual de las personas para referirse a las implicaciones sociales y culturales de esa naturaleza y no a los aspectos fisiológicos de la sexualidad— incluía, más allá de la diferenciación binaria entre lo masculino y lo femenino, otras orientaciones que entonces apenas empezaban a manifestarse abiertamente.

Uno de mis compañeros, David Ramón, cuya vocación apuntaba más al cine que a la literatura y quien presumía de su estrecha amistad con Carlos Monsiváis, ostentaba provocativamente su condición homosexual con una liberalidad para mí hasta entonces

desconocida. Sus desplantes, al principio embarazosos, al menos para mí, fueron recibidos primero con temor por el grupo en el que quedé inscrito, luego con tolerancia y por fin con naturalidad e incluso con indiferencia.

Yo me había acostumbrado durante toda mi vida escolar a convivir con compañeros no sólo de mi mismo sexo, sino también de mi misma condición social. Había algunos que provenían de familias muy ricas, como la de Gonzalo Casas, emparentada con el expresidente Miguel Alemán, o la de Antonio Reguero —el novio de mi hermana Rosa—, cuyo segundo apellido, Maus, pertenecía a una estirpe que de generación en generación había venido amasando una enorme fortuna, como quedaba de manifiesto en la opulencia de la casona familiar en que vivía, en la calle de Mayorazgo, entre avenida Universidad y Río Churubusco, en el enorme terreno donde hoy se ubica la Sociedad de Autores y Compositores de México. Aunque mi familia fuera más modesta, sobre todo porque mi padre se había jubilado poco después de mi nacimiento y por la prolífica descendencia que engendró, yo no había sentido diferencias que me excluyeran del resto de mis condiscípulos —salvo una vez, cuando algún compañero me agravió por mi condición de becario, como la que también tenían mis hermanos—. En un sentido amplio, pertenecíamos a la misma clase social. No era el caso de la Universidad. Buena parte de mis compañeros eran, sí, de clase media, como yo. Vivían en casas semejantes a la mía, que tenían el mismo mobiliario, la misma decoración, el mismo número de baños o de focos que la mía. Pero había otros muchos que procedían de la clase proletaria, y era de suponerse que en sus casas —a las que nunca fui convidado— no había libros ni tocadiscos ni televisión ni refrigerador ni tostador de pan —y acaso ni luz eléctrica ni drenaje —. Compañeros que tenían que trasladarse en sucesivos camiones

de colonias lejanas a Ciudad Universitaria. Al lado de ellos, de nosotros, había estudiantes que se trasladaban en coche propio a la Universidad y que lucían costosas prendas en su vestimenta.

Tuve compañeros indígenas, cuya lengua materna no era el español, compañeros negros originarios de las Antillas, compañeros alemanes, rusos, chinos, japoneses y varias compañeras judías, cuyas familias habían huido del exterminio nazi. Recuerdo bien a dos de ellas, Viviana Grosz y Lila Solarezyk, que no podían asistir a las fiestas que de vez en cuando organizábamos los viernes en la noche porque tenían que estar en casa, prendiendo velas y cumpliendo con los rituales propios de su religión.

Pero quizá lo más enriquecedor era que varios alumnos venían de otros países latinoamericanos, amparados por la idea mesiánica de la «raza cósmica» de José Vasconcelos y por el escudo de la Universidad, que contiene el mapa de lo que Martí llamó «Nuestra América». Tuve compañeros nicaragüenses, colombianos, salvadoreños, venezolanos, guyaneses, puertorriqueños, argentinos. Y también muchos maestros, que se habían exiliado en México huyendo de las dictaduras de sus países. Recuerdo entre los guatemaltecos que me dieron clase a Alaíde Foppa, Carlos Solórzano, José Luis Balcárcel, coterráneos de otros intelectuales y artistas que, al amparo de diversas instancias universitarias, encontraron cobijo en México, como Luis Cardoza y Aragón, Augusto Monterroso, Mario Monteforte Toledo, Carlos Illescas, Otto Raúl González. Más tarde, con las dictaduras militares del Cono Sur, la Universidad recibiría a una ingente cantidad de exiliados argentinos, chilenos, uruguayos, que habrían de enriquecer la vida de la facultad. Y mucho antes que todos ellos; antes, incluso, de que se construyera Ciudad Universitaria, nuestra Máxima Casa de Estudios había recibido, para su enorme beneficio académico y cultural, a una

pléyade de profesores provenientes del exilio español, que impulsaron las tareas universitarias en todas las ramas de las ciencias, las humanidades, las artes y la difusión de la cultura. Una de las facultades que más provecho obtuvo de esa presencia fue la de Filosofía y Letras. Fui alumno de Luis Rius, Gloria Caballero, Arturo Souto, Ramón Xirau, Adolfo Sánchez Vázquez. Cuando alguien me pregunta quién fue mi maestro, suelo responder que el exilio español republicano.

Con razón se dice que la UNAM es la Universidad de la nación. Cuánto se parece, en su integración diversa y plural, al país —incluidos en él a quienes lo han adoptado como suyo—. Ninguna universidad del mundo, decía el rector José Sarukhán, es a su país lo que la UNAM es a México.

Yolanda

Yolanda y Rosa, Rosa y Yolanda..., ¡siempre juntas!, decían las maestras y las compañeras del Colegio Francés del Pedregal. Un binomio irreductible.

Con frecuencia, Yolanda iba a comer a mi casa de la calle de los Cedros 101. En correspondencia, Rosa iba a comer a la casa de Yolanda de la calle de Cascada 206 en la recién inaugurada colonia Jardines del Pedregal de San Ángel, alarde de la modernidad determinada por la arquitectura de la flamante Ciudad Universitaria.

Siempre ataviada con su uniforme del colegio —cuello blanco en forma de una U angular, pespunteado y almidonado, sobrepuesto en

las hombreras y el espaldar del vestido azul marino, calcetas blancas hasta media pierna y zapatos masculinos—, Yolanda era una niña de tez muy blanca. Su cabello, castaño, lacio y largo, por atrás le caía hasta media espalda y, por delante, hasta las cejas, en un fleco rigurosamente recortado. Era delgada, pero no en extremo, si bien los pómulos altos, el mentón pronunciado y la nariz recta le daban a su rostro un sesgo que entonces podría calificarse de *estilizado*. Pero lo que destacaba de ella era su inteligencia clara, sus finos modales en la mesa y su buen decir —cuando hablaba, claro, porque más bien era reservada.

Yolanda era hija de Italia Morayta, quien se había desempeñado como la intérprete del presidente Adolfo López Mateos, al que le importó la política exterior quizá tanto como la interior, por lo que requería de apoyo lingüístico para emprender sus reiterados viajes al extranjero. Tantos, que su apellido fue trastocado en el lenguaje popular por una simpática paronomasia: «López Paseos». Pero ya antes Italia había sido la intérprete de Miguel Alemán y de Adolfo Ruiz Cortines y seguiría siéndolo de todos los presidentes de México hasta Carlos Salinas de Gortari. Fue la pionera de la interpretación de conferencias internacionales en México. Como reportera de *El Universal,* asistió a la Segunda Conferencia de la UNESCO, que se celebró en México en 1947, durante la cual realizó de manera improvisada, a falta de alguien profesional que se prestara a hacerlo, la interpretación del evento, no de manera consecutiva, como solían ser las interpretaciones lingüísticas entonces, sino simultánea, según se había establecido, por primera vez en el mundo, apenas un par de años atrás, en los juicios de Núremberg de 1945. En reconocimiento a la oportunidad y a la brillantez de su interpretación, fue contratada por el Departamento de Estado de la Unión Americana para prepararse profesionalmente como intérprete

en la Organización de las Naciones Unidas. Italia estaba casada, por segundas nupcias, con Miguel Morayta, padre de Yolanda, odontólogo prominente, que procedía del exilio español republicano.

En mi casa se observaba un catolicismo a ultranza que llevó a tres de mis hermanos a abrigar la vida religiosa —de la que los tres acabaron por desertar, no sin consecuencias graves—. Que la madre de la mejor amiga de Rosa fuera divorciada y se hubiera casado por segunda vez sólo por las leyes civiles con el doctor Morayta generaba recelo, cuando no desaprobación, pero bueno..., se veía que Yolanda era una buena muchacha, inteligente y educada. Tampoco se salvaba del todo el doctor Morayta. Subyacía en mis padres la idea reductora de que los refugiados españoles —ateos, comunistas y comecuras— atentaban contra la moral cristiana. Por fortuna, mi tía Luisa, medio hermana de mi padre, se había casado con un refugiado español, el pediatra Francisco Barnés —el «tío Paco»—, hermano de Urbano Barnés, que fue el ginecólogo de mi madre y atendió sus últimos tres partos (entre ellos, el de mi nacimiento) de los doce que tuvo. Tras su matrimonio con mi tía Luisa, tío Paco se convirtió en el médico de la familia y cuidó la salud de todos y cada uno de sus numerosos integrantes con una generosidad propia de muchos exiliados que se sintieron compelidos a corresponder con sus conocimientos o sus destrezas a la acogida del país que les abrió las puertas. Su asistencia, y la de su hermano el ginecólogo, morigeraron la reticencia que suscitaba el exilio español en mis padres.

La presencia de Yolanda fue constante en la vida familiar de mi casa, de la misma manera que la de Rosa fue constante en la de la familia Morayta. Cuando murió mi padre en 1962, mi hermana, que a la sazón contaba con escasos doce años, se fue a pasar esos días de zozobra y agonía a la casa de su amiga. Fue la única de los doce

hermanos congregados alrededor del lecho de papá que no estuvo ahí en el momento de su muerte.

Me gustaba la presencia de Yolanda en la casa porque se moderaba un poco la conducta entre bromista y abusiva de mis hermanos mayores, que a menudo me elegían blanco de sus burlas o sus pullas por ser el menor de los varones. Sin embargo, mi hermano Jaime no perdía oportunidad de hacerle bromas a ella o poner a prueba su inteligencia. Yolanda siempre salió airosa de esas provocaciones y esos retos.

Fue en secundaria, mientras yo cursaba el tercer grado y Yolanda el primero, cuando simulamos, aventuramos, colegimos, inventamos, adelantamos, presumimos un noviazgo que me llevó a esperarla varias veces a la salida del Colegio Francés, ubicado en la calle por él llamada *Colegio* y a acompañarla, caminando Paseo del Pedregal abajo, hasta su casa en la calle de Cascada. Conservo una fotografía chiquita, en blanco y negro, en la que Yolanda y yo estamos tomados de la mano en la puerta de su casa, ella de uniforme, como siempre la había visto hasta entonces, y yo estrenando una sonrisa triunfal y sacando el pecho como si ameritara una condecoración. No tengo la menor idea de quién pudo haber tomado esa fotografía que daba testimonio de una relación que, hasta donde recuerdo, manteníamos en secreto.

No sé ni cómo empezó ni cómo terminó ese presunto noviazgo. Sólo me acuerdo de que una vez intenté darle un beso en la mejilla cuando nos detuvimos en la esquina de Cascada y Cráter. Ella lo esquivó ofendida no tanto por el beso, sino por haber pretendido dárselo en la calle. Eso era cosa de sirvientas. También yo me sentí mal el día en que le enseñé en mi casa uno de mis primeros cuentos y ella, en vez de celebrarlo, como yo esperaba, me corrigió dos o tres faltas de ortografía. Desde muy temprana edad, Yolanda tenía

suficientes conocimientos gramaticales para revisar con eficiencia las galeras de una revista de odontología en la que su padre publicaba sus artículos y de la que posiblemente era el director.

Dos o tres años después de ese simulacro de noviazgo, mi disminuida familia se mudó a la casa de Sur 71 B número 312 en la modesta colonia Sinatel (acrónimo del Sindicato Nacional de Trabajadores de Teléfonos). A la muerte de mi padre, habíamos sufrido una contracción económica y, además, los más de mis hermanos mayores se habían casado ya y habían dejado aquella casa de los Cedros, que algo tenía de cuartel militar o de motel carretero.

A finales de 1966, cuando terminé la preparatoria en el CUM y tenía en puerta la fiesta de graduación, había invitado a Susan Ring, otra amiga de Rosa, para que fuera conmigo. Pero no me respondió de inmediato, me dio largas, y finalmente me dijo que esa noche no podría acompañarme.

Una semana antes de la fiesta llegué a mi casa, acompañado de mi amigo Gonzalo Casas. Al entrar, los dos nos quedamos estupefactos. En la sala, de pie y de espaldas a nosotros, se encontraba una mujer desconocida, que ostentaba una figura admirable, sobre todo por la estrechez de su cintura, por la largura de las piernas —visibles desde los talones hasta las corvas— y por un peinado alto que le dejaba la nuca al vivo. Entre mi tocayo y yo medió un adolescente intercambio de miradas. ¿Quién será? Cuando se volvió, nos dimos cuenta de que era Yolanda. No la había reconocido, de espaldas y sin su monjil uniforme. Estaba muy bien vestida, muy bien maquillada y sutil pero perceptiblemente perfumada.

Justo cuando llegamos, ella ya tenía que irse. No sé cómo había llegado a la colonia Sinatel desde el Pedregal de San Ángel, pero sí

supe que no tenía cómo regresarse. Me miró, sólo me miró, bastó con que me mirara para que yo, a mi vez, mirara a mi tocayo, quien no necesitó ninguna palabra de mi parte para entender que debía prestarme su coche, un Ford Falcon nuevecito, modelo 67 (correspondiente al año entrante y distribuido con anticipación), que le acababa de regalar su padre, el doctor Casas Alemán, por haber terminado la preparatoria. Sacó las llaves de su bolsillo y me las dio en un acto de compañerismo y complicidad muy propio de su carácter desprendido y generoso. Y valiente y temerario porque yo entonces apenas sabía manejar.

Pasé por agua, fuego, lluvia, granizo, nieve, brisa, riscos, volcanes, cañadas, montañas, cráteres, praderas, nubes, cantiles, valles, senderos, lomas, laderas, farallones, sismos (tal es la nomenclatura urbana de las calles de esa colonia)... hasta llegar a Cascada 206, en cuya puerta, tras haberme bajado muy caballerosamente a abrirle la portezuela del coche, le pregunté a Yolanda si quería acompañarme a mi fiesta de graduación en el Country Club.

—Déjame pensarlo —me dijo.

Cuatro o cinco días antes de la fiesta, le hablé por teléfono. Me dijo que ya lo había pensado. Y todavía dejó pasar unos segundos largos de suspenso antes de decirme que... aceptaba mi invitación.

Mi madre me arregló en su propia máquina de coser Singer, a toda velocidad, un esmoquin viejo del doctor Casas Alemán que él ya no usaba ni usaría. Estaba en buen estado, aunque me quedaba muy grande, y las irreductibles solapas de seda eran demasiado anchas para la moda del momento. Mamá lo redujo milagrosamente a mis proporciones, pero hubo que comprar la corbata de moño, los zapatos de charol y la camisa de pechera alforzada, en cuyos ojales me pondría los botones de plata que había usado mi padre el día de su boda y que mamá conservaba con nostálgica devoción.

Para contrarrestar los gastos de la vestimenta, pero con el pretexto de que todo sería más cómodo e íntimo, mi madre propuso que la cena que teníamos programada en el Country Club, mejor la hiciéramos en casa. Así nos ahorraríamos el costo del banquete, que no estaba incluido en el boleto de la fiesta. Después de cenar iríamos al baile las tres parejas convocadas: Gonzalo Casas y Lourdes, su novia; mi hermana Rosa y un su pretendiente y amigo mío y de mi tocayo, Antonio Reguero (el de la casona de la calle Mayorazgo), y Yolanda y yo. De regreso, Yolanda se quedaría a dormir con Rosa, en su cuarto. No era malo el plan, urdido por las limitaciones económicas de la casa y por el buen juicio de mamá, que quería agasajarme por haber obtenido el reconocimiento al Mejor Bachiller de mi generación en el CUM, aunque ella, determinada por el mismo criterio de equidad que había impuesto en la familia, no era dada a hacer distingos de ninguna índole entre sus numerosos hijos. «Todos mis hijos son iguales» era su apotegma cotidiano.

Mamá preparó una magnífica cena con las recetas que seguía en las ocasiones importantes y puso una espléndida mesa con la vajilla, la cristalería y la cubertería remanentes de los buenos tiempos.

Cuando Italia y Miguel Morayta llevaron a Yolanda a mi casa, no la dejaron en la puerta, sino que pasaron a saludar a mi madre y, de paso, a ver discretamente cuáles eran las condiciones de la familia de la mejor amiga de su hija y de su posible pretendiente. A pesar de la modestia y el conservadurismo de mi casa, que contrastaba con la elegancia y la modernidad de la mansión de los Morayta en el Pedregal de San Ángel, me pareció que daban su visto bueno. Le encargaron a mamá mucho a su hija, me miraron enfundado en ese esmoquin de solapas voladoras que con duras penas había pasado la

prueba final de su rehabilitación y se despidieron sin aceptar siquiera el vermucito que mi madre les había ofrecido.

Al despedirse, el doctor Morayta le dio a Yolanda un largo abrazo que algo tenía de despedida, no de un día para otro, sino de una etapa de la vida concluida en ese preciso momento a otra todavía imprevisible. Un parteaguas, pues.

Yolanda iba guapísima, con un vestido escotado y largo, de jaspeados colores cárdenos, plomizos y morados, que pasó a la nomenclatura familiar como el vestido de *Lolita,* por asemejarse a uno de los que porta Sue Lyon para acompañar a James Mason (Humbert Humbert) a una fiesta en la película de Stanley Kubrick de 1962, basada en la novela homónima de Vladimir Nabokov.

Cenamos muy bien y después nos dirigimos los seis, emperifollados y apretujados en el Falcon de Gonzalo Casas, al Country Club de calzada de Tlalpan y Río Churubusco.

Los compañeros, irreconocibles con sus trajes de etiqueta. Sus novias, elegantísimas, estrenando zapatos de tacones altos, medias y peinados, perfumes y cosméticos, aretes y collares. Los padres de familia, orgullosos y satisfechos, en las panzas y en los pechos, por la graduación de sus hijos. Las mesas, desiguales, unas desertadas por los comensales que al final de la cena se habían desplazado, silla en mano, para sentarse con los amigos y brindar con ellos; otras, rebasadas por esos mismos visitantes satelitales. Los Violines Mágicos de Villafontana, que habían acompañado la cena y los brindis, a punto de volver a sus estuches y dar paso libre a la orquesta de música omnímoda y cambiante que ritmaría el baile.

Como nosotros no teníamos mesa, fuimos transitando por las de los amigos hasta que inevitablemente Yolanda y yo acabamos en la pista de baile, cuando la orquesta despachaba sus primeras y suaves melodías. Yo no sabía bailar, a pesar de la paciencia de mi hermana

Rosa, con quien había hecho algunas prácticas infructuosas delante de la consola de la sala. Pero a nadie, salvo a mí, parecía importarle. Ni a Yolanda. Ella estaba ahí, aquí más bien, frente a mí, con su maravilloso vestido de *Lolita,* sus labios nacarados, sus pestañas rimeladas y toda su estatura, dispuesta al baile, mi mano izquierda entrelazada a su mano derecha, su mano izquierda sobre mi hombro derecho y mi mano derecha en la brevedad de su cintura, abrazados, pues, moviéndonos un poco, un pasito a la izquierda, otro a la derecha, mientras sonreíamos, yo por no saber bailar y ella porque no le importaba y perdonaba mi torpeza y hasta la disfrutaba. Pero el roce de su cabello en mi frente, la proximidad de nuestras mejillas, la expansión envolvente de su perfume, la interrogante de su mirada, el esbozo de su sonrisa... suplieron la cadencia de los pies, que se limitaron a un ligero bamboleo marino al tiempo que se vislumbraba en lontananza la etapa impredecible por la que el doctor Morayta había abrazado a su hija esa noche, al dejarla en casa.

De los boleros y los valsecitos se pasó sin solución de continuidad al rocanrol. Yolanda y yo dejamos la pista y nos fuimos a sentar a una mesa desertada para hablar, ya no como la fugaz novia de la secundaria, cuando nos tomábamos de la mano para caminar desde su colegio hasta su casa en el Pedregal, sino como la posible, hipotética y promisoria novia de la inminente Universidad.

Salimos del Country Club cuando ya muchos compañeros habían perdido sus corbatas de moño, y las camisas desabotonadas se les habían desbordado por sobre la fajilla de seda; cuando ya algunas copas se habían roto en la efusividad de los brindis, los abrazos laterales se habían tambaleado y las porras a la generación 64-66 del CUM habían inflamado las gargantas.

Apretujados en el Falcon de Gonzalo, pasamos a dejar primero a su novia Lourdes, a quien sus papás le habían impuesto una hora cenicienta para llegar, y después seguimos a mi casa.

Me despedí de Yolanda con un beso temerario que suscitó en ella una mirada que no supe calificar de anuente o de reprobatoria. Tan pronto ella y mi hermana subieron a su recámara, Antonio Reguero y yo nos miramos y, con la siempre buena disposición de mi tocayo, decidimos traerles una serenata. Así que nos desplazamos hasta la Plaza Garibaldi, contratamos un mariachi y volvimos a casa ya de madrugada. Qué cosa rara dar una serenata desde el jardín interior de la propia casa. Pero así fue. Y entre las canciones del repertorio del mariachi, yo fui intercalando algunos de los poemas que entonces me daba por recitar, entre ellos, el madrigal de Gutierre de Cetina.

Ojos claros, serenos,
si de un dulce mirar sois alabados,
¿por qué, si me miráis, miráis airados?
Si cuanto más piadosos,
más bellos parecéis a aquel que os mira,
no me miréis con ira,
porque no parezcáis menos hermosos.
¡Ay, tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
ya que así me miráis, miradme al menos.

Y sí, me miraron al menos. Yolanda y Rosa se asomaron discretamente a la ventana de su cuarto, con la cara lavada y el pelo suelto, pero bellas —o embellecidas por la alegría y por lo que empezaba a vislumbrarse en lontananza.

Una cena, un baile, un beso, una serenata. Pero faltaba la palabra.

La invité al Café del Convento, el antiguo monasterio colonial de los Camilos, ubicado en una de las esquinas de la Plaza de la Conchita, en Coyoacán, habilitado como cafetería, con sillas y mesas rústicas, ventanas ciegas y velas encendidas. Crucé los dedos para que no pidiera más que un café porque el dinero que llevaba apenas me alcanzaba para dos tazas y acaso un pastelito. Y fue en ese Café del Convento donde surgió la palabra, ese pronunciamiento convencional, codificado, que tenía un nombre específico y reglamentado: *declaración.*

«¿Ya te le declaraste?», me decía Rosa. «¿Ya se te declaró?», le preguntaban a Yolanda.

Y sí, esa tarde, cuando empezaba a anochecer, me le declaré. No había manera de transgredir la frase ritual, monolítica, inmodificable:

—¿Quieres ser mi novia?

Y ella, esta vez, no respondió «Déjame pensarlo», como lo había hecho cuando la invité a mi baile de graduación.

Me respondió con otra pregunta:

—¿Estás seguro?

Y yo claro que no estaba seguro. ¿Cómo estar seguro del futuro de los sentimientos? De lo que sí estaba seguro era de que esa niña de uniforme que tantas veces comió en mi casa se había vuelto otra persona, o mejor dicho se había desplegado en una mujer bellísima, inteligente y compleja. Y también, de que me gustaba, mucho, y de que quería correr todos los riesgos, aun el de mi inseguridad, con ella, acompañado de ella.

Le dije un *sí* que ella replicó con otro, no tan enfático como el mío, pero más hondo. Y nos dimos un beso pudibundo bajo la luz de un

foco envuelto en una canasta que hacía las veces de lámpara y que caía, cenital, sobre nuestra mesa de dos cafés.

A partir de entonces, se transformaron mi corazón, mi ánimo, mis expectativas y mi vida cotidiana.

Todas las noches, al salir de la universidad, iba a visitar a Yolanda a su casa del Pedregal. Y todas las noches aportábamos nuestra cuota de ritmo para hacer de esas visitas una costumbre y un ritual. Las manos entrelazadas, los besos furtivos, las pláticas entusiastas, mis lecturas *(Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier, *Rayuela* de Julio Cortázar), las suyas (las novelas de Emily Brontë y de Selma Lagerlöf), la merienda, el descubrimiento del otro sexo, de las otras maneras, de las diferentes historias. Qué placer era estar ahí, en ese territorio que antes, cuando éramos dizque novios en la secundaria, me había sido vedado y al que ahora había podido incursionar para aposentarme en la comodidad del estudio, donde Yolanda me recibía y donde nos respaldaba la estupenda colección de Clásicos Castellanos, en la que se encontraban varias de las obras que leí para mis cursos: el *Romancero general,* recopilado por Menéndez Pidal, *El libro de buen amor* de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita; las *Églogas* de Garcilaso; *Los sueños* de Quevedo; las *Soledades* de Góngora; *El Criticón* de Gracián...

Salíamos poco. Por dos motivos. Ya para entonces yo trabajaba en la mañana en el Museo Nacional del Virreinato, a cuarenta y cinco kilómetros de la Ciudad de México, y todavía no se había terminado de construir la autopista que va de Ciudad Satélite a Tepotzotlán, así que el tiempo de viaje era largo. Me trasladaba en una camioneta del museo que a muy tempranas horas de la madrugada —las seis o seis y media— iniciaba su recorrido para recoger a los empleados de confianza, entre los que yo me encontraba. Y lo mismo de regreso a

México, cuando a las tres y media de la tarde me dejaba en la esquina de Insurgentes y Xola, donde tomaba un camión que me llevaba a Ciudad Universitaria para entrar a mi primera clase a las cuatro de la tarde. Es decir, que no me podía desvelar. Pero no sólo era una cuestión de horario. Salíamos poco porque todavía no tenía coche y porque aún no había salido mi primer cheque como empleado del Instituto Nacional de Antropología e Historia adscrito al Museo Nacional del Virreinato, que tardó más de seis meses en emitirse. Así que sostuvimos un noviazgo austero y doméstico que sólo nos remitía a nosotros mismos, porque tampoco estaba muy presente la vida familiar de Yolanda. Italia viajaba constantemente al extranjero, el doctor Morayta regresaba tarde de su consultorio, los hijos mayores (del primer matrimonio de Italia) ya no vivían en casa y los menores no se paraban por el estudio. Sólo alternábamos con la abuela de Yolanda, que ejercía ante nosotros una especie de chaperonazgo distraído y concesivo.

Los domingos era otra cosa. El doctor Morayta hacía una espectacular paella en el jardín posterior de la casa, invitaba a algunos amigos procedentes del exilio, entre ellos a un señor de espesas cejas, apellidado Jiménez, que estaba casado con la soprano Ernestina Garfias. Yo acudía a esas comidas dominicales después de mi servicio militar en la Infantería de Marina, todavía ataviado con el uniforme de faena de la Armada, que inevitablemente suscitaba el comentario albertino del marinero en tierra que domingo a domingo lanzaba el señor Jiménez entre carcajadas. ¡Qué hace un marinero a 2,240 metros sobre el nivel del mar y a más de quinientos kilómetros del puerto más cercano!

Tantas cosas me gustaban de Yolanda. Su belleza, su inteligencia, su sentido del humor, sutil y lúdico; sus dilatados y pacientes recursos para mantenerme en vilo permanente. Y hasta lo que no

me gustaba de ella me gustaba: la reserva de su carácter, sus entretelas, su mutismo, que, si cerraba su alma —o la expresión de su alma—, me abría a mí las puertas del enigma, de la curiosidad, de la suposición. Pero lo que más admiraba de ella era su tan discreta como entregada solidaridad.

Cuando leí *El deslinde* de Alfonso Reyes en un ejemplar de la Biblioteca Samuel Ramos de la facultad, le manifesté a Yolanda mi enorme entusiasmo por esa obra (porque entonces yo era un indiscriminado dechado de entusiasmos), que no necesariamente, como lo supe después, era la preferida de su propio autor. Un sábado a mediodía, Yolanda se presentó en mi casa de la colonia Sinatel con un regalo: los dieciocho volúmenes hasta entonces publicados de las *Obras completas* del polígrafo regiomontano, editadas, las ocho o nueve últimas, por el nicaragüense avecindado en México, Ernesto Mejía Sánchez, quien sería mi maestro de Literatura Hispanoamericana.

La doctora Gloria Caballero, profesora del curso de Historia de la Literatura Española, quien, como tantos maestros míos, también procedía del exilio español, incluyó en la bibliografía de su materia una obra de Dámaso Alonso, *Primavera temprana de la literatura europea,* publicada por la editorial Guadarrama de Madrid. No se encontraba en ninguna librería. Ni en la Biblioteca Samuel Ramos de la facultad ni en la Biblioteca Central de la universidad. Yolanda supo de mi frustración por no poder conseguir ese título. Una semana más tarde, cuando llegué a su casa al salir de clase, me entregó el libro que yo no había podido encontrar. Después me enteré de que había recorrido las librerías de viejo de la calle de Donceles en el Centro hasta dar con ese ejemplar único. Pero entonces no me di cuenta de lo valioso que era el libro ni de las dificultades que Yolanda había tenido que sortear para localizarlo, aunque lo agradecí

cumplidamente. Doce años después, en febrero de 1979, se lo llevé a nadie menos que al propio Dámaso Alonso, entonces director de la Real Academia Española, que había venido a México invitado por el Canal 13 de televisión, donde yo entonces fungía como gerente de programación cultural. Fui a casa de Eulalio Ferrer, donde el ilustre filólogo se hospedaba. Le enseñé el libro de su autoría y le pedí que me lo dedicara. Lo tomó en sus manos y se quedó atónito. ¿Cómo tenía yo ese libro rarísimo y agotado hacía tiempo? Lo primero que me dijo fue:

—¡Te lo compro!

—No —le dije—. Si no lo pensaba vender, ahora menos.

Conseguí que me lo dedicara. Y más. Conseguí que el director de la Real Academia Española escribiera, ese 19 de febrero de 1979, *México* con *x.*

Alma mater

Era de muy baja estatura. Daba la impresión de que, sentada en la silla tras la empalizada del escritorio, los pies no alcanzaban a tocar el suelo. Pero, a semejanza de las mujeres pequeñas de las que habla el Arcipreste de Hita en su poema «De las propiedades que las dueñas chicas han», tenía un carácter fuerte. En su caso, fríamente administrado por la ironía, siempre prevenida en la punta de la lengua para salir, punzante, a la palestra.

María del Carmen Millán impartía el curso de Teoría de la Literatura y Composición. Se trataba de una rara pero afortunada mezcla de iniciación a las investigaciones filológicas y taller de creación literaria. Yo, que no había tenido titubeos en mi elección universitaria, dudaba, sin embargo, entre seguir una carrera

estrictamente académica u obedecer a mi más profunda vocación de escritor. En ese curso de la maestra Millán encontré la solución a mi conflicto: me di cuenta de que tal contradicción, como el curso mismo lo demostraba, no existía. Nada podía ser incompatible con la vocación literaria. En la historia de nuestras letras, sor Juana Inés de la Cruz había sido monja; Vicente Riva Palacio, militar; Ramón López Velarde, abogado; Mariano Azuela, médico; Juan Rulfo, vendedor de llantas de la Goodrich Euzkadi... ¿Por qué yo no podría ser escritor si estudiaba la carrera de Letras?

Es cierto que la facultad no forma escritores, pero sí forma lectores. Es cierto, también, que no todos los lectores escriben, pero todos los escritores leen. Yo tenía ante mí la posibilidad de ser un lector digamos que «profesional» de la literatura de mi lengua.

Que la formación académica me permitiría vislumbrar de manera orgánica la literatura española y que mi condición de lector no se oponía a mi vocación literaria, sino beneficiaría su desarrollo, lo supe al tomar, en el primer año de la carrera, el curso que impartía la maestra Millán, quien, por cierto, fue la primera mujer que ingresaría en la Academia Mexicana de la Lengua.

Con rigor metodológico, la maestra nos enseñaba a hacer una ficha bibliográfica, a distinguir un género literario de otro, a analizar la estructura de un cuento, a medir, como agrimensores del campo abierto de la poesía, los versos de un poema y conocer las modalidades de su distribución estrófica, de su rima y de su acentuación..., pero también nos pedía que escribiéramos un texto propio, que después tendríamos que leer ante el grupo.

Como si se tratara de una clase de dibujo de imitación de las que yo había tomado en la secundaria, pero elaborado con palabras en lugar de lápices, la maestra Millán nos pidió una vez que hiciéramos una descripción de una manzana, es decir un texto cuya dificultad

consistía paradójicamente en su simplicidad: describir, sin más, una fruta. Una fruta universal, paradigmática, manoseada miles de veces por la literatura, pero una fruta al fin, sólo una fruta común y conocida.

Nacho Anaya, un compañero de clase que había devorado las cartas que Rilke le escribió al joven poeta Franz Xaver Kappus, leyó su composición antes que yo. Decía en el poema que escribió algo así como «la manzana espera en el árbol, espera, espera...». Y como ese verso era tan recurrente como la espera misma, la maestra Millán, al oírlo varias veces —«la manzana espera en el árbol, espera, espera...»—, no pudo refrenar su habitual ironía. Lo paró en seco y le dijo:

—Total, Ignacio, ¿es manzana o es pera?

El grupo soltó una carcajada. Nacho se ruborizó.

Yo también me sonrojé, pero anticipadamente, porque de inmediato me pidió a mí que leyera mi composición. Me puse nervioso. Temí que se burlara de lo que había escrito y por tanto que se burlara de mí, porque es imposible escindir de la propia identidad lo que uno escribe, más aún cuando es la juventud, con toda su timidez y su vulnerabilidad, la que dicta cada frase. Las hojas me temblaban entre los dedos y la voz apenas me salía de la garganta constreñida.

No conservo el texto que entonces leí. Sólo recuerdo que, en lugar de describir una manzana, como lo había pedido la maestra, opté por imaginarla. Una manzana azul que, no obstante la forma cúbica que le había atribuido, «rodaba en el declive de mi imaginación», según recuerdo haber escrito.

La maestra Millán no se burló de mí ni de mi texto, sino que nos felicitó a ambos.

Esa tarde, la puerta del salón me quedó chica. Salí de clase henchido de emoción, como si me hubieran armado caballero de las letras.

Escribir. Escribir. Escribir.

Escribía a lápiz, en cuadernos rayados, con letra grande y redonda y avanzaba casi tanto con la goma de borrar como con el lápiz. Y pasaba en limpio lo que había escrito, también a lápiz y también apuntalado por el borrador —red circense del salto mortal—. Una primera versión, una segunda, una tercera, una séptima, una novena..., hasta que quedaba el mero esqueleto, sin matices, sin adornos, rudo y crudo. Así nació mi primer cuento, del que me avergüenzo, sí, pero con tolerancia paternal. Lo llevé a la revista *Punto de Partida* que dirigía Margo Glantz en Difusión Cultural de la UNAM. ¡Y me lo publicó! En el número 7 de la revista, correspondiente al último bimestre del venturoso año 1967.

El cuento, dramático, categórico, radical, excesivo en su brevedad, impúdico, vergonzante, es este:

EL ANTROPÓFAGO

Tenía hambre, mucha hambre: sentía como si se hubiera tragado un pájaro, y el pájaro le hubiese comido el estómago para después salir volando en medio de un eructo con su estómago en el estómago.

Se arrancó un dedo del pie y se lo comió, después se comió todo el pie (para qué caminar. Había caminado demasiado). Separó su pierna del muslo y devoró la pantorrilla, royó la tibia y el peroné. Mascó los dedos de sus manos, escupió las falanges y chupó los huesos de sus brazos. (Había mendigado mucho y seguía teniendo hambre.)

Cuando se comió la boca, ya no pudo comer más.

Murió de hambre.

Lo que más me conmovió cuando salí armado caballero de las letras del salón en el que impartía su clase la maestra Millán fue que Nacho Anaya, el de la manzana que era pera, se me acercó para felicitarme. En ese mismo momento decidimos, claro, hacer una revista literaria con otros compañeros que también se creían escritores, al menos en potencia, como yo.

No la fundamos, sino más bien nos montamos en una que ya existía y que había llegado al número 9. *Tlamatini* era su nombre. En sus páginas participamos varios estudiantes del mismo grupo, entre ellos, Álvaro Gutiérrez, poeta nicaragüense que rescataba el género epigramático, definido por su clásico cultor Juan de Iriarte en una memorable cuarteta:

A la abeja semejante,
para que cause placer,
el epigrama ha de ser:
pequeño, dulce y punzante.

El «Nica», como apodábamos a Álvaro, enderezaría sus afiladas palabras, sustituyendo la abeja por la mosca, contra el dictador Anastasio Somoza en el número 10:

Mis poemas (impresos en voz baja)
saldrán a las calles para sonar
a mentada de madre en boca
de los civiles. Y tú
—castrador del pueblo—
conocerás el arte de herir sin armas.
Redactados sin consonancia
ni hipérbaton ni síncopa ni apócope
(no aludo a marcas de fusiles, general)

mis epigramas
se tirarán con furia y filo al fondo
no como dulce abeja en tu oído
sino airada mosca que pasa y se posa
y pasa y jode
y jode
y jode
y jode.

El Nica consiguió, además, que incluyéramos en ese número un texto de su paisano Sergio Ramírez, quien, unos años después, contribuiría decisivamente a derrocar al dictador de la dinastía somocista. Andando el tiempo, nuestro excepcional colaborador llegaría a recibir el Premio Cervantes, el más importante galardón de la lengua española. Y, quién lo diría, acabaría por ser expulsado de su patria por uno de sus compañeros que asumió el poder tras la caída de Somoza y se convirtió en un dictador más feroz y siniestro que aquel al que había contribuido a derrocar.

Marinero en altiplano

¿Qué me llevó a hacer mi servicio militar en la Infantería de Marina? No lo sé. Creo que obedecí más a un ideal que a un razonamiento, y menos a un ideal que a un caprichoso desplante de gallardía.

El año anterior, mi amigo Marco Antonio Durán, vecino de la calle de Cedros, había solicitado su inscripción en la Secretaría de Marina. Estaba contento de haber elegido esa opción para hacer su servicio militar porque, según él, era mucho mejor que la que ofrecía la Secretaría de la Defensa Nacional. Me dijo que no se trataba sólo de marchar los domingos por la mañana un par de horas como los

conscriptos del Ejército, sino que en la Armada te enseñaban a disparar armas de fuego, salías de excursión o campamento a realizar prácticas militares y acababas visitando la Heroica Escuela Naval Militar en Antón Lizardo y, con suerte, hasta trepándote en un barco escuela en el Puerto de Veracruz. Debo confesar que ninguna de esas «ventajas» me resultaba particularmente atractiva. Detesto las armas, sobre todo las de fuego porque una espada y un cuchillo, gracias a Borges, me merecen cierto respeto literario. Siempre he tenido un temperamento sedentario, carezco de espíritu aventurero y, puesto a escoger, prefiero comer sentado en una silla frente a una mesa que en una piedra frente a la fogata; orinar al pie de un escusado que de un árbol, y dormir en una cama que sepultado dentro de un *sleeping bag* en una tienda de campaña. Además, soy de tierra adentro, del altiplano central de México, y no conocí el mar hasta que cumplí los catorce años, cuando mi cuñado Bob me llevó con su familia a Acapulco. La playa de Revolcadero hizo gala de su nombre en mi persona y por poco me ahogo. Me gusta más el mar como paisaje que como bañera y disfruto más las ciudades portuarias que las playas.

La verdad, lo que realmente me encantaba de la Marina era el uniforme. El uniforme de gala. Negro con ribetes blancos en el típico cuello marinero; birrete, guantes, fornituras y polainas también blancos, y el abrigo largo que ostentaba el elegante nombre de *maquinoff* y que me remitía a las imágenes literarias plasmadas para la eternidad por Herman Melville, Edgar Allan Poe o Bram Stoker del marino frente al timón, con su gabán hinchado por el viento de proa, desafiando al proceloso mar en la tormenta. También a Yolanda le gustaba el uniforme. Tanto que, una vez liberada mi cartilla militar, se lo regalé para que lo adaptara a sus formas y medidas y lo pudiera usar en alguna fiesta, así fuera en flagrante contravención

del respeto debido al valor simbólico de un uniforme de la Armada. Podría inventarme ahora que fue la literatura la que me llevó a seguir los marciales pasos de Marco Antonio Durán: el libro de Rafael Alberti, cuyo afortunadísimo título *Marinero en tierra* ya es por sí mismo un poema —y también una poética—, o aquel viejo romance, *El infante Arnaldos,* que termina con un diálogo que excluye al profano de los milagros que la canción del marinero ejerce sobre el mar:

Allí habló el infante Arnaldos,
bien oiréis lo que dirá:
—Por tu vida, el marinero,
dígasme ora ese cantar.
Respondióle el marinero,
tal respuesta le fue a dar:
—Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va.

Pero para entonces yo no conocía el libro de Alberti ni el romancero castellano, con los que vine a dar en la facultad. Más bien creo que, si de textos se trata, todo se debió a una baladita ciertamente baladí que por entonces cantaba Pily Gaos y que decía algo así como «Aburrida y sola estoy, sola estoy, pues el chico que amo yo se ha ido a la Marina...» y que yo ponía en boca de Yolanda.

A partir del primer domingo de enero de 1967, peluqueado casi a rape, con el uniforme de faena de mezclilla azul, el birretito blanco y unas botas a las que debíamos herrar tanto en los tacones como en las puntas de las suelas para que nuestros firmes pasos resonaran con hípicos bríos al marchar, me presenté por primera vez a cumplir mi servicio militar. Según me indicaron cuando me inscribí en la Secretaría de Marina, me habían adscrito al 6.º Batallón del Primer

Regimiento de Infantería, que fue reclutado en una ancha y entonces poco transitada avenida de Polanco. A lo largo de todos los domingos de ese año, aprendí a disparar un viejísimo rifle con balas de salva, reconocí que el dedo gordo de la mano también es dedo, que al mar los marineros le llaman amorosamente *la mar* (lo que, por extensión, seguramente los autoriza a decir *la arma* y no *el arma),* y representé con mi propia marcha la trayectoria elíptica de los planetas alrededor del Sol. Pero nunca fui de excursión ni de campamento y jamás visité la Escuela Naval en Antón Lizardo ni me trepé a ningún barco.

Conforme el año transcurría, fueron contrastando más mi nuca rapada y los cabellos que mis compañeros de clase en la facultad se empezaban a dejar crecer por influencia de los Beatles y como preámbulo al movimiento estudiantil del año siguiente.

Que hiciera mi servicio militar era una obligación. Me había tocado bola negra en el sorteo reglamentario, lo que significaba que no tendría que ser acuartelado como aquellos pocos a quienes les tocaba bola blanca, pero sí debía asistir todos los domingos a marchar. Podría haberlo realizado en la Secretaría de la Defensa Nacional, como lo hizo mi hermano Jaime, de manera relajada y hasta provechosa. El teniente coronel que dirigía el agrupamiento militar que le tocó, como vio que mi hermano era despabilado, sabía leer y escribir y además tenía buena letra, le encargó llevar la lista de asistencia y cobrar las mordidas que le daban los conscriptos para borrar sus faltas o sus retardos y que iban a parar al bolsillo del militar y, también, aunque en una proporción mínima, al de Jaime. Quizá por eso mismo, preferí la Secretaría de Marina.

A los dos o tres meses de iniciado el servicio militar, el capitán de fragata (él sí marinero en tierra), como me vio güerito y de ojos claros, me sacó de la tropa en obediencia a un atavismo racista persistente en México a pesar de todos los discursos, y me adscribió, como efecto de una «discriminación positiva», a la escolta de la bandera: una agrupación de catorce infantes de Marina que tendría que entrenarse de manera especial, al margen del regimiento, para encabezar, acompañando el lábaro patrio que portaba un oficial, tres desfiles: el del 5 de mayo, día de la jura de bandera; el del primero de junio, día de la Marina, y el del 16 de septiembre, día de la Independencia Nacional.

Domingo a domingo a partir de entonces, después de pasar lista y de hacer los ejercicios reglamentarios generales en mi batallón, me reunía con los compañeros de la escolta a practicar.

Como era güerito, a mí me tocó en la primera fila de las dos que integran la escolta y a la derecha del portaestandarte. Me reconozco en una fotografía que guardo de ese tiempo no por mi color de pelo, que cubría totalmente el birrete marinero, sino porque soy el único infante de Marina que lleva un reloj en la muñeca.

Había que apoyar la culata del fusil en la mano derecha para echarse el arma al hombro, así que la mano izquierda quedaba libre, y todos sus dedos deberían estar unidos al marchar, como si no tuvieran articulaciones, pero el dedo pulgar, que motivó las disquisiciones que Friedrich Engels, siguiendo a Darwin, expuso en *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre,* tendía naturalmente a separarse y hacer escuadra con los otros cuatro, hasta que se oía el vozarrón del capitán:

—¡Dedos juntos, chingao! ¡El gordo también es dedo!

A la hora de marchar, el fusil, apoyado en el hombro derecho con su respectiva bayoneta calada, debía tener la misma inclinación que

los fusiles de los compañeros. Si se inclinaba de más o de menos, sobrevenía el grito del capitán:

—¡Agarra bien la arma, chingao!

A mí solía inclinárseme de más o de menos porque era difícil precisar su exacta posición sin poder mirar ni de reojo las bayonetas de los compañeros. Una vez, el capitán, en plena marcha de la escolta, gruñó la orden:

—¡Altoooooo!... ¡Ya!

Nos detuvimos marcialmente.

—¡Firmeeees!... ¡Ya!

Bajamos marcialmente nuestros fusiles del hombro y los presentamos sobre el pecho.

—¡Descansooooo!... ¡Ya!

Bajamos nuestros rifles, apoyamos sus culatas en el suelo con un golpe seco y sincrónico y abrimos el compás de las piernas.

—A ver, güerito, hijo de la fregada. ¿Por qué no agarras bien la arma, cabrón? ¡Se te viene cayendo todo el rato! ¿Eres puto o qué, chingao?

De castigo, me ordenó dar diez vueltas a paso veloz, con el fusil al pecho, alrededor de la escolta. Se me hizo fácil. Pero cuando estaba terminando de dar la primera vuelta, el desgraciado gritó: ¡Firmeeees!... ¡Ya!

Y, para mi estupor, dio la segunda y terrible orden:

—¡Paaaaso redoblado!... ¡Ya!

La escolta empezó a marchar y yo tenía que completar mis diez vueltas elípticas alrededor de ese centro móvil.

Viví en carne propia la primera ley de Kepler.

Sin novedad, el día de la jura de bandera en el Zócalo de la Ciudad de México, con la presencia, desde el balcón central del Palacio Nacional, del presidente Gustavo Díaz Ordaz, que al año siguiente habría de perpetrar la bárbara masacre contra los estudiantes congregados en la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco.

Sin novedad, el día primero de junio, día de la Marina, cuando desfilamos en el Campo Marte aledaño al Auditorio Nacional ante un público familiar que nos vitoreaba. Debo decir que me emocioné hasta el gaznate cuando abrimos el desfile seguidos de la banda de guerra, y la bandera, que portaba el oficial a mi izquierda, me rozó la cara con una caricia suave y excitante, que me desató un hasta entonces inédito fervor patrio.

Con novedad, en cambio, el 16 de septiembre.

Habían citado al regimiento completo en alguna de las calles cercanas al Zócalo a las cinco de la mañana para que los infantes que lo integrábamos nos agrupáramos en nuestros respectivos batallones. Y ahí, en ayunas, somnolientos, formados en posición de descanso, pero sin poder movernos de nuestro sitio, aguardamos más de cinco horas antes de que comenzara el desfile.

Yo estaba, formado con la escolta. De pronto, un cierto nerviosismo recorrió todo el regimiento. Había llegado el vicealmirante responsable del desfile a pasar revista a la tropa. Empezó por la escolta. La vio en lo general con gesto serio pero aprobatorio. En lo general. Porque en lo particular, se me quedó mirando a mí, específicamente a mí. Pero no se dirigió a mí, sino, en términos perentorios, al capitán de fragata encargado de la escolta:

—A este chaparro me lo cambias.

Me habían elegido por güerito, pero no por alto, así que después de casi un año de entrenamiento para el desfile de ese día en especial, me mandaron con la tropa.

El problema fue que el ritmo de marcha de la tropa era diferente al de la escolta. Cada cual tenía su propia banda de guerra. Yo no me pude acoplar al paso general del regimiento. Más bien, hice que mi batallón perdiera el paso. Los birretes blancos empezaron a flotar como espumas en la mar mientras yo recibía en la nuca rapada los sopapos de los conscriptos de atrás, ¡agarra el paso, cabrón!

Alma mater

El ademán siempre precedía a la palabra, como si primero fuera la carne y luego el verbo; primero el impulso y luego la voz que lo define, que lo contiene, que lo explica. Así hablaba Luis Rius, con una gestualidad sutil que anticipaba ligeramente la frase —como un eco invertido— y que en algo se parecía a la creación poética, a ese sacudimiento del alma de donde surge la imagen que el espíritu, después, articula en el poema. Así hablaba y así leía Luis Rius en el salón de clase. Leía con gracia, con entusiasmo, con naturalidad y con la perfección de un castellano empeñado en pronunciarlo todo salvo el artificio.

El sol de la tarde le iluminaba la cabellera y lo hacía acreedor, por extensión, a la imagen que García Lorca le regaló a Sánchez Mejías:

> Aire de Roma andaluza
> le doraba la cabeza
> donde su risa era un nardo
> de sal y de inteligencia.

Conocí a Luis Rius el mismo día que ingresé en la Facultad de Filosofía y Letras. Los más prominentes profesores del Colegio de Letras Hispánicas estaban reunidos esa tarde alrededor del magro

escritorio de un salón de clase para autorizar la inscripción a las diferentes asignaturas que elegíamos los alumnos de primer ingreso. Entre ellos se encontraba el maestro Rius. Aprobaron la selección de materias que yo había hecho entre ese lujosísimo espectro de posibilidades académicas que brinda la facultad a sus estudiantes, y Luis Rius en particular, con una cortesía que se antojaba de algún modo agradecida, me dio la bienvenida a la literatura. Muy pronto supe de su condición de exiliado, que no era por cierto un signo distintivo, porque eran muchos y muy notables los profesores de la facultad que provenían del exilio español republicano: Wenceslao Roces, José Gaos, Juan Rejano, Adolfo Sánchez Vázquez, Juan Antonio Ortega y Medina, Carlos Bosch, Gloria Caballero, Ramón Xirau, Arturo Souto, al grado de que sentí que el exiliado era yo, procedente de un ámbito ajeno a la literatura y acogido con beneplácito en la República de las Letras.

No tomé clase con Luis Rius durante mi primer año en la facultad, pero el segundo alcancé a inscribirme en su curso de Literatura Castellana Medieval, que muy pronto se saturó. El salón se abarrotaba sobre todo de estudiantes del sexo femenino que enrarecían el aire con suspiros cuando el maestro Rius decía, sin que sus ojos, perdidos en los volcanes entonces aún visibles, se posaran en el texto, un romance fronterizo o una cantiga serrana, unas coplas dolorosas o unos risueños villancicos.

Yo me tenía que sentar en la tarima, porque el salón 201 tenía capacidad para sesenta alumnos y entrábamos en él cerca de cien, y porque en esos tiempos anteriores al movimiento estudiantil de 1968 todavía se acostumbraba que los varones cediéramos el asiento a las compañeras, gesto sin duda abnegado que ahora podría llevar al caballero que tal hiciere a enfrentar un juicio por discriminación positiva o acoso sexual. Y si bien es cierto que eran las mujeres las

que suspiraban, también lo es que los hombres quedábamos cautivos en las disertaciones y las lecturas del maestro Rius. Oírlo discernir sobre la poesía castellana, de Gonzalo de Berceo a Jorge Manrique, de Gil Vicente al marqués de Santillana, y leerla una y otra vez antes de que la memoria, considerada excluyente del entendimiento, cayera en franco desprestigio, fue la mejor inversión para iniciar nuestro patrimonio poético.

Rius se solazaba en cada estrofa y su mirada, a saber si de propósito o porque los «sentidos quedaban a todo lo demás adormecidos», se alejaba en silencio, transportada por el humo de los ininterrumpidos cigarrillos Filtron que fumaba, y escalaba los volcanes, sin que se oyera la respiración de nadie, y regresaba al fin para decir la estrofa siguiente, llevándola precisamente al estadio donde la palabra *felicidad* une sus acepciones de dicha y de fortuna, de alegría y oportunidad, de placer y exactitud.

El maestro convocaba en su clase al Arcipreste de Hita, quien pasaba, merced al puente que su voz tendía, del siglo XIV a nuestro tiempo para hablarnos con gracia, con simpatía, con agudeza, de sus peripecias amorosas. Convocaba al Arcipreste y al infante don Juan Manuel y a Alfonso el Sabio y a Pero López de Ayala, que acudían a nosotros con naturalidad, con absoluta vigencia, acaso porque la voz que los convocaba había abrevado en ellos y por ellos estaba articulada. Ángel González escribió que «cuando Luis Rius se acerca —en temas y preocupaciones, en tono, en formas, en imágenes— a los poetas españoles del pasado no está repitiendo sino recreando, continuando, revitalizando una larga tradición, estableciendo un diálogo con otras voces lejanas que resuenan en la suya».

Para esa clase de Luis Rius leí muchos títulos de camisa verde de la colección Austral y buena parte de los Clásicos Castellanos de Espasa-Calpe, que pesaban poco, tal vez porque el texto de la obra,

en cada página, no era mayor de tres o cuatro líneas, habida cuenta de las abundantes notas al calce producidas por la erudición de los filólogos. Parecía más bien que el texto fuera una nota a la cabeza de la página apoyada en el aparato crítico que constituía el verdadero discurso de la obra.

Y en esa línea divisoria entre la poesía y la erudición Luis Rius caminaba con asombroso equilibrio. Su gracia, su intuición poética, su finísima sensibilidad hacían que pasara inadvertida la sabiduría proveniente del estudio y de la disciplina sin la cual aquellas habrían carecido de sustento.

*

Ernesto Mejía Sánchez, nicaragüense antisomocista, fue mi maestro de Literatura Hispanoamericana. Poeta de la generación de 1940, de la que formaron parte Carlos Martínez Rivas, Pablo Antonio Cuadra y Ernesto Cardenal, fue también un eminente filólogo. Se cuenta que murió a causa del polvillo que se le acumuló en los pulmones por tanto escudriñar documentos antiguos en archivos y bibliotecas. Dedicó buena parte de sus investigaciones a la vida y la obra de Rubén Darío. Sergio Fernández decía de él, maliciosamente, que, por indagar la cronología del mayor exponente del modernismo, había perdido la suya propia. También se adentró en el estudio de la obra de Alfonso Reyes: durante veinte años se aplicó a la edición de varios tomos de las *Obras completas* del escritor regiomontano.

Reyes había dirigido la edición de sus propias obras en el Fondo de Cultura Económica hasta el volumen XII. Tras su muerte, ocurrida en 1959, Mejía Sánchez recibió la encomienda de proseguir la labor iniciada por el maestro. Entre 1961 y 1981, publicó los nueve tomos subsecuentes. A la caída de la dictadura de Anastasio Somoza, fue

designado por el nuevo Gobierno sandinista embajador de su país en España y después en Argentina, como si siguiera los mismos itinerarios del regiomontano. La publicación de las obras de Reyes quedó suspendida entonces, hasta que, para conmemorar el centenario de su nacimiento, salió a la luz el volumen XXII en 1989, cuidado por José Luis Martínez, quien se ocupó de la publicación de los cuatro tomos restantes, así como de la coordinación general de la edición de los diarios del maestro.

La de las obras completas, por cierto, es una edición muy importante, sin duda, pero ha sido más el repositorio de la obra alfonsina que la impulsora de su lectura. El lector común se arredra ante los 26 volúmenes que la integran y se hace de entrada la pregunta que yo le formulé a Mejía Sánchez cuando fui su alumno:

—¿Por cuál libro de Reyes debo empezar?

Me contestó en serio, sin bromas —él, que tenía un sentido del humor sarcástico alimentado por su neurosis:

—Empieza por sus *Obras completas.*

Quizá su respuesta se sustentaba en lo que el propio Reyes había escrito en el prólogo a *El deslinde,* donde asegura que a los jóvenes «no queda otro remedio que confesarles: lo primero es conocerlo todo, y por ahí se comienza».

A Mejía Sánchez le debo, pues, mi aproximación a la obra alfonsina. Y también, insospechadamente, cierto conocimiento práctico de la sintaxis de la lengua española, que no figuraba en el programa de su curso. Como tarea final de un semestre, Mejía Sánchez nos hizo prosificar *La Araucana.* Sí: ¡prosificar *La Araucana* de Alonso de Ercilla! A mí me tocó el Canto XXI. Me pareció una tarea inútil y ociosa. ¡Para qué poner en prosa lo que a Ercilla le había costado tanto trabajo poner en octavas reales! Debo reconocer, sin embargo, que semejante ejercicio me enseñó de

sintaxis española tanto o más que los cursos de Español Superior que seguí con Juan M. Lope Blanch y José G. Moreno de Alba.

*

Llegaba elegantísima al salón de clases, con guantes largos, a la manera de Rita Hayworth. También a la manera de la actriz neoyorquina en el baile de la película *Gilda,* Luisa Josefina Hernández se quitaba el guante del brazo derecho, pero no para adelantar un hipotético *striptease* como la diva, sino para tomar el gis y apuntar en el pizarrón las novelas que habríamos de desnudar para compararlas, pues el curso que impartía era de Literatura Comparada. La lista de las obras procedía de las sugerencias de los propios alumnos, que nos despachábamos con la cuchara grande y proponíamos, sin ningún recato y más para hacer gala de nuestras precoces lecturas que por interés en analizarlas en clase, obras de Dostoievski, Stendhal, Flaubert, Kafka, Faulkner, Hesse, Camus, Lowry, Cortázar. Yo propuse *Paradiso* de Lezama Lima, publicada un par de años atrás. Varias veces había intentado leerla, contagiado del entusiasmo que la novela había suscitado en Julio Cortázar, pero no lograba superar las dificultades que su complejidad me presentaba para proseguir su lectura hasta el final. Necesitaba de una guía. Pero la maestra la descartó *a priori,* no sé si por difícil o por desconocida, y ni siquiera la apuntó en el pizarrón como había anotado *Crimen y castigo*, *El extranjero* o *Bajo el volcán.* A pesar de mi frustración, disfruté muchísimo su curso. Por primera vez en mi vida vi la literatura como un ser vivo, cambiante en cada lectura, abierta a múltiples interpretaciones. Y por primera vez, también, supe lo que después entendería mejor con Sergio Fernández: que mucho se parecen la vida y la literatura, al grado de que se llegan a

confundir la una con la otra, y que la novela, por fantasiosa e imaginativa que sea, acaba por ser el mejor retrato de la condición humana y de la realidad que la circunda.

*

Fue mi maestro de Latín Vulgar. Eran los tiempos revueltos del movimiento estudiantil del 68. Habían desaparecido las corbatas de los cuellos de la mayoría de los profesores, y el tuteo empezaba a desplazar al «usted» con el que los alumnos siempre habíamos tratado a nuestros maestros. Rubén Bonifaz Nuño, sin embargo, se presentaba en clase vestido de traje oscuro de tres piezas. En uno de los bolsillos del chaleco aguardaba un reloj, anunciado por la leontina, y en su corbata de seda brillaba una perla engastada en un fistol. Imposible hablarle de «tú» con ese atuendo y menos aún cuando el trato que recibíamos de él, a pesar de nuestra juventud y de nuestra ignorancia, era de un «usted» ceremonioso.

Había una suerte de contradicción entre el nombre de la materia y el profesor que la impartía, porque si nada tenían de vulgar ni la apariencia del maestro ni el tratamiento que nos dispensaba, tampoco era vulgar, en nuestra ignara opinión, el latín que nos enseñaba. Durante su curso los alumnos pasábamos al pizarrón de uno en uno para traducir, con su solícita orientación, pasajes de la *Guerra Gálica* de Julio César. Como extrema y anacrónica cortesía, nos dictaba unos apuntes, muy valiosos por su claridad didáctica, y de repente se detenía para preguntarnos, con su sonrisa de mazorca, si iba demasiado rápido. Tales eran sus finas maneras.

Tardé tiempo en descubrir al gran poeta que nos daba clase, al eminente traductor de Catulo y de Propercio, al director de la Bibliotheca Scriptorvm Graecorvm et Romanorvm Mexicana, al

poderoso funcionario de la Universidad que en sí mismo era una institución y al hombre enamorado, adolorido, sarcástico y casi ciego que se alojaba detrás de sus chalecos de fantasía.

Casi ciego, digo. Alguna vez lo encontré a la entrada de la facultad. Le pregunté por su vista, pues sabía que había ido a Europa, a Italia particularmente, a someterse a un tratamiento oftalmológico. Me dijo:

—Veo como a través del canalito de los carretes de hilo de mi madre.

Es decir que no tenía visión periférica. Y añadió, sarcástico.

—A través de esos canalitos diminutos, ¡pero mal!

El azar me hizo estar muy cerca de él algún tiempo. Acogido por Gloria Ruiz, esposa del secretario de Educación Pública, Víctor Bravo Ahuja, Bonifaz se refugiaba algunas tardes en el exconvento del Carmen en San Ángel, donde ella, que había sido su alumna, tenía sus oficinas, y yo trabajaba. Alguna vez me atreví a enseñarle un breve texto mío. Lo leyó con generosa minuciosidad, armado de una potente lupa, ante mis palpitaciones y el incendio de mis mejillas. Subrayó con el dedo una frase y me dijo:

—Usted está enamorado de esta frase, ¿verdad?

Le confesé que sí, que me gustaba.

—¡Quítela! —me recomendó—. Se nota que está enamorado de ella. Verá que si la borra, su texto gana.

Me costó eliminarla, pero el maestro tenía razón. Mi texto ganó.

En otra ocasión tuve la fortuna de ver el proceso de creación de uno de sus poemas más dolorosos, de su libro *Albur de amor*. Las sucesivas versiones del que finalmente desembocó en esta tremebunda cuarteta, que mucho habla de su dolor y de su desesperanza:

Bueyes, puercos años han pisado

sobre mí. Surcándome, pudriéndome.
Qué pesadumbre encolmillada,
qué patas, qué escamas, qué desastre.

Guardo en la memoria los dos versos originales que fueron sustituidos por los últimos de esta estrofa, y que decían:

Desmañanado, sin mañana,
sin ayer, desayerado también.

¿Habrá estado enamorado de ellos y por eso los suprimió? No se publicaron, pero los atesoro en mi memoria como versos fatalmente inéditos.

*

Qué bella era. Recuerdo sus cejas arqueadas, sus párpados socavados en el rostro, su sonrisa inteligente y, sobre todo, su voz. Quizá el recuerdo de su voz se me impone sobre cualquier otro ahora que la mía se ha debilitado tanto y ha estado al borde del silencio.

Quién me iba a decir entonces que mi profesora de Literatura Italiana, tan fina, tan delicada, tan distinguida, estaba seriamente comprometida con las causas revolucionarias de Guatemala —su verdadera patria— y que su casa era un refugio adonde llegaban sus compatriotas exiliados que se oponían a los regímenes represivos que se sucedieron a la caída del presidente Jacobo Árbenz. Quién se iba a imaginar que esta mujer nacida en Barcelona de padre argentino y madre guatemalteca, educada en Italia, acabaría por ser desaparecida —y asesinada— en el ámbito de la guerra sucia centroamericana durante un temerario viaje que hizo a Guatemala

para despedirse de su madre moribunda en 1980. Yo entonces sólo me embelesaba con los versos que decía en italiano y en español, con voz dulce y melodiosa, de los poetas románticos que tanto la apasionaban, como Giacomo Leopardi o Ugo Foscolo —a quien ella, por cierto, tradujo por primera vez al español.

Me impresionó después que, con el apellido de su marido a cuestas de su propio nombre —Alaíde Foppa de Solórzano—, fuera una de las iniciadoras de los estudios de género en México, fundadora de la revista *FEM* y animadora del programa *Debate feminista* de Radio UNAM. Feminista, libertaria y víctima mortal de una de las dictaduras enclavadas en la tradición militar y autoritaria de Guatemala, como las que denunció Miguel Ángel Asturias en *El Señor Presidente,* que fijó desde América el arquetipo engendrado por Ramón María del Valle-Inclán en *Tirano Banderas.*

A los diez años de su desaparición, participé en un homenaje que se le rindió en la Facultad. Amparado en un poema de Xavier Villaurrutia, hablé entonces de su voz, que era lo que más me gustaba de ella. Este fue el texto que leí:

> Porque a diez años de la desaparición de Alaíde Foppa «el sueño y la muerte nada tienen ya que decirse», pienso, ahora que la recordamos, en el *Nocturno en que nada se oye* de Xavier Villaurrutia: en el «silencio desierto».
>
> La desaparición de Alaíde Foppa nos impuso un silencio doloroso y expectante, que se prolongó no sé por cuánto tiempo, entre una incertidumbre siniestra y una esperanza minuto a minuto más debilitada. Ese silencio amordazó la protesta inmediata y, si no la disuadió, al aplazarla, la fue convirtiendo en un «grito de hielo» —para seguir utilizando las imágenes desoladas de Villaurrutia.
>
> Y el silencio es la secuela más indignante y vergonzosa de su muerte porque nadie ignora que la razón de ser de Alaíde —poeta, crítica, maestra, traductora, periodista en la prensa y en el aire— era, precisamente, la voz, el tono de su voz, tan consonante con los abalorios femeninos que le gustaba portar en el cuello y en el pulso con extremada elegancia. En sus labios, oí por primera vez los nombres de Giuseppe Parini, Giacomo Leopardi, Giovanni Verga, y por ella la literatura italiana no se me quedó en la lectura escolar de *La Comedia,* que tantos, con ascetismo inútil —diría Borges— prefieren no leer.

Modulada y vigorosa a un tiempo; dulce y vehemente, la voz que hablaba de literatura italiana trascendía las fronteras del aula (el salón 101 de esta facultad) y, amplificada por las frecuencias radiofónicas de nuestra casa, debatía con seriedad y con rigor la condición y las condiciones femeninas en el *Foro de la mujer,* del cual fue fundadora.

Su trabajo en Radio Universidad tenía las características de su voz: la ponderación y la energía. Como las dos Elenas —valga la utilización del título de un cuento de Carlos Fuentes— que tan cerca de ella trabajaron —Elena Urrutia y Elena Poniatowska—, Alaíde analizó con hondura los problemas sociales y políticos de la mujer y reivindicó sus valores sin considerar al sexo opuesto como tal, sino como diverso y complementario, y pugnó por el respeto y el equilibrio entre hombres y mujeres, si bien su cátedra sobre la mujer en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales fue ubicada, ¡quién lo diría!, en el área de los estudios sobre las minorías sociales.

Barroco cotidiano

Desde que terminé el primero de secundaria, todas las vacaciones de fin de año me vi compelido a trabajar. Así lo determinaba un código familiar tácito, aplicado a los varones de la casa, que pretendía hacernos «hombres», esto es trabajadores y responsables, cuanto antes, mejor. Como resultado de nuestra formación precoz, también se esperaba que contribuyéramos, así fuera modestamente, a la economía familiar, siempre precaria frente a tantas bocas que alimentar, tantos cuerpos que vestir, tantos pies que calzar, tantas cabezas que educar.

Trabajé con mi hermano Benito, que, muy joven aún, había llegado a ser gerente general de una empresa dedicada a la importación de máquinas de contabilidad alemanas, en la que había ingresado, todavía con pantalón corto, como *office boy,* y de la que al final habría de ser el accionista mayoritario. También trabajé con mi hermano Alberto, que se había ido a administrar en Matehuala, San Luis Potosí, una tienda de ropa al mayoreo —de la que acabó

por ser el dueño— que distribuía su mercancía en los pueblos periféricos de la desértica región del norte del país.

Pero aquellos fueron trabajos eventuales y pasajeros. Duraban lo que duraban las vacaciones de fin de año, de los últimos días de noviembre a los primeros de enero. Mi primer trabajo permanente fue el que desempeñé en el Museo Nacional del Virreinato como encargado del archivo fotográfico. Me lo ofreció mi hermano, Miguel, el mayor de los varones, que fungió como mi tutor desde antes de que muriera mi padre.

Miguel había suspendido su carrera de arquitecto para ingresar en el convento dominico de San Esteban en Salamanca, España. Al cabo de tres años, desertó de su presunta vocación religiosa y retomó los estudios de arquitectura. Se especializó en la historia del arte y la restauración de monumentos coloniales. Al regresar de una larga estadía en Europa, particularmente en Roma, donde se casó, regresó a México y recibió la encomienda de montar el Museo Nacional del Virreinato en lo que fue el colegio jesuita de San Martín, en Tepotzotlán. Una vez inaugurado el museo, Miguel asumió el cargo de director, que ejerció durante varios años.

Antes de que entrara a trabajar de planta con él, yo había estado presente en los trabajos de museografía del antiguo colegio previos a su inauguración como museo en septiembre de 1964. Estaba a punto de concluir la administración del presidente López Mateos, y había que entregar la gran obra museística del sexenio: el Museo Nacional de Antropología, el Museo Nacional de Historia, el Museo Nacional de Arte Moderno, el Museo Nacional del Virreinato.

Mi hermana Rosa y yo habíamos sido invitados por Miguel para que ayudáramos en lo que pudiéramos en esos días pautados por la urgencia. Recuerdo con emoción todavía viva la primera vez que entré en la iglesia de San Francisco Javier, esa portentosa gruta

dorada de retablos churriguerescos, en la que no había un solo espacio vacío y todo refulgía con un brillo enceguecedor y apabullante: el altar mayor con sus gigantescas pilastras estípites y los santos de la Compañía de Jesús —san Luis Gonzaga, san Estanislao de Kostka—, con sus ropajes estofados, brillantes y policromados como mantos de brocado, establecidos señorialmente en sus nichos; los santos fundadores de las órdenes religiosas que vinieron al Nuevo Mundo —san Francisco, san Agustín, san Ignacio de Loyola, san Pedro Nolasco, santo Domingo de Guzmán—, condóminos de su retablo; la Virgen de Guadalupe en su domicilio particular; los ángeles coloridos, revoloteando por todas partes entre cornisas, guirnaldas, frisos, mascarones..., todos tallados en madera, dorados y bruñidos, refulgentes.

Cientos de trabajadores hormigueaban por el recinto, por la iglesia, por las crujías del colegio, el patio de los aljibes, el claustro de los naranjos, la capilla doméstica, el camerín de la Virgen de Loreto, las cocinas, el antiguo refectorio, los jardines, la huerta: arquitectos, fotógrafos, museógrafos, restauradores, ebanistas, carpinteros, electricistas, pintores, barnizadores, albañiles, jardineros.

Miguel iba de un lado a otro, supervisando el trabajo, dando órdenes, corrigiendo malhechuras, oyendo informes, siempre con un gesto de agobio, de preocupación.

Rosa y yo estuvimos yendo a Tepotzotlán todos los días durante las vacaciones de verano de ese año del 64 para ayudar a Miguel en lo que se ofreciera. Y lo que se ofreció fue que asistiéramos a un viejecito meticuloso y parlanchín, de cuyo nombre no me acuerdo, que era el gran conocedor de la cerámica de la época virreinal y que nos recibió con alegría de abuelo jovial. Le ayudamos a lavar la loza, como lo hacíamos después de comer, pero estos no eran platos de El

Ánfora, como los de la casa, sino obras de cerámica, de vidrio o de porcelana de enorme valor artístico e histórico. En una gran tinaja, el viejecillo lavaba los platos, las tazas, los platones, las fuentes, las jarras, los jarrones del siglo XVII o del XVIII y nos iba diciendo en cada caso la procedencia, la valía, la originalidad de las piezas.

Ese fue mi primer trabajo en el Museo Nacional del Virreinato: lavar platos, o más específicamente, secarlos con unas delicadas toallas de algodón y colocarlos con muchísimo cuidado en una estantería, en el lugar preciso indicado por aquel viejecillo a quien no le paraba la boca. Se regodeaba en hablar de las *mancerinas* tanto como al marqués de Mancera, virrey de la Nueva España, le gustaba, según nos contaba como si hubiera sido su coetáneo, remojar sus buñuelos en una taza de espumante chocolate. La mancerina, así llamada por el marqués de Mancera que la mandó a hacer, es un plato provisto en el centro de una celdilla de la misma porcelana en la que se fija la taza para que, en caso de resbalarse, no desplace los buñuelos que se disponen a su derredor.

La víspera de la inauguración pasé toda la noche en vela ayudando a montar, según los planos meticulosamente detallados de cada celda, algunas piezas de la orfebrería eclesiástica que provenían del tesoro de la Catedral.

No se me olvida que cuando el secretario de Educación Pública, Jaime Torres Bodet, que asistió con la representación del presidente de la República, cortó el listón en la antigua portería del colegio y empezó con su comitiva el recorrido guiado por Miguel, todavía los museógrafos batallaban por montar, en la última sala del itinerario, a un Santiago Apóstol del siglo XVI en su cabalgadura de madera, y para crucificar en la pared un gigantesco Cristo de caña que en sus buenos tiempos deambuló de aquí para allá en recorridos procesionales.

Poco más de dos años después de esa experiencia preliminar de 1964, Miguel me invitó a trabajar con él de manera permanente en el museo —o más bien, aceptó mi petición de que me diera trabajo — a partir de enero de ese año memorable de 1967.

A lo largo de los más de dos años que llevó la restauración del antiguo colegio jesuita de Tepotzotlán, se fue documentando fotográficamente cada etapa del proceso, pero la inminencia de realizar en el tiempo preestablecido del sexenio el proyecto, motivó que las obras de restauración avanzaran con mayor rapidez que la posibilidad de revelar y clasificar las fotografías que se tomaban, de modo que esos testimonios muchas veces resultaban irreconocibles. Por ejemplo, si el capitel de un estípite adosado a un retablo estaba incompleto porque se había desprendido o porque se lo había comido la polilla o por lo que fuera, se tomaba una foto de su estado antes de proceder a su restauración. Una vez documentado el deterioro, el restaurador, en este caso un tal señor Silva, tallaba en el mismo tipo de madera de cedro rojo con que más de dos siglos antes se había construido el retablo, la parte faltante, guiado por la analogía con los capiteles de las otras pilastras simétricas, y la injertaba en el estípite del caso. En ese momento, se tomaba otra fotografía para documentar que en el proceso de restauración había sido necesario añadir un nuevo elemento en sustitución del que había desaparecido o se había deteriorado. Por último, el señor Silva procedía a aplicar el blanco de España, el *boll* color terracota y la hoja de oro de veinticuatro quilates y a bruñir el injerto, con lo cual el capitel quedaba restaurado —y documentado, pues ese resultado

postrero también se fotografiaba—. Hasta ahí, todo muy bien. El problema consistía en que al final se tenía una montaña de fotografías que no hacían alusión explícita, mediante una descripción puntual que permitiera su identificación, a la obra restaurada. En alta medida, mi trabajo en el museo consistió en descubrir a qué parte específica de un retablo correspondía cada una de esas fotografías, para lo cual tenía que encaramarme por los andamios que se montaron ex profeso frente a los descomunales altares. Esta tarea se volvía doblemente difícil si se toma en cuenta que el proceso de restauración ya había concluido y que la mayoría de las fotografías documentaban una etapa previa de la sección del retablo que ya había sido modificada por la propia restauración. Es decir que tenía que imaginar, digamos que a partir de una fotografía tomada antes de que se iniciara la restauración o durante su proceso, a qué parte del retablo ya restaurado correspondía. Por si fuera poco, muchas de las fotografías habían captado deliberadamente un detalle mínimo de esos gigantescos retablos, por lo que la búsqueda solía ser muy dilatada y, hay que decirlo, a veces infructuosa. Pero el problema no se resolvía sólo con establecer la relación entre la foto y su referente, sino en describir ese referente con términos precisos para poder identificar la fotografía, por ejemplo: «detalle del mascarón central del podio del retablo de Los Fundadores», «moldura del basamento del estípite lateral derecho inferior del retablo de la Virgen de Guadalupe» o «voluta del ángulo superior izquierdo del nicho del primer cuerpo de la entrecalle central del retablo de San José en el camerín de la Virgen de Loreto».

*

Compartí durante dos años mis mañanas hábiles en el Museo Nacional del Virreinato con un equipo de trabajo cuyos integrantes me enseñaron mucho del arte virreinal, tanto en sus aspectos históricos y estilísticos, como en los técnicos: los restauradores de pintura Rosa Díez y Alejandro Rojas; el restaurador de esculturas de madera y de muebles coloniales, Anastasio, «Tacho»; la fotógrafa Silvia Núñez, con quien trabajé directamente; el señor Hernández Dueñas, que, por su edad y por su conocimiento del acervo del museo, parecía formar parte del antiguo tesoro de la Catedral, y un hombre encantador y vigoroso, Pablo Ignacio Martínez del Río, descendiente de la afamada familia que ostentó esos y otros ilustres apellidos amén de un título nobiliario.

Rosa Díez y Alejandro Rojas habían estudiado pintura en la Escuela de Artes Plásticas La Esmeralda, del Instituto Nacional de Bellas Artes. Su maestro había sido el pintor mexicano de origen japonés Luis Nishizawa, pero se habían dedicado, más ella que él —quien siguió ejerciendo la pintura de caballete— a la restauración de pintura de la época virreinal. Todas las mañanas, Rosa nos recibía en su taller del claustro de los naranjos, donde teníamos nuestras celdas convertidas en oficinas o talleres, a tomar café con galletitas. Durante esa media hora en la que interrumpíamos nuestras labores, así como a lo largo del trayecto de ida y de vuelta que hacíamos a Tepotzotlán, se fue tejiendo una amistad cálida, que mitigó, hasta que la eliminó por completo, la prevención que sobre mi persona, por ser hermano del director, todos tenían al principio. Y es que algunos empleados, particularmente Rosa, sostenían constantes discrepancias con el arquitecto Celorio, pues más allá de su ascendiente y de sus altas calificaciones para desempeñarse como director del museo, Miguel era caprichoso, autoritario y maniático. Debo decir, sin embargo, que de la misma manera que entre mis

compañeros de trabajo y yo acabó por prevalecer la amistad sobre el recelo, la relación de Rosa y Miguel, que tenía frecuentes estallidos, siempre se recomponía. A pesar de su naturaleza crítica y a veces beligerante, la restauradora se topaba con esa manera dulce y seductora que el director adoptaba deliberadamente tras sus exabruptos, y que daba como resultado lo que él llamaba «borrón y cuenta nueva».

Pero de quien quiero hablar ahora es de un personaje singular, a quien quise mucho. Pablo Ignacio Martínez del Río, cuyo árbol genealógico se remontaba hasta el Cid Campeador Rodrigo Díaz de Vivar y enramaba apellidos dobles como Fernández de Henestrosa, Gayosso de los Cobos, Gómez Pedrosa, Bárcena y Soria... Era hijo del ilustre historiador y arqueólogo que le legó su nombre, Pablo Ignacio Martínez del Río, quien tenía entre sus méritos académicos haber fundado, junto a otros notables historiadores, el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional. También dirigió la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, inició los estudios de arqueología en el Museo Nacional de Antropología y descubrió el Templo Mayor de Tlatelolco. Y otro mérito, no académico, pero sí relevante: haberse casado con Josefa Fernández de Henestrosa y Gayosso de los Cobos, marquesa de Cilleruelo, y madre del Pablo Ignacio de quien quiero hablar.

Pues bien, Pablo Ignacio era un hombre encantador. Y cuando digo *hombre* tengo la rara sensación de que esa palabra no lo define bien a bien, porque algo había en él de niño y algo, también, de ángel.

Vestía —siempre en tonos ocres— a la antigua, como si fuera un británico elegante a propósito descuidado —e incluso un poco sucio —, que saliera de caza con la escopeta al hombro, acompañado de sus galgos: desgastados botines de cuero con varias hebillas y

correas, sacos de *tweed* con coderas de piel, chaleco pringoso, anteojos redondos de carey. Y muchos aperos: tirantes y cinturón, reloj con leontina, catalejos colgados al cuello, cartera de piel echada al hombro. Era muy blanco, sonrosado y rubio. Había en su gestualidad un impulso eléctrico, que no llegaba al tic, pero sí al constante nerviosismo, que lo obligaba, cuando estaba de pie, a dar un paso atrás o adelante para acentuar lo que decía o preguntaba. No era sereno, pero sí pacífico y amoroso. Daba la impresión de que tenía más información que manera de procesarla. Sabía muchas cosas, pero no era sabio, porque no venía de regreso de las cosas, sino iba de ida, con asombrosa inocencia: no tenía ninguna malicia. Podía sonrojarse de un cuento color *beige*. De todo se sorprendía. Su curiosidad era la de un *boy scout.* Sabía lenguas, pero no conocía con profundidad la literatura de las lenguas que sabía. Todas las mañanas, al entrar a su celda en el convento, anotaba con párvula caligrafía y con un pulso tan intenso que dejaba marcadas las tres o cuatro hojas venideras del cuaderno, la fecha, la temperatura, la humedad, la presión atmosférica. Y la visibilidad del aire. Se subía al mirador del colegio, sacaba de su estuche los catalejos y anotaba si el cielo estaba despejado o cuáles nubes lo ensombrecían: cirros, estratos, nimbos o cúmulos. No sé cuál era su trabajo en el museo. Tampoco lo sabía bien a bien mi hermano Miguel, y acaso ni él mismo, aunque se pasaba el tiempo escribiendo en unas grandes libretas tamaño oficio de tapas duras y cantos coloreados conforme al espectro del arco iris. Pero no sé qué escribía. Lo que sé es que trabajaba con vehemencia y dedicación en la escritura. Supongo que tenía una plaza del Instituto Nacional de Antropología e Historia, quizá concedida por influencia de su padre. A la muerte del eminente historiador, en 1963, lo han de haber destacado al proyecto del Museo Nacional del Virreinato. Pero no lo sé a ciencia

cierta. Lo que sí sé es que nos hicimos amigos —amigos más a la inglesa que a la mexicana—: viajábamos juntos de México a Tepotzotlán y de Tepotzotlán a México todos los días hábiles, tomábamos el café con galletitas en el taller de restauración de Rosa y Alejandro, conversábamos sobre lo humano y lo divino y mucho nos reíamos. Y hasta ahí. Nunca llegamos a la confesión íntima ni a la complicidad. Vivía en una casona decimonónica de la calle de Berlín en la colonia Juárez, a la que un sábado acudí por invitación suya. Era un palacete porfiriano con jardín delantero sembrado de rosales, que se veían tras la reja señorial. Nomás entrar a la casa, vi en el vestíbulo a mano izquierda, un gran cuadro barroco y horroroso. *Barroco y horroroso,* como todos decíamos en el museo cuando alguien le preguntaba al señor Hernández Dueñas por la fecha de elaboración de una determinada obra y él contestaba, con una erudición apabullante, «es anónimo, se pintó entre 1670 y 1675, y es barroco... Y horroroso», añadía. Pero lo que más me impresionó de su casa fue la formidable biblioteca, de unos diez o doce mil volúmenes, encuadernada lujosamente, en la que Pablo Ignacio navegaba por las tardes. A veces encontraba obras que pensaba que a mí me interesaría conocer. Me las enseñaba y algunas veces me las dejaba durante unos cuantos días, como un manuscrito de alguna obra dramática de José Zorrilla, pero una hubo que me regaló: nada menos que la primera edición, impresa en papel Biblia y encuadernada a la española, de *Laurel,* la primera antología moderna que reúne a poetas españoles y a poetas hispanoamericanos, y que cuenta con un espléndido prólogo de Xavier Villaurrutia. Me la dedicó y su entusiasmo caligráfico quedó marcado hasta la página 18. Lo conservo como una herencia.

En el Museo Nacional del Virreinato nació mi interés por el barroco, no sólo en su dimensión artística predominantemente plástica, sino en su conceptualización teórica, en su significación histórica y literaria y en su permanencia y desarrollo en el Nuevo Mundo, donde pasa de ser un arte de Contrarreforma, a ser, como nos lo hizo ver José Lezama Lima, un arte de contraconquista.

Alma mater

No pude llevar con él la materia de Literatura Española de los Siglos de Oro. Cuando me hubiera correspondido tomarla, el doctor Sergio Fernández estaba de año sabático. Qué pena, porque su curso gozaba de mucho prestigio en la facultad. Se decía que el profesor hablaba de Cervantes, Lope, sor Juana, Quevedo, Góngora, Gracián como si estuvieran vivos, como si los invocara para que comparecieran en el aula y sostuvieran un diálogo con él y con los alumnos. Para el doctor Fernández, la literatura no era letra muerta; era letra viva —actual y palpitante—, aunque los autores que estudiaba hubieran escrito sus obras mucho tiempo atrás. El análisis que de ellas hacía en clase ratificaba la condición de *clásicas* que habían alcanzado precisamente por la vigencia que mantenían al paso de los siglos. Pero sus alumnos no sólo celebraban sus exposiciones, también expresaban sus temores —por no decir su pavor—. A pesar de la delgadez de su voz, de la pequeñez de su estatura y de la excesiva finura de sus modales, el profesor podía ser devastador cuando algún estudiante, conminado por él a intervenir en clase, hacía algún comentario ingenuo o desencaminado. Sergio Fernández, pues, tenía fama lo mismo de bueno que de malo: tan

brillante en sus exposiciones como despiadado en sus interrogatorios. Hasta el último año de la carrera, en 1971, no pude inscribirme en un seminario suyo. Entonces no sospeché que mi relación académica con él se extendería a otros ámbitos y duraría muchos años.

Ese semestre, el doctor Fernández dedicó su seminario al estudio de dos novelas decimonónicas: *El príncipe idiota* de Fiódor Dostoievski y *La Regenta* de Leopoldo Alas «Clarín». Publicadas con una diferencia de quince años —la primera en 1869 y la segunda en 1884—, las estudiamos como representativas del realismo europeo de la segunda mitad del siglo XIX, pero no relacionamos la una con la otra. Las analizamos por separado. Como se trataba de un seminario de Literatura Comparada, obviamente se requería que el programa incluyera al menos dos obras, pero a todas luces la que más le interesaba a Sergio Fernández era la española. Hubiera podido elegir, para su comparación, *Ana Karénina* de Tolstói que, como la de Clarín, toca el asunto de la infidelidad femenina. O *Madame Bovary* de Flaubert, la novela por antonomasia del adulterio. O *El primo Basilio* de Eça de Queirós, del mismo tema. Supongo que no quería que ninguna de ellas pudiera opacar a *La Regenta.* Para él, esta novela era incomparable. Creo que entonces escogió *El príncipe idiota* no como objeto de estudio en relación con *La Regenta,* sino sólo como pretexto para leerla o releerla. Ahora lo entiendo. Desde que la Universidad me confirió el privilegio de elegir, dentro de mi área —la literatura hispanoamericana— el temario específico de los cursos monográficos que impartiría, lo que yo siempre programaba era el estudio de las obras que entonces quería leer o releer.

¡Qué curso aquel! Sergio Fernández dedicó la primera clase a hablar de la novela de Clarín. Nunca en mi vida había oído de viva voz una interpretación tan aguda, tan vehemente, tan seductora

como la que el maestro hizo entonces de *La Regenta.* Gis en mano temblorosa; vocecita diminuta y un tanto neurótica, interrumpida espasmódicamente por los dientes incisivos superiores que mordían el labio inferior antes de proferir una frase sentenciosa; mirada penetrante y retadora al alumnado, el doctor Fernández desarrolló una deslumbrante exposición de las relaciones monstruosas (así calificadas por él) de todos y cada uno de los personajes de la novela, a partir de la figura elemental de un triángulo equilátero plasmado en el pizarrón: Ana Ozores, la protagonista, en el vértice superior, y en los otros dos, Víctor Quintanar, el distraído marido, y Álvaro Mesía, el amante donjuanesco. En el centro de la figura, el magistral Fermín de Pas, confesor de la Regenta y ambicioso aspirante a subyugarla de la misma manera que se había enseñoreado de la vida espiritual de Vetusta —nombre con el que Clarín bautiza a la ciudad de Oviedo en su novela—. De estos cuatro nombres salían disparadas flechas de tiza que se clavaban en otros personajes, cuyas siglas iban apareciendo en la pizarra al tiempo que el maestro los nombraba. Y esas siglas eran englobadas por el gis según los diferentes estamentos de la sociedad a los que sus dueños pertenecían y representaban ejemplarmente: la aristocracia, la burguesía, el clero, el pueblo. Al final de su exposición, quedaba claro cómo cada personaje, por secundario o incidental que fuese, había contribuido desde su posición social a suscitar el conflicto «amoroso» y su trágico desenlace que la novela plantea, registra y desenmascara con espeluznante objetividad.

(Abro un paréntesis para decir que mi maestro sin aula, el eminente historiador Edmundo O'Gorman, profesor que fue de Sergio Fernández, decía que los historiadores podían conocer mejor el siglo XIX español por la sola novela de Clarín que por los numerosos *Episodios nacionales* de Benito Pérez Galdós. El último

curso que don Edmundo impartió en su vida no fue de historia, como podría pensarse, sino de literatura, y versó precisamente sobre *La Regenta*. No se trató de un curso formal en las aulas universitarias, sino de una lectura compartida que se realizó en la sala de la casa de Patricia Urías, una su alumna de la Universidad Iberoamericana, quien fungía como anfitriona del bautizado por O'Gorman «Seminario del amor». Ahí, el insigne historiador octogenario leía y comentaba, frente a un grupo de prestantes señoras, semana a semana, la obra del escritor ovetense —o *vetustense,* debería decir—. Cierro el paréntesis.)

Yo quedé fascinado. Encontré en el doctor Fernández lo que había vislumbrado en mi primer curso con la maestra Millán: la vinculación entrañable entre la academia y la literatura. La academia no sofocaba la literatura imponiéndole la camisa de fuerza de las metodologías entonces en boga, sino que la hacía fluir con libertad interpretativa y, remontando el tiempo, la traía al presente gracias a una especie de médium —un lector profesional, como Sergio Fernández, que mucho conocía la historia literaria de nuestra lengua —. Para mi mayor admiración, el maestro, además de docente, era escritor. Acababa de publicar *Los peces,* una rara novela lírica, como pudieran serlo, en nuestra lengua, *Dama de corazones* de Xavier Villaurrutia o *Novela como nube* de Gilberto Owen o, incluso, *Paradiso* de José Lezama Lima, aunque menos barroca y más manierista que la del cubano. Y en el mismo año de la publicación de su novela, 1968, había salido a la luz en la colección Letras Mexicanas del Fondo de Cultura Económica un libro de título envidiable, *Retratos del fuego y la ceniza,* que reúne diversos ensayos literarios nacidos de la lectura libre y recreativa de un lector sensible, culto y apasionado. Tal es en ese libro dedicado a las mujeres la vinculación entre la vida y la literatura, que Sergio

Fernández lo mismo habla de personas que de personajes y pasa de Mariana Alcoforado —la monja portuguesa— y sor Juana Inés de la Cruz a Hedda Gabler, la señora Dalloway o Blanche Dubois. En el texto dedicado a sor Juana, plantea su concepción de la recepción literaria, que manifestaba en clase y que me marcó a mí irreversiblemente:

> [...] hace tiempo que la literatura me interesa sólo como experiencia personal, sin que tenga nada que ver con motivos académicos o de erudición. Y aunque no podría negar que los hay, no son en mí sentidos medularmente, ni medularmente analizados. Si por el contrario me acerco al fenómeno literario de manera íntima, casi subjetiva y poco comunicable por lo tanto, lo encuentro tan al alcance de la mano que un autor, un personaje o una obra literaria más que eso son, para mí, seres vivos en cuanto parte de una convivencia magnífica por absolutamente cotidiana.

Para acreditar el curso, redacté un ensayo titulado *Sucedáneos del amor en «La Regenta» de Leopoldo Alas «Clarín»,* el primer trabajo que determinó mi ruta: la consideración de la obra literaria como ente vivo; la lectura como diálogo directo con el texto, sin la intermediación *a priori* del discurso académico, pero sí con su respaldo *a posteriori,* y la predisposición temeraria a que la obra no sólo repercuta en el conocimiento de la vida, sino en la vida misma.

La felicitación por mi trabajo no fue posterior a su entrega al final del curso. Por mi participación en clase, Sergio Fernández me procuró fuera del aula, con el pretexto de hablar del trabajo que estaba preparando y por ende del amor, que era el tema que en él desarrollaba.

Una noche, a la salida de clase, me *convidó,* como él decía, a cenar al Hipocampo, un restaurante ubicado en la esquina norte de Fresnos (hoy Vito Alessio Robles) e Insurgentes, que había comenzado vendiendo tortas y había ampliado su oferta gastronómica, como su nombre lo sugería, al giro de pescados y

mariscos. El doctor Fernández y yo nos sentamos a una mesa redonda frente a un ventanal que daba al cruce de las avenidas. Yo me sentí privilegiado de ser, por un rato, el único interlocutor de El Maestro, el recipiendario directo de sus conocimientos literarios, el cómplice de su agudeza crítica. Su inteligencia, su cultura, su sensibilidad me deslumbraban. Pero también me sentí incómodo.

Nadie ignoraba en la facultad que Sergio Fernández era homosexual. Su reciente matrimonio con una exalumna suya y el nacimiento de su hija no habían desmentido esta certidumbre; sólo le habían añadido la dimensión de la bisexualidad. Confieso que, en esos años, cuando apenas se ventilaban en nuestro país —caracterizado por su machismo ancestral y su homofobia— la reivindicación de los derechos de los homosexuales y el respeto a las diversas orientaciones sexuales, la cercanía con el doctor Fernández, aunque mucho me complacía, también me resultaba embarazosa. El maestro tenía una gran capacidad para pasar del comentario literario al escrutinio de la vida íntima y provocar que yo, a mi vez, pasara del arrobamiento a la perturbación.

Esa primera cena en el Hipocampo se replicó varios jueves al salir de clase. Conforme se fueron haciendo rutinarios nuestros encuentros, creo que aprendí a manejar mejor la situación.

A pesar de sus requerimientos constantes —siempre ambivalentes— y de la posición de superioridad magisterial que tenía sobre mí, no podría decir que Sergio me acosara. Yo ya estaba casado, era padre precoz de un hijo y no tenía ninguna duda sobre mi heterosexualidad. Sin dejar de ser su alumno, entablé con él una relación de amistad, ciertamente compleja y riesgosa por su evidente asimetría. Él era mi profesor, y nunca dejaría de serlo; me llevaba veintidós años, tantos como los que yo le llevo a mi primogénito, y —acaso lo más importante— teníamos diferentes

orientaciones sexuales. La ambigüedad de su discurso no ocultaba sus intenciones de seducirme. Mi entusiasta disposición a continuar mi aprendizaje fuera del aula como alumno permanente de su magisterio quizá atizó sus deseos. No lo sé. Lo que sí sé es que, sin sospecharlo entonces, a lo largo de los años atravesé con Sergio Fernández muchos terrenos, algunos firmes, como el profesional, y otros, resbaladizos, como el de la amistad, que fue muy pantanoso. Para él, como le gustaba decir, el título de la novela epistolar de Choderlos de Laclos, *Les liaisons dangereuses,* era un pleonasmo: toda amistad es peligrosa.

Sergio Fernández fue mi maestro, mi tutor académico, mi director de tesis, mi sinodal, mi jefe, mi promotor. Yo fui su alumno, su tesista, su ayudante, su adjunto, su asistente, su secretario, su lector de manuscritos, su escucha, su confidente, su colaborador y hasta su aprendiz de brujo en sus sesiones de lectura del tarot. También, de algún modo, su sirviente. ¿O, cómo, si no con esta palabra, definir mi subyugada disposición a llevar una bolsa de hielo a su lejanísima y empinada casa de Villa Verdún a las once de la noche porque tenía una fiesta a la que, por cierto, yo no había sido invitado, o a acompañar a su anciana madre al mercado para hacer la compra de la semana, o a recoger a su hija Paulita de la escuela?

Luis Rius decía que Sergio Fernández no tenía más que esclavos o enemigos. Yo pasé once años de mi vida subordinado a su tutela. Después me aparté de él, enriquecido, sí —y mucho, muchísimo—, «modelado por entero» por su loable misión de Dédalo, pero también exhausto y con ganas de estrenar mis alas de cera, para acercarme al Sol aun a riesgo de la precipitación.

*

La voz de Juan José Arreola precedió a la imagen. Primero escuché el disco, grabado en 1961, de la colección Voz viva de México —así bautizada por él mismo—, en el que leía varios cuentos de su *Confabulario total*. Una voz actoral, ejercitada desde la infancia en el arte de la declamación, educada bajo la dirección de Fernando Wagner, impostada en las funciones de Poesía en Voz Alta de la Casa del Lago, que fluía, sin embargo, con naturalidad y con frescura. La voz de Arreola no sólo decía lo que decía, sino que decía que el buen decir era tan importante como aquello que se decía. Pronunciadas por él, las palabras adquirían textura, peso, volumen, resonancia, sabrosura. No sólo se oían, también se paladeaban.

Después de la voz, sobrevino la imagen. Un hombre delgado, entre desastrado y elegante, de rostro afilado y pedigüeño, y manos ávidas. Era una rara mezcla de fragilidad y desplante. La que tengo de él es la imagen fija de un hombre que se mueve mucho. Un hiperkinésico atrapado en un gesto transitorio. Como una fotografía que lo detuviera sin inmovilizarlo, sin apaciguarlo. ¡Cómo brillan sus ojos rotatorios en esa fotografía virtual que conservo de él en mi memoria! Una foto que no retrata un momento perdurable, sino precisamente la imposibilidad de retratar la permanencia de ese instante.

En estas páginas dedicadas al recuerdo de mis maestros en su ejercicio docente, me referiré a la oralidad de Juan José Arreola más que a su escritura, dos facetas de su vocación verbal que se corresponden, en mi opinión, con dos de sus pasiones lúdicas: el ping-pong y el ajedrez. La prosa de Arreola, tan cercana al poema, si no es que poesía en sí misma, responde a una cuidadosa y sopesada selección verbal, equivalente al movimiento decisivo de una pieza en una partida de ajedrez; su articulación verbal, en cambio, rayana en la incontinencia, más se parecía, por su rapidez, por su agilidad, por

su capacidad de respuesta inmediata, al tenis de mesa, que el maestro practicó con juvenil espíritu.

Se dice que Arreola hablaba como escribía, es decir que en su discurso el idioma fluía con una limpidez, una tersura y una elegancia más propias de la lengua escrita. Cierto: Arreola podía hablar horas y horas casi de cualquier tema, con una articulación perfecta, sin anacolutos, sin muletillas, sin pausas, como si estuviera leyendo un texto previamente escrito por él mismo y grabado en su prodigiosa memoria. En su oratoria, aunque desbordante y aun catártica, conservaba el rigor de su estilo, la adjetivación precisa, la imaginería brillante.

Tuve el privilegio de escuchar a Juan José Arreola de viva voz en el aula. Fui su alumno en el taller de creación literaria que impartía en la facultad durante los últimos años sesenta.

El maestro se apersonaba en la facultad antes de las cinco de la tarde. Entre saludo y saludo, se demoraba hasta veinte minutos en trasladarse desde el busto de Dante Alighieri de la entrada hasta el salón 102 del primer piso, en el que daba su clase. Una vez se presentó con las manos manchadas de pintura verde porque había dedicado esa mañana a repintar su mesa de ping-pong; otra, llegó coronado con unos audífonos gigantescos que se conectaban a una grabadora de carrete que sujetaba con la mano izquierda, gracias a la cual escuchaba sus lecciones para aprender alemán, repitiendo en alta voz palabras para mí inteligibles. No sé si lo estoy inventando, pero en algún rincón de la memoria guardo la imagen de Arreola en patines, deslizándose ágilmente por los larguísimos pasillos de la facultad que semejan pistas de aeropuerto. Aunque quizá este recuerdo sea una trasposición de la innovadora puesta en escena de la comedia de enredo *Don Gil de las calzas verdes* de Tirso de Molina, que en esos tiempos Héctor Mendoza presentó en el Frontón

Universitario con la propuesta de que todos los personajes se desplazaran en patines.

Llegaba al salón. Sacaba de su maletín algún libro pretextual porque, si de citar se trataba, Arreola citaba de memoria y a veces hasta mejoraba el poema del libro que abría sobre el escritorio. De pie en la tarima, como si se tratara del proscenio de un teatro, demandaba con manos exhortatorias: «¡Textos!, ¡textos!». Entre temerosos y temerarios, sus alumnos le entregábamos de uno en uno nuestros pulidísimos cuentos que hacíamos pasar por borradores o nuestros escarceos poéticos, que a fuer de modernos resultaban ininteligibles. Él los leía en voz alta ante nuestro sonrojo. ¡Y también los mejoraba, como los versos que citaba de memoria! Les imprimía una cadencia y una gravedad que no estaban en los originales. Sólo se detenía, por deferencia a las damas, según declaraba, ante las malas palabras, que en ese entonces todavía puritano apenas se atrevían a pasar a la página completas, y no reducidas a sus iniciales. Era respetuoso y estimulante, pero no habría que tomar su respeto al texto ajeno como concesión o benevolencia. Poseía el rigor del editor y contaba con el ascendiente literario del gran estilista que fue.

Cuando se trataba de criticar, Arreola criticaba. En una ocasión, cuando la declamación no había terminado de proscribirse y considerarse como un pseudoarte digno de tertulias decimonónicas, un joven desconocido abordó al maestro antes de que entrara al salón para pedirle que le permitiera recitar en clase un poema de García Lorca, el *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*. Acaso recordando el estreno de sus dotes literarias y teatrales cuando de niño se aprendió de oídas *El Cristo de Temaca* del padre Placencia y lo recitaba a la menor provocación o sin provocación ninguna, Arreola accedió. Cuando todos los alumnos ocupamos nuestros

pupitres, el declamador se trepó a la tarima. Arreola anunció su participación, sentado al escritorio. El joven, curiosamente vestido de traje negro, camisa blanca y corbata carmesí, cuando ya el movimiento estudiantil del 68 había descartado semejantes formalidades en la universidad aun entre los profesores, empezó a declamar «A las cinco de la tarde. / Eran las cinco en punto de la tarde» con mucho dramatismo y una sobreactuación embarazosa, de las que causan pena ajena, como se dice. No bien había terminado el primero de los cuatro episodios del poema, cuando Arreola, antes de que la sangre se derramara por la tarima, lo paró en seco y le espetó: «¡Usted no es un declamador; usted es un terrorista!», y lo echó del salón de clase. Mala tarde para el matador, diría la afición.

A Arreola le debo la certidumbre de mi vocación literaria: su impulso para amar a la literatura por sobre todas las cosas y a saberme vestir, paradójicamente, con la desnudez que su ejercicio supone.

García Márquez, Carpentier, Cortázar

En 1967 leí por primera vez *Cien años de soledad* en un libro de cubierta azul, publicado por Editorial Sudamericana, en la que una carabela colombina, sin ningún sustento de agua y sin ningún impulso de viento, se adentraba en las exuberancias de las selvas amazónicas. En contraste con esa tapa de espejismos tropicales, la página legal era tan desértica que ni siquiera advertía que se trataba de la primera edición de la obra, como si los editores no hubieran previsto que la novela, con un poco de suerte, podría alcanzar la

gloria de la reimpresión. El libro se quedó adherido a mis manos sin que el sueño, el trabajo, el hambre, las incipientes púas de la barba pudieran sustraerme de la lectura, que se había echado a andar a toda carrera en la bicicleta de mis anteojos. El alucinante mundo imaginado en esas páginas, en el que Remedios, la bella, asciende al cielo en cuerpo y alma mientras tiende una sábana de bramante en el jardín de la casa; José Arcadio Segundo se vuelve invisible en la paciente habitación de Melquíades, el gitano trashumante, y los animales de Petra Cotes, émulos de la fogosidad desaforada de su dueña, se reproducen con ahínco, fue adquiriendo objetividad, no obstante su manifiesta condición maravillosa, en el transcurso de mi lectura. En tanto, la otra realidad, la de este lado de la página en la que solemos estar y tomar café y oír música; la realidad de mi cuarto, de mi cama, de mi mesa de trabajo, empezó a enrarecerse, a diluirse, a desdibujarse hasta que acabó por desaparecer. De buenas a primeras me vi a mí mismo viviendo en la casona de Macondo; deambulando, insomne, por el corredor de las begonias en el que Rebeca y Amaranta purificaban sus rencores; intentando ayudar a Úrsula Iguarán a buscar un objeto perdido, que ella, invidente, encontraba antes que yo, con las antenas de la memoria; visitando en su melancólico laboratorio al coronel Aureliano Buendía, aprisionado en el círculo vicioso de transformar monedas de oro en pescaditos de oro que vendía en monedas de oro para transformarlas en pescaditos de oro, y tratando de descifrar las sentencias latinas que profería el patriarca José Arcadio desde el castaño del patio al que permanecía amarrado, víctima de su propia lucidez.

Al término de la lectura tuve la certidumbre de que el mundo creado por la febricitante pluma de Gabriel García Márquez era más nuestro que el que vivíamos cotidianamente. Que en él estaban

plasmados nuestras historias más arcanas, nuestros afanes más empeñosos, nuestras ensoñaciones más recurrentes.

*

Si *Cien años de soledad* les había conferido a los sucesos prodigiosos que en ella se relatan una referencialidad latinoamericana estrictamente realista, la novela *El reino de este mundo* de Alejo Carpentier, publicada casi veinte años antes, daba cuenta de la trascendencia del pensamiento mágico, aún vigente en América, en los procesos sociales y en los acontecimientos históricos de nuestro continente. En ella, el escritor se refiere en particular a Haití, cuya emancipación del dominio napoleónico se presenta no como consecuencia de los postulados de la Revolución francesa, sino de la fe inquebrantable de los esclavos en la inmortalidad de su líder, el mandinga cimarrón Mackandal, a quien le han atribuido poderes licantrópicos. La novela de Carpentier y el prólogo que le da sustento teórico postulan que lo maravilloso, en la América nuestra, surge de la propia realidad, sin necesidad de suscitarlo con trucos de prestidigitación, como, según el novelista cubano, hicieron los surrealistas.

Al estudio de lo real-maravilloso americano, como denominó Carpentier este fenómeno cultural y literario, dediqué buena parte de mi licenciatura. Mi tesis de grado se tituló *Remedios Varo y Remedios la bella, un ejemplo indiscreto de arte comparado.* En ella analizo la oposición, planteada por Carpentier en el prólogo a *El reino de este mundo,* entre el movimiento surrealista —en el que había participado con fervor el propio Carpentier durante su estadía en el París de entreguerras— y la teoría que sustentaría tras haber realizado un viaje a Haití en 1943, según la cual lo maravilloso, en

América, proviene de la percepción que de lo real tiene la colectividad y no de la fantasía individualista de los artistas europeos que suscribieron los manifiestos surrealistas. En el prólogo de marras dice:

> Pero es que muchos se olvidan, con disfrazarse de magos a poco costo, que lo maravilloso comienza a serlo de manera inequívoca cuando surge de una inesperada alteración de la realidad (el milagro), de una revelación privilegiada de la realidad, de una iluminación inhabitual o singularmente favorecedora de las inadvertidas riquezas de la realidad, de una ampliación de las escalas y categorías de la realidad, percibidas con particular intensidad en virtud de una exaltación del espíritu que lo conduce a un modo de «estado límite». Para empezar, la sensación de lo maravilloso presupone una fe. Los que no creen en santos no pueden curarse con milagros de santos.

Apliqué en mi tesis estos principios teóricos a la novela de García Márquez, en particular al caso del personaje Remedios, la bella, y señalé las similitudes y las diferencias que guarda, en tanto que exponente de lo real-maravilloso americano, con la pintura de Remedios Varo, en tanto que representante del movimiento surrealista. Reconstruida, la tesis se publicó como libro —mi primer libro— con el nombre de *El surrealismo y lo real-maravilloso americano* en la Colección SepSetentas de la Secretaría de Educación Pública, cuya Dirección General de Divulgación estaba a cargo de mi querida maestra María del Carmen Millán. En él amplié el objeto de estudio a sendas obras de Miguel Ángel Asturias y Juan Rulfo: *Mulata de tal* y *Pedro Páramo.*

No fue sólo la teoría de lo real-maravilloso americano de Carpentier, que fui constatando en sus novelas subsecuentes, sobre todo en *Los pasos perdidos* y en *El siglo de las luces,* lo que me entusiasmó ese año de 1967. También me sedujo su consideración del barroco como una constante americana: es un arte, un modo de vida y una concepción del mundo consustancial a la cultura del Nuevo Mundo desde antes de que el barroco apareciera

formalmente como estilo artístico en la historia, y que perdura, proteico, hasta nuestros días.

El barroco esencial latinoamericano, que yo venía descubriendo, azorado, día a día, en el Museo Nacional del Virreinato, cobraba explicación y fundamento en las novelas y en los ensayos de Carpentier. Y también en la formalización literaria de su pensamiento, a través de un discurso rico, lujoso, hiperbólico, proliferante, expansivo, que llevaba a límites insospechados la lengua cervantina. Además, por si fuera poco, Carpentier era cubano, como mi abuela, como mi madre, como los tres mayores de mis hermanos, y en ese entonces yo me sentía liado a Cuba como un molusco a su concha. Así que mi pasión por la obra teórica y por la praxis novelística de Alejo Carpentier fue enorme. Y ciega, como el amor. Tendrían que pasar muchos años para que esa pasión adoptara una posición crítica. Pasión crítica, como quería —y exigía — Octavio Paz.

*

Muchas veces he dicho que mi vida puede dividirse en dos épocas: antes de JC y después de JC.

La lectura de la obra de Julio Cortázar, también en aquel año del 67, no sólo cambió mi concepción de la literatura, como lo habían hecho Gabriel García Márquez con *Cien años de soledad* y Alejo Carpentier con *El reino de este mundo,* sino que me cambió la vida. La manera de ver la vida, y de transitar por ella. Y modificó la vida de mi generación.

Más allá de los aspectos formales —una nueva forma de escribir, que nos involucraba en la propia estructuración del texto y nos volvía coautores de la obra—, *Rayuela* nos modificó moralmente.

Después de su lectura no volvimos nunca a ser los mismos que antes: cambiamos nuestro modo de caminar, de subir una escalera, de amar, de oír música, de leer. En sus páginas supimos del amor risueño y de la ternura sosegada, tan ausentes en la tradición literaria de nuestra lengua, y sin lugar a duda fuimos más libres y más conscientes, menos rígidos y más críticos. Y quizá hasta más felices.

Me veo a mí mismo, en la camioneta del museo que nos llevaba de México a Tepotzotlán y nos traía de Tepotzotlán a México, leyendo la novela, o la *contranovela,* como la llamaron los editores de Sudamericana, saltando aleatoriamente de un capítulo a otro según mi gusto y mi instinto, después de haberla leído de principio a fin de manera convencional y después siguiendo el orden alternativo sugerido por el autor. Y vaya que, en la literatura el orden de los factores sí altera el producto, de modo que una sola novela se multiplicaba en muchas y muy diferentes obras. Ante mis suspiros, mis expresiones engolosinadas, mis carcajadas, los compañeros de viaje me miraban entre sorprendidos e interrogantes. Yo no me podía contener y les soltaba en voz alta el capítulo siete de «Toco tu boca, con un dedo toco el borde de tu boca...» o el sesenta y ocho que describe el acto sexual con palabras inéditas que renuevan y singularizan el ritual amoroso: «Apenas él le amalaba el noema, a ella se le agolpaba el clémiso...» hasta que llegábamos, de ida, al museo o, de regreso, a la esquina de Xola e Insurgentes, donde me dejaban, y mi lectura quedaba suspendida en el aire, a la espera del siguiente viaje por esa autopista del norte apenas inaugurada en la que por desgracia no había ningún congestionamiento que nos permitiera continuar con nuestra lectura comunitaria.

No era fácil conseguir todos los libros de Cortázar en México, pero Italia Morayta, que tanto viajaba en su función de intérprete

presidencial, los compraba en librerías de Caracas o de Buenos Aires y me los traía a México como el regalo más preciado que hubiera podido obsequiarme. Recuerdo cómo le leí a Yolanda en voz alta las *Historias de cronopios y de famas* en la terraza de su casa, que nos hicieron abjurar de tanta solemnidad, de tanto convencionalismo fama y nos destapó el cronopio que teníamos dentro para que se nos iluminara la esperanza y nos besáramos con una libertad inédita y nos comprometiéramos amorosamente, como lo hicimos, para ser libres.

Segundo acto

Un atleta jorobado

Entonces, cuando la sangre hervía y quisiera llegar al río, hubiera preferido más ser devoto de Afrodita que de Artemisa. Pero no fue así. El papel que me asignó Paco, quien ya había dirigido *Otelo,* fue el del casto joven dedicado al culto de la diosa de la caza, la naturaleza salvaje, la virginidad y que le da nombre a una de las diecinueve tragedias que se conocen de Eurípides: *Hipólito*.

No sé cómo pude combinar mi trabajo en el Museo Nacional del Virreinato en Tepotzotlán, mis clases vespertinas en la facultad y mi incipiente y cotidiano noviazgo con Yolanda para todavía tener tiempo de hacer teatro. Sólo me lo explico por la desmesurada pasión juvenil que entonces animaba todas las actividades que regían mi vida.

Hipólito de Eurípides. ¡Qué tragedia! Lo más significativo para mí no fue representarla, sino asomarme al universo de la cultura clásica, que sólo había estudiado muy por encima en mis clases de literatura universal de la preparatoria. La lectura de esa obra y la memorización de los parlamentos de mi personaje, en la traducción del padre Ángel María Garibay, me condujo inevitablemente a leer las otras dieciocho tragedias de Eurípides, más las siete de Esquilo y las otras tantas de Sófocles, en las generosas ediciones de la colección «Sepan cuantos...» de la Editorial Porrúa, que, con su papel sencillo, sus cubiertas blandas y sus dos columnas, hacían

accesibles a los estudiantes los clásicos de la literatura universal. ¡Qué emocionante fue conocer las entidades mitológicas que pasaban de una obra a otra con sus miserias humanas potenciadas a la dimensión divina! Poco tiempo después comprendería la hipérbole de Alfonso Reyes, quien decía que en la Antigüedad helénica había más dioses que seres humanos.

Paco representó el papel de Teseo y yo el de su hijo, condenado por su propio padre a ser desterrado y arrojado a los peñascos por la fuerza marina de Poseidón, a quien Teseo imploró que lo castigara con la muerte. Fedra, la madrastra de Hipólito, ha tratado de seducir al apuesto joven, quien, observante de la castidad inherente al culto de Artemisa, la rechaza. Ella se ahorca y deja escrito que fue el joven quien trató de seducirla y, antes de ceder a sus asechanzas, prefirió la muerte. Otra vez los celos, que llevaron a Otelo a ahorcar a Desdémona, y a Teseo a castigar con la muerte a su hijo. Tanto Otelo como Teseo se dan cuenta de su error cuando ya es demasiado tarde. En los opuestos papeles que representé en ambas obras, yo fui causante de esas muertes, aunque por razones no sólo diferentes, sino opuestas: como Yago, por mi maligna estrategia de venganza; como Hipólito, por mi inocencia y mi fidelidad a mis principios de lealtad y devoción.

La obra se representó, como Otelo, en el Teatro Ródano de la Comisión Federal de Electricidad. No sé si fue exitosa. Lo que sí recuerdo es que asistieron varios de mis compañeros de la facultad. Uno de ellos, David Ramón, me criticó severamente. Me dijo que cómo un joven atlético como Hipólito aparecía en escena... ¡jorobado! Que, para la próxima obra, sería mejor que representara al Ricardo III de Shakespeare.

Vi las fotografías que tomaron de la obra, todavía en blanco y negro. Y es cierto: en algunas de ellas aparezco cargado de

espaldas. No sé si se debe al papel suplicante que adopto frente a Teseo, mi padre, cuando me adjudica una culpabilidad que no tengo, o que el vestuario implicaba una especie de chalina (el *himatión* griego) echada en el cuello y la espalda, o que desde esos años mozos ya tenía mala postura.

Una locura

Por supuesto que no había leído el *Elogio de la locura* de Erasmo de Rotterdam. Mucho menos *La nave de los necios* de Sebastian Brant, un libelo contra los poderes imperial y pontificio que al parecer inspiró a Erasmo. Tampoco conocía la *Historia de la locura en la época clásica* de Michel Foucault, que pasa revista a la expulsión que sufrieron los locos a lo largo de la historia, publicada en 1967, casi al mismo tiempo que yo me subí a la nave de los locos de la que habla, pero que no leí hasta mucho tiempo después. Como también, algunos años más tarde, cuando preparaba mi tesis, estudié el primer *Manifiesto surrealista,* que André Breton introduce con otro elogio a la locura, al decir en las primeras páginas, a manera de consigna fundamental del movimiento que encabezó: «No será el miedo a la locura lo que nos obligue a bajar la bandera de la imaginación». En cambio, lo que sí había visto, y en dos ocasiones, fue el *Diario de un loco,* la obra de Nikolái Gógol, interpretada por Carlos Ancira bajo la dirección de Alejandro Jodorowsky.

No recuerdo de dónde llegó a mis manos, pero me topé con el libro *El loco* de Gibrán Jalil Gibrán a finales de 1967, y mis diecinueve años de edad quedaron fascinados. Se trataba de un libro publicado originalmente en inglés un año antes de mi nacimiento, pero, sin saber la fecha de su aparición, yo lo sentí más profético

que pretérito, como si anunciara —lo pienso ahora, retrospectivamente— la contracultura que empezaba a latir en esa década cismática de los años sesenta. Los locos, en última instancia, eran los únicos cuerdos, los únicos libres frente a un mundo petrificado, convencional y enajenante: «Y en mi locura hallé libertad y salvación; la libertad del aislamiento y la salvación de ser comprendido: los que nos comprenden esclavizan algo en nosotros», dice Gibrán. «Los locos», dice por su parte Breton, «gozan de su delirio lo suficiente para saber que tan sólo tenga validez para ellos.»

Como el libro de Gibrán se abre con el despojo de las siete máscaras que han «protegido» al loco durante su vida milenaria, y otro texto se refiere a sus siete yos, de inmediato pensé en adaptar al teatro la obra del libanés. Y así lo hice. Distribuí los textos en los parlamentos de ocho personajes: el Loco y sus siete máscaras o sus siete yos.

El movimiento estudiantil del 68 aplazó mi impulso de montar la obra de inmediato. La soledad, el coraje, el miedo que nos invadió tras la masacre de Tlatelolco, nos condujo al aislamiento, y, en muchos casos, el espíritu gregario que había surgido con el movimiento se resolvió en pasividad y marginación. En 1969, pasado el agravio, aunque no olvidado ni superadas sus implicaciones y sus consecuencias, *El loco,* con su profunda crítica a las imposiciones políticas, materialistas, utilitarias, emergió en mi sensibilidad como una protesta contestataria a lo que habíamos sufrido. Decidí entonces ponerlo en escena.

El escenario fue diferente. El montaje ya no dependía de la UNAM, que había patrocinado las obras preparatorianas en las que participé, ni del apoyo de ninguna institución, como la Comisión Federal de Electricidad, que ayudó, con el préstamo del Teatro Ródano, a la escenificación de *Otelo* y de *Hipólito*. Ya todo dependía de mí. Y de

mis amigos. Ellos, que habían vivido igual que yo la transformación que nos infligió el 68 —de la rebeldía generacional a la consigna de «amor y paz»—, avalaron, como si fueran mis otros yos, mis locuras y me siguieron con entusiasmo.

Antonio Reguero, mi compañero del CUM y novio de mi hermana Rosa, se acababa de mudar de casa. Su familia había dejado la mansión coyoacanense, a la que fui muchas tardes de mi vida preparatoriana, y se había cambiado a otra no tan grande, pero aun así muy espaciosa, en la calle de Fresnos, hoy Vito Alessio Robles, en la colonia Florida. Disponía de un salón de generosas dimensiones, cuyo gran ventanal corredizo daba a una terraza. Me pareció que ese podría ser el escenario idóneo para montar mi adaptación. Los padres, que le tenían miedo a la sensibilidad y a la agazapada rebeldía del hijo, aceptaron prestarnos el «escenario» y el «foro». Antonio ofreció su gran talento para diseñar el vestuario y la utilería. El salón sustituyó sus muebles habituales por una platea de sillas plegadizas. La escenografía eran los propios cuerpos de los actores que, en composiciones plásticas, se presentaban en escena uniformados con el mismo vestuario, pero cada uno de diferente color. Actuaron como *locos* mis amigos Busi Cortés, Patricia Madrigal, Alfredo Jiménez, José Manuel Domínguez, Pablo de Tavira, mi hermana Rosa y dos más que las oquedades de la memoria me impiden recordar. Yolanda, sin ningún alarde ni crédito, en silencio penelopesco, confeccionó los coloridos trajes. También invité a participar en la obra a mi amiga Thusnelda Nieto, quien trabajaba, como yo lo había hecho durante los dos años anteriores, en el Museo Nacional del Virreinato en Tepotzotlán. Ahí, ella se había dedicado a la organización de los conciertos que se ofrecían en ese templo barroco y portentoso. Aceptó cantar algunas arias,

acompañada por ella misma al clavecín, cuyas letras provenían del propio texto de Gibrán Jalil Gibrán.

El día de la única representación programada, yo estaba muy nervioso. Había invitado a mi tan apreciada como temida maestra María del Carmen Millán, que acudió con su habitual escepticismo crítico, ¡pero asistió! Y acabó por aplaudir y felicitarme, aunque con su parquedad característica.

También asistió, quién lo diría, ¡Salvador Novo! Al ser vecino de Coyoacán, colonia en la que los Reguero Maus habitaron aquella casona opulenta durante tantos años, se había vuelto afecto suyo, y aceptó la invitación de ir al estreno de la obra. Yo me estremecí cuando, antes de que se abrieran las cortinas de la terraza, que hacían las veces de telón, me enteré de su presencia. Por un lado, admiraba al poeta, al cronista de la Ciudad de México, al miembro del «Grupo sin grupo» de *Contemporáneos* a cuyos integrantes empezaba a leer con devoción, sobre todo a Xavier Villaurrutia, tan cercano a él; por otro, repudiaba a quien, con alguna expresión desafortunada, había avalado la matanza de Tlatelolco, perpetrada por el Gobierno de Díaz Ordaz. Antes de que empezara la función, los anfitriones me invitaron a una pequeña sala privada donde estaba el poeta con los padres de Antonio. Tuvimos una breve conversación. Yo le decía *maestro,* y él no me apeó el vocativo *chato*. Me llamaron la atención, claro, su bisoñé, su corpulencia, su estatura, sus anillos. Era intimidante.

Jorge Ibargüengoitia fue otro de los invitados. Había trabajado con Italia Morayta, quien había recibido la encomienda del arquitecto Pedro Ramírez Vázquez de coordinar los servicios lingüísticos de los XIX Juegos Olímpicos, que tuvieron lugar en México en los críticos meses del movimiento estudiantil del 68 y cuya inminente celebración detonó la tragedia de Tlatelolco diez días antes de su

inauguración. Ibargüengoitia era un magnífico traductor del inglés al español. Y un estupendo escritor. Yo ya había leído *La ley de Herodes* y *Los relámpagos de agosto.* Lo admiraba por su humor sarcástico y su capacidad paródica. Si en su literatura era un narrador irónico, agudo, con un sentido del humor corrosivo, en persona se le notaba la rudeza de su formación ingenieril, rezumaba mal humor y tenía un gesto displicente, que concordaba con su voluminosa panza. Pero fue a mi estreno. Le dejó a Italia, al fin de la función, un ejemplar dedicado de su novela *Maten al león,* procedente de una obra de teatro, *El atentado,* que había ganado el entonces prestigioso Premio Casa de las Américas que otorgaba la entonces también prestigiosa, admirada y esperanzadora Revolución cubana. En mi opinión, esta obra debería figurar en pie de igualdad entre las grandes novelas del dictador latinoamericano, junto a *Tirano Banderas,Yo el supremo,El recurso del método,El otoño del patriarca,La Fiesta del Chivo.* Yo tengo el ejemplar dedicado a Italia, en diciembre de 1969. Seguramente ella me lo cedió al advertir la devoción que le profesaba al autor. Supe, por Italia, que Ibargüengoitia tenía un peculiar método para archivar los documentos que le llegaban a su escritorio cuando trabajó bajo sus órdenes en la organización de los Juegos Olímpicos. Los expedientes estaban rotulados, según su muy personal taxonomía y en riguroso orden alfabético, en: «Babosadas», «Chingaderas», «Idioteces», «Mamonerías» y «Pendejadas». Cuando Italia le pedía algún documento, él lo encontraba sin vacilación en su archivo. Nunca se equivocó. Años después, cuando tuve la oportunidad de asistir, gracias a la invitación que me hizo el arquitecto Carlos Mijares, a la casa de Ibargüengoitia y su esposa, la pintora Joy Laville, en la calle Reforma de Coyoacán, comprobé esta taxonomía del escritor. Para él, como lo pude constatar en el jardín de su casa, donde nos

sentamos en unos equipales a tomar tequilas, todas las personas que salían a relucir en la conversación eran unos reverendos pendejos.

Tanto a Salvador Novo como a Jorge Ibargüengoitia les gustó la puesta en escena. O al menos eso dijeron, acaso por cortesía, Novo, a los dueños de «la casa tomada»; Ibargüengoitia, a quien había sido su jefa y con quien eventualmente seguía trabajando como traductor.

Al final de la función, Novo me preguntó por el escenario donde la obra continuaría representándose. Como le dije que no contaba con ningún lugar, me dijo que lo fuera a ver a su casa de Coyoacán porque quizá él podría ofrecerme una alternativa. Consideró que la obra no debía limitarse a una sola función, habida cuenta del esfuerzo invertido.

Asistí, pues, a su casa en la calle de Salvador Novo número 1, así denominada por mandato de Díaz Ordaz. Ataviado con una bata de seda verde con motivos chinescos que le llegaba a los tobillos, me recibió en su estudio. No recuerdo la plática que sostuvimos. Lo que sí recuerdo es mi nerviosismo, que su amabilidad aumentaba en vez de apaciguar. Al final, el diálogo se resolvió en un ofrecimiento de El Maestro que mucho entusiasmó a El Chato: Me prestaría el teatro de La Capilla, aledaño a su restaurante El Refectorio. Yo sabía que ese teatro, habilitado en una vieja capilla, había recibido, como en su momento lo había hecho el Teatro Ulises auspiciado por Antonieta Rivas Mercado, montajes escénicos muy importantes de la dramaturgia moderna internacional, y que llevaba unos años sin funcionar. Salí de esa casa henchido de contento y de ilusión.

La noticia fue recibida jubilosamente por el grupo.

No sé de dónde procedió la convocatoria. Una noche fuimos invitados a presentar una escena de *El loco* en el programa de un

conductor de buenas a primeras lanzado a la fama de la pantalla chica, Raúl Velasco, en el Canal 13 del Gobierno mexicano. Nos advirtieron que la escena que representaríamos en vivo no podría durar más de tantos minutos y que yo sería objeto de una entrevista. Nos preparamos muy bien, elegí la escena adecuada a las especificaciones que nos dieron y asistimos todos puntualmente al estudio de televisión. La escena se representó sin ningún sobresalto, y de igual manera se llevó a cabo la entrevista que me hizo Raúl Velasco, con todo el grupo fungiendo como ciclorama. Tras sus felicitaciones, el conductor del programa me preguntó que dónde y cuándo se representaría la obra. Y yo, con la inocencia propia de El Chato, le dije con toda tranquilidad que El Maestro, Salvador Novo, nos había ofrecido su teatro La Capilla para montarla. Que ya se darían a conocer las fechas y los horarios.

—*Aún hay más* —dijo Velasco, repitiendo su simplón eslogan, antes de los anuncios.

Y sí, hubo más.

No se hizo esperar el llamado de Salvador Novo para que acudiera urgentemente a su casa de Coyoacán.

—¡Cómo es posible, chato, que hayas dicho en televisión que yo te presté mi teatro! ¿No te das cuenta de que ese fue un ofrecimiento doméstico, amistoso, para que pudieran representar tres o cuatro veces su obra ante los amigos y los familiares, igual que lo hicieron en la casa de los Maus? ¡Yo no tengo en La Capilla baños diferenciados para hombres y para mujeres! ¡Ni los registros oficiales en Hacienda para funcionar profesionalmente! ¡Me van a poner unas multas espantosas! ¿Qué, no te das cuenta de que...?

Salí de la casa de Novo abatido ante su enfática retractación de prestarnos su teatro. Y la «chatez» con la que nunca me había

identificado se me implantó en la nariz como un puñetazo sin guante de box.

Lo cierto es que, a lo largo de mi vida, mi admiración por Salvador Novo ha crecido. Supo poner «lo marginal en el centro», como lo definió Carlos Monsiváis, con una sola frase, en el título del libro que le dedicó a su vida y a su obra.

No en La Capilla, pero la obra sí se volvió a representar. Por alguna vía sinuosa pude obtener de Gastón García Cantú, entonces director de Difusión Cultural de la UNAM, el préstamo del teatro Carlos Lazo de Arquitectura, que ocupaban alternadamente la Orquesta Sinfónica de la institución, dirigida por Eduardo Mata, y el Taller Coreográfico de Gloria Contreras. Fue por un tiempo limitado, limitadísimo: una sola función algún día entre semana. Las limitaciones no sólo eran de fecha, sino también de carácter técnico. Los trabajadores del teatro no estaban muy dispuestos que digamos a apoyar a este grupo de bisoños actores, que ni siquiera figuraban en los elencos del teatro universitario. Aun así, la representación se llevó a cabo con teatro lleno. No puedo expresar el alborozo que me causó pisar las tablas de un escenario de mi *alma mater*.

Poco después, el solo nombre de Gibrán Jalil Gibrán me abrió las puertas del Centro Libanés. Me adjudicaron el gran salón Baalbeck para presentar la obra de su escritor moderno más emblemático. Ahí la representamos varias veces, con un público entusiasta y con el aval del traductor al español de la obra del poeta libanés, Leonardo S. Kaím, quien me obsequió las obras completas del autor en dos volúmenes, el primero de los cuales es una larga y apologética biografía del escritor.

Alfa y Omega

Cuando Yolanda y yo decidimos casarnos, nos instalamos en una casa diminuta construida en el jardín trasero de un pequeño edificio de la calle de Alfa número 87, esquina con Omega, en la colonia Romero de Terreros de Coyoacán.

Al frente del predio había dos cocheras sobre las cuales se levantaban dos departamentos de un piso cada uno. En uno de ellos vivían los propietarios del inmueble —un matrimonio— y, en el otro, unos inquilinos. Los dueños habían construido la vivienda en el jardín para alojar a la anciana madre, no recuerdo si de él o de ella, que ahí vivió sus últimos años. Cuando murió, Yolanda y yo fuimos los beneficiarios de la determinación de los dueños de arrendar la casita. Su renta era muy barata y, aunque pequeñísima, cupimos con nuestro magro patrimonio de recién casados.

El jardín donde estaba la casita también era pequeño, pero, aun así, era más extenso que la superficie total de nuestra vivienda. Espesas hiedras cubrían sus muros; acantos, alcatraces y agapandos lo circundaban, y marciales arrayanes flanqueaban el acceso a la puerta de entrada.

En ese jardín organizamos fiestas, fogatas, veladas y desveladas que en más de una ocasión suscitaron las quejas de los arrendadores y los escasos vecinos, pero que nos dieron la maravillosa oportunidad de ser, por primera vez en nuestras vidas, los precoces anfitriones de nuestros amigos y nuestros compañeros universitarios, la mayoría de los cuales aún eran hijos de familia.

Y es que por primera vez éramos los dueños de algo. Si no de la casa, sí de su contenido, que adquiría una enorme plusvalía por el solo hecho de que las cosas fueran nuestras. El valor de un cuchillo que no hubiera sido el de la casa paterna; de un cuchillo, de una licuadora, de una almohada, de una esponja... Yolanda y yo nos habíamos mudado sólo con nuestros libros y nuestra ropa y, también, claro, con nuestro patrimonio amoroso de tardes compartidas, de lecturas afines, de ilusiones, de sorprendentes descubrimientos eróticos. Ser dueños de nuestro champú, de nuestras sillas de palma, de nuestras toallas nos daba, a pesar de la estrechez de nuestro espacio, de la precariedad económica de nuestra vida cotidiana, de las dificultades enormes para seguir combinando el estudio con el trabajo, una alegría coincidente con el orgullo.

La casa completa era más pequeña que la habitación que Yolanda tenía, de soltera, en la residencia de su familia en el Pedregal de San Ángel. Contaba con una recámara muy estrecha, tanto que, para ahorrar espacio (y dinero), en lugar de comprar una cabecera, opté por pintarla en la pared con un plumón negro que bien pudo simular los retorcimientos barrocos del hierro forjado. Y, para crear la ilusión de que la cama era más grande de lo que en realidad era —una cama matrimonial estándar—, también pinté en la pared de enfrente la correspondiente piecera. Acostados, no alcanzábamos a ver el pasillo, como de un metro de ancho, que separaba los pies de la cama del muro, así que teníamos la ilusión de que nuestro lecho nupcial, aunque angosto, era extremadamente largo. Tenía también un baño elemental, con su lavabo, su escusado y una regadera diminuta, cuyo pequeño sardinel no podía contener el agua, que siempre se desbordaba. La cocina estaba integrada a la casa como si fuera una alacena empotrada en la pared, sin ninguna puerta que la

confinara, y disponía de una barra con dos taburetes, nuestro comedor. Entre la recámara y la cocina, ¡la estancia!: sala, salón, recibidor, estudio, biblioteca, en ocho metros cuadrados. Una de sus paredes respaldaba el librero, que construí con tablones y tabiques. La de enfrente estaba ocupada por la puerta del baño y por el vano de la cocina. Era tan pequeño el espacio que, si yo me ponía de pie y alzaba ambos brazos en cruz, con una mano podía rozar los lomos de los libros y con la otra la puerta del baño. Ahí, en la estancia-sala-salón-recibidor-estudio-biblioteca, logramos acomodar, no sé cómo, una banquita y dos rudimentarias sillas con asientos y respaldos de palma. También un pequeño escritorio, al que le tuve que serruchar el frontispicio para que pudiéramos utilizarlo simultáneamente Yolanda y yo, sentados uno frente al otro, para escribir nuestros trabajos escolares.

En la cocina, además de esa barra adosada a la pared que más bien era una repisa, cabían un pequeño refrigerador —regalo de bodas de mi hermano Benito—, y una estufa, que venía con la casa. Había dos anaqueles y dos cajones en los que apenas podíamos guardar unos platos, unos vasos, una sartén, dos ollas, los cubiertos y otros enseres de una primerísima necesidad subsumida en la económica composición mixta de sus nombres: un sacacorchos, un abrelatas, un picahielo. Así que la despensa estaba... ¡en la cajuela del Opel rojo!, el coche que Yolanda usaba desde que era soltera y que pudo conservar después de nuestro matrimonio.

El Opel rojo era de Yolanda, sí, pero era yo quien lo utilizaba. Mi hermano Eduardo, cuando salió del convento, había chocado mi *vochito* color mierda con tal brutalidad que no se pudo reparar y hubo que venderlo como chatarra.

Para entonces, yo ya trabajaba en El Colegio de México.

La maestra Gloria Ruiz de Bravo Ahuja impartía en la Facultad de Filosofía y Letras, no sin tropiezos, un desmesurado curso introductorio de Historia de la Lengua en España y América para alumnos de primer ingreso en la licenciatura de Letras Españolas. Utilizaba el apellido de su esposo, el ingeniero Víctor Bravo Ahuja, oriundo de Oaxaca, que había sido el primer rector del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey y se desempeñaba entonces como subsecretario de Enseñanzas Técnica y Superior de la Secretaría de Educación Pública. Gloria Bravo formaba parte del cuerpo de investigadores de El Colegio de México y, como tantos otros académicos del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de la institución, impartía clases en la facultad.

Yo había cursado su materia y ella me había querido reprobar. Cuando presenté mi examen para acreditar el primer semestre, había obtenido la más alta calificación; para el segundo, hice un laborioso trabajo que titulé, con la ampulosidad juvenil propia de quien va de ida y siente que viene de regreso, *Vacilaciones fonéticas, fonológicas, morfológicas, léxicas y sintácticas en «Las paredes oyen» de Juan Ruiz de Alarcón.* No me reprobó, ciertamente, pero no aprobó mi trabajo, aunque me dio una segunda oportunidad: que hiciera un examen general después del periodo intersemestral de fin de año. No creo que no le hubiera gustado mi investigación, sino más bien que desconfió de que yo la hubiera hecho. El caso es que me pasé esas vacaciones navideñas del 67 estudiando la *Historia de la lengua española* de Rafael Lapesa, que, como decíamos en clase, ¡cómo pesa! Finalmente aprobé.

Quién me iba a decir entonces que poco más de un año después, a partir de enero de 1969, cuando su marido había sido elegido

gobernador de su estado natal, habría de trabajar con ella en un proyecto de integración social del estado de Oaxaca auspiciado por el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio. Renuncié entonces, tras dos años de labores, a la plaza que ocupaba en el Museo Nacional del Virreinato en Tepotzotlán y quedé adscrito al equipo que Gloria integró para elaborar un método de enseñanza del español a hablantes de lenguas indígenas de aquella entidad federativa, caracterizada por su multilingüismo. Por las mañanas asistía a El Colegio, ubicado entonces en la calle de Guanajuato 125 de la colonia Roma, y por las tardes cursaba mi carrera de Lengua y Literatura Españolas en Ciudad Universitaria.

Cuando Yolanda y yo nos casamos, yo era, pues, un estudiante de tercero de facultad que trabajaba por las mañanas en una institución prestigiosa en calidad de *picapedrero,* como el doctor Juan M. Lope Blanch definía a los ayudantes de investigación. Y Yolanda, que había estudiado un par de años en la Escuela Nacional de Antropología y estaba por iniciar una carrera en la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM, trabajaba en la empresa de servicios lingüísticos que dirigía su madre, Italia Morayta.

Para enfrentar los gastos que sobrevinieron con nuestro matrimonio, le pedí a Gloria, en un desplante propio de mi extrema juventud, que me doblara el salario. Para mi sorpresa y satisfacción, aceptó mi solicitud sin poner ningún reparo. Pero unos días más tarde me hizo saber que la duplicación de mi sueldo implicaba también la duplicación de mi horario de trabajo. A partir de entonces, no sólo trabajé por las mañanas en El Colegio, sino también por las noches. Tras mis clases vespertinas en la Universidad, tenía que regresar a las ocho de la noche al Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, a esas horas desierto, y permanecer ahí hasta las doce, cuando, con frecuencia irregular y

amenazante, Gloria me llamaba por teléfono al cubículo para cerciorarse de que yo seguía ahí.

Aun así, apenas nos alcanzaba a Yolanda y a mí para cubrir los gastos indispensables. De manera que, a pesar de la carga normal entre mis responsabilidades laborales y mis estudios universitarios, me vi obligado a aceptar, como *freelancer,* otros trabajos, que desempeñaba los fines de semana o hurtándoles el tiempo a mis obligaciones institucionales durante las solitarias noches en El Colegio: una clase sabatina de literatura a un grupo de amigos, la revisión de una tesis ajena, la corrección de estilo de un libro. Fue el caso de poner en un español suficientemente legible las memorias de un general retirado que, como ya había plantado un árbol y había tenido un hijo... Por cierto, que esa corrección, que me ocupó varias tardes de domingo, nunca me la pagó el desmemoriado militar metido a escritor memorialista.

Mi hermano Benito, gerente de una compañía importadora de máquinas alemanas de contabilidad, había hecho una venta considerable de sus equipos a la Escuela Vocacional «Luis Enrique Erro» del Instituto Politécnico Nacional. Tras la operación, se había convertido en una especie de asesor de la maestra Guadalupe Bueno, directora del plantel. Su empresa también se dedicaba a la impresión de la papelería especial que alimentaba las máquinas, lo que obligaba al cliente a requerir sus servicios durante los años que se utilizara el equipo adquirido. La compañía contaba con un grupo de agentes que vendían esos productos y ofrecían los servicios correlativos. De Benito nació la idea, avalada con entusiasmo por la maestra Bueno, de instituir en la Vocacional una carrera técnica de

ventas para capacitar a jóvenes que laboraban como vendedores en su propia empresa o en otras organizaciones de diferentes giros: desde seguros, bienes inmobiliarios o productos farmacéuticos hasta planes vacacionales, retiros religiosos o suscripciones a revistas y enciclopedias. Como los alumnos trabajaban todo el día, las clases se llevaban a cabo muy temprano por la mañana, de siete a diez, y por la tarde-noche, de seis a nueve.

Cuando estaba próximo el nacimiento de mi hijo Gonzalo, Benito me ofreció una plaza de maestro en esa escuela vocacional, que se ubicaba en la calle de Revillagigedo, muy cerca del Salto del Agua y muy lejos de nuestra casita de Alfa y Omega. Yo estaba agobiado con mi doble turno de trabajo... ¡Pero acepté!

Como a El Colegio no tenía que entrar antes de las diez de la mañana, según los horarios tardíos de los investigadores, podría dar clases muy temprano, de siete a diez, aunque me hubiera desvelado la noche anterior y tuviera que salir un poco antes de cumplir el horario de mi clase; de la vocacional me iría volando a la calle de Guanajuato a trabajar hasta las dos; comería a toda velocidad en casa; asistiría de cuatro a siete a clase en la universidad (no podría tomar mi clase de siete, ni modo) y a las ocho estaría de vuelta en El Colegio hasta las doce. Era agotador, pero tenía veintidós años, estaba a punto de convertirme en padre y abrigaba una esperanza liberadora: tan pronto me pagaran mis clases en el Politécnico, renunciaría al horario nocturno que me había impuesto Gloria y podría dedicarme con más holgura a lo que más me interesaba en la vida: la literatura. Lástima que la burocracia camine tan despacio.

Los cursos que impartí en la vocacional tenían nombres rimbombantes —Técnicas de la Comunicación Oral y Escrita y Práctica de la Disertación—, que no tenían otro propósito que enseñar a los alumnos a hablar, leer y escribir digamos que con

elemental claridad y corrección. Todos mis alumnos, sin excepción, eran varones mayores que yo y vestían más formalmente, de traje y corbata, pero operaban a mi favor varias condiciones: había hecho teatro en la preparatoria y aun en la universidad, y por ello mismo había aprendido a superar las inhibiciones que el público nunca ha dejado de imponerme; tenía una auténtica pasión por la literatura y estaba enamorado de mi carrera, de manera que la enseñanza no era otra cosa que prolongar, al compartirlo, el portentoso placer de la lectura y el estudio. Disfrutaba mis clases, desde su preparación hasta su ejercicio. Utilizaba el programa como un mero guion, casi un pretexto, para hablar de literatura, para contagiarles a los alumnos el gusto por la poesía, por la lectura, por la imaginación. Si ellos eran vendedores de seguros, de bienes raíces o de joyas..., yo les «vendía» la seguridad y la tenencia de la lectura: sus riquezas, sus tesoros. Algunos los compraron al contado; otros, a plazos. Otros no los compraron.

Para poner en práctica sus aspiraciones de excelencia académica, la maestra Bueno había conseguido los apoyos necesarios para que cada curso estuviera a cargo de dos profesores, que simultáneamente impartían la misma asignatura. Uno era primerizo y otro experimentado, de manera que el primero fungía como ayudante del segundo y el segundo como tutor del primero, en beneficio de ambos y de los alumnos. Yo tuve la enorme fortuna de compartir la tarima con el maestro Isidoro Enríquez Calleja, procedente del exilio español republicano.

Así eran, pues, mis días hábiles en ese tiempo. Los empezaba muy temprano pasando por el maestro Enríquez Calleja, que vivía muy cerca de mi casa, para ir a dar nuestras clases en el Poli. De ahí me iba a trabajar a El Colegio de México hasta las dos de la tarde. Llegaba a comer rápidamente a casa antes de irme a Ciudad

Universitaria para seguir tomando tres de las cuatro clases que debería cursar. Y después volvía a El Colegio, de donde no salía hasta media noche. Así que antes de despedirme de Yolanda en la mañana, le preguntaba qué iba a necesitar de la «despensa itinerante» para sacarlo de la cajuela del coche y no llevarme la comida de paseo por toda la ciudad.

El Opel rojo pernoctaba en la calle. Las dos cocheras del edificio eran para los dueños una, y para los inquilinos del departamento frontal la otra. No contábamos con cochera, pues, pero tampoco con reloj. Parece increíble, pero ni Yolanda ni yo teníamos reloj de pulsera, y menos reloj despertador. Ni reloj, ni radio, ni televisión, ni teléfono. Durante la noche, no había manera de saber la hora. Fui desarrollando entonces una conciencia del paso del tiempo que me hacía saber con bastante exactitud qué hora era mientras dormía, pero como debía madrugar para llegar puntualmente a mi clase de siete, hubo veces, sobre todo en invierno, cuando amanece más tarde, que me veía obligado a salir a la calle en pijama, subirme al coche, prender el radio, sintonizar la estación de «La hora exacta», oír los anuncios de Marcos Carrasco que rectifica su motor en ocho horas, los chocolates Larín, ricos de principio a fin..., hasta escuchar la hora exacta, la hora del Observatorio, la hora de Haste, la hora de México. Unas veces, ya no me daba tiempo de volver a la cama («son las cinco y veintidós»); otras, en cambio, podía disfrutar de un par de horas más de descanso («son las dos cuarenta y siete»), aunque siempre amenazadas por el riesgo de quedarme dormido, lo que irónicamente me quitaba el sueño.

Con la cuna de Gonzalo en la habitación, no teníamos fácil acceso al clóset de la recámara, de manera que debíamos sacar lo necesario antes de que él se durmiera. Bueno, un poco así era todo. Si necesitábamos sacar un libro de la parte baja de la estantería, había que mover la banca; si queríamos oír música, había que desocupar la superficie del escritorio para poner ahí el tocadiscos portátil (que no recuerdo en qué lugar de la casa vivía, quizá debajo de la cama); si era la hora de la comida, había que sacar a la estancia el botellón del agua y la licuadora, que ocupaban la barra de la cocina. Cuando Gonzalo empezó a gatear, nos vimos obligados a sacar al jardín los muebles de la sala para dejarle dos o tres metros cuadrados libres en los que pudiera estrenar sus escuetos itinerarios.

Había decidido renunciar al aumento salarial de Gloria con tal de no regresar todas las noches a ese desierto de El Colegio, pero no lo podía hacer porque el cheque del Politécnico no salía. Los trámites para darse de alta en la institución se prolongaron muchísimo tiempo y tuve que mantener este horario agotador que puso en riesgo la conclusión de mi licenciatura, entonces de cinco años, porque no podía prescindir del doble cheque de El Colegio.

Después de muchos meses de llevar esa intensa vida laboral, se emitió por fin mi cheque del Politécnico. Hice entonces dos cosas. La primera, renunciar a la mitad de mi sueldo en el proyecto de Gloria. La segunda, comprarme un reloj.

A finales de 1970, el recién elegido presidente Luis Echeverría designó al ingeniero Bravo Ahuja secretario de Educación Pública. Un par de años después, Gloria Bravo acometió la ingente tarea de reformar los libros de texto gratuitos y me invitó a sumarme al grupo

de trabajo del área de Español. Por primera vez en la historia educativa del país, a la lengua común se le llamó así: «español». Desde la época en que Justo Sierra fue ministro de Instrucción Pública en el régimen de Porfirio Díaz, se le había denominado «lengua nacional». Término ambivalente: por un lado, implicaba que el español era la lengua no sólo de la Conquista, sino también de la Independencia, pues gracias a su expansión como *lingua franca* en el vasto territorio de la flamante república permitió nuestra configuración *nacional;* por otro, eludía su nombre —«español»— en aras de un recalcitrante nacionalismo que se empeñaba en desvalorizar —paradójicamente en lengua española— la parte hispánica de su identidad. Cuando me adscribieron al equipo que elaboraría los libros de texto, dejé la Escuela Luis Enrique Erro y pude concluir mis estudios de licenciatura.

Llegó el momento, cuando Gonzalo empezó a caminar, en que tuvimos que mudarnos de casa.

Pero el recuerdo persiste, marcado por la dirección de la casa: Alfa 87, esquina con Omega, en la colonia Romero de Terreros, en Coyoacán. Alfa y Omega. El *Omphalos* del universo.

Primera paternidad

Cuando recibimos la bienaventuranza de la llegada al mundo de Gonzalo, nuestro primer hijo, la casa se llenó de alegría, pero también se redujo aún más. ¡Y no se diga el presupuesto! El equipaje de la criatura ocupó hasta el último centímetro cuadrado del espacio disponible.

Desde que supimos que estaba embarazada, Yolanda y yo nos preparamos de la mejor forma que pudimos a nuestra joven edad para asumir una paternidad precoz. De acuerdo con los tiempos que corrían (el principio de los años setenta del siglo pasado), quisimos que nuestro hijo naciera de la manera más natural posible. Juntos tomamos cursos de psicoprofilaxis obstétrica. Ella hacía con toda disciplina y regularidad los ejercicios prescritos y yo, para acompañarla, no sólo supe de contracciones, sino hasta aprendí a pujar y contraer el periné.

Habíamos acordado que yo también estaría presente en el parto. Al llegar la hora, esperada con miedo y con fervor, la realidad nos impuso un escenario absolutamente distinto al que habíamos imaginado. A las primeras contracciones, nos fuimos de inmediato al hospital Dalinde en el Opel rojo. Yo trataba de esquivar cada bache y de pasar los topes con la mayor delicadeza para no perturbarla, pero al mismo tiempo con la mayor rapidez posible para llegar a tiempo al sanatorio. Tan pronto entramos, a Yolanda se le reventó la fuente y de inmediato la internaron en un cubículo acotado por cortinas de un verde aséptico y horroroso en el que inició su trabajo de parto. Tras

mucha insistencia de mi parte, por fin me dejaron pasar a mí también para acompañarla. El doctor De la Fuente («De la fuente rota», acabé por apodarlo yo) no se presentó hasta mucho tiempo después, con displicencia burocrática.

Yolanda tuvo un trabajo de parto muy dilatado, de más de doce horas, y nada de que el niño naciera. Finalmente, para nuestra frustración, fue necesario practicar una cesárea. Si había habido reticencias para que yo pudiera estar presente en la sala preparatoria, con mayor razón las hubo por parte del ginecólogo para que yo asistiera a un parto que nada tenía que ver con el que Yolanda y yo habíamos vislumbrado. ¿Tendría yo la entereza para presenciar cómo le metían un cuchillo en el vientre a mi mujer para extraer «el producto», como el doctor De la Fuente le llamaba al hijo que estaba por nacer? Yo no podía dejar a Yolanda sola en ese trance. Durante todo su embarazo habíamos imaginado que en ese momento estaríamos juntos. Después de insistirle hasta el ruego que me permitiera estar presente en el quirófano, el doctor me dio su autorización a regañadientes. Me tuve que disfrazar de médico: cubrebocas, gorro y bata profilácticos y hasta guantes de cirujano con los que le di la mano a Yolanda, que sabía que no la dejaría sola en ese trance. Le habían aplicado una anestesia raquídea y epidural que le permitía estar consciente durante el proceso. Vi, no sin sobresalto, el momento en que el bisturí del médico abrió el vientre de Yolanda. Y con indescriptible emoción, cómo unos minutos después, de esa entraña salía un niño con el cuerpo cubierto de sangre y el cordón umbilical todavía unido a la cavidad de su aposento, como el hilo que sujeta al papalote que quiere volar por su cuenta. Oí su primer vagido. Y vi sus ojos, que se abrieron. Creí que me miraba. Más que eso, que esa mirada me retaba y al mismo tiempo se comunicaba profundamente conmigo. O yo con él. Sentí

que era igual a mí, que de alguna forma milagrosa era yo mismo, reeditado, cosa que muy pronto desmintió su fisonomía, más parecida a la de su madre. Fue tal la identificación que me unió a él en ese instante, que supe que se debería llamar Gonzalo. Habíamos determinado que se llamaría Alonso. No queríamos que llevara mi mismo nombre, pero no pudo ser de otra manera. No es que se llamara Gonzalo; es que era Gonzalo.

Tercer acto

Pánico escénico

Desde que leí por primera vez a Alejo Carpentier en 1967, fue creciendo mi admiración y mi interés por la literatura cubana. Quizá por mis antecedentes familiares (mi abuela materna había nacido en La Habana cuando Cuba todavía era provincia del Imperio español; mi madre, aunque nacida en Las Palmas de Gran Canaria, vivió su niñez y su primera juventud en la mayor de las Antillas, donde mi padre fue destacado como diplomático y la conoció, se casó con ella y engendró a los tres mayores de mis hermanos); quizá por el entusiasmo que la Revolución cubana había suscitado en mi generación o por la portentosa riqueza del arte y la literatura de ese país; quizá por la emergencia plutónica (diría Lezama Lima) de una narrativa neobarroca, particularmente fecunda en la isla, que mucho tenía que ver con mi paso por el Museo Nacional del Virreinato, donde me adentré en el arte del barroco... Haya sido como haya sido, me aboqué desde temprano al estudio de la literatura cubana, lo que con los años habría de redundar en los cursos que impartí como profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, entre los cuales el más convocante tenía por tema «La literatura cubana de adentro y de afuera». *Paradiso,* la magnificente novela de Lezama Lima, que se publicó en 1966 y fue saludada con entusiasmo contagioso por Julio Cortázar, me llevó a leer a los escritores de su generación, entre ellos a Virgilio Piñera, poeta, cuentista y dramaturgo. Cuando

leí su obra teatral *Dos viejos pánicos* no pude refrenar, apenas pasada la lectura de las primeras escenas, el deseo de llevarla al teatro y de representar al personaje masculino.

Además de su referencialidad al dios Pan, el adjetivo *pánico* calificaba un teatro, como el de Fernando Arrabal y el de Alejandro Jodorowsky, que le dieron la vuelta al surrealismo, aun cuando partieran de él en su espíritu iconoclasta, para exaltar el terror, el humor, la simultaneidad.

Afín a esta corriente, la obra de Piñera exalta el miedo, el horror, el espanto. Se trata de un matrimonio de ancianos aterrorizados por el miedo. Su soledad se ve atrozmente acompañada por ellos mismos en una convivencia tan agresiva como interdependiente: se aman y se detestan al mismo tiempo; se necesitan y no aceptan ser valetudinarios; se amenazan y también se abrazan. La obra se desarrolla a lo largo de sólo una noche de agravios, de arrepentimientos, de llantos sinceros y risas sarcásticas y, sobre todo, de miedo. De miedo lo mismo a la vida que viven que a la muerte que esperan.

Invité a María Elena Velasco, que había sido actriz de los elencos formados por Héctor Azar, a que hiciera el papel de Tota; yo mismo haría el de Tabo, que así se llamaban los dos únicos antagonistas del drama.

Como había sucedido con *El loco,* no contaba con más apoyo que el de mi enorme entusiasmo y el de mis amigos.

Transcurría el año de 1971. Yolanda y yo, con nuestro hijo, ya nos habíamos mudado de la diminuta casa de Alfa y Omega a un departamento más amplio en la colonia Sinatel, en la que había vivido de soltero. Ahí ensayamos. Reuní a varios de mis amigos que habían participado en la puesta de *El loco,* como Gus y Busi, y a otro, que había descubierto recientemente y con quien tuve desde el

principio hondas afinidades, Héctor Ramírez Williams, que fungió como asistente de dirección porque, al representar yo al personaje masculino, no tenía la posibilidad de verme a mí mismo en el escenario.

Como el único lugar disponible para ensayar era nuestro departamento de la Sinatel, Yolanda, con su característica solidaridad, estuvo dispuesta a irse a vivir con nuestro hijo a la casa de su madre para que yo pudiera ensayar a mis anchas esas noches de 1971.

Ya adelantados los ensayos, le pedí a Gloria Bravo Ahuja que me consiguiera un lugar para representar la obra y un patrocinio elemental.

Héctor Azar, el gran dramaturgo y director de escena del teatro universitario, se había vuelto muy cercano al ingeniero Bravo Ahuja, secretario de Educación Pública, y a su esposa. Desde que era gobernador del Estado de Oaxaca, el ingeniero le solicitaba ayuda para escribir sus discursos e incluso para ensayar su pronunciación. Por su parte, Gloria había apoyado desde entonces al director escénico para montar en varios espacios arquitectónicos de Oaxaca algunas obras que modernizaron el teatro de aquella ciudad. Recuerdo haber visto en algún claustro colonial, creo que el de Santo Domingo, dos obras del mayor exponente del llamado teatro del absurdo, Eugène Ionesco: *La cantante calva* y *Las sillas.* Pero yo lo conocía de antes. Había visto sus grandes obras *Inmaculada* y la *Higiene de los placeres y de los dolores,* en el teatro Arcos Caracol, si mal no recuerdo, de la avenida Chapultepec, y también una adaptación moderna, con un sentido paródico casi telenovelesco, de *Herman o La vuelta del cruzado* del dramaturgo zacatecano Fernando Calderón, en el Foro Isabelino, ese espacio construido como El Eco, Museo Experimental y de Vanguardia, por nadie menos

que Mathias Goeritz, convertido después en un cabaret y más tarde en el Foro Isabelino que animó Héctor Azar.

El caso es que Gloria Bravo me remitió con Azar para que fuera él quien dictaminara si ella debería apoyar mi solicitud. Así que una tarde mis compañeros y yo nos desplazamos al Foro Isabelino, donde nos citó, para representar un par de escenas ante el maestro en busca de su voto favorable. Yo estaba nervioso, pero muy convencido de la calidad del trabajo que habíamos venido haciendo durante largos meses de ensayo. Después de nuestra breve actuación, Azar me sometió a un interrogatorio, delante del grupo y de Gloria. Yo respondí con toda la seguridad que me daban mi arrogante juventud y la confianza en mi propuesta, pero él no me dio su veredicto. Se lo reservó para decírselo a Gloria. Ella, al día siguiente, me dijo entre azorada y satisfecha, que cómo le había respondido tan enfáticamente a los cuestionamientos del maestro y había mantenido mi punto de vista como si fuéramos iguales. Me preocupé, pero al fin me dio su aprobación para que la obra se montara en algún espacio de la ciudad de Oaxaca. Ahí fuimos todos, como cómicos de la legua: Gus, que tocaba el piano y que había elegido algunas piezas de Prokófiev para acompañar determinadas escenas; su mujer, Busi Cortés, que ayudaba en la producción; Héctor Ramírez, Yolanda y yo. Entre todas las posibilidades, elegimos el campanario del exconvento de Los Siete Príncipes para representar la obra. Yo había seguido en mi dirección algunas pautas propias del teatro pobre de Grotowski. No había más escenografía que un par de camas para los dos viejos pánicos. Buena parte de la música procedía de nosotros mismos como actores. Yo tocaba con una cuchara de peltre una bacinica, por ejemplo, y las luces predominantes eran las provenientes de sendas linternas que utilizábamos Tota y yo y cuya luz simbolizaba el miedo, en

contravención a la idea común de que el miedo se asocia con la oscuridad. Ya estábamos en escena, actuando, cuando el público entraba a la «sala», y ahí nos quedábamos cuando la obra ya había concluido. Así, evitábamos el aplauso, que desahoga las sensaciones de lo que se ha visto, y obligábamos al público a retirarse sin esa catarsis. Era como si se hubieran asomado, como voyeristas, a la recámara de estos seres atroces, que se refocilaban en su propia y recíproca destrucción.

La de Oaxaca fue una experiencia maravillosa, pero nos quedamos con la oquedad que significó que sólo hubiéramos dado un par de funciones después de meses de trabajo, de ensayo, de comprensión de la obra y de perfeccionamiento de la puesta en escena.

Meses después, Héctor Azar me llamó por teléfono. Me dijo que estaba organizando un gran festival de teatro hispanoamericano. Que vendrían a México grupos de teatro de diversos países del continente. Que le gustaría que yo participara con *Dos viejos pánicos,* como representante de la dramaturgia cubana. Me entusiasmó mucho la idea. Reuní a mi grupo. Reactivamos nuestra escenificación y estuvimos listos para participar en el festival, que se llevó a cabo en el Arcos Caracol, donde yo había visto representar muchas obras del teatro universitario, entre ellas, las del propio Azar. Eso fue maravilloso. Tuvimos teatro lleno durante una buena temporada y pudimos invitar a mucha gente que, por obvias razones, no había ido a Oaxaca.

Como la obra dramática era cubana, aunque la puesta en escena fuera mexicana, el público fue muy nutrido, pues Cuba entonces seguía atrayendo la asistencia de muchos, muchísimos simpatizantes de la Revolución cubana, que veían en esa gesta la esperanza de América Latina. Yo siempre había pensado que la obra trataba del drama de muchos matrimonios viejos que no habían asumido su

decrepitud y cuya convivencia los había vuelto agresivos y temerosos, pero Carmen Montejo, exiliada cubana en México, me dio una interpretación totalmente distinta. Cuando la gran actriz asistió al estreno, me hizo ver que esa obra representaba el miedo paralizante, no de dos personas, sino de toda una colectividad, como conviene al término *pánico* que suele considerarse como contagioso y colectivo, que prevalecía en la isla bajo el régimen comunista.

Con el tiempo, profundicé en la obra de Piñera, en la circunstancia difícil que vivió en la isla, en la persecución que sufrió, sobre todo por su homosexualidad, después de que explotó el famoso «caso Padilla». Leí los terribles y reivindicatorios textos de Guillermo Cabrera Infante sobre él y sobre Lezama Lima, sobre todo el que se titula paronomásticamente «Vidas paraleerlas», en el que da cuenta de la marginalidad y la persecución de que fueron objeto, y aun del encarcelamiento que padeció Piñera, un hombre valiente, ¡tan valiente, que se atrevió a confesar en público que tenía miedo cuando la nomenclatura cubana marcó los derroteros y los límites de la expresión artística en la Cuba revolucionaria!

Mi fervor revolucionario de aquellos tiempos juveniles me había impedido ver que el pánico no se limitaba a una pareja de ancianos, sino que hacía referencia a la totalidad, simbolizada por el nombre que el dios Pan le impuso a esta corriente teatral.

Fenomenología de los puentes

Llegó el día en que la celosa vocación literaria domesticó al *zoon theatryon* que rugía en mi corazón. Dejé de hacer teatro. O por mejor decir, esa otra vocación encontró otros derroteros: la literatura dramática, la docencia y hasta el cabaret.

El 12 de febrero de 1984 murió Julio Cortázar. Iba yo en mi coche por el Periférico, siguiendo a Yolanda, que desde el suyo me hizo señas de que nos saliéramos por la lateral. Prendió las luces intermitentes, se estacionó, se bajó del coche y me dio la triste noticia, que acababa de oír por la radio. ¡Me desmoroné!

(Abro un paréntesis necesario para decir que después de que Yolanda y yo nos separamos en 1976, tras varios años de zozobra nos reencontramos muchas veces en el camino de la vida. Ya no volvimos a vivir juntos de manera cotidiana y permanente bajo el mismo techo, pero asumimos una condición de pareja durante largas —a veces larguísimas— temporadas, que se reiteraron intermitentemente en el transcurso de cuatro décadas. Fue tan largo ese reencuentro espasmódico que quizá lo que debería de ir entre paréntesis es todo lo demás.)

El 3 de marzo del año anterior, 1983, había recibido a Julio Cortázar en el auditorio Justo Sierra de la Facultad de Filosofía y Letras para presentarlo ante un público multitudinario y eufórico, que ovacionó al Cronopio mayor nada más verlo entrar a la sala. Al terminar el acto, lo invité a cenar o tomar una copa. No aceptó mi invitación. Me dijo que estaba muy enfermo. No habían pasado ni once meses de aquel encuentro cuando murió. Yo me sentí desolado, huérfano. Participé en los múltiples homenajes que se le rindieron en diferentes foros, publiqué algunos artículos en los suplementos culturales de México, dicté varias conferencias sobre su obra, dediqué cursos enteros a su cuentística y respondí a no sé cuántas entrevistas. Lo seguiría haciendo durante muchos años... hasta hace poco, cuando se cumplieron los sesenta años de la publicación de *Rayuela:* impartí un curso —al parecer, el último de mi vida— sobre sus cuentos en la Fundación para las Letras Mexicanas y participé en un coloquio organizado por la UNAM, en el

que mi amigo Eduardo Casar y yo sostuvimos un diálogo —«Diálogo entre Cronopios» lo bautizaron los organizadores.

Pero la más entusiasta tarea que acometí ese año del 84 fue la de montar una obra de mi admirado escritor, y no, por cierto, alguno de los juegos dramáticos de la primera etapa de su producción. Tenía otra idea en la cabeza y se la planteé al escenógrafo Antonio López Mancera, que ejercía un alto cargo en la administración del Instituto Nacional de Bellas Artes y tenía autoridad en el teatro mexicano. Me recibió en la cafetería del Palacio y le propuse llevar al Festival Internacional Cervantino, que estaba bajo su égida, un homenaje escénico al escritor argentino recién fallecido. Le gustó mi sugerencia. Le ofrecí adaptar al teatro el capítulo 41 de *Rayuela,* aquel en el que Oliveira desde su departamento, y Traveler y Talita, desde el suyo, que se localizan uno frente a otro, calle de por medio y a tres pisos de altura, construyen con sendos tablones un puente para que Talita pueda llevarle a Oliveira un paquete de mate. Es un capítulo de suyo muy teatral, en el que se suscita una escena propia del teatro del absurdo. La construcción de ese puente, con todas sus dificultades y los peligros que conlleva, es absolutamente innecesaria; bastaría, para lograr el cometido de pasar el mate de un departamento a otro, con que alguno de los personajes bajara tres pisos, cruzara la calle y subiera de regreso los tres pisos que había bajado. Pero ahí, en lo inútil, reside el espíritu lúdico y subversivo que caracteriza la obra entera de Cortázar.

Hice la adaptación. Le gustó mucho (al menos eso dijo) al maestro López Mancera, incluso me pagaron muy bien mi trabajo... ¡Pero nunca se representó!

Ahora lo entiendo. Mi imaginación, liberada por la propia lectura de Cortázar, tan ajena y aun opuesta al pragmatismo, me llevó a proponer escenas imposibles. Se trataba de empezar con un desfile

de carros alegóricos que recorrería el túnel de la ciudad de Guanajuato. El público vería pasar la caravana desde las orillas del túnel. Cada carro representaría una imagen recurrente y significativa de la obra cortazariana: un grupo de cronopios bailando tregua y catala delante de famas malhumorados; un grupo de jazz interpretando piezas de Cole Porter y Charlie Parker; unos boxeadores peleando en un ring; la proyección, ante unas butacas vacías, de una película de Glenda Jackson o la ejecución de un concierto de piano de Berthe Trepat; un grupo de hombres y mujeres maduros (algunos ancianos), vestidos de riguroso luto, rodeando, muertos de risa, un ataúd abierto con el cadáver visible, etc.

La obra de teatro propiamente dicha se desarrollaría en la plaza de La Alhóndiga, donde dos torres simétricas, construidas con andamios metálicos, representarían los dos edificios de los departamentos de Traveler y Talita, uno, y de Oliveira y Gekrepten, otro.

Entiendo que no se haya montado la obra, pero yo me quedé muy frustrado, con un libreto inútil guardado en mi archivo, cuya única razón de ser, muy a mi pesar, ha sido, después de cuarenta años de haber sido escrito, alimentar esta página memoriosa.

La Ibero

«¡Cámara!» A propósito de esta expresión, el *Diccionario de mexicanismos. Propios y compartidos* de la Academia Mexicana de la Lengua, dice, en su segunda acepción, que se usa coloquialmente «para indicar sorpresa». Estaba en boga en los años setenta, cuando empecé a dar clases en la Universidad Iberoamericana. Era una expresión de asombro con la que se respondía a algo insólito y valeroso, «digno (acaso de ahí su origen) de ser filmado, televisado, retenido, registrado»; también se podía aplicar a un acto negativo o reprobable.

«¡Cámara!» Era la expresión favorita de una alumna mía —Camelia—, con la que refrendaba su asombro, su entusiasmo, su aquiescencia —o su disgusto— ante lo que el mundo y su circunstancia le deparaban día con día.

La doctora Paciencia Ontañón había sido mi maestra de un curso general para alumnos de primer ingreso que ostentaba el ambicioso nombre de Historia de la Cultura Hispánica. Una introducción necesaria, imprescindible más bien, para un alumnado que se iba a pasar los años siguientes estudiando las manifestaciones literarias de la lengua española a través de los siglos y en ambos mundos, el europeo y el americano. Era el tablero en el que tendríamos que colocar las piezas del juego que moveríamos a lo largo de los años.

El vasto programa, que se desarrollaba en dos semestres, iba de la prehistoria de las cuevas de Altamira y la Dama de Elche a la Generación del 27 y la Guerra Civil española, y de las culturas precolombinas y la conquista de América a la poesía modernista de Rubén Darío y el muralismo mexicano. Recuerdo con devoción este curso porque, andando un poco el tiempo, la maestra Ontañón me invitó a impartirlo, aun antes de que obtuviera mi título profesional, en la carrera de Letras que ella dirigía en la Universidad Iberoamericana. Acepté su propuesta y durante dos años y medio —entre 1971 y 1974— impartí esa descomunal asignatura en la universidad jesuita.

Cuando Yolanda y yo dejamos la emblemática casita de las calles de Alfa y Omega, rentamos un departamento más espacioso. Con un eclecticismo tan involuntario como escandaloso, instalamos ahí el comedor californiano que Yolanda heredó de su abuela materna; unas mecedoras vienesas que me encontré en venta en la plaza de las Fuentes del Pedregal de San Ángel, al lado de la maravillosa serpiente de Mathias Goeritz; unos silloncitos rococó que nos prestó nuestro amigo Enrique Ames, unas pesadas sillas labradas en madera clara con motivos de flores y de pájaros que Yolanda y yo compramos en Quiroga, Michoacán. En la pared más larga montamos una colección de cuadros —de Francisco Toledo, Leonel Góngora, Rodolfo Nieto, Francisco Corzas—, procedentes de una galería de pintura de la Zona Rosa que se declaró en quiebra. La atendía mi hermana Rosa, quien nos pidió de favor que alojáramos varias obras en nuestro departamento por un tiempo, que se prolongó por un par de años. Ecléctico, sí, pero muy bonito, cálido, amoroso, dorado por un crepúsculo sin horarios. Una de sus ventajas, para mí, era que me quedaba a tiro de piedra de la Universidad Iberoamericana, ubicada entonces en la colonia

Campestre Churubusco, en un edificio que habría de devastar años después el terremoto de 1979. Era una ventaja, sí, porque entonces empezaba a dar clases en la Ibero, a la que podía ir a pie, cuando no llovía, con el único riesgo de cruzar Río Churubusco, convertido también, como todos los afluentes fluviales de nuestra ciudad, en un viaducto de alta velocidad, aunque por fortuna flanqueado por sus originales árboles centenarios.

No puedo hablar de mi experiencia profesoral en la Universidad Iberoamericana sin recordar el antecedente de mi paso por una escuela privada confesional cuando estudié la preparatoria en el CUM; tampoco, sin una visión retrospectiva desde mi labor docente en la UNAM, donde muy poco tiempo después, una vez titulado en 1974, impartiría la misma materia de Historia de la Cultura en sustitución, precisamente, de la doctora Ontañón.

Trabajar en una institución privada y confesional, como la Ibero, tras haber cursado mi carrera en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM fue como una vuelta a mi preparatoria, significada, sobre todo, por la homogeneidad de su alumnado. Con muy pocas excepciones, homogeneidad de credo, de clase social, de nacionalidad, de indumentaria, de posición económica, de tradición familiar... La diferencia más notable, para mí, fue que en el CUM sólo estudiaban varones, mientras que en la Ibero (al menos en la carrera de Letras) predominaban las mujeres, igual que en la Facultad de Filosofía. Durante mis estudios universitarios había tenido, por fortuna, muchas profesoras y muchas compañeras, pero hasta que llegué a la Ibero nunca había tenido alumnas. Alumnas jóvenes, por lo general muy bellas, inteligentes, avispadas. Con sus minifaldas limítrofes, sus blusas ombligueras, sus miradas y sus sonrisas dignas de anuncios publicitarios espectaculares, no puedo

negar que algunas me perturbaban, aunque estuviera precozmente casado y a punto de ser padre de mi segundo hijo.

Me topé, pues, con un alumnado muy similar, salvo por la mayoritaria presencia femenina, a aquel al que yo pertenecí durante mi educación preuniversitaria, caracterizado por la rigidez de su estratificación social, por su conservadurismo y por una religiosidad que no alcanzaba a mitigar, por la vía de la caridad cristiana, sus frecuentes actitudes clasistas y discriminatorias... En fin: los valores, los prejuicios, las frivolidades que yo había vivido —y padecido— en el CUM y de los que me liberaron la UNAM y el movimiento estudiantil de 1968. Pero también había que valorar en ese alumnado muchas cualidades ventajosas: la amplitud de su educación extraescolar, las estancias en el extranjero, los idiomas aprendidos y, sobre todo, el privilegio, envidiabilísimo para mí, de ser estudiantes universitarios de tiempo completo. Al menos en teoría.

El antídoto que utilicé contra la tentación y la frivolidad fue el rigor académico. Preparaba mis clases con seriedad y las exponía de la mejor manera posible. Creo que nunca en mi vida he leído ni estudiado tanto como estudié y leí para dar esas clases en la Universidad Iberoamericana.

Emulando a mi hermano Miguel, a quien acompañaba desde que yo tenía ocho o nueve años a los recorridos que hacía con sus estudiantes por los monumentos coloniales de México, ciertos fines de semana convocaba a mis alumnos de la Ibero a visitar algunas localidades importantes del periodo virreinal, que mucho venían a cuento en el temario de mi curso: el propio centro histórico de la Ciudad de México —sobre todo su Catedral—, los exconventos de Acolman, Malinalco, Huejotzingo, la Capilla Real de Cholula, la iglesia dominica del Rosario en la capital poblana y los templos

circunvecinos de Santa María Tonantzintla y San Francisco Acatepec...

Recuerdo la primera excursión que organicé un sábado. Nos habíamos citado muy temprano en el estacionamiento de la Universidad para trasladarnos en tres o cuatro coches —el mío y los de algunos alumnos— a Puebla. Camelia no estaba segura de que su madre la dejara ir con el grupo a esa excursión, que desde luego no implicaba pernoctar fuera de la ciudad. Las «prácticas de campo» las limitaba a la Ciudad de México o sus alrededores. La madre acudió con su hija a la cita tempranera. Camelia me presentó con ella. La madre no me saludó. Me miró de arriba abajo. Hizo una valoración de mi persona, basada en mi juvenil edad y en mi aspecto —pelo largo, barba de candado, pantalones acampanados—, y, delante de todos los compañeros ahí reunidos, le espetó a su hija:

—¡¿Dices que este es el profesor?! ¡Qué profesor ni qué profesor! ¡Con este, no vas a ningún lado! —Y se la llevó jalada de un brazo, para vergüenza y humillación de la muchacha, que sólo pudo proferir, entre dientes: «¡Cámara!».

En la Ibero, no tuve ningún alumno mediocre. Ninguno. Algunos de ellos, sobre todo del sexo femenino, no tenían vocación literaria; estaban ahí para transitar de la mejor manera posible por la primera juventud, pero aun así cumplían satisfactoriamente con sus tareas escolares. Sin embargo, muchos de los más notables acabaron, en cierta medida por mi proselitismo, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde, una vez titulado, empecé a dar clases. Pienso en Pancho Hinojosa, uno de los mejores escritores de literatura infantil mexicana de los últimos tiempos; pienso en Ana Castaño, eminente filóloga universitaria. Ambos no sólo fueron mis alumnos en la facultad, sino que se volvieron mis colaboradores, con otros estudiantes de la Ibero, como Julia Zapata, en el Instituto de

Investigación e Integración Social del Estado de Oaxaca al que dio origen el proyecto de Gloria Bravo Ahuja en El Colegio de México. En la facultad en cambio, tuve alumnos de muy diferentes niveles en un mismo grupo: desde estudiantes brillantísimos, talentosos, «leídos y escribidos», apasionados por la literatura, propositivos, desafiantes..., hasta estudiantes famélicos, desprovistos de educación extraescolar, de motivación, de bagaje cultural. O de vocación. Algunos de ellos procedían del llamado «pase automático», es decir que habían pasado de la preparatoria a los estudios superiores sin examen de admisión intermedio o habían sido rechazados en las escuelas o facultades de mayor demanda —Medicina o Ingeniería— y habían optado por estudiar la carrera de Letras, como si fuera un divertimento, para la que no se requería ningún esfuerzo: «cosa de coser y cantar».

Una diferencia significativa entre la Ibero y la UNAM reside en la planta docente. En la Universidad Iberoamericana yo acabé impartiendo, en el transcurso de cinco semestres, cuatro asignaturas: Historia de la Cultura Hispánica, para la que inicialmente fui convocado; Literatura Hispanoamericana, Literatura Mexicana y Literatura Española de los Siglos de Oro. En la UNAM, en cambio, había por lo menos cuatro maestros —y en ocasiones más de ocho— que daban las mismas materias que yo impartía. Entiendo la comprensible diferencia entre la planta académica de una universidad privada y de una universidad pública. Por más altos que sean los montos de las colegiaturas, las universidades privadas no pueden mantener una numerosa planta profesoral para un exiguo número de estudiantes, como los que se encaminan por la literatura. La Máxima Casa de Estudios del país, en cambio, puede contar con una proporción entre alumnos y maestros muy lujosa. Cuando años después fui director de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM

supe que esa entidad académica, que entonces contaba con alrededor de siete mil alumnos, tenía una planta profesoral de más de mil maestros. No es que la facultad tuviera en su nómina a mil maestros, sino que los institutos de investigación del área de Humanidades de la UNAM complementan la labor de los profesores de la facultad, muy numerosos de por sí, pues tienen la obligación estatutaria de ejercer la docencia, de la misma manera que los profesores tienen la obligación estatutaria de realizar trabajos de investigación. Así las cosas, en la Facultad de Filosofía y Letras, en la que se cursan numerosas carreras —Filosofía, Letras Clásicas, Españolas, Inglesas, Francesas, Italianas, Alemanas, Portuguesas, Historia, Estudios Latinoamericanos, Pedagogía, Bibliotecología, Geografía, etcétera—, se imparten más asignaturas que en el resto de la Universidad en su conjunto, incluyendo, creo, las del Colegio de Ciencias y Humanidades y de la Escuela Nacional Preparatoria.

Después de un par de años de dar clase en la Ibero, un grupo de profesores, entre los que se encontraban Huberto Batis y Margarita Palacios, me instó a que yo participara en el proceso de elección de director de la carrera de Letras para sustituir a la doctora Ontañón, cuyo periodo llegaba a su fin.

Yo, que a todo le entraba dadas mis circunstancias económicas y familiares, asentí. La iniciativa prendió en la pequeña comunidad de esa carrera y quedé inscrito en una terna de candidatos, entre los cuales el rector elegiría al siguiente director. No recuerdo quiénes eran mis contendientes. Lo que no se me olvida es la tarde en que tuve que comparecer ante el jesuita que hacía las veces de rector y cuyo nombre ahora se me escapa.

Entré a su despacho. Me saludó de mano, no sin verme de pies a cabeza (como lo había hecho la mamá de Camelia aquella mañana

en el estacionamiento de la Ibero), antes de ofrecerme asiento delante de su escritorio.

Sólo me hizo una pregunta:

—¿Cuántos años tienes, hijo?

—Veinticinco —le dije—. Casi veintiséis.

Cómo era posible, me regañó, que no conociera los estatutos de la Universidad y que pretendiera dirigir una carrera. ¡Para ser director, se necesita un mínimo de treinta años de edad!

Sé que Camelia se enamoró de un prestigioso poeta norteño avecindado en la Ciudad de México. No sé nada más de esa relación, si es que tal cosa existió. Lo que sí sé es que mi querida alumna se colgó de la lámpara de la modesta habitación que alquiló para independizarse de su madre. ¡Cámara!

Segunda paternidad

A diferencia de Gonzalo, Diego nació por parto natural cuando Yolanda y yo estábamos seguros de que tendría que repetirse la cesárea. Fue un advenimiento distinto. Ya no vivíamos en la estrechez de la casita de Alfa y Omega, aunque muy pronto nos volvimos a mudar ahí después de nuestra estancia en la colonia Sinatel, pero para ocupar entonces uno de los espaciosos departamentos del frente del predio cuando lo dejaron sus inquilinos. Tampoco teníamos las precarias condiciones económicas que habíamos sufrido cuando nació Gonzalo. Yolanda podía trabajar en la oficina de servicios lingüísticos que dirigía su madre; yo seguía adscrito al Instituto de Investigación e Integración Social del Estado de Oaxaca, cuyas oficinas se encontraban en el exconvento del Carmen en San Ángel, y ganaba un mejor sueldo gracias a mi participación en la elaboración de los libros de texto gratuitos. Como ya me había titulado de licenciado en Lengua y Literatura Españolas, se me abría la posibilidad de incorporarme a la planta académica de la Facultad de Filosofía y Letras, como en efecto ocurrió meses después. Esa fue la torta que Diego traía bajo del brazo al nacer. Yo tenía un poco más de tiempo libre, no mucho, pero sí el suficiente para cantarle a Diego canciones de cuna mientras la vigilia luchaba con ventaja contra el sueño, «Duerme, negrito, que tu mama está en el campo...» y lo cargaba cotidianamente para enseñarle su entorno inmediato.

Su primera palabra fue «papá». ¿Habrá una mejor declaración de principios que esa, que anunció la persistencia de una relación paterno-filial que se ha prolongado y acrecido durante medio siglo a pesar de la distancia que nos ha impuesto su residencia en España desde hace más de veinte años?

III

Mi nombre

—Gonzalo, ¿cómo te decían de chico?, *¿Chalo?*

—No. Me decían *Chiquillo de mierda*.

—*¡¿Chiquillo de mierda?!*

—Sí. Los nombres de mis numerosos hermanos varones se le arrebujaban a mi padre en la cabeza. Si necesitaba algo, empezaba a llamarnos, generalmente en orden cronológico, que es como se le habían anclado en el mar de sus recuerdos: ¡Miguel!, ¡Alberto!, ¡Carlos!, ¡Benito!, ¡Ricardo!, ¡Jaime!, ¡Eduardo!... Y cuando nadie respondía y llegaba mi turno de benjamín, mi nombre se le había perdido en los vericuetos de su maltrecha memoria, y lo sustituía con un genérico que no contaba con el bautismo de la patente de marca: «*¡Chiquillo de mierda,* tú, como te llames, ven para acá!».

Tiziano 26

Cuando Yolanda y yo nos separamos en octubre de 1976 tras siete años de vida conyugal, me fui a vivir a casa de mi madre mientras hallaba un lugar donde establecerme de manera permanente.

Esta dolorosa separación matrimonial no significó, empero, un alejamiento de mis hijos. Tanto Yolanda como yo velamos por que yo mantuviera una cercanía permanente con ambos, que persiste incólume después de más de medio siglo.

Se dice que nadie conoce realmente a su esposa hasta que se divorcia de ella. Yo me divorcié de Yolanda muchos años después de que nos separamos. En ese largo interregno, Yolanda y yo sostuvimos una permanente relación de impermanencias, que iba y venía como un oleaje cambiante, por lo general tranquilo de su parte y tempestuoso de la mía.

En esa estadía provisional en casa de mamá me encontraba cuando una muy fuerte inflamación, primero de las rodillas y después de los tobillos, me impidió caminar. Caminar y trabajar y valerme por mí mismo. Pasé varios meses tumbado en cama y apenas podía desplazarme en silla de ruedas por el estrecho espacio del departamento de mamá. Después de una larga espera, por fin pude conseguir una cita con el afamado reumatólogo Donato Alarcón que todo mundo me había recomendado. Cuando me examinó, llamó a

sus ayudantes o discípulos y delante de ellos, poniéndome como ejemplo de una morbilidad al parecer más frecuente en los países nórdicos que en los tropicales, pronunció su inequívoco diagnóstico: síndrome de Reiter. Se trataba de una enfermedad autoinmune, provocada por alguna infección, que genera una reacción artrítica. Su denominación original procede del apellido de un médico nazi que hizo experimentos eugenésicos con judíos confinados en el campo de exterminio de Buchenwald, a quienes inyectó una vacuna que causó tifus y provocó la muerte de al menos doscientos cincuenta prisioneros. Hace poco tiempo la enfermedad ha sido despojada de su ominoso epónimo por la comunidad científica internacional y hoy es conocida simplemente como artritis reactiva.

El doctor Alarcón me recetó algunas medicinas cuyos nombres no recuerdo. Lo que sí recuerdo fue su respuesta inobjetable a mi pregunta sobre el futuro de mi enfermedad. Me dijo que podría ocurrir cualquiera de tres cosas: que la enfermedad desapareciera por completo, que se quedara para siempre o que tuviera una condición crónica, esto es que se fuera y volviera periódicamente. Es decir que no me dijo nada preciso, pues no quedaba ninguna posibilidad que el doctor no hubiera anunciado en su pronóstico. Siempre recordaré el consejo que me dio al enterarse de que la silla de ruedas que utilicé para llegar a su consultorio era de alquiler.

—Mejor cómprala.

Entendí que su pronóstico no tenía un espectro tan amplio como el que me había planteado y que la primera opción —que la enfermedad se quedara conmigo de manera permanente— tenía más probabilidades que las otras dos. A pesar de la dureza de su recomendación, acabé por agradecérsela mucho, muchísimo. Ante la expectativa de quedarme en esa condición valetudinaria, postrado en cama, compré la silla de ruedas y empecé a hacer mi vida lo más

normalmente posible en función de mi incapacidad. Trasladado en una camioneta Combi y empujado por la amistad de Rubén Cristiani, iba a la universidad a dar mis clases en silla de ruedas. Llegué a ir hasta al Bar León de la calle de Brasil número 5 en el centro histórico de la ciudad, al que era muy asiduo.

A lo largo de unos meses, la inflamación fue cediendo. Pasé de la silla de ruedas a las muletas y de las muletas al bastón. Una vez se me extravió el bastón, lo dejé en algún sitio sin darme cuenta. ¡Qué bien! Había recuperado la salud.

Años después doné mi silla de ruedas a los damnificados del terremoto del 19 de septiembre de 1985.

No obstante, a lo largo de la vida, la artritis reactiva que me diagnosticó el doctor Alarcón se ha manifestado de vez en cuando. Ahora, medio siglo después de haberse presentado por primera vez, se ha exacerbado. Coincide, además, con la neuropatía que me han detectado recientemente: un severo proceso sensitivo que afecta los nervios de mis cuatro extremidades. Así debe de ser, como me lo han venido explicando los médicos desde hace mucho tiempo. Yo, sin embargo, no he cesado de preguntarme si aquella invalidez no fue psicosomática. No he podido dejar de relacionarla con mi separación de Yolanda.

Mi hermana Rosa se divorció de su primer marido más o menos al mismo tiempo que yo me separé de Yolanda. Así que decidimos vivir juntos, como «un silencioso matrimonio de hermanos», según la definición que hace Cortázar de los personajes del primer cuento de *Bestiario.*

Rosa descubrió una casa vieja en la calle de Tiziano número 26 de la colonia Mixcoac, que se ofrecía en renta. Yo no tuve oportunidad de verla antes de que nos mudáramos a ella. Cuando tomamos la decisión de convivir, yo seguía viviendo en casa de mi madre. Mi enfermedad aún no había cedido y no pude desplazarme para conocerla, pero confiaba plenamente en el buen juicio de mi hermana y, sobre todo, en su buen gusto. Por la descripción que me hizo de la casa y por los planos que me dibujó, me pareció maravillosa: una casa antigua que tenía forma de tren, en tanto que las habitaciones se disponían una tras otra, comunicadas entre sí y abiertas, a su vez, a un corredor exterior. Sus muros de tepetate eran muy anchos y sus techos muy altos. Tenía, además, un jardín en el que crecían una prodigiosa glicina, una lima y un limonero.

Al cabo de un año de grata convivencia, Rosa se marchó para corresponder a las solicitudes de Alejandro Palma, con quien después habría de casarse. Durante dieciséis años más, los prolongados años de mi segunda adolescencia, viví solo en Tiziano 26, acompañado solamente de mis libros, de mis discos, del mercado aledaño, de la presencia reiterada, a veces fugaz y a veces duradera —siempre prodigiosa— de mis hijos.

Por esa casa desfilaron cientos de personas y se escucharon kilómetros de música; se tejieron relaciones de amor y de amistad, se oyeron conversaciones frívolas y disertaciones sesudas, se «tallerearon» novelas, cuentos y poemas, se bailaron huarachas, sevillanas y guaguancós, se ensayaron obras de teatro, se filmaron películas, se produjeron espectáculos de magia y prestidigitación, se adivinaron cartas, se inventaron juegos de mesa y de alcoba, se cantaron boleros, se tocó la guitarra, se recitaron poemas, se hicieron parodias, se escenificaron canciones, se tomaron clases de salsa y de danzón, se oyeron combos tropicales, bandas de pueblo,

trompetistas callejeros y marimbas chiapanecas, se consumieron muchas botellas de tequila y de ron... y se suscitaron incontables *tizianazos,* como se les llamaba a las reuniones que, al término de una fiesta ajena, se improvisaban en mi casa y se prolongaban hasta el amanecer.

«Cuando perdices, perdices, y cuando penitencia, penitencia», dicen que dijo Teresa de Ávila al terminar un banquete. Los diecisiete años que viví en Tiziano 26 no sólo fueron tiempos de profusa y festiva concurrencia, sino también de trabajo y estudio, de ávidas lecturas y esforzados intentos de escritura —no siempre venturosos, pero sí perseverantes—. Y la penitencia a la que se habría referido Teresa de Ávila, en realidad nunca fue tal para mí en mi casa de Tiziano, porque en el rigor y la constancia encontré tanto o más placer que en la celebración; el placer incontrastable de las revelaciones intelectuales y de la creación literaria, que siempre va aparejado con la soledad. A pesar de esa especie de corte que se instalaba en mi casa con asiduidad, fueron años muy solitarios. Así lo sinteticé en una minificción que titulé *Mercado:*

> Señora, si usted tuviera idea de mi soledad, no me exigiría que comprara cinco pesos de perejil; me vendería diez centavos.

A lo largo de los diecisiete años que viví ahí, escribí varios libros y *plaquettes:Tiempo cautivo. La Catedral de México,* que elaboré al lado de la pintora Carmen Parra; *Modus periendi,* una serie de estampas literarias dedicadas a los diferentes oficios de los personajes de mi barrio que tienen a la muerte como *modus vivendi;Velardianas,* un conjunto de apreciaciones de la obra poética de Ramón López Velarde, a quien entonces leí con devoción; *Los subrayados son míos,* que reúne varios ensayos sobre escritores contemporáneos, como Juan Rulfo, Eraclio Zepeda, Noé Jitrik, Sergio Fernández, Margo Glantz, Guillermo Cabrera Infante, Alejo

Carpentier...; *La épica sordina,* reflexiones literarias sobre Alfonso Reyes, César Vallejo, Julio Cortázar, Xavier Villaurrutia, la literatura fantástica y la literatura neobarroca, y dos libros publicados por Tusquets Editores: mi primera novela, *Amor propio* (1992), y un libro de varia invención titulado *El viaje sedentario* (1994). En este último, incluyo tres textos dedicados precisamente a mi casa de Tiziano 26 y sus alrededores. En lugar de volver a escribirlos en el tiempo pretérito que conviene a un libro de memorias, he determinado reproducirlos aquí en el tiempo presente en que fueron escritos en su momento: «La casa» y «Modo de muerte», que transcribo a continuación, y «El velorio de mi casa», con el que cierro este capítulo. Los tres fueron recogidos en mi libro *El viaje sedentario* (1994).

La casa

Construida a finales del siglo XIX, la mía es una de las pocas casas de ladrillo y tepetate —otrora tan características del barrio de Mixcoac— sobreviviente de la voracidad comercial y de la explosión demográfica que convierten las casas antiguas en establecimientos mercantiles o edificios multifamiliares.

Semana a semana presencio con dolor la demolición de casas como la mía, de techos altos y arcos escarzanos, en cuyo lugar crece, con rapidez vulgar, una arquitectura prefabricada sin que nadie guarde siquiera un minuto de silencio tras la última acometida de la pala mecánica, que saca los cimientos del subsuelo como si desarraigara un ahuehuete.

Ahora mismo, mientras escribo, están derribando una casona contemporánea de la mía, de muy digna factura, que combinaba con gracia el rojo del ladrillo y el ocre terroso del tepetate —ese adobe que sabiamente fabrica la naturaleza misma— y que hasta hace pocos meses albergó una escuela secundaria. Destechada ya y derruida por dentro, sólo ostenta los postigos de las ventanas que la malprotegen del saqueo de sus instalaciones sanitarias, las cuales se ofrecen a la venta mediante un letrero procaz y cacofónico que dice:

SE VENDEN ESCUSADOS USADOS

Antes de que termine de escribir estas páginas no quedará de la casa sino un páramo cercado. Y seguramente antes de que se

publiquen, en él habrá brotado un enjuto centro comercial que anunciará el arrendamiento o la venta de sus locales mediante banderitas triangulares y multicolores de plástico.

Mi casa fue construida en la época porfiriana y tiene, por tanto, un franco gusto ferroviario: sus habitaciones están dispuestas una contigua a la otra y se comunican todas entre sí como los vagones de un tren de pasajeros, de manera que se pasa digamos que del carro fumador al carro dormitorio y de allí al carro comedor, o bien se sale al andén, por llamar de algún modo concordante al corredor adonde desembocan todas las habitaciones.

Dos estaciones tiene el tren que es mi casa: una estival, tan pujante y espesa que podría adoptar el nombre de *Carlos Pellicer,* «ayudante de campo del sol»; otra invernal, tan desolada y fría, que podría llamarse *Xavier Villaurrutia,* quien escribió los versos de más baja temperatura que recuerda mi piel:

Sábana nieve de hospital invierno
tendida entre los dos como la duda.

Ciertamente, la casa tiene un raro jardín en el que las estaciones se marcan con puntualidad de calendario y entran cuando los libros de texto dicen que deben entrar, como si se tratara del más conocido concierto de Vivaldi, acaso porque la glicina, que allí crece desde hace un siglo, proceda del Mediterráneo, particularmente de Venecia, donde, a falta de árboles, plantas trepadoras visten los húmedos muros de iglesias y palacios y se esparcen por las pérgolas que dan sombra a la ciudad entera.

La glicina de mi jardín trepa por la alta barda de tepetate que divide la mía de la casa vecina y se desparrama por su *cama*—como le dicen mis caseras al emparrado que techa los andadores del jardín —. En invierno se queda sin una sola hoja y parecería que sus ramas podrían alimentar la chimenea, pero, apenas entra la primavera, la glicina florece antes de que le hayan brotado las hojas, como las jacarandas, y sus flores lilas, a manera de racimos de uvas, penden protuberantes para embriagar con su fragancia a quien transita por su sombra.

No es el mío un jardín cuidado; es un jardín atendido. Crece en él, silvestre, el acuyo, una yerba tan buena que la canonizaron —según Vicente Quirarte— y por esa razón se conoce también con el nombre de *yerbasanta.* No sé si sea buena para la garganta, como pregona la canción; sí sé, en cambio, que sus hojas grandes y flexibles, son excelentes para envolver las truchas o los guachinangos que se asan al carbón, porque los protegen del contacto directo con las brasas y porque les otorgan su aroma vegetal y la sutileza amarga de su sabor. Sirven, también, para dar sustento a un queso de cabra encenizado.

Tiene el jardín una higuera joven, si en aras de la verdad se me permite una imagen contradictoria (que los retóricos llaman oximoron), porque las higueras nunca son jóvenes: su carácter es sombrío; sus frutos, oscuros; sus ramas, artríticas. Las higueras no nacen; en el mejor de los casos, reverdecen, como la higuera legendaria de Felipe de Jesús.

No sé cómo llamar al árbol de limas. Lo llamaré así, *árbol de limas* o, con la licencia poética de nombrar a las causas por sus efectos, *lima.* Y diré que la lima es generosa y, contrariamente a las estipulaciones dictadas por el calendario del jardín, atemporal. Ciertamente se carga de limas más hacia la época de las Navidades,

para perfumar ponches y engordar piñatas, pero no deja de dar frutos durante el año entero. Gracias a su prodigalidad, puedo cocinar frecuentemente la sopa de lima siguiendo con rigor las instrucciones de la casta divina.

Entreverado a la lima, dispensa sus frutos el limonero. A veces se confunden limas y limones y es menester mirarle a la lima la chichita para diferenciarla del limón. La señorita Bertha Carrasco, una de las cuatro caseras de mi casa, soltera ella porque, según sus propias palabras, «de las cuatro hermanas nada más no nos casamos tres», me explica con suspiros nupciales que el azahar, que condecora los ramos y las coronas de las novias y salpica las solapas de los novios, es el emblema del matrimonio porque el limonero es un árbol siempre verde, florido y con fruto.

Me gustan los limones de mi casa porque son grandes y jugosos, porque no tienen semilla y sobre todo porque sirven, mejor que ningunos, para aliviar el trago enérgico del tequila, que, una vez adentro, galopa del estómago al aliento como pidiendo auxilio.

De preferencia, el tequila se toma en el corredor, ese espacio dinámico por su nombre y sedentario por su hospitalidad. De preferencia, el tequila se toma a mediodía —o a la hora que los mexicanos llamamos mediodía: las tres de la tarde—, antes de comer, de aperitivo, a menos que la tarde esté tequilera, como dicen, y las nubes se nos quieran meter en los ojos hasta que anochezca.

Si es el arte de ponerle fronteras al espacio, de definirlo, de acotarlo, la arquitectura cobra en el corredor la suprema ambigüedad de la poesía. El corredor: el espacio fronterizo entre el techo y la

intemperie. En el corredor se tiene más libertad que en los espacios cerrados y más recogimiento que en los espacios abiertos. Es el lugar para el aperitivo, no para la comida. Es el lugar para la lectura del periódico, no para la lectura del libro. Es el lugar para la siesta, si se dispone de una mecedora o mejor de una hamaca, y no, por supuesto, para dormir la noche entera, a riesgo de que se nos congelen los sueños.

Vivo muchas horas el corredor de mi casa. Desde ahí agradezco la persistencia de los alcatraces que desafían el invierno con la erección primaveral de sus pistilos. Desde ahí me asombro cotidianamente con la rapidez del vuelo de los colibríes, que milagrosamente se mantienen suspendidos en un punto del aire sin que se advierta el rapidísimo movimiento de sus alas, hasta que se desplazan con una velocidad tal que ni la avidez de los gatos puede registrar.

En el corredor, sentado en mi equipal, me tomo mi tequila. No escribo ni duermo. Sólo practico, en concordancia con la condición intermedia del espacio, el acto, intermedio entre la escritura y el sueño, de la ensoñación.

Mi casa es un tren, con sus vagones, su andén, sus estaciones, donde emprendo cotidianamente mi viaje sedentario. Pero mi casa también es una biblioteca —espacio en el que se resuelve, mejor que en ninguno otro, la antinomia de la inmovilidad más pacífica y los desplazamientos más aventurados.

La palabra *biblioteca* tiene cierta connotación sagrada e iniciática que la vuelve solemne, excesivamente prestigiosa. Y de algún modo esta enjundia contradice el gusto, la pasión, el cariño, la alegría, la

felicidad, pues, que los libros me provocan. A falta de otra palabra que goce de la naturalidad feliz con la que los libros habitan mi casa, tendré que seguir llamándole *biblioteca* a mi biblioteca, si bien para despojarla, justamente, de la arrogancia que la palabra misma le adjudica.

No podría referirme sólo a un conjunto de libros porque una biblioteca es, ante todo, una unidad, como, paradójicamente, parece indicarlo el carácter colectivo de la palabra que la nombra: lejos de debilitar su sentido unitario, lo confirma, como si la biblioteca fuera un solo libro mayúsculo, y cada uno de los libros que la integran, una de sus páginas. Por eso es tan difícil deshacerse de un libro al que ya se le dio cabida; equivale a arrancarle una hoja al libro que es la biblioteca misma. Por eso, también, nunca debería ser dificultoso encontrar un volumen en los anaqueles, pues más que una suma de libros disímbolos, la biblioteca es un discurso continuo, cuya sintaxis sólo se altera cuando un libro sale de su estante.

Pero la palabra *biblioteca* no se refiere nada más al acervo de libros, sino también al lugar en el que se acomodan. La biblioteca que rodea mi escritorio es un espacio apacible y vigoroso a un tiempo. Es un espacio apacible por el silencio que impone, por la sabiduría que resguarda y sobre todo por la insospechada discreción de los libros: colocados en sus estantes, nos dan las espaldas, como si estuvieran castigados contra la pared. Sólo les vemos el lomo. Hay quienes están tan acostumbrados a ello que llegan a pensar que la espalda de los libros es su frente y ya no se molestan en abrirlos y leerlos. Cuando sacamos un libro de su anaquel, lo estamos eligiendo entre todos los demás; es como si le levantáramos el castigo y, al abrirlo para leerlo, puesto de frente, lo penetráramos amorosamente. Por eso la biblioteca es también un espacio vigoroso.

Suele ocurrir. Mi biblioteca ha invadido mi casa. Como los seres vivos, los libros nacen y se multiplican, pero, a diferencia de ellos, no parecen morir nunca. Es casi imposible desprenderse de un libro, aunque se tenga la certidumbre de que nunca se va a mirar de frente, de que siempre estará castigado contra la pared mientras se empolva hasta la ilegibilidad el tejuelo que dice su nombre. Y es que, una vez aceptados en casa, cómo echarlos a la calle.

Mis libros se han encaramado como plantas trepadoras por los muros de la biblioteca y ya crecen por otros espacios de la casa: por el comedor, por la recámara —donde cobran rango de libros de cabecera—, por la cocina y hasta por el baño, lugar, por cierto, en que Alfonso Reyes —dicen— alojaba la sección de novela policial de su erudita Capilla Alfonsina. Ahora la mía es, como tantas otras, una casa-biblioteca, que apenas deja un espacio para cocinar y otro para dormir.

Duermo en un pasillo. El carro dormitorio está a la mitad del ferrocarril. Determiné instalar ahí mis sueños y mi intimidad porque es la única habitación que no tiene ventana a la calle. Una puerta da salida al corredor y otras dos a las habitaciones contiguas, de manera que es la más expuesta a las tribulaciones del interior de la casa, pero la más protegida de los ruidos del exterior, que en mi barrio son muchos. Aun cuando el dormitorio no tenga ventana, llegan a la penumbra del sueño o del amor el perro que ladra tercamente en correspondencia con el perro que ladra tercamente sin que se sepa quién responde a quién; la gata en celo que reclama compañía; el paso veloz de una orquesta tropical metida en el radio de un coche trasnochado, cuyos bajos se quedan resonando un rato

en la calle desierta; las voces lastimeras de los borrachos que eligen la ventana del comedor como la última cantina de la noche para confesarse amistad eterna o para consumar el pleito apenas iniciado o para ambas cosas; el jadeo de la lujuria de las parejas furtivas; la conversación itinerante que se queda trunca en mi sueño.

Mi dormitorio es un pasillo de la noche.

La cocina es el cabús del tren. Me dicen las señoritas Carrasco que originalmente se encontraba atrás de una huertecilla doméstica, junto al comedor y los baños, pero que tuvieron que destinar esa parte de la casa a construir el edificio de departamentos que ahora me tapa el sol e impide que en mi casa amanezca a sus horas. Decidieron darles vuelta a los últimos vagones y edificaron por los años cincuenta una cocina y un baño «moderno».

Aun así, mi cocina conserva la estufa de carbón que estaba en la cocina original, de manera que a veces la casa entera huele a pueblo y recobran su imperio sobre los múltiples y especializados aparatos electrodomésticos el metate y el molcajete. El carbón huele a fiesta, a cazuela de barro, a mezcal, a bandera de papel picado, a *Marcha de Zacatecas.*

La ventana de la cocina da a una fuente que más se antoja de servicio que de regalo a los sentidos, como las de los patios de cocina de los antiguos monasterios, donde solían desembocar los acueductos que llenaban los aljibes. No es una fuente árabe sino cristiana, silenciosa. Está agrietada y su brocal es más bien un poyo que da sustento a las macetas de geranios. Sin embargo, la sola palabra *fuente* quita la sed y da frescura al jardín y a la cocina que la mira desde el calor de sus hervores. Aunque no cante.

Mi cocina está provista de una gigantesca despensa: el mercado de Mixcoac, aledaño a mi casa.

Cuando llegué a esta casa de la calle de Tiziano, náufrago de un matrimonio, de cosas de cocina no sabía más que prepararme un lastimero café instantáneo. Temí la degradación a la que podría someterme el relajamiento de los hábitos de la mesa y, ante la propensión natural de mi soledad a comer de pie, en la cocina, acaso con las manos, me impuse la obligación de comer siempre sentado en el comedor, con todos los cubiertos del caso y con servilleta de tela, aunque, para ser amo, primero hubiere de ser sirviente de mí mismo. La práctica de semejante disciplina me condujo a las artes culinarias y a cumplir con las obligaciones que el amplio espectro de su cultivo exige a su cultor, desde ir al mercado a escoger los ingredientes del platillo que habrá de prepararse, hasta lavar el último de los platos sucios.

Si la subsistencia primaria del hombre se cifra en su alimentación, a la cual por algo también se le llama *subsistencia,* la comida y el mercado son expresiones esenciales de la cultura. Acaso no haya signo más revelador de la cultura de un pueblo que su comida y el mercado que la procura, junto con todos los demás servicios de la vida doméstica.

Entre las muchas cosas del Nuevo Mundo que sorprendieron a los conquistadores, brilla el mercado de Tlatelolco. Bernal Díaz del Castillo, al llegar a la ciudad de México-Tenochtitlan, se asombra

ante la diversidad, la riqueza, la novedad de sus productos y se limita a enumerar las cosas que se disponen en aquella gigantesca plaza: los objetos preciosos de oro y plata, la ropa de algodón y de hilo, el cacao —moneda de chocolate—, las mantas de henequén, el calzado, las pieles de animales, las legumbres, los animales domésticos, las frutas, la loza, la miel, la madera, el papel amate, el tabaco, las yerbas medicinales, la sal, las navajas de pedernal, los esclavos.

La enumeración de Bernal Díaz del Castillo —que retoma Alfonso Reyes en su *Visión de Anáhuac*— tiene algo del Génesis: el gusto de nombrar las cosas. Qué más podría hacer el cronista, azorado ante esa rica variedad de mercaderías, para él desconocidas en su mayoría, sino nombrarlas con palabras conocidas y muchas veces a través de metáforas llanas.

Por el mero gusto de nombrar, quiero recorrer en esta página la despensa de mi casa.

El mercado de Mixcoac es colorido en su penumbra: la parte dedicada a las frutas es como una gruta en la que compiten las piñatas de colores brillantes, que cuelgan del techo como si ya hubiera comenzado la fiesta, y las frutas, que no siempre se contienen en sus cáscaras sino que se exponen abiertas o partidas en rebanadas para deslumbrar al comprador con la intensidad del colorido de sus pulpas y de abrirle no sé qué tantos apetitos —porque un mamey calado, por ejemplo, es algo más que una fruta o, en todo caso, es una fruta prohibida—. Y las sandías rebanadas, carcajadas del verano, como las vio Tablada y las pintó Tamayo; los mangos pelados, flores protuberantes; las papayas partidas en zigzag, coronas amarillas de rey mago. Las piñas con sus penachos mayas, los chicozapotes que trasminan sus mieles, los racimos de plátanos, las granadas explosivas, los melones, las frutas no en vano

llamadas de la pasión, las tunas, las pitahayas sangrantes, las mandarinas y las frutas de canasta: las peras mantequilla, las manzanas con sus rebozos de viernes santo, los higos venerables, los duraznos, los chabacanos, las uvas.

Alternadas con los puestos de fruta, las recauderías, que parecen jardines ambulantes con sus manojos de perejil, de cilantro, de berros, de espinacas. Los limones, las papas austeras, a las que no se les quita el sueño subterráneo, los pepinos, los rubicundos jitomates, acomodados por su lado más rozagante, los aguacates, a los que no hay que andar tocando porque si no compra no magulle, los hongos, las lechugas, las cebollas blancas y moradas, los ajos y sobre todo los chiles —los chiles verdes, los chiles serranos, los chiles anchos, los chiles poblanos, los chiles habaneros, los chiles cuaresmeños—. Y los chiles secos —el güero, el piquín, el guajillo, el chipotle—, que se venden en los puestos de conservas junto con el espectro de colores pardos de los moles —el mole negro, el mole rojo, el mole verde, el mole amarillito—, y el maíz descabezado para el pozole y los piloncillos de azúcar morena para el café de olla y las nueces y los piñones y las almendras y el chocolate.

Y del otro lado, las carnicerías con sus prolongados matarifes que afilan sus cuchillos, como si fueran espadachines que pelearan contra sí mismos, para limpiar el filete de toda nervadura y que aplanan los bisteces sobre sus troncos blancos, día a día más chaparros a fuerza de golpes. Y las pollerías, donde los dependientes cortan el pollo a tijera, como si fueran peluqueros, para vender las piernas y las pechugas por un lado y la cabeza, las patas y los hígados por otro. Y las pescaderías con sus vitrinas congeladas desde las que nos miran, atónitos, los rosados guachinangos y las sierras y se extienden los pulpos y se acomodan por tamaños los camarones.

Y las flores, solas o combinadas, los crisantemos blancos o amarillos, las rosas aterciopeladas, las nubes evanescentes, las gladiolas de altar, las margaritas, las descaradas aves del paraíso, los alcatraces y los arreglos florales para las bodas —la estrella de la novia y la herradura del novio— y para los funerales —las severas coronas en fila, haciendo cola para llegar a su destino final.

Y los dulces mexicanos, las cocadas, los acitrones, las biznagas, las calabazas, los higos cristalizados y las piñas, los membrillos.

Todos los bienes y todos los servicios domésticos pueden adquirirse o contratarse en el mercado de Mixcoac. Las cubetas de lámina que no han sido totalmente desplazadas por las coloridas cubetas de plástico, los cepillos de cerdas de henequén, las escobas, los jarros, las ollas, las cazuelas de barro, que hay que curar con ajo, las reatas, los cuchillos, las tijeras, las navajas, los paliacates de colores, las artesanías de Oaxaca que en filigranas áureas, expuestas sobre papeles de color rosa mexicano, resaltan sus barroquismos al lado de la cecina o el tasajo, las tortillas tlayudas y el quesillo que traen marchantes desde aquellas tierras. Y ahí, en el mercado, están el cerrajero y el plomero y el afilador de cuchillos y el zapatero remendón.

El mercado se oye: los que invitan a comprar, pásele marchante, ¿va a querer aguacate?, ¿qué va a llevar?, y los que todavía pregonan el gas, el agua, la miel de colmena. Y los discos de música ranchera o guapachosa que a todo volumen se anuncian a sí mismos.

Como el tren que es mi casa, el mercado tiene sus estaciones, su cronología festiva. En la época navideña, que año con año hace sus vísperas más dilatadas por aquello de que «La Navidad es la venganza de los mercaderes contra Jesús por haberlos expulsado del templo», según reza el aforismo de Edmundo O'Gorman, la calle de

Tiziano alberga una abigarrada sucesión de puestos de esferas y de luces para los árboles de Navidad, de figuras de nacimiento de muy desiguales tamaños entre las que los niños Jesús, cuestión de jerarquías, son más grandes que las vírgenes que los parieron, como si el misterio de la madre virgen no fuera suficiente, de musgo y de portales y, en alternancia con los nacimientos y toda su parafernalia, los santacloses de plástico y los renos y los trineos en la calurosa altiplanicie mexicana.

Después de Navidad, cuando uno todavía no está repuesto de tantos festejos acumulados —porque en la Ciudad de México sí hay carnaval, cómo no, aunque dura los cuarenta días que dura la cuaresma, desde el primero de diciembre hasta el 10 de enero—, adviene la gran venta de juguetes para la noche de los Reyes Magos. Desde tres días antes, la calle se llena de bicicletas, de carritos, de muñecas, y la industria del juguete electrónico, con sus sonoridades de ráfaga y su agresividad de ametralladora láser e intergaláctica, desplaza año con año a los juguetes tradicionales de trapo, vidrio o madera: el balero, el trompo, el yo-yo y las canicas, cuyas temporadas configuraban las cuatro estaciones de los años de mi infancia.

Después de Reyes, la calle toda se convierte en una sastrería celestial donde se visten niños dios para la fiesta de la Candelaria. Los que han sufrido lastimaduras en codos, dedos o rodillas se someten al quirófano de los restauradores y todos estrenan sus ropones albos de encaje y sus huarachitos de cuero, sus resplandores de hojalata y se sientan, por primera vez, en sus sillitas faraónicas de palo.

Y de ahí hasta septiembre, cuando el mercado celebra las fiestas patrias con banderas mexicanas de todos los tamaños, que se desplazan en sus carros de madera como si la patria fuera de

juguete, tan íntima y tan suave como la quería López Velarde; y con nuestros héroes de Independencia estampados en bandas tricolores de plástico: Hidalgo un poco asustado, Allende sonriente y valeroso, la Corregidora, siempre de perfil, enigmática como la luna.

Después, a finales de octubre, la celebración de los muertos: las flores de cempasúchil, las calaveras de azúcar en espera de su nombre, los anafres con incienso y copal, los dulces de ocasión: la calabaza en tacha, el camote, los higos..., todo en alternancia con el pujante *Halloween* y sus máscaras de monstruos de televisión y sus brujas de mentira.

Hasta que vuelve la Navidad con sus dulces de colación y sus piñatas, las cañas, las limas, las mandarinas, los perones y los cacahuates de a montón.

De marzo a agosto no hay otra fiesta que los mangos. Los mangos petacones primero, verdes, para comerlos con su salecita, su limoncito y su chilito piquín, y los portentosos mangos de manila después, que son el mejor invento de Dios y prueba irrefutable de su existencia.

Las celebraciones del mercado llegan hasta mi casa y se meten por puertas y ventanas. En Navidad oigo los villancicos españoles y *El niño del tambor* hasta perder el espíritu navideño. En Reyes no puedo salir de casa porque los juguetes llegan hasta mi puerta y la clausuran, al menos por esa noche de regateo y de bochinche. Los días de muertos chicos y de muertos grandes llega hasta la cocina el olor del copal, y todo lo que en ella se prepara necesariamente se vuelve ofrenda.

No sé bien a bien por qué. No lo hago porque la tradición familiar me lo haya inculcado desde la infancia: en casa sólo se celebraba la Navidad y, aunque había un profundo sentimiento religioso, el árbol profano ensombrecía el nacimiento. No lo hago por trasnochado gusto folclorista. No lo hago por fe. A lo mejor lo hago porque quiero tener costumbres, por mera necesidad de pertenencia o, mejor, porque ya me acostumbré y ya pertenezco. Lo cierto es que, a pesar de mi incredulidad religiosa y de mi escaso fervor nacionalista, cada Navidad, con alegría de Pellicer, que contrarresta la tristeza de Villaurrutia, tan presente en el jardín por esos días, monto un nacimiento en el corredor, al que se asoman todos los que pasan por la calle de Tiziano, de ida o de vuelta del mercado, para entretenerse sobre todo con un camello gigantesco que los mira con ojos rumiantes. Y cada septiembre izo una bandera mexicana en la puerta de la casa, arriba de la campana que hace poco coloqué en el dintel y que es una pequeña réplica de la campana de Dolores. Nada menos. Y cada noviembre vuelvo a velar a mis muertos y, entre las flores amarillas y moradas y el incienso, les pongo sus cigarritos y su tequilita.

Así lo haré mientras viva. Mientras viva en esta casa de Mixcoac. Mientras viva en este tren que es mi casa.

Modo de muerte

El jardinero

Vivo en el corazón de Mixcoac. No al lado del parque o la delegación, sino del mercado. Es hiperbólico pero aceptable decir que abro el postigo y la ventana para comprar jitomates y crisantemos. Entre moribundos estanquillos, expendios de dulces y cigarros, almacenes de muebles de lámina disfrazados de madera y muebles de madera disfrazados de acero, mi casa ostenta peligrosamente, clandestinamente, un jardín invulnerado. Paréntesis en medio de la basura desperdigada por la calle, las ratas nocturnas y los peatones diurnos, goza y gozo, entre otras primaveras, de una glicina centenaria. Sólo he visto otras dos glicinas en la ciudad: una —hija de la mía—, en casa de mi casera, también en Mixcoac; otra, que se encaramaba por las paredes de una casona como de campiña inglesa en la avenida de la Paz, San Ángel, donde instalaron no hace mucho una oficina federal de Hacienda, un banco y un merendero de crepas, y que fue salvajemente derribada, supongo que por motivos de estacionamiento.

Pero no es de la glicina que quiero hablar ahora, sino del jardinero que pasó por casa y la vio, desbordada por la reja —una de sus ramas, con sus hojas tiernas casi grises y sus flores lilas, enroscada en la antena de televisión de la casa vecina.

Tocó a la puerta. Era un anciano. Antes de hablar me enseñó con calma de protocolo unas tijeras de podar tan viejas como él, muy

callosas de los mangos, muy romas de las hojas, oxidadas.

—Soy el jardinero —acabó por decir, y esperó mi respuesta: que no, que muchas gracias, que ya... Pero no me oyó y dijo—: No vaya usted a creer que vengo a molestarlo buscando trabajo o que ando pidiendo nomás por pedir. Yo soy *El* jardinero. —Y el artículo me inspiró más respeto que su edad—. Mire, aquí están mis tijeras, no vaya usted a creer... —y las abrió y las cerró trabajosamente.

Como pago retroactivo, como jubilación, como impuesto por tenencia de glicina, como suscripción a la nostalgia, no sé como qué, pero no como limosna, le di unos pesos y se fue en busca de otro jardín.

¡Cuánto habrá caminado con sus tijeras credenciales antes de encontrar otro árbol!

El tragafuego

Qué incorruptible la lengua, que llama *tragafuego* a quien simula despedirlo. Cuánto más cómodo llamarle *lanzallamas:* dragón humano, heredero de la poderosa estirpe de bestias mitológicas apenas doblegadas por Tristanes y San Jorges; o artífice temerario que domina al elemento y quema sin quemarse. Pero no. Demasiado vieja para tragarse el juego del fuego, quien llama no le llama *lanzallamas;* le llama *tragafuego.* Fuego que se traga y que incinera todo lo que media entre la lengua y los pulmones, todo lo que tiene que ver con la respiración y el gusto.

La lengua, tan incorruptible para llamar, se corrompe —se rompe, se escalda, se quema, se atrofia, se destroza—: es llama y llamarada en la esquina de Revolución y Molinos, día y noche, durante los

efímeros e implacables rojos del semáforo, por lo que sea su voluntad.

Mi voluntad.

El teporocho

Entiendo que, entre las varias etimologías fantásticas que ha suscitado la palabra *teporocho,* una se sustenta en una proporción aritmética: tres por ocho. Tres tantos de alcohol por ocho de refresco. El eufemismo de *Jefe, caite con un peso pa' mi refresco* no es gratuito. Refiérese al ingrediente mayoritario: ocho tantos de Lulú roja por tres de alcohol potable de 96 grados, que ciertamente no se vende en la farmacia sino en la vinatería.

Tres por ocho, teporocho.

Tres tantos de alegría más bien acomedida por ocho de aplastamiento.

Tres tantos de ojos brillantes y carcajada embarrada de aguacate robado por ocho de idiotez, de muerte ratona, pavimentada, chiclosa, inadvertida.

Tres tantos de *Jefe, caite con un peso pa' mi refresco* por ocho de rencor.

Por desgracia, el teporocho es absolutamente inofensivo.

El zapatero

Zapatero no sólo es el que hace zapatos o los vende, como aseguran los viejecitos de la Academia de la Lengua. Zapatero también y más que nadie es el que compone, el que repara, el que renueva los zapatos usados. Pero el oficio desaparecerá antes de que la

Academia lo incluya en su definición. Ya pasó el tiempo en el que la vida de los zapatos estaba dividida por la media suela. Ahora los zapatos suelen tirarse a la basura cuando tienen hambre o sed —cuando, descosidos o agujereados, simulan bocas que se abren al caminar para morder el polvo de la calle o beber el agua de los charcos—; ahora los zapatos se agrietan por arriba antes de que se perforen por abajo y, claro, ya no hay ningún remedio. Además, la cultura del *kleenex,* del *criquet,* de la *gillette,* del *quitapón* y —ay— de los *tennis* nos ha educado a cultivar, mejor que los barrocos, el arte del desperdicio. Los zapatos también son desechables. Antes no lo eran aunque llegaran a su fin. De eso se encargaba precisamente el zapatero. No había mejores zapatos que los acabados de pasar por su refrán. Domados, viejos amigos, cómplices de andanzas y de correrías y al mismo tiempo nuevos, llenos de esperanza.

Cada vez hay menos zapateros, de esos de calle, de horma y martillo y de clavos en la boca, como el que murió sin descendencia la semana pasada en una de las esquinas del mercado de Mixcoac. Acabarán por acabarse, como el oficio ingenuo y sensualón del zurcidor de medias de mujer —de la época de la raya y el talón negros—, que por cierta asociación de ideas se practicaba en los mismos establecimientos olorosos a cuero y a betún donde se reparaba el calzado.

La cultura del desecho no sólo ha asesinado al pañuelo y su lenguaje —consignado en deliciosos manualitos—, al encendedor recargable, a la brocha de afeitar, a la pluma fuente y sus rituales, sino también al más noble y literario de los oficios, el de zapatero. Y aquí se me confunden la nostalgia y la lucha de clases. Lo cierto es que uno ya no se puede encariñar con nada, ni con el más elemental sustento, ni con el más íntimo transporte: los zapatos.

La sirvienta

Estudios sociológicos y estadísticos la llaman con falso decoro *empleada doméstica.* La lengua hablada le dice *sirvienta,criada* o *muchacha;* de manera eufemística, *secretaria* y aun *compañera;* de manera metafórica y peyorativa, *gata.* Pero generalmente se le nombra con el nombre de un pronombre: *esta.*

A modo de ejemplo de tal sustitución pronominal, dejo caer algunas frases recogidas en ese momento incómodo en que espero a que mis hijos salgan de la escuela:

—¡Cómo quieres que esté, si no llegó *esta!*

—*Estas* ya no son las de antes. Están destinadas a desaparecer.

—A *estas* les das la mano y te agarran el codo.

—No es el sueldo. Yo a *estas* les doy agua, luz, casa, gas y hasta cariño, de veras. Comen de lo de uno. Yo las trato como iguales.

—Yo a *estas* las trato como hijas. Y así responden.

—Estamos en manos de *estas.*

—Con *estas* no se puede.

—No, la verdad es que *estas* no tienen nombre.

Ciertamente, *estas* no tienen nombre. Ni siquiera nombre.

El cargador

De quienes ganan sin comodidades metafóricas el pan con el sudor de su frente, el cargador es el más cercano a la bestia. No hablo del que carga su mercancía: mesas de planchar y sillas de palo o habitadas jaulas de pájaros; no hablo del equilibrista que transporta altísimas columnas de periódicos en la parrilla de su bicicleta o descomunales canastos de conchas, orejas, cocoles, bolillos y teleras

en la cabeza. Hablo del que no merece siquiera la atención pintoresca y paternal del folclor, del que no tiene nombre interesante ni carga risueña o colorida. Hablo del que usa la cabeza para cargar costales de cemento y de cal; del que, confundido con su carga, gris o fantasmal, apenas se ve.

La actriz

En espera de que el silbato me traiga a Linda metida en una carta o de que el grito *gaaaas, gaaaas licuado* se haga tanque de treinta litros, la he visto pasar. Postizos los cabellos rubios, postizos los dientes, postizas las pestañas, postizos los lunares, postizos los rubores (quizá no sea ella, sino otra: postiza el alma y postizo el recuerdo). Al verme parado en la puerta de mi casa, olvida por unos segundos las prótesis, las papadas sucesivas, las várices, los pellejos, los reumas, y me dice, con impostación de vampiresa, con jadeo de segunda tiple, de lo mucho que gozaríamos ella y yo si no la tuvieran bastante encarcelada por las noches.

En Tiziano 34, a tres puertas de la mía, hay un letrero que dice CASA DEL ACTOR. No es una asociación, no es un club, no es un sindicato. Es un asilo donde trasnochan quienes no encontraron, después del último mutis, mejor decorado, mejor utilería, mejor papel. Del letrero se han caído dos letras, pero a su lado todavía están pegadas, con la persistencia del lugar común en que se encuentran pintores del Jardín del Arte y declamadores sin maestro, las dos caretas: la que llora y la que ríe.

El voceador

Aunque en su voz de juglar amañada para vender la noticia más fresca de la tarde repercuta la tradición oral, es ilegible que el voceador esté limitado estrictamente a lo que su nombre indica y no pueda leer el periódico que grita.

La María

Contra nuestras muchas aprensiones y el poco tiempo que tenemos para disuadirlas, el ritmo de la ciudad, paradójicamente, se ha vuelto provinciano: tardamos horas en recorrer el Periférico como si fuéramos a caballo; esperamos para abordar el *pesero* como quien se dispone a emprender un viaje en barco o en ferrocarril; dilatamos en comer un *sandwich* las dos horas que podrían mediar plácida, sensual, chismosamente entre el aperitivo y la siesta; aplazamos nuestra asistencia a la exposición o a la película o a la obra de teatro hasta que pasa de moda y ya no provoca ninguna conversación. Igual que en provincia. Con la diferencia, claro, de que el claxon y el semáforo, la cita en Naucalpan a las cinco, las colas infinitas para comer, para ver, para oír, para reír, para comprar cigarros, para cambiar el cheque... nos tensan las manos, nos muerden los labios, nos aprietan los dientes, nos encogen los dedos de los pies, nos fruncen las cejas, nos marchitan las comisuras, nos irritan los ojos, nos comen las uñas.

De todos los que aquí vivimos y morimos, sólo María —y la palabra acoge generosamente bajo su manta de satén magenta a cuanta mazahua y otomí llega a nuestros camellones desarbolados— conserva la calma de la montaña. Al borde del atropellamiento, con su caja de *kleenex* o de *bubble-gum,* en medio del tráfico, siempre en luz amarilla, borda —*borda,* y la palabra adquiere resonancias de

arcaísmo— los holanes del gorro del niñojesús que trae amarrado a las espaldas.

Los borrachos

De un garrafón forrado de periódico, el Güero sirve clandestinamente jerez Tres Coronas en unos vasitos de plástico opaco, que su mujer condecora con yemas de huevo. Con esta libación, los que anoche se enfrascaron en la palabra y en el pomo inician la ceremonia de la cura de la cruda alrededor del puesto de jugo de naranja. Un clavo saca a otro clavo, reza el refrán que inútilmente se endilga a las penas de amor pero que más conviene a las penas de hipo y acidez, de vómito y mareo, de sed insaciable y lengua pastosa, de náusea y sudor frío, de párpados de vidrios rotos sobre ojos inyectados. El jerez dulce, de suyo generoso, asienta el estómago y conduce necesariamente a la cerveza helada que asienta la nuca y la pisada: es como llegar a tierra firme tras el naufragio. Después del primer trago de cerveza, siempre largo, no es posible contener la interjección propia del alivio y el regreso. Pero al alma sólo la asienta el tequila; aprieta todas las vértebras dislocadas en la palabra nocturna y recobra, para quien lo exhala, la postura perdida en la carcajada, en la queja, en el llanto, en la confesión de anoche. Para que la cuña apriete ha de ser del mismo palo. Cuando al tercer tequila de pico de botella, entre las defensas de los coches estacionados en la calle de Tiziano, empiezan a sudar los párpados, la cruda está curada porque cruda sudada, cruda curada.

Salucita. Y otra vez la carcajada y la queja y el llanto y la confesión. Salucita. Y la noche.

Al amanecer, el Güero sirve jerez Tres Coronas en unos vasitos de plástico opaco, que su mujer condecora con yemas de huevo...

Nunca el círculo fue más vicioso.

La puta

Lugar común, Cenicienta es acogida por el Hada Madrota.

Todo se transforma: el andrajo se convierte en tul, los poros abiertos y oscuros de la cara se emplastan con *revlon* güero, las transpiraciones se sofocan con *ossart,* los huaraches se vuelven zapatos de cristal plástico muy durable.

Cenicienta en el bailazo; el Hada Madrota en la supervisión.

Como a eso de las cinco o cinco y media a. m., más o menos, empieza a desaparecer el encanto.

El afilador

Como voces de agonía; como susurros de estertor ante, bajo, cabe, con, contra, en, entre, sobre, tras los cláxones contagiosos, los camiones malhumorados al arrancar y al parar y al bajar y al subir, los aviones y los ferrocarriles que atraviesan la ciudad, los *headers* y las motos juniors buena onda..., todavía se oyen los alientos, las percusiones, los metales, los cantos de quienes llevan el taller, el servicio o el producto a la colonia Mixcoac, a la calle de Tiziano, a la casa 26 (casi siempre por causa necesaria, tal el caso, menos ingenuo que ingenioso de aquel pintor de brocha gorda que anunciaba su oficio y su maestría en un cartel digno de figurar en ortodoxos manuales de retórica: SE PINTAN CASAS A DOMICILIO): la campana de la basura, las campanillas de las paletas heladas, el

bufido climático de plátanos y camotes, el silbatido guajolotoso del policía de tránsito o el desahuciado del cartero o el chillante del globero, el grito mandibular de los que aún pregonan el gas, la miel de colmena, los asesinatos y pesquisas y violaciones y demás amarillismos de nota roja que ocurrieron anoche en mi colonia, acaso en mi calle, acaso en mi casa.

Un oficio que grita con sus agudezas las agudezas de sí mismo, un oficio que se anuncia con escala filosa y ascendente, un oficio que recuerda con su voz sucedánea el tránsito del juglar al comerciante, un oficio que funde en un solo y maravilloso mecanismo el transporte y el taller, el medio y el fin... es el chisporroteante, el pulimentado oficio de afilador.

No puedo describirlo. El afilador es una metáfora.

El basurero

La palabra no hace distingos entre el lugar en que se deposita la basura y quien la recoge y la transporta. Por algo será.

A pesar de su pregón superviviente, de su chiflido, de sus boleros trasnochados, lo atropellaron en Tiziano y Miguel Ángel.

A pesar de su pestilencia kilométrica a universo desechable, lo atropellaron en Tiziano y Miguel Ángel.

A pesar de su color naranja calipso y preventivo, salpicado de negros lodos y ascos verdes, basurero gigantesco y profusamente ornamentado de por medio, lo atropellaron en Tiziano y Miguel Ángel.

Aliento desalentado de ave de carroña, piel cubierta de infecciones, basurero al basurero.

El vuelve a la vida

En una de las esquinas del mercado de Mixcoac se abre La Playa. Hace algunos años sólo contaba con cuatro asientos giratorios del lado de Revolución y otros cuatro del lado de Molinos y había que hacer cola para echarse, en días de cruda, una cerveza bien fría y un *vuelve a la vida* —abulón, pulpo, jaiba, caracol, ostión y camarón que mezclan sus esencias y sus jugos, felizmente condimentados, para cumplir la promesa de su nombre.

Hoy La Playa dispone de tres locales que se alternan con otros tantos de La Roca. La Playa tiene mesas y sillas anaranjadas; La Roca, mesas y sillas guindas. Las anaranjadas están siempre llenas; las guindas, siempre vacías. Tal disparidad sólo se entiende después de haber comido en La Playa el *vuelve a la vida* o la sopa de mariscos, los camarones al mojo de ajo o los pulpos en su tinta, las empanadas de jaiba o las quesadillas de cazón, la mojarra frita o el guachinango empapelado.

Para darse abasto e impedir que sus frustrados clientes se estrellen en la competencia de La Roca, La Playa estaciona todos los días, sobre Molinos, una camioneta combi, ingeniosamente acondicionada, en la que pueden comer con bastante comodidad hasta ocho personas. Uno llega, se sube a la parte trasera, que ofrece dos asientos encontrados frente a una mesa de aluminio y, mientras oye Radio AI o La Tropical Grande de México, se zampa a ritmo de son, de guaracha o guaguancó una docena de ostiones en su concha —con su limoncito y su salecita y su cilantrito y su cebollita y su aceitito y su salsita popular de chile habanero El Yucateco— que apenas ayer estaban disfrutando de las aguas, mitad dulces, mitad saladas, de la laguna de Tamiahua.

En el más tumultuoso y pavimentado exponente del altiplano central, a la vera de los camiones de la Ruta 100 y de los ensordecidos peatones que se esfuerzan denodadamente en tripularlos, metido en una combi, con la insustituible compañía de una cerveza, pido mi *vuelve a la vida.*

El abulón, el pulpo, el trompetista desdentado que sopla *El hombre del brazo de oro* desde hace tres décadas, la jaiba, el sordomudo que dice serlo en un letrero que trae colgado en el cuello, el caracol, el ciego que pide limosna en las mesas vacías de La Roca, el ostión, el bolero famélico y su perro gemelo, el camarón... mezclan sus esencias y sus jugos y me vuelven a la vida.

El pordiosero

El hambre inventa oficios. El hambre también finge atrocidades, aunque siempre menores que sí misma.

Agotada la imaginación, y por tanto las ganas y las fuerzas, para inventar oficios o para fingir atrocidades, el mendigo que sólo pide por amor de Dios —supremo aval de su petición: *que Dios se lo pague*— se quiebra bajo el peso de la tradición picaresca: desde los lazarillos formados a palos por ciegos mezquinos que huelen y tocan la trampa y escudriñan con los ojos del alma las intenciones perversas; los mozos de miserables fijos de oscuros linajes y faltriqueras vacías; los ganapanes de falsarios bulderos de santas cruzadas, montadores de milagros y decidores de oraciones; los sacristanes roedores de bodigos; los pregoneros de almonedas, vinos nuevos y honras manchadas; los pupilos de alguaciles farsantes, capellanes avaros y maestros de pintar panderos, hasta los merolicos de inusitada etimología y digna verdad, los sorpresivos

y asaltantes lavadores de parabrisas, los sensibles faquires que se acuestan sobre vidrios de botellas de cerveza, los dadores de toques eléctricos, los curadores verbales de hemorroides y de impotencias, los coyotes de verdes dientes y afilados colmillos, los movedores de panza agusanada.

El mendigo que sólo pide por amor de Dios ha recibido la más brutal de las cornadas que da el hambre. El hambre, que desde tiempos inmemoriales ha avivado la imaginación y ha creado la cultura, al mendigo acabó por comerle la agudeza y el ingenio: por amor de Dios.

Gineceos

> El sexo débil, ni tan débil; el sexo fuerte, ni tan sexo.
>
> EDMUNDO O'GORMAN

Entonces yo vivía de enseñar literatura a señoras ricas.

Después de varios años de impartir algunas clases en la Facultad de Filosofía y Letras como profesor de asignatura, no había obtenido siquiera una plaza de profesor asociado «A» de medio tiempo, la más baja en el escalafón del personal académico de carrera de la Universidad Nacional Autónoma de México. Complementaba entonces mi modesto salario con los estipendios provenientes de los *gineceos,* como los profesores que dábamos clase en ellos les llamábamos, entre socarrones y pícaros, a los grupos de señoras que se reunían para cursar asignaturas tan extensas y ambiciosas como Historia de las Religiones, Pintura Europea del Renacimiento y el Barroco o La Nueva Novela Latinoamericana.

A pesar de que esa práctica docente no le aportara ningún prestigio a mi *curriculum*—antes bien, podría ir en detrimento suyo —, no me compungía vivir de las mujeres ricas. Mis aprensiones académicas se desvanecían cuando a las puertas de las casonas que las acogían, entre los coches último modelo protegidos por choferes que también hacían las veces de guardaespaldas, me topaba con distinguidos colegas universitarios que estaban en la misma nómina que yo, como mi querido y admirado Luis Rius, mi profesor de

Literatura Medieval en los primeros años de la carrera. Por su proverbial guapura y el duende que le dictaba cada una de sus palabras, de él estaban enamoradas todas mis compañeras de entonces. Y después, a su manera, también estas señoras, que disfrutaban, arrobadas, la apostura y la gracia del maestro. Y su pronunciación castellana cuando leía, con regocijo contagioso, paladeando cada sílaba, romances caballerescos que lo mismo se remitían a las conquistas amorosas que a las reconquistas territoriales en la España de la baja Edad Media. De esas mansiones vi salir, igual que a Rius, a otros profesores de la facultad, como Sergio Fernández, Huberto Batis, Germán Dehesa, Vicente Quirarte, Eduardo Casar. También a escritores ya consagrados: Carlos Pellicer, Juan José Arreola, Octavio Paz, que de tarde en tarde se prestaban a deleitar los oídos y los corazones de tan solícitas damas a cambio de la admiración que les profesaban y también, claro, del emotivo cheque que les depositaban en sus cuentas bancarias.

A mí, la verdad, me encantaba pertenecer al elenco sacerdotal de esos santuarios que me permitían complementar mi magro sueldo de profesor de asignatura y que ejercían sobre mi persona una fascinación rayana en la perversidad. Desde que entraba en el lugar donde impartía mi clase —la sala de la casa, el comedor o un salón construido a propósito para cumplir esta función—, me embriagaba la finísima competencia de perfumes que tejían la trama de una nueva atmósfera, tan celestial como mundana; me seducía la sensual sonoridad del recinto —las risas de pronto sofocadas, las ligeras toses, el roce sensual de las medias de nailon sobre las sillas —, y me excitaban hasta el sonrojo esas miradas pestañudas, ávidas y a veces desafiantes, que se clavaban en mi voz.

El doctor Luis Rius y yo nos cruzábamos todos los martes en la puerta de la casa de la Güera Turrent de la calle de Cascada en el

Pedregal de San Ángel. Yo llegaba a impartir mi clase a la hora en que él terminaba de dar la suya, y de ambos brotaba un gesto de complicidad que nos comprometía a guardar silencio y a no revelar a nadie el secreto de nuestra concurrencia en semejante lugar, como si se tratara de una casa de mala nota y no de una casa de familia, dedicada, a sus horas, al encomiable estudio de la literatura, de la historia, de la filosofía. Un día, para justificar su docencia en ese grupo, Rius me dijo, alzando los hombros y sonriendo con cierto cinismo: «Gonzalo, estas señoras huelen bien... y pagan bien». Años después, cuando regresó a dar clases tras un largo viaje a España, el primero que hacía desde que la Guerra Civil lo había destetado de su patria a los escasos nueve años de edad, me dijo, alzando de nueva cuenta los hombros y con una sonrisa de resignación: «Gonzalo, la verdad es que ahora estas señoras huelen mejor de lo que pagan».

A pesar de lo que digo, aquellos cursos no estaban regidos por la frivolidad. Y lo sé a ciencia cierta porque a lo largo de una década llegué a impartir clases en diez «gineceos» distintos. Es cierto que algunas señoras asistían sólo para salir del aburrimiento que el ocio o la rutina doméstica les infligía y, en el mejor de los casos, para compensar, con una actividad legitimadora y plausible, el tiempo invertido en el juego de canasta, la plática insulsa de café o el *shopping* en McAllen o San Antonio. Pero las más iban ahí para saciar una sed de años, alimentar una inteligencia desperdiciada y cultivar una sensibilidad aún silvestre, aunque yo, en ese entonces, no me percatara de la enorme valía que tal esfuerzo llevaba consigo y contribuyera, con mis propios prejuicios, al descrédito de que eran víctimas. Con la excepción de algunas de ellas que se pasaban la clase cuchicheando como niñas de secundaria o pintándose las uñas desfachatadamente mientras yo hablaba de la poesía de Ramón

López Velarde o de Xavier Villaurrutia, las señoras no se perdían palabra de mi clase, tomaban apuntes y leían por su cuenta todos los libros sugeridos en la bibliografía del curso, como no lo hacía la mayor parte de mis estudiantes de la facultad.

Si estas señoras no habían ido a la universidad, tenían en su haber, a cambio, muchas prendas culturales de las que difícilmente habríamos podido ufanarnos los propios profesores, y mucho menos nuestros estudiantes universitarios: los viajes y sus respectivos itinerarios de museos, conciertos, festivales, galas, exposiciones —porque quizá no habían entrado nunca a la Catedral de México ni asistido al Auditorio Nacional, pero por supuesto que habían pisado Notre Dame y habían tomado champán en los entreactos del Metropolitan Opera House de Nueva York—; las lenguas extranjeras, aprendidas a temprana edad en costosas escuelas bilingües; el roce social con personalidades de la alta cultura y de la alta política e, incluso, la sofisticada educación de los sentidos, que traía aparejadas las cualidades metafóricas atribuidas a cada uno de ellos. El paladar de las mejores mesas y el buen gusto. El olfato de los más sutiles aromas y la astucia. La vista del arte y la visión de la vida. El oído del concierto y la comprensión del interlocutor. El tacto de las más finas texturas y la prudencia. Y también, el mayor de los sentidos, el sentido del humor, sólo estimulado por la inteligencia compartida. Casi todas ellas eran listísimas; alegres y pícaras, como colegialas extemporáneas, y encontraban en estos grupos su propio rejuvenecimiento y —como llegué a constatarlo en más de un caso— la redención de sus miserias, particularmente las maritales.

La mayor parte de los diez «gineceos» en los que di clase eran similares en la composición de su alumnado, pero diferentes en sus propósitos prioritarios: unos pretendían enseñar a leer y otros, a escribir.

Por lo regular, los de «lectura» estaban integrados por señoras casadas y de buena posición económica que no tenían un trabajo formal permanente ni habían culminado una carrera universitaria. No ejercían ninguna profesión, aunque tampoco habrían aceptado su mera condición de *amas de casa.* Con razón, porque, en rigor, no lo eran; o lo eran sólo de tiempo parcial. Cuando sus hijos crecieron, estas señoras empezaron a realizar, al margen de la vida doméstica, actividades de carácter social, artístico, deportivo o cultural. Unas desempeñaban tareas filantrópicas, otras tomaban clases de pintura, de baile o de apreciación musical, practicaban el tenis o la natación u organizaban excursiones a lugares de interés tanto de México como del extranjero... Si se inscribían en un grupo «de lectura» —en el sentido más amplio de la palabra— era porque deseaban estudiar de manera extracurricular lo que no habían estudiado formalmente en su momento. Querían saber algo de literatura, pero también de historia del arte, de música, de filosofía, aunque fuera de manera superficial: tener un *barniz cultural,* como se solía decir.

A esta categoría pertenecía, en sus orígenes, el grupo que sesionaba en la casa de la Güera Turrent, donde impartí clase durante un decenio. Al principio, sólo se reunía un número reducido de señoras, tantas como las que cabían sentadas en el comedor de la casa, donde el profesor en turno ocupaba la cabecera; después, como las solicitudes de participación se hicieron más numerosas, la Güera construyó un aula en su espacioso jardín, lo que le permitió ampliar su convocatoria, tanto en el número de estudiantes como en el de profesores, y diversificar su oferta académica; finalmente,

aquel «gineceo» doméstico acabó por convertirse en un centro de estudios humanísticos, reconocido por la Secretaría de Educación Pública y facultado para expedir títulos profesionales.

También di clases en otros tres grupos similares al de la Güera —el de la señora Esperanza Guillén, el de la señora Lilia Moreno de Maas y el de la señora Mercedes Pesqueira, que no tuvieron el mismo desarrollo que aquel y se quedaron, unos más que otros, en el ámbito casero y amistoso.

Uno de ellos rebasaba en su estructura la condición privada de los demás, pues se desarrollaba bajo la égida de una institución pública: el Centro Cultural Helénico. Pero entonces era igual al resto de los grupos en los que impartía mis cursos, con la salvedad de que las señoras se sentaban en las butacas aterciopeladas del teatro a escucharme, y yo disertaba desde el proscenio, iluminado por reflectores de colores rojos o ambarinos. A ellas les faltaba una paleta donde poder tomar notas y a mí un pizarrón donde plasmar mis esquemas. Su ventaja consistía en que mis honorarios me los pagaba la institución con todas las formalidades del caso y no tenía que exponerme, como en otros grupos, a una situación por demás incómoda: que al final de la clase me dieran un dinero en efectivo, a veces sin la elemental indumentaria de un sobre, y, en algún caso bochornoso, después de solicitar a cada señora, delante de mí, que aportara su correspondiente cuota.

Dentro de esta categoría, debo incluir un «gineceo» heteróclito, que surgió por iniciativa de algunas de las mujeres más asiduas a los cursos organizados por la Güera Turrent. Un buen día, *motu proprio,* por presión de sus celosos maridos o por deseos de compartir con ellos sus lecturas, estas señoras decidieron que los matrimonios se reunieran una vez a la semana en cada casa para cenar y escuchar, antes, una conferencia sobre un libro predeterminado. Durante

varios años, yo fui el conferencista de esas cenas hebdomadarias. Daba mi plática a la hora del aperitivo, siempre un poco incómodo porque algunos maridos llegaban tarde e interrumpían mi plática al pedir perdón por interrumpirla o se levantaban a media exposición para servirse otro trago; porque, a falta de un escritorio profesoral, tenía que hablar sentado en un sofá de la sala, en el que siempre me hundía con todo y los apuntes y los libros que llevaba, y porque, a diferencia de todos los concurrentes, iba solo, desparejado. Bueno, a diferencia de casi todos porque entre los matrimonios había una excepción: Hada Williams, a quien la reciente viudez le había sentado de maravilla. Una mujer de origen español, procedente del exilio republicano, guapa, garbosa. Le brillaban los ojos, se le desplegaba una sonrisa monumental y se le subían los colores a las mejillas —no por puritanismo, qué va, sino por la inocultable pasión de su temperamento— cuando yo leía algún poema o algún pasaje narrativo ligeramente erótico. Después de mi plática y de los comentarios que suscitaba, pasábamos al comedor, donde tenía lugar la competencia gastronómica, que era lo más importante de la reunión. No se trataba, pues, de una conferencia con cena sino de una cena con conferencia. Cada señora rivalizaba por lo bajo con la que había sido anfitriona la semana anterior, aun cuando todas ellas se disculpaban por la sencillez y la improvisación del banquete que ofrecían. Un gineceo heteróclito por su composición mixta, sí, pero *gineceo* al fin. La voz cantante la llevaban las mujeres, que eran las que más leían. Algunas de ellas, con profundidad y agudeza deslumbrantes. Temerosos de quedar relegados a un segundo plano, varios maridos intervenían con sus comentarios en las discusiones, ¡aunque no hubieran leído el libro que se analizaba!, como semana a semana lo ponía en práctica con tanta vehemencia como cinismo uno de los maridos, abogado de profesión. Podía enfrascarse en una

discusión acalorada a propósito de una obra literaria para él desconocida, con tal de opinar de manera discrepante sobre lo que alguno de los contertulios había comentado en su intervención.

La otra categoría era la de los talleres «de escritura». Su integración era semejante a la de los grupos «de lectura», con la diferencia de que, en su mayoría, las señoras concurrentes eran menos convencionales que las otras y no tenían como prioridad leer, sino escribir, o más bien leían en función de su escritura. De estos, el que más frecuenté fue el que regentaba Alicia Trueba. Muchas de las mujeres que lo integraban tenían una rebeldía agazapada y generaban entre ellas una sinergia disruptiva que se transparentaba en los textos que escribían.

Ese taller nació a la vera de Elena Poniatowska. Acudí por primera vez a él por invitación de una de las fundadoras, Magda Solís, profesora de origen chiapaneco que se desempeñaba como responsable de Difusión Cultural de una de las escuelas periféricas de la UNAM, la de Estudios Profesionales de Acatlán. Yo la conocía porque habíamos coincidido en algún seminario dirigido por Sergio Fernández en la Facultad de Filosofía y Letras y porque me había publicado un par de artículos en *Libreta Universitaria,* la revista que dirigía en Acatlán y en la que participaban, entre otros, Vicente Quirarte y Antonio Marquet. Todavía recuerdo la primera plática que di, a mediados o finales de los setenta —antes de que el taller sesionara los jueves en la casa de Alicia—, en un club deportivo ante un nutrido grupo de señoras, entre las que estaba, discretamente sentada en la última fila, Elena Poniatowska. El tema fue el de mi tesis de grado, el surrealismo y lo real maravilloso-americano.

Alicia Trueba hacía pasar por madera preciosa el espeso barniz de su cultura. Las señoras que acudían a su casa de Tlacopac querían ser escritoras, como Elenita (así la llamaban), a quien admiraban

hasta el arrobamiento. Recuerdo entre ellas a Carmen Carrara, Rosa Nissan, Guadalupe Loaeza. Trabajaban con gran empeño bajo la tutela de talentosos escritores —Hugo Hiriart, Vicente Quirarte, Eduardo Casar, Juan Villoro y la propia Elena Poniatowska—, que ponían constantemente a prueba la vocación de sus alumnas. Si la había.

Asistían también a ese grupo, no necesariamente como pupilas, pero tampoco como profesoras, Magda Solís, que apoyaba a Elena y a Alicia en la organización de los cursos; Silvia Molina, que para entonces ya se había hecho acreedora al Premio Xavier Villaurrutia de escritores para escritores por su novela *La mañana debe seguir gris,* referida al poeta José Carlos Becerra, muerto en Italia a una edad muy temprana en un accidente automovilístico, y, a propuesta mía, Marie-Pierre Colle, corresponsal en México de las revistas *Vogue* y *House & Garden* y autora de libros dedicados a la cocina y a las artes plásticas mexicanas.

Yo hablaba de literatura, pero no tenía la pretensión de enseñar a escribir a nadie. Prefería disertar sobre mis escritores más amados —Cortázar, Carpentier, Borges, sor Juana, López Velarde, Villaurrutia — con el propósito de que las señoras pudieran leerlos con profundidad para beneficio de su propia obra. Aun así, con frecuencia me veía compelido a leer sus textos, comentarlos y hasta calificarlos. Y acabé por dirigir varios talleres de creación literaria.

Muchas veces las lecturas que mis alumnas hacían de las obras que analizábamos me resultaron reveladoras por frescas o por insospechadas. Enseñaba, sí, pero también aprendía. Y de lo que más aprendía era de sus reacciones ante textos para algunas de ellas totalmente sorprendentes, que les modificaban sus creencias y sus convicciones. Nada me cuesta confesar que gracias a mis clases varias señoras trasladaron a su propia vida las lecturas que hacían

bajo mi tutela y se expusieron a transformaciones radicales, siempre emancipatorias. Con la lectura de Cortázar, por ejemplo, les pasó lo mismo que me había sucedido a mí años atrás: pusieron en tela de juicio los valores que habían asumido desde siempre y se enfrentaron al mundo con espíritu renovado y juvenil. Muchas de ellas, por cierto, optaron por la ruptura matrimonial e hicieron una nueva vida.

Un taller que no era mío en sus orígenes, pero que acabé por «expropiar», fue el que me encomendó conducir la Güera Turrent al margen de la clase de literatura mexicana que impartía regularmente en su aula. Estaba conformado por pocas mujeres, todas muy empeñosas en su quehacer escritural: Jaya Cotic, Paloma Sulkin, María Elena Briseño y Sofía Urrutia. También, Lillian Liberman, que había sido compañera mía en la Facultad de Filosofía y Letras y desarrollaría después una labor importante en la cinematografía nacional y en el movimiento feminista francés, pero ella no persistió en el grupo cuando me lo llevé a mi casa de Mixcoac. No recuerdo si por motivos administrativos o curriculares, un día el taller dejó de tener cabida en la casa de la Güera. Las cuatro alumnas me pidieron que continuara dirigiéndolo en otra parte. A partir de entonces sesionamos en mi casa una vez por semana con gran provecho literario. Y alimenticio también. Las señoras se presentaban con un pastel, unas galletas, un platón de quesos y embutidos o una botella de vino. Y yo me sentía muy feliz de recibirlas. Las cuatro eran muy inteligentes, tenían trabajos literarios en proceso y estaban tan bien dispuestas a oír mis opiniones como a comentar los borradores de *Amor propio,* mi primera novela, que yo, en reciprocidad, les leía.

También en mi casa instalé otro taller de creación literaria, dedicado, bajo los auspicios de la Editorial Trillas, a la literatura

infantil, en el que varios jóvenes talentosos que habían sido mis alumnos elaboraban bajo mi dirección textos para niños.

Y uno más: el taller de creación literaria que conduje en Culiacán, Sinaloa, invitado por mi amiga Tere Uriarte, esposa del gobernador Francisco Labastida Ochoa. A Culiacán me desplazaba un fin de semana al mes. El viernes por la noche dictaba una conferencia abierta al público general sobre algún escritor —Garcilaso, Góngora, sor Juana, López Velarde, Pellicer, Borges, Lezama Lima, García Márquez—, el sábado dedicaba todo el día —mañana y tarde— a escuchar y comentar los textos de los talleristas y el domingo comía en el restaurante Los Arcos con algunos de ellos antes de tomar el avión para volver a la Ciudad de México. En mi ausencia, dirigía el taller el escritor Élmer Mendoza, que había sido alumno mío en la universidad. A ese taller asistía una muy talentosa poeta culiche, Acela Bernal, que escribió un poema memorable que respondía muy bien a este afán libertario de las mujeres que acudían a los «gineceos», titulado *«La mitad de mi cama».* Transcribo una de sus estrofas:

La mitad de mi cama
es fresca y olorosa
Recibe mansamente cada noche
mi cuerpo dolorido
Es un lecho de hojas
donde van las arañas
a morder mi obediencia
que dormita
es una cresta de ola
donde naufraga la lujuria
y esta amargura lánguida

En su antiguo regazo
concebí girasoles
que por buscar su luz
me van cegando
Por lavarme las cuencas de los ojos
en su blancura lloro
me duermo en el insomnio
en ocasiones gozo
Sobre sus tablas
alguna vez me humillan.

La mitad de mi cama
es fresca y olorosa
llego hasta ella cada noche
la abrazo
y me derramo.

*

En esos años de los gineceos yo mantenía vivo mi entusiasmo por la obra de Alejo Carpentier. Mucho me interesaban sus planteamientos sobre el barroco, que rompían esquemas históricos en beneficio de pulsiones culturales de mayor alcance temporal. Para Carpentier, el barroco en la América nuestra no sólo era un estilo artístico, procedente de Europa, que había florecido en estas tierras donde adquirió peculiaridades distintivas; era también y sobre todo la manifestación palmaria de un carácter propio, que no se circunscribía a un periodo histórico determinado, sino que, tomado en un sentido amplio, abarcaba desde los tiempos precolombinos hasta nuestros días; desde —pongamos por caso— la arquitectura

del conjunto ceremonial de Mitla en Oaxaca, cuyas grecas son meramente ornamentales y carecen de significación —como todas las efusiones decorativas del barroco—, hasta las mejores novelas contemporáneas, como las de su propia autoría.

El barroco era tema constante de mis clases en la universidad y también en mis grupos extrauniversitarios. Y no lo constreñía a su dimensión histórica para hablar de los españoles Góngora y Gracián o de los novohispanos sor Juana y Sigüenza, sino lo proyectaba hasta la modernidad de los escritores considerados neobarrocos, como los cubanos José Lezama Lima, Guillermo Cabrera Infante, Severo Sarduy, además del propio Carpentier. Tampoco me limitaba al ámbito de la literatura; lo abordaba en términos ideológicos y estéticos y ponía particular énfasis en la arquitectura —o en la exuberante ornamentación que la ocultaba—. Había publicado ya mi libro *Tiempo cautivo* sobre la Catedral de México, que es un homenaje a la arquitectura mexicana y en especial al barroco que la ornamenta y que le imprime carácter. No fue raro, entonces, que surgieran las «prácticas de campo» en ese taller, como habían surgido en mis grupos universitarios, ni que yo, extraclase, ejerciera una función de *cicerone,* a la manera, toda proporción guardada, en que la habían profesado en la facultad los historiadores del arte Justino Fernández o Francisco de la Maza.

Guie a mis alumnas del taller de Alicia Trueba y de otros grupos, como el de la señora Maas, lo mismo por el centro histórico de la Ciudad de México que por algunos sitios bastante cercanos, que yo había recorrido de la mano de mi hermano Miguel infinidad de veces y cuyo valor arquitectónico él me había enseñado a reconocer y apreciar desde que yo era niño. Varias veces las conduje por las calles del centro de la ciudad repitiendo, de día, el itinerario que con mucha frecuencia recorría con mis amigos por las noches al salir del

Bar León. Una de las calles que más me gustaba transitar era Moneda, donde tienen asiento el Palacio arzobispal y su majestuoso patio central; el modesto edificio en que se estableció la primera imprenta de América; la iglesia tambaleante de Santa Teresa la Antigua en la calle perpendicular de Primo Verdad; los palacios gemelos del Mayorazgo de Guerrero, en uno de los cuales instaló su taller de grabado José Guadalupe Posada; la iglesia de Santa Clara —hoy Museo José Luis Cuevas— con sus puertas también gemelas que indican, paradójicamente, tanto la entrada como la clausura, pues una de ellas existe sólo para significar que nunca se abrirá; la antigua Academia de San Carlos, en cuyo predio tuvo sede el hospital del Amor de Dios, donde se trataban las enfermedades venéreas y en el que ejerció de capellán, una vez readmitido en la Compañía de Jesús de la que había sido expulsado en su primera juventud, el pícaro intelectual don Carlos de Sigüenza y Góngora, amigo y confidente de sor Juana, y, al final de la calle, la iglesia de La Santísima, que ostenta en el medallón central de su fachada churrigueresca una *piedad masculina,* como la llamó Umberto Eco, pues es Dios Padre, y no la Virgen María, quien sostiene en su regazo al Hijo muerto.

Un recorrido fuera de la ciudad que repetí en varias ocasiones empezaba en el convento franciscano de Huejotzingo dedicado a san Miguel Arcángel, en cuyas capillas posas y en los murales de su claustro se manifiesta el arte *tequitqui,* como José Moreno Villa bautizó al realizado por manos indígenas que se subordinan a motivos y diseños cristianos pero que involuntariamente dejan en sus obras la huella de sus reminiscencias prehispánicas; seguía por la ciudad de Puebla, donde visitábamos, entre otros monumentos, la Capilla del Rosario —«una chorretada de ornamentación sin tregua ni paréntesis espacial libre», como la definió Lezama Lima—,

aledaña al convento de Santo Domingo —en cuyo atrio, según se cuenta, recibió una puñalada mortal el poeta sevillano avecindado en México, Gutierre de Cetina—, y terminaba en Cholula y sus iglesias periféricas de Santa María Tonantzintla y San Francisco Acatepec —«derrota de lo pitagórico», diría Carpentier— en las que comulgan, en simbiosis prodigiosa, el barroco español contrarreformista y la libérrima expresión popular indígena.

Atuendos primaverales, finos sombreros de palma adornados con pañoletas coloridas, zapatos deportivos, las señoras acudían encantadas a estas excursiones, con entusiasmo juvenil y con una amplísima parafernalia de *girl scouts,* desde repelentes contra los mosquitos y protectores solares hasta canastas pletóricas de viandas y refrescos. A mí me gustaba ver en sus rostros la fascinación mimética que les causaba nuestro fascinante arte barroco.

Del tablao flamenco a la literatura infantil

Una noche me enamoré de una bailaora.

Yo entonces no sabía nada del flamenco. Alguna vez, cuando aún no había salido de la adolescencia, mi hermano Benito me había llevado al Gitanerías de la calle de Oaxaca, donde bailaba Pilar Rioja, a oír declamar a un argentino llamado Rafael Acevedo, que se hacía pasar por andaluz, y que recitaba muy malos poemas, de los que narran historias completas, pero carecen de aliento épico y en cambio abundan en sentimentalismos baratos: «Toíto te lo perdono / menos faltarle a mi mare, / que a una mare no se encuentra / y a ti te encontré en la calle...»; o «Porque sin ser tu marío / ni tu novio ni tu amante, / soy el que más te ha querío / y con eso tengo bastante...». Debo confesar que a mí, entonces, me encantaban esos versos, dichos con voz trémula, énfasis excesivo y gestualidad sobreactuada. Por eso me invitó al Gitanerías Benito, que conocía mis debilidades —porque esa vaya que era una debilidad—. Tendrían que pasar algunos años para que diera el brinco de mi libro *El declamador sin maestro* a la lectura de Rubén Darío, Ramón López Velarde o Pablo Neruda, que modificaron mi gusto por la poesía. O más bien, que me hicieron distinguir, con el ejemplo de su propia obra, la poesía de lo que no lo era, aunque pretendiera serlo.

Pero el flamenco, es decir el baile y el cante jondo no me gustaban. Por lo poco, poquísimo que había visto en la televisión o en algunas películas, sentía que las bailaoras eran demasiado viriles con esos desplantes que podrían hundir las duelas del suelo de un

taconazo, mientras que los hombres, con su delgadez, el movimiento delicado y revolvente de sus largos dedos y la altura de su talle —señalada por unos pantalones que casi les llegaban a las tetillas y les amujeraban las nalgas—, eran demasiado femeninos. Y ni qué decir del cante, ese quejido vibrante, lastimero y prolongado, casi ininteligible, que se me antojaba el gemido de un animal en el momento de ser sacrificado. Pero es que no tenía la menor idea del flamenco. Quizá lo identificaba prejuiciosamente con la España cañí del clavel, las castañuelas y la pandereta.

Así que cuando mis amigos Gus y Busi me invitaron aquel viernes en la noche a El Corral de la Morería, remedo en la Ciudad de México del tablao de ese nombre en el barrio de Las Vistas de Madrid, yo todavía relacionaba el flamenco con Los Boyeros y Los Churumbeles de España, que de tanto en tanto sonaban en el tocadiscos de mi casa. De todo ello, lo único que me atraía —¡y de qué manera!— era el abisal escote de Sarita Montiel en la portada del disco *El último cuplé,* frente al cual hice mis primeros trabajos manuales.

Se trataba de acompañar a Pilar Medina, amiga de Gus y Busi, que esa noche hacía su debut en El Corral. Tez de mazapán, sonrisa de alto voltaje, mirada macarena y gracia autodidacta, Pilar había decidido hacerse profesional del flamenco con los timoratos antecedentes de haber bailado en el Club España la jota aragonesa y alguna que otra sevillana, que poco tienen que ver con el flamenco, según supe después. Pero la vocación la llevaba bien calzada.

Gus y Busi habían reservado mesa de pista para los amigos. Por ellos, más que por Pilar, a quien entonces muy poco conocía (aunque de ella me encantaran la sonrisa y sus derivados: sendos hoyuelos en las mejillas), me sentí apremiado a asistir a El Corral de la Morería aquel viernes de finales de marzo de 1981, sin saber lo que me esperaba.

Era una buena mesa, en efecto. Es más: la mejor. Desembocaba en el mero centro del escenario, aunque todas las mesas eran buenas, pues se disponían radialmente en el reducido espacio, al modo de las crujías de las construcciones panópticas dedicadas a cárceles y hospitales, y desde cada una de ellas se podía ver sin estorbos el espectáculo.

Después de pedir los tragos y las tapas de rigor y de escuchar la sonoridad ambiental de palmas y olés que acompañaban la música grabada, se apagaron las luces de la sala, se encendieron las del foro, salieron a escena dos cantaores, dos guitarristas y cuatro bailaoras que se sentaron en unas sillas de palma ataviadas con mantones de Manila y colocadas en el fondo del escenario. De pronto, las cuatro bailaoras, con vestidos de lunares en los cuerpos acinturados, gallardas peinetas en los chongos recogidos, claveles en las orejas y lunares pintados en las mejillas, se levantaron de sus asientos en un acorde preciso y empezaron a bailar «por sevillanas» —según me enteré después.

Ahí, bajo esa iluminación, con esa música, envuelto en esa atmósfera y su temperatura y su humedad, justo en ese preciso momento, que podría haber sido irrepetible, pero fue todo lo contrario, yo me enamoré de Lorena Vargas.

*

Cuando el ingeniero Víctor Bravo Ahuja fue designado secretario de Educación Pública, su esposa, Gloria Ruiz, emprendió una desafiante tarea: la elaboración de los libros de texto gratuitos del área de Español. En ese equipo de trabajo, al que fui incorporado, conocí a la doctora Elizabeth Velázquez. Chaparrita, regordeta, anteojuda, y ataviada con una sonrisa permanente que no era manifestación de

placidez, sino de inteligencia. De inteligencia irónica y autocomplaciente.

En lugar de ponerse a tejer chambritas o bufandas en las horas muertas, como hacían tantas burócratas de la Secretaría de Educación Pública, Elly, como le decían sus compañeras de trabajo, se dedicó a leer a Jean Piaget. Había hecho la carrera de maestra normalista y al cabo de los años, transfigurada en la doctora Elizabeth Velázquez, fue reconocida como autoridad académica en el ámbito de la enseñanza elemental.

Yo entonces guardaba una amable aversión a la pedagogía, originada en los cursos de Didáctica de la especialidad que me vi obligado a tomar en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM al término de mi carrera de Lengua y Literatura Españolas. No me sirvieron para nada; antes bien, me perjudicaron, a no ser que en desechar aquellas acartonadas y pueriles enseñanzas haya residido su provecho. Quizá por eso le reí a mi querido amigo Eduardo Casar, doctor en Letras y grandísimo poeta, su hiperbólico chiste: «Mira, Gonzalo, ahora que tenga veinte minutos libres, me voy a hacer un doctorado en Pedagogía».

Pues a pesar de mis remilgos, Elizabeth me cayó bien. Pero no sólo fue un asunto de simpatía personal, sino de reconocimiento. Era un excepcional referente pedagógico en el desierto de los referentes pedagógicos del país de ese momento.

Escribí entonces algunos cuentos de literatura infantil para alimentar los libros de lectura del área de Español. Recuerdo uno titulado «Dos amibas amigas», que se desarrolla en el infinito universo del estómago de un personaje; «¿Entonces qué chiste?», que describe la desesperante situación de un niño que, en el juego de las escondidillas, se oculta tan bien, que nadie lo encuentra y todos sus compañeros acaban por olvidarse de él, y también una

obrita de teatro en la que un poeta, un científico y un payaso responden, cada uno a su manera, a la pregunta que les formula la niña Jacinta y que le da título al texto: «¿Qué hace el viento cuando no sopla?». Jamás una novela mía alcanzará el número de lectores que tuvieron esos cuentos, cuyo hospedaje en los libros de texto gratuitos les dio la oportunidad de que se editaran en tirajes millonarios. Algunos de ellos, según entiendo, se siguieron incluyendo en esos materiales escolares a lo largo de los años.

Trabajamos arduamente en la elaboración de esos libros hasta que se terminó el sexenio del presidente Luis Echeverría.

*

Lorena Vargas era su nombre de batalla.

Lorena, por la versión española de su nombre de pila; Vargas, por el maestro que le enseñó a bailar en español. En realidad, se llamaba Lauren Rubin Morganstern. Era una mujer judía, de origen rumano, nacida en Boston, que bailaba flamenco en México. ¡Vaya danza curricular!

Había estudiado balé en Boston desde niña y había seguido una carrera de bailarina clásica. Hasta que un buen día el flamenco le modificó radicalmente su pasado, su presente y su futuro. Se topó de bruces con ese baile en algún espectáculo de Nueva York. Y se convirtió a él como san Pablo al cristianismo en el camino de Damasco. Fue, como les gusta decir ahora a los estudiosos de la literatura, *una epifanía.*

De la misma manera que yo me enamoré de ella, en un instante, ella se había enamorado del flamenco y, a partir de ese momento, había dispuesto toda su vida en función de corresponder a ese amor, que se le volvió una necesidad primaria e inaplazable. Se trasladó a

vivir en la Ciudad de México, aprendió español básico, conoció a Manolo Vargas, estudió día y noche con él hasta que, después de varios años de preparación, tuvo la posibilidad de sumarse al elenco de El Corral de la Morería, en el que compartía el foro con bailaores como Carmen Mora y Cristóbal Reyes, figuras mayores del flamenco. Bailaba por sevillanas, por alegrías, por rumbas y por bulerías, palos alegres y festivos, pero también llegó a bailar farrucas, seguiriyas y hasta el garrotín con todo y escobilla, que ya es decir.

Su nombre de batalla, como digo, era Lorena Vargas, pero el público asiduo la llamaba «La Boston». Así la jaleaban cuando yo la conocí y me enamoré de ella, cosas que ocurrieron en el mismo momento, sin siquiera la interrupción de un parpadeo o de un suspiro.

Al ver mi enamoramiento, Pilar Medina me la presentó en el acto, más bien en el entreacto. Se sentó con nosotros a la mesa. Era fascinante. Hablaba un rudimentario español peninsular, más específicamente andaluz, con marcado acento gringo. Pero debo decir que esas limitaciones no afectaban la comunicación, pues no hablaba tanto con la boca como con el cuerpo y, sobre todo, con los brazos y las manos, que siempre estaban bailando.

Debo añadir que mucho contribuía a su expresión corporal su debilidad visual. Lorena era casi ciega. Además de haber desarrollado, a causa de esa limitación, el sentido del oído, suplía con sus movimientos el lenguaje de los ojos, ocultos, fuera del escenario, tras unos gruesos y potentes anteojos, que no rimaban ni con sus arracadas ni con el clavel en la oreja y que apenas aminoraban un poco su discapacidad. Siempre me he preguntado si fue por no verme que ella también se enamoró de mí.

Era tal la expansión de los movimientos de sus brazos y sus manos, que tiempo después, al recordar el momento en que se

sentó con nosotros a la mesa de El Corral de la Morería, describí esa mi primera impresión en una especie de aforismo dialógico:

Pásame la sal —le dije—. Y me pasó el mar.

*

Después de la experiencia adquirida en semejante faena, Gloria Ruiz de Bravo Ahuja pensó que podría formar un nuevo equipo para elaborar libros de Español, pero ahora para la educación secundaria, que tendrían que competir en el libre mercado de los textos de enseñanza media básica, que no se rigen por la obligatoriedad del libro único que priva en la primaria.

La presencia de Elizabeth Velázquez fue de nueva cuenta determinante. Se sumó al grupo, en el que ya participaban varios pedagogos, varios lingüistas y sólo un literato, para decirlo de algún modo, que era yo. Por estar solo en el área de la literatura, se me hizo la concesión de integrar al equipo a algunos colaboradores, que eran o habían sido alumnos míos en la Universidad Iberoamericana o en la Universidad Nacional, y que, conmigo, harían el contrapeso literario a la información lingüística de esos libros: Ana Castaño, Carmen Boullosa, Héctor Perea y Pancho Hinojosa —quien con los años se convirtió en el escritor más exitoso de literatura infantil en México.

La doctora Velázquez gozaba de autoridad intelectual en el campo de la educación escolarizada. No sólo era investigadora de El Colegio de México, sino que había sido contratada por la Editorial Trillas para dirigir el área de literatura infantil de esa próspera empresa, que intentaba suplementar con sus publicaciones la exclusividad de los libros de texto gratuitos de la educación básica, establecidos como únicos en México a partir de 1959.

*

A la noche siguiente, volví al tablao. Solo. No me pude sentar en la mesa de la víspera (no había hecho reservación y me adjudicaron la más alejada del escenario). A la misma hora, bajo la misma luz, con la misma música, la misma temperatura, la misma humedad, ¡ay!, me volví a enamorar. Y así, igual, las noches subsecuentes, porque seguí yendo todos los días.

Cuando uno trata de reconstruir el momento en que se enamora de alguien, el recuerdo se altera, se borra, se distorsiona. Se magnifica o se desdibuja. En este caso no fue así. Cada noche que iba a El Corral de la Morería, se reproducía con absoluta exactitud el momento mismo de mi enamoramiento.

Una de esas primeras noches, invité a mi amigo Eduardo Casar a que me acompañara a ver el espectáculo. Pedimos unos tragos y antes de que empezara el espectáculo nos enfrascamos en una conversación. Con dos tragos encima, Casar se vuelve un ser exclusivamente verbal, enfático e histriónico. Tan pronto se apagaron las luces de la sala y se encendieron las del foro, le dije:

—Casar, por favor, ¡ya cállate! ¡¿Que no ves que dentro de quince segundos yo me enamoro?!

A la segunda semana de asiduidad, logré que Lorena se sentara a solas conmigo en la mesa durante el entreacto, ante la envidia de quienes la jaleaban como La Boston. Yo me quedaba al segundo acto para verla bailar palos más serios, por tangos o por soleares, y para dejarme contagiar de su alegría cuando, al final, todo el elenco bailaba para cerrar el espectáculo una rumba flamenca, durante la cual cada bailaor y cada bailaora tenían ocasión de salir al proscenio y bailar en solitario, luciendo su gracia y su maestría, rodeados por

todos los demás, que les aplaudían y los jaleaban con un entusiasmo que no parecía impostado.

A partir de entonces, ya de madrugada, la llevaba a su casa, en la avenida Michoacán de la colonia Condesa. La dejaba a la puerta de su edificio, todavía ataviada con su vestido de lunares, sus grandes arracadas, su peineta y su clavel de utilería. Nos despedíamos con un beso puntual y puritano en los labios, pero no me invitaba a pasar.

A la tercera semana, una noche de sábado, en lugar de llevarla a su departamento, la invité a mi casa de Tiziano. Por fin pude verla en otro escenario, el de mi recámara, despojada de su vestido de lunares, sus zapatones rojos de bailaora con su elástico en el empeine y su chongo banderillado por una peineta de siete dientes.

*

Una tarde, la doctora Velázquez me abordó para invitarme a dirigir una colección de literatura infantil en la Editorial Trillas. No se trataba de seleccionar textos ya escritos en español o en otras lenguas; se trataba de producirlos, según ciertos criterios de la propia editorial.

La propuesta me interesó. En mi casa de Tiziano, sin ningún problema de espacio, podría instalar el taller.

Así fue. Para llevar a cabo este proyecto, convoqué a mis exalumnos Pancho Hinojosa y Ana Castaño, y también a Gus y Busi, mis queridos amigos: Gus, un excelente músico con una sensibilidad exquisita que sin duda podría escribir, como lo hizo, un relato para niños, y Busi, cineasta en ciernes, cuyo proyecto cinematográfico se centraba ya desde entonces en los vericuetos de la infancia.

Yo no escribiría ningún texto. Pero obviamente, me responsabilizaría de la calidad y de la pertinencia de los que escribieran los integrantes del taller. No quería ser juez y parte ni quería dedicar mis mejores pulsiones a una narrativa infantil cuando ya estaba empeñado en escribir una gran, portentosa, monumental... y fallida novela.

Nos reuníamos todos los martes a las siete de la tarde en Tiziano. Cada uno de los participantes leía sus capítulos, los comentábamos y, tras la crítica y todos sus matices, acabábamos por aplaudirlos, rechazarlos o condicionarlos a una nueva versión. Después de nuestra sesión de trabajo, que duraba más o menos tres horas, preparábamos algo de merendar en la cocina, poníamos un disco de Georges Moustaki, Violeta Parra o Joan Manuel Serrat, nos tomábamos una cuba libre o una copa de vino Undurraga y nos despedíamos al filo de la media noche.

El último martes de cada mes nos visitaba la doctora Velázquez para supervisar nuestra labor, oír algunas páginas de cada uno de los talleristas, comentar algunos aspectos de orden didáctico y hacer su correspondiente reporte a la Editorial Trillas. Esos martes tratábamos de pulirnos, de leer lo mejor que cada quien había escrito y de hacer los comentarios más lúcidos y pertinentes. Al terminar la sesión, ya no nos íbamos todos a la cocina a freír huevos con migas o algo por el estilo, sino a picotear en el salón lo que yo había dispuesto: un poco de jamón serrano, un queso manchego, una *baguette* y unas aceitunas. Y una botella de un vino español, que era más caro, pero no necesariamente mejor que los chilenos que descorchábamos semana a semana.

La doctora Velázquez oía con atención y casi siempre con alborozo nuestros textos, hacía algunos comentarios respetuosos, tomaba

nota, nos felicitaba y se retiraba a una hora demasiado prudente, en el taxi que la esperaba a la puerta de mi casa.

Elizabeth Velázquez nunca supo manejar. Un taxista la recogía en su casa a determinadas horas cuando tenía que desplazarse a El Colegio de México tales días de la semana, y el mismo iba por ella para llevarla a la Editorial Trillas tales otros días, o, una vez al mes, a mi casa de Tiziano. Siempre el mismo taxista, con quien ya tenía una relación de confianza.

*

Mi presupuesto no daba para esa farra diaria. El dueño del lugar, el estupendo bailaor Cristóbal Reyes, que casi no sabía leer ni escribir, pero sí sumar muy bien, no me hacía ningún descuento a pesar de que yo ya me había hecho parroquiano del tablao y de que él sabía, como muy pronto lo supo todo mundo, que yo andaba con La Boston. Pero mi renuencia a asistir todas las noches no sólo era un asunto de dinero. Tampoco me daba el cuerpo, no obstante que apenas contaba con treinta y dos años. Tras mis desvelones, tenía que levantarme a trabajar cada mañana. No pude seguir asistiendo noche a noche, pues. Pero por lo menos acudía una o dos veces por semana, de preferencia viernes o sábado. En esas ocasiones, en vez de llevar a Lorena a su casa, la llevaba a la mía. Todavía nos daba tiempo, antes de meternos a la cama, de tomar una última copa, acompañados por la música de mis nuevos discos: Antonio de Mairena, las hermanas Bernarda y Fernanda —las de Utrera—, el Pericón de Cádiz, El Lebrijano o Manolo el Agujetas.

A veces, entre semana, era Lorena quien llegaba por su cuenta a Tiziano en la madrugada. Yo me despertaba con su insoslayable presencia, esperaba ansioso a que se descalzara sus zapatones, se

despojara del vestido de lunares empapado en sudor, se quitara el maquillaje —incluido el lunar en la mejilla— y se bañara para meterse a la cama conmigo.

Con el tiempo, la relación se sometió a la regulación de la costumbre. Yo iba al tablao sólo los sábados, veía el espectáculo completo y, a la salida, nos íbamos juntos a Tiziano. Los demás días, salvo los martes (el tablao cerraba domingos y lunes), Lorena llegaba a mi casa a eso de las cuatro y media o cinco de la mañana.

A pesar de la rutina que se fue instaurando en nuestras vidas, nuestra relación tuvo muchos altibajos, muchos rompimientos, muchos desencuentros, debidos en buena medida a la discrepancia de nuestros horarios y a la diferencia de nuestras culturas y de nuestras lenguas maternas.

No son estos ni el lugar ni el tiempo para relatar y cantar el poema épico-lírico que fue mi relación amorosa con La Boston o Lorena Vargas, alias «Lauren Rubin Morganstern», que vaciló siempre entre la formalidad y el reventón, que transitó repetidamente entre las despedidas y los reencuentros y que un buen día se desfiguró hasta el vacío, que esta página memoriosa quisiera colmar de manera vicaria.

Lo que sí puedo confesar, en un arrebato de sinceridad germinado a lo largo de los años, es que, cuando estaba a solas con Lorena, en mi casa de Tiziano, o más en particular en mi recámara —en mi cama—, echaba de menos la peineta, el vestido de lunares, el lunar pintado en la mejilla, el clavel en la oreja.

Vestida, como la veía en el tablao, la necesitaba desnuda; desnuda, como la veía en mi cama, la anhelaba vestida.

Detesto las moralejas. Pero puedo decir, a tantos años de distancia, que los amores a primera vista, aun si son repetibles en la imaginación, difícilmente son perdurables en la realidad.

*

Me lo contó Elizabeth Velázquez entre incrédula y sorprendida.

Me dijo que el taxista que la llevaba a todas partes, un día, en rédito de la confianza de sus muchos años de servicio particularizado, le preguntó por los lugares a los que solía llevarla.

Elizabeth le describió de la mejor manera que pudo, simplificando hasta la caricatura, qué era El Colegio de México, ubicado ahí, en el principio de la carretera de Picacho-Ajusco, adonde la trasladaba con mucha frecuencia:

—Es una institución académica, tipo universidad, dedicada a las humanidades y las ciencias sociales. Ahí estudian quienes van a dedicarse a la historia, la lingüística, la literatura, las relaciones internacionales...

—¿Y la Editorial Trillas, allá en Río Churubusco?

—Pues es una empresa que hace libros de texto para primaria, secundaria, preparatoria...

—Ah. Oiga, y ya aquí en confianza, ¿le puedo hacer otra pregunta?

—Sí, claro; ¿qué pregunta?

—Y ese lugar en Mixcoac adonde la llevo una vez al mes, ¿qué es?

—Ah, pues es la casa de un profesor de la universidad que se dedica a hacer libros para niños.

—¡¿Un profesor de la universidad?!

—Sí, de la Facultad de Filosofía y Letras.

—¡¿Y hace libros para niños?!

—Bueno, sí. Él dirige un grupo de escritores que escriben libros para niños.

—¿Para niños?

—Sí. ¿Qué tiene?

—Pues me parece muy raro.

—¿Por qué?

—No me lo vaya usted a tomar a mal, doctora, pero es que yo todas las mañanas, como a las cinco de la madrugada, a este señor le traigo aquí a su casa a una bailarina de un tablao flamenco. Muy guapa, eso sí, y todavía vestida con traje de lunares y toda la cosa.

El Bar de Hada

Española, vasca de San Sebastián para más señas, venida a México tras la derrota de la Segunda República, Hada Raoul (mejor conocida como Hada Williams por haber mantenido el apellido de su esposo, arquitecto de profesión, aun después de haber enviudado) era la única mujer soltera en aquel «gineceo mixto». Estaba tocada por una gracia, una alegría y una vitalidad que la viudez, lejos de marchitarle, acrecentó con liberalidad. No podía ocultar su belleza ni reprimir su natural coquetería: alta, airosa, gallarda, coronada por una sedeña cabellera que no disfrazaba su absoluta canicie y que recogía en un chongo *(moño,* diría ella, a la española) elegante y digno, e iluminada por una sonrisa provocativa y consuetudinaria que nunca tuvo la necesidad de visitar el consultorio del dentista. Le brillaban los ojos y se ponía colorada ante el mínimo elogio a su belleza, que burlaba el paso del tiempo y aun crecía con su inevitable transcurso.

Vivía en una moderna casa de Las Águilas, que había sido construida por su marido. Cuando le tocaba su turno en la distribución rotatoria de las reuniones de los matrimonios en las que yo impartía mi conferencia, Hada ofrecía unas cenas espléndidas que competían ventajosamente con las que servían en otras casas. Tenía un especial gusto por la buena cocina y se hacía de los mejores productos que se ofrecían en el legendario mercado de San Juan, esa especie de *boutique* alimentaria cercana a La Alameda, muy concurrida por los exiliados españoles, en que se expenden los más

insólitos mariscos, los más frescos pescados y una enorme variedad de cortes de carne que permitían la sobrevivencia, en tierras mexicanas, de la gastronomía española, que se basa en el infanticidio: angulas, pulpitos, chanquetes, y crías recentales: lechones, corderos, terneras.

Una noche, después de la opípara cena que nos ofreció y cuando ya se habían retirado todos los «alumnos», Hada me invitó a tomar una copa en su bar, que se ubicaba en un costado del extenso jardín delantero de la casa. ¡Me encantó! Y acabé, de algún modo, por hacerlo mío, aunque mis amigos y yo siempre nos referimos a él cínicamente como «El Bar de Hada que a la larga nos va a salir más barato».

El Bar de Hada que a la larga nos va a salir más barato tenía una barra de madera con su correspondiente contrabarra, en cuyos espejos de fondo se reflejaban las finas botellas de vinos y licores y los vasos y las copas de cristal apropiados para todas las bebidas. Frente a la barra, además de sus clásicos taburetes, se desplegaba un salón con un asiento corrido adosado a uno de los muros y con dos o tres mesas bajas con sus respectivas butacas de cuero. Al fondo, un ventanal corredizo daba a una terraza, colindante con el jardín y habitada por una mesa de fierro con sus asientos y su sombrilla. En las paredes del bar habían sido colgadas dos fotografías de gran formato, en blanco y negro, en las que aparecía el difunto marido, aficionado a la fiesta brava, toreando algún novillo. La cabeza disecada de un astado vigilaba por encima de la barra, con sus negros ojos de vidrio, la ingesta y la conversación de quienes ahí departíamos.

El bar había sido construido por el arquitecto Williams para recibir a sus amigos, beber unos buenos tragos, quizá jugar dominó o póker y conversar al margen de la vida familiar y doméstica. A su

muerte, el Bar de Hada había perdido su uso consuetudinario hasta que esa noche lo descubrí. Lo ponderé de tal manera, con tal entusiasmo, que Hada lo puso «a mis órdenes», como suele decirse en el lenguaje cortés que nos caracteriza a los mexicanos. Yo le tomé la palabra, es decir que la despojé de su obsequiosa condición retórica y la asumí literalmente. Sugerí que la siguiente reunión del «gineceo mixto» que tocara en su casa, mi plática se llevara a cabo en el bar y que, una vez concluida, pasáramos a la casa a cenar. Así se hizo cuando llegó el día. Conforme fueron presentándose los concurrentes, las mujeres se aposentaron en el sillón corrido mientras que los hombres se apoltronaron en los butacones. Yo di mi clase desde una verdadera cátedra —un taburete—, apostado tras la barra, que hizo las veces de escritorio y de tribuna, y armado de un vaso de whisky. Por primera vez en esas sesiones semanales no me sumí en el sofá de la sala de la casa en turno y me ahorré la dificultad para manejar mis apuntes y mis libros. Antes de empezar mi disertación, me ofrecí a servir los tragos de los asistentes, en cumplimiento de una vocación soterrada o subliminal que ha subyacido a la de las letras, la de *bartender*. De no ser escritor, me habría gustado atender un bar, con sus maravillas siempre felices y sus consecuencias no siempre placenteras, desde preparar un dry martini o un negrone hasta lavar los vasos y las copas, desde escuchar la confidencia de un amigo hasta soportar las repeticiones de un borracho, desde elegir y descorchar una botella de vino hasta recoger los vidrios rotos cuando una copa se cae al suelo y se hace añicos. Pues ese gusto lo pude cumplir y satisfacer en el Bar de Hada que a la larga nos va a salir más barato.

Y claro que, a la larga (y a la corta también, por supuesto), como decía yo entre cínico y burlón, el Bar de Hada nos iba a salir más barato. Cómo no, si todo lo ponía ella: el bar mismo, las bebidas, el

hielo, las botanas, la cristalería y el servicio de las mucamas que, con sumisa solicitud, todo lo limpiaban y lo recogían en el momento —o al día siguiente, si la fiesta se prolongaba hasta la madrugada, como a menudo sucedía—. Lo único que no ponía Hada era el *bartender,* porque de preparar los tragos me ocupaba yo con singular alegría, así fueran muchos los invitados. Estar detrás de la barra me permitía, como a cualquier cantinero, alternar con todos y cada uno de los presentes, que indefectiblemente y más temprano que tarde recalan en la barra a repostar.

En el Bar de Hada que a la larga nos va a salir más barato me reuní muchas veces con mis colaboradores de la Secretaría de Extensión Académica de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad, con el cuerpo directivo de la institución —encabezado por el doctor José G. Moreno de Alba—, con mis alumnos, con mis amigos, con otros escritores. Ahí celebré mis reuniones de trabajo, la aparición de mis libros, mis fiestas de cumpleaños; ahí leí en voz alta las primicias de mis obras, escuché los poemas de Eduardo Casar, oí los más sensuales o disparatados boleros interpretados por el cubano Bola de Nieve, el mexicano Javier Solís o la venezolana Soledad Bravo...

La generosidad de Hada no tenía coto. No sólo me prestaba su bar cuando tenía que tratar cierto asunto de trabajo con algún colaborador, hablar con uno de mis hijos «de hombre a hombre» o aplicar un examen extraordinario a un alumno distraído, sino que me acompañaba, siempre sonriente y feliz, en cuantas fiestas tenían lugar en el maravilloso Bar de Hada que a la larga nos va a salir más barato. Tan generosa fue siempre que, año con año, durante seis o siete, nos abrió las puertas de su casa a mí y a mi enorme familia (mi madre, mis numerosísimos hermanos y sus cónyuges, mis hijos

y mis muchos sobrinos) para celebrar en su bar y su espacioso jardín nuestras comidas navideñas.

Cuando Hada iba al mercado de San Juan, de regreso a su casa, pasaba por Tiziano para dejarme un itacate de quesos, embutidos y otras delicias gastronómicas.

Y los sábados nos íbamos a comer a elegantes restaurantes elegidos por ella que yo no siempre podía pagar, cuyas cuentas, las más de las veces, ella liquidaba con discreción protectora.

Pasaron muchos años sin que supiera con exactitud la edad de Hada, pero sabía que me llevaba alrededor de veinte años. Y esa diferencia me gustaba. Sí, lo mejor de Hada era su edad. Lo que nunca dejé de saber es que su corazón siempre fue joven, y, ya nonagenaria, lo sigue siendo. Aún le brillan los ojos y se pone colorada.

Coreografía en tres cuadros

Otra bailarina. No de flamenco, sino de danza contemporánea, que formaba parte del Ballet Teatro del Espacio, fundado y dirigido conjuntamente por Michel Descombey y Gladiola Orozco. Me enamoré de ella, azuzado por una belleza despiadada y una gracia imperiosa. Melena desgobernada, perfil numismático, cuerpo levitante, sonrisa imbatible. Además de muy bella, Valeria era una mujer libre. Libérrima. Acaso su propia libertad me liberaría de mis atavismos para poder asumir, al fin, una relación equitativa. Al menos eso pensaba mi psicoanalista. Pero no me fue bien. No sé si fueron mis propias limitaciones, que no pude remontar, o su propia naturaleza las que la alejaron de mí. El caso es que, al cabo de catorce meses de relación intensa, aunque asimétrica, se fue. O, mejor dicho, se fugó.

Entre el *montón de espejos rotos* que es mi memoria, persisten tres pedazos que reflejan algunas facetas de mi malograda relación con Valeria:

Uno

Además de bailar en la compañía de danza, Valeria estudiaba historia del arte en la Facultad de Filosofía y Letras donde yo la conocí. Era alumna de Clara Bargellini, una notable investigadora de origen florentino que se había dedicado al estudio del arte colonial

mexicano, en particular de la arquitectura misionera del norte del país. Pensé que a Valeria le resultaría interesante visitar la Catedral Metropolitana, acerca de la cual yo había publicado mi libro *Tiempo cautivo,* ilustrado con serigrafías de Carmen Parra. En ese año de 1984, la Catedral estaba aprisionada en un complejo proceso de reestructuración, liderado por mi amigo Sergio Saldívar, el arquitecto que tenía la alta y delicada misión de detener, y corregir hasta donde fuera posible, el hundimiento del magno edificio y evitar su colapso. Las condiciones lacustres del subsuelo mexicano y la pesadez del monumento habían propiciado que se fuera sumergiendo con el transcurso de los siglos. Y lo había hecho de manera dispareja porque una parte estaba apoyada en los vestigios del antiguo Templo del Sol. Ante la imposibilidad técnica de hacer emerger de nueva cuenta lo que se había sumido, lo procedente era hundir lo que se había mantenido «a flote», y de ese modo restablecer, así fuera en un nivel más bajo, la uniformidad que el piso tenía cuando se construyó. Para ello, fue necesario sostener el edificio mediante una serie de estructuras metálicas que permitieran que las columnas que lo soportaban se aposentaran sobre el nuevo nivel del suelo.

El altar de los Reyes, gloria excelsa del churrigueresco mexicano —que, por cierto, debería permutar el calificativo derivado del arquitecto madrileño José Benito de Churriguera por el de *balbaíno* en honor del arquitecto hispano-mexicano Jerónimo de Balbás que lo construyó— estaba igualmente encarcelado, pues también se había sometido a un proceso de restauración.

Sergio Saldívar me otorgó el permiso. El vigilante nos dejó pasar y nos abandonó a nuestra suerte. No era un día laborable y por eso yo lo había elegido para invitar a Valeria. La Catedral estaba vacía y en penumbra, sólo iluminada por los altos vitrales ambarinos, diseñados por Mathias Goeritz en un alarde de modernidad que no tenía la

pretensión de sustituir los originales. Valeria y yo atravesamos la selva de estructuras metálicas que milagrosamente sostenían las bóvedas, como si Dios mismo sustentara en vilo, desde el cielo, la Catedral para que las columnas pendieran libres, como péndulos, y pudieran posarse en su nuevo nivel. Valeria y yo nos encaminamos al magnificente altar mayor, con la intención de escalarlo. En el fondo de mi corazón y de mis pulsiones, lo que yo quería era llegar por los andamios a la cúspide del retablo y seducirla delante de nadie menos que del Padre Eterno, que todo lo mira, aun nuestros deseos más secretos. Los más íntimos. Valeria accedió a subir. Escaló los andamios con su agilidad de bailarina, y yo, caballeroso, subí tras de ella, guiado por el sensual movimiento de sus *jeans*. Subimos, trepamos, reptamos. Estípites arriba, pasamos por las descomunales esculturas de los reyes que fueron canonizados por la Iglesia y que desde abajo parecen de proporciones humanas, pero que, vistas de frente, cara a cara, cuerpo a cuerpo, triplican la estatura de cualquier mortal: san Luis, Rey de Francia; santa Margarita de Escocia; santa Isabel de Hungría; san Fernando de Castilla, padre de Alfonso X el Sabio... Ascendimos delante de la enorme pintura de Juan Rodríguez Juárez, dedicada a la adoración de los Reyes Magos, que le da nombre al retablo, y de la Asunción de la Virgen María, a la que está dedicada la Catedral, del mismo pintor novohispano. Valeria, ágil cual cabra montesina, y yo, torpe y cada vez más mareado, llegamos por fin a la Divinidad, de proporciones descomunales e inhibitorias, que mira, más amenazante que compasivo, al mundo que sostiene en su siniestra manaza. Valeria tenía en el rostro, ligeramente ruborizado por el esfuerzo, la excitación del triunfo, mientras que yo, jadeante, me encontraba al borde del vómito. Había sufrido, para mi mal y para mi vergüenza, un ataque de vértigo. No pude mantenerme ni un minuto

en ese andamio a veintiséis metros de altura, y tuve que bajar de inmediato, aunque cada centímetro de mi descenso expusiera mi alma al abismo y a la angustia. A la angustia, que no es otra cosa que el horror al vacío —justamente lo que motivó el espíritu barroco que rigió la construcción de tan magnificente, pletórico y coruscante retablo.

Dos

Una mañana de domingo, que amanecimos en mi casa de Tiziano, Valeria me dijo que tendría que ir a recoger una cámara fotográfica de su propiedad que estaba arreglando un amigo suyo, dedicado a la fotografía y dueño, además, de un establecimiento de venta de equipos fotográficos. Me extrañó que el fotógrafo se encargara del asunto un día de descanso, pero la relación de amistad que Valeria mantenía con él explicaba que pudiera atenderla en domingo. No sé si por creerle o por no creerle, se me ocurrió aprovechar la ocasión para pedirle un favor. Yo tenía de tiempo atrás una buena cámara fotográfica, marca Nikon, que necesitaba una pila nueva, y, por algún motivo, la tapa que, como un tornillo de cabeza grande y cuerda muy pequeña, cubría la batería se había atorado y no había manera de abrirla para reponer la pila. Le pedí a Valeria que por favor su amigo hiciera por desatornillarla. Un poco desconcertada, o forzada por mi petición, accedió a llevarse mi cámara. Cuando se despidió de mí, me percaté de que tenía un agujero bastante visible en uno de los calentadores de lana —el de la pierna derecha— que las bailarinas suelen ponerse en los tobillos. Valeria usaba esos calentadores cotidianamente con independencia del resto de su atuendo, por lo general faldas muy cortas, que dejaban lucir sus

hermosas piernas, y blusas sueltas. Estuve a punto de decirle del agujero, pero me contuve. Pensé que sólo la incomodaría, pues ella no tenía en mi casa otro par de calentadores de repuesto. No dije nada. Le di un beso de despedida y me dispuse a esperarla para comer juntos a su regreso. Cuando volvió, tres horas más tarde, me contó que su amigo no había podido destrabar la tapadera de la pila de mi cámara, aunque lo intentó. Y vaya que lo intentó porque la ranura de la tapa, equivalente a la que tienen las cabezas de los tornillos, estaba muy averiada. Se echó de ver que el amigo había tratado de abrirla a como diera lugar y no sólo había lastimado esa hendidura, sino la tapa entera y sus alrededores. Resignado, agradecí las buenas intenciones de su amigo, al tiempo que advertía que el agujero ya no estaba en el calentador del tobillo derecho, sino en el del tobillo izquierdo.

Tres

Años después de que Valeria hubiera determinado unilateralmente cortar nuestra relación, conocí al gran escultor Pedro Cervantes en el festejo de la boda de Vicente Quirarte y Carmelita Carrara, celebrado en la generosa casa del editor Ricardo Noriega. Estuvimos sentados a la misma mesa y, al fervor amistoso desatado por los tequilas que en sucesión procesional nos fueron servidos, me confesó, no sé si como confidencia cómplice o como alarde donjuanesco, que estábamos hermanados por el amor de una mujer: Valeria. Yo, que todo lo guardo, no estaba de vuelta de aquella ruptura, aunque hubieran pasado más de diez años desde que se suscitó, y tuve celos retroactivos. Pero volví a brindar con él, como si todo estuviera superado, cuando, en mi caso, nada, nunca, está superado. Por eso

escribo estas memorias, que dan cuenta de mis atavismos, con la esperanza de que la escritura acabe por exorcizarlos.

Como para esas fechas de la boda de Vicente y Carmelita yo me desempeñaba como coordinador de Difusión Cultural de la UNAM, de donde dependían varios museos universitarios, me vi envuelto en la organización de una magna exposición de la obra escultórica de Pedro Cervantes en el Museo Universitario de Ciencias y Artes (MUCA), ubicado en el corazón del campus de la Universidad. Sería una exposición retrospectiva (como mis celos), que incluiría sus esculturas equinas forjadas en hierro; otras elaboradas a partir de las viejas defensas cromadas de los coches espectaculares —Cadillac, Lincoln, Chevrolet— de los años cincuenta y sesenta, que habían devenido obras abstractas pero sensuales, y otras más, en bronce, que representaban con inquietante realismo torsos femeninos aprisionados por cuerdas o correas del mismo material metálico.

Pedro me había pedido autorización para llegar montado a caballo el domingo de la inauguración, atravesar toda la explanada de la rectoría y desembocar en las puertas del MUCA, donde él se apearía y yo lo estaría esperando, junto con todos los invitados, para cortar el listón y declarar inaugurada la muestra. Así se hizo. En el recorrido inicial, yo fui su visitante de honor. Él me guio para apreciar pieza por pieza la exposición entera. Vi decenas de cabezas de caballos de crines exaltadas y toqué muchas formas sensuales provenientes de viejas defensas cromadas e infinidad de torsos de mujer sometidos a la fuerza opresiva de las correas metálicas que los rodeaban. Toqué, digo, porque el autor profería a voz en cuello la consigna contraria a la de NO TOCAR que prevalece en los museos. Las esculturas son para tocarse, para palparse, abrazarse, acariciarse, manosearse —proclamaba.

No sin asombro, no sin coraje, no sin nostalgia, identifiqué sin vacilaciones, en uno de esos torsos femeninos el cuerpo de Valeria. Aunque parezca mentira.

Un mal día, Valeria me abandonó. Se fue. Huyó de mí. No fui capaz de sacar a flote lo que se había hundido ni de hundir lo que se había mantenido en la superficie —como la Catedral—; de dominar el vértigo que su belleza me generaba; de darle lo que ella buscaba reiteradamente en otros hombres: tal vez la libertad que yo no tenía y que deseaba que ella me proporcionara. ¿O fue su propia vocación dancística, empeñada en mostrar y demostrar la fugacidad del tiempo, la causante de su abandono?

Nostalgia prematura

Al lado de mi casa, en la esquina del mercado de Mixcoac (Tiziano y Miguel Ángel), había una tienda de discos que, a manera de publicidad y a altísimos decibeles, expedía infatigables boleros.

Los muchos discos de los que me fui haciendo sonaron y resonaron noche a noche en mi tocadiscos, lo mismo en mi soledad que en mi compañía —discreta o multitudinaria—, con obsesiva perseverancia. Tanta, que, si ponía en la tornamesa un acetato del lado A, temía que se escuchara del lado B.

El bolero: un género popular procedente de la España del siglo XVIII, que en el XIX viajó a la mayor de las Antillas, donde fue adquiriendo peculiaridades propias con el concurso de criollos, negros y mulatos. Un género independizado de España en la Cuba todavía española, que sustituyó la pandereta y las castañuelas por percusiones locales, como la clave y el bongó («Oiga usted cómo suena la clave; / oiga usted cómo suena el bongó», diría Agustín Lara), y abandonó la teatralidad coreográfica del original a favor del canto, entonado con el sentimiento personal que cada intérprete les fue imponiendo a sus letras amorosas y melancólicas. Un género que también fue modulado por las cuerdas agudas de las guitarras del son yucateco, que ampliaron al Caribe su acta de nacimiento, porque las fronteras políticas no siempre se corresponden con las fronteras artísticas y culturales. Un género que se expandió de su natal geografía caribeña por todo el continente americano, y que incluso regresó, modificado y autónomo, a la propia España como un

retorno más de las carabelas colombinas. Un género fértil, matriz de muchas variantes, el bolero afro, el bolero tropical, el bolero moruno, el bolero mambo, el bolero *camp,* el bolero guaguancó, el *feeling,* el bolero ranchero, el bolero rock, el bolero flamenco. Un género, en fin, en el que reside nuestra sensibilidad más entrañable, identitaria y resonante; la conjunción de una música adherente y una letra que puede ir de la más sublime expresión poética del amor anhelante al aullido del desengaño, el reclamo y el desprecio, porque el bolero no canta tanto al amor feliz como al amor desgraciado, al amor prohibido, al amor imposible; al único y verdadero amor eterno: el amor no correspondido.

Con sus palabras domingueras, su musicalidad cadenciosa, sus referencias elegantes, el bolero es un reducto de la poesía modernista prohijada por Rubén Darío. ¿O qué son, si no, imágenes como «blanco diván de tul aguardará tu exquisito abandono de mujer», «tu párvula boca que siendo tan niña me enseñó a pecar», o «como un abanicar de pavos reales en el jardín azul de tu extravío» de Agustín Lara; o «Bésame con frenesí» del chiapaneco Alberto Domínguez Borrás, autor también de *Perfidia,* un bolero que llegó a ser bailado por nadie menos que Ingrid Bergman y Humphrey Bogart en *Casablanca?* Es también, como el propio modernismo, uno de los últimos suspiros del espíritu romántico que, como digo, canta al amor ausente, al amor irrecuperable de *La que se fue,* diría José Alfredo Jiménez. Por cierto, qué prodigio, digno, toda proporción guardada, de *El Quijote* o *Las Meninas,* que en la canción del hidalguense que empieza diciendo «Estoy en el rincón de una cantina...», José Alfredo pida que le canten *La que se fue,* que es otra canción de su propia autoría.

La nostalgia ya no es lo que era antes se titula el suspirante libro autobiográfico de Simone Signoret. Pues con una nostalgia mal habida, digamos que prematura, me entusiasmé con la música de mis mayores. Me pregunto de dónde, cómo, por qué nació ese gusto extemporáneo, una suerte de nostalgia más de la nostalgia misma que de una música que no podía añorar. Y no la podía añorar porque no había sido la música de mi generación, ritmada por el rock y la canción de protesta, que desplazaron los gustos de mis hermanos mayores en la consola de la casa, cuyo mayor alarde de modernidad hasta entonces había sido tocar los discos de Ray Conniff y algunas baladitas insulsas del *hit parade.*

Por esos tiempos de mi «nostalgia prematura», el ideario de la Revolución cubana latía en nuestros juveniles corazones como una esperanza política para toda América Latina, y la música de aquel país mantuvo el prestigio que había tenido fuera de sus fronteras insulares desde antes de la insurrección guerrillera. Y aun lo acrecentó con la Revolución por el renombre internacional de sus grandes conjuntos —de la Orquesta Aragón de Cienfuegos a la Sonora Matancera y sus famosos vocalistas Bienvenido Granda, Celio González, Celia Cruz—; por el reconocimiento de que gozaron muchos cantantes que se quedaron en Cuba, como Benny Moré y su Banda Gigante, o los representantes del llamado *feeling,* César Portillo de la Luz, José Antonio Méndez, Elena Burke, Omara Portuondo, o por la emergencia de las canciones revolucionarias —«Un Fidel que vibra en la montaña, / un rubí, cinco franjas y una estrella» o «En eso llegó Fidel, / se acabó la diversión, / llegó el Comandante y mandó parar»—, tan celebrada por la juventud que veneraba al Che Guevara y a Camilo Cienfuegos, y después por la nueva trova de Silvio Rodríguez y Pablo Milanés. Pero también por el

exilio o la diáspora de enormes voces, como Olga Guillot o la propia Celia Cruz, que fueron escuchadas con un fervor anterior al cisma revolucionario y que perduró más allá de las ideologías y las posiciones políticas.

En 1974 viajé por primera vez a Cuba. Ese mi primer viaje a la isla, que repetiría a lo largo de las cuatro décadas siguientes en un sinnúmero de ocasiones que se cuentan por decenas, se debió a una visita oficial a Cuba del entonces secretario de Educación Pública de México, Víctor Bravo Ahuja. En esa década de los setenta, yo trabajaba con su esposa, Gloria Ruiz, en un proyecto sociolingüístico de El Colegio de México. Mi directora me invitó a participar en la comitiva del secretario como precoz miembro de una comisión de cultura, integrada por Carlos Pellicer —¡qué privilegio!—, Héctor Azar y Alberto Dallal.

Regresé de ese viaje con los oídos rebosantes de sones cubanos, que no sólo sonaron sino resonaron, solidarios, durante toda la visita, desde aquel viejo bolero traído de España y transformado en Cuba, que dice «En el tronco de un árbol una niña / grabó su nombre henchida de placer, / y el árbol, conmovido allá en su seno, / a la niña una flor dejó caer», y añade, como inútil explicación didáctica del preclaro sentido alegórico de la letra, «Yo soy el árbol conmovido y triste, / tú eres la niña que mi tronco hirió. / Yo guardo siempre tu querido nombre, / y tú ¿qué has hecho de mi pobre flor?...», hasta las guarachas revolucionarias de Carlos Puebla, que yo, ¡ay!, entonces suscribía*, Todo por la Reforma Agraria, Canto a Camilo, Yo también soy miliciano...* Volví a México con un cargamento de discos estupendos de la vieja trova: María Teresa Vera, Ignacio Villa Bola de Nieve, Arcaño y sus Maravillas... y de algunas escasas novedades producidas por la disquera oficial Areíto.

Acaso nutrido en la savia de mi propio árbol genealógico, mi interés por la literatura cubana, de Alejo Carpentier a Eliseo Diego, de José Lezama Lima a Virgilio Piñera, de Nicolás Guillén a Fina García Marruz, se extendió a muchos otros escritores, entre ellos a algunos proscritos por el régimen, como Guillermo Cabrera Infante. ¡Con qué gozo leí ese texto suyo escrito más para ser oído que para ser leído, *Ella cantaba boleros,* que anduvo brincoteando entre varios libros de su autoría! Me adentré, además, en las obras de otros estudiosos de la «cubanidad», como Fernando Ortiz, Cintio Vitier, Severo Sarduy y en particular de la música antillana, como el propio Carpentier, aunque su libro *La música en Cuba* de 1944 se refiera más a la música culta que a la popular, si bien uno de sus colaboradores, Natalio Galán, lo complementó después con un estudio formidable titulado *Cuba y sus sones,* publicado en 1983, tres años después de la muerte del autor de *Concierto barroco.*

Por esos mismos años, también empecé a acudir con enfermiza asiduidad al Bar León en el centro histórico de la Ciudad de México, donde descubrí y disfruté las descargas de Pepe Arévalo y sus Mulatos y los boleros que interpretaba El Combo del Pueblo, bajo la dirección de Enrique Partida, «Cayito». Esa música a la que tanto me aficioné le dio a mi vida un ritmo y una cadencia que me acompañaron en la soledad y que me permitieron también la dicha de compartirla, generalmente con la intercesión de mi tocadiscos, en la intimidad amorosa, pero a veces también con el concurso de músicos vivos, como El Combo del Pueblo del propio Cayito o El Negro Ojeda en la fiesta, ya bajo el techo ferroviario de mi casa porfiriana, ya bajo la fragante glicina de su terraza.

Oíamos, escuchábamos más bien; disfrutábamos, compadecíamos, analizábamos, criticábamos, sufríamos y reíamos también esas muestras de pasión, de amor, de dolor, de fingida indiferencia, de

elegancia verbal, de solemnidad y muchas veces de humor involuntario del exultante repertorio de boleros que desfilaban por mi sobreexplotado tocadiscos:

Bola de Nieve y su piano estrujado por sus dedos regordetes y anillados para acompañar la desgarradora letra de los hermanos de nombres clásicos y apellido huérfano, Homero y Virgilio Expósito, titulado *Vete de mí,* uno de los pocos boleros en que no se pide que el ser amado retorne, sino que se vaya para siempre: «Vete de mí, / seré en tu vida lo mejor / de la neblina del ayer / cuando me llegues a olvidar / como es mejor el verso aquel / que no podemos recordar».

María Teresa Vera y la rebuscadísima y casi obscena letra que Eliseo Grenet compuso para alabar los dientes de la amada: «Esas perlas que tú guardas con cuidado / en tan lindo estuche de peluche rojo / me provocan, nena mía, el loco antojo / de contarlas beso a beso, enamorado. / Quiero verlas cómo chocan con tu risa, / quiero verlas alegrar con ansia loca / para luego arrodillarme ante tu boca / y pedirte de limosna una sonrisa».

Pedro Vargas, «El Samurái de la Canción», sobrenombre que define el hieratismo de su gesto y la penetración, como de katana, de su voz de barítono, que se paseó como Pedro por su casa por todo el repertorio de Agustín Lara. Benny Moré, «El Bárbaro del Ritmo», que decía, a contracorriente de la pesadumbre del género, que estaba *encantado de la vida,* y que cantó el bolero *Conocí la paz,* que dice: «Cuando a Varadero llegué, / conocí la felicidad; / cuando a Varadero llegué, / todo fue verdad», en cuya letra Noé Jitrik, el gran estudioso argentino del discurso, encontró similitudes con nada menos que el poema *Muerte sin fin* de José Gorostiza: sitiado en su epidermis —varado tras la procelosa travesía de la vida —, el enorme poeta tabasqueño encuentra, al fin, la paz.

Toña la Negra, que, con la canción *Palmera* («Hay en tus ojos el verde esmeralda que brota del mar; / en tu boquita, la sangre marchita que tiene el coral; / en la cadencia de tu voz divina, la rima de amor, / y en tus ojeras se ven las palmeras borrachas de sol») responde a la presentación retórica que el propio Agustín Lara, en su faceta de poeta-músico más que de músico-poeta, hacía a su propia composición: «El mar tiene, como todos los colosos, caprichos admirables: deja escapar en su color una tormenta de esmeraldas y en cambio permite que el Sol arrulle a las palmeras... Así es el mar».

María Luisa Landín, que interpreta como nadie el bolero ranchero *Amor perdido,* aunque se vea obligada, desde su voz femenina, a cambiar el género del destinatario de la canción: del «vive dichosa sin mí» al «vive dichoso sin mí», salvo cuando la métrica y la rima de la letra exigen mantener el género masculino: «soy buen jugador» o «qué más puede decirte un trovador», lo que le imprime al bolero una rara condición epicena.

Elvira Ríos, cuya honda y grave vocalización no alcanza a callar a la tristeza, que en la letra de Gonzalo Curiel se esparce como «una ola perdida en el mar».

Rebeca, la mejor intérprete, para mi gusto, de la canción *Azul* de Lara, que, acaso sin sospecharlo, le rinde homenaje al libro del mismo nombre con el que Rubén Darío estrenó el modernismo hispanoamericano en 1888.

Miguelito Matamoros, autor de *Lágrimas negras,* pieza que empieza como un doloroso bolero de abandono y desilusión y acaba como un sabroso son que sabe perdonar y recuperar la felicidad perdida.

César Portillo de la Luz y su delirante *Delirio,* cantado a media voz, casi en silencio, en El Rincón del *Feeling* del Bar Pico Blanco del hotel Saint John de La Habana, al lado de José Antonio Méndez y su

herética *Novia mía,* que desafía los principios teológicos del cristianismo al sostener que la gloria no está en el cielo, sino en la tierra: «Dios dice que la gloria está en el cielo, / que es de los mortales, el consuelo al morir. / Bendito Dios porque al tenerte yo en vida, / no necesito ir al cielo tisú, / si alma mía, amor de mi ilusión, la gloria eres tú».

Bienvenido Granda, «El bigote que canta», y su sucesor como vocalista de la Sonora Matancera, Celio González, «El Satanás de Cuba», máximos intérpretes de ese bolero que termina con un sofisma monumental, presuntamente cauterizador: «Viví sin conocerte, [ergo] / puedo vivir sin ti».

Celia Cruz, cuya potente y desfachatada voz se hermana tautológicamente con la de la letra que canta: «tañer de campanas al morir la tarde, gemir de violines en las madrugadas, susurro de palmas, trinar de centzontles en la enramada», y sobre todos los símiles que ideó Ramón Cabreras Argote, con «cristalino torrente como una cascada».

«El Jefe» Daniel Santos, puertorriqueño, que con todas las alteraciones que le permiten —y también las que sólo son producto de su artificialidad— las variantes dialectales del español en nuestro continente: la nasalización, las erres vibrantes cuando eran simples, la aspiración de las eses, se despide de los muchachos porque se va a la guerra, la Segunda Guerra Mundial, en la que Puerto Rico participa en su condición de protectorado norteamericano...

Todos ellos. Y el chileno Lucho Gatica, la costarricense mexicanizada Chavela Vargas, la cubana exiliada Olga Guillot, la venezolana Soledad Bravo, el panameño Rubén Blades... y un etcétera más largo que el plumaje de un pavorreal que se aburre de luz en la tarde.

¡Cuántos *tizianazos* se desataron en mi casa, donde el tiempo transcurría a ritmo de bolero! Noches enteras escuchando esas letras, que glosábamos y a veces eran motivo de nuestra irrisión desopilante, que no eclipsaba nuestra admiración. Analizábamos las letras de las canciones con gratuito e intransigente rigor hermenéutico. Recuerdo, por ejemplo, que en uno de los discos en que asume su condición de poeta, Agustín Lara dice: «Y hay en el asfalto de todos mis dolores, dos sílabas que mojan nuestras vidas: Rocío». No podría transmitir en palabras la hilaridad, el gozo que nos causaba advertir y señalar que esas dos sílabas que redimían al Flaco de oro... no eran dos, ¡sino tres!: *Ro-cí-o*. O la letra de *Quizás, quizás, quizás* del cubano Osvaldo Farrés, entonada lo mismo por Los Panchos que por Nat King Cole, que dice: «Siempre que te pregunto / que cuándo, cómo y dónde, / tú siempre me respondes / quizás, quizás, quizás». Si en su origen galo, esa palabra significaba «quién sabe» (lo que en francés sería una buena contestación a las preguntas formuladas), en español significa «tal vez», y jamás podría ser una respuesta coherente a las preguntas «¿cuándo?», «¿cómo?» o «¿dónde?». El demandante se ha de haber decepcionado de su interlocutora, que siempre contesta con una palabra reiterada que nada tiene que ver con las preguntas que le hace.

Mi gusto por el bolero y por la música caribeña en general se había incrementado, como digo, con mi asistencia constante al Bar León y a otros antros de su especie en el centro histórico de la ciudad; con los frecuentes viajes que realizaba a Cuba, y también con el espectáculo, titulado precisamente *Nostalgia prematura* que llegué a presentar, como corolario de mi afición bolerista, en el bar

El Cuervo, sito entonces en la Plaza de la Conchita de Coyoacán. Acompañado por el piano de Chalo Cervera y la voz de Lola Beristain, en esas funciones semanales, hablaba por igual de música popular y de alta literatura.

De la misma manera que acudía al Bar León, tanto en el centro histórico como en la colonia Roma, asistía con regularidad a El Cuervo, un establecimiento entre teatral y cabaretero ubicado en Coyoacán. Había sido fundado por Jesusa Rodríguez. En su pequeño foro, la actriz montaba, con una teatralidad exultante, obras fascinantes, como la tragedia de Romeo y Julieta en la que ella sola interpretaba todos los personajes en un itañol chusquísimo. Yo ya había visto en el viejo teatro de Salvador Novo, La Capilla, una obra suya fenomenal, titulada *¿Qué tal la noche, Macbeth?,* que Guillermo Sheridan calificó, entre otros muchos adjetivos elogiosos, de genial. Recuerdo que Lady Macbeth, interpretada por Jesusa, no puede lavar la sangre de sus manos asesinas, que equivale, en su puesta en escena, al periodo menstrual de la protagonista. Pues en ese teatro de La Conchita, que después regentearía el poeta, actor, director teatral, promotor de la lectura y cocinero Alejandro Aura, vi al multifacético Aura relatar histriónicamente, vestido de esmoquin, la vida de Agustín Lara. *La hora íntima* se titulaba su espectáculo, en homenaje a su programa radiofónico, que El Flaco de Oro introducía, según recuerdo, con estas palabras reproducidas en uno de sus discos: «Amigos míos, RCA Víctor ofrece a ustedes una copa de licor añejo, el vino del recuerdo madurado en su más limpio cristal, en su más legítimo brindis: Toña la Negra, Pedro Vargas, mis manos y mi ayer...». En su espectáculo, Aura relataba historias, anécdotas, mitos del músico-poeta y dejaba que el pianista Chalo Cervera, que había acompañado entre otros cantantes a Pedro Vargas y a Toña la Negra, tocara las canciones de Lara, que cantaba la actriz Lola

Beristain. Como se trataba de un espectáculo digno del cabaret, con algo de carpa, me atrevía a intervenir de vez en cuando desde el público con alguna gracejada a propósito de El Flaco de Oro, que Aura simulaba agradecer.

Al cabo de varias semanas de asistencia regular, Alejandro me invitó a que yo hiciera un programa con el mismo elenco al que él tituló *Noche de damas.* Acepté encantado de la vida, como diría Benny Moré. A partir de entonces, todos los miércoles en la noche acudí a presentar mi numerito.

Por esos años de mediados de la década de los ochenta del siglo pasado, yo dirigía un seminario de narrativa hispanoamericana en el posgrado de El Colegio de México e impartía clases de literatura en la Facultad de Filosofía y Letras y en muchos *gineceos;* así que vi en ese espacio teatral una oportunidad de continuar, si bien de manera heterodoxa, mi labor docente y de perseverar en mi juvenil vocación histriónica. Los temas que trataba en mis cursos tenían alguna resonancia en mi programa nocturno y cabaretero. Hablaba de literatura, sobre todo de poesía, y analizaba las letras de los boleros que cantaba Lola Beristain acompañada al piano por Chalo Cervera, mi tocayo, mi tocayito, como me decía, como nos decíamos.

Tras un par de meses de funciones semanales, a las que asistían mis amigos, mis colegas, mis alumnos —y sobre todo mis alumnas de los *gineceos*— y alguno que otro distraído, propuse hacer algunas modificaciones al espectáculo. En primer lugar, cambiarle de nombre. Se llamó, en la segunda temporada, *Nostalgia prematura*. Ese título era lo que mejor definía mi programa: recuperar una tradición que no le tocó vivir a mi generación más que de rebote, porque esa música era más bien, como lo he dicho, la de nuestros mayores, pero que se había revivido en buena medida gracias a la ocupación por parte de la intelectualidad burguesa de lugares que

pertenecían a la clase proletaria, como el Bar León, el Bucabar, el Salón Ángeles, el África y, en menor medida, el Riviere.

Mi espectáculo, aunque modesto y discreto, digamos que fue exitoso. Miércoles a miércoles se llenaba el pequeño salón de El Cuervo, y llegaron a asistir importantes personalidades del mundo académico, artístico y literario, como Rubén Bonifaz Nuño, Luis Rius, Noé Jitrik, José Luis Cuevas, Carmen Parra, Gabriel Figueroa, la familia Jiménez Cacho. Recuerdo la presencia habitual de Ofelia Medina, a quien asesoré, por cierto, para que ahí mismo presentara un espectáculo sobre sor Juana, en el que cantaba, con música de Rafael Elizondo y en modalidad ranchera, sonetos de *La Décima Musa*. En una media (de las que todavía eran medias y no pantimedias y se sostenían con un sensual liguero), Ofelia ostentaba un billete de no sé qué denominación con la efigie de nuestra mayor poeta.

¿En qué consistía mi espectáculo? Tengo un cuaderno, fechado en 1986, en que escribí un guion de mi programa, que semana a semana se fue modificando, enriqueciendo, adaptando a las circunstancias y al público asistente porque, en realidad, se trataba de un *happening.*

La música era menos variable que mis intervenciones. Las piezas que cantaba Lola acompañada por Chalo Cervera constituían la estructura del espectáculo. Y entre una y otra yo analizaba sus letras y hablaba de literatura.

Entre los boleros que cantaba Lola, predominaban los de Agustín Lara, heredados del espectáculo de Alejandro Aura: *Cada noche un amor, Rosa, Palmera, Humo en los ojos, Hastío,* tan elegante que pluraliza la palabra *pavorreal* en *pavos reales;Farolito,* con ese beso que soporta en su sencillez sustantiva cuatro adjetivos en los que la

eficacia poética del oximoron resuelve sus contradicciones originales: «friolento y travieso, amargo y dulzón».

Recuerdo que para hablar de esta numerosa abundancia de adjetivos leía una insospechada página autobiográfica de Lara en la que el prestigio de lo cuantitativo, tan propio del llamado *milagro económico* del sexenio de Miguel Alemán, lo lleva a alardear de sus posesiones y de sus dádivas:

> He amado y he tenido la dichosa gloria de que me amen. Las mujeres en mi vida se cuentan por docenas. He dado miles de besos y la esencia de mis manos se ha gastado en caricias, dejándolas apergaminadas. He tocado kilómetros de teclas de piano y con las notas de mis canciones se pueden componer más sinfonías que las de Beethoven. Tres veces he tenido fortunas —fortunas, no tonterías— y tres veces las he perdido. Las joyas que he regalado, puestas como estrellas en el cielo, podrían formar la Osa Mayor en una refulgente constelación de diamantes, esmeraldas, rubíes, zafiros y perlas. He viajado lo suficiente como para dar 20 vueltas al mundo. Hablo francés como si fuera mi idioma y el Señor de los Señores me otorgó la divina gracia de la musicalidad y, con ello, lo mismo puedo componer una java francesa que un pasodoble español, una tarantela italiana que un Lied alemán. He gastado más de 2,000 trajes de finos casimires ingleses muy bien cortados y los coches que he poseído podrían formar una hilera de los Indios Verdes a las Pirámides de Teotihuacán.

Pero el repertorio no sólo incluía canciones de Agustín Lara, aunque eran las más. También Lola cantaba composiciones de Miguel Pous, *Hoy que faltas tú.* O de María Grever, *Qué dirías de mí.* O de otro tocayo —Gonzalo Curiel—, *Calla tristeza* o *Déjame,* un prodigioso bolero que termina con una frase lapidaria: «Aléjate si quieres salvarte / de mi olvido».

Por mera asociación de ideas, a veces un tanto forzada, pero creo que siempre eficaz, entre una canción y otra, yo hablaba de muchos temas: la Ciudad de México, mi barrio de Mixcoac; el centro histórico y sus edificios virreinales, sus cantinas, sus bares y sus antros. Y leía poemas de Francisco de Terrazas, como el dedicado *A unas piernas,* en el que compara las basas y las columnas de un magnífico edificio

con el cuerpo de una mujer y que inaugura en el temprano siglo XVI la poesía erótica en la literatura mexicana, aunque don Joaquín García Icazbalceta, que lo descubrió, también lo censuró por considerarlo «sobradamente libre»; de sor Juana, de Ramón López Velarde, de Manuel José Othón, José Juan Tablada, Xavier Villaurrutia, y también de poetas contemporáneos como el peruano Manuel Scorza, muerto en el mismo accidente aéreo que ultimó a Jorge Ibargüengoitia, Telma Nava y Ángel Rama; el argentino Oliverio Girondo, la uruguaya Idea Vilariño, o los mexicanos Jaime Sabines, Rubén Bonifaz Nuño, Eduardo Casar... Una nómina de poetas que se agregaba a la de la música elegida, que así comparada cobraba una dignidad estética no siempre reconocida.

Una noche, terminado el espectáculo, mi tocayo Chalo Cervera, que había acompañado al piano a decenas de cantantes que interpretaban el bolero *Bésame* del compositor chiapaneco Alberto Domínguez, me llamó aparte, para preguntarme en secreto, un tanto avergonzado, sin que nadie lo oyera:

—Óyeme tocayito, aquí entre nos, tú, que sabes tantas palabras, dime, por favor, qué es eso de *frenesí.*

El prestigio de las voces cultas que predominaron en el modernismo para bien de las letras hispanoamericanas fue combatido por el Borges ultraísta, pero el enorme escritor argentino logró, en su *Fervor de Buenos Aires* de 1923, hermanar la modernidad vanguardista con la temática de las carnicerías, los patios, las veredas de su ciudad. ¡Qué maravilla que hasta un profesional de la música bolerística como Chalo Cervera se haya engolosinado, aun sin entenderla, con una palabra como *frenesí,* que

originalmente, en griego, significaba «inteligencia», pero que llegó a significar todo lo contrario: arrebato, ardor, furor, entusiasmo, exaltación, agitación, paroxismo, desenfreno, encendimiento, pasión! Tal vez esa palabra, por cuyo significado preguntó mi tocayo después de haberla sentido, vivido y cantado, defina bien el bolero: una inteligencia original que, sin ser traicionada, les abre las puertas a todas las pasiones, sobre todo, a la pasión de amor.

Con su música a otra parte

Amo los bares y tabernas
junto al mar
donde la gente charla y bebe
sólo por beber y charlar.
Donde Juan Nadie llega y pide
su trago elemental.
Y están Juan Bronco y Juan Navaja
y Juan Narices y hasta Juan
Simple, el sólo, el simplemente
Juan.

NICOLÁS GUILLÉN

Un mal día, Pepe Arévalo decidió abandonar el antro en el que había ganado fama y prosperidad para realizar el sueño largamente acariciado entre el piano y la caja registradora: establecer un bar amplio y elegante que fuera digno del nuevo público, el que lo había hecho próspero y famoso. Traspasó sus derechos a un temerario matrimonio, tramitó las licencias necesarias, rentó el nuevo local e instaló El Gran León en la otrora linajuda colonia Roma.

Atrás de la Catedral quedó el viejo Bar León con sus meseros de siempre, amigables y sindicalizados, sus mismos garroteros, sus pestilentes mingitorios mal desodorados con limones frescos, su permanente, aunque ya reivindicada vulgaridad, pero sin su público primigenio, desplazado por profesores y estudiantes universitarios, jerarcas de inciertas burocracias y mercaderes de la difusión, que un

día se posesionaron del bar en busca de lo «auténticamente nuestro».

Desde que se operó esta transmutación en la asistencia del público, cada vez que le preguntaba a un recién presentado o a un amigo incidental si conocía el Bar León, escuchaba la respuesta ofendida por la duda: claro, por supuesto —lo que las más de las veces era cierto—, pero, invariablemente también, el interrogado añadía, cual judío converso queriendo pasar por cristiano viejo en tiempos de Inquisición, que desde siempre, mucho tiempo, seis, cinco, cuatro años por lo menos —lo que las más de las veces era falso—. Las respuestas solían rematarse con una queja lastimera y un suspiro profundo, ambos fingidos: ya no es lo que era antes.

¿Ya no es lo que era antes?

Al fondo del pasillo flanqueado por las cortinas metálicas verde hospital de los establecimientos comerciales, la entrada no estaba obstaculizada todavía por esa barrera de búnker que le pusieron tiempo después, cuando el nuevo público se apretujaba viernes y sábados para pertenecer un rato. Sólo estaba protegida por una mampara, que lucía las fotografías de Pepe Arévalo y la China del Río en sus mejores años, muy coloreados y siempre cagados de moscas. Un tubito rojo, serpentino, de luz intermitente, en forma de flecha provocativa, señalaba la entrada, debajo del letrero LADY'S BAR. Cuántas parejas, decididas a subir las escaleras del hotel de paso que le prestó al bar su digno nombre, habrán preparado o pospuesto sus amores con un trago perseguido por la trova yucateca. En las horas tempranas de la noche, el Trío San Luis, siempre anunciado con el epíteto *fabuloso,* cantaba boleros en la penumbra, donde dos

o tres parejas, casi inexistentes, se manoseaban para cerciorarse de que estaban ahí, presentes, reales, tangibles.

Luis el Flaco, también conocido como el Mesié, todo besamanos y caravanas, esmoquin rabón lleno de lamparones, se sentaba a platicar con los clientes tempraneros y aprovechaba para ofrecerles, en venta clandestina, lociones apócrifas y joyas de fantasía, que iluminaba con su linternita de bolsillo, de esas que al final de la jornada aclaran las cuentas de manera contundente.

Superados los temores propios de todo ritual de iniciación, yo solía sentarme hasta adelante, en un taburete medio despanzurrado, como todos, de espaldas a la mesa delantera, cubierta de formica roja con evanescencias marmóreas, y de frente a la tarima donde reposaban las tumbadoras, las tarolas, el piano, el órgano melódico y los atriles para saxos y trombones. Mientras el Mesié me traía mi Bacardí blanco, yo seguramente miraba la alfombra jaspeada rojinegra, después cubierta con un pasadizo de plástico transparente. Seguramente la miraba, digo, porque ahora que escribo recuerdo con precisión asombrosa sus manchas y sus raídos laberintos.

El plafón de cartón comprimido, sucio, húmedo, a punto de caerse, ostentaba anacrónicos adornos navideños en plena primavera o una que otra guirnalda de plástico tricolor de las fiestas patrias en pleno invierno. Embadurnada por algún pintor mal entrenado en la escuela muralista, la pared lateral —después cubierta con papel aluminio por la intromisión televisiva— pugnaba por atrapar lo mexicano. Estelas mayas y héroes de todos los tiempos, consignas revolucionarias y monjes dominicos, acechanzas imperialistas y mitos precolombinos de fecundidad telúrica compartían promiscuamente el mismo espacio, de suyo reducido, al lado de la puerta-ventana, desde la cual podía adivinarse, soberbia,

la torre poniente de la Catedral Metropolitana. Como emanada del mural, con sus dos metros de estatura, Maru, la mujer que cumplía las múltiples funciones de sacar borrachos, vender discos y cigarros, tomar fotografías, despejar el escenario de encimosos, transmitir recados íntimos, atender el baño de damas, cobrar cuentas difíciles y sentar a los que, incontinentes, bailaban en los estrechos pasillos a pesar de la prohibición, se paseaba entre los agentes de ventas y los burócratas recién llegados y preguntaba sin verlos, monótona, aburrida, ¿van a querer cigarros?, ¿les tomo una fotografía? Cuántas veces rechacé, con algún coqueteo fallido, semejante testimonio de mi soledad. En sus días de descanso, Maru de todas maneras asistía al bar, pero toda emperifollada, no a servir a nadie, sino a que le sirvieran, a ella y a su pretendiente, considerablemente más bajo de estatura —cualquiera lo sería—, que tocaba las tumbadoras como aficionado, no mal por cierto, y que, esquizofrénico, alternaba en una cadenita de oro que se colgaba al cuello, si no lo estoy inventando, una suástica y una estrella de David.

Cuando el Trío San Luis terminaba su turno introductorio, se encendían las luces del escenario —entarimado polvoriento de baja techumbre contra la que podía descalabrarse el trompetista en un arrebato de emoción en *fa* demasiado sostenido— y se iban trepando, desarticulados, los músicos del conjunto preliminar, El Combo del Pueblo. Entonces El Combo estaba integrado por cinco miembros: Salomón en el piano, Reyna en la trompeta, Pablo Peregrino, sobrino de Toña la Negra, en las tumbadoras, el Chamaco Ángel en los timbales y Cayito, su director, en el bajo y en la voz.

Cayito escribe su sobrenombre con eufemística *y* para no acentuar, con la *ll,* la deformidad de las vértebras dorsales que lo hicieron acreedor a semejante mote. Se te quiere, Gonzalo, me dice con ese mirar suyo sólo calificable con los cuatro adjetivos que

Agustín Lara, maestro del oximoron, atribuyó a un beso: friolento, travieso, amargo y dulzón. La cabeza sumida en el anchuroso tórax, el mentón prognato, Cayito cantaba:

Virgen de media noche,
virgen, eso eres tú:
Para adorarte toda,
rasga tu manto azul...

e intercalaba en la letra uno que otro «mami» discreto, como entre paréntesis, para no alterar métrica ni rima:

Señora del pecado,
cuna (mami) de mi canción,
mírame arrodillado (mami)
junto a tu corazón.

Demandaba que aquel manto azul, que acaba de ser rasgado en arrebato de pasión, cubriera a la que, no obstante, seguía siendo virgen, y concatenaba esas frases de Pedro Galindo tan decididas que ignoraban ser lugares comunes:

Virgen de media noche,
cubre tu desnudez.
Bajaré las estrellas
y las pondré a tus pies.

Al bolero seguía la rumba buena, y cuando El Combo sentía el entusiasmo del público tocaba, en el momento más portentoso de su actuación, una pieza en la que se iba privilegiando, alternadamente, a cada uno de los instrumentos y que se titulaba, qué cosa, *Modestia aparte.* Reyna, el pelón de la trompeta, después maestro

del bisoñé, echaba todo el aire que el cigarro le había dejado en los pulmones, se le excitaban las venas de la anchurosa frente, se le cerraban los ojos, se le arqueaba la espalda a cada resoplido. Le podrían quitar el piso y él se quedaría firme, agarrado al instrumento. Sus colorados esfuerzos parecían responder más a una suerte de expiación íntima que a la negociación pedestre del aplauso. Cuando terminaba su parte, modesto, se limpiaba la boca con el antebrazo, le pegaba con la palma de la mano a la boquilla para que escupiera la trompeta y llevando el ritmo con el pie, desinteresado, sonreía tímidamente, deformada la boca, luciendo otros metales. Algo de animal había en Pablo Peregrino, que tocaba las tumbas al ritmo acelerado de su respiración no obstante contenida, gobernada, deteniendo con las rodillas las cajas, que se le escapaban: animal feroz en su territorio y doméstico en el mundo; azuzado por los perfumes y las miradas del público femenino, «échale semilla a la maraca pa' que suene», galán de ceja alzada, sabedor de su ritmo extraordinario, de la fuerza de sus antebrazos, de la sensualidad de las gotas de sudor que le escurrían por la frente y por el cuello, de la humedad de su camisola floreada, de la reciedumbre de su dentadura, y fuera de sus fronteras, en cambio, solitario, mortecino, con la música por dentro.

Ignoro si la siguiente transcripción de la rúbrica de El Combo es fidedigna: «Di varí, varí bencamá. Di varí, varí bencamá. Ves un canio suavasí como suavasí quisongo, a tan porosi a tan mulañe eri banga cle cle, a tan porosi a tan mulañe...». Así me la dictó Cayito una noche, golpeándose sonriente la cabeza, como si entendiera esta lengua africana acriollada en las Antillas, en la que se despedía todas las noches. «Oye mi guaguancó, mi guaguancó, mi guaguancó... Y ahora queda con ustedes el fabuloso combo-show

Los Mulatos de Pepe Arévalo y sus vocalistas Mario Robledo y la China del Río...»

Al término de su intervención, platicábamos Cayito y yo, al calor de mi cuba y de su abstinencia. Tanto tiempo y desde tan joven había transitado por la vida nocturna que sus borracheras podían durar meses y aun años, de manera que había tenido que romper de cuajo el «círculo vicioso». Entre la participación de El Combo y de Los Mulatos de Pepe Arévalo, fui conociendo, a retazos, la vida de Cayito. Siempre me habló con orgullo de los grandes rumberos a quienes tuvo el privilegio de acompañar: Benny Moré, Daniel Santos, Toña la Negra. Recuerda con nostalgia, y sus ojos y sus dientes cobran un brillo de ironía, que él había sido nadie menos que el primer Daniel Santos de México: cuando el puertorriqueño llegó a esta ciudad para realizar en vivo un programa de radio en los primeros años de los cincuenta, un inspector de Gobernación le prohibió cantar porque carecía de los permisos oficiales. La sala de la estación de radio estaba abarrotada de los fanáticos que habían oído sus grabaciones y millares de oídos esperaban con ansia la hora del programa en sus receptores. El productor, desesperado, no encontró otra salida que preguntar a los músicos que iban a acompañar a Daniel Santos si alguno de ellos se sabía las letras de aquellos Pedros —*Despedida, Perdón, Esperanza inútil, Linda* de Pedro Flores; *Nosotros* de Pedro Junco; *Virgen de media noche* de Pedro Galindo— que interpretaba el maestro. Cayito, entonces muy joven, se las sabía de memoria y acabó por cantarlas, imitando el silabeo, la nasalización, la vibración de las *erres* de Daniel Santos. Y por tal lo tomó el público. Al final de su actuación, ovacionado, no pudo menos que firmar cientos de autógrafos y dedicar, como suyas, fotografías que muy poco se le parecían.

Los dizque mulatos, más bien sólo morenos, interrumpían nuestra conversación. Todos iguales a sus instrumentos. La barra entonces estaba al lado del entarimado y uno de sus extremos coincidía con el piano, de manera que Pepe Arévalo se sentaba en ella, entre vasos y botellas, para tocar. Con la misma agilidad rampante con la que cobraba cuentas pendientes, negociaba con músicos sindicalizados y arreglaba «asuntos» con inspectores de alcohol y de espectáculos, Pepe se sentaba al piano, zapatito brillante, pantaloncito blanco, calcetín de rombos, camisita calada tornasol y un *chévere* en la boca como adjetivo consentido de su vocabulario.

Cuán falso fue tu amor, me has engañado.
El sentimiento aquel era fingido.
Sólo siento, mujer, haber creído
que eras el ángel que yo había soñado.

Conque te vendes, ¿eh?, cantaba Mario Robledo, entre amenazador y desengañado. Rendido ante la evidencia de la prostitución de la mujer amada, creída, como siempre, angélica; fuera de sí, sin poder aceptarlo, se escapaba esperanzado por el margen de la duda que le brindaba ese «¿eh?» de la canción, y tratando de disuadir sus monstruosas entelequias, de sofocar su dolor y su tormento, de negar la prueba que se le venía encima y lo aplastaba, confiado a la fuerza de la palabra, vociferaba *in crescendo:* «no, no, no, no, no, no, no, no, no...», para resolver la frase, con la sonrisa guapachosa en los labios y los ojos húmedos de picardía, en «no-ticia grata».

No por eso te odio
ni te desprecio.
Aunque tengo poco oro

y muy poquita plata,
en materia de compras
soy un necio.
Oye, mulata, espero
—espero, espero, espero—
a que te pongas más barata
pues algún día
bajarás de precio.

Exento de la dignidad que la madurez presume, dispuesto —ay— a morir cantando, Mario recobraba peligrosamente su juventud, se desangraba las manos en las tumbadoras, gritaba, bailaba, brincaba, nadaba, abría la totalidad de una boca en que se resolvía la vieja historia de la cuadratura del círculo y, amenazando con el índice, porque era más una amenaza que un lamento, se desgañitaba cantando: «Yo no tengo padre, yo no tengo madre, yo no tengo a nadie que me quiera a mí».

Oye, Salomé, perdónala,
perdónala, perdónala.

Y el público coreaba, como si cantara el Himno Nacional, acaso sin saber que sus palabras abogaban por la famosísima puta del corazón de oro.

Los mismos que dicen conocer el Bar León desde hace muchos años, sin excepción, aseguran que ahí estuvieron esa malhadada noche del 30 de junio de 1977. Mario, que entonces salía a escena con una tabla bajo el brazo para cantar y bailar sobre ella la rumba flamenca, parodiando alegrías y peteneras, murió esa noche, ahí, en el bar. Murió cantando. Murió cantando *La traicionera:* «lo mismo que tú me hiciste contigo harán». No hubo masaje ni respiración

artificial que le devolviera la voz. Y todavía oyéndose, como sórdido instrumento de viento, la sirena de la ambulancia que se lo llevó, los músicos reanudaron su canto, profesionalmente. Quizá en sus corazones latiera esa décima tan martiana que Cayito intercalaba en su versión de *Río Manzanares:*

El canto será mi muerte,
también mi felicidad.
Así de conformidad
espero cualquiera suerte.
De ahí que mi cuerpo inerte
lo lleven al camposanto.
Ahí yo no quiero llanto,
quiero para mi ventura
que al darme la sepultura
entonen alegre canto.

Difícil y trágica fue la sustitución de Mario Robledo. Durante una temporada en que se ausentó, se había quedado como vocalista masculino Carlitos Palermo, que bailaba magníficamente en escena y a veces se levantaba un poquito el pantalón con las puntas de los dedos, a la manera de los danzoneros veracruzanos de la Plaza de Armas del Puerto. Pero tras la muerte de Mario, tan sentida, tan dolorosa, ¿quién podría ocupar su lugar? Después de un tiempo un tal Vicente empezó a cantar con Los Mulatos, tímidamente. Fue mejorando con el tiempo hasta que una noche, al salir del bar, se estrelló en su coche y murió de inmediato. Nadie quiso, entonces, tomar la estafeta, y el grupo de Pepe Arévalo alternó sus vocalistas. Por ahí pasaron el propio Cayito, que doblaba turno, a veces la Brigitte, como le decían a un güero de estupenda vulgaridad, el Cachorro y muchos otros más. Quien permaneció cantando siempre,

hasta que Pepe Arévalo se fue con su música a otra parte, fue la China Oliva del Río.

La China lloró, más que nadie, la muerte de Mario. Nunca más pudo volver a cantar *La traicionera.*

Lo que más me gustaba de la China era su edad. Tenía la edad justa para cantar boleros: la sabiduría, los recursos, el desengaño, el cinismo ya, y al mismo tiempo, todavía y sobre todo, el deseo por el cual se simula ingenuidad, frescura, ilusión y aun ignorancia. Tenía la edad justa para ser dueña y al mismo tiempo empleada; vocalista y administradora; amante apetecible y mujer de casa; anfitriona finísima de beso al aire y rezongona malhablada de su condición de segundo frente. Tenía la edad justa. De ahí su fugacidad.

Tardé algún tiempo en saber quién manejaba las luces en el bar. Toda vez que la pasión de amor era el tema de la rumba, «vamos guajira pa'l guateque a bailar un rico son», se encendían los reflectores rojos; y los azules cuando la China cantaba algún melancólico bolero, desplegando los labios no sólo de arriba abajo, sino hacia los lados también, cual plumaje de pavorreal, de manera que las modulaciones de la voz eran un ensanchamiento paulatino que iba de la trompita diminuta de las «us» a la bocaza desnuda, carnosa, desafiante de las «as», «calla, no me digas nada, calla si ya no me quieres, para qué pronunciar la palabra final». Una noche me di cuenta de que era el propio Pepe quien manipulaba los interruptores mientras tocaba el piano y el órgano melódico. De pronto el escenario se teñía de ámbar y violeta y hacía su aparición la China, montada en unos zapatos dorados con tacones de plástico transparente. La cabeza erguida —¿qué se teñiría la China: la cabellera de platino o las raíces de azabache?— y la mirada baja pero altiva. Nadie como ella en el arte de disimular la papada. Un escote prominente y un agujero ribeteado en el abdomen definían su

minúsculo vestido, que dejaba ver, entre resplandores y lentejuelas y galones, la trama oscura de la pantimedia al más leve movimiento. ¡Ah! La China tenía un enorme encanto, que, paradójicamente, se dejaba sentir cuando no estaba, cuando no podía hacer su número por atender la caja registradora: entonces se le echaba de menos y la rumba, aunque retronaran los trombones y repercutieran las tarolas y palpitara el saxo, algo cobraba de solemnidad viril. Y es que la mirada autosuficiente de la China, sus gritos agudos, los holanes de su voz, sus restringidos coqueteos, despertaban todavía muchos entusiasmos.

«¡El son de la loma!, China, ¡El son de la loma!» Bueno, cómo no, ¿verdad?, con mucho gusto para todos ustedes, ¿verdad?, vamos a complacer una amable petición, ¿verdad? Y cuando la China, «agusto», como ella decía, pegaba brinquitos y tomaba la letra de otra rumba emparentada, y su ingenuidad o su ignorancia le imprimían a la canción cierto tono navideño, «a la loma de Belem, a Belem nos vamos, ae, ea, componedores, ea, ae, remachadores», el sudor y el maquillaje se expandían entre un público exhausto de aplaudir rabiosamente y de llevar el ritmo con los pies y con los hombros, porque el bar no tenía licencia para bailar a excepción de la noche de «El Grito», cuando Maru llenaba de guirnaldas tricolores el techo y las paredes.

La clasificación de los lugares donde se consume alcohol en México obedece a una legalidad restrictiva y es tan compleja e inusitada como la de los animales en la antigua enciclopedia china de Borges. Lo cierto es que, en el bar, donde se oía música para bailar, no se podía bailar. A lo mejor peco de optimista, pero he notado que tal prohibición, sin duda nociva para los pies, tiene alguna que otra ventaja para los oídos y ha redundado en beneficio de la música misma. Cuando se baila, la música se reduce a la

pareja y son otras las letras y otros los ritmos que se escuchan: los latidos, las pulsaciones, los susurros, los alientos, los jadeos, pero no los de la rumba. Gracias a que no se podía bailar, el bar fue cobrando rango de auditorio, de sala de concierto, y su rumba fue dejando de ser mera música de fondo para ser música de frente. De todas maneras, pese a las restricciones y a los inspectores, cuando el bar estaba a punto de cerrar, acabábamos bailando *Tristeza* entre las mesas apretujadas, salvando escalones y obstáculos, en una sola y eufórica fila que se mordía la cola, hasta que el silencio de Pepe Arévalo y los interruptores (que siendo de la luz lo eran del baile) nos echaban a la calle. Ya con los pies calientes, en el tiempo en que el bar cerraba a la una de la mañana, íbamos a los antros que cerraban a las tres, donde sí se podía bailar: el África, el Náder, el Bucabar.

Durante varios años, cada 3 de junio, celebramos el cumpleaños de la China entre flautas que tocaban *Japiberdeituyu,* nuestras cubas y sus anises. El bar entonces adoptaba una tonalidad doméstica. La mamá de la China venía de Izúcar de Matamoros, donde atendía un restaurante caminero de su propiedad, y durante todas las noches de su estadía se sentaba cerca de la barra a dispensar buenos modales poblanos. La China era la anfitriona del bar. Están en su casa, nos decía, y en efecto, el bar era nuestra casa. Ahí me daba cita con mis amigos; ahí me encontraba siempre, de ir solo, con alguien capaz de aplicar, pascalianamente, la ley de los vasos comunicantes, llenos de ron; ahí recibía telefonemas y recados, sobre todo en la época en que, por desgracia, me quedé sin casa, es decir sin otra casa que el bar; ahí celebré algún examen extraordinario con algún alumno trasnochado, que debía analizar la polisemia de la palabra *son* —verbo y sustantivo— en «El son de la loma».

Y ya que de casa hablamos, metámonos hasta la cocina. El baño para caballeros del bar disponía de tres mingitorios, muy cercanos entre sí, de quince agujeritos cada uno. Arriba a la izquierda, pegado a los mosaicos, se veía un pequeño letrero que había agotado el catálogo tipográfico de la imprenta y que, del gótico al bodoni, decía:

SÍFILIS — CHANCROS — GONORREA

CLÍNICA VÍAS URINARIAS

DR. CHÁVEZ

5 DE FEBRERO NÚM. 42

(FRENTE A LA FARMACIA DE DIOS)

FACILIDADES DE PAGO

Difícil volver la cabeza en aquel recinto tan enjuto, atiborrado de intermediarios entre la primera actuación de Los Mulatos y la segunda de El Combo del Pueblo, para ver quién demonios le estaba a uno rascando la espalda; el tumbador de la charanga de Pepe Arévalo, que, mientras no tocaba las tumbas, tenía la compensatoria concesión de cepillar, simbólica y elegantemente, con idéntico ritmo de rumba, la virtual caspa de la chamarra de uno.

De los mejores tumbadores que conozco: Othón, el psicoanalista. Llegaba al bar ya tarde, siempre bien vestido y mejor acompañado, discreto a no ser por unas sospechosas vendas en las muñecas. De pronto, el doctor se subía al escenario, se hacía un hueco frente a las tumbadoras (el del baño regresaba a su oficio primigenio, porque, bien visto, la concesión era tocar las tumbas y no cepillar las chamarras de los clientes) y empezaba la descarga, musical y terapéutica. ¡Cuántas monstruosidades no le habrán espetado sus pacientes durante el día al tal doctor Othón para que tocara las tumbadoras de esa manera durante la noche!

Fue por el 75, quizá un poco antes, cuando el bar sufrió la invasión de los intelectuales. Para bien o para mal, el responsable mayor de esta intromisión fue el profesor universitario y periodista Froylán López Narváez, quien, por cierto, bailaba humillantemente *La siguaraya.* Convencido, con todo fundamento, de que «la rumba, es cultura», introdujo la academia en el bar, cuando tal vez su propósito era introducir el bar en la academia. Antes, la música tropical estaba más o menos limitada a los cabarets, a las películas de rumberas, a las fiestas de vecindario, a los radios de los taxistas, a las rocolas de las marisquerías, aunque a veces rebasaba sus fronteras, y en buena medida, merced a esta convicción que Froylán se encargó de propalar por todos los medios, empezó a escucharse como reivindicación de nuestra tan llevada y traída identidad, constantemente vulnerada por la música norteamericana, y dejó de llamarse *tropical* para llamarse *afroantillana*. Como ejemplo de esta vertiginosa ascendencia, recuerdo una fiesta en el Salón Los Ángeles —La Catedral del Mambo—, a la que concurrieron por primera vez cientos de universitarios, que, por supuesto, no confesaban que eran primerizos, para oír al propio Pepe Arévalo, a Cayito y su Combo, al Gran Fellove, «el Jacarandoso». Como era previsible, la asistencia de los intelectuales al bar acabó, si no por expulsar del todo, sí por inhibir a su público genuino: el burócrata de cuarta, el taxista de nalgas aguadas, el guarura de lentes oscuros en la oscuridad, el boxeador retirado que a la menor provocación recordaba batallas memorables frente a las tumbadoras, sumiendo la panza y endureciendo la musculatura, la puta manca que llevaba el ritmo de la rumba aplaudiendo con el muñón.

Esta paulatina transmutación del público quedó estatuida la noche en que llegó el Canal 13 de televisión para dar el espaldarazo comercial a una presunta autenticidad que justamente esa noche

quedaba en entredicho. A pesar de mi confesa e inocultable condición de intruso, yo me sentí ultrajado, acaso sin razón. Ese no era el bar. Ese no era mi bar. Los productores habían cubierto con un papel metálico el mural que consignaba nuestra disparatada historia; la potente luz de los reflectores violaba la intimidad de la que el bar siempre había disfrutado, y el público habitual se había quedado afuera, sustituido, adentro, por mujeres de espaldas desnudas y tobillos perfumados y por hombres a ellas parecidos —«chicos plásticos» diría Rubén Blades—, de los que nunca pronuncian la «e» final de los adverbios terminados en «mente». Pepe Arévalo estaba feliz esa noche. Y la China también: nerviosa pero apoltronada ya en un triunfo entonces prematuro. Hay que progresar, contestaba a mis muecas de disgusto. Hay que progresar. Y, en efecto, llegó el progreso. Grupos estupendos de Cuba, como la Orquesta Aragón, el conjunto Rumbavana o Barbarito Díez pasaron por El León y congregaron a la multitud. De nada valían madrugadas y reservaciones. Pasar al bar en esas noches era una tarea tan épica como la de permanecer adentro, entre el humo, el sudor y la promiscuidad, que no alcanzaban a desperdigarse por las ventanas del pasillo que da a la Catedral. Siempre quise hacerme de una llave del candado que cierra la reja de ese pasillo por el lado de Guatemala, llevar una mesita de campaña, tres o cuatro sillas plegadizas, una bolsa de hielo y un par de botellas de ron para oír a tan maravillosos músicos desde la ventana forzosamente abierta, a mis anchas, con la Catedral de testigo. Una vez, cuando sufría la enfermedad que me había confinado a la silla de ruedas durante varios meses, me dijo el portero, acosado por la muchedumbre que luchaba por entrar, que ya no había lugar. «¡Cómo no!», le respondí, «¡si yo lo traigo puesto!» Y me metí rodando.

Pepe Arévalo inició, pues, la concatenación de éxitos que lo llevaron de la pantalla chica a la pantalla grande hasta que, cansado del sindicalismo de sus empleados; de la estrechez del bar, que ya había sufrido dos lamentables e insuficientes ampliaciones; de la vulgaridad del público inicial, si bien noche a noche más desplazado, renuente, no obstante, a perder sus derechos de antigüedad, decidió irse con su música a otra parte.

Candilitos de prismas de plástico en el techo de tirol. Orquídeas naturales en cajas de celuloide y descomunales muñecos de peluche en la vitrina del guardarropa. Cortina de terciopana carmesí con ribetes dorados a la entrada. Luces indirectas sobre las paredes *beiges.* Meseros incondicionales vestidos de etiqueta color vino y fornidos capitanes, también incondicionales. El progreso, pues. Así se inauguró El Gran León en la colonia Roma hace algunos años. Esa noche de estreno no se podía transitar por el flamante establecimiento, atiborrado de clientes asiduos al viejo bar, de reporteros, de artistas de farándula. Imposible hacerse de una cuba libre entre la muchedumbre. Me fui, claro, al viejo bar de la Catedral, obediente de una extraña fidelidad al lugar y a quienes en él se quedaron: los antiguos meseros —el Mesié, Chano, el Abogado, Anselmo—, el Trío San Luis, reducido a dueto intempestivamente.

Por una fidelidad todavía más extraña, en este caso a Pepe y a quienes con él se fueron, a la noche siguiente regresé a El Gran León. Pensaba que mi cariño por ellos debía manifestarse no tanto en los momentos más o menos frívolos de la esplendorosa inauguración, sino en los que se comienza a trabajar frente a un público raquítico. Era temprano en la noche. La China llegó después que yo. Estaba enojada por algún altercado que había tenido con Pepe la noche anterior, en plena festividad. «Espérame tantito», me dijo, y subió a las asépticas oficinas. Cuando bajó, enfurecida, ya se

iba para siempre de ese maldito lugar. La acompañé al hotel Ritz de la calle de Madero, donde empezó a cantar, desde esa misma noche, sus boleros más queridos. Que yo sepa, nunca más volvió al bar de Pepe.

Cosas de fidelidad, desde el cisma asistí indistintamente a los dos bares. Quizá, por atavismo, más al viejo, donde se instalaron, como feliz alegoría nacionalista, La Justicia y La Libertad, dos buenos conjuntos. Desde entonces han pasado por ahí notables músicos: aquel viejo lobo de Lobo y Melón, ahora con su tribu, El Son Candela, Los Recuerdos del Son... Y, aunque sin Pepe al frente, siguieron las invitaciones a estupendos artistas extranjeros: Rubén Blades, Óscar de León, Original de Manzanillo. Pepe Arévalo, por su parte, ha llevado a su bar a magníficos músicos cubanos, de uno y otro bando: los que pueden cantar «Cuba, qué linda es Cuba, quien la defiende la quiere más...» y los que no; los que no pueden cantar *Cuando salí de Cuba* y los que sí. Entre los primeros, Elena Burque, que tanto se parece al mar: vemos la espuma de sus ademanes y oímos el batir lento y cadencioso de su voz, que nos lleva a adivinar sus corrientes submarinas y los peces ciegos que la habitan en lo hondo; y Jorrín, el violinista que creó el cha-cha-cha, que se apersona en el escenario con inocencia de primera comunión. Entre los segundos, Celia Cruz y la Sonora Matancera del longevo don Rogelio. Cuando vi a Celia en El Gran León, tan diminuta, me costó trabajo aceptar que de ella pudiera salir aquella portentosa voz que había oído en tantas grabaciones. «Todavía tengo voz para cantar *Tu voz»,* dijo, y fue la suya como la voz que describe la canción: tañer de campanas al morir la tarde, trinar de cenzontles en la enramada, gemir de violines en las madrugadas, cristalina corriente cual una cascada y todas esas ingenuas y dulces metáforas que hilvanó Ramón Cabreras.

A tres años de la escisión, que me había parecido tan radical, el viejo y el nuevo bar, curiosamente, poco difieren. Desde que lo dejó Pepe Arévalo, El León del centro ha tendido, acaso para imitar al nuevo, a morigerar su imputada vulgaridad: se modernizaron los baños, se reconstruyó el plafón goteroso, se recubrieron con madera las paredes vestibulares, quizá para que, al mediodía, cuando funciona como restaurante de comida corrida, no fuera tan sórdido como suele serlo cualquier bar nocturno cuando le pega el sol. En cambio, el nuevo bar, que empezó tan *beige* y cristal cortado, tiene ahora las paredes pintadas de negro con incrustaciones rutilantes de diamantina y foquitos intermitentes de árbol de Navidad en el techo.

De la misma manera, tal vez el viejo bar, ahora, no difiera mucho del que yo tanto frecuenté hace varios años. Aunque...

(La China Oliva del Río, harta de rumba y bolero, vive refundida en Izúcar de Matamoros, Puebla, donde atiende, desde que murió su madre, el restaurante caminero. Del grupo de Pepe Arévalo, no queda, ahora, más que uno de los músicos —el Cachorro— de cuantos formaban aquella charanga del viejo bar. Hace poco, Cayito, que había dejado de cantar tiempo después de la muerte de Mario Robledo, pudo reintegrar su Combo para acompañar a la cubana Raquel Domenech en La Posada: Salomón, Pablo Peregrino, el Chamaco Ángel, todos menos Reyna, a quien vi no hace mucho en el viejo bar, y luego en el nuevo, muy avejentado pese a su notable bisoñé —o por eso mismo—, con la tribu de Lobo; su lugar lo ocupaba, en El Combo del Pueblo, Bernardo, un trompetista veracruzano que ha acompañado a Cayito desde los tiempos de Daniel Santos y que también estuvo, con él, en el grupo de Muro y su Razón en el bar Paul's, donde la rumba se alternaba con un equipo de saludables profesores de gimnasia que cantaba abominables cosas de estudiantina y que acabó por desplazar al son

de ese lugar que había nacido con el estupendo conjunto Batachá del gran flautista Saúl, proveniente del Riviere, que es el único calvo que peina trenzas que conozco... Ah, la subordinación de los recuerdos puede ser infinita. Cerremos el paréntesis:)

Quizá mi afecto, desplegado por mi asiduidad de varios años, me lleve a una nostalgia gratuita, injustificada; a ver fundamentales las modificaciones que para otros ojos son insignificantes. El viejo bar de alguna manera sigue siendo el mismo antro vulgarzón de siempre, pasados, ya, los furores de la moda.

Como quiera que sea, escribo esta crónica para hacer el inventario, a sabiendas de que es parcial, de los sucesos que yo, por lo menos, no puedo asumir como triviales, acaso porque forman parte muy entrañable de mi propia historia —en buena medida, esta es una crónica de mí mismo—. Escribo esta crónica, como judío converso, para decir que soy cristiano viejo. Escribo esta crónica, sobre todo, para justificar el largo tiempo invertido en el cumplimiento, ni siquiera implacable, de un acto más o menos cotidiano que me ofreció, por mucho tiempo, la cómoda ilusión de no estar a la intemperie, de tener un lugar donde se suceden las mismas cosas siempre, siempre con el mismo ritmo.

El velorio de mi casa

A punto de terminar el año, el decimoséptimo que vivo en el barrio de Mixcoac, estoy velando mi casa.

Los libros ya no están conmigo. Tampoco los libreros de encino que los hospedaban. Sólo los muros de tepetate, desnudos.

He descolgado los cuadros que adornaban las paredes y en su lugar han quedado las claras huellas de su estadía, como si su misión hubiese consistido en defender del polvo el espacio que ocupaban.

No hay ningún traste en el trastero. No están los retratos en las mesas, ni las medicinas en el botiquín del baño. Las lámparas ya no cubren los focos, ahora pelones, casi obscenos, ni los papeles pueblan mi escritorio, como si milagrosamente se hubieran tramitado todos los asuntos pendientes.

Los cajones del escritorio están vacíos, vacía la vitrina donde guardaba algunas vasijas prehispánicas y algunos libros raros o antiguos. Ya no hay contenidos, sólo continentes: un armario hueco, una alacena hambrienta, un ropero ensimismado en la luna que lo reproduce.

Todos los libros están empacados en cajas de cartón, amarradas con mecate, esperando su nueva sintaxis. Sin ellos al alcance de la mano, me siento descobijado. Si ahora que escribo esta página necesitara saber el significado de alguna palabra, no habría diccionario que me protegiera.

Mientras puedo hacer la mudanza definitiva —como si las metáforas (no otra cosa es una mudanza) lo fueran—, conservo dos mudas de ropa, un plato, una taza, una cafetera, una botella de tequila, un caballito tequilero, algunos de mis más necesarios efectos personales, este lápiz Eagle Mirado del número 2 ½ y este cuaderno.

Salgo al jardín a tomar el sol porque si la casa, de techos tan altos y muros tan anchos, es de suyo fría, sobre todo en invierno, ahora, con las alfombras enrolladas, sin los libros que tapizaban las paredes, sin el fuego de la cocina, es helada.

Además del sol, tomo un tequila, sentado en mi equipal. Corto un limón del limonero, que no ha empacado sus frutos, y desde el jardín miro la casa deshabitada, como si fuera una fotografía muy vieja, color sepia.

En esta época del año, el jardín, que es un calendario, es desastroso a pesar de la prodigalidad de limas y limones, de la cortesía de algunos alcatraces y de la terquedad de la yerbasanta.

Estoy sentado bajo la glicina, que a estas alturas agónicas del año no da sombra: despojada de su verdor, no es más que un hirsuto tejido de varas secas y tristes. Habrá que esperar a la primavera para que la glicina florezca y se cubra de hojas —en ese orden—. Pero para la primavera yo ya no voy a estar aquí. Y por primera vez pienso, tequila en mano, que ella tampoco. Que una vez que yo me vaya, una pala mecánica la segará de la misma manera que devastarán este terreno para construir en el lugar de la casa centenaria un pequeño y moderno centro comercial, aquí, al lado del mercado de Mixcoac. Tengo la dolorosa premonición de que, en yéndome yo, la casa habrá de ser demolida como demolieron hace algún tiempo la casa de enfrente, que fungía como escuela

secundaria y que tenía la misma edad que la mía. Mía no; de las señoritas Carrasco, mis caseras.

Aquí estoy, bajo las encrucijadas ilegibles de las ramas de la glicina, sentado en mi equipal, tomando un tequila acompañado de un limón recién desprendido del limonero.

Los gatos también toman el sol en silencio amodorrado. Mis gatos no tienen nombre. Debería entonces decir *los* gatos y no *mis* gatos. No quise ponerles nombre, yo, que a todo le pongo nombre; yo, que a eso me dedico. Es que no quise encariñarme con ellos porque no los admití en casa para que me hicieran compañía o para jugar con ellos y acariciarlos, sino para que ahuyentaran a las ratas del mercado. Por eso no tienen nombre ni les doy mucho de comer. Cuando por fin venga la mudanza, abandonaré a los gatos anónimos quizá con cierta tristeza, pero a sabiendas de que el mercado se da abasto para satisfacer sus apetitos.

El equipal cruje a cada suspiro y a cada trago de tequila. La yerbasanta ha crecido tanto que ya oculta el corredor de la casa. No me he rasurado en cuatro días porque ya empaqué la brocha de afeitar. No pensé que la barba me creciera tan canosa.

¿Cuándo volveré a tener el privilegio de cortar con mi propia mano un limón de un limonero para acompañar mi tequila?

Siguen oyéndose villancicos españoles y *El niño del tambor* en el mercado, cuando ya estamos a punto de terminar el año.

Siento que la casa se va (no en vano tiene forma de tren) y que yo habré de permanecer aquí, sentado en mi equipal, mucho tiempo después de que la casa se haya ido, tomando tequila bajo la glicina. Pienso en Malcolm Lowry y en su estupor volcánico y en Cuernavaca y en una jacaranda, que primero echa las flores y después las hojas, como la glicina. Lowry bajo el volcán. Yo bajo la glicina.

Pero no es la casa la que se va. El que se va soy yo, y sin embargo siento que, sin mí, la casa está muerta, no sólo por el peligro inminente de su destrucción, sino por mi propia lejanía, por nuestra separación. Tengo que abandonarla yo, que le daba vida. Mis caseras, las señoritas Carrasco, me obligan a dejarla. Por primera vez comprendo el rigor del exilio.

Y de pronto, tras un trago súbito de tequila, sentado en mi equipal, rodeado por los cuatro gatos sin rincón, presencio, con ojos alucinados como los de Malcolm Lowry, una especie de milagro guadalupano. Entre las ramas secas de la glicina aparentemente desahuciada: una flor, que la planta me ofrece como despedida, como anticipo de primavera, como promesa de supervivencia; una flor lila y generosa como un racimo de uvas, en pleno invierno.

Ni un tequila más, Gonzalo.

Ya el retrato de papá no vigila mi escritorio, de modo que esta noche escribo sin tutela, sin guía, a la deriva.

Todavía me quedan algunos días de duelo. Algunos días con sus noches. La casa nueva todavía no está terminada. Los carpinteros siguen trabajando en la construcción de los libreros y no avanzan mucho porque los pintores salpican de pintura el andador que están armando y, cuando las paredes reluzcan flamantes, los carpinteros, a su vez, las mancharán de barniz sin que se sepa cuál es el momento justo de decir basta. Habré de permanecer dos o tres días más en esta casa llena de muebles vacíos y de cajas llenas, donde escribo de la manera más elemental, sobre una mesa desnuda, una carta a las señoritas Carrasco, mis caseras. Aunque quizá, ahora que lo pienso, tendré que quedarme hasta después del día de Reyes

porque antes los juguetes apostados en la calle, frente a mi puerta, me van a impedir sacar mis cosas. Ojalá que este aplazamiento no les moleste, señoritas Carrasco.

Aquí les dejo su casa. Esta casa donde ustedes nacieron, precisamente ahí donde está mi escritorio, que es el lugar en el que yo también nazco cada día, en cada página que escribo. Esta casa construida por su abuelo hace cien años, cuando Mixcoac estaba demarcado por caudalosos ríos, hoy secos o entubados. Esta casa de techos altos hasta la arrogancia; de muros anchos; de ventanas con postigos, que pueden hacer la noche en cualquier momento del día.

Ahora que me voy, tengo que decirles, señoritas Carrasco, que la casa tiene los achaques propios de su edad: las tuberías lloran con frecuencia sin motivos aparentes, la fuente padece incontinencia y las duelas del piso sufren el cáncer de la polilla que de tarde en tarde las vence aquí y allá, con el riesgo consecuente de que uno empiece a caminar en el subsuelo, medio metro debajo del nivel de la casa. Ustedes saben que tales padecimientos no se deben al maltrato. Antes bien, yo la he cuidado mucho durante el tiempo que la he habitado, como a ustedes les consta, y le he hecho mejoras notables. Cambié las ventanas de madera que daban al exterior porque la intemperie las había podrido. Les quité a los pisos, a las puertas interiores y sus marcos y sus postigos y a las duelas todas del piso las diez o doce capas de barniz y de pintura que se les habían superpuesto a lo largo del siglo, rescaté su color natural y dejé visibles los caprichosos itinerarios de las polillas. A la glicina le tendí una cama, como ustedes dicen, a lo largo y a lo ancho de los andadores del jardín, por donde la planta discurre horizontal en vez de limitarse a la pared de tepetate donde habitaba verticalmente, como abismada, como con vértigo, así que les devuelvo un jardín techado de flores y de traslúcida fragancia. Les dejo también unas

buganvilias que sembré al pie del muro de la colindancia y que una vez aclimatadas habrán de ser un estallido de color; unos arrayanes que demarcan el camino a la biblioteca, y un naranjo, sembrado por mi mano al llegar a esta casa, que hoy ofrece sus frutos con generosidad hispalense y que se suma a los otros dos cítricos del jardín, la lima y el limón, cuyas ramas se entreveran. Creo que también les voy a dejar, si no tienen inconveniente, la mesa del corredor y sus bancas monacales, que no me cabrán en ninguna parte y que a fuerza de estar ahí desde que llegué a Mixcoac ya no parecen muebles sino inmuebles.

Llegué a Mixcoac hace cerca de diecisiete años por un anuncio que ustedes pusieron en el periódico con honestidad contundente y que decía:

RENTO CASA VIEJA

SIN CLÓSETS Y SIN COCHERA

TIZIANO 26, MIXCOAC

Por aquellos días, padecía una enfermedad artrítica que me había conminado a la invalidez y que me hacía sufrir dolores humillantes, porque si los dolores del alma dignifican al hombre, los del cuerpo lo sobajan, lo denigran. ¿Se acuerdan de que estaba yo en silla de ruedas cuando nos conocimos?

Le pedí a mi hermana Rosa que fuera a ver la casa que con tanta sinceridad anunciaba sus deficiencias. Regresó encantada. Según Alejandro, entonces su pretendiente, la casa se parecía, aunque con otras proporciones, al Museo de Guanabacoa, cercano a La Habana, donde se exponen manifestaciones rituales del culto afrocubano de los abakuás.

—Y además —dijo Alejandro—, tiene una glicina.

Y al decirlo me imaginé una casa entre habanera y veneciana, espaciosa y digna. Y la renté sin conocerla más que a través de las descripciones verbales de Alejandro y de los clarísimos dibujos de Rosa.

Rosa y yo decidimos vivir juntos en la casa de Tiziano, como aquel «simple y silencioso matrimonio de hermanos» de un cuento de Julio Cortázar, llamado *Casa tomada,* que ahora que escribo se me mete de contrabando en cada renglón, y que a ustedes a lo mejor les gustaría leer, sobre todo a usted, doña Bertha, que tanta pasión tiene por la literatura. Aunque tal vez ese cuento le parezca un poco raro y sobre todo muy distinto a las novelas que usted lee, porque me la imagino muy bien leyendo a Pérez Galdós, a Margaret Mitchell o a Morris West, pero no a Julio Cortázar.

Un año vivimos juntos Rosa y yo. Durante ese tiempo mitigamos nuestras soledades. Pero la casa no era propia para la convivencia a pesar de su amplitud. El dormitorio de Rosa se interponía entre el mío y el baño —el único baño de la casa—, de manera que, en la noche, cuando era necesario, tenía que salir al corredor, atravesar parte del jardín, por donde está la fuente incontinente, abrir la puerta de la cocina y llegar por fin al baño por el otro lado. Itinerario de suyo incómodo, pero insufrible cuando se requieren muletas para recorrerlo.

Como quiera que sea, Rosa y yo nos disfrutamos mucho durante ese año en el que sus risas alumbraron la casa y su buen gusto se desparramó por los espacios, por las paredes, por todos los rincones. Hasta que un mal día decidió mudarse de Tiziano no sólo por las dificultades de su convivencia conmigo, debidas sobre todo a la disposición de las habitaciones de la casa, y por las demandas naturales de su relación con Alejandro, sino porque llegó al límite su

tolerancia con respecto a un barrio que la agredía cotidianamente y al cual no pertenecía. No pertenecíamos ni ella ni yo. El escenario del mercado se le presentaba día a día más inhóspito y más violento, a ella, que caminaba por ahí con esa su belleza distraída que suscitaba las expresiones más procaces de un machismo suburbano. Pero la agresividad no siempre se manifestaba directamente, sino a veces de manera indirecta y aun pasiva: las bolsas de basura que manos invisibles depositaban al pie de la ventana de mi estudio, la mancha de orines siempre fresca en la puerta de la calle, el teporocho, ciertamente inofensivo, que dormía su borrachera perenne entre las ruedas de mi Volkswagen color café con leche.

Cuando Rosa se fue, sentí que la casa se me venía encima. Era demasiado grande para mí solo. Excepto los libros y sus libreros, mi cama y mi escritorio, todos los muebles eran de ella, así que cuando se llevó sus cosas la casa se convirtió en un gigantesco agujero; más un túnel que el tren de pasajeros en que tiempo después la literatura habría de convertirla.

Pensé mudarme de casa, pero los libros me retuvieron en ella: se encaramaban tan contentos y saludables por las altísimas paredes que trasladarlos de ahí sería tanto como desprender la hiedra del muro en que ha echado raíces. Adónde llevarlos. ¿A un apartamento de los que se construyen ahora, en los que uno roza, sin ser muy alto, los granos del tirol del techo apenas hace un aspaviento? Imposible. No cabrían.

Con la partida de Rosa, la renta se me duplicó. Aun así, decidí quedarme.

Cultivé el jardín hasta convertirlo en un vergel e hice, a fuerza de cuidado, de palabras y aun de amenazas, que floreciera la glicina. Arreglé el estudio, que es la parte ardua de la biblioteca; el lugar donde se apilan los papeles y los periódicos, los libros pendientes,

los directorios telefónicos, que nunca podrán pasar por libros a pesar de su volumen porque no pueden ponerse de pie y, endebles y lánguidos, se acomodan horizontalmente, como las revistas. Y, al paso del tiempo, ese espacio fue el más vivo de la casa, por la propia vitalidad que mi trabajo le imponía: un libro siempre abierto, una máquina de escribir perseverante, un teléfono terco. Y el comedor tuvo mesa y la mesa mantel y platos y vasos y cubiertos y servilleta de tela en cada uno de los alimentos. Y la cocina aprendió a cocinar y se fue haciendo de sus enseres de madera, de sus trastes de peltre, de sus ollas y cazuelas de barro. Y el corredor añadió a su mobiliario de severo refectorio grandes macetones con helechos, sanderianas y otras plantas de sombra que lo refrescaron, y plácidos equipales donde sentarse a leer el periódico y tomar el tequila. Y el dormitorio se hizo muelle e íntimo, a pesar de su ubicación a la mitad de la casa, y pudo recibir.

Pero la verdadera reivindicación de la casa y del barrio que la circunda se debe a la palabra y a su capacidad de domesticar la realidad, de hacerla habitable. Empecé a escribir sobre la casa y su arquitectura ferroviaria, sobre su glicina, sobre el barrio de Mixcoac y sus vecinos subsidiarios: el jardinero, el teporocho, el tragafuegos. Y ya no pude irme porque las cosas y la gente, una vez nombradas y descritas, cobraron dignidad y estatura y se hicieron entrañables.

Y a mi voz se sumaron las de todos los que por aquí pasaron (porque pasajeros fueron en este tren del que yo era el maquinista) y dejaron en el aire sus palabras. En el aire y en las paredes y en los muebles y en los libros. La pátina de sus palabras y de sus risas y de sus miradas y de sus orgasmos (con perdón de ustedes, señoritas Carrasco).

Ay, señoritas Carrasco, ¿por qué me piden la casa ahora, diecisiete años después de mi llegada, cuando por fin la he domesticado a fuerza de palabras?

Voy a extrañar la amplitud de las habitaciones, la anchura de los muros, la altura del techo, que libera las ideas hasta la perdición, la puntualidad de la glicina, que ayer se violentó para ofrecerme una flor de despedida en pleno invierno. Por favor, ahora que me voy y que ustedes recuperan la casa, no dejen de hablarle a la glicina. Yo no creo en esas cosas, pero les suplico que le hablen, y que le hablen con energía porque es una planta sorda, y si no le hablan con fuerza, simplemente no va a florecer. No sé cómo voy a poder vivir sin ese calendario que es mi glicina. Perdón: la de ustedes. Confundiré el invierno con la primavera y después no voy a saber si el poema que me viene a la memoria es de Villaurrutia o de Pellicer.

Voy a extrañar la noche que hacen los postigos a la primera hora de la tarde para proteger mi siesta insobornable o para desinhibir el amor temprano. El espejo del ropero ya no reflejará el mismo espacio y se olvidará de todas las batallas que se libraron en mi cama, con el perdón de ustedes.

Voy a extrañar la cocina de carbón y su olor antiguo y campestre, el barrio del mercado y sus habitantes y sus dádivas: el relojero de enfrente y el zapatero y la fonda y la farmacia de la esquina y el Café París, que nunca cierra sus puertas, a ninguna hora del día ni de la noche, ningún día del año salvo este primero de enero; el afilador de cuchillos; el cartero, que me hace llegar las cartas dirigidas a mí aunque tengan la dirección equivocada; el pregonero del gas y el del agua, apenas inventado; la música de la tienda de discos del mercado donde adquirí los más improbables boleros; la

banda oaxaqueña que de tarde en tarde viene con su rotunda sonoridad de fiesta triste.

Voy a extrañar a Margarito, marimbero asimétrico, cojo y bizco (y no manco, por fortuna), que constituye, él solo, el grupo que ostenta el nombre de El alma de Chiapas y que a veces entra a la casa, a acompañar el tequila con la *Zandunga, El sauce y la palma* o *Dios nunca muere.* Al Güero, que todas las mañanas me expende mi jugo de naranja recién exprimido por un precio simbólico, como tributo a mi prestigiosa condición de maestro de la Universidad, y a los borrachos que se arremolinan alrededor de su puesto en busca del jerez con yemas de huevo para iniciar el ritual de la cura de la cruda. Y a Luis y sus hermanos, que durante más de tres lustros me ofrecieron los mejores ostiones en su marisquería ambulante. Y al señor Molina, que vende el mejor tocino del país a cambio de un precio justo y de una injusta conversación sobre temas de mi absoluta ignorancia. Y a los tripulantes de El Barco, que me limpian la jaiba con habilidad infantil y con paciencia trapense.

¿Quién le cambiará, de ahora en adelante, la pila a mi reloj? ¿Quién les pondrá media suela a mis zapatos agujereados? ¿Dónde compraré ostiones frescos con confianza? ¿Qué comeré cuando el hambre me asalte a las tres de la madrugada y no pueda acudir al Café París en busca de una torta cubana en la cual se reconcilian de una vez por todas el clásico y el barroco? ¿Tendré que seguir viniendo todos los días a Mixcoac esté donde esté y viva donde viva?

Cambiaré los beneficios del espacio y de quienes lo circundan por las dudosas ventajas del confort: los muchos contactos de luz a la altura del zoclo del piso y no, como los de esta casa de Tiziano, a la mitad de la pared, ahí dispuestos cuando los escasos aparatos eléctricos de entonces se exhibían en mesas altas, cual trofeos de la modernidad; la intimidad de las habitaciones separadas, que a mí

poco me importa porque he elegido la independencia doméstica aun en la vida amorosa y ni manera de querer aislarme de mí mismo o de encerrarme en mi estudio para no interrumpirme o para no distraerme; las tuberías nuevas, que harán muy bien la digestión; todo género de instalaciones televisivas y telefónicas, y una cocina moderna que reclamará el concurso de miles de aparatos electrodomésticos altamente especializados cuyas múltiples funciones ahora cumplen, gracias a la sabiduría prehistórica de Baldomera, el metate y el molcajete.

Sé que ustedes aman esta casa que abriga su genealogía. Ojalá, señoritas Carrasco, que no acaben por entregarla a la avaricia comercial; ojalá que no caigan en la tentación de la modernidad que señorea sobre la memoria y que nos deja sin ningún lugar en la ciudad donde recargar los recuerdos.

Conminado por ustedes a entregarles la casa, me he impuesto la tarea de pensar en las deficiencias de su construcción y en las miserias del barrio en que se inscribe. Sólo podré dejarla mediante un esfuerzo del pensamiento y de la palabra proporcional al que realicé para habitarla.

Dejo la casa de Tiziano expulsado por la degradación. Como no tiene cochera, me veo obligado a estacionar el coche en la calle, donde lo asaltan persistentemente a pesar de sus alarmas. Por cierto, nunca apareció aquel Volkswagen que me robaron de las puertas mismas de la casa. Y este no lo guardo en la cochera que las monjas de la calle de Miguel Ángel me rentaban gracias a la intercesión de ustedes porque no me atrevo a caminar en la noche, ni solo ni acompañado, las escasas dos cuadras que me separan del

convento. Una vez sufrí un asalto macabro del que nunca quisiera acordarme. La casa se ha vuelto un escusado público y es menester sortear las boñigas perrunas y humanas para llegar a la puerta, que siempre está orinada, con perdón de ustedes. Alguna vez pensé empotrar en una de las jambas del zaguán, justo arriba de donde se orinan los viandantes, un mosaico con la imagen venerable de la Virgen de Guadalupe, a ver si de esa manera respetaban el lugar, pero tuve temor a la profanación, ay, Virgencita, tú me habrás de perdonar, pero ya me anda y ni manera. Las ratas del mercado pululan por mi calle con tranquilidad vacuna y mis gatos no logran impedir que se introduzcan por debajo de las duelas del piso: el espeluznante ruido de su desplazamiento me despierta a media noche y veo sus hocicos husmear por los respiraderos de mi cuarto.

Los chavos banda de las colonias vecinas, sobre todo las que se ubican allende el anillo periférico, como la Alfonso XIII, pintan a menudo en las bardas de la casa sus consignas entre guerrilleras y budistas con caligrafía punk de pintura de aerosol. Últimamente han dejado de venir, pero durante años el callejón de Guillain, adonde dan las ventanas de mi estudio y del comedor, fue su campo de batalla. Algunas noches infernales escuché con precisión estereofónica sus acometidas con botellas rotas y cadenas, los golpes, las heridas y el desangrado de las víctimas.

¿Qué van a hacer, señoritas Carrasco? No quisiera que alteraran la vocación doméstica de esta casa centenaria y al mismo tiempo sé que día a día es más inhabitable.

Lo que no he entendido realmente es por qué me pidieron la casa después del pago puntual de ciento noventa y ocho mensualidades a lo largo de casi diecisiete años. Comprendo que, a la muerte de su señora madre —que en paz descanse— se vieran precisadas a arreglar sus cuentas y determinaran vender esta propiedad. Claro

que el mejor cliente era yo. No sólo porque legalmente, en cuanto que inquilino de tantos años, tenía la primera opción de compra, sino por la devoción, que comparto con ustedes, por esta casa. Pero el precio que fijaron rebasaba todas mis posibilidades financieras y además incluía todas las mejoras que yo le había hecho a la casa por mi propia cuenta: el rescate de pisos, puertas y ventanas, la pintura de las habitaciones, la pérgola de la glicina, la jardinería y, sobre todo, la atmósfera maravillosa que yo había creado en la casa gracias a mis libros, a mis cuadros, a mis palabras y a las de los míos. Así mejorada por mí, subió tanto de precio, que no pude comprarla. Sinceramente creo que ustedes tampoco podrán venderla, a menos que la condenen a la demolición.

Mucho me temo, señoritas Carrasco, que esta casa construida por su abuelo hace cien años, donde ustedes nacieron y yo de algún modo renací, será demolida para convertirse en estacionamiento, en bodega de papas o en un pequeño centro comercial con un local de maquinitas para cazar coreanos, un videocentro de películas chatarra y un expendio de *hot dogs,* hamburguesas o *pizzas.*

Terribles motoconformadoras derribarán estas paredes, hasta hace unos días tapizadas de libros, y una pala mecánica desarraigará la glicina centenaria porque todos pensarán que está seca, porque nadie reparará en la flor que me regaló ayer, fuera de calendario. Pero qué digo. Aunque la vieran en todo su verdor, acabarían con ella. A quién puede importarle una glicina en este barrio desarbolado, pavimentado, por el que antaño corrían enormes ríos alimentando los árboles que crecían a sus riberas.

Aquí les dejo su casa, señoritas Carrasco. Me voy cuando mi ilusión había sido vivir en ella hasta el día de mi muerte. Y la habría colmado, de no haberme pedido ustedes la casa, porque soy capaz de dignificar y ennoblecer las miserias gracias a la palabra. Así de

poderosa es la literatura y así de firme mi vocación. Me gustaría que mis hijos y mis amigos velaran mi cuerpo en esta casa. Pero no. Soy yo ahora el que anticipadamente, de luto, velo la muerte de mi casa.

Un momento de su atención, por favor

Emma, la hija de don Daniel Cosío Villegas, que era amiga de mi hermano Miguel, me regaló un disfraz de Mago Merlín. Constaba de un batón verde estampado de lunas y estrellas doradas, que me llegaba hasta los tobillos, y de un cucurucho que ostentaba los mismos motivos astrales que el batón. En este caso, el hábito sí hizo al monje. Sin mayor habilidad de prestidigitación y ningún poder adivinatorio, pero con mucha fantasía verbal, animé, así ataviado, las fiestas infantiles de mis sobrinos.

Fui mago, pero muchas cosas más. Imitador irreverente de mis hermanos mayores, que no siempre se reían de mis parodias. Actor y director de escena de obras extraídas de *El Tesoro de la Juventud* que representábamos en la sala de la casa mi hermana y yo, y que con frecuencia fracasaban porque a Rosa le ganaba la risa al verme tan serio en mi papel de caballero con unos bigotes enhiestos, pintados con un corcho pasado por la hornilla de la estufa. Dibujante. Pintor. Escultor de rostros clásicos —Homero, Cristo, Cervantes— que tallaba en pastillas de jabón hurtadas de la despensa de la casa. Lector. Precoz autobiógrafo sin biografía. Poeta enamorado del amor. Ambicioso novelista de aventuras marineras. Declamador sin maestro que recitaba a la menor provocación, o más bien sin provocación, malos poemas sentimentales. Ensoñador de malabares circenses, viajes imposibles e identidades estrambóticas. Coleccionista de todo lo coleccionable: piedras, monedas, timbres postales, hojas secas, canicas, tornillos, corcholatas, pero en

especial de las cajetillas de cerillos Clásicos La Central (utilizados por mi padre para encender sus ininterrumpidos cigarros Delicados sin filtro), que tenían estampadas en la cara anterior, promiscuamente, una Venus de Milo y una locomotora, y, en la posterior, una pintura clásica. Ahí conocí a Rembrandt, a Frans Hals, Leonardo, Durero, Tiziano, Tintoretto... en proporciones diminutas. Cuando años después pude ver en vivo esas obras maestras, lo que más distrajo mi emoción fue el tamaño de las pinturas originales, que siempre había concebido como miniaturas.

Pero más que nada, fui un pedinche tesonero de todo lo que sobraba en casa, de todos los desechos: del cascarón de un huevo para pintar una cara de payaso, de la caja cilíndrica de cereal Maizoro para hacer un tambor o un candelabro, del alambrito que rodeaba la tapadera de cartón de la botella de leche para crear una escultura digna de un Giacometti ignoto.

Lo que más pedía, a quien se dejara, era un minuto de atención, aunque fueran unos segundos, para escaparme del anonimato en el que me había colocado el undécimo lugar que ocupaba en la numerosa prole de mis padres.

La tarima

Historia de la Cultura Hispánica

A los pocos días de mi examen profesional había nacido Diego, mi segundo hijo. La torta que traía bajo el brazo, como dice la conseja popular, fue que al cabo de unos meses después de mi titulación, la Universidad Nacional Autónoma de México me contrató, el 23 de septiembre de 1974, como profesor de asignatura en la Facultad de Filosofía y Letras para impartir, en sustitución de la doctora Paciencia Ontañón, el curso de Historia de la Cultura Hispánica que aún sin titularme ya había dado en la Universidad Iberoamericana.

No puedo olvidar la tarde en que di mi primera clase. Si bien ya había impartido ese curso en la Ibero, sentí que ahora daba una especie de salto cualitativo al dictarlo en la Universidad Nacional, mi *alma mater,* a la que habría de dedicar mi vida. Pasaba del suelo raso en el que había estudiado mi carrera a la tarima profesoral, del mesabanco al escritorio, del anonimato al protagonismo. Sería el único en ese salón 108, al final del larguísimo pasillo del primer piso, aledaño a un baño de hombres y paredaño a la Facultad de Derecho, que vería de frente a los alumnos, sujeto a su dictamen, a su escrutinio, expuesto lo mismo a sus inquietudes juveniles e interrogativas que a su aburrimiento o su distracción. ¡Qué desafío interesarlos, cautivarlos, seducirlos desde las primeras clases... con los yacimientos paleontológicos de la sierra de Atapuerca o las cuevas de Altamira de la prehistoria!

Sentada en primera fila, se encontraba una pareja de personas un poco mayores que yo, que me intimidaron. Me miraban con fijeza, no sé si cómplice o retadora: él era Aurelio González; ella, Maria Pia Lamberti. Andando el tiempo, Aurelio haría una brillante carrera de filólogo en el área de la literatura española de los Siglos de Oro; dirigiría el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México y sería miembro numerario de la Academia Mexicana de la Lengua. Tres cualidades lo nimbaban: su bonhomía, su erudición y su epicúreo placer gastronómico, que hacía extensivo, con generosidad sabia y exultante, a sus colegas académicos. Se había formado primero como ingeniero químico y por ello había empezado tarde a cursar la carrera de Letras. Maria Pia, su mujer, italiana en su origen y cadencia operística en su palabra y en sus ademanes, llegó a ser coordinadora del colegio de Letras Italianas en la facultad y directora de la Cátedra Italo Calvino. Cuando Aurelio murió, el 17 de noviembre de 2022, Maria Pia quiso que yo tuviera un objeto suyo, en recuerdo quizá de aquel lejano magisterio y de su cercanía en las sesiones de la Academia, de cuya mesa directiva él formaba parte. Me regaló ¡su pluma fuente! Una Sheaffer negra, elegante, finísima, grabada con su nombre. Descubrí, con enorme gusto y un sentimiento de continuidad, que ambos, porque eso se sabe al pulsar una pluma fuente ajena, teníamos la misma inclinación en nuestra caligrafía. Esa pluma no me es ajena. Y sigue siendo suya. Es nuestra.

Sí. A estudiar más a fondo y más de espacio las obras que hasta entonces apenas conocía superficialmente; las obras canónicas de los grandes hispanistas —Marcelino Menéndez Pelayo, Rafael Altamira y Crevea, Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro, Dámaso Alonso, Marcel Bataillon— y los grandes americanistas —de José Martí y José Enrique Rodó a Mariano Picón Salas y Germán

Arciniegas; de Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes a Edmundo O'Gorman y Fernando Ortiz, de Silvio Zavala a Alejo Carpentier...

Muchos años di ese curso general, que era obligatorio para los alumnos de la carrera de Letras Españolas, de manera que se cuentan por cientos los alumnos que pasaron por mi aula. Ninguno de ellos, creo yo, disfrutó tanto seguirlo como yo dictarlo. Me apasionaba la materia. Impartirla era un reto enorme y al mismo tiempo una maravillosa y exigente oportunidad de preparar mis clases, que año con año se fueron fortaleciendo, aunque la extensión del temario, en el que todo podía tener cabida, año con año también me hacía sentir más ignorante.

Literatura Iberoamericana

La historia siempre me ha interesado, y sobre todo la fascinante, controversial, polifacética historia de la cultura hispánica, pletórica de contrastes y mixturas, de convulsiones y simbiosis. Pero no soy historiador. Así que al cabo de unos cuantos años, cuando se presentó la oportunidad, concursé para optar por una plaza de profesor de asignatura que se abrió en el área de Literatura Iberoamericana, en la cual se cifraban desde entonces mis mayores intereses académicos y vocacionales.

Gané el concurso de oposición y durante muchos años impartí el curso general de Literatura Iberoamericana II, que abarcaba del modernismo de Rubén Darío a la actualidad, identificada entonces con el *boom* de la literatura latinoamericana, tan en boga en esos años.

Qué privilegio el mío dedicarme a leer y estudiar las manifestaciones más importantes de la literatura iberoamericana de

finales del siglo XIX y de lo hasta entonces transcurrido del siglo XX: el modernismo finisecular, primer movimiento nacido en Hispanoamérica que no es reflejo de ningún movimiento previo gestado en España y que, sin embargo, repercute en las letras españolas, particularmente en la poesía de las generaciones del 98 y del 27, como un feliz retorno de las carabelas; la novela de la Revolución mexicana, que burla la dicotomía tradicional de buenos y malos que alimentó las novelas decimonónicas y que no distingue entre héroes y bandoleros, sino que retrata a los *bandolhéroes,* como Salvador Novo denominó a sus personajes; las expresiones vanguardistas nacidas de este lado del mar océano con un carácter propio, como el creacionismo de Vicente Huidobro o buena parte de la poesía de la generación de Contemporáneos en México; la persistencia en la búsqueda de una expresión propia que había impulsado las obras y las reflexiones de los primeros años de los países independientes y que seguía siendo el tema y la preocupación torales de nuestros literatos y nuestros pensadores, de Domingo Faustino Sarmiento a Jorge Luis Borges, de Pedro Henríquez Ureña a Samuel Ramos, de Alfonso Reyes a Octavio Paz; la irrupción al mediar el siglo XX de novelas que ampliaron las escalas y las categorías de la realidad sin perder su realismo primigenio: *Hombres de maíz* de Miguel Ángel Asturias, *El reino de este mundo* de Alejo Carpentier, *Pedro Páramo* de Juan Rulfo; y la gran explosión, el *boom,* que ciertamente no nace por generación espontánea como su nombre podría sugerirlo, pero que es un parteaguas en la narrativa hispanoamericana, por la que apostaron con todos sus riesgos temerarios, Cortázar, García Márquez, Fuentes y Vargas Llosa... En fin, qué felicidad dedicar mi vida académica al estudio y a la enseñanza de esta literatura apasionante que colmaba las aspiraciones de mi vocación docente.

Alumnos muy brillantes desfilaron por mis cursos, tanto de Historia de la Cultura Hispánica, como de Literatura Iberoamericana y Análisis de Textos (una materia que impartí en el Colegio de Letras Modernas). Entre muchos otros, que a lo largo de los años se cuentan por centenas, me vienen a la memoria los nombres de los poetas Fernando Fernández, Pura López Colomé, Javier Sicilia, Luis Miguel Aguilar, Carmen Leñero; de los narradores Francisco Hinojosa, Élmer Mendoza, Enrique Serna, Carmen Boullosa, Fabio Morábito, Sandra Lorenzano; de los ensayistas Rafael Pérez Gay, Jaime Moreno Villarreal; de los filólogos Aurelio González, Liliana Weimberg, Héctor Perea, Pablo Mora; del dramaturgo David Olguín, del editor Daniel Goldin... ¡De ninguna manera pienso que la asistencia a mis clases de tan talentosos alumnos pueda abonarse a mis méritos docentes! El mérito no está en que yo los reconozca como mis alumnos, sino estaría, dado el caso, en que ellos me reconocieran como su maestro. Lo que sí puedo asegurar es que aprendí mucho de mis alumnos. Desde el primer día de clases les decía que, si no me enseñaban algo, no podrían obtener la más alta calificación. Y en efecto, de sus intervenciones, de sus propias preguntas (acaso más que de sus respuestas), de sus exámenes, de sus análisis literarios, de sus trabajos semestrales, mucho aprendí; mucho: nuevas lecturas de textos que yo había analizado infinidad de veces, que se enriquecían con sus interpretaciones, siempre más frescas que las mías.

Universidad entreabierta

A principios de los años ochenta, la dirección de la Facultad me adscribió al Sistema de Universidad Abierta, que apenas se estaba

implementando en nuestro plantel. El proyecto estaba a cargo de un profesor de Letras francesas tan brillante como discreto, Óscar Zorrilla. No dejé de dar mis clases de literatura iberoamericana, pero hube de incorporarme además a un muy pequeño grupo que tenía la misión de armar la *curricula* de la licenciatura de Lengua y Literaturas Hispánicas en modalidad abierta y de elaborar las guías de estudio correspondientes.

Corrí con mucha suerte porque en ese pequeño grupo de Letras Hispánicas coincidí con María Luisa Capella y Eduardo Casar. Compartíamos un diminuto cubículo, en el que prosperó tanto la amistad como el trabajo académico.

Me tocó hacer muchas de las guías de estudio de la carrera de Letras Hispánicas en el Sistema de Universidad Abierta: de Literatura Prehispánica, de Literatura Mexicana, de Literatura Hispanoamericana y no sé cuántas más. No eran buenas. No sólo por las deficiencias de mi autoría, sino porque no eran autosuficientes. Tampoco lo era el Sistema. Quienes se inscribían, por lo general personas mayores que el común de los estudiantes escolarizados, no podían presentar sus exámenes de acreditación cuando se sintieran preparados en una determinada materia tras estudiarla por su propia cuenta. Tenían que asistir a la facultad todos los lunes de seis de la tarde a ocho de la noche para recibir una tutoría, que, a falta de profesores, no podía ser personalizada, sino grupal. En mi condición de tutor, ciertamente no daba clases formales, sino trataba de responder de la mejor manera posible las preguntas que los alumnos me formulaban en el grupo. Aun con sus limitaciones, puedo decir que la Universidad Abierta fue, para mí, una experiencia muy rica. Tenía alumnos por lo general más maduros que los del sistema escolarizado, con un incuestionable

interés por estudiar y decididas ganas de aprender. Valiosísimos estudiantes «abiertos» pasaron por el salón de mis tutorías.

*

Atraídos por un destino común irrenunciable, los tres coincidieron en mi salón de clases. Los tres poseían señas de identidad comunes: tenían ascendencia judía, compartían una historia de exilio, eran muy inteligentes, gozaban de la misma edad juvenil y estaban llamados por la vocación humanística: Daniel Goldin, Alejandro Katz y Norman Sverdlin.

Fueron mis alumnos en el Sistema de Universidad Abierta, pero no sólo mis alumnos. Muy pronto se volvieron mis amigos y, con los años, dos de ellos acabaron por ser mis colaboradores en alguna de las instituciones culturales que dirigí. Con frecuencia, al salir de clase los lunes a las ocho de la noche, me acompañaban a mi casa, donde compartíamos el pan, el queso y el vino; oíamos música y, sobre todo, hablábamos de literatura. Hacíamos todavía más abierta la universidad.

Un mal día, ese brillante triunvirato se redujo intempestivamente. Una tragedia sacrificó a uno de sus miembros.

Apenas iniciado un viaje de diversión a Puerto Vallarta, los tres amigos sufrieron un accidente automovilístico. Norman murió el mismo día en un desesperanzador sanatorio de Querétaro. Alejandro salió ileso. Daniel estuvo internado en el Hospital Inglés, debatiéndose entre la vida y la muerte en terapia intensiva durante tres semanas a resultas de la perforación de la pleura que sufrió en la colisión, y, durante más de dos meses, fue sujeto de varias operaciones para salvar una pierna que el accidente destrozó. Quedó inválido por un tiempo y las secuelas de aquel terrible traumatismo,

aunque minimizadas, todavía persisten. Recuerdo haber ido a visitarlo al hospital junto con Alejandro y condolerme con los dos de la muerte del amigo común, a quien le hicimos un homenaje en la facultad.

Una sustitución arbitraria

No recuerdo cómo me enteré de esa cena de despedida en el restaurante Jardín de la avenida de La Paz, en San Ángel. Ni quién me invitó —si es que alguien me invitó—. Había sido convocada por Elena Urrutia y Mariclaire Acosta en honor y desagravio del profesor Noé Jitrik.

Era una mesa larga, en la que se encontraban catorce o quince personas, entre las que creo recordar, además de las organizadoras, a José Luis González, Sergio Fernández, Tomás Segovia, Margo Glantz, Tito Monterroso, Barbarita Jacobs. Pero quizá este elenco está reconstruido *a posteriori* por el conocimiento que tengo de quiénes eran entonces —diciembre de 1979— los amigos más cercanos del profesor. Acompañaba a Noé en la cena quien lo había acompañado inveteradamente a lo largo de la vida, su mujer, la escritora y artista plástica Tununa Mercado. Debería también referirme a ella en estas memorias. No lo haré porque su vida, su talento, su obra merecen un trato independiente de la luz (y acaso también de la sombra) que Noé proyectó sobre su persona a lo largo de los años.

El profesor argentino exiliado en nuestro país había sido despedido sin ninguna justificación académica de El Colegio de México, donde se desempeñaba como investigador e impartía clase a los estudiantes de doctorado en Lengua y Literatura Hispánicas. O,

para ser más preciso, Beatriz Garza Cuarón, la nueva directora del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios al que Noé estaba adscrito, no le había renovado el contrato que trimestre a trimestre, y desde hacía cinco años, la institución había firmado con él. No le dio ninguna explicación, pero Noé sabía que las causas de su despido no eran administrativas ni académicas, sino personales y políticas. Él no había apoyado la candidatura de Beatriz cuando fue postulada a ese cargo directivo y, por otra parte, no había manifestado su rechazo a un incipiente movimiento huelguístico de los trabajadores administrativos, inédito en la historia de El Colegio, que surgió por esos días y que alarmó a la presidencia de la institución. Movido por un legítimo interés en conocer los problemas que aquejaban a la corporación de la que él formaba parte, Noé había sostenido algunas conversaciones asépticas con los dirigentes, pero las autoridades no vieron en su interlocución la natural capacidad dialógica del profesor, sino la evidencia de una complicidad conspirativa con los trabajadores, que realmente no existía.

¡Qué paradójico que una institución creada bajo el nombre *Casa de España en México* para recibir a los intelectuales procedentes del exilio español republicano echara a un exiliado argentino de su seno!

Era la época en que yo alternaba mis cursos vespertinos en la facultad con mi trabajo en aquel proyecto de investigación dedicado a la enseñanza del español a los hablantes de lenguas indígenas, que tenía sede en El Colegio. Tal proyecto, a su vez, había generado otro organismo académico, el Instituto de Investigación e Integración Social del Estado de Oaxaca, al que me habían adscrito. Mi relación laboral con El Colegio persistió, sí, aunque mediatizada por la nueva institución.

Mi trabajo consistía en escribir los diálogos de un método de castellanización, que, de acuerdo con los postulados de la lingüística contrastiva aplicada a la enseñanza de segundas lenguas, no sólo tomaba en cuenta la lengua que se enseñaba —el español—, sino la de quienes la aprendían, es decir la enorme variedad de lenguas originarias coexistentes en Oaxaca. Estaba constreñido en mi tarea, pues, a utilizar estructuras sintácticas predeterminadas por los lingüistas del equipo de trabajo, liderado por el doctor Jorge Suárez, también de origen argentino. Pero por más que me dedicara a escribir diálogos, mi labor no era precisamente la de un escritor.

La llamada *nueva novela latinoamericana,* que había irrumpido con gran pujanza editorial en esos años, provocó en mi gusto literario un febril entusiasmo que se mantiene vivo a lo largo de más de medio siglo, y se volvió mi recurrente objeto de estudio, de enseñanza y de recreación.

Naturalmente, me había topado varias veces con el profesor Jitrik en las instalaciones de El Colegio, desde que todavía se ubicaba en la calle de Guanajuato número 125 de la colonia Roma; habíamos intercambiado saludos y algunos comentarios ocasionales. También habíamos coincidido en diversas reuniones sociales donde su cortesía y su capacidad dialógica me habían permitido charlar con él sobre algunos aspectos de la literatura hispanoamericana emergente. Y hasta ahí.

Asistí a esa cena por simpatía espontánea con Noé Jitrik y por indignación solidaria ante la arbitrariedad de la que había sido objeto por parte de la directora del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios. Pero también por precaución. Beatriz Garza me había propuesto sustituir a Noé en el seminario de Literatura Latinoamericana que él impartía. Ella me había pedido que aún no lo hiciera público, pero me preocupaba que, cuando Jitrik lo supiera,

me tomara por un cómplice de la directora del Centro, o incluso que pensara que yo había conspirado en contra suya, cuando no había tenido nada que ver en ese despido. Me interesaba que me sintiera de su lado. No quería perder su naciente amistad ni su consejo y su sabiduría. Ello me permitiría, además, presentarme ante los alumnos no como un usurpador, sino como un suplente que les daría continuidad a las enseñanzas de quien había sido su profesor titular.

Al día siguiente de la cena, decidí desobedecer la instrucción de Beatriz. Le hablé a Noé por teléfono y me reuní con él. Le dije que yo sería su sustituto. Entendió que la revelación de mi secreto implicaba una toma de partido a su favor. No sólo comprendió mi situación, sino que agradeció mi solidaridad e incluso me deseó éxito en mi desempeño profesoral.

En enero de 1980 me vi compelido a presentarme ante el grupo de estudiantes de doctorado que estaban inscritos en el seminario del profesor Jitrik. No fue fácil ese primer encuentro. En primer lugar, yo no tenía, ni de lejos, el ascendiente curricular de Jitrik; carecía además del grado de doctor que hubiera legitimado mi papel profesoral en un programa de doctorado, aunque para El Colegio de entonces, fiel a su vocación de acoger a los intelectuales del exilio español que podían ostentar o no grados académicos, tales condiciones curriculares no parecían ser relevantes, como lo demostraba la presencia de Antonio Alatorre, Tomás Segovia y del propio Noé, que no contaban con ninguna acreditación formal de posgrado, y alguno de ellos, si no me equivoco, ni siquiera tenía certificada su educación primaria. Por si fuera poco, yo entonces sólo tenía treinta y un años, la misma edad que varios de mis alumnos, e incluso menor que la de alguno de ellos. ¿Por qué había aceptado entonces esa invitación? La verdad, porque no se me presentó como una propuesta, sino como una asignación laboral de la autoridad del

Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios; porque, con la arrogante autosuficiencia de mi juventud, creí que mi capacidad, mis conocimientos y mi entusiasmo eran bastantes para dirigir ese seminario, y, sobre todo, porque me gustaba y me favorecía en términos curriculares y económicos.

Desde entonces pensaba que un trabajo, igual que una cámara fotográfica, debía sostenerse en un tripié: el gusto, el prestigio y el salario. Cuando uno es muy joven, por lo general se ve obligado a conformarse con tener apoyada una sola de las tres patas. Si me gusta, aunque no me paguen y no me dé prestigio; si contribuye a mi currículum, aunque no me entusiasme ni reciba por él ninguna remuneración; si me pagan, aunque no me guste ni me amerite. Después, uno exige que por lo menos dos de las tres patas estén ancladas en el piso. Esta fue, creo, la primera vez en mi vida que mi «cámara laboral» tuvo tres soportes: la dirección del seminario implicaba un sobresueldo que beneficiaba mi entonces muy castigada economía; me confería un gran prestigio, que podía colocar con orgullo en mi hoja de vida, pero, sobre todo, me encantaba. ¡Dar clases de literatura latinoamericana a un grupo de alumnos avanzados! ¿Cómo rechazar semejante oportunidad?

El grupo estaba integrado por una docena de estudiantes, casi la mitad de ellos, extranjeros. Recuerdo a un salvadoreño, una argentina, una chilena y dos puertorriqueños.

Apenas empecé a impartir el curso, decidí invitar a Noé a mi casa de Tiziano 26, junto con todos los alumnos que habían pasado de su tutela a la mía. Que no hubiera ruptura, que hubiera continuidad, que la transición fuera tersa y apacible. Esa fue mi intención. Y lo logré.

En *La nopalera,* libro autobiográfico que se refiere a las casi dos décadas de su estadía en México —más de una en condición de

exiliado—, Noé relata esa difícil transición, que se resolvió tranquila y provechosamente:

> Fue un golpe, no lo puedo ocultar, pero me ofreció otras gratificaciones en cambio. [...], la misma Garza había designado para sustituirme a Gonzalo Celorio que, enterado de los antecedentes, me llamó, nos vimos, nos explicamos y ahí comenzó una relación de fraternal amistad que duró y sigue durando. Gonzalo es uno de mis grandes amigos. Salí ganando.

Estaba yo entonces en mi época de fascinación por el bolero.

No tenía la menor idea de que a Noé le pudiera resultar interesante o al menos tolerable la audición que de manera espontánea se desató en mi casa esa noche, con la aquiescencia entusiasta de nuestros alumnos, en particular de los puertorriqueños, que no se limitaron a escuchar la música, sino que a los primeros compases se levantaron a bailar en la terraza de la casa.

Para mi sorpresa, Noé estuvo feliz con los discos que se fueron alternando en mi aparato de sonido, uno tras otro, sin dejar ni un resquicio por el cual pudiera colarse el silencio. Y es que si algo lo caracterizaba era su pasión por el análisis del discurso, aunada a su enorme y obsesiva capacidad de teorizar.

Noé recuerda en *La nopalera* esa fiesta, y las que se sucedieron, de esta manera:

> La casa tenía un gran patio con muchas plantas y las habitaciones, encadenadas, albergaban biblioteca, escritorio y recepción, donde se celebraban reuniones o fiestas en las que Gonzalo introducía a sus siempre variados invitados a las seducciones de la música caribeña. Era una especie de santuario cuyas deidades eran el inevitablemente nostálgico Agustín Lara, siempre entonando alguna falta, María Teresa Vera, una cubana lírica y suave, el casi metafísico Benny Moré y el fenómeno poético de Daniel Santos, que arrastraba las erres como si fueran uñas sobre tablas de lavar.

Extensión académica

Alcira

Lo único que le pregunté cuando me hizo el ofrecimiento fue si Alcira venía o no en el «paquete» del puesto. No necesitó decir la palabra *sí.* Bastó que bajara con lentitud los párpados para ratificar mi preocupación.

En marzo de 1982, la Junta de Gobierno de la UNAM eligió a José G. Moreno de Alba director de la Facultad de Filosofía y Letras. Maestro y amigo, el doctor Moreno me invitó a ser secretario de Extensión Académica de la dependencia. Había sido mi maestro como adjunto de Juan M. Lope Blanch en el curso de Español Superior. Lo respetaba y le tenía un gran afecto, nacido de nuestra coincidencia en el proyecto de Gloria Bravo Ahuja en El Colegio de México y acrecido con el tiempo, al calor de muchas conversaciones, de varios viajes compartidos y de suficientes tequilas. Tenía una catadura más bien adusta, que podía pasar por un carácter reservado y aun tímido. Sin embargo, su apariencia severa ocultaba, en el ámbito público, el finísimo sentido del humor, tan fresco como incisivo, que desplegaba en el privado y que, con frecuencia, llegaba a resolverse en carcajadas liberadoras y casi infantiles. Había en la personalidad de Pepe Moreno ciertas actitudes y ciertos gustos que podrían parecer incompatibles entre sí, pero que en él se conjugaban con perfección sintáctica: su apego irrestricto a la legislación universitaria, que conocía como si fuera el abogado

general de la UNAM, y su entusiasmo por los juegos de azar, sobre todo el póker, que disfrutaba todos los miércoles con una perseverante tercia de amigos; su gusto por el canto gregoriano y su afición a la fiesta brava; su rigor académico y su devoción por la gastronomía, que incluía por lo menos un tequila antes de comer y un whisky antes de dormir. Sus propios apellidos parecían un oximoron: Moreno de Alba.

Me atraía de la propuesta del flamante director la posibilidad de extender la enorme producción intelectual de la Facultad, en primer lugar, hacia los propios miembros de la comunidad, aislados en sus respectivos colegios —Letras, Filosofía, Historia, Geografía, Bibliotecología, Estudios Latinoamericanos, Arte Dramático, Pedagogía...—, que se habían convertido en compartimentos estancos, alejándose del espíritu humanista que había animado en su tiempo la creación de nuestra institución. Y también, claro, hacia quienes no tenían el privilegio de formar parte de esta facultad-madre de la Universidad, y serían destinatarios potenciales de la extensión académica, que nuestra Ley Orgánica consagra como una de las tres funciones sustantivas de la Universidad, al lado de la docencia y la investigación: «extender lo más ampliamente posible los beneficios de la cultura». No puedo negar que también me interesaba la posibilidad de que, una vez contratado para desempeñar esta función académico-administrativa, se abriera a concurso la correspondiente plaza de profesor de carrera a la que pudiera optar para salir de mis penurias económicas y de mi dispersión. Y así ocurrió al poco tiempo.

Pero... ¿y Alcira?

Rubia, alta, esbelta. Vista por atrás, parecía una joven, de larga cabellera, enfundada en unos *jeans* sempiternos y calzada con unos huaraches campesinos; vista por delante, no podía ocultar los casi

sesenta años que entonces tenía. Su blanquísimo rostro había sufrido las inclemencias del tiempo (no de los meteoros, claro, sino de su ineluctable tránsito: la edad). Le faltaban muchos dientes y se tapaba la boca con la mano cuando hablaba para ocultar ese deterioro que mucho la avejentaba. Libre, contestataria, subversiva, solidaria. *Sol-y-dar-y-dad,* decía uno de sus coloridos dibujos poéticos.

Sí. Alcira estaría, si bien de manera informal, bajo mi «jurisdicción». En mi oficina, pues.

Mucho se ha escrito sobre Alcira Soust Scaffo, pedagoga, poeta y traductora de origen uruguayo establecida en México desde principios de la década de 1960. Cobró una dimensión mítica al quedarse encerrada durante doce días, alimentándose sólo de agua y de papel, en un baño de la Torre I de Humanidades, a partir del 18 de septiembre de 1968. Esa noche, el Ejército mexicano tomó las instalaciones de Ciudad Universitaria con la intención de frenar el movimiento estudiantil ante la inminencia de los XIX Juegos Olímpicos, que habrían de inaugurarse en el estadio de la Universidad el 12 de octubre. Elena Poniatowska habla de ella en su crónica *La noche de Tlatelolco;* Roberto Bolaño la convierte en personaje relevante, si no es que protagónico, de sus novelas *Los detectives salvajes* y *Amuleto;* Gabriela Ortiz compone la música para una ópera de cámara con libreto de Silvia Peláez, titulada *Luciérnaga. Melodrama musical para soprano, actor y ensamble de cámara y multimedia...* Todos ellos han contribuido a alimentar el mito Alcira.

Después de la represión del 2 de octubre del 68, Alcira se refugió en la propia Facultad de Filosofía y Letras, donde vivió por dos décadas, salvo algunas temporadas, hasta su internamiento en un hospital poco antes de su regreso a Montevideo en 1988. A veces,

se hospedaba en las casas de amigos, profesores o alumnos de la facultad, que después de cierto tiempo acababan por mutar su solidaridad y su compasión originales por el hartazgo y aun la enemistad. Pero su domicilio habitual, el lugar en el que tenía sus escasas prendas de vestir, sus poemas, sus coloridos dibujos, era el vestíbulo de las dos pequeñas oficinas que tenía la Secretaría de Extensión Académica, al lado de la dirección del plantel.

Por lo general, los profesores la querían, o por lo menos la toleraban. Al ir a dar clases, se topaban con ella inevitablemente porque Alcira era un ser omnipresente en las instalaciones de la facultad —los pasillos, el «aeropuerto», el aula magna...—. La saludaban, a veces la apoyaban con algún dinero a cambio de un poema de *Poesía en armas,* como se llamaba la edición que imprimía en el mimeógrafo de la facultad, con papel de la facultad, con tinta de la facultad. Algunos le daban la vuelta porque podía ser muy embarazosa, demandante y hasta agresiva e injuriosa. Yo la temía más de lo que la apreciaba. Era una voz discordante. Emitida en una facultad caracterizada por su discordancia, la voz de Alcira, más enfática que las demás, de algún modo vicario e hiperbólico, se volvía representante protagónica de la comunidad.

Una cosa era saludar a Alcira al llegar a la facultad para impartir clase, como lo hacían Luis Villoro, Rubén Bonifaz Nuño, Ramón Xirau, Alfredo López Austin, Elsa Cross e incluso yo mismo, y otra muy distinta, tenerla en el escritorio vecino, perorando monólogos inacabables, a veces gritando, protestando, gimiendo, llorando, recitando poemas en francés y en español, cantando canciones de protesta. Era muy difícil recibir en mi diminuta oficina a grandes maestros universitarios como Leopoldo Zea, Edmundo O'Gorman, Margit Frenk o Antonio Gómez Robledo, que a veces me visitaban para tratar algún asunto de publicaciones o de conferencias o de

mesas redondas, en medio de la algarabía suscitada por la expresividad exultante de Alcira. En una ocasión, José Luis González, militante comunista puertorriqueño avecindado en México y profesor de la facultad, al final de una frustrada entrevista en mi oficina en la que prácticamente no pudimos hablar por el enfático monólogo de mi vecina, me dijo: «¡¿Cómo la puedes aguantar, Gonzalo!?».

No sólo la soporté; la defendí, la ayudé y acabé por tolerarla más que cuando me topaba con ella al ir a dar mi clase. Pero también la padecí. Y mucho. Moreno de Alba me había dado la misión de servir de dique para que Alcira no llegara a pisar su oficina. No siempre pude cumplir su encomienda. Una vez, mi «entenada» se declaró en huelga de hambre, no recuerdo ahora por qué motivo, y se instaló en el vestíbulo de la dirección para exigir tal o cual pronunciamiento de la autoridad a favor de tal o cual causa. Lo que sí recuerdo es que en esa ocasión visitó al director el doctor Luis Villoro. Con su habitual cortesía, el filósofo la saludó. Después de escucharla pacientemente, la instó, con su melodiosa voz, tan bien articulada, a que levantara su huelga. En respuesta, Alcira le espetó:

—¡Doctor, si me quiere convencer, no me venga a hablar con esa vocecita de frecuencia modulada!

En ese mismo escenario vestibular de la dirección de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, una mañana Alcira Soust Scaffo defecó sobre la alfombra.

En una sesión del Consejo Técnico de la Facultad, en la que estaba presente Alcira, cuyo caso figuraba en el orden del día a iniciativa de los consejeros estudiantiles, que pugnaban por que se le ofreciera una plaza académica, yo no pude defender semejante despropósito. En represalia de mi abstención, me derramó sobre el regazo una taza de café hirviendo.

Alcira era un mito, sí. Encarnación de la Maga de Cortázar, si no es que su modelo, como aseguraban algunos estudiantes. Heroína de la resistencia contra la invasión del Ejército a la Universidad en ominosa violación a su autonomía. Poeta comprometida, según lo exigían los tiempos sartreanos del mayo parisino del 68. Insigne traductora de poesía francesa, según las apreciaciones de Ramón Xirau o Adolfo Castañón. Conciencia crítica y luminosa de la Facultad de Humanidades y de la Universidad entera: «Por Alcira hablará mi espíritu»...

Alcira estuvo nimbada por un aura mítica. No es mi intención desmitificarla en esta remembranza, pero me siento obligado a confesar con toda honestidad que no reprobé la decisión de la rectoría de la UNAM de internarla en un sanatorio psiquiátrico para someterla a un dictamen médico. Lamenté, como todos en la facultad —incluido el director—, la manera secreta y sorpresiva en que se llevó a cabo su detención, pero celebré que la administración central de la universidad se ocupara de su salud. Si bien Moreno de Alba había tratado el tema con el rector, ni él ni yo teníamos ninguna información oficial al respecto ni la pudimos obtener después. Cuando nos enteramos por algunos empleados de vigilancia de que se la habían llevado, Paco Noriega, secretario particular de Moreno, y yo recorrimos varios hospitales de la ciudad hasta que dimos con ella en el Fray Bernardino Álvarez. Pude hablar con el médico tratante. Me dijo que le estaban haciendo todo tipo de estudios para valorar su estado. Nos permitió verla. Estaba tranquila, aunque seguramente sedada. Su tranquilidad me tranquilizó. Tal vez no habría habido otra manera de proceder que la coacción y la sorpresa, pero por fin tendría una valoración médica, un diagnóstico y un tratamiento, más allá de la solidaridad caritativa y a veces negligente de la comunidad universitaria.

El tratamiento médico, sin embargo, no prosperó. Estudiantes del Consejo Estudiantil Universitario (CEU), encabezados por Antonio Santos, también la localizaron, después de nosotros. Hicieron un mitin en la plaza delantera del hospital, lograron que Alcira se asomara a la ventana de su habitación, le aplaudieron y exigieron su «inmediata liberación». No era política ni filosofía del sanatorio retener a nadie por la fuerza, así que la «liberaron».

Los jóvenes del CEU abanderaron su liberación, celebraron con ella el acontecimiento, la llevaron a festejar su libertad..., pero muy pronto la abandonaron a su suerte. Sin diagnóstico, sin medicinas, sin tratamiento, pero acrecida la dimensión mítica de su persona.

En 1988, Alcira fue devuelta a su país, donde no se reencontró con su familia. Murió sola en Montevideo el 30 de junio de 1997.

No el más adolorido, pero sí fui uno de sus deudos. Sé que me quiso y que habló bien de mí. Me demostró, en medio de su lúcida locura, su cariño expansivo, aunque también, varias veces, recibí sus sonoras imprecaciones y también sus agravios más tangibles, como aquella mañana en que me derramó una taza de café hirviendo en salva sea la parte. Yo la llegué a querer, es cierto, sí, pero debo decir que muchas veces también la aborrecí.

No sé si descansa en paz.

Eduardo Casar

Divertido, imaginativo, irreverente. Forjado en la sociología de la literatura, pero ante todo y sobre todo poeta: tahúr verbal, alcahuete de sustantivos y adjetivos, violador de palabras inocentes, torpedero de lugares comunes, desfacedor de frases hechas...

Eduardo Casar fue mi compañero en la Secretaría de Extensión Académica.

Un día lo cité a las cinco de la tarde en nuestra oficina para una entrevista con alguien tan importante que no me acuerdo de quién era. Casar no asistió, como se lo había pedido, pero me dejó sobre mi escritorio una nota irrebatible: «Gonzalo, no voy a poder venir en la tarde por la sencilla razón». ¡Punto! ¡Por la sencilla razón, punto!

La Facultad había venido publicando a lo largo de los años, en tres épocas distintas, un boletín informativo. Casar y yo queríamos renovarlo, darle un sentido más dinámico, más moderno, menos solemne. Nuestro gusto cómplice por Julio Cortázar (a quien le debemos nuestra amistad casi sexagenaria), nos llevó a imaginar un nombre nada fama y muy cronopio: *Noema,* no en el sentido fama de «pensamiento como contenido objetivo del pensar», según lo define el *Diccionario de la lengua española,* sino como un vocablo cronopio, que el autor de *Rayuela* utiliza de manera erótica y juguetona en el capítulo 68 de su novela, escrito en glíglico, para referirse a saber si a la boca, la lengua o el sexo femenino, en todo caso a una zona erógena del cuerpo de la mujer. Su ventaja era que podía tomarse como un sesudo concepto filosófico para que nadie alzara las cejas, a riesgo de pasar por ignorante. Un juego, pues, un *arma secreta.*

Nos presentamos Eduardo y yo en la dirección con nuestro proyecto muy bien estructurado. El doctor Moreno, que en su oficina de la dirección adoptaba una seriedad intimidante, escuchó nuestra propuesta. Aceptó todas las características de la publicación: las secciones previstas, sus contenidos, su periodicidad, su extensión, su distribución, sus ilustraciones, su costo... Cuando por fin llegamos al nombre, porque, de no ser platónicos, primero es la cosa y luego el nombre que la nombra, yo le propuse con mi mayor entusiasmo la

palabra *Noema* y todas sus connotaciones (o *coñotaciones,* diría Cabrera Infante). Tras oírme pacientemente, nos dijo, muy serio:

—Yo tengo otra propuesta.

—¿Cuál? —le preguntamos Eduardo y yo, pensando en que diría algo más ocurrente que nosotros, más simpático, más sugestivo.

—*Boletín informativo de la Facultad de Filosofía y Letras, 4.ª Época* —dijo con solemnidad, pero quizá también con un soterrado sentido del humor que entonces no entendimos. Por lo pronto, no lo celebramos ni lo reímos.

Ni manera. Donde manda capitán... *Boletín informativo de la Facultad de Filosofía y Letras, 4.ª Época* se llamó nuestro *Noema*. Tuve que esperar veinte años a ser director del Fondo de Cultura Económica para bautizar con ese nombre, Noema, la colección de ensayos que publicamos en coedición con Turner, cuando la dirigía Manolo Arroyo.

Publicamos quince números del boletín, entre junio de 1982 y agosto de 1986.

En sus páginas, dábamos cuenta de la multiplicidad de actividades que se celebraban en nuestra facultad, caracterizada por su dinamismo, su vitalidad, su entusiasmo. De la misma manera que anunciábamos los cursos extracurriculares y los concursos de oposición, las cátedras extraordinarias, las conferencias y los homenajes, los coloquios y los congresos, las presentaciones de libros y las obras de teatro del Colegio de Arte Dramático..., reportábamos las resoluciones académico-administrativas: los calendarios lectivos, los acuerdos del Consejo Técnico, las publicaciones institucionales, las adquisiciones de la biblioteca, las actividades estudiantiles, las prácticas de campo... En la última página, Eduardo escribía la sección que cervantinamente llamamos «Rinconete»: textos breves, llenos de humor y de sensibilidad, que

ponían el ojo en rincones de la Facultad que se habían vuelto invisibles a fuerza de haberlos rozado la costumbre, que todo lo desgasta: el busto de Dante a la entrada del plantel, o el de Martí en la sala del Consejo Técnico, el inquisitorial salón de exámenes profesionales, la miserable cafetería, administrada entonces por dos ancianas regañonas...

Pero el *Boletín* no es más que un testimonio de todo el trabajo, por cierto muy dichoso, que realizamos en esa Secretaría. Quizá lo más satisfactorio de nuestra labor fue la organización de las visitas de grandes escritores a nuestra universidad, entre ellos, Mario Benedetti, Jacques Derrida, Fernando Savater, Umberto Eco, Julio Cortázar.

Todos estos escritores, cuyas visitas fueron organizadas por la Secretaría de Extensión Académica de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, tuvieron lugar en el auditorio Justo Sierra, que a partir del 68 se dio en llamar Che Guevara.

Mi efímero paso por Bellas Artes

Cuentan que lo tomó de las solapas, que lo zarandeó e incluso, dicen algunos, que lo golpeó. El señor presidente estaba furioso.

En un número de una pequeña revista publicada por la Dirección de Literatura de Bellas Artes, impresa en tinta azul y distribuida como encarte en algunos diarios de circulación nacional, había aparecido un artículo en el que se decía, sin ningún atenuante eufemístico, que la primera dama de la nación era una puta.

El primero en pagar semejante afrenta fue el director general de Bellas Artes, Juan José Bremer. Tras la violenta reprimenda del primer magistrado de la nación, fue depuesto de su cargo. Y el director de Literatura de la institución, hipotético responsable de la publicación del panfleto, Gustavo Sainz, puso pies en polvorosa y se refugió en Estados Unidos. Desde entonces fue apodado Gustavo «Science-fiction». Arturo Azuela, que había pegado un inopinado brinco de las matemáticas, el violín y la historia a la literatura, lo sustituyó.

Javier Barros Valero, hijo del heroico exrector de la UNAM Javier Barros Sierra, fue designado director de Bellas Artes en lugar del defenestrado Bremer. Y al poco tiempo de tomar posesión de su cargo nombró a Azuela subdirector general de la institución. Su permanencia en la Dirección de Literatura fue tan efímera como meteórico había sido su ascenso. Efímera, sí, aunque no conclusiva, porque Arturo no quiso desprenderse del todo de la Dirección que había ocupado por tan breve tiempo.

Era el año de 1982, el último del sexenio de López Portillo, año difícil no sólo por las debilidades que le imponía el régimen al Gobierno saliente, sino porque ese año en particular estuvo marcado por un calamitoso desastre económico. En lugar de administrar la abundancia con la subida del precio del petróleo, como lo había anunciado el presidente al principio de su mandato, la mala administración provocó una tremenda devaluación del peso mexicano y López Portillo tomó medidas extremas de alto costo político y financiero, como la nacionalización de la banca.

Además de los obstáculos propios de una administración particularmente crítica en su último año, el Instituto Nacional de Bellas Artes no contó, como es de suponerse, con la gracia del Gobierno después de lo ocurrido con aquel pasquín oprobioso.

¿Cómo pude aceptar, así las cosas, la oferta que me hizo Arturo Azuela de sustituirlo, aunque fuera de manera informal, en la Dirección de Literatura de Bellas Artes cuando a él lo nombraron subdirector general? Han pasado más de cuarenta años y apenas empiezo a entenderlo. Algo tuvo que ver, sin duda, mi amistad incondicional con María Luisa Capella, que a la sazón era la mujer de Azuela.

Yo acababa de ser designado por José G. Moreno de Alba secretario de Extensión Académica de mi facultad, pero todavía no contaba con una plaza de profesor de carrera y tenía necesidades económicas para mantener a mi familia y mantenerme a mí mismo tras mi separación de Yolanda. Como Arturo —que siempre tuvo dos frentes abiertos— no quería dejar el puesto de director de Literatura ni tampoco estaba dispuesto a rechazar la oferta de Javier Barros, pensó que yo le podría «hacer el quite», como se dice. Iría a la Dirección de Literatura, entonces ubicada en el segundo piso de la Torre Latinoamericana, enfrente del Palacio de Bellas Artes, una o

dos veces a la semana, por la mañana, para que la oficina no quedara acéfala, y atendería los asuntos burocráticos rutinarios, mientras él se seguiría encargando de los más importantes y sobre todo de los más vistosos, los que más relaciones literarias le pudieran acarrear en beneficio de su propia obra y de su reconocimiento. Moreno de Alba me dio la oportunidad de ausentarme una o dos mañanas a la semana, siempre y cuando no descuidara mis responsabilidades en Extensión Académica. Me comprometí a cumplir mis obligaciones porque las actividades que a mí me tocaba organizar en la facultad por lo general se llevaban a cabo en el turno vespertino.

Así lo hice. Una o dos veces por semana tomaba el lentísimo elevador de la Torre Latinoamericana, me instalaba en una oficina con vista al Palacio de Bellas Artes, y atendía las cuestiones administrativas. Algunas de ellas tenían carácter internacional, lo que me dio la privilegiada oportunidad de interactuar con Sergio Pitol, que a la sazón era el encargado de asuntos internacionales del Instituto. Resolvía con una diligencia y una finura, que mucho tenían que ver con su personalidad e incluso con su propia obra literaria, los temas de su competencia. A mí me gustaba sobremanera esta vinculación porque Sergio era un modelo vivo, tan ejemplar para mí, de que la función pública y la creación literaria no son incompatibles.

En esas condiciones tan limitadas por el poco tiempo que le quedaba al sexenio; por el castigo al subsidio que sufrió Bellas Artes y por la informalidad de mi nombramiento, sólo pude realizar un par de proyectos: un gran homenaje a la generación de *Contemporáneos* —Pellicer, Gorostiza, Owen, Cuesta, Novo, Villaurrutia...—, en el que participaron numerosos intelectuales —coetáneos o deudores de aquella pléyade de escritores, desde Rubén Salazar Mallén y Alí Chumacero hasta Guillermo Sheridan y Vicente

Quirarte, pasando por Luis Mario Schneider y Jaime Labastida...—. Y otro, la tercera época de la afamada *Revista de Bellas Artes,* que se editó bajo la dirección de Federico Álvarez, en la que yo fungí como jefe de redacción, y que contó con el diseño audaz, moderno, vigoroso de Vicente Rojo. A partir de entonces, fui tejiendo con el gran diseñador gráfico una amistad que sigue viva más allá de su muerte.

El puesto de director de Literatura de Bellas Artes, que ejercí de manera vicaria en un tiempo breve y muy dificultoso, y mi función simultánea de secretario de Extensión Académica de la Facultad de Filosofía y Letras fueron el origen de una vocación, la difusión cultural, que, sin merma de mi quehacer literario, he ejercido con entusiasmo y con provecho a lo largo de los años en diversas instituciones: la Universidad Nacional Autónoma de México, el Instituto Nacional de Bellas Artes, el Fondo de Cultura Económica, la Academia Mexicana de la Lengua... Entiendo ahora, con esta recapitulación, que mi vida ha estado apoyada en un tripié. Sus patas son la creación literaria, la docencia de la literatura y la difusión cultural. Ese trípode me ha sostenido a lo largo de la vida.

La loca de la casa

Uno

—¡Papá, Sarukhán! —me gritó Diego, mi hijo menor, tras contestar el teléfono.

Serían las seis y media de la tarde del jueves 2 de febrero de 1989, cuando por fin recibí la llamada que esperaba desde hacía casi dos meses. Yo estaba en mi casa de Tiziano 26, dándome un relajante baño de tina.

Salí de un brinco de la bañera y, chorreante de agua enjabonada, tomé la bocina. El doctor José Sarukhán, flamante rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, ya estaba en la línea. En tono amable me preguntó si podía subir a su oficina. Él suponía naturalmente que yo me encontraba en la Facultad de Filosofía y Letras y que en cuestión de cinco o diez minutos a lo más podría estar con él en el sexto piso de la Torre de Rectoría. De seguro ignoraba que en la Torre de Humanidades aledaña a la facultad no hay cubículos suficientes para albergar a los profesores de carrera, muchos de los cuales optamos por investigar y preparar clases en nuestros propios domicilios. Cuando se enteró de que no estaba en Ciudad Universitaria sino en mi casa, se disculpó —¡quién lo creería! — por semejante intrusión en mi vida privada y aceptó, un tanto desconcertado, que llegara una hora después. O media. «Lo más pronto que pueda estoy con usted, doctor.»

Yo había estado esperando con ansia esa llamada, pero pensé que ya no la recibiría. Habían pasado casi dos meses desde mi primera entrevista con el rector, a unas semanas de que había tomado posesión de su cargo, y no había tenido ninguna noticia suya desde entonces.

¿Cómo llegué a entrevistarme con él aquella primera vez, cuando apenas había sido elegido por la Junta de Gobierno rector de la Universidad para el periodo 1988-1992?

Javier Álvarez Leefmans, un antiguo compañero de banca de la primaria con quien seguía —y sigo— teniendo amistad a pesar de los años y de las distintas carreras que cursamos en la Universidad —él Medicina y yo Lengua y Literatura Españolas—, me invitó a comer uno de los primeros días de diciembre de 1988. Me dijo que su colega Juan Ramón de la Fuente, a quien también yo conocía desde los remotos tiempos escolares, había sido designado coordinador de la Investigación Científica de la UNAM en la nueva administración. El doctor Sarukhán le había dado la misma encomienda que a otros de sus colaboradores más cercanos: la de proponer candidatos para la Coordinación de Difusión Cultural, un área que al rector le resultaba un tanto ajena y muy complicada, por decir lo menos. Y él, Javier, le había sugerido a Juan Ramón mi nombre. Así que aquella tarde, después de una comida que me pareció demasiado prolongada por la tarea vespertina que me esperaba, me puse a actualizar mi *curriculum* con muchas dificultades en una máquina preeléctrica. Al filo de las once de la noche por fin lo pude entregar —aunque incompleto—, como me lo había indicado Javier, en casa de Juan Ramón para que él, a su vez, se lo llevara al rector al día siguiente.

Un par de días después, me citaron en la Torre de Rectoría. Mis amigos Malena Mijares y Francisco Noriega, que habían trabajado conmigo en la Secretaría de Extensión Académica de la facultad, me

dijeron que no me hiciera ilusiones. El rector seguramente quería entrevistar a diversos miembros de la comunidad cultural para tener una idea más clara de esa área que para muchos científicos como él era algo así como «la loca de la casa»: conflictiva, desgobernada, hipersensible, escandalosa. Es decir que me resignara a cumplir el papel de interlocutor del señor rector, lo que ya era, de suyo, un privilegio. Con ese ánimo asistí a la entrevista.

Sólo una vez antes había tenido contacto con el doctor Sarukhán. Una investigadora del Instituto de Biología llamada Edelmira Linares me había invitado a dar una conferencia dentro del ciclo titulado «La botánica en la literatura infantil» el domingo 28 de septiembre de 1980 en la Casa del Lago del Bosque de Chapultepec. Fueron tales su insistencia y su entusiasmo, que no me pude negar. Me sentí comprometido y no sabía bien a bien cómo salir ileso de semejante reto. Como yo había participado en la elaboración de los textos gratuitos del área de Español en los años setenta y había coordinado alguno de los libros de Lecturas, se me ocurrió que mi charla podría versar sobre las propiedades fantásticas de las plantas en la literatura infantil: plantas que crecen tanto que por ellas se puede subir al cielo, plantas carnívoras capaces de devorar un tigre o un elefante, plantas mágicas que, al ingerirse, generan poderes sobrehumanos... Y así preparé mi charla. Pero lo que no sabía era que el afamado biólogo José Sarukhán, a la sazón director del Instituto de Biología, era el coordinador de esas pláticas de difusión científica y estaría ahí, en el auditorio. No sólo eso: él me presentaría ante el público. Tuve que hacer de tripas corazón para dictar una conferencia que me iba pareciendo más ridícula y menos pertinente conforme la desarrollaba.

Lo que me consoló fue que una semana después, el 2 de octubre de 1980, apareció una nota en *La Gaceta de la UNAM* con una

reseña simpática y elogiosa de la actividad. La ilustraba una fotografía en la que aparecemos por primera vez juntos el doctor Sarukhán y yo sin sospechar entonces la estrechísima relación laboral y de amistad profunda que el futuro nos deparaba.

Como conservé ese número, el día de mi primera entrevista con él, más de ocho años después, me llevé a modo de tarjeta de presentación mi ejemplar de la *Gaceta,* que ahora tengo aquí a mi lado, mientras escribo. El rector me recibió puntualmente en su despacho, lleno de plantas y humidificado por un potente vaporizador que disminuía un poco la sequedad invernal de la oficina. Me sentí en un invernadero. Es un biólogo, recordé.

Y, en efecto, como me lo habían preconizado Paco y Malena, me preguntó mi opinión sobre el área de Difusión Cultural y, en particular, por las posibles candidaturas de algunos prominentes miembros de la comunidad literaria mexicana. Recuerdo entre ellos los nombres de Sergio Pitol y Carlos Monsiváis. Yo le dije que me parecían muy destacados escritores, pero que no eran miembros activos y permanentes de la comunidad universitaria, aunque estuvieran íntimamente vinculados con ella y hubiesen desarrollado a lo largo de los años diversas tareas relacionadas con la institución, en especial con la *Revista de la Universidad de México,* que, por cierto, ya no pertenecía a Difusión Cultural.

Fue entonces cuando el rector me preguntó, en contra de los vaticinios de Malena y Paco, cómo me vería yo en esa lista. Y yo, sin ningún pudor ni inhibición, los brazos distendidos en el respaldo del sofá y una pierna cruzada encima de la otra, le respondí, con la jovialidad de mis cuarenta años de entonces, que de lo más bien. ¿Por qué? Porque, a diferencia de los otros candidatos, le dije, yo era un universitario de tiempo completo. La Universidad era mi casa, mi mundo, mi razón de ser. Me había permitido realizar lo que yo

más quería en la vida, algo tan elemental como cumplir con mi condición de persona alfabetizada —leer y escribir— y hacer extensivos mi pasión y mi gusto por la literatura a mis alumnos.

Salí contento de esa entrevista, no sin haberle mostrado antes al rector la foto de *La Gaceta* que seguramente le destapó las cañerías del recuerdo. Paco y Malena me esperaban en el bar de la Tasca Manolo de Avenida de La Paz para que les relatara lo que había sucedido en el famosísimo sexto piso de la Torre de Rectoría, al que yo nunca había subido antes. Y a partir de entonces me dispuse a esperar una llamada telefónica, que llegó casi dos meses después, cuando Diego me gritó: «¡Papá, Sarukhán!».

En ese transcurso, el 17 de enero de 1989 murió mi madre. Me dolió que, si acaso me nombraban para ese puesto tan honorable, ella no lo sabría jamás. Y en efecto: se murió sin enterarse porque nunca le hablé de esa posibilidad, que la habría enorgullecido. Para que no se nos salara.

Colgué el auricular humedecido. Me sequé, me peiné y me vestí lo más rápido que pude. Me trepé a mi vochito y salí pitando a Ciudad Universitaria para entrevistarme por segunda ocasión con el rector.

El doctor Sarukhán fue escueto en esa segunda entrevista. Me dijo, como yo lo presumí desde que colgué el teléfono (pues obviamente, por educado que fuera, no me iba a citar en la rectoría para decirme que me olvidara del asunto), que yo era el elegido y que suponía que aún estaba anuente a aceptar el cargo. «Es un privilegio para mí...» Pusimos fecha: el 7 de febrero a las 19:00 horas en las oficinas de la Coordinación de Difusión Cultural en el Centro Cultural Universitario. Sólo me advirtió una cosa:

—Muy bien, maestro Celorio, pero a partir de este momento, yo ya no quiero volver a hablar con ningún bailarín.

Dos

Yo me preciaba de conocer más o menos bien el área que el rector ponía bajo mi responsabilidad: había asistido persistentemente al cineclub que la Filmoteca programaba en el auditorio Justo Sierra; era asiduo concurrente a los conciertos que la Orquesta Sinfónica de la Universidad (así se llamaba en ese tiempo), entonces dirigida por Eduardo Mata, ofrecía en ese mismo recinto paredaño de mi facultad; había visto las muy vanguardistas puestas en escena de Héctor Mendoza, Ludwik Margules, Héctor Azar, Juan Ibáñez en los teatros universitarios —la Casa del Lago, el Foro Isabelino, el Teatro Santa Catarina, el Arcos Caracol y, alguna vez, en el frontón cerrado del campus—; escuchaba permanentemente, en mi casa y en el coche, Radio Universidad, que junto con XELA era la única estación que transmitía música clásica y ofrecía programas memorables como los que conducían Ricardo Guerra y Carlos Illescas, el primero sobre filosofía, el segundo sobre literatura castellana. Después, cuando se inauguró el espectacular Centro Cultural Universitario, que enorgulleció a la Universidad y la colocó a la vanguardia de las instalaciones dedicadas al arte, acudía con frecuencia a la Sala Nezahualcóyotl, el Teatro Juan Ruiz de Alarcón, el Foro sor Juana Inés de la Cruz, la Sala Covarrubias... En fin, que era un destinatario perseverante de la extensión de la cultura universitaria. Y también, aunque en mucho menor medida, y sólo en algunas ocasiones, había participado como actor o transmisor en diversas actividades artísticas y culturales en el seno de la universidad: había

representado algunos papeles en varias obras teatrales producidas por la Escuela Nacional Preparatoria; había dado a luz mis primeros cuentos en las páginas de la revista *Punto de Partida;* publicaba de vez en cuando algún artículo en la *Revista de la Universidad de México,* y llegué a poner en escena *Dos viejos pánicos* de Virgilio Piñera en el teatro Arcos Caracol de avenida Chapultepec. Como secretario de Extensión Académica de la Facultad de Filosofía y Letras, además, mantenía vínculos institucionales continuos con la entonces llamada Dirección General de Difusión Cultural. Pero hasta ahí... La verdad, como me di cuenta después, no conocía la estructura de la Coordinación ni la totalidad de las dependencias que integraban su organigrama, ni cuál era su problemática administrativa y laboral.

Cuando nos reunimos Malena, Paco y yo en la Tasca Manolo al salir de mi entrevista con el rector, acordamos que nos dedicaríamos a averiguar, hasta donde nos fuera posible, cómo estaba integrada la Coordinación de Difusión Cultural por si acaso el doctor Sarukhán me designaba su titular. Al cabo de un par de semanas, llegamos a tener una idea aproximada, pero incompleta, de la estructura de ese *subsistema,* como se le consideraba a la Coordinación en la jerga burocrática de la universidad. Supimos que, como era de esperarse, había varias direcciones artísticas: Música, Cine, Literatura y Teatro y Danza; nos extrañó que no hubiera una Dirección de Artes Plásticas, pero nos enteramos de que el Museo de Ciencias y Artes, que estaba en el corazón del campus, dependía de la Coordinación y se encargaba de las exposiciones que se montaban ahí y en otros centros de Difusión Cultural, como el que se ubicaba en el Palacio de

Minería. No pudimos hacer una lista completa de los numerosos museos, teatros, salas de concierto y centros de difusión cultural distribuidos en muchos y muy diversos puntos de la ciudad, pero sí registramos los más importantes, como la Casa del Lago en el bosque de Chapultepec y el Museo Universitario del Chopo.

Lo que nos sorprendió mucho fue que el Centro Universitario de Estudios Cinematográficos (CUEC) —la escuela de cine más antigua del país y durante mucho tiempo la única— y el Centro Universitario de Teatro (CUT) también estuvieran adscritos a la Coordinación. Y aunque funcionaran como cualquier dependencia docente de la Universidad, no eran escuelas formales de la institución, ni otorgaban títulos académicos. Tenían muy pocos alumnos, que eran seleccionados mediante exámenes particulares muy rigurosos pero que no obedecían a los criterios de admisión que se aplicaban a los demás aspirantes a ingresar en la Universidad. Los profesores también tenían condiciones especiales: eran elegidos por su experiencia profesional y no por sus méritos académicos. También sus directores. Y hasta ahí llegamos.

Tres

Las vísperas de tomar posesión de mi cargo, visité en su departamento de Copilco a Fernando Curiel, mi predecesor. Le había pedido de favor que me proporcionara los datos más relevantes de la Coordinación que él había encabezado y que yo apenas conocía como mero beneficiario de algunos cuantos eventos de la insospechada oferta cultural de la Universidad y por las recientes pesquisas que habíamos hecho Malena, Paco y yo. Mientras lo escuchaba, lápiz y libreta en mano, anotando cuanto me decía, me

fui sorprendiendo —y aterrorizando— de todo lo que ahí se aglutinaba y yo aún desconocía. Para mayor preocupación de mi parte y cierto gusto de liberación de la suya, me habló de un sinfín de organizaciones artísticas más o menos independientes, que en la práctica estaban adscritas a la Coordinación, desde un taller coreográfico que en realidad era una asociación civil con recursos propios pero que operaba en las instalaciones del Centro Cultural, hasta un coro, presuntamente universitario, integrado por cantantes profesionales y sindicalizados. Y también habló de dos centros de extensión, que yo conocía pero que no tenía la menor idea de que estuvieran bajo la égida de Difusión Cultural: el Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras (el CELE), en el que alumnos de todas las escuelas y facultades de la UNAM estudiaban inglés, francés, alemán, italiano o portugués, y el Centro de Enseñanza para Extranjeros, una escuela más antigua que la propia Facultad de Filosofía y Letras, que recibía a estudiantes de todas partes del mundo, y que contaba también con una escuela de extensión académica en Estados Unidos, para más señas, en San Antonio, Texas.

Finalmente me confirmó lo que el rector había anunciado: que Radio Universidad, que había sido «secuestrada» por la rectoría durante el movimiento estudiantil del rectorado anterior, volvería a Difusión Cultural, y que TV UNAM se incorporaría a ese subsistema.

No pude evitar que el lápiz delatara el temblor de mi mano ante ese gigantesco panorama. Como para asustarme aún más de lo que ya estaba, Fernando me dio algunas cifras alarmantes que yo nunca hubiera sospechado. Cuando le pregunté cuántas personas trabajaban en Difusión Cultural, me informó que en ese subsistema al que estaban adscritas quince dependencias universitarias laboraban más de tres mil personas. Sí, ¡más de tres mil

trabajadores! La mayoría de ellos *de base* y sindicalizados: desde los técnicos de los teatros y todo el personal administrativo hasta los músicos de la Orquesta Filarmónica, los integrantes del Coro Universitario y los locutores de Radio UNAM.

Después de que asumí el cargo, cuando alguien me preguntaba que cuántos trabajaban en Difusión Cultural, yo solía responder que como la mitad.

Fernando me dijo, además, que el presupuesto de Difusión Cultural, que representaba un porcentaje significativo del presupuesto general de la institución, era superior al que dedicaban a la cultura muchos países latinoamericanos.

Con la indolencia propia de quien ya se va, expresada en una risilla retadora, me mencionó los problemas más serios que aquejaban a Difusión Cultural y que yo tendría que enfrentar por mi cuenta apenas tomara posesión del cargo un par de días más tarde. Prácticas feudales prevalecían en varias dependencias, que de algún modo se habían privatizado en beneficio de un grupo, un líder, un funcionario o un trabajador. Era el caso, me dijo, de los recintos culturales, donde las horas extras se administraban a discreción por delegados sindicales, alguno de los cuales, por cierto, había hecho su vivienda particular en los camerinos del Teatro Juan Ruiz de Alarcón, según me enteré después. Lo mismo había sucedido con algunos espacios universitarios, como el foro abierto de la Casa del Lago y el Foro Isabelino, que habían sido tomados por grupos disidentes, presuntamente estudiantiles, que tenían proyectos políticos sediciosos disfrazados de propuestas artísticas alternativas. Numerosos artistas, al no ser incluidos en la programación, se sentían excluidos y vociferaban, micrófono acoplado a la garganta, en los medios de comunicación, contra las autoridades universitarias invocando el ominoso estigma de la censura. Diversos grupos de

danza se disputaban los escenarios mejor equipados y más prestigiosos del Centro Cultural Universitario de los que se habían posesionado ciertos coreógrafos... ¡Con razón el señor rector me había dicho al formalizar su invitación a que me hiciera cargo de esta área, que él ya no quería volver a hablar con ningún bailarín!

No; nunca había imaginado la magnitud ni la complejidad del puesto que me había ofrecido el rector Sarukhán y que yo había aceptado tan gustosamente. Así que asumí la titularidad de la Coordinación de Difusión Cultural como un reto, que acabaría por darme las mayores satisfacciones en mi desempeño como servidor público en el terreno de la cultura.

A partir del 7 de febrero de 1989 y hasta ya mediado el año, cada día la Coordinación me deparó una sorpresa, y me siguió sorprendiendo, aunque de manera espasmódica pero persistente, hasta el fin de mi administración.

A pesar de la complejidad, tuve condiciones privilegiadas para ejercer mi función. La más importante de ellas, el apoyo del doctor Sarukhán, quien me permitió formar mi propio equipo de trabajo con las personas idóneas en la dirección de cada dependencia. Confió en mí y me dejó hacer mi trabajo en libertad.

En cuanto a la historia y la razón de ser de este gigantesco aparato, de las que tampoco tenía mayor conocimiento al asumir el puesto, debo decir que la UNAM, desde sus orígenes porfiristas, tuvo una fuerte vocación popular que sólo podría cumplirse a través de la extensión universitaria.

A los dos meses escasos de haber sido fundada por Justo Sierra con carácter nacional, estalló la Revolución mexicana, con lo cual la

institución, a lo largo del proceso armado y después de haber llegado este a su fin, fue responsabilizándose, en la práctica, de la custodia de diversas instituciones que en otros países no dependen de una entidad universitaria, sino del Estado, como la Biblioteca y la Hemeroteca nacionales, el Herbario Nacional, el Museo de Geología, etc. Con esta inercia, fundó a lo largo de los años una serie de instituciones que le permitieran cumplir la función de extensión que hizo suya desde un principio y que quedó consagrada en su Ley Orgánica de 1945. Tales son los motivos precedentes para que la Universidad, en el área de la difusión cultural, cumpla una función equivalente a la de un ministerio de cultura. Su relevancia y su especificidad provienen precisamente de su condición universitaria, que en principio la eximiría de los avatares sexenales, de las sujeciones partidistas, de la injerencia de intereses ajenos, aunque no de las cuotas de poder, de las presiones sindicales, de las prácticas feudales que también existen en la universidad, máxime en un área que, a diferencia de lo que ocurre en la docencia y la investigación, carecía, en los primeros tiempos de la administración de José Sarukhán, de estatuto jurídico, de reglamentación y de vida colegiada.

Cuatro

Sería imposible relatar en unas cuantas páginas las muchas y muy ricas experiencias que me regaló Difusión Cultural de la UNAM durante los nueve años que la dirigí. Pero, aun en caso de poder hacerlo, no quisiera dedicar este capítulo de mis memorias a rendir un informe de lo que se hizo entonces en esta área sustantiva de la institución. Así que he optado por la «pedacería», como conviene al

título y al espíritu de este libro: presentar una sucesión de imágenes aisladas que acaso puedan ser reflejo y representación de esa gesta de mi vida pública.

*

La poeta Elba Macías, que dirigía el Museo Universitario del Chopo, estaba a punto de inaugurar una exposición. Ya se sabía que Fernando Curiel no permanecería al frente de Difusión Cultural en la nueva administración, pero aún no se había dado a conocer formalmente mi nombre, aunque ya empezaba a sonar en los mentideros de la cultura. Tan pronto Elba se enteró de mi designación, le habló por teléfono a la encargada de la difusión del museo y le ordenó que en la invitación, que estaba a punto de imprimirse, quitara el nombre de Fernando y pusiera el de Gonzalo. La empleada lo tomó en sentido literal, de manera que por unos momentos hubo un coordinador de transición: nada menos que el gran compositor tapatío Gonzalo Curiel.

*

José Sarukhán había recibido una universidad encinta; preñada del compromiso de realizar un magno Congreso Universitario.

Al día siguiente de mi toma de posesión, me avisaron de la rectoría que esa misma tarde tendría que asistir a la primera sesión del Consejo Universitario de la nueva administración. Había gran tensión en la Universidad. El Consejo Estudiantil Universitario, que había alcanzado su mayor beligerancia en el rectorado del doctor Jorge Carpizo, seguía en pie de lucha y exigía que las nuevas autoridades satisficieran las demandas que el rector anterior había

prometido cumplir. Entre ellas, la realización de un Congreso Universitario dotado de competencia resolutiva que se abocara a reformar la institución, cuya Ley Orgánica databa de 1945, para ponerla en sintonía con los tiempos modernos.

Aquella tarde llegué por mi cuenta a la Torre de Rectoría para entrar como cualquier universitario a la sala del Consejo. Había en la vía de acceso muchísima gente. Apenas se podía avanzar. Me desplazaba al ritmo lento que la muchedumbre me imponía. Tenía temor de no llegar a tiempo a esa mi primera cita como coordinador de Difusión Cultural. De pronto, cuatro brazos fornidos casi me alzaron en vilo y me condujeron a la torre por un sótano para mí entonces desconocido. Me treparon a un elevador privado, que abrió sus puertas en algún piso de la torre, donde me topé con los otros funcionarios de la nueva administración, a quienes, con la excepción de Juan Ramón de la Fuente, no conocía. Apenas me dio tiempo de saludarlos, balbuceando mi nombre y mi cargo. Ellos habían sido designados en sus puestos mucho antes que yo y ya se conocían entre sí. De pronto apareció el rector, quien manifestó su alivio de que por fin me hubieran encontrado. Tras él, mis nuevos compañeros se pusieron en fila y todos bajamos por unas escaleras secretas de caracol, muy estrechas, instaladas en las entrañas mismas de la torre, que me suscitaron alguna ensoñación infantil y misteriosa. Desembocamos, sin que yo lo supiera de antemano, en el estrado de la sala del Consejo Universitario. Fue como salir por la puerta de toriles a una plaza abarrotada por una afición gritona, excitada, enardecida. Me senté en la silla del presídium que me adjudicaron... y no me levanté de ahí hasta el día siguiente, ¡catorce horas después!

Aquella sesión fue no sólo larga, sino muy ardua. Había un clima de confrontación y de exigencia, de expectación y de reto. De

correlación de fuerzas entre los alumnos y profesores más afectos al movimiento estudiantil (con el que, por cierto, yo simpatizaba en varios puntos), por un lado, y, por otro, las nuevas autoridades que, quisiéranlo o no, esa tarde estaban a prueba. Su actuación sería decisiva para todas las sesiones del Consejo que vinieran en adelante.

Las intervenciones de los consejeros eran muy reiterativas y podían extenderse por mucho tiempo sin que ningún acuerdo previo que las reglamentara pudiera contenerlas. Los profesores y alumnos más beligerantes exigían la solución inmediata a problemas de muy diferente complejidad e importancia que no se habían resuelto en la administración pasada. Los consejeros afines a la rectoría, no obstante su voluntad de ayudar, a veces entorpecían, con sus descalificaciones a los demandantes, el desarrollo de la sesión y suscitaban nuevas réplicas que podrían haberse evitado. Las autoridades, por su parte, tenían que guardar el equilibrio entre la tolerancia y la firmeza y salir airosas de esta primera confrontación.

Predomina en mi recuerdo el barullo constante y ensordecedor de los consejeros y la densidad del humo de los cigarros (todavía se permitía fumar en la sala y en casi todas las instalaciones universitarias) que colmaba el ambiente como una gigantesca cataplasma que bajara desde el techo y que se correspondía con el estancamiento vicioso de las inacabables discusiones.

Quién me iba a decir entonces que permanecería en mi puesto de coordinador de Difusión Cultural nueve años; que asistiría regularmente durante más de un decenio a las sesiones del Consejo Universitario; que participaría como uno de los tres delegados del rector en el Congreso Universitario; que alguna vez asumiría el papel de consejero cuando fui elegido por la Junta de Gobierno de la Universidad director de la Facultad de Filosofía y Letras, y que varios

de los funcionarios que conocí aquella tarde en unas escaleras secretas de la Torre de Rectoría acabarían, con el paso del tiempo, por ser mis mejores amigos.

*

A poco de tomar posesión de mi cargo, una mañana mi admirado y querido maestro, el doctor Rubén Bonifaz Nuño, me llamó por teléfono a mi oficina. Quería recomendarme a una amiga suya, que tenía un puesto de confianza en el centro de Difusión Cultural del Palacio de Minería y estaba a punto de ser despedida por la nueva administración. Me pedía que no la dejara sin una plaza. Había buenas razones para no recontratarla, según me informaron mis colaboradores, pero ¡cómo rehusar una solicitud de Bonifaz, una institución viviente de la Universidad! Con mis más finas maneras, traté de disuadirlo, pero no lo logré. Bonifaz me dijo que la Filmoteca, donde esa amiga suya había trabajado anteriormente, podría acogerla, aunque fuera por poco tiempo. Y, para remachar su solicitud, me pidió que la pusiera a prueba sólo por un año. Sólo por un año —remarcó—. Y me contó un cuento:

Un hombre encarcelado en la Torre de Londres y condenado a ser decapitado le mandó decir a la reina Isabel que él se comprometía a enseñarle a hablar a su caballo en el transcurso de un año si se posponía su ejecución hasta el cumplimiento de ese plazo. La reina aceptó su propuesta. Uno de sus compañeros de cautiverio le preguntó al audaz prisionero qué pensaba hacer cuando pasara el año y el caballo no pronunciara más que relinchos. Él, muy tranquilo, le respondió que podría suceder una de tres cosas: la primera, que la reina muriera antes de un año; la segunda, que fuera él mismo quien muriera, y la tercera... ¡que el caballo hablara!

No me quedó más remedio que pedirle a Iván Trujillo que contratara a la amiga de Bonifaz al menos por un año. No sé si fue buena colaboradora o no. Lo que sí sé es que nunca se pudo quitar el epíteto de «El caballo parlante».

*

Ya lo relató con el dramatismo del caso José Sarukhán en sus memorias, tituladas *Desde el sexto piso.* No tengo nada que agregar, pero no puedo prescindir de incluir en mis propias memorias ese recuerdo compartido. Fue un suceso que estuvo a punto de defenestrarme apenas iniciada mi administración y que representa muy bien las complejidades del puesto que ocupé durante casi un decenio.

Asistí un mediodía al Museo Universitario del Chopo para darle posesión como su nueva directora a Monserrat Gali en sustitución de Elba Macías. Antes de la ceremonia formal del nombramiento, Elba me invitó a recorrer las instalaciones. En un salón que hacía las veces de bodega, vi las piezas de la exposición que estaba a punto de ser montada como parte de las actividades de la Semana Cultural Gay. Entre esas piezas había unas decididamente provocativas que hacían alusión a temas religiosos. Recuerdo dos en particular: una era la representación escultórica de una Crucifixión, en la cual el centurión romano que según el Evangelio le traspasa el costado a Jesús con una lanza había errado la puntería y en vez de atravesarle el corazón introducía su fálica arma en el recto de Cristo, quien manifestaba en su divino rostro un gozoso contento antes de entregar su espíritu al Señor; otra simulaba un tabernáculo en cuyo interior un pene sobreactuado se derramaba sobre una custodia que resguardaba en su seno una hostia. No me habría alarmado si no

hubiera ocurrido, apenas unas semanas antes, un terrible desaguisado en el Museo de Arte Moderno —como lo recuerda Sarukhán—, dirigido a la sazón por el crítico de arte e investigador del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM Jorge Alberto Manrique. Él había autorizado el montaje de una exposición de pintura en la que se repetía la efigie tradicional de la Virgen de Guadalupe, pero con el moreno rostro permutado por la rubicunda y sensual cara de Marilyn Monroe. A poco de la inauguración, un grupo extremista y puritano, conocido como PROVIDA, había entrado violentamente en ese recinto y había descolgado y destruido los cuadros de la exposición. La agresión redundó en la renuncia de Manrique.

Cuando le informé al rector de las piezas que se pretendía exhibir en el Chopo, me indicó que teníamos que impedir a toda costa que figuraran en la muestra, pues propiciaríamos que esa asociación de fanáticos o cualquiera otra de su índole irrumpiera en el Museo y afectara un espacio universitario que con mucho trabajo había conquistado su libertad de expresión. ¡Qué paradoja!: debíamos ejercer la censura para defender la libertad de expresión. Yo estuve de acuerdo con él, pero de ninguna manera quería censurar a una comunidad que había encontrado en el Chopo el espacio idóneo para manifestarse. Cité en mi oficina a los jóvenes curadores de la exposición y les hice ver los peligros a los que se sometería un espacio tan legítimamente conquistado. No sé cómo se me ocurrió, pero pensé que el poeta y dramaturgo José Ramón Enríquez —que fungía como secretario de Promoción en la Coordinación y tenía vínculos estrechos con la comunidad gay— podría ser un magnífico intermediario entre los jóvenes y la institución. Y así fue. Se trasladó con ellos al Chopo y tras arduas negociaciones logró convencerlos de que ellos mismos retiraran esas obras para salvaguardar el espacio

museográfico. Recuerdo que el rector me aguardaba en su oficina del sexto piso de la Torre de Rectoría para conocer el resultado de las negociaciones. Ya era tarde, en la noche. Sólo esperaba mis noticias. Cuando le dije que el caso estaba resuelto, respiró tranquilo y me dio un abrazo.

No nos libramos de un artículo periodístico del propio Manrique que acusó a Difusión Cultural de ejercer una *censura blanda*. Lo que es cierto es que la Semana de la Cultura Gay transcurrió sin ninguna transgresión. De no haber solucionado ese problema que tan tempranamente se me presentó, no habría perdurado en mi puesto de coordinador de Difusión Cultural, como lo dice con toda claridad Sarukhán en sus memorias. Me habría destituido. Aunque lo más probable es que yo me hubiera adelantado y habría renunciado antes a mi cargo.

*

¡No sé cómo pueden tocar juntos en una orquesta! La designación más complicada fue la del director de Actividades Musicales. Entrevisté a decenas de músicos. En sus opiniones, en sus pensamientos, en sus actitudes, cada uno de ellos actuaba como solista. Llegué a pensar que debía delegar la dirección de esa área en un consejo que se encargara de la administración colegiada de la dependencia.

Por fin di con Raúl Herrera Márquez. Me lo había recomendado el compositor Julio Estrada, viejo amigo mío. Raúl ya había sido director de Actividades Musicales en administraciones pasadas; era un excelente y reconocido pianista, que había formado a numerosas generaciones de alumnos de la Escuela Superior de Música de Bellas Artes y tenía un conocimiento notable de la Universidad en general y

de la Coordinación de Difusión Cultural en particular. Había estudiado en la UNAM desde la preparatoria, tenía dos carreras universitarias, durante un tiempo había trabajado como investigador en la Coordinación de Humanidades y había sido becario de la propia Universidad para realizar estudios de piano en Estados Unidos. Además, contaba con experiencia administrativa y era dueño de una temible inteligencia crítica. No me cayó bien de entrada. Él sabía de mis infructuosas pesquisas y estaba seguro de que yo le ofrecería el cargo; es más: consideraba que me haría un inmenso favor en aceptarlo, cuando yo sólo pensaba en invitarlo a formar parte del consejo directivo que quería formar para encabezar esa Dirección. Creí que su actitud pudiera debilitar mi necesario ascendiente en la Coordinación —porque en la UNAM es el ascendiente moral, más que la posición que se tenga en el escalafón institucional, lo que permite hacer las cosas, hasta que la secretaria mecanografíe la carta que se le pide—. Además, sin que yo todavía le hubiera ofrecido el puesto, me puso una condición tremenda para aceptarlo: que cuando yo le diera posesión del cargo estuviera firmada en su escritorio la renuncia de Jorge Velazco, director de la Orquesta Filarmónica de la Universidad.

Después de unos días, acabé por ceder. Lo invité a ser el titular de la Dirección de Actividades Musicales y, por mi parte, asumí el correspondiente compromiso de despedir al director de la OFUNAM. Esa fue una de las empresas más difíciles que tuve que acometer como coordinador. A un violinista se le puede despojar de su violín y se consigue otro, pero a un director, ¡quitarle una orquesta!

Tras una infinidad de auscultaciones, la comunidad musical de la Universidad —y también la extrauniversitaria— me había pedido, de manera casi unánime, lo mismo que Raúl Herrera: que despidiera a Jorge Velazco. Se trataba de un abogado-músico (al parecer más lo

primero que lo segundo), que estaba protegido por el exrector Jorge Carpizo —también abogado—, por la poderosa Sociedad de Exalumnos de la Facultad de Ingeniería y por el patronato de la orquesta, que él mismo había formado con apoyo del entonces rector. Por su parte, el doctor Sarukhán me decía, como siempre, que hiciera lo que yo creyera más conveniente, pero en este caso me pidió que tuviera mucho cuidado para no desairar al patronato, que estaba integrado por notables y pudientes benefactores, la mayoría de ellos egresados de la Universidad.

Yo en lo personal no tenía nada en contra de Velazco, pero mis oídos no estaban entonces para escuchar los conciertos dirigidos por él, sino las voces de la comunidad musical —músicos, atrilistas de la orquesta, compositores, asistentes consuetudinarios a la Sala Nezahualcóyotl—, que me pedían, me exigían más bien, que lo sustituyera. Yo no tendría que hacer prevalecer mi opinión de coordinador, sino escuchar a los que realmente sabían y actuar en consecuencia.

Invité a Jorge Velazco a comer a un restaurante de la Avenida de La Paz en San Ángel, llamado Los Irabién. Él me presumió lo que al parecer siempre decía, como si estuviera grabado en su tarjeta de presentación: que había estudiado con el célebre director austriaco Herbert von Karajan, cosa que los músicos que me pedían su renuncia desmentían. También trató de endulzarme los oídos con el comentario elogioso de alguno de mis libros de reciente publicación. Me preocupó que me llevara la programación de la siguiente temporada de la OFUNAM, como si tuviera la absoluta certeza de que seguiría dirigiéndola. De mi parte, cera en los oídos: ya había escuchado lo que tenía que escuchar y había tomado la determinación, por difícil que fuera, de llevarla a cabo. Diplomáticamente durante la comida le fui dando a entender que

habría un nuevo director, pero él prestaba oídos sordos (mala cosa en un músico) a mis insinuaciones. Pasaron los aperitivos, las entradas, el primer plato, el segundo... y yo, ¡carajo!, no me atrevía a decirle clara y categóricamente que estaba despedido. Él actuaba como si su condición de director de la OFUNAM fuera vitalicia. Contaba con el respaldo de sectores poderosos de la Universidad y del patronato de la orquesta, sí, pero yo tenía que despedirlo. Antes del postre, me levanté para ir al baño. Después de hacer lo que tenía que hacer y de lavarme las manos, me miré en el espejo y me dije: «Gonzalo, tienes que regresar a la mesa y decirle maestro, está usted despedido». No me entretuve ni un segundo más. Así lo hice.

—Maestro Velazco: usted ya no va a ser el director de la OFUNAM —le solté de un tirón.

Se desconcertó (nunca mejor empleado el término aplicado a un concertista) y me dijo:

—¡Pero, como usted vio, ya tengo programada la próxima temporada, con los contratos firmados por los directores huéspedes y los solistas!

—Espero que la haya programado en nombre de la UNAM y no de usted —le dije.

—Por supuesto —me respondió.

—Pues entonces, la temporada le pertenece a la UNAM y no a usted.

Ante la contundencia de mi argumentación, él no dijo más. Se hizo un silencio muy embarazoso para ambos, así que prescindimos del postre y del café.

Yo no quería volver a verlo en un tiempo largo ni tenerlo cerca en mi administración. No sé de qué recóndito lugar de mi cerebro saqué una propuesta audaz que a mí mismo me sorprendió. Le pregunté:

—Maestro, ¿usted es capaz de hacer compromisos a largo plazo?

—¡Claro! —me dijo, seguramente pensando en que yo le habría de hacer algún ofrecimiento en un futuro próximo.

—¿Qué le parece —le dije— que nos citemos a comer aquí mismo en Los Irabién, dentro de un año, a esta misma hora?

Asintió, de nueva cuenta desconcertado.

Y cumplió. Al año volvimos a vernos, no sin rencor de su parte; no sin fastidio de la mía. No le ofrecí nada, pero entonces sí pudimos llegar al postre y al café. Nunca más lo volví a ver.

Durante un tiempo, Raúl Herrera pensó que yo no había cumplido con mi parte porque inmediatamente después de esa primera comida en Los Irabién, Jorge Velazco se presentó en la oficina de la Dirección de Actividades Musicales y no le informó que yo lo había despedido. Así que Raúl se vio obligado a despedirlo por segunda vez en el mismo día.

Desde luego, como era previsible, el patronato se resintió. Yo tuve que convencer al rector de que era preferible tener contenta a la comunidad musical que a los patronos de la orquesta. No sin justificada preocupación, él lo entendió y acabó por apoyarnos a Raúl y a mí para renovar el grupo de benefactores de la orquesta y crear, a la postre, la Sociedad de Amigos de la OFUNAM: pocos que dieran mucho y muchos que dieran poco. Así fue.

Al cabo de un año de ciertas confrontaciones, mi relación laboral con Raúl Herrera superó todas las dificultades del principio y él acabó por ser uno de mis colaboradores más entregados y exitosos. Y hoy en día es uno de mis amigos más cercanos.

*

Muchos años, más de veinte, había sido director de la Filmoteca de la UNAM Manuel González Casanova, su fundador. Se decía que a los

tres hermanos González Casanova, Dios les había dado sendos dones: a Pablo, la apostura; a Henrique, la inteligencia, y a Manuel, la Filmoteca de la UNAM. Ya había sido relevado por Carlos González Morantes, pero la comunidad de la recientemente creada Dirección de Actividades Cinematográficas, de donde se hizo depender a la Filmoteca, demandaba otro cambio. Yo ya había pensado en algunos candidatos, pero Sarukhán me había encargado que no le diera una patada a Iván Trujillo, que en la práctica se desempeñaba entonces como subdirector de esa dependencia. Se trataba de un biólogo enamorado del cine y universitario de cepa, a quien el rector conocía por su coincidente formación científica. Lo entrevisté varias veces y llegué a la conclusión de que no había mejor candidato que él a pesar de que ya le había ofrecido ese puesto, incluso con la venia de Sarukhán, a otro cinéfilo. Me disculpé, pero no me equivoqué dos veces. Fue tan bueno el desempeño de Iván Trujillo que acabaría por permanecer en la Filmoteca casi tantos años como su fundador, amén de desempeñarse durante varios periodos, por elección, como presidente de la Federación Internacional de Archivos Fílmicos, lo que redundó en beneficio de la propia UNAM y de la Filmoteca.

Cuando Iván asumió la titularidad de la Dirección de Actividades Cinematográficas, la Filmoteca contaba en su acervo con alrededor de doce mil títulos, número superior al que tenía la Cineteca Nacional cuando se incendió en 1982, y al de cualquier otro repositorio fílmico de América Latina. Este número se duplicó durante su administración. La mayoría de tales títulos corresponden al cine mexicano, y van desde la época del cine silente hasta la actualidad, lo que constituye un patrimonio nacional de incalculable valor, habida cuenta de que en muchos casos no existen copias de esos materiales.

La Filmoteca de la UNAM es la única institución del país que cuenta con laboratorios especializados en el rescate y la conservación de materiales fílmicos en blanco y negro. También es la única que ha construido bóvedas adecuadas para proteger las cintas que aún contienen nitrato de plata y que son, en consecuencia, altamente explosivas. Como su explosión no es previsible, sino espontánea, ubicamos esas bóvedas en las inmediaciones de la estación de bomberos de Ciudad Universitaria. Cuando llega el momento en que se hace imperativo, por razones técnicas de conservación, transferir una cinta a otro material de alta seguridad, se recupera la plata que contienen las películas originales. Con esa plata recuperada, que alcanza 9.92 grados de pureza, la Filmoteca acuña las medallas de quienes han enriquecido el acervo de la institución.

En numerosos foros de la Universidad se organizaron de manera continuada importantes ciclos, como la Muestra Internacional de Cine, y se programaron debates en torno al fenómeno cinematográfico. Entre esos foros destacan las salas del Centro Cultural Universitario —la José Revueltas y la Julio Bracho—, que ofrecen una programación alternativa al cine comercial, generalmente de procedencia estadounidense, que inunda los cines comerciales. Son las únicas salas del país, además, en las que está prohibido beber, comer y hasta mascar chicle; no hay *columbófagos,* como José de la Colina denominó a los comedores de *palomitas.*

En uno de esos recintos pudimos proyectar una película prohibida, que sólo se había presentado en sesiones oficiales y secretas: *La sombra del caudillo,* basada en la novela homónima de Martín Luis Guzmán, que había sido confiscada por el Ejército Mexicano, que no sale bien librado en esa cinta.

*

En La Biela, el café donde se reunían a conversar Borges y Bioy Casares en la plaza de Recoleta de Buenos Aires. En la terraza del departamento de Ambrosio Fornet en el Vedado de La Habana. En el bar del Hilton frontero al recinto de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. En esos y en otros muchos lugares de América Latina, Hernán Lara Zavala, a quien designé director de Literatura, y yo invitamos, conocimos, convocamos a los escritores hispanoamericanos de nuestra generación que habrían de formar parte de la colección Rayuela Internacional, así llamada en obvio homenaje a Julio Cortázar. La gran literatura de nuestro continente seguía propositiva y pujante después de que el potente reflector de editoriales españolas que iluminó a los grandes escritores del *boom* durante los últimos quince años de la censora noche franquista se dirigió a otros horizontes. Transitarán por estas páginas memoriosas como Pedro por su casa los nombres de los escritores que entonces pudimos publicar y que constituyen lo más representativo de la literatura del *postboom:* entre muchos otros, los argentinos Luisa Valenzuela, Ricardo Piglia y César Aira; los cubanos Leonardo Padura y Senel Paz; el nicaragüense Sergio Ramírez, los chilenos Poli Délano, Diamela Eltit y Antonio Skármeta; los colombianos R.H. Moreno Durán y Manuel Mejía Vallejo; los venezolanos José Balza y Salvador Garmendia, por citar sólo a unos cuantos.

La noche del 4 de febrero de 1992, se reunió en mi casa de Tiziano 26 un buen número de escritores latinoamericanos a quienes habíamos publicado en la Dirección de Literatura. Ocurrió entonces algo insólito. O así lo recordamos por las afluentes caudalosas de tequila y de ron que desembocaron en nuestro cónclave festivo. De pronto, sin motivo aparente, una litografía de Tamayo que

señoreaba la pared principal de mi biblioteca se cayó estruendosamente sin causa aparente. En ese mismo momento, Salvador Garmendia se puso de pie con su catadura patriarcal y hasta profética de luengas barbas y cabello desgobernado, y adivinó, quién sabe cómo, que justo en ese instante acababa de perpetrarse un golpe de Estado en Venezuela. Después nos enteramos de que el intento, en efecto, había ocurrido... pero había fallado.

*

En el Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras ampliamos nuestra oferta al aprendizaje del catalán. ¡Muy bien! Ninguna objeción y mucho apoyo. Tuvimos problemas en cambio cuando surgió la propuesta de que también se enseñara náhuatl. A mí me pareció una magnífica idea, pero ¿cómo ubicarla en un centro de enseñanza de lenguas *extranjeras?*

*

Un final feliz, no: sólo menos violento.

Entre los muchísimos tesoros que descubrió la Filmoteca de la UNAM, hay uno particularmente revelador: el final alternativo de *Los olvidados* de Luis Buñuel, la gran película de 1950, cuyo guion fue elaborado por Luis Alcoriza y el propio Buñuel a partir de una nota roja que denunció el terrible caso del descubrimiento del cadáver de un niño en un basurero.

Al final de su película, El Jaibo, ese personaje siniestro, agresivo, amenazante, asesina a Pedro, el niño valeroso que ha tenido el arrojo de enfrentársele. Temeroso Óscar Dancigers, productor de la película, de que tal desenlace fuera censurado a causa de su

crudeza, quiso protegerse, y el director aragonés filmó por precaución otro final, menos escabroso, más justo y en cierto modo edificante. En él, es el niño Pedro quien acaba con El Jaibo. Como si fuera una moraleja: la justicia y la inocencia terminan imponiéndose sobre la iniquidad y la perversión. La película no fue censurada y, por lo tanto, no se utilizó ese final alternativo que, por caminos inescrutables, acabó en la Filmoteca de la UNAM donde los colaboradores de Iván Trujillo lo descubrieron por azar. Había dos latas marcadas con el mismo número ocho, pero con contenidos diferentes.

No fue el único caso que me presentó Iván. En la película *Vámonos con Pancho Villa* ocurrió lo contrario. Fernando de Fuentes también filmó un final alternativo, pero no para atenuar el desenlace de su cinta, como Buñuel, sino para hacerlo aún más dramático. Se trata de un final terrible y escalofriante, que se corresponde con el inicio de la novela homónima de Rafael F. Muñoz en que se basa la película. Pero tampoco se usó. Es posible que el director haya temido que el Estado, que veneraba —y, para mí, inexplicablemente sigue venerando— a Pancho Villa como héroe de la Revolución mexicana, lo censuraría. En ese otro final, Villa aparece reclutando a sus viejas huestes. Uno de sus antiguos seguidores le dice, apenado, que ya no podrá reincorporarse a la lucha armada: ya tiene familia, incluso un recién nacido. Villa, comprensivo, lo tranquiliza y le pide permiso para entrar en su choza y hablar con su mujer. Apenas traspasa la puerta, se oyen unos disparos. El Centauro del Norte sale de la humildísima vivienda con una sonrisa en los labios y le dice al desertor que ya no se preocupe, que ya puede sumarse a la tropa: ya no tiene familia.

*

Tras la salida de Jorge Velazco de la OFUNAM y después de algunos intentos fallidos con directores mexicanos que no satisficieron nuestras expectativas, decidimos invitar a un reconocido director extranjero de renombre internacional como titular de la orquesta: el belga Ronald Zollman, que ya había estado en el podio de la Sala Nezahualcóyotl como director huésped en alguna ocasión y había sido bien recibido por los músicos de la orquesta. Fuimos objeto de numerosas y muy vehementes críticas por parte de la comunidad musical, sobre todo de directores mexicanos desempleados, que nos exigían, con actitudes por demás chovinistas, que nombráramos a un director mexicano. La gran capacidad no sólo musical sino también pedagógica y administrativa de Zollman hizo que la orquesta iniciara un proceso de superación notable y de éxito indiscutible, al grado de que, al término del segundo periodo rectoral de Sarukhán, todos los músicos firmaron una carta para recomendar al siguiente rector que lo ratificara como director artístico de la OFUNAM, hecho inédito en la historia de las orquestas mexicanas.

Cuando Raúl Herrera y yo oíamos que algunos integrantes del público no se esperaban al término de un concierto para aplaudir, sino que lo hacían al final de cada movimiento, nos volteábamos a ver satisfechos: «¡Público nuevo!», decíamos jubilosos.

*

No sé si sea cierto, pero no me extrañaría. Me aseguraron que las modelos de la antigua Academia de San Carlos, adscrita a la UNAM como Escuela Nacional de Artes Plásticas (después ascendida a Facultad), estaban sindicalizadas. Es decir que sus derechos laborales y lo que, para darle la vuelta a la legislación, se ha dado en

llamar *usos y costumbres* impedían que fueran despedidas o jubiladas a la fuerza al cumplir determinada edad. Pensé, no sin malicia, que esas modelos eran las mismas de los tiempos de Diego Rivera y que, justamente por eso, la pintura en México había adquirido un franco carácter expresionista.

*

El Taller coreográfico de la UNAM no estaba formalmente sujeto a la administración de Difusión Cultural. Se había constituido en una asociación civil y tenía recursos propios, pero utilizaba los espacios del Centro Cultural Universitario, sobre todo la Sala Covarrubias, para disgusto de otros grupos de danza que no tenían acceso a ese escenario privilegiado. Aun así, el Taller requería apoyo financiero de la UNAM, y Gloria Contreras, su fundadora y directora perpetua, me visitaba a menudo en mi oficina para plantearme sus demandantes solicitudes. Yo la recibía con ciertas reservas, pero ella no tenía empacho en plantearme sus exigencias de la manera más dramática que podía. Una vez se quitó en mi oficina los zapatos y me mostró al desnudo sus pies, deformados por la danza. Me pedía que la Coordinación sufragara la compra de zapatillas de buena calidad para sus bailarines. Colegí entonces que el mismo numerito le había hecho al doctor Sarukhán cuando asumió la rectoría, y que él, ante el espectáculo de los juanetes, pensó que era urgente nombrar a un coordinador de Difusión Cultural que le evitara por siempre volver a hablar con un bailarín —o bailarina, en este caso.

Yo acabé por apreciar a la maestra Contreras y respetar su labor al frente de esa especie de escuela de danza extrauniversitaria pero localizada en la Universidad. Tomé la decisión de no ir a sus funciones en la tan disputada Sala Covarrubias para que los otros

grupos coreográficos no señalaran una preferencia inequitativa de mi parte. Pero sí accedí a ir a sus ensayos generales. Y la verdad, ¡me encantaron! Admiré mucho su trabajo directivo, su creatividad, su ascendencia. Y la disciplina y el talento de los bailarines. Un domingo no pude dejar de asistir a la sala. Su taller interpretaba *El pájaro de fuego* de Stravinsky, y la coreografía estaba dedicada a mí.

*

La Escuela para Extranjeros de la Universidad, fundada por José Vasconcelos, había sido dirigida por nadie menos que el gran polígrafo de origen dominicano Pedro Henríquez Ureña. Su cometido era recibir en México a estudiantes procedentes de todas partes del mundo, en particular de Estados Unidos, para que durante el verano conocieran nuestro país y aprendieran la lengua española. En reciprocidad, varios profesores de la Facultad de Filosofía y Letras empezaron a acudir a San Antonio, Texas, para impartir cursos o dictar conferencias sobre diversos aspectos de la cultura mexicana: su historia, su literatura, sus manifestaciones artísticas. Al principio, estos cursos se llevaban a cabo sólo durante el verano, en los periodos vacacionales del profesorado, pero fueron tan exitosos que se extendieron a todo el año. Se creó, pues, la Escuela Permanente de Extensión en San Antonio, así calificada —*permanente*— en oposición al carácter temporal que tuvieron las actividades académicas precedentes.

Hice infinidad de viajes a San Antonio, acompañado de José G. Moreno de Alba, a quien había nombrado director del Centro de Enseñanza para Extranjeros de donde dependía esa escuela de extensión universitaria. Funcionaba extraordinariamente bien, gracias a la buena administración de Guillermo Pulido, su director, y

al apoyo de su bellísima esposa, que hacía honor a su nombre, Sherezada. Habían hecho una labor tan exitosa, que la ciudad le rentaba a la UNAM sus espléndidas instalaciones por sólo un dólar al año. Muchas veces acudieron también el rector Sarukhán y sus colaboradores, en ocasiones acompañados todos de sus esposas, para participar en alguna celebración organizada por la alcaldía de aquella ciudad. Cuando la EPESA cumplió setenta y cinco años, pudimos enviar, para celebrar la efeméride, a la OFUNAM, que allá ofreció un concierto. La escuela tenía prestigio, convocatoria y contaba con el apoyo de las autoridades locales y de benefactores de la sociedad civil que amaban a México. ¿Cómo no tomarla como modelo?

Así lo hicimos y fundamos una escuela similar en Canadá, específicamente en Hull, ciudad colindante con Ottawa, que al poco tiempo cambió su nombre anglófono por el francófono de Gatineau, pues, aunque conurbada con Ottawa, se ubica en territorio quebequense. En ella, sobre todo se enseña español a hablantes de inglés y de francés, pero también se desarrollan actividades artísticas y culturales que prohíja la Coordinación de Difusión Cultural.

El modelo era tan bueno, que quisimos reproducirlo en otros países.

Ya relaté en mi novela *Tres lindas cubanas* las decenas de viajes que hicimos mis colaboradores y yo a La Habana, donde pensamos que la presencia de la UNAM podría ser muy beneficiosa, pues Cuba es, o era entonces, el país con el que nuestra Universidad tenía más convenios de colaboración. Pensamos, además, que Cuba se beneficiaría muchísimo con el acceso a las carreteras electrónicas de información con las que contaba la UNAM y que pondría a su disposición para mitigar su aislamiento y enfrentar el «bloqueo». Fue

inútil. Hablamos con las autoridades de todas las instituciones que podrían acoger este magnífico proyecto: el Ministerio de Cultura, la Universidad de La Habana, la Casa de las Américas, el Ministerio de la Investigación Científica... En vano. Tras muchas conversaciones y presuntos acuerdos, rechazaron el proyecto. Mi percepción es que les dio miedo la A de nuestro acrónimo. No estaban dispuestos a recibir en su seno a una institución *autónoma* que pudiera poner en riesgo la mínima astilla de su estructura política e ideológica. Tan así fue que propusieron que la virtual sede de la UNAM en la isla no estuviera dirigida por un mexicano, sino por un cubano, cuando ya habíamos accedido a integrar un consejo directivo en el que participarían prominentes universitarios afectos al régimen de la isla: Pablo González Casanova, Luis Villoro, Leopoldo Zea. El doctor Sarukhán consideró que esa demanda sería equivalente a que el embajador de México en Cuba tuviera que ser cubano. Se acabaron las negociaciones. «Llegó el Comandante y mandó a parar», como dice la canción de Carlos Puebla.

También abrigamos la idea de abrir una sede de la UNAM en París. Al igual que en Cuba, trabamos en la capital francesa importantes relaciones con autoridades civiles y universitarias, pero tampoco tuvimos éxito. Empezamos demasiado tarde, cuando el segundo periodo rectoral de José Sarukhán se aproximaba a su final. Aun así, hicimos el intento.

No puedo olvidar la noche en que el rector y yo visitamos al doctor Jorge Carpizo, que se desempeñaba entonces como embajador de México en Francia, en la residencia oficial de la embajada. Nos recibió en ese maravilloso salón decorado por el gran pintor duranguense Ángel Zárraga. Yo estaba tenso, pues tensas eran las relaciones entre el rector Sarukhán y su antecesor inmediato. La conversación no fluía. Carpizo finalmente nos escuchó,

pero no se pronunció ni a favor ni en contra de nuestro proyecto. Más bien habló de los problemas de salud que aquejaban a su madre, que lo había acompañado en su misión diplomática en París.

Entonces no en Cuba; no en París, pero hoy la UNAM tiene sedes en numerosas ciudades de Estados Unidos, de Europa y de Asia. Y también, por cierto, ¡en París y en La Habana!

*

Acompañé al rector Sarukhán y a su esposa a la inauguración de la exposición *México: esplendores de treinta siglos* en el Metropolitan Museum de Nueva York. Estábamos invitados porque la UNAM había prestado algunas piezas de su patrimonio para esa magna exhibición. ¿Cómo es posible que esta portentosa muestra no se presente en México? Es una paradoja, un contrasentido, un absurdo, comentábamos, vestidos de rigurosa etiqueta, en la cena de gala inaugural que se sirvió en el gran vestíbulo custodiado por monumentales vestigios arqueológicos de Egipto.

Gracias en cierta medida a los buenos oficios de Guillermo Pulido, director de nuestra Escuela Permanente de Extensión en San Antonio, la exposición se presentó también en esa ciudad texana. Para que viniera a la Ciudad de México era necesario, entre muchísimos arreglos financieros, protocolarios, diplomáticos, habilitar el único espacio en nuestra capital capaz de albergarla: el antiguo Colegio de San Ildefonso.

No voy a referir aquí lo que ya escribí en *Mentideros de la memoria* sobre esa hazaña épica, que implicó un acuerdo complicado entre el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, el Gobierno del entonces Distrito Federal y la propia Universidad. Pero una vez realizada esa exposición que atrajo a miles de visitantes,

embelesados ante la reunión de piezas procedentes de todas partes de México, muchas de las cuales se encontraban en museos del extranjero, el Colegio de San Ildefonso se convirtió en un espacio idóneo para el montaje de exposiciones internacionales de gran envergadura.

Una de esas exposiciones subsecuentes fue la de los Tesoros Artísticos del Vaticano.

México acababa de establecer relaciones diplomáticas con el Estado Vaticano en septiembre de 1992. Era una ocasión propicia para realizar una significativa actividad cultural que celebrara esa importante relación.

Me trasladé a Roma con mi administrador Crisanto Cacho. Ahí me encontré con el representante de Rafael Tovar y de Teresa —presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes de México—: Jaime García Amaral. Ambos nos hospedábamos en un hotel situado en la Piazza della Minerva, donde se yergue el obelisco de Bernini montado sobre un elefantito. Si bien las piezas que viajarían a México para ser exhibidas en San Ildefonso ya estaban preseleccionadas, Crisanto y yo tuvimos la privilegiada oportunidad de visitar en privado los museos vaticanos e incluso sugerir la incorporación de alguna que otra obra a la muestra. Conservo en la memoria de aquella visita la imagen nítida del altar que mi amigo Ernesto Paulsen erigió en la basílica de San Pedro en loor de la Virgen de Guadalupe. Su sencillez impacta: es sólo una muy gruesa plancha de plata que funge como altar bajo la efigie canónica de la Emperatriz de América.

Estuve presente en la firma del convenio —creo que el primero suscrito por México y la Santa Sede— en la embajada de México en la Ciudad del Vaticano para darle formalidad al traslado de las piezas a nuestro país y su exhibición en San Ildefonso. Suscribieron el

convenio el primer embajador de México ante la Santa Sede, profesor Enrique Olivares Santana, y el primer nuncio apostólico en México, monseñor Girolamo Prigione. Recuerdo que cuando lo saludé, el prelado me dio la mano no con la palma abierta hacia adelante, sino con el puño cerrado, como para que le besara el anillo. No llegué a cumplir semejante gesto de subordinación y tras un brevísimo forcejeo apenas perceptible le torcí la mano hasta lograr que nuestro saludo tuviera la condición laica del caso.

*

Salvo en casos excepcionales, los coros comunitarios no están formados por cantantes profesionales en ninguna parte del mundo. Y, sin embargo, llegan a alcanzar niveles de excelencia. Por lo general, sus integrantes son jóvenes, incluso niños, pues la capacidad vocal es mayor en las edades tempranas que en las avanzadas, cosa que no encuentra paralelo en el caso de los músicos instrumentistas. Los coros universitarios, por tanto, suelen estar integrados por estudiantes y, a veces también, por otros miembros jóvenes de la institución —profesores o trabajadores— que simplemente quieren cantar, sin recibir por ello más recompensa que su propia satisfacción y el aplauso de la concurrencia cuando se presentan en público. Yo hubiera esperado que el coro de la UNAM fuera así, pero muy pronto me enteré —para mi enorme sorpresa— de que tenía características totalmente diferentes. Estaba conformado por cantantes profesionales, cuya edad promedio rebasaba los cincuenta años (en algunos casos, con creces), que tenían plazas administrativas de base y, por tanto, estaban sindicalizados, y cada vez participaba con menor frecuencia en las actividades musicales programadas por la Universidad. Así las cosas,

pensé que no tenía sentido mantener ese grupo que no representaba a la juventud universitaria y que incluso podría operar en detrimento de la imagen de la institución.

Dado que el personal de la UNAM sólo puede jubilarse a partir de los cincuenta y cinco años de edad y después de treinta de servicios, naturalmente algunas gargantas perdían su capacidad antes de que el cantante pudiera retirarse, y aun cuando la jubilación fuera posible, también era voluntaria, de manera que muchos miembros del coro permanecían en él a una edad avanzada. Para decirlo en pocas palabras, los integrantes del coro de la UNAM podían tener voto, pero en muchos casos ya no tenían voz, como se lo comenté al rector Sarukhán. Para demostrarme que todavía podían cantar, una tarde me llevaron una embarazosa serenata a mi oficina, que acabó por confirmar, en contra de su propósito, que, en efecto, voz ya no tenían.

En suma: el coro de la UNAM había envejecido, sus servicios cada vez eran menos solicitados, sus ensayos y sus responsabilidades laborales se habían reducido muchísimo y su existencia misma se había vuelto gravosa e insostenible para la Universidad. Tal fue el diagnóstico que, tras un minucioso análisis, presentó Raúl Herrera, director de Actividades Musicales, ante el Consejo de Difusión Cultural. Acompañó su dictamen de una propuesta radical, pero plausible, que venía a solucionar el problema. Recomendaba que cada uno de los miembros del conjunto coral, para conservar su plaza, optara por dirigir un coro estudiantil en cada una de las escuelas y facultades de la Universidad. La recomendación fue aceptada y se llevó a cabo. Algunos cantantes aceptaron. Otros se jubilaron o se les liquidó de acuerdo a la ley. A partir de entonces, la Universidad también canta.

*

José Sarukhán había recibido una universidad encinta; preñada del compromiso, contraído por la administración anterior, de realizar un magno congreso universitario.

Durante el primer año y medio de la administración del nuevo rector, los miembros de su equipo cercano le dedicamos muchas sesiones de intenso trabajo a la preparación del inminente congreso. El carácter resolutivo que tendría, según se había pactado con el Consejo Estudiantil Universitario en el rectorado del doctor Jorge Carpizo, comportaba muchos riesgos para el sostén de los valores fundamentales de la institución. Entre ellos, el de mayor peligro era la posible modificación de la Ley Orgánica, que rige la designación de las autoridades personales y colegiadas de la Universidad; que garantiza la libertad de cátedra y de investigación, y que regula los nombramientos y las promociones de profesores e investigadores en función de sus méritos académicos con independencia de sus posiciones ideológicas. Varias universidades del país habían asumido una presunta condición democrática para elegir a sus autoridades y aun a su profesorado, en grave detrimento de su nivel académico. La UNAM, que desde la promulgación de su Ley Orgánica en 1945 hasta entonces había multiplicado por varios órdenes de magnitud el número de sus estudiantes, de sus académicos y de sus trabajadores, ciertamente necesitaba abrir nuevas vías de participación de todos los sectores de la comunidad, pero sin perder su esencial carácter meritocrático.

Fueron muchas las horas, los días, las semanas, los meses empleados en prevenir la salvaguarda de los principios esenciales de la Universidad y la preservación íntegra de su ley fundamental, al tiempo de determinar las transformaciones necesarias que sí

deberían llevarse a cabo. Entre otras muchas de muy diferente jerarquía, la muy importante reforma del posgrado, que permitiera vincular las facultades con los institutos de investigación, que habían marchado por separado a lo largo de la historia. Concomitante con ella, también procedía la creación de los consejos académicos de área, que sancionarían esa necesaria vinculación.

No puedo enumerar los riesgos que se detectaron, las precauciones que se tomaron, las estrategias que se previeron, los escenarios que se imaginaron para adoptar la posición más segura en cada uno de los puntos que habrían de desarrollarse en el congreso, por insignificantes que parecieran. Ni recordar los múltiples mecanismos que se pusieron en práctica para que estas previsiones permearan con toda claridad en los delegados afines a la rectoría, quienes, a su vez, debían inducirlas en el mayor número de delegados posible.

Lo que sí sé es que poco antes de la inauguración del congreso, yo me reuní varias veces con algunos académicos que participarían en el congreso para tratar de infundirles el espíritu institucional que se había venido fraguando en la rectoría, y en particular, como es natural, con aquellos delegados vinculados, más o menos cercanamente, con el área de Difusión Cultural. La mayoría de los que acudía a las reuniones a las que yo convocaba asistía con buenas intenciones, pero no tenía la menor idea de lo que era el subsistema que yo encabezaba ni cuáles deberían ser los cambios que se requeriría operar para que funcionara mejor. No es que pensaran que la dependencia a mi cargo funcionara mal, sino que sentían que era menester modificarla, probablemente sólo por responder al espíritu reformista que el propio congreso suponía. Si a mí me había costado un año y medio de inmersión en las complejidades de esa área para más o menos conocerla, cómo

explicarles en las escasas y brevísimas sesiones que sostuvimos cuáles eran sus verdaderos problemas y, sobre todo, cuáles los riesgos que se podían correr al modificarla. El más peligroso sería someter la maravillosa «loca de la casa» a la «cordura» institucional. Aun con todas sus irregularidades —que eran muchas y algunas muy graves—, Difusión Cultural era un área prodigiosa de la Universidad. Debería regulársele la respiración, de suyo agitada, sí; pero de ninguna manera sofocarla. Entre los concurrentes a esas reuniones apresuradas y un tanto clandestinas, había quienes pensaban, por ejemplo, que la OFUNAM debería estar integrada por miembros del personal académico —profesores de la Escuela Nacional de Música— y no por músicos profesionales que ostentaban plazas administrativas de base. Otros, consideraban que todos los que de una u otra manera participaban en las actividades programadas por Difusión Cultural deberían regirse por los mismos criterios que el resto de los miembros —tanto académicos como alumnos— de la comunidad. ¿Las bailarinas del Taller Coreográfico de Gloria Contreras, pongamos por caso, deberían pasar el examen de admisión que se aplica a los demás estudiantes de la Universidad, verbigracia, los aspirantes a ser médicos, ingenieros o actuarios? Los escritores que publicaban en nuestras colecciones, los actores que se paraban en nuestros escenarios, los editorialistas que comentaban los noticieros de Radio UNAM, ¿deberían estar sujetos a la normatividad universitaria que rige la vida académica de escuelas, facultades e institutos de investigación?

Tras dieciocho meses de angustiosa preparación, por fin llegó la fecha señalada, y temida, de la inauguración del Congreso Universitario: primero de junio de 1990. El lugar: el frontón cerrado de la Universidad. A pesar de sus grandes dimensiones, la oscura piedra volcánica de su construcción y su propia condición cerrada, le

imponían al recinto una atmósfera densa, en la que se respiraba una gran tensión.

El rector Sarukhán me había nombrado uno de sus tres representantes personales ante el congreso. Me recuerdo a mí mismo, formado muy temprano en la fila de los delegados, con la escarapela al pecho que me acreditaba como congresista. Yo me había puesto la ropa más informal que tenía para no pasar por funcionario. Pero no sirvió de nada. A los congresistas cercanos a la rectoría nos habían dotado de un teléfono móvil, que en ese año de 1990 no era tan móvil. Era un insólito aparato de un kilo de peso por lo menos y de las dimensiones de un ladrillo. No había manera de ocultarlo. Lo llevábamos colgado ostensiblemente al cinturón y por tanto nos identificaba, para mal, como incondicionales del rector. Pero era la única manera que teníamos de comunicarnos entre nosotros para no cometer errores serios en el caso de una votación difícil o engañosa.

Sólo había estado una vez, muchos años atrás, en el frontón cerrado del campus universitario para ver la puesta en escena que Héctor Mendoza había hecho de *Don Gil de las calzas verdes* de Tirso de Molina, en la cual los personajes se desplazaban con gran agilidad en patines. El escenario ahora era totalmente distinto. Las graderías perimetrales estaban abarrotadas de congresistas. El murmullo inquietante se extendía por todo el recinto y reverberaba en las paredes y en el techo. Sentí lo mismo que cuando desemboqué en el salón del Consejo Universitario por esas escaleras secretas de la Torre de Rectoría, pero ahora en unas dimensiones mucho más grandes. Localicé mi lugar, una especie de platea en la que se fueron sentando los delegados que estaban involucrados con el área de Difusión Cultural, con algunos de los cuales ya había

tenido comunicación en las reuniones previas, mientras que otros me resultaban desconocidos, cuando no francamente hostiles.

Cuando llegó la hora estipulada, el frontón estaba abarrotado. El rector Sarukhán en el centro de la mesa, que ocupaba el centro del escenario, tomó la palabra e hizo la declaratoria inaugural. Muy pronto se supo que por esos mismos días de junio de 1990, el Gobierno comunista chino había reprimido con lujo de fuerza una manifestación de jóvenes estudiantes en la famosa plaza de Tiananmén de Pekín.

Durante los intensos días del congreso, a horas inusitadas de la noche o de la madrugada, y por espacio de muy breve tiempo porque nos pasábamos el día entero enclaustrados en el frontón cerrado, también tuve que reunirme con los delegados afines para acordar con ellos el sentido de nuestras votaciones en los temas concernientes a Difusión Cultural. El más peligroso de todos era el de la creación de un consejo del subsistema equivalente al Consejo Técnico de Humanidades y el Consejo Técnico de la Investigación Científica. Que hubiera un consejo de Difusión Cultural no sólo era posible, sino deseable. De hecho, yo ya lo había integrado desde mi llegada a la Coordinación con representantes de todas las direcciones del área. El problema consistía en que se pudiera exigir que no sólo fuera un órgano consultivo, como los de las otras coordinaciones, sino que se erigiera en una autoridad colegiada como el Consejo Universitario o los Consejos Técnicos de escuelas y facultades. Por ese agujero podría colarse lo que a todas luces queríamos evitar: la reforma de la Ley Orgánica y la consecuente posibilidad de modificar la estructura de gobierno de la institución. Finalmente, el problema se zanjó y se formalizó el establecimiento de un Consejo de Difusión Cultural con una amplia representación de todos los sectores de la Universidad, que permitió que las decisiones

de esa área, que siempre se habían tomado de manera vertical, pasaran por la consideración de un cuerpo colegiado, como ocurre en las demás dependencias académicas de la Universidad.

La tensión, el insomnio, la preocupación, el agotamiento, el temor, la desesperación se apoderaron de mí durante esos días. Pero la Universidad no sólo salió ilesa, sino enriquecida. A la postre, me tocaría presidir el Consejo Académico del Área de las Humanidades y las Artes, que nació de ese congreso.

Cinco

La loca de la casa, por fortuna, no se volvió cuerda. Siguió alegrando a la Universidad con sus locuras, matizándola, enriqueciéndola. Además, su sensibilidad y sus aportaciones se desparramaron, extramuros, por todas partes, porque nadie sabe bien a bien dónde están los límites de la difusión de la cultura, esa función sustantiva que, según nuestra Ley Orgánica, hay que extender «lo más ampliamente posible».

Edmundo O’Gorman
Mi abuelo académico

Un panegírico celestial

Una mañana invité a desayunar al doctor O’Gorman al restaurante Los Irabién de Avenida de La Paz, que albergaba en sus paredes una buena colección de pinturas, entre las que figuraban, por cierto, algunos cuadros de Juan O’Gorman, su hermano.

Llegué unos minutos antes que él y, en lugar de pasar a la mesa que me asignaron, preferí esperarlo en el vestíbulo, seguro de que don Edmundo llegaría a tiempo, pues su puntualidad era tan proverbial como la inglesa. En la recepción atendía a la clientela una joven muy bella, vestida de negro. A don Edmundo le brillaron los ojos cuando llegó y se topó con tan distinguida *hostess*. Antes de saludarme se dirigió a ella, sonriente, y le pidió de favor si se podía dar una vuelta, es decir que girara sobre su propio eje trescientos sesenta grados. Yo me inquieté mucho. Pensé que la joven podría molestarse, sentirse agraviada o acosada, responder con un extrañamiento a la petición insolente de este *viejo verde*... Pero no. Más bien se sintió halagada y, sin perder su sonrisa, sabedora de la esbeltez y la elegancia de su figura, accedió con gracia a la solicitud de don Edmundo. El maestro la vio con evidente regocijo y admiración. Y cuando la joven volvió a su posición original, volví a

sentir la misma preocupación: ¿qué le dirá el doctor O'Gorman? Y lo que le dijo fue el elogio más fino que haya oído nunca. Le preguntó:

—¿Y dónde están sus alas, señorita?

Historiografía y novela histórica

Yo no fui alumno de Edmundo O'Gorman, pero fue mi maestro fuera del aula.

No cursé la carrera de Historia, y cuando hice mis estudios de Lengua y Literatura Españolas en la Facultad de Filosofía y Letras, las disciplinas humanísticas se habían desmembrado de tal manera que la filosofía, la historia, la literatura, la pedagogía constituían compartimentos estancos. O'Gorman dictaba cátedra en un seminario de posgrado al que yo entonces no tenía acceso ni por mi área de estudio ni por mi nivel académico. Sin embargo, andando el tiempo, fue mi maestro, digamos que indirecto y extracurricular. Mis profesores de literatura habían seguido, años atrás, los cursos de Historia de México que O'Gorman dictaba cuando la facultad respondía más a la vocación humanística general que a sus especialidades, y la vida interdisciplinaria brotaba de manera espontánea, a diferencia de ahora, que se busca deliberadamente, sin duda porque se ha perdido. Maestro de mis maestros, fue, para mí, un abuelo académico. Y también un mentor pródigo en sus enseñanzas, porque al margen de la universidad, durante los últimos trece años de su vida, el doctor Edmundo O'Gorman me concedió el asimétrico y exigente privilegio de la interlocución.

Me pude acercar a él en el año de 1982. Yo entonces me desempeñaba como secretario de Extensión Académica de la facultad, y una de las funciones inherentes a mi cargo era la de

fungir como secretario de la Comisión Editorial, integrada por Leopoldo Zea, Edmundo O'Gorman, Ramón Xirau y José Pascual Buxó. A la salida de una sesión le entregué, en un arranque de osadía, mi libro *Tiempo cautivo. La Catedral de México,* que acababa de publicarme Miguel Ángel Porrúa con ilustraciones de Carmen Parra, cuyo padre, el arquitecto Manuel «el Tuerto» Parra, había sido, por cierto, amigo íntimo del historiador. Aún recuerdo las palabras con las que se lo dediqué: «Al doctor Edmundo O'Gorman, dedico, entre temeroso y temerario, esta incursión en los terrenos de su estricta propiedad». Unos días después, O'Gorman pasó por mi pequeña oficina. Me felicitó por mi libro y conminó a Roberto Moreno de los Arcos, que lo acompañaba, a que lo leyera. Su elogio me ruborizó. Y también me motivó a buscar, fuera del aula, su magisterio, que, con el tiempo, devino amistad.

Después de sus felicitaciones, tuve que recorrer un camino de iniciación para acercarme a su persona. Al principio, yo, que nunca había hecho estudios formales de filosofía o de historia, sufrí las descalificaciones que su ironía infligió en mi amor propio, y hube de someterme al rigor dialéctico que el maestro practicaba con la agudeza y la sabiduría que le dieron su experiencia de abogado litigante, su formación filosófica y su ascendencia británica, particularmente irlandesa. Después de duras pruebas, me admitió como su interlocutor e iniciamos una larga plática que no cesó hasta su muerte.

Con frecuencia irregular pero perseverante nos reuníamos algunos sábados a ejercer el milagro de nuestra condición humana: la conversación. En cada encuentro abordábamos diversos temas, algunos de ellos recurrentes, y, sin que nos lo hubiésemos propuesto, les dábamos continuidad sesión a sesión —«Como decíamos ayer...».

Solíamos comer en La Cava, el Dos Puertas o el San Ángel Inn —que no le gustaba tanto, acaso porque las elegancias del lugar habían subvertido los modos propios de la vieja hacienda, y porque estaba muy cerca de su casa, es decir muy lejos de sus ánimos expedicionarios—; pero las más de las veces, por lo menos en los últimos tiempos, comíamos en mi casa: primero en Tiziano 26 y después en las alturas de mi nuevo domicilio de San Nicolás Totolapan, en los rumbos del Ajusco, que el maestro elegía sobre cualquier restaurante, quizá por aquello que en uno de sus aforismos consideró «La perfecta vejez: la cabeza complicada y los gustos sencillos».

No obstante su proverbial entusiasmo por la presencia femenina, que hasta el último de sus días les dio brillo a esos sus ojos siempre claros pero nunca serenos, prefería que comiéramos él y yo solos, como si asistiéramos a uno de esos clubes británicos restringidos al sexo masculino de la época victoriana, aunque a nosotros no se aplicara la sentencia que Borges les endilga a los ingleses, quienes, según él, empiezan por excluir la confesión y acaban por omitir el diálogo. Conversábamos. Conversaba conmigo. Más bien, me conversaba.

A las 2:30 de la tarde pasaba por el doctor O'Gorman a su casa de la calle Jardín, edificada por su hermano Juan a espaldas de la que construyó para la singular convivencia («juntos, pero no revueltos») de Frida Kahlo y Diego Rivera. Don Edmundo me esperaba en la puerta, ataviado con su inveterado saco de *tweed,* y se subía con cierta dificultad al automóvil porque de las piernas estoy muy bien, decía con envidiable buen humor, salvo cuando tengo que caminar. Ya en casa, nos tomábamos un tequila de aperitivo, él se fumaba un par de cigarrillos *lights,* y, mientras comíamos, dejábamos que nuestros parlamentos articularan esa conversación ritual, que, entre

otros muchos —porque a O'Gorman nada humano le era ajeno—, abordaba los temas de la literatura y de las relaciones de la novela con la historia.

Desde su infancia, O'Gorman había sido un lector voraz de novelas. Diría que su vocación subyacente, que le daba singularidad a su discurso historiográfico, jurídico y filosófico, era la literatura. Fue un gran lector, un gran conocedor y un gran entusiasta de la expresión literaria. En la vieja casona familiar, en la que su padre, el pintor Cecil O'Gorman, había izado la bandera inglesa en señal de paz y en demanda de inmunidad para proteger a su familia de las tropas revolucionarias que irrumpieron en la ciudad capital a finales de 1914 —cuando el niño Edmundo tenía ocho años de edad—, él y sus hermanos, bajo la tutela paterna, leyeron en comunidad buena parte de la literatura victoriana, sobre todo las novelas de Dickens. El padre leía en voz alta un capítulo y, al concluirlo, le daba el libro a alguno de los hijos, que leía el capítulo siguiente, al término del cual, a su vez, lo pasaba a otro hermano hasta que todos hubiesen leído, de manera que no sólo aprendieron a leer, sino también a oír leer, como en los tiempos de don Quijote. Hasta el fin de sus días, O'Gorman siguió la misma rutina de leer en voz alta, según me cuenta mi amiga y alumna suya Patricia Urías, en el Seminario del Amor, dedicado, por cierto, más a la literatura que a la historia, al que concurrían sus amadas discípulas de la UNAM y en el que O'Gorman, con la puntualidad y el rigor que le eran habituales, desempeñó, octogenario, su última actividad académica.

Cosa quizá de sus apellidos y de sus orígenes, entre los escritores de lengua inglesa, Edmundo O'Gorman O'Gorman (pues O'Gorman era también el apellido de su madre) tenía especial predilección por los irlandeses. Admiraba a Oscar Wilde por su eficacia aforística y por su capacidad de desnudar a la sociedad victoriana, a George

Bernard Shaw por su humor inteligente y sentencioso, y a James Joyce por hacer de la historia cosa cotidiana y por haber exacerbado las potencias de la lengua de Shakespeare.

Cuando comparaba la literatura de lengua inglesa con la española, O'Gorman decía que esta, a diferencia de aquella, carecía de continuidad, en buena medida porque después de los Siglos de Oro, con el dominio borbónico, se impusieron los modelos franceses, que corrompieron y degeneraron las letras españolas y que las despojaron de su fuerza, de su vigor, de su temperamento. La literatura inglesa, en cambio, gozaba de una límpida tradición en la que las corrientes y los estilos se sucedían unos a otros con sus apreciables diferencias y rupturas con respecto a los modelos precedentes, pero sin varianza en su calidad. De William Shakespeare y Ben Jonson a James Joyce y Graham Greene, la lengua inglesa había construido una consistente tradición literaria, sin descensos ominosos.

En «Otro poema de los dones», Borges, con la ironía que lo caracterizó, abrevada en la literatura inglesa, da gracias «por Séneca y Lucano, de Córdoba, / que antes del español escribieron / toda la literatura española». O'Gorman, con idéntica ironía, podría haber suscrito semejante improperio, pero, igual que Borges y no obstante la irregularidad de la tradición literaria española, admiró a Cervantes, y muy en especial a Quevedo por su hispanidad, por su humor, por la manera de mezclar la vida más ordinaria con las más altas preocupaciones morales y metafísicas. Cuando en alguna ocasión le comenté que Borges decía que Francisco de Quevedo no tenía ninguna obra que lo representara a cabalidad, a diferencia de Dante o de Cervantes, que se identifican con *La Comedia* y con *El Quijote* respectivamente, O'Gorman me respondió que más allá de *El Buscón* y haciendo caso omiso de sus obras religiosas, Quevedo era el autor

de una obra monumental, que nadie más que él podría haber escrito, a saber, los dos últimos versos de su soneto «Amor constante más allá de la muerte»:

serán ceniza, mas tendrán sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.

Además de señalar su exquisito gusto literario forjado desde sus primeros años de edad, conviene decir que antes de estudiar filosofía y entregarse por completo a su ulterior vocación de historiador, O'Gorman fue abogado litigante y desde muy joven gozó de prestigio y reconocimiento por el alto número de casos que defendió exitosamente. Cuando decidió dedicarse al estudio de la historia, contaba, pues, con dos experiencias opuestas, la pragmática de la jurisprudencia y la imaginativa de la lectura de novelas. Su obra historiográfica da cuenta clara de estos antecedentes: por un lado, somete a juicio riguroso a los personajes históricos que estudia —Colón, el padre Las Casas, fray Servando Teresa de Mier— y, por otra, con muy buena pluma, por cierto, recurre a la imaginación, propia de la ficción novelística, para iluminar las regiones oscuras del pretérito. Para O'Gorman, pues, la historia no puede escribirse sin el concurso de la imaginación, de manera que la historiografía y la novela, sobre todo la de carácter histórico, están estrechamente vinculadas no sólo por el conocimiento de los hechos históricos que ambas requieren, como podría suponerse, sino también, y esto es lo más importante, por el papel protagónico que la imaginación desempeña en uno y otro discursos —si es que se trata de dos discursos diferentes.

Sin la imaginación, el historiador, aun cuando hubiera investigado de manera exhaustiva las fuentes históricas de su tema, no podría recrear los sucesos del pasado ni exponerlos discursivamente, pues

los datos, por sí mismos, no constituyen un discurso historiográfico. Y, a su vez, el escritor de una novela histórica no puede limitarse a sus facultades imaginativas, como lo haría un poeta lírico, sino que requiere de los datos objetivos de la historia para construir su relato.

Habida cuenta de esta relación de identidad en lo que se refiere a sus fuentes y a sus recursos, lo importante sería determinar cuáles son los rasgos pertinentes que diferencian un discurso del otro. Qué hace que una novela como *El reino de este mundo* de Alejo Carpentier, por ejemplo, difiera de cualquier historia de América que dé cuenta del fracaso del general Leclerc en Haití, al perder a sus 25,000 soldados, vencidos por la fiebre amarilla y por la decisión admirable de los negros de alcanzar su autonomía. Qué distingue el relato «Las dos Numancias», de Carlos Fuentes, de lo que sobrevive de la historia de Polibio, cronista de Publio Cornelio Escipión «El Africano» y testigo ocular del cerco numantino. O las *Memorias de Pancho Villa,* escritas en primera persona por Martín Luis Guzmán, de la erudita obra de Friedrich Katz sobre «El Centauro del Norte». O la novela *El mundo alucinante,* de Reinaldo Arenas, que relata de manera por demás desbordada e hiperbólica las andanzas de fray Servando Teresa de Mier en su periplo por las cárceles europeas —de las que logra escaparse ingeniosamente—, de la obra historiográfica del propio don Edmundo dedicada al «heterodoxo guadalupano».

Quizá podrían señalarse algunos elementos que intentaran diferenciar un discurso de otro, tales la presunta objetividad, el distanciamiento, la imparcialidad, que suelen atribuírsele a la historiografía, frente a la subjetividad, la cercanía, la toma de posición, que pudieran determinar el quehacer novelístico, al que no se le exige veracidad ni asepsia sino, dado el caso, verosimilitud y entrega. Sin embargo, estos elementos no sólo son insuficientes sino

inaplicables en una gran cantidad de obras. Y es que, por un lado, desde los tiempos de la Antigüedad clásica, la épica —antecedente primigenio de la novela moderna (Lukács decía que la novela era una épica sin dioses)— estaba regida por la objetividad y el distanciamiento temporal y espacial del narrador con respecto a los episodios que narraba, condiciones que constituyen la esencia estructural de los poemas homéricos, por ejemplo; y por otro, en el discurso historiográfico ni puede —ni debe, según O'Gorman— estar ausente la subjetividad del historiador, su punto de vista, sus ideas y sobre todo su imaginación.

Un planteamiento taxonómico que a O'Gorman no le parecía del todo descabellado tenía que ver con el desempeño de los protagonismos en uno y otro discursos. Mientras que en la historiografía los personajes que fueron protagonistas de la historia conservan su papel principal, en la novela histórica se vuelven secundarios y ceden su lugar a aquellos que en la historia no tuvieron ninguna relevancia. En *El reino de este mundo* de Alejo Carpentier, para seguir con uno de los ejemplos de novela histórica que mencioné, Ti Noel, un esclavo ajeno por completo a la toma de decisiones que habrían de darle a Haití su emancipación del imperialismo francés, es el personaje principal de la novela, mientras que el general Leclerc y Paulina Bonaparte, que cumplieron un papel protagónico en los acontecimientos históricos, aparecen como meros referentes circunstanciales. Lo mismo ocurre con las grandes novelas relativas a las guerras napoleónicas, de *La Cartuja de Parma* de Stendhal a *Guerra y paz* de Tolstói. Es decir que la novela histórica les da voz a quienes no la tuvieron en la historia.

Tal aseveración, sin duda propositiva, puede aplicarse a un buen número de casos, sobre todo de la novela realista decimonónica en que tanto abrevó la curiosidad de O'Gorman. Sin embargo, no

parece tener validez general. Menos ahora, cuando los discursos se han vuelto más flexibles y aun esta diferenciación propende a diluirse. Por un lado, numerosos historiadores se ocupan, al menos en México, de casos cada vez más particulares, en concordancia con la propuesta de la *microhistoria* que hace años planteó Luis González y que aplicó a San José de Gracia, su lugar de origen. Por otro, los escritores de novela histórica parecen afanarse, sin menoscabo de la imaginación, en obtener datos seguros para crear sus obras, e incluso muchos de ellos hacen de su investigación la trama de sus novelas, por lo general narradas en primera persona, como el argentino Tomás Eloy Martínez en *Santa Evita,* el español Javier Cercas en *Soldados de Salamina,* el cubano Leonardo Padura en *La novela de mi vida* o el nicaragüense Sergio Ramírez en *Mil y una muertes;* novelas, algunas de ellas —quién lo diría—, que pueden incluir documentos probatorios o notas al pie de página, debidas no a la erudición de los filólogos o a la atingencia de los editores, sino a la propia pluma de los novelistas. Y hay también novelas históricas en las que los personajes conservan en el texto literario la posición protagónica que tuvieron en la historia, como *La fiesta del chivo* de Mario Vargas Llosa o *La novela de Perón* del propio Tomás Eloy o, en el caso de México, *Noticias del Imperio* de Fernando del Paso. Parece que los discursos en principio diferentes se acercan cada vez más y que sus rasgos diferenciadores pierden pertinencia. Un muy buen ejemplo de esta fusión, que lamentablemente ya no le tocó leer a O'Gorman, es *La sangre al río* de Raúl Herrera Márquez, que contiene por igual la historia familiar y la historia nacional de la Revolución mexicana; la recreación ficcional del discurso íntimo de los personajes y la documentación exhaustiva del contexto en que se articula.

Aun así, sigo pensando que la novela es un espacio más libre que el de la historiografía, y si bien es cierto que por ello su discurso es menos objetivo, también lo es que llega a zonas donde el historiador se ve precisado a guardar silencio. Las novelas de Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, Agustín Yáñez, Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Jorge Ibargüengoitia —y ahora Raúl Herrera— nos permiten conocer la historia de la Revolución mexicana en una dimensión quizá más amplia y más profunda que la que presentan los textos de historia, porque sus autores tienen la libertad creciente de incorporar a su discurso la fantasía, la ensoñación, los atavismos, los recuerdos, los mitos, que también forman parte de la realidad referencial, en el más amplio sentido de la palabra, y que los historiadores se ven obligados a registrar, pero no necesariamente a suscribir.

Después de comer, Edmundo O'Gorman y yo subíamos a mi estudio, desde cuyo ventanal se ve la Ciudad de México hasta donde la contaminación del aire lo permite. Ahí tomábamos el café y los licores y nos fumábamos sendos habanos. La tarde iba cayendo, pero la conversación seguía con puntualidad litúrgica sin que se nos ocurriera prender la luz, de manera que poco a poco y sin darnos cuenta nos íbamos quedando en la penumbra, iluminados por la conversación y por las luces de la ciudad que empezaban a prenderse hasta transformar el paisaje en un océano luminoso y palpitante. Y proseguíamos nuestra conversación sobre nuestro tema recurrente, la literatura. Dickens. Proust. Nabokov. Quevedo. Clarín. Joyce. Cervantes. Wilde. Paz. Shaw. Pérez Galdós. Choderlos de Laclos. Virginia Woolf. Borges.

O’Gorman amaba a sor Juana. Las últimas palabras que le oí decir en el Hospital Ángeles, apenas comprensibles pues lo habían despojado de su dentadura postiza, fueron estas que revelan su adoración por la mujer más inteligente que ha dado este país, su indeclinable sentido del humor y su certidumbre de que la muerte, como predicaba Calderón de la Barca, a todos nos empareja y nos acerca: «¿Verdad, Gonzalo, que sor Juana era *un cuerito?».* Con razón pensaba que los versos de Quevedo eran la gran obra de la literatura española:

serán ceniza, mas tendrán sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.

Invenciones

En 1984 se abrió la primera convocatoria del Sistema Nacional de Investigadores. Su propósito era reconocer la excelencia de los trabajos de los académicos, valorar sus aportaciones a las ciencias y las humanidades y apoyar el desarrollo de sus investigaciones mediante estímulos económicos que compensaran los magros salarios que muchos de ellos recibían en las instituciones de educación superior del país en las que trabajaban. La evaluación de los aspirantes se llevaría a cabo por sus pares, y se esperaba que los más prominentes científicos y humanistas de México se incorporaran al Sistema, tanto para prestigiarlo como para servir de modelo a los aspirantes subsecuentes.

Obviamente que el doctor Edmundo O’Gorman se vio instado a participar, aunque él ya no necesitara ni los beneficios económicos que se le adjudicarían ni el reconocimiento de sus pares, del que ya gozaba. No sin disgusto tuvo que cumplir los requisitos de la

convocatoria, entre los que figuraban llenar un formulario, que entonces no estaba dividido por áreas académicas, y recabar los documentos probatorios de cuanto en él se consignara.

Don Edmundo, que había hecho las ediciones críticas de las obras de Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo, fray Bartolomé de las Casas, Joseph de Acosta, Francisco Cervantes de Salazar y fray Servando Teresa de Mier con puntilloso rigor, acudió a los ayudantes que lo habían acompañado en esas tareas de investigación para poder cumplimentar un formulario que tildó de fastidioso y burocrático. En esa primera convocatoria el machote que se debía llenar era uno solo para todas las áreas académicas y era evidente que había sido diseñado por científicos y no por humanistas, de modo que las preguntas no siempre eran pertinentes para el perfil de un historiador como O'Gorman. Un apartado, más propio de las disciplinas científicas y tecnológicas que humanísticas y sociales, inquiría sobre patentes. Harto de responder preguntas que no venían al caso, O'Gorman, en los renglones vacíos que seguían a ese rubro enunciado con el título de INVENCIONES, escribió con letras grandes y mayúsculas una sola palabra: AMÉRICA.

La «bibliografía navideña» de Difusión Cultural y los aforismos de O'Gorman

Durante los años de mi gestión como titular de la Coordinación de Difusión Cultural, esa dependencia universitaria publicó algunas obras raras o curiosas que a fin de año obsequiaba a colaboradores, artistas y amigos de la propia Coordinación y a otros distinguidos universitarios. Era una contribución de la Universidad a lo que en algún lugar llamé la «bibliografía navideña», que empezó a

formarse, hasta donde sé, cuando en diciembre de 1979 el Banco de Comercio de México les regaló a sus clientes más importantes un ejemplar del espléndido libro *Los1001 años de la lengua española* escrito con tanta sencillez como erudición por Antonio Alatorre y diseñado con gran audacia por Beatrice Trueblood. A partir de entonces, otras instituciones fiduciarias, diversas empresas de todo tipo y numerosas dependencias gubernamentales han publicado año con año lujosos libros, valiosos por su tema, por su contenido, por su edición, pero no siempre suficientemente aprovechados. Son de los libros que suelen ojearse más que leerse y que acaban como adorno en las mesas de centro de los salones, los despachos o las oficinas de los destinatarios. A pesar de la enorme valía de algunos de ellos, podrían ser clasificados en la categoría comercial de *coffee table books.*

Las ediciones navideñas de Difusión Cultural no eran lujosas, pero sí exquisitas por su belleza, por su originalidad y, sobre todo, por su importancia bibliográfica. Y creo que fueron bien recibidas y valoradas.

Publicamos en ediciones facsimilares algunos manuscritos, como *El canto del Usumacinta* de Carlos Pellicer, que nos proporcionó su sobrino Carlos Pellicer López, o el último poema que escribió el cubano Eliseo Diego la víspera de su muerte en la ciudad de México, «Olmeca», en el que asegura que está «muerto de risa»; algunas reproducciones de ediciones memorables, como la de los primeros dieciséis sonetos de la edición impresa en Madrid por Juan García Infanzón en 1689 de *Inundación castálida,* que sor Juana Inés de la Cruz alcanzó a ver en vida, acompañados, en nuestra edición facsimilar, del retrato que de la monja jerónima hizo Juan de Miranda, cuyo original se encuentra en el sexto piso de la Torre de Rectoría de la Universidad; o la primera edición de la *Noche rústica*

de Walpurgis de Manuel José Othón, que publicó la Imprenta de Ignacio Escalante en México en 1907 con viñetas de Julio Ruelas, y que me ofreció mi amigo Javier Álvarez Leefmans; o el *Discurso por las flores* de Carlos Pellicer, con ilustraciones de Roberto Montenegro, cuya primera edición, de 1946, se hizo en los talleres de la Editorial Cvltvra, dirigida por Agustín Loera y Chávez y Julio Torri, bajo los auspicios de la Secretaría de Agricultura y Fomento.

Particular importancia tuvo el pequeño libro que editamos para la Navidad de 1991. Luis Mario Schneider nos entregó para su publicación algunas cartas desconocidas que José Gorostiza le dirigió a su jefe y amigo Genaro Estrada entre 1925 y 1931, cuando el poeta fue destacado en la legación diplomática mexicana en Londres y Estrada se desempeñaba como subsecretario de Relaciones Exteriores. Gorostiza ya había publicado *Canciones para cantar en las barcas,* entre las que figura una elegía que dice: «A veces me dan ganas de llorar, / pero las suple el mar». Con esas canciones habría pasado a la historia de nuestras letras, pero aún tenía por delante su monumental proyecto poético, *Muerte sin fin,* que lo coloca en la cima de la poesía mexicana. En sus cartas le confiesa a su jefe y amigo las penas y las tribulaciones que ha sufrido en su misión y llega a dudar de su propia vocación poética. En una dice: «Créame, Genaro, que ahora sí me dan ganas de llorar y no veo a mi alrededor aquel mar generoso que tan bien las suplía en otros años»; en otra, quien andando el tiempo acabaría por escribir el mayor poema filosófico de la historia moderna de nuestra literatura, dice: «... parece que no escribiré nunca. A pesar de que me doy muchas razones, disculpas y pretextos, con la apariencia de perfectamente justos, empiezo ya a dudar de si lo que pasa conmigo es que no sirvo para eso». ¡Válgame!

Para la edición de 1997, Eugenia Huerta recopiló cien aforismos de Luis Cardoza y Aragón, que no fueron escritos como tales, sino que, a la manera de los de Oscar Wilde, aparecen diseminados en su prosa. Son, por así decirlo, las proposiciones felices, brillantes y sintéticas —aforísticas, pues— que Eugenia subrayó en su lectura de la obra del poeta y crítico guatemalteco. Dos o tres ejemplos: «En artes no hay circunstancias atenuantes», «La crítica de arte es la Venus de Milo llevando en sus manos la cabeza de la Victoria de Samotracia», «Adán y Eva no fueron expulsados del Paraíso: se fugaron».

Si he sacado a relucir las publicaciones navideñas de la Coordinación de Difusión Cultural en estos capítulos dedicados a la memoria del doctor O'Gorman, ha sido porque en 1992 se sumó a la colección una recopilación de los aforismos del maestro, que no estaban subsumidos en su prosa como los de Cardoza y Aragón, sino que escribió deliberadamente según las normas implícitas del género. Don Edmundo me pidió que yo escribiera el prólogo del pequeño libro. Así lo hice. Y como en él doy cuenta no sólo de la historia de la publicación, sino de esa línea escritural poco conocida del maestro, aquí lo reproduzco casi en su totalidad:

> A finales de 1990, cuando se verificaba uno de los coloquios —si mal no recuerdo el número XIX— que año con año celebra el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad, coincidimos en el puerto de Veracruz, para regocijo de mi admiración, Ida Rodríguez Prampolini, Edmundo O'Gorman y yo. Una noche fuimos a cenar, en compañía de algunos investigadores y autoridades del Instituto, a uno de los pocos restaurantes que se dejan lamer por el mar y que huelen más a marisco vivo que a marisco cocinado. A mí me interesaba sobremanera estar presente en ese reencuentro sin expectativas de quienes constituyeron, hace muchos años, un matrimonio sin duda portentoso, habida cuenta de las prendas personales de cada uno de sus miembros. Fue un reencuentro —como seguramente muchísimos otros entre la separación y este que yo presenciaba— cariñoso, tocado por el respeto y los buenos modos, donde no faltó, empero, la ironía de don Edmundo, que sólo la

gracia de *La Chacha,* externada siempre con sonrisa deslumbrante y con su ya proverbial «voz de alcoba», puede convertir en pleitesía.

Entre la jovialidad y la entereza del doctor O'Gorman, que acababa de cumplir 84 años, le dije:

—Doctor, ¿se da cuenta de que me dobla la edad?

Y él me respondió, contundente, con otra pregunta:

—¿Nada más la edad, Gonzalo?

Llegadas las cosas, tan temprano, al punto del ingenio, recordé en voz alta alguno de los aforismos de Edmundo O'Gorman dedicados a la mujer:

«El sexo débil, ni tan débil; el sexo fuerte, ni tan sexo».

O'Gorman no se extrañó de que yo pudiera decir, de memoria, este y otros aforismos suyos, bien porque pensaba que sus agudezas son del dominio público, bien porque sabía de mi devoción por su escritura y por ende del dominio privado de sus textos.

Los aforismos que yo recordaba fueron aplaudidos no sólo por O'Gorman —que se dejaba citar con beneplácito— sino por *La Chacha,* cuya belleza creciente dispensaba las atrocidades enderezadas contra la mujer, sabedora de que cada aforismo de estos, en el fondo, siempre era más un homenaje que un agravio.

«Las mujeres son anticonstitucionales; su sola existencia es una amenaza a las garantías de la libertad y de la propiedad individuales.»

Como, según el propio O'Gorman, «el aforismo ajeno es un reto al aforismo propio», me atreví a decir alguno de mi propia invención, también dedicado a la mujer:

«Atrás de cada gran hombre siempre hay una mujer rica».

Como O'Gorman lo celebrara, dije otro, también mío:

«Prueba de que el amor es una enfermedad es que para hacerlo se recomienda guardar cama».

Como también lo celebrara, acudí a la enseñanza tácita de una fábula de Augusto Monterroso y ya no dije más.

De ese silencio nació la idea de publicar un librito que reuniera los aforismos de O'Gorman y los míos, para mi honor y para mi desprestigio.

Con el propósito de llevar a cabo tal elucubración veracruzana —porque el mar y la cerveza, a cada relamida, suavizaban las virtuales dificultades de la publicación—, nos reunimos un par de veces en México, acogidos por la dulzura y la inteligencia de Patricia Urías, en cuya casa O'Gorman y yo competíamos en la lectura de nuestras respectivas tarjetas tamaño aforismo. Salí derrotado, como era previsible, porque mis mejores aforismos ya los había dicho en Veracruz. Y porque Edmundo O'Gorman, efectivamente, no sólo me doblaba la edad.

A él, de todas maneras, le entusiasmaron mis aforismos o, por mejor decir, no lo defraudaron. Empero, la desproporción entre los suyos y los míos era tal, cuantitativa y cualitativamente, que tendría que ponerme a escribir aforismos

por compromiso y a corregir los ya escritos para alternar con los suyos —múltiples y espléndidos—. Tarea imposible porque, como una imagen poética, un aforismo surge radiante y completo en un determinado momento y no se le puede convocar sentado al escritorio. No en vano nuestro libro se iba a titular *Mi reino por un lápiz.*

Así que después de un tiempo, O'Gorman aceptó mi cobarde huida a cambio de que escribiera este prólogo, en el que ya bastante hablo de mis cosas, y en el que ya metí de contrabando mis dos únicos aforismos que realmente hubiera querido publicar [...].

Entre los aforismos que se recogieron en esta publicación no venal, escojo nueve —en mi opinión ejemplares, ya por su agudeza, ya por su profundidad, ya por ambas cualidades— para consignarlos en esta remembranza de mi maestro:

La Navidad es la venganza de los mercaderes contra Jesús por haberlos expulsado del templo.

Él: Me encantan las ruinas.
Ella: No seas narcisista.

Él: Pienso con frecuencia en ti.
Ella: ¡Ah!, es que con frecuencia me olvidas.

Él: Cásate conmigo.
Ella: ¿Cuántas «horas hombre» piensas dedicarme?

Conocer al hombre a quien ama la mujer que amas no es conocer a tu rival, es conocer a la mujer que amas.

Si te quieres deshacer de la mujer que te ama, haz el ridículo.

Se vestía a crédito y se desvestía al contado.

Te debe intranquilizar más una conversación de tu amor con su madre que con un pretendiente.

Desde que se instauró el sufragio universal, la democracia juega a la baja.

La herencia

Por la interpósita persona de Patricia Urías, O'Gorman me dejó de herencia una gorra del mismo *tweed* de sus sacos emblemáticos. Me queda enorme. Tiempo atrás me había regalado una lámpara de aceite del siglo XVIII, no en vano el Siglo de las Luces. Llevo treinta años tratando de descubrir el valor simbólico que seguramente él le atribuyó al obsequiármela. No lo he logrado. Quizá porque él me la dio pensando más en mi gusto por el barroco y no en su pertenencia al siglo de la Ilustración, es decir que no le confirió ningún valor significativo, sino sólo ornamental. Lo único que sé es que durante todo este tiempo no he encontrado la manera de encenderla.

Retorno al magisterio

Literatura cubana de adentro y de afuera

Durante el tiempo que cumplí funciones académico-administrativas en la Universidad, me vi obligado a limitar mi actividad docente de profesor de carrera, que sólo ejercí de manera irregular, si bien participé en muchos coloquios académicos, dicté numerosas conferencias, asistí a diversos congresos nacionales e internacionales y publiqué varios libros: algunos de carácter ensayístico, como *La épica sordina,México, ciudad de papel* y *Ensayo de contraconquista;* otros de creación literaria, como las novelas *Y retiemble en sus centros la tierra* y *Tres lindas cubanas,* amén del conjunto de textos de «varia invención» —como los llamaría Arreola—, titulado *El viaje sedentario.*

En los últimos años de mi gestión como coordinador de Difusión Cultural bajo el rectorado de José Sarukhán, había puesto en marcha el proyecto de abrir una sede de la UNAM en La Habana, como lo he relatado ya en mi novela *Tres lindas cubanas* y en algunas páginas de este libro.

No repetiré aquí mis andanzas ni mi fracaso final. Sólo diré ahora que ese acercamiento directo y constante incrementó, con la experiencia «de campo», el conocimiento que yo tenía de la isla a

través de su gran literatura. A su estudio y recreación había dedicado buena parte de mis tareas académicas y literarias, en alta medida motivado por los orígenes cubanos de mi familia materna y por el entusiasmo que había suscitado la Revolución cubana en mi generación, como ya lo he dicho. Así que, cuando volví a dar clases en la facultad propuse al Colegio de Letras Hispánicas impartir un curso sobre literatura cubana. Mi propuesta fue aceptada.

Muy pronto, ya en el rectorado del doctor Francisco Barnés de Castro, la Junta de Gobierno de la Universidad me eligió director de la Facultad de Filosofía y Letras. Dirigí esa institución por casi tres años, entre marzo de 1998 y diciembre de 2000. Años ciertamente difíciles para la Universidad, cuyas labores se vieron interrumpidas por un movimiento estudiantil —aunque no sólo estudiantil— que se apoderó de sus instalaciones durante larguísimos meses; que suscitó la renuncia del rector Barnés, y que sólo pudo detenerse mediante la fuerza policiaca, a la que se tuvo que recurrir para recuperar sus planteles, sus auditorios, sus oficinas, sus laboratorios... Aun en mi condición de director, mientras hubo posibilidades de hacerlo, di mis cursos de literatura cubana. Lo mismo hice cuando, por designación del presidente Vicente Fox, dirigí después, por año y medio, el Fondo de Cultura Económica.

No quise elegir para mis cursos sólo una parte de la riquísima literatura cubana: la que se escribía dentro de la isla bajo el régimen revolucionario o la que se escribía en el exilio o la diáspora, pues ambas obedecían a la misma tradición literaria y formaban parte de las letras «nacionales» de Cuba. Mi curso se tituló «Literatura cubana de adentro y de afuera», y lo mismo estudiamos a autores que vivían en Cuba, como Senel Paz, Leonardo Padura, Arturo Arango o Pedro Juan Gutiérrez, que a los que habían optado por marcharse del país, como Reinaldo Arenas, Eliseo Alberto («Lichi») o

Mayra Montero, que se habían establecido en Estados Unidos, México y Puerto Rico, respectivamente. Para hablar de ellos —mis estrictos contemporáneos—, nos remontábamos a sus antecedentes desde el triunfo de la Revolución en 1959 y hablábamos tanto de los que cantaron las glorias de la nueva Cuba como de los que fueron marginados por el régimen revolucionario o huyeron de él; tanto de Alejo Carpentier, Nicolás Guillén o Fina García Marruz, como de Dulce María Loynaz, José Lezama Lima, Virgilio Piñera o Guillermo Cabrera Infante.

Ese curso se convirtió en una especie de seminario que convocó, semestre a semestre —y durante varios años—, a un grupo cada vez más numeroso de estudiantes, atraídos por el todavía fervoroso prestigio de la Revolución cubana, que en clase contrastábamos, de la manera más equilibrada posible en un tema de suyo controvertido, con las expresiones de la disidencia. Pero no era una clase de análisis político sino literario, si bien las referencias políticas, históricas y sociales salían a relucir constantemente.

Como esos cursos consecutivos fueron amparados por una cátedra extraordinaria de la Facultad de Filosofía y Letras, que tenía el dignísimo nombre de «Maestros del exilio español» y no estaba restringida a la normativa propia de los cursos regulares, tuve la oportunidad de armar el programa con entera libertad y de convocar a varios escritores y académicos cubanos. En calidad de expositores invitados, por ahí pasaron narradores e historiadores de diferentes posiciones políticas: Senel Paz, Leonardo Padura, Nara Araújo, Eliseo Alberto, Rafael Rojas...

Muchos alumnos se quedaron en mi curso dos o tres semestres, y algunos de ellos aún por más tiempo.

Cátedra «Maestros del exilio español»

Después de disertar por varios semestres sobre la literatura cubana, amplié el espectro de mi temática, protegido por la misma cátedra extraordinaria «Maestros del exilio español».

Un curso que se prolongó durante varios semestres se tituló «La Ciudad de México en su literatura». Yo armé un programa con lecturas de obras correspondientes a diversos momentos de nuestra historia urbana, desde la época prehispánica hasta nuestros días, y convoqué a especialistas de cada una de ellas para que hablaran del contexto en que fueron escritas. Por mi salón, el 008 de la facultad, desfilaron, entre otros, Eduardo Matos Moctezuma, que habló de la Gran Tenochtitlan; Antonio Rubial, que se refirió a los conventos de monjas en la Nueva España; Jaime Labastida, que dio cuenta de la ciudad que visitó el barón Von Humboldt a principios del siglo XIX; Clementina Díaz y de Ovando, que disertó sobre la ciudad decimonónica de José Tomás de Cuéllar y de Vicente Riva Palacio —a quien, por cierto, ella llamaba, con subordinación castrense, *Mi general—;* Ángeles González Gamio, que verbalmente recorrió las calles del centro histórico —sus edificios y sus restaurantes—; Vicente Quirarte, que presentó su libro *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México. 1850-1992;* Felipe Leal, que habló de la arquitectura contrastante de Santa Fe y Ciudad Nezahualcóyotl, a favor de la última y en contra de la primera...

Otro curso, que también ocupó varios semestres, tres o cuatro, se tituló, en homenaje al importante libro de Emmanuel Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana,* publicado, en su primera versión, a mediados de los sesenta. Cada miércoles les dejaba a mis alumnos la lectura de una novela para que, a la semana siguiente, la comentaran delante de su autor. Por mi salón desfiló una treintena

de escritores, los nuevos protagonistas de la literatura mexicana. Eran interrogados sin tapujos ni miramientos por mis alumnos, que se iniciaban, con petulante y juvenil intransigencia, en la crítica literaria. Pasaron por esta suerte de tribunal animoso Silvia Molina, Álvaro Enrigue, Vicente Herrasti, Beatriz Espejo, Xavier Velasco, Mario Bellatin, Pedro Ángel Palou, Ignacio Solares, Ignacio Padilla, Hernán Lara Zavala, Álvaro Uribe, Élmer Mendoza, Ana Clavel, Mónica Lavín, Rosa Beltrán, Aline Pettersson, Juan Villoro, Eduardo Casar, Sealtiel Alatriste, Francisco Hinojosa, Alberto Ruy Sánchez, Hugo Hiriart, Cristina Rivera Garza, Fabio Morábito, Anamari Gomís, Enrique Serna, Rafael Ramírez Heredia —el «Rayo Macoy»—... La evaluación del curso consistía en que cada alumno eligiera, dentro de las novelas presentadas en el curso, la que, a su parecer, no fuera la mejor, sino ¡la peor! y que descargara sobre ella toda su capacidad crítica. No se trataba, pues, de hacer una apología, sino de poner en práctica, con rigor y fundamento, sus nuevas herramientas críticas. No confesaré, por secreto profesional, cuáles fueron las novelas escogidas como las peores. Lo que sí diré es que, por lo general, en cada semestre hubo consenso.

Una mañana recibí un correo urgente de mi querida y muy admirada amiga argentina Leila Guerriero, quien ha elevado el género de la crónica a un rango de gran literatura. Me preguntaba por el escritor mexicano que podría calificarse como escritor *maldito*. Mi respuesta fue inmediata: Jorge Cuesta. ¿Por qué? Por su vida atormentada y su muerte trágica; por su deslumbrante inteligencia crítica aunada a una salud frágil y vulnerable; por sus conocimientos científicos que lo llevaron a experimentar con enzimas en su propio cuerpo; por el hermetismo de su poesía filosófica; por la locura que desembocó en la emasculación autoinfligida y su suicidio con las correas de la camisa de fuerza en el manicomio donde fue internado.

Me agradeció la sugerencia e incorporó un texto sobre el poeta en su antología *Los malditos*. Pero más se lo agradecí yo porque, en alta medida basado en su libro, ofrecí, en el marco de la Cátedra, un curso sobre los escritores malditos de Hispanoamérica, que tuvo gran convocatoria: además del mexicano Jorge Cuesta, incluí en el programa al colombiano Porfirio Barba Jacob, el ecuatoriano Pablo Palacio, el cubano Calvert Casey y la argentina Alejandra Pizarnik. ¡Qué elenco!

Otros cursos que dicté con el apoyo de la Cátedra «Maestros del exilio español» fueron «Silencio y pudor en la poesía mexicana», en la que diserté sobre Francisco de Terrazas, sor Juana Inés de la Cruz, Ramón López Velarde, Carlos Pellicer y Xavier Villaurrutia; «Las vanguardias literarias en Hispanoamérica», en el que hablamos del surrealismo, el ultraísmo, el creacionismo, el estridentismo...; «El *Doppelgänger* en Borges, Fuentes y Cortázar»; «Novela corta hispanoamericana», en el que visitamos obras altamente representativas de este género tan brillante de nuestras letras, como *Viaje a la semilla* de Alejo Carpentier, *La invención de Morel* de Adolfo Bioy Casares, *Los adioses* de Juan Carlos Onetti, *Aura* de Carlos Fuentes, *Los cachorros* de Mario Vargas Llosa, *Maten al león* de Jorge Ibargüengoitia, *Las batallas en el desierto* de José Emilio Pacheco, *El lobo, el bosque y el hombre nuevo* de Senel Paz, *Distancia de rescate* de Samanta Schweblin, entre otras...

Quizá el curso que más sorprendió a los estudiantes fue el que dediqué, durante un semestre completo, a analizar un solo texto de Borges, «Otro poema de los dones». Cuando les presenté el programa el primer día del curso, los alumnos no podían creer que le dedicáramos dieciséis sesiones de dos horas cada una a estudiar un solo poema. Se fueron desengañando a lo largo del semestre. Ese poema es una suerte de inventario de los temas más amados,

recurrentes, obsesivos del escritor argentino. Empieza por dar gracias «al divino / laberinto de los efectos y de las causas / por la diversidad de las criaturas / que forman este singular universo...» y, con una economía admirable, va enumerando todo aquello que a lo largo de su vida ha admirado y ha querido, desde lo más simple, como «el agua suelta», hasta lo más complejo, como la filosofía de Schopenhauer; desde lo más diáfano, como «la mañana en Texas», hasta lo más enigmático, como «el sueño y la muerte, / esos dos tesoros ocultos»; desde lo más incomprensible, como el tiempo, hasta lo más tangible y cotidiano, como «el pan y la sal». Cada línea del poema nos remitía a otras lecturas. Por ejemplo, el verso «por el rostro de Elena y la perseverancia de Ulises», en el que cifra de manera asaz sintética la esencia de los dos poemas homéricos, nos llevaba a la relectura de la *Ilíada* y la *Odisea* para reconocer por qué la belleza de la mujer de Paris desencadena la guerra de Troya y por qué la tenacidad es la característica dominante del héroe en su regreso a Ítaca. Y lo mismo sucede con los tres versos (tenían que ser tres) referidos a *La Comedia* de Dante o la alusión a *Las mil noches y una noche* o a Walt Whitman o a Francisco de Asís o a los filósofos idealistas. Como son, según digo, los temas recurrentes de Borges, cada uno de ellos remite también a otros textos del propio autor, de manera que podríamos leer la obra completa de Borges guiados por ese solo poema, como si se tratara de un índice temático. Me parece, y por eso lo elegí para un curso completo, que, si conocemos a fondo este poema, podemos acceder a la totalidad de la obra del escritor argentino. Al final del semestre, para sorpresa de los alumnos, apenas habíamos analizado la primera mitad del texto. Tuve que dar un semestre adicional para completar su análisis.

Creación literaria

Las cargas académico-administrativas no impidieron mi escritura, pero, cuando quedé liberado de ellas y dispuse de mayor tiempo libre hurtado a mis cursos y su preparación, a la dirección de tesis, a las sesiones de comités académicos y editoriales..., creció mi dedicación a la creación literaria. Continué la escritura de las novelas que siguieron a *Tres lindas cubanas:El metal y la escoria* y *Los apóstatas* —la mayor y la más dolorosa, descarnada y comprometida novela que he escrito y que pasó totalmente desapercibida por haberse publicado en 2020, cuando la pandemia eliminó la presentación de libros y cerraron las librerías.

Pude, además, publicar otros libros: *Del esplendor de la lengua española, Cánones subversivos, Mentideros de la memoria,* y recopilar en dos volúmenes mis ensayos, editados por el Fondo de Cultura Económica bajo el quevediano título *De la carrera de la edad,* que se ha acomodado más en las bodegas de la editorial que en las librerías, si no es que ya ha pasado por la guillotina de la descatalogación.

Un río español de sangre roja

Uno

La primera persona en el mundo que me vio fuera del claustro materno fue Urbano Barnés, un afamado médico procedente del exilio español republicano, quien atendió el undécimo parto de mi madre.

El doctor Barnés se había erigido en el ginecólogo por antonomasia de las mujeres españolas que habían llegado a México al término de la Guerra Civil y de las mexicanas con quienes se habían casado aquí muchos refugiados. Se dice que a aquellas que no tenían recursos para pagar la consulta, el médico las atendía sin cobrarles más honorarios que su gratitud.

Mis abuelos paterno y materno habían nacido en España, pero habían emigrado al Nuevo Continente en tiempos muy anteriores a la guerra. Mi padre nació en la Ciudad de México; mi madre, en Las Palmas de Gran Canaria, pero vivió su niñez y su primera juventud en La Habana, donde papá la conoció y se casó con ella. Mis padres no eran españoles, pues, sino descendientes de españoles por línea paterna, y no se identificaban necesariamente con el ideario de la República. Antes bien, su catolicismo a ultranza podría haberlos prevenido de los «rojos», que habían abjurado de las instituciones conservadoras de España; entre otras, de la Iglesia. Sin embargo, se beneficiaron, ellos y toda la familia, con la presencia del exilio español. Y es que mi tía Luisa, hermana de mi padre, se había

casado con Francisco Barnés —hermano de Urbano y, como él, médico de profesión— poco tiempo después de que llegó a tierras mexicanas en condición de refugiado.

Esta es la historia: mi abuelo paterno quedó viudo por segunda ocasión cuando las fiebres puerperales segaron la vida de su mujer, que había dado a luz a una frágil y macilenta niña, a la que bautizaron con el nombre de Luisa. Incompetente para asumir por sí solo la responsabilidad que una recién nacida implicaba y abrumado por las atenciones que le demandaban los hijos de su primer matrimonio, acabó por ceder a la insistente solicitud de su mejor amigo. Ricardo del Río había venido de Asturias con mi abuelo a «hacer la América» muchos años atrás, cuando ambos apenas eran unos mozalbetes, y estaba más que dispuesto a adoptar a la niña como hija propia. Y contaba con todos los recursos para hacerlo. Si mi abuelo se había dedicado al negocio de la producción, importación y venta de bebidas alcohólicas y había podido amasar una considerable fortuna, que a su muerte mis tíos dilapidaron en un abrir y cerrar de ojos, Ricardo del Río, por su parte, había alcanzado prosperidad en el ramo de la industria textil y había contraído matrimonio con una mujer que mandó traer de su propio pueblo asturiano, cuyo apellido rimaba bucólicamente con el suyo: Laura Soto. La pareja no podía tener hijos, así que cuando mi abuelo enviudó vieron la oportunidad providencial de adoptar a la criatura recién nacida que tan temprano había quedado huérfana de madre. Recibieron a Luisa con verdadera devoción. La llenaron de mimos y cuidados a lo largo de su infancia, y apenas pudieron contrarrestar los efectos negativos que sus muchos miramientos engendraron en el carácter de suyo arrebatado de la niña con una rigurosa educación francesa que mucho se amoldaba a las convenciones ilustradas de la época porfirista. Cuando, décadas después,

sobrevino el exilio español, la tía Luisa era una solterona culta, sofisticada, mórbida e insoportable. Su hipocondría, consentida y hasta estimulada por sus padres putativos, había congregado a los más conspicuos médicos de entonces y acabó por convocar al recién llegado Francisco Barnés, cuyo prestigio no habían podido doblegar ni el fracaso de la República, ni los campos de concentración ni las penas del destierro. Prueba irrefutable de que don Ricardo y doña Laurita siempre habían tratado a Luisa como a una niña mimada, aun cuando ya era una mujer madura, es que vieron con muy buenos ojos que la especialidad del médico recién desembarcado en México fuera la pediatría. Tantas y tan frecuentes eran las debilidades de la paciente, que las visitas del doctor se hicieron consuetudinarias, y al cabo de varios meses de minuciosas auscultaciones el médico descubrió que la verdadera enfermedad de la tía Luisa era el amor y que no había otro remedio que el matrimonio para curar semejante padecimiento. Al poco tiempo se casaron. El exilio español, pues, le dio a mi tía Luisa una salida, por demás afortunada, a su ya inquietante soltería, y a mi familia, la asistencia desinteresada y constante de dos eminentes médicos: Urbano, que atendió los últimos tres partos de mi madre, y Francisco, que se convirtió de un solo golpe en el tío Paco, en nuestro médico de cabecera y en una suerte de guía espiritual laico, que morigeró la religiosidad de la vida cotidiana de mi casa e introdujo cierto aire de modernidad en nuestras costumbres medievales.

El tío Paco trató los sarampiones y las paperas de los chicos, atendió los trastornos femeninos de mis hermanas adolescentes, operó a mi hermano Ricardo de una peritonitis fulminante, al lado de otro insigne cirujano refugiado, don Jacinto Segovia Caballero, que había sido médico en jefe de la plaza de toros de Madrid, y nos

aplicó las más diversas medidas de la medicina preventiva: todas las mañanas teníamos que tragarnos en ayunas las abominables cucharadas de aceite de hígado de bacalao que nos recetaba y una tarde memorable erradicó de tajo la causa de nuestros males estomacales: se presentó en casa desprovisto de su habitual maletín de médico, pero armado de un gigantesco serrucho, y sin decir palabra cortó el tronco de la añosa higuera cuyos frutos solíamos devorar antes de que hubieran madurado.

Si mi nacimiento estuvo presidido por la figura emblemática de Urbano Barnés, mi infancia estuvo protegida por la figura robusta y abierta de mi tío Paco. Uno nos ayudó a nacer; otro nos ayudó a crecer.

Labios delgados, casi inexistentes. Barba cerrada. Entrecejo severo, contrarrestado por una sonrisa blanca y generosa, proclive a la carcajada. Manos velludas, que tomaban el pulso, manipulaban el estetoscopio, colocaban el termómetro en la boca, aplicaban inyecciones. Un traje color café, ligeramente jaspeado, cuya vejez iba en relación directa con su dignidad. Una corbata de colores pardos y un pisacorbata colocado muy arriba, a la altura del pecho. Así recuerdo a mi tío Paco. De la tía Luisa tengo una imagen estática y posterior a la muerte de quien fue su condescendiente marido: De visita en mi casa, sentada en el sofá principal de la sala con una pierna oculta bajo el cuerpo, cual flamenco. En la boca, pintada de un rojo subido, una boquilla de carey con un humeante y delgadísimo cigarrillo mentolado. Una voz ronca de fumadora empedernida, que pide un *vermouth* con hielo *frappé.* Sí; un *vermouthrosso* con hielo *frappé* en mi casa, donde nuestro único lujo era tomar, en días especiales, agua de jamaica. Me veo a mí mismo, de muchacho, recibiendo de manos de mi padre la botella de Cinzano que guardaba a muy buen recaudo para ocasiones

especiales (como la visita de su hermana) y aporreando unos trozos de hielo envueltos en un trapo de cocina para lograr la consistencia *frappé* que mi tía solicitaba.

No recuerdo haber visto juntos al tío Paco y a la tía Luisa. El matrimonio no funcionó y terminaron por divorciarse. Lo supe mucho después, porque en mi casa la palabra *divorcio* era más fuerte que la expresión *guerra civil*. El temperamento caprichoso y las actitudes sofisticadas de la tía han de haber chocado con la generosidad y la franqueza del tío, que, al igual que su hermano, daba a los refugiados consultas gratuitas, que después la tía Luisa se encargaba de cobrar a sus espaldas.

Tío Paco murió cuando yo era niño; tía Luisa, muchos años después, en Torreón, Coahuila, adonde había ido a enseñar la lengua de Victor Hugo en la Alianza Francesa de la Comarca Lagunera. Murió sola. Deliberadamente sola. Cuando las camareras del hotel en el que vivía descubrieron el cuerpo por un hilo de sangre que corría bajo la puerta del baño de su cuarto, no encontraron a ningún familiar a quien darle la noticia de su muerte.

Defender a mi familia de las asechanzas de la enfermedad no fue la misión más importante de mi tío Paco. Fue otra, igualmente saludable, pero de distinta naturaleza: ablandó la férrea disciplina que regía la vida familiar, liberó hasta donde pudo a mis hermanas mayores de su condición de madres reemplazantes, solapó sus noviazgos clandestinos, y abrió la puerta a esos conceptos entonces carentes de nombre que con el tiempo reconocí con las palabras «tolerancia» y «libertad» y que siempre asociaré con el exilio español republicano.

Dos

Yolanda, la novia de mi juventud, con quien acabaría por casarme y fundar mi propia familia, era hija de Miguel Morayta, también médico y también exiliado español republicano.

En la casa del Pedregal de San Ángel, donde Yolanda vivía de soltera, pasé muchas tardes de lecturas compartidas, conversaciones amorosas y besos furtivos. Los domingos, el doctor Morayta solía preparar una gigantesca paella. Él mismo iba al mercado de San Juan a comprar el arroz, las judías verdes, las cebollas, los pimientos, los ajos, las alcachofas, las gambas, las almejas, las costillas de cerdo y de conejo, las alas y los muslos de pollo. De regreso, a la voz de «yo os dirijo», todos los miembros de la familia y de la servidumbre acataban sus instrucciones con incontestable obediencia y desempeñaban las tareas específicas que les eran adjudicadas: unos lavaban los mariscos y otros picaban la cebolla y cortaban en tiras el pimiento; unos troceaban la carne y la doraban y otros freían el arroz en el aceite de oliva. Él no movía un dedo, a no ser para determinar la cantidad exacta de azafrán —una «trisca»— que habría que utilizarse en la elaboración del platillo, pero indicaba con rigurosa puntualidad el momento preciso de terminar el sofrito de las carnes, de poner el arroz al fuego, de echarle un poco de agua, de añadir las almejas y las gambas. No se ensuciaba las manos, ciertamente, pero sin su dirección la paella no salía. Un domingo en que él no estaba en casa, la familia trató de prepararla tal y como lo hacían cada fin de semana. El resultado fue un desastre: las carnes se doraron de más, los camarones se endurecieron y el arroz se volvió un bodoque apelmazado e incomible. Lo que más recuerdo era la abundancia de las raciones y la consigna tácita de no dejar en el plato ni un solo grano de arroz azafranado. Las penas de la posguerra —el hambre, sobre todo— se habían resuelto en el aprovechamiento absoluto y total de los

privilegios que la vida posterior les deparaba a quienes las habían sufrido. Y sin necesidad de decirlo de manera explícita, cada ala de pollo, cada cigala, cada hoja de alcachofa implicaban el agradecimiento emblemático al país que los había acogido.

En esa casa oí por primera vez a León Felipe. El doctor Morayta puso el disco que el poeta zamorano había grabado para la colección Voz viva de México de la Universidad Nacional. Con su adolorida pero potente voz, el autor de *Versos y oraciones de caminante* explicaba por qué hablaba tan alto el español:

> Hablamos a grito herido y estamos desentonados *para siempre* porque tres veces, tres veces, tres veces tuvimos que desgañitarnos en la historia hasta desgarrarnos la laringe. La primera fue cuando descubrimos este continente y fue necesario que gritásemos sin ninguna medida: ¡Tierra!... La segunda fue cuando salió por el mundo grotescamente vestido, con una lanza rota y una visera de papel, aquel estrafalario fantasma de la Mancha, lanzando al viento desaforadamente esta palabra olvidada por los hombres: ¡Justicia!... El otro grito es más reciente. Yo estuve en el coro. Aún tengo la voz parda de la ronquera. Fue el que dimos sobre la colina de Madrid, el año 1936, para prevenir a la majada, para soliviantar a los cabreros, para despertar al mundo: ¡Eh! ¡Que viene el lobo! ¡Que viene el lobo! ¡Que viene el lobo!

El doctor Morayta también había estado en ese coro y también tenía la laringe desgarrada. De su propia voz, recibí mis primeras lecciones de la historia contemporánea de España. La palabra *refugiado,* que yo había oído con todas sus connotaciones de pesadumbre y destierro, cobró de pronto una dignidad heroica en la persona de quien había peleado en el frente de Madrid a favor de la democracia y de la libertad. Y aquellos principios de su juventud habían persistido a lo largo de su vida. Recuerdo vivamente su repudio al autoritarismo de Díaz Ordaz y su solidaridad con el movimiento estudiantil de 1968, que estremeció a mi generación. Un domingo, por cierto, antes de sentarnos a comer la paella que se había cocinado bajo su estricta vigilancia, me regaló un ejemplar de

la revista *Life* en la que aparecía un artículo dedicado a Julio Cortázar, que ya desde esos años había transformado la vida de quienes entonces sufríamos el estigma de nuestra elemental condición de estudiantes.

Mi orgullo es el que sienten mis hijos por la figura de su abuelo materno, a quien apenas conocieron porque, como una terrible metáfora de aquel desgarramiento de la laringe del que hablaba León Felipe, un cáncer fulminante en la lengua acabó con sus días cuando ellos aún eran muy pequeños. Creo que de él heredaron, sin saberlo, ese raro equilibrio entre la intransigencia y la tolerancia.

Tres

Con su proverbial pronunciación castellana, que no perdió nunca a pesar de que había llegado a México cuando apenas era un muchacho de nueve años de edad, Luis Rius me dio la bienvenida a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Fue en el año 1967, cuando inicié mis estudios universitarios de Letras Hispánicas. Rius, que a la sazón tenía la responsabilidad de autorizar las asignaturas que los alumnos de nuevo ingreso elegían para cursar el primer semestre de su carrera, aprobó la lista que yo le presenté: Historia de la Cultura Hispánica, Historia de la Lengua en España y América, Introducción a la Literatura Española, Metodología de la Literatura y Composición, Español Superior, Fonética y Fonología, Latín. No había mucho que examinar en esa relación de materias introductorias; sin embargo, Rius la estudió con atención, hizo dos o tres comentarios aquiescentes y acabó por suscribirlo. Más que su necesaria aprobación, me importó la inesperada amabilidad con la que me

recibía en esa casa cuyo magisterio, sin que yo lo supiera de antemano, provenía en alta medida del exilio español republicano.

Yo no puedo decir que soy egresado de la Universidad Nacional. Nunca he salido de ella desde que empecé, en 1964, mis estudios preparatorianos en una escuela incorporada a la Universidad Nacional Autónoma de México. Nunca he dejado de pertenecerle. No había terminado de ser alumno de la facultad, en el posgrado, cuando empecé a ser profesor en la licenciatura, y en la actividad docente he proseguido a lo largo de toda mi vida. Ocasionalmente he desempeñado algunas tareas que la jerga universitaria califica como académico-administrativas: fui coordinador de Difusión Cultural y director de la propia facultad. A veces, he estado de prestado en otras instituciones hermanas, como el Instituto Nacional de Bellas Artes, El Colegio de México o el Fondo de Cultura Económica. Pero aun en esas circunstancias he perseverado en mis quehaceres académicos. Pues bien: tras esos largos años de pertenencia a la universidad, puedo asegurar sin riesgo que una de las mayores riquezas de la institución ha sido la comparecencia cotidiana de los refugiados españoles.

Fui alumno de Arturo Souto Alabarce, que transitaba por los intrincados vericuetos de la literatura española de los Siglos de Oro como si fueran campo abierto, y de Gloria Caballero, que era capaz de meter en dos semestres la historia general de las literaturas hispánicas. Tomé un curso de Estética Marxista, al que había que presentar un examen de admisión particular, con Adolfo Sánchez Vázquez, y escuché en numerosas conferencias, mesas redondas, exámenes de grado la palabra prismática de Ramón Xirau. Horacio López Suárez y Federico Patán me admitieron como compañero en algunas comisiones académicas. Trabajé al lado de Federico Álvarez en la redacción de una revista literaria de periodicidad mensual

diseñada por Vicente Rojo. Compartí con varios de mis mejores alumnos la devoción que le profesaban a César Rodríguez Chicharro. Y aunque todos estos maestros llegaron niños o muy jóvenes a México y aquí iniciaron o prosiguieron su formación académica, traían en el alma la experiencia cismática de la Guerra Civil y una voluntad, heredada de sus mayores, de corresponder a la hospitalidad mexicana con entrega ejemplar. Algunos de los profesores más notables del exilio no me dieron clase, pero los veía caminar por los pasillos de la facultad, modestos y desembarazados, como si no pesara el enorme prestigio que llevaban a cuestas: Eduardo Nicol, Wenceslao Roces, José Ignacio Mantecón, Juan Rejano, Carlos Bosch García, Antonio Ortega y Medina, Carlos Sáenz de la Calzada. Muchas veces escuché pronunciar los nombres de otros tantos maestros exiliados a quienes no alcancé a conocer, como Joaquín Xirau, Pedro Bosch Gimpera, José M. Gallegos Rocafull, que habitaron la vieja Casa de los Mascarones en la Ribera de San Cosme —antes de que la facultad se trasladara a sus modernas instalaciones de Ciudad Universitaria—, y que forman parte de nuestro más rico patrimonio intelectual.

Luis Rius fue mi profesor de Literatura Castellana Medieval. Años después trabé con él una amistad en el espeso ámbito del tablao flamenco, al que el maestro acudía con devoción de poeta y entendimiento de conocedor y yo sólo como aficionado, víctima de una bellísima bailaora, que me echó a perder la vida. Pero el recuerdo más vívido que tengo de él es el de su magisterio y, el más íntimo, el de su poesía —feliz y amarga a un tiempo—. Como maestro, Rius nos enseñó a disfrutar, gajo a gajo, la lírica tradicional castellana, que leía con gracia insuperable. Todos quedábamos embelesados ante la lectura de un poema de Sem Tob o de Gil Vicente, de unas canciones de amigo o de un romance fronterizo,

particularmente sus alumnas, que no podían contener el suspiro ni evitar la interjección y que, al final de la clase, rodeaban al profesor en su escritorio y lo encarcelaban con sus preguntas pretextuales y sus devaneos febriles. Como poeta, él, que había definido el exilio como «una sierpe herida / que se arrastra en la noche congelada / de un invierno sin tierra», dio cuenta de todos los desarraigos de su corazón:

Ay, mi corazón, tan triste,
tan dulce tu desvarío.
Corazón desarraigado,
sol a la tarde nacido
para correr horizontes
largos de ausencia y olvido.

No puedo imaginarme la Facultad de Filosofía y Letras sin la pronunciación delicada de Luis Rius, que sigue resonando en el alma de quienes tuvimos la fortuna de escucharlo; sin las disquisiciones metafísicas de Eduardo Nicol; sin las traducciones de Wenceslao Roces, que vertió a nuestra lengua las obras capitales de Dilthey, Hegel, Marx, Engels; sin la *Introducción a la Filosofía* de Ramón Xirau; sin la pedagogía de la devastación de César Rodríguez Chicharro, autor de uno de los versos más desolados de la poesía del exilio: «Donde fijo los ojos la voz se vuelve espanto»; sin la discreción de Arturo Souto; sin la persistencia de Adolfo Sánchez Vázquez... Estos maestros nos formaron: nos enseñaron a estudiar, a pensar, a ser nosotros mismos. Nos dieron rigor, pasión por el estudio, amor a la palabra, apertura de pensamiento, capacidad crítica, tolerancia. Si alguien me preguntara quién fue mi maestro, respondería sin titubeos que el exilio español republicano.

Cuatro

Al tiempo que realizaba mis estudios de licenciatura, me incorporé, como ayudante de investigador, al Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México. De nueva cuenta el exilio español se presentaba en mi vida como un ascendiente inexorable. Fundado por Alfonso Reyes como la Casa de España en México para dar cobijo académico a los españoles transterrados, como los llamó José Gaos, El Colegio mantenía ese equilibrio entre la apertura y el rigor, la libertad y la excelencia que lo había definido desde los tiempos de su fundación. No creo que haya un mejor ejemplo de tal espíritu que la figura emblemática del propio José Gaos. Acogido por El Colegio de México cuando renunció a la Universidad Nacional tras la ignominiosa caída del rector Ignacio Chávez, dictó ahí sus lecciones de filosofía. No voy a referir la labor del doctor Gaos en El Colegio, que tan minuciosamente ha encomiado su discípulo Andrés Lira; sólo recordaré los últimos minutos de su existencia: al término del examen de doctorado, cuyo jurado presidía, del historiador José María Muriá, José Gaos murió. Murió en el mismo salón de actos. Murió en el ejercicio de la inteligencia. Murió en el cumplimiento de sus deberes académicos. Es difícil sustraerse a la emoción que suscita la ejemplaridad de su muerte, digna de una litografía.

En El Colegio de México conocí a Tomás Segovia, que había salido de España al término de la guerra, cuando apenas cumplía los doce años de edad. Con su indumentaria informal —pantalones de pana, zapatos de gamuza, morral colgado al hombro, en vez de traje, corbata y portafolios—, llegaba todas las mañanas a su cubículo del tercer piso en aquel edificio de la calle de Guanajuato número 125 en la colonia Roma. Poeta de los mayores, ensayista, traductor, Tomás no era un académico ortodoxo. Exento de títulos y grados, su

sola presencia recordaba el espíritu originario de la que fue Casa de España en México: el asilo a la discrepancia. Yo estaba adscrito a un proyecto de castellanización de niños indígenas, pero lo único que me interesaba en la vida era la literatura. Preparaba entonces mi tesis sobre los postulados teóricos de Alejo Carpentier acerca de «lo real maravilloso americano» en contraposición a las prácticas del movimiento surrealista, y encontré en Tomás Segovia la más generosa asesoría. Con su voz modulada, de timbre metálico y asordinado, y su perfecta pronunciación francesa, me dio a leer aquellos libros que nadie dudaría en reconocer como clásicos: *Amor y Occidente* de Denis de Rougemont, cuya traducción al español, por cierto, hizo muy tempranamente Ramón Xirau bajo la supervisión de su padre, Joaquín Xirau; *El alma romántica y el sueño* de Albert Béguin y todos los libros de análisis poético de Gaston Bachelard: *El aire y los sueños, El agua y los sueños, La tierra y las ensoñaciones del reposo, Psicoanálisis del fuego, La poética del espacio*, *La llama de una vela, Lautréamont, La poética de la ensoñación...*—la mayor parte de ellos traducidos al español para el Fondo de Cultura Económica por la poeta exiliada Ernestina de Champourcin—. Lo que más me gustaba de Tomás era su pasión por la literatura, particularmente por la poesía; su menosprecio a las exacerbaciones académicas; la exaltación de la lectura personal y su absoluta libertad para hablar de lo que se le pegara la gana y como se le pegara la gana, tanto que un curso informal que impartía en la cafetería de El Colegio y al que acudían sus discípulos, que eran más poetas que estudiosos de la literatura, había sido bautizado por él mismo con la frase «De mi ronco pecho».

A pesar de mi vocación literaria, en El Colegio formaba parte, como ayudante de investigador, de un grupo de lingüistas, pedagogos y antropólogos que trabajaba en la elaboración de un

método para la enseñanza del español a hablantes de lenguas indígenas del Estado de Oaxaca. No relataría aquí esta experiencia si no fuera porque, una vez concluida la obra, me adjudicaron la responsabilidad de su edición, lo que me puso de nuevo en contacto con el exilio español. Tal tarea habría de llevarse a cabo en los talleres de la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos, que entonces se encontraban en la avenida Doctor Río de la Loza y dejaban ver, por el ventanal que daba a la calle, una gigantesca rotativa que parecía un animal prehistórico. Pues bien: en esa venerable institución que cada año tira millones de ejemplares y los distribuye a lo largo y a lo ancho de toda la república, conocí a Jenaro de la Colina.

Como tantos otros exiliados que se incorporaron a las grandes empresas editoriales del país o que fundaron las suyas propias para enorme beneficio de la cultura mexicana, Jenaro de la Colina era un hombre celoso de su oficio. Lo acompañé durante largas jornadas al lado de su alta mesa de trabajo, frente a la cual, siempre de pie, formaba las páginas del libro sobre un machote en el que pegaba con engrudo los pedazos de las galeras que iba recortando con sus grandes y precisas tijeras. Era una suerte de caballero andante de la corrección de estilo, que despotricaba contra los barbarismos que pretendían pasar como inmigrantes del original a una galera y de ahí saltar ilegalmente a una impresión definitiva. Don Jenaro tenía la admirable capacidad de detectar a primera vista y desde lejos los errores de una prueba, digamos el bajo porcentaje del amarillo o del azul en la selección de color de una lámina impresa a cuatro tintas. Sobre él, creo que sólo tenía ascendencia quien por esos años presidía la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos con un rigor muy parecido al de la admirable prosa de sus libros, Martín Luis Guzmán. A Jenaro de la Colina le debo mi gusto por las tareas

editoriales, desde los signos de corrección tipográfica hasta el olor a tinta de los pliegos recién impresos, que se huele con el alma.

Con el tiempo he advertido que son pocas las casas editoriales respetables en México en las que no haya tenido una participación determinante el exilio español republicano. Desde las más modestas hasta las más enjundiosas. Recuerdo al señor Oliver, que estaba al frente de una compañía editora de libros de contabilidad y de administración, en la que yo trabajé durante un par de periodos vacacionales cuando cursaba la secundaria: dirigía el taller como si fuera una orquesta filarmónica, y desde su oficina, que era una suerte de podio de cristal, sabía, sin levantar los ojos, «de oído», cuál máquina había sufrido algún percance o cuál otra había suspendido su trabajo, igual que si hubieran fallado los metales o no hubieran entrado las percusiones en un concierto sinfónico. O al señor José Virgili, de la Editorial Oasis, que medía el espacio sideral en cuadratines y para quien una errata era una cuestión de honor que podía llevarlo a tirar de nueva cuenta el pliego del libro que se le había encomendado. Y qué decir de las editoriales del exilio, como Séneca o EDIAPSA, creadas por José Bergamín y Rafael Giménez Siles respectivamente; Grijalbo, Costa-Amic y Finisterre, que recibieron el nombre de sus fundadores; ERA, que escribo con mayúsculas compactas para recordar a sus tres socios primigenios, Neus *E*spresate, Vicente *R*ojo y José *A*zorín, o Joaquín Mortiz, establecida por Joaquín Díez-Canedo cuando se separó del Fondo de Cultura Económica donde trabajó por espacio de veinte años. Y cómo no encomiar la presencia determinante de los exiliados españoles en una institución como el Fondo. Gracias a ellos, esta casa, dedicada en un principio, como su nombre lo indica, a la edición de obras de economía, abrió el espectro de su catálogo y los

libros publicados con su sello trascendieron a todo el orbe de la lengua española, incluida la España franquista.

Cinco

De lunes a sábado, pasaba por don Isidoro Enríquez Calleja antes de las seis de la mañana. Todavía no se habían establecido en México husos horarios diferentes según las épocas del año, y por largas temporadas a esas horas aún no amanecía. Iluminado por la luz del sol o por los faroles de la calle, invariablemente me lo encontraba afuera de su casa, en cualquier punto de su caminata por la cuadra, que recorría jugueteando con su paraguas y silbando mientras esperaba el Opel rojo modelo 64 en que yo lo recogía. Nos íbamos juntos a la Escuela Vocacional «Luis Enrique Erro» del Instituto Politécnico Nacional, donde impartíamos, al alimón, unas clases de literatura que ostentaban nombres más pragmáticos. Pedagogo, literato, maestro de corazón, don Isidoro había llegado a México en el *Sinaia,* el barco que en el año de 1939 trajo a las costas de Veracruz al primer grupo multitudinario de refugiados españoles. Yo sabía de él porque era el autor del *Tercer curso de lengua y literatura,* que fue mi libro de texto en la secundaria. No era poca cosa tener al lado mío —vivo, tangible, amigo— al autor del libro donde me topé por primera vez con El Cid Campeador y Gonzalo de Berceo, Alfonso X el Sabio y el Arcipreste de Hita, Fernando de Rojas y los místicos carmelitas san Juan y santa Teresa, y gracias al cual se afianzó mi vocación literaria.

Don Isidoro me dejaba impartir a mí la clase. Él oía sonriente. E interesado, al menos en apariencia. Sólo de vez en cuando hacía algún comentario que iluminaba el salón entero y de tarde en tarde

asumía la responsabilidad total de la sesión. Con la elegancia y la fluidez de su discurso, sus referencias clásicas, los versos que le asaltaban la memoria, su simpatía y sus ademanes no exentos de pedagógica teatralidad, nos dejaba con la boca abierta a todos los que lo escuchábamos. Era un gran maestro en el aula. Y fuera de ella también. Acaso donde más aprendí de su sabiduría fue en el desayuno. Todos los días, de ocho a nueve, acudíamos a una fonda cercana a la escuela, en la que, además de enseñarme la muy española costumbre de sopear el pan de dulce en el chocolate caliente y espumoso, me hablaba de la Guerra Civil y de su literatura. Con la familiaridad que da la cercanía vivida y a veces la causa compartida, don Isidoro les llamaba, para mi asombro, *Federico* a García Lorca y *Ramón* a Gómez de la Serna.

De él heredé el gusto, convertido en vicio con los años, de leer todos los suplementos culturales de los periódicos. Una mañana de domingo que lo visité en su casa, lo encontré sentado en el luminoso vestíbulo de su biblioteca, hojeando un suplemento cultural. A su lado reposaban todos los diarios que sus ojos ávidos habrían de expurgar para extraer de ellos las secciones dominicales que hablaban de literatura.

Sentí su muerte, ocurrida el 21 de noviembre de 1971, como si hubiera sido la de mi padre, quien había muerto cuando yo era niño. En el sepelio conocí a su hijo José Ramón, con quien mantendría una amistad fraterna. Años después, cuando se cumplieron cincuenta años de la llegada del *Sinaia* al puerto de Veracruz, la Universidad Nacional Autónoma de México quiso rendir homenaje al exilio español. Yo era coordinador de Difusión Cultural de nuestra casa de estudios y participé en el comité organizador de la celebración. José Ramón me ofreció entonces el periódico que se editaba diariamente a bordo de esa embarcación y cuyos números

completos poseía: los había encontrado en un viejo maletín de su padre, quien, desde aquellos lejanos tiempos, ya tenía la afición por las publicaciones periódicas. Hicimos una edición facsimilar del diario de a bordo.

Seis

La lectura de *Sinaia. Diario de la primera expedición de republicanos españoles a México* es interesante, dramática, conmovedora. A lo largo de sus dieciocho números, publicados en mimeógrafo entre el 26 de mayo y el 12 de junio de 1939, mantiene informados a los «expedicionarios» de los acontecimientos del mundo, de México y del propio barco. Se dan a conocer las noticias internacionales del momento, entre las que destaca el proceso de negociación que desembocaría en la alianza de Inglaterra, Francia y la Unión Soviética contra el fascismo. Se proporcionan informaciones diversas sobre la historia, la cultura, la geografía y el arte mexicanos. Se exponen, número a número, las ideas de Lázaro Cárdenas, extraídas de sus propios discursos políticos, a propósito del trabajo, la reforma agraria, la economía, la educación, las etnias indígenas, las mujeres en México, y se exalta su figura abierta y generosa en un artículo firmado con las siglas A.S.V., que deben de corresponder al joven Adolfo Sánchez Vázquez. Se publican artículos sobre la Revolución mexicana y el problema del petróleo, apenas expropiado entonces. Se invita a las actividades académicas, artísticas y de entretenimiento que se organizan a bordo, como conferencias sobre la geografía, la historia, la economía, el arte, la literatura de México; conciertos, recitales de poesía, fiestas, verbenas, exposiciones de dibujos; concursos de poesía, de caricatura y hasta de chotis. Se

informa de la localización del barco en la travesía y del estado del tiempo. Se convoca a reuniones de carácter gremial o profesional (médicos, agricultores, ingenieros, arquitectos, maestros, periodistas, escritores, artistas, obreros y técnicos de la construcción, militares profesionales, funcionarios públicos, de banca y de empresa privada). Se publican pequeñas semblanzas de exiliados anónimos —mineros, labradores, zapateros— que participaron heroicamente en la lucha. Se dan las noticias de lo que sucede en el trayecto, como el nacimiento de una niña a quien se le pone por segundo nombre *Sinaia* o el reencuentro amoroso de una pareja, que, después de tres meses de separación, tiene que aplazar su más íntima anagnórisis hasta llegar a México porque él y ella viajan en camarotes diferentes. Se hacen recomendaciones prácticas, como ahorrar agua o mantener limpios los cuartos de aseo, y se reprueban ciertas actitudes irresponsables de algunos pasajeros, como llevarse los enseres de los comedores a los camarotes, armar en las colas tertulias y discusiones que interrumpen la circulación, ocupar un sitio en la pista sin bailar o llevar niños pequeños a los conciertos.

Los mil ochocientos refugiados del *Sinaia* no fueron, en rigor, los primeros españoles republicanos que llegaron a México, pues antes que ellos habían desembarcado en Veracruz trescientos veintisiete intelectuales —entre los que figuraban los poetas Juan José Domenchina y su esposa, Ernestina de Champourcin—, que habían viajado a bordo del *Flandre*. Fueron, sin embargo, los más representativos de la acusada heterogeneidad republicana. En el *Sinaia* viajaban labriegos, artesanos, mineros, militares de todas las jerarquías, ingenieros, músicos como el maestro Rafael Oropesa —director de la Banda Madrid, fundada en 1936 en el Quinto Regimiento, que amenizaba las noches de la travesía—, escritores

como Antonio Sosaya, Benjamín Jarnés, Pedro Garfias, Juan Rejano, filósofos como Adolfo Sánchez Vázquez, pintores como Ramón Gaya, profesores de primera enseñanza como mi querido maestro Isidoro Enríquez Calleja.

De la lectura del *Diario* se infiere la vida que lleva a bordo esta suerte de república trashumante. Desde luego, se trata de una vida pasajera, como pasajeros son quienes la viven durante la veintena de días que lleva la travesía, pero en ella se reproduce, a la manera del cuento «Autopista del sur» de Julio Cortázar, la vida «sedentaria»: en el *Sinaia* cobra realidad y triunfa, aunque sea provisionalmente, la República. A los pasajeros los unen el dolor de la derrota, el ánimo antifascista, la voluntad del regreso victorioso, pero también los separan sus diferencias políticas, sus luchas partidistas internas y por supuesto las clases sociales que se establecen o se restablecen a bordo. En el barco hay camarotes y comedores de primera, de segunda y de tercera, y si a sus «plazas» y «calles» se las nombra con la nomenclatura urbana de Madrid —La Gran Vía, la Calle de Alcalá—, a la zona de primera clase se la conoce con el elitista nombre de «Barrio de Salamanca». Hay de todo en el barco: quienes pasean en pijama de babor a estribor y quienes construyen «chabolas» para protegerse del sol en la cubierta; quienes dedican su tiempo a la educación de los niños o arreglan la ropa de los refugiados y quienes se la pasan escupiendo en la cubierta o echando cáscaras de fruta o cascos de botellas de cerveza por la borda; quienes, sumergidos en sus camarotes, pergeñan poemas o preparan la conferencia que habrán de dictar al día siguiente y quienes se hacen acreedores a la exhortación publicada en el periódico, que dice: «No discutir; razonar: No vociferar, aconsejar».

Como suele suceder, lo más significativo del *Diario* son sus páginas editoriales, en las que se fortalece el espíritu de la causa: «¡Que los españoles que van a México no olviden nunca que en España quedan centenas de millares de hermanos en las cárceles, millones de españoles oprimidos y una patria entera que reconquistar!»; se manifiesta la gratitud a México y a su primer mandatario: «En México nos aguardan un régimen progresivo, unas instituciones populares que garantizan a los republicanos españoles, desde el mismo momento de su llegada, un trato de ciudadanos libres. ¡Seamos dignos de esta ayuda generosa de México, apoyando la política democrática del presidente Cárdenas!»; se establecen diferencias enfáticas entre los republicanos y los *gachupines:* «Nuestra guerra consiguió borrar en el ánimo del pueblo mexicano el odio engendrado por los explotadores de la conquista y que abarcaba, como regla general, a los españoles residentes después en aquellas tierras, en buena parte de los casos, aventureros desaprensivos, sedientos de plata ensangrentada», y, finalmente, se exhorta a la unidad por encima de las diferencias: «No podemos de ninguna manera llevar a México nuestras antiguas luchas políticas o sindicales. Lo que haya quedado sin aclarar lo esclareceremos en España en el momento oportuno. En la república hermana, no. Allí todos somos de una sola condición: antifascistas».

En el *Sinaia. Diario de la primera expedición de republicanos españoles a México* nace la literatura del exilio, que habrá de prolongarse por muchas décadas entonces imprevistas y habrá de trascender las generaciones. En el último número, la víspera del desembarco en el puerto de Veracruz, el poeta Pedro Garfias publica su poema «Entre España y México», en el que se truecan los papeles históricos del conquistador y el conquistado, y cuyos últimos versos, dedicados a México, dicen:

como otro tiempo por la mar salada
te va un río español de sangre roja,
de generosa sangre desbordada.
Pero eres tú esta vez quien nos conquistas,
y para siempre, ¡oh vieja y nueva España!

Siete

Al cumplirse los cincuenta años del desembarco en tierras mexicanas del *Sinaia,* la Universidad Nacional Autónoma de México, por iniciativa del rector José Sarukhán, organizó un magno homenaje al exilio español que tantos talentos sumó a la institución. No se trató de que los exiliados de la primera o la segunda generación se reunieran entre sí, como lo habían hecho en ocasiones anteriores, para relatar sus propias historias y agradecer a la Universidad la cálida acogida que les había prodigado. No; ellos deberían ser el objeto y no el sujeto del homenaje. Quienes integramos la comisión organizadora de la conmemoración nos dimos a la tarea de hacer un registro de los más conspicuos profesores, investigadores, artistas, difusores de la cultura provenientes del exilio que habían desarrollado su actividad académica en la Universidad. De ahí, rastreamos a sus discípulos sobresalientes para que fueran ellos quienes les tributaran, a nombre de la institución, su reconocimiento. Para nuestro asombro, no hubo área de la Universidad en la que no hubiera habido un exiliado prominente que ejerciera su magisterio con la trascendencia que implica ser reconocido por sus alumnos como el maestro decisivo en su propia formación: la filosofía, la historia, la pedagogía, la literatura, la geografía, la lingüística, la bibliotecología, la antropología, el

derecho, las ciencias sociales, la economía, la medicina, la biología, la química, las neurociencias, la física, las matemáticas, la ingeniería, la arquitectura, la música, la pintura, la radiodifusión, el diseño gráfico, la cinematografía... rindieron homenaje a sus maestros refugiados. Creo que hasta entonces la Universidad no se había percatado de la impronta que en su conjunto habían dejado los académicos del exilio español republicano. Sin ellos, la Universidad no sería lo que es.

La Filmoteca de la UNAM, que custodia el mayor acervo cinematográfico de América Latina, transfiere cotidianamente en sus laboratorios, por razones de preservación, los negativos de nitrato de plata a materiales de alta seguridad, los cuales, al ser revelados, permiten la recuperación del metal argentino original. En ocasión del homenaje al exilio español, con la plata extraída de varias películas de la época de oro del cine nacional, entre las que hay que contar los filmes mexicanos de Luis Buñuel, Carlos Velo y Jomí García Ascot, se acuñó una medalla conmemorativa, cuya inscripción dice: NOSTRIS MAGISTRIS HISPANIS EX EXSILIO PROVENIENTIBVS. A qué explicar su carga simbólica si la medalla brilla por sí misma con la felicidad y el resplandor propios de la imagen poética.

A finales del año 2000, la Universidad me concedió una comisión temporal para asumir la dirección del Fondo de Cultura Económica, cargo al que me había designado el presidente Vicente Fox. De esta importante editorial, fundada en 1934 por Daniel Cosío Villegas, nació poco tiempo después La Casa de España en México, que en 1940 habría de cambiar su nombre por el de El Colegio de México. Presidida por Alfonso Reyes, esta institución acogió a los ilustres

académicos provenientes del exilio español republicano, que le dieron fundamento y consistencia. El Fondo de Cultura Económica, por su parte, también se benefició de esta presencia. Había sido creado con el inicial propósito de ofrecer a los estudiantes universitarios de la Escuela Nacional de Economía, surgida de la Facultad de Derecho de la UNAM en 1933, los textos más relevantes de la disciplina, a la sazón inexistentes en nuestra lengua. Con la llegada de los intelectuales españoles a partir de 1939, entre los que destacan los nombres de Enrique Díez-Canedo, Wenceslao Roces, Joaquín Xirau, Agustín Millares Carlo, el Fondo fue abriendo su catálogo a otras áreas del conocimiento y con el tiempo se convirtió en la editorial más importante de lengua española en el campo de las humanidades y de las ciencias sociales. En alta medida gracias a la colaboración de estos notables exiliados, se tradujeron y vieron la luz obras de antropología, ciencia política, sociología, historia, filosofía, lingüística, literatura, psicología, y se impulsaron las grandes colecciones que todavía siguen vivas en nuestros días, como Biblioteca Americana, Breviarios, Tierra Firme. Para cada área y colección se contó con la participación de los más destacados eruditos nacidos o avecindados en México: Silvio Zavala, Eduardo García Máynez, Alfonso Caso, Erich Fromm, Raimundo Lida, Pedro Henríquez Ureña. A esta lista hay que añadir los ilustres nombres de los transterrados españoles José Gaos y Francisco Giner de los Ríos Morales.

Amén de la publicación de muchísimas obras escritas por los refugiados, que sería prolijo enumerar, al Fondo —y a la Editorial Salvat— se debe la edición del libro *El exilio español en México. 1939-1982,* que da cuenta de las incontables aportaciones que este transtierro hizo al desarrollo de la ciencia, el arte, el derecho, la educación, las comunicaciones en nuestro país.

En el sello del Fondo de Cultura Económica, las generaciones de estudiantes de América Latina de la segunda mitad del siglo xx reconocen con gratitud la casa editorial en la que se formaron. Yo agregaría que una de las pocas ventanas que España tuvo abierta durante los largos años del franquismo fue precisamente la del Fondo de Cultura Económica, que permitió que los cada vez más delgados hilos que la unían con el exilio no acabaran de romperse.

Coda

Desde mi nacimiento hasta ahora, el exilio español republicano ha estado presente en mi vida y en buena medida la ha modelado, definido e impulsado. Pero mi gratitud no se agota en el reconocimiento a su constante e inexorable presencia en mi vida familiar, académica o laboral, sino que trasciende al ámbito de la formación más íntima —la que tiene que ver con los afectos y con los valores—. No puedo bendecir de la maldita Guerra Civil sino la amistad entrañable de Vicente Rojo y nuestra añorada Albita, las temerarias aventuras de Santiago Genovés, la generosidad quijotesca de Eulalio Ferrer, el poema «Lázaro» de Luis Cernuda, las levitaciones de Remedios Varo, los barroquismos de Gerardo Deniz, los dibujos eróticos de Elvira Gascón, la abnegación cinematográfica de Prudencia Grifell, la Bernarda Alba de Ofelia Guilmáin, las traducciones impecables de Agustí Bartra, la perfección literaria de Max Aub y la belleza de su hija Elena, la voz de Augusto Benedico, la prosa de Angelina Muñiz, la entereza y la solidaridad implacables de Adelaida Casamitjana de Sarukhán, la libérrima fidelidad de Mercedes Oteyza, la bonhomía de Fernando Serrano Migallón, la amistad de Tere Miaja, el sonrojo de Hada Williams, la fuerza y la

delicadeza de María Luisa Capella, la mirada dulce y confiable de Cecilia Elío de Noriega, la finura de Ana Mari Gomís, el tesón de Josu Landa, la belleza digna y perenne de Águeda Mata Torres, la inteligencia y las lágrimas desgobernadas de Rosa Seco, a quien dedico estas páginas.

¿Cómo habrá vivido la España franquista sin ellos? No me lo puedo imaginar siquiera. Tal vez no pudo vivir.

[De Cánones subversivos, 2009]

¿Cuánto me quieres?

Mi hermano Miguel era el mayor de los varones. Como arquitecto, recibió la encomienda de construir la casa a la que nos fuimos a vivir todos juntos: mis padres, mis once hermanos y yo. Era una casa de dos plantas, edificada en un terreno muy largo y de poco frente en la colonia Florida, muy cerca de la recién inaugurada Ciudad Universitaria, en la calle de Cedros 101, que hoy ha perdido su nombre para adquirir el de Vito Alessio Robles, un general de la Revolución que le dio un golpe de estado a la nomenclatura vegetal de la colonia Florida de mi domicilio. Nos mudamos a ella cuando todavía se encontraba en obra negra. Mi padre ya había dado su palabra de entregar nuestra vivienda anterior a quien la había comprado. Y mi padre, según él decía de sí mismo, era «un hombre de una sola palabra». Como suele suceder con los arquitectos, Miguel no había terminado la obra cuando se venció el plazo para desalojar la casa de Tehuantepec 121.

Curiosamente, la recámara de Miguel, la más grande de la casa, fue la primera en quedar acabada. Estaba en la planta baja, junto a la de mis padres, mientras que las de todos los demás hermanos se sucedían una tras otra en la planta alta. Y no estaban terminadas. Las paredes húmedas aún no habían sido pintadas, y el carpintero seguía trabajando en el montaje de los clósets. Salvo los dos baños, uno de hombres y otro de mujeres, que se disponían en los extremos del larguísimo pasillo de arriba, las habitaciones no tenían puertas todavía, y a muchas ventanas les faltaban los vidrios.

Miguel me había adoptado como su hermano predilecto. Me llevaba veintidós años de edad —los mismos que yo le llevo a mi hijo mayor—. Ante la vejez de mi progenitor —que bien podría haber sido mi abuelo—, yo siempre consideré a mi hermano Miguel, sin darme cuenta, mi padre putativo.

De vez en cuando me invitaba a su recámara. Creo que fui, entre todos los hermanos, el único que gozó de ese privilegio.

Su habitación no era sólo un dormitorio. Más bien era una biblioteca. Arquitecto, profesor de Historia del Arte en la Universidad Nacional Autónoma de México, conocedor de la arquitectura novohispana y lector de historia, de filosofía y de literatura, su biblioteca era rica y lujosa. A mí me parecía una maravilla. Miguel sacaba de la estantería un libro de arte, me enseñaba las ilustraciones y me hablaba de ellas como si yo conociera directamente los monumentos, las pinturas, las esculturas que esas fotografías reproducían.

Ahí, en su recámara-biblioteca, mi hermano mayor me instó a lo largo de varias tardes a aprenderme de memoria algunas frases que incluían palabras rimbombantes, que yo jamás había escuchado y cuyo significado ignoraba. Y entonces, ensayábamos un breve diálogo en el que él me preguntaba:

—Gonzalo, ¿cuánto me quieres?

Y yo debería responder con lo previamente aprendido:

—Te quiero hasta la más lejana estrella de la Vía Láctea, te quiero hasta el empíreo celestial, te quiero hasta el último confín del universo...

Se me han olvidado muchas de las numerosas hipérboles que Miguel me hizo memorizar. Lo que sí conservo en mis recuerdos con diáfana nitidez es el momento en que las recitaba de memoria. Cuando alguna amiga suya iba de visita a casa, Miguel me pedía que

juntara los codos a los costados, me tomaba por la espalda y me trepaba al trinchador del comedor. Y entonces, delante de la pretendida o pretendiente, me preguntaba: «Gonzalo, ¿cuánto me quieres?», y yo respondía con fluidez y naturalidad impostada la secuencia aprendida de antemano en la que también figuraban Jasón y el Vellocino de Oro, el Ponto Euxino, la paciente Penélope, las dos Sicilias, la isla de San Balandrán, la Última Tule y no sé cuántas cosas más.

Miguel me miraba con aprobación y la visitante, con estupor.

La satisfacción que sentía después de mi retahíla de palabras cultas, domingueras y en su mayoría desconocidas para mí (aunque Miguel, en el proceso de memorización, tratara en vano de explicármelas) era inconmensurable y compensaba con creces el epíteto de «chiquillo de mierda» con que algunas veces mi padre me llamaba. Me sentía querido, reconocido, identificado. Las palabras me granjeaban cariño y admiración, pero, sobre todo, eran un pasaporte que me permitía viajar, con la imaginación que ellas mismas despertaban, al Ponto Euxino, a las dos Sicilias, a la isla de San Balandrán.

Mis libros

Un mueble de madera oscura, casi tan grande como un ropero, esperaba en el desahogo de la escalera. En sus puertas talladas, sendos yelmos heráldicos, enfrentados y de perfil, custodiaban el tesoro. Unas ventanitas protegidas por pequeñas columnas torneadas dejaban ver, en la parte superior, una cortina de seda color púrpura, que parecía el telón de un teatrino de títeres. Así era el librero de la casa de mi infancia, el repositorio de los libros de una familia medieval que se regía, en pleno siglo XX, por el principio evangélico de que hay que tener los hijos que Dios nos mande —para mi fortuna, porque yo soy el undécimo de los hermanos y si mis padres no hubieran observado semejante precepto, no estaría aquí para contarlo.

Una enorme Biblia con cubiertas florentinas que lucían, entrelazadas, las áureas iniciales de los apellidos de mi familia y cuyos separadores de seda terminaban en pequeñas medallas religiosas. Algunos misales tan viejos que apenas podían sostenerse en pie. Las *Confesiones* de san Agustín. *La Comedia* de Dante. Una edición de *El Quijote* ilustrada por Doré. Las *Vidas ejemplares* de Romain Rolland. La novela *Jeromín* del padre Coloma, que narra la historia de don Juan de Austria, el hijo bastardo de Carlos I. Las *Rimas* de Gustavo Adolfo Bécquer. Varios libros hagiográficos en los que la imagen, como en las portadas de las iglesias románicas o en la pedagogía del barroco, podía más que la palabra: un san Martín a caballo que con la espada partía en dos su capa para entregar la

mitad a un menesteroso al parecer más necesitado de pan que de cobijo, un san Tarsicio niño lapidado por sus compañeros cuando transportaba el Santo Viático para llevarlo a un enfermo moribundo, un san Sebastián lánguido que con ojos entornados miraba suplicante a un cielo sordo mientras arqueros invisibles traspasaban sus carnes con precisas saetas. Las *Memorias* del Instituto México, donde todos los varones de mi familia estudiamos con los hermanos maristas por lo menos la primaria y la secundaria desde tiempos inmemoriales. Y varios libros más, casi todos de tema religioso o por lo menos edificante. A tales títulos y a la solemnidad del mueble que los atesoraba como si fuera un relicario, debo la consideración, todavía enraizada en alguna hondonada de mi alma a pesar de mi trato cotidiano y hasta confianzudo con ellos, de que los libros tienen un valor sagrado.

Al lado de ese librero imponente, había otros dos más pequeños. No obstante su tamaño, albergaban dos obras monumentales, que constituían digamos que la sección laica de la pequeña biblioteca de la casa paterna: el *Diccionario enciclopédico hispanoamericano,* en veinticinco tomos, incluidos los dos postreros, dedicados a «estos últimos años», los de la Segunda Guerra Mundial, que para la fecha de la edición aún no había terminado, y *El tesoro de la juventud,* con sus veinte volúmenes color vino, cuyos lomos tenían repujadas en oro una lámpara de aceite y una antorcha aureolada por una guirnalda de laureles. Mis padres habían comprado estas colecciones en San Luis Potosí a W. M. Jackson, Inc. Editores. *El tesoro* en 1939, por doscientos ochenta pesos, pagaderos en dieciocho meses, y el *Diccionario* en 1942, por cuatrocientos veinte, distribuidos en veinte mensualidades.

Recuerdo todavía las portadillas que precedían los volúmenes del *Diccionario* y que ostentaban unos maravillosos grabados en metal

con imágenes de objetos, personajes, animales cuyos nombres empezaban con la letra del tomo correspondiente. El de la letra *T* presentaba un torero, un turco, un teatro, un tigre, un tambor, un tapir, una trompeta, unas torres y un trineo. Las páginas de ese diccionario tan rico en algunos temas como la mitología griega, la arquitectura clásica o la navegación, fueron saqueadas por las generaciones escolares de mi casa como primera y durante mucho tiempo única fuente de consulta para la redacción de los trabajos académicos de literatura, religión, historia, geografía. En una sola obra, toda una biblioteca. Quizá por ello, Borges, aun cuando sus referencias enciclopédicas preponderantes procedan de la lengua inglesa, cite con admiración y reconocimiento el *Diccionario hispanoamericano* en varios lugares de su obra.

Los volúmenes de *El tesoro de la juventud,* que yo conservo como única herencia familiar, todavía guardan un rancio olor a jabón por aquello de «¡muchacho, lávate las manos antes de agarrar el libro!». *El tesoro* estaba compuesto por varios libros, que no se correspondían con los volúmenes y que, seccionados por capítulos o episodios, se distribuían a lo largo de las 7 172 páginas que en inusitada numeración corrida a lo largo de los veinte tomos integraban la magna obra: *El libro de los hechos heroicos, El libro de las narraciones interesantes, Los países y sus costumbres, Hombres y mujeres célebres* (nótese la vanguardia en asuntos de género), *El libro de la poesía*. Recuerdo la exultante biografía de Victor Hugo, ese loco que se creía Victor Hugo; la historia de la conquista de Granada, que más bien se refería a la reconquista cristiana de los últimos territorios de la península ibérica dominados por el islam; las historias ondulantes del lejano Oriente o las gélidas descripciones del Polo Norte; y la poesía: «Los motivos del lobo» de Rubén Darío, que todavía guardo entre la lengua y el paladar, y el inconmensurable

poema de Núñez de Arce, «El vértigo», que sólo Gabriel García Márquez, según confiesa en su libro autobiográfico *Vivir para contarla,* y mi hermano Miguel, el mayor, se aprendieron de memoria, décima a décima, como quien paga miles de pesos con monedas de diez centavos. Ahí supe de Amadeo Mozart, Elena Kéller y Guillermo Shakespeare, según la costumbre entonces en boga de castellanizar los nombres de pila de los personajes extranjeros. Menos mal que entre los escritores célebres no aparecía Kafka, quien no hubiera soportado sobre su cabeza la versión castiza de su nombre: *Francisco Kafka*, imagínense. *El tesoro de la juventud* fue mi primer libro; un libro familiar que acabó por ser entrañablemente mío porque en sus páginas color sepia imprimí, sin que ninguno de mis hermanos lo advirtiera, mis primeras señas de identidad que hoy aún reconozco.

Esa era la biblioteca familiar, pero cada uno de mis hermanos había ido adquiriendo sus propios libros con sus propios medios para encontrar su propia soledad en medio de la compañía impositiva y la uniformidad ideológica a las que nos sometían las condiciones de una familia numerosa y muy conservadora. Miguel, arquitecto y profesor de Historia del Arte, poseía en su dormitorio una considerable biblioteca que se correspondía con su profesión, y que estaba perfectamente bien clasificada. A sus lomos recorrí la cronología de la cultura occidental, desde la Antigüedad grecolatina hasta la Edad Contemporánea, pasando por el Medioevo, el Renacimiento y la Modernidad, pero sólo a sus lomos, porque esos libros, con sus páginas de papel cuché ilustradas a cuatro tintas, colocados en sus estantes con rigor inquisitorial, estaban vedados a mis manos. Aunque tanto me gustaran, no eran esos, sin embargo, los libros que mi curiosidad infantil más apetecía, sino los de mi hermano Benito, algunos de los cuales leí a hurtadillas, poseído por

el doble placer de la lectura y de la clandestinidad: los de la Colección Ilustrada de Obras Inmortales publicados por la Editorial Cumbre, como *Oliverio Twist* de Carlos Dickens o *Los viajes de Gulliver* de un Swift que sí conservó, por fortuna, su «Jonathan» original, y los pequeños volúmenes de Salgari, de mi hermano Ricardo, cuyas tapas tenían dibujadas unas bisagras de hierro que le daban al libro un aire de arcón digno de *La isla del tesoro* de Stevenson. De *Los náufragos de Liguria* a *Yolanda, la princesa de Yucatán,* y de *Sandokán, el Tigre de la Malasia,* a *La cimitarra de Buda,* leí la obra de Salgari, como después *20,000 leguas de viaje submarino* o *La vuelta al mundo en ochenta días* de Julio Verne, con tal entusiasmo mimético que a partir de entonces empecé a confundir la vida con la literatura y me brotaron los primeros síntomas de una enfermedad severa e incurable, la escritura.

Recuerdo algunos libros de la escuela, como *Poco a poco* y otros, en los que afianzaba mi competencia lectora merced a las más prodigiosas cacofonías y aliteraciones —«mi mamá me mima» o «ese oso se asea así»—, que junto al avemaría o las tablas de multiplicar forman parte de mi más añeja memoria verbal. Pero el que más cerca se quedó de mi corazón fue precisamente *Corazón, diario de un niño,* de Edmondo de Amicis, en el que leí la tristísima historia del niño que emprende un largo y penoso viaje de los Apeninos a los Andes para encontrarse con su madre agonizante. O la del pequeño escribiente florentino, que sufre los injustos castigos que su padre le inflige por no obtener buenas calificaciones en la escuela sin saber que, durante las noches, en secreto, el muchacho se desvela escribiendo cientos de sobres para aligerarle a él, rotulador de oficio, su enorme carga de trabajo. He de confesar que en esas páginas en las que se inauguró mi educación sentimental dejé caer las primeras lágrimas producidas por la

lectura. Y quizá las únicas que haya derramado sobre un libro, porque un poema o una novela han podido elevarme por los aires o me han hecho dar de puñetazos contra la pared, pero hasta donde recuerdo sólo he llorado sobre las páginas de *Corazón,* cuando cursaba el cuarto grado de primaria.

Pasó mucho tiempo antes de que pudiera tener un libro verdaderamente mío. Como mis camisas, mis pijamas, mis pantalones o mis uniformes de gala del colegio, mis libros eran heredados. Y al ser el undécimo hijo tenía que añadir a la página preliminar del texto de Matemáticas, de Inglés o de Biología una nueva tachadura a la lista de los nombres de mis hermanos que lo habían utilizado antes que yo. Al finalizar la primaria, mis padres consideraron que sería conveniente que trabajara durante las vacaciones. Según decían, para hacerme hombre. Trabajé, pues, como repartidor de propaganda en una compañía de contabilidad, de la que era gerente mi hermano Benito. Con el salario que gané, el primero de mi vida, me compré el libro de texto de secundaria de Español. Por razones semejantes a las que a esa lengua en España le dicen *castellano,* en México y en todos los países latinoamericanos desde la Independencia hasta esas fechas, no le llamaban ni de una manera ni de otra en las escuelas, sino *lengua nacional,* para afirmar nuestra propia identidad haciendo caso omiso del origen conquistador de la lengua que acabó por imponerse en la que José Martí llamara «Nuestra América». Ese libro ya existía en casa, aunque en una edición vieja, y se conservaba en bastante buenas condiciones a pesar de que había pasado por los pupitres de todos mis hermanos. Pero yo no quería tachar el nombre de Eduardo, que a su vez había tachado el de Jaime para poner el suyo, como Jaime había tachado el de Carmen y Carmen el de Ricardo y Ricardo el de Tere y Tere el de Benito y Benito el de Carlos y Carlos el de Alberto y

Alberto el de Miguel y Miguel el de Virginia. No. Ese de *Lengua Nacional* fue mi primer libro, de veras mío, comprado por mí, el primero al que le puse el *ex libris* más rudimentario que se le puede poner a un libro, el de mi propio nombre, escrito por mi temblorosa pluma fuente, en una página impoluta, exenta de antecedentes penales.

Con la primera adolescencia pasé de las aventuras de niños huérfanos y corsarios de todos los colores —*El corsario negro* y *El corsario rojo* de Salgari, que Renato Leduc parodiaría con *El corsario beige*— a las desventuras del corazón propio, esto es a la lectura indiscriminada de poemas. Y gracias a esa memoria juvenil tan adherente que lo mismo retiene una rima de Bécquer que un romance de García Lorca; un madrigal de Gutierre de Cetina que unos alejandrinos de Amado Nervo; los *Sonetos de amor y discreción* de sor Juana Inés de la Cruz que los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* de Pablo Neruda, me fui haciendo de un cierto patrimonio verbal. Y no es que me sentara a memorizar los textos, sino que a fuerza de leerlos una y otra vez, subrayándolos con los ojos verso a verso en esa red circense del salto mortal de la poesía que es el libro, empecé a decirlos con mi propia voz y acabé por hacerlos míos. Tan míos como los libros que los contenían y que me palpitaban en las manos como un pájaro atrapado en pleno vuelo: *La sangre devota* de Ramón López Velarde, con su portadilla a dos tintas y sus elegantes cornisas en cada página; *Nostalgia de la muerte,* en las *Obras* de Xavier Villaurrutia, que fue el primero y el único libro que me robé en la vida; la bellísima antología *Laurel* de la Editorial Séneca, en cuyas páginas de papel biblia se encontraron los poetas de España con los de América: Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado y César Vallejo, Rafael Alberti y Vicente Huidobro.

Cuando había incorporado a ese mi patrimonio verbal los parlamentos de las obras dramáticas que sin pudor ninguno representábamos en el bachillerato, desde *Hipólito* de Eurípides hasta *Carlos, Infante de España,* de Schiller, pasando por *Otelo* y *Sueño de una noche de verano* de Shakespeare; cuando la lectura de *Demian* de Hermann Hesse, *Los hermanos Karamázov* de Dostoievski o *La Cartuja de Parma* de Stendhal me habían dejado sin dormir noches enteras; cuando me percaté de que por un cuento de Juan Rulfo sabía más de mi país que por todas las clases de historia y de geografía que había recibido en la primaria, la secundaria y la preparatoria, decidí cursar la carrera de letras en la Universidad Nacional Autónoma de México, aunque mis hermanos preconizaran sentenciosamente que habría de morirme de hambre.

Comencé mis estudios universitarios convencido de que la formación académica y la creación literaria no tenían por qué estar reñidas. Es cierto que la universidad no formaba escritores, pero en el embrión de todo escritor siempre hay un lector ávido y apasionado, y lo que forma la universidad son lectores, lectores profesionales, críticos, capaces de conocer orgánicamente su propia tradición literaria. Creo que jamás habría leído los autos medievales de los Reyes Magos o el *Romancero General,* los treinta y seis cantos de *La Araucana* de Ercilla o *El Criticón* de Gracián, el teatro costumbrista español o la novela telúrica latinoamericana de no haber cursado la licenciatura y el posgrado en Lengua y Literatura Españolas. Y acaso tampoco me habría adentrado en el estudio de esas obras monumentales como *Amor y Occidente* de Denis de Rougemont, *La rama dorada* de Frazer o *El deslinde* de Alfonso Reyes, que tienen tanto valor en sí mismas como el de las obras literarias que analizan.

Desde luego que leí en las bibliotecas de la Universidad Nacional y de El Colegio de México las obras de consulta requeridas por mis cursos y aquellos libros que no se encontraban en las librerías o que rebasaban mi exiguo presupuesto estudiantil. También acudí, en esos primeros años de la licenciatura, a la biblioteca particular de la casa de mi novia, cuyo padre, un insigne médico español, republicano exiliado en México, poseía la envidiable colección de Clásicos Castellanos de Espasa-Calpe. En esos volúmenes encuadernados, como es natural, a la española, con sus costillas muy marcadas y sus tejuelos rojos y azules, leí al Arcipreste de Hita, Fernando de Rojas, Cervantes, Quevedo, Lope, Calderón. Y no sólo los leí, sino que los estudié, porque las notas filológicas eran muy abundantes y con frecuencia ocupaban al pie de página mayor espacio que el texto mismo al que anotaban. Aunque reconozco su importancia académica, sobre todo en la etapa de formación, con los años he llegado a prescindir, hasta donde me ha sido posible, de los aparatos críticos, que suelen distraer la lectura e interrumpir la emoción literaria. Por eso celebro las impecables ediciones de los clásicos españoles de la Biblioteca Castro, publicadas por Turner, en las que no hay una sola nota. El lector tiene la sensación de que está delante de un texto vivo, publicado por primera vez, pues se enfrenta a una tipografía generosa, a una caja amplia y a un papel biblia cuya delgadez compite milagrosamente con su opacidad.

No obstante esta práctica obligada de leer en libros ajenos, desde que ingresé en la universidad se apoderó de mí el mismo deseo que años atrás me había llevado a comprar el texto de *Lengua Nacional:* el deseo de poseer los libros que leía. Por supuesto que no siempre pude satisfacerlo, pero desde entonces, sin padecer las obsesiones del bibliófilo que se afana en encontrar tal o cual edición de una determinada obra y que en ocasiones llega a olvidarse del contenido

por el gusto que le provoca el continente, he adquirido el vicio de los libros. El deseo de su posesión puede ser mayor aún que el interés específico que la obra me despierte o que la posibilidad real de su lectura. Precisamente por eso se trata de un vicio y no de una virtud. Esta compulsión ha convertido mi casa en una biblioteca, donde apenas cuento con un espacio libre para dormir y otro para comer y cocinar. Como los seres vivos, los libros nacen, crecen, se reproducen, pero, a diferencia de ellos, no parecen morir nunca. Por lo menos resulta muy difícil, si no imposible, desprenderse de un libro al que ya se le dio cabida en casa —como lo relató con gracia insuperable Augusto Monterroso en un cuento cuyo desenlace contradice su propio título: «Cómo me deshice de quinientos libros»—. Ciertamente es muy placentero leer una obra en un libro propio que habrá de permanecer en casa durante toda la vida, no sólo como un testimonio de lectura sino como un amigo al que se puede acudir en cualquier momento y que mientras no se le requiera guarda un silencio prudente y adopta una actitud discreta, de cara a la pared. Y es que, en sus estanterías, los libros nos dan las espaldas, como si estuvieran castigados. Sólo vemos sus lomos y por ellos los reconocemos. Cuando elegimos uno entre todos y lo abrimos para leerlo es como si le levantáramos el castigo y lo penetráramos amorosamente. Pero aun cuando tengamos libros que no leeremos nunca, su sola presencia pende sobre nuestras cabezas como una posibilidad de lectura que nos remite a la eternidad, el paraíso que Borges se figuraba «bajo la especie de una biblioteca».

Amo los libros. Su peso, su gravitación, su compañía. Amo las encuadernaciones españolas y las holandesas, los tejuelos de los

lomos venerables, las guardas florentinas que recogen el color de las mareas. Amo la nomenclatura editorial de versales y versalitas, medianiles, cajas y puntajes. Amo los *ex libris,* los cantos dorados de las biblias, los colofones, la honestidad ruborizada de una fe de erratas. Amo mis libros, los de camisa almidonada y los más modestos, que me han acompañado a lo largo de la vida, los que han sufrido en sus páginas la cristalización amarillenta del tiempo y los que todavía huelen a tinta —el santo olor de la tipografía—, los intonsos, que aún conservan su virginidad, y los subrayados por mi devoción, los que se meten sin permiso en las palabras que escribo, los que al cabo de tantas relecturas parecen desintegrarse como pastillas de jabón, los que encuentro sin necesidad de buscarlos porque he acudido a ellos tantas veces como a mis recuerdos más antiguos. Los guardo, los cuido, los clasifico, los ordeno, los subrayo, los anoto, los acaricio, los celo. No los presto, pero los comparto. Vaya que los comparto. A compartir mis libros he dedicado la vida, como escritor que acaso habla más de lo que lee que de lo que vive; como maestro que no ha querido hacer otra cosa que contagiar el entusiasmo por la literatura; como editor que ha tenido el privilegio de convertir un manuscrito en un libro vivo y circulante como la sangre. Cómo no compartir los libros si son ellos los que me han echado a ganar la vida.

[De Cánones subversivos*, 2009]*

¡El caballo habló!

En los idus de marzo de 1998, un par de semanas antes de la conclusión del proceso para elegir al nuevo director de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, celebré la publicación de mi libro *México, ciudad de papel* en la terraza del restaurante Las Sirenas de la calle de Guatemala en el centro histórico, atrás de Catedral. Se trataba de la edición ampliada e ilustrada de mi discurso de ingreso en la Academia Mexicana de la Lengua, al que había dedicado mi escritura del año 1996.

Entre los asistentes a la presentación, se encontraba mi queridísima amiga Sara Bolaño. Inteligente, chisposa, distinguida, se había vuelto muy cercana a Rubén Bonifaz Nuño desde que el maestro había ido a Roma para buscar algún remedio a su cada vez más grave problema de la vista. Sara, que había estudiado en la Facultad de Filosofía y Letras y ejercido ahí la docencia durante varios años, se desempeñaba como consejera cultural de nuestra embajada en la capital de Italia cuando Bonifaz fue a Roma, y lo había atendido con particular deferencia.

Con la discreción que el caso exigía, mi amiga me apartó del corrillo en el que yo departía con algunos de mis invitados y me dijo *sotto voce:*

—Dice Bonifaz que de ninguna manera aceptes participar en la terna para dirigir la Facultad. Que la Junta de Gobierno te va a hacer pedazos. Que lo vayas a ver de inmediato.

Rubén Bonifaz Nuño era en la Universidad, como todo mundo lo reconocía, una institución independientemente del puesto que desempeñara. Había sido titular de la Dirección General de Publicaciones; coordinador de Humanidades; fundador del Instituto de Investigaciones Filológicas, cuya biblioteca lleva su nombre; director de la Bibliotheca Scriptorvm Graecorvm et Romanorvm Mexicana; director del Seminario de Estudios de Descolonización de México; investigador emérito de la Universidad; miembro de la Junta de Gobierno y asesor de los sucesivos rectores de la máxima casa de estudios: Ignacio Chávez, Javier Barros Sierra, Pablo González Casanova, Guillermo Soberón, Octavio Rivero Serrano, Jorge Carpizo y José Sarukhán. Sí, toda una institución. Yo lo admiraba no sólo como mi antiguo maestro de latín, sino sobre todo como el gran poeta que era, al grado de que una fotografía suya, colgada frente a mi escritorio, vigilaba mi escritura.

En vista de la advertencia de Sara, de inmediato hice una cita con Paloma, la asistente de Bonifaz, para visitar al maestro en su oficina, ubicada en el edificio más emblemático del campus universitario, la Biblioteca Central.

No me hizo esperar ni un minuto. Me pidió que me sentara en un sillón largo, y él mismo se desplazó en la silla rodante de su escritorio hasta colocarse frente a mí. Es curioso, pero la ceguera casi total que padecía y que lo obligaba a acercar su rostro al mío, me inhibió más que si hubiera tenido la vista sana. Era como si me mirara más a fondo, con otros ojos, penetrantes e inquisitivos. Con la formalidad que siempre me dispensó (nunca me habló de *tú* ni me apeó el título de *maestro),* me dijo, sin ningún asomo de modestia:

—Maestro Celorio: en toda la historia de la Universidad, yo he sido el mejor coordinador de Humanidades que la institución ha tenido.

Yo asentí con el movimiento afirmativo de mi cabeza. Como lo más seguro es que él no lo hubiera percibido, lo ratifiqué de viva voz:

—Por supuesto, doctor. ¿Quién podría dudarlo?

Y, para equilibrar su dicho y preparar su argumentación ciceroniana, continuó:

—Y usted, maestro Celorio, ha sido el mejor coordinador de Difusión Cultural de la UNAM.

No puedo negar que su comentario me halagó, pero también me previno de lo que seguiría:

—Usted es un magnífico escritor. —Lo que me complació mucho más que su reconocimiento a mi desempeño administrativo—. ¿Qué hace usted metiéndose en una terna para competir por la dirección de la Facultad de Filosofía y Letras? Así como no hay nadie mejor que usted para dirigir Difusión Cultural, hay otros candidatos para la Facultad con mayores méritos académicos.

Y remató su discurso con las palabras que ya me había anticipado Sara:

—La Junta de Gobierno lo va a hacer pedazos en su comparecencia, y usted no se merece esa descalificación. Yo fui miembro de la Junta durante quince años y sé lo que le digo.

Se me encogió el estómago, y el corazón aceleró sus latidos. Yo ya le había manifestado al rector, tras serias consideraciones, mi anuencia para que me incluyera en la terna que muy pronto se publicaría oficialmente en la *Gaceta* de la UNAM, pero ahora se me abría una última puerta para liberarme de esa posible responsabilidad, que, si bien me inflamaba el pecho de orgullo, también me aterrorizaba. No sé de qué lugar recóndito de mi cabeza surgieron las argumentaciones que todavía hoy, a un cuarto de siglo de distancia, pienso que no podrían haber sido mejores.

—Doctor —le repliqué—, no puedo estar más de acuerdo con usted. He hablado de este asunto varias veces con el rector Barnés y él se ha empeñado en que mi nombre figure en la terna. No he podido negarme porque yo, como usted, soy un universitario de corazón y creo que mi deber es estar donde la Universidad me pida que esté.

—Claro que puede declinar la propuesta del señor rector. Nadie está obligado a participar en una terna contra su voluntad.

—Doctor, ¿me permitiría que yo le transmitiera al rector sus consideraciones?

—Sí, por supuesto.

—¿Y usted, dado el caso, podría hablar con él para disuadirlo?

—¡Eso sí que no! Yo he sido asesor de todos los rectores con los que he trabajado, desde el doctor Chávez hasta el doctor Sarukhán..., pero el doctor Barnés no me hace caso, no me ha tomado en cuenta en el año que va de su mandato.

—Pero si yo le digo que hable con usted, ¿usted aceptaría hablar con él?

—¡Desde luego! Él es el jefe nato de la Universidad y yo soy un universitario.

—Pues si me permite, le voy a comentar que usted piensa que mi perfil no es el idóneo para dirigir la Facultad y también lo que vislumbra que me puede ocurrir en mi comparecencia ante la Junta de Gobierno. Y, ya que no tiene inconveniente, le voy a sugerir que se comunique con usted.

Palabras más, palabras menos (más más que menos), esa fue la conversación que sostuve con el doctor Rubén Bonifaz Nuño en su oficina de la Biblioteca Central.

Supuse, no sin razón, que mi admirado maestro ya tenía un candidato para la dirección de la Facultad, a quien quería favorecer:

Enrique Moreno de los Arcos, pedagogo y hermano gemelo de Roberto Moreno de los Arcos, quien había fallecido recientemente y había sido subalterno de Bonifaz y muy cercano amigo suyo. A diferencia de mí, Enrique había seguido una carrera académica digamos que ortodoxa, contaba con el grado de doctor y podría representar al colegio más numeroso de la Facultad, aunque no necesariamente el más emblemático, el Colegio de Pedagogía. Yo había aceptado formar parte de la terna porque me había convencido a mí mismo de que mi vocación literaria no se vería afectada por el desempeño de un puesto académico-administrativo. Qué mejor prueba que mi larga estadía al frente de Difusión Cultural, que no inhibió mi escritura, sino que, por lo contrario, la impulsó. Pero aun así se me abrió de nueva cuenta la tentadora posibilidad de zafarme de ese compromiso. Y por unos instantes volvió a inquietarme la pregunta inicial que me había formulado desde que el rector Barnés previó mi futuro en la institución. ¿Qué tal si pudiera desentenderme de todas esas responsabilidades y dedicarme sólo a la docencia y a la escritura no obstante todas las limitaciones que tal decisión conllevara, como lo había analizado?

¿Cómo llegué a sostener esta entrevista con el doctor Bonifaz Nuño en marzo de 1998?

Poco más de un año atrás, a finales de 1996, el doctor Francisco Barnés de Castro fue elegido rector de la Universidad Nacional Autónoma de México. Antes de que tomara posesión formal del cargo en enero del 97, me propuso que yo continuara en el puesto de coordinador de Difusión Cultural que había ejercido durante ocho años bajo el rectorado del doctor José Sarukhán. A mí me pareció un

despropósito ocupar durante un cuatrienio más el mismo cargo. Barnés me refutó con el argumento de que no necesariamente serían cuatro años más, pues al cabo de un año y tres meses terminaría la gestión de Juliana González como directora de la Facultad de Filosofía y Letras, y él pensaba que yo podría ser un candidato idóneo para sustituirla.

Por mi parte, yo consideraba que no tenía el perfil adecuado para optar en un futuro próximo por la dirección de mi facultad. Durante mi gestión en Difusión Cultural, le había dado preeminencia a mi vocación literaria y había relegado a un segundo plano mi trayectoria académica. Es cierto que antes de ser nombrado coordinador había concluido mis estudios de posgrado y que poco después había sido promovido a la categoría de profesor titular, pero a la hora de las definiciones había preferido escribir una novela en lugar de una tesis doctoral. La ortodoxia académica me resultaba, si no incompatible, sí, por lo menos, divergente de la ruta que yo había decidido seguir en mi vida, quizá por la influencia, en mi propia formación universitaria, de notables escritores que también fueron mis maestros —el propio Rubén Bonifaz Nuño, Juan José Arreola, Luisa Josefina Hernández, Rosario Castellanos, Sergio Fernández—. Aun así, sabía perfectamente que para los escritores siempre sería un académico y para los académicos, un escritor.

No sólo me parecía impertinente añadir un año más a los ocho que ya había ocupado ese puesto, sino que me quedaba claro que, de hacerlo, estaría obligado al cabo de un año a figurar en la terna para dirigir la Facultad, cuando no me sentía capaz de desempeñar ese cargo, y, por ende, tampoco anhelante de ocuparlo. Así se lo hice saber al rector, pero él insistió:

—Piénsalo durante estas vacaciones de fin de año —me dijo.

La mejor manera de pensar, para mí, es escribir. En vísperas de Navidad, le envié una carta extensa. En tono amistoso, le agradecí la distinción que me hacía al invitarme a formar parte de su equipo de trabajo, le hablé de los riesgos de prolongar un encargo que ya había durado mucho tiempo, de las limitaciones que tenía para, dado el caso, dirigir en su momento la Facultad de Filosofía y Letras, y, sobre todo, con gran vehemencia, de mi deseo, de mi urgencia, de mi necesidad de dedicar el mayor tiempo posible a mi escritura.

Trabajé tan esmeradamente en la redacción de mi carta, que le resultó irrefutable a su destinatario. El rector no tuvo más remedio que ceder ante mis razones incontrovertibles. No sin expresarme su frustración, acabó por respetar mi parecer. Frente al argumento central de mi vocación literaria, no tenía nada que rebatir.

Pero, caray: ¡yo no quedé satisfecho! ¡Qué contradicción! Me sentí bien de haberle dado preeminencia a mi vocación literaria, pero mal de haber rechazado tan categóricamente la posibilidad de seguir sirviendo a mi universidad en muy dignas tareas académico-administrativas y, por ende, de haber renunciado a las ventajas que el desempeño de tales funciones conllevaría, incluso en beneficio de mi propia escritura. Yo acababa de comprar mi casa de San Nicolás Totolapan, la primera y única casa que ha sido de mi propiedad, aunque en ese año todavía no era mía, sino del banco. Había pagado el adelanto del caso, pero debía la totalidad de su costo y aún más, pues al principio, como suele suceder, sólo se abonan los intereses y después se va pagando, a largo plazo, el capital. Pero, además, me había caído encima el llamado «error de diciembre» de 1994 y me había visto forzado a renegociar mi deuda, lo que a fin de cuentas redundó en que tuviera que comprar mi propia casa dos veces. Para colmo (yo todavía ni siquiera soñaba con ganar el Premio Nacional de Lingüística y Literatura, que unos años después

me habría de conferir la condición de creador emérito y un estipendio vitalicio), ese mismo 1996 se me había acabado la beca del Sistema Nacional de Creadores de Arte, que sólo duraba tres años, y antes de volver a concursar había que dejar pasar dos años. Como quien dice, la idea de vivir sólo de mi salario de profesor y de la escritura era un anhelo propio de una edad juvenil diferente a la que había cumplido, y ajena a las responsabilidades que había contraído, entre las cuales la más importante era el sustento de mi familia. Así lo expresó, con una madurez precoz, mi hijo Gonzalo en las reuniones familiares que sostuvimos para tratar el delicado tema.

Al ver los efectos que mi carta había causado en el rector, comprendí el *dictum* de mi amigo Raúl Herrera: a los escritores —dice— debería prohibírseles el uso de la palabra.

A destiempo, analicé con mayor frialdad los pros y los contras, que es (no recuerdo ahora quién lo dijo) la peor manera de tomar una decisión. Entre los *pros,* el prestigio de dirigir la facultad en la que me formé —una facultad-madre de la Universidad— y en la que había dado clases muchos años, las posibilidades de su modernización y del rescate de su magnífica historia, y también —¿por qué no?— las prestaciones significativas que el puesto conllevaba. Entre los *contras,* las responsabilidades administrativas, que le restarían tiempo a mi escritura, los enormes retos que implicaba dirigir una comunidad heterogénea, compleja e hipersensible y las limitaciones académicas de mi perfil. Me tranquilizaba pensar que para la sucesión de Juliana González todavía faltaba más de un año y que muchas cosas podrían ocurrir en ese lapso, por ejemplo, ¡que el caballo hablara!, una de las posibilidades del desenlace del cuento que me contó Bonifaz cuando me pidió que contratara a una amiga suya en la Filmoteca de la UNAM.

Para bien o para mal, tras mis fuertes dubitaciones, acabé por claudicar de mi propia claudicación. A un alto costo político, acabé por decirle al rector, el mismo día de su toma de posesión, que, si aún no tenía otro candidato, aceptaba su ofrecimiento. Asumí, pues, la titularidad de la Coordinación de Difusión Cultural por tercera ocasión consecutiva y, llegado el momento, acepté, no sin reticencias y sí con mucho temor, mi inclusión en la terna para dirigir la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad.

*

En los tiempos en que me limitaba a impartir mis clases de literatura iberoamericana en la Facultad, formé parte de la Comisión Dictaminadora del Colegio de Letras Hispánicas. Este cuerpo colegiado tiene la responsabilidad de calificar los concursos de oposición y sancionar las solicitudes de promoción y de definitividad del personal académico. Está integrado por seis profesores, elegidos o nombrados por diversas instancias universitarias. Uno de ellos funge como presidente. Yo había sido elegido por los profesores de mi Colegio para formar parte de la Comisión, y el presidente era el doctor Juan M. Lope Blanch, eminente filólogo que había sido mi maestro de Español Superior cuando cursé la licenciatura.

En alguna ocasión me tocó a mí concursar para ascender a una categoría superior, lo que implicaba que se aceptaran mis conocimientos y mi experiencia académicos como equivalentes a la posesión del grado de doctor, según lo permiten los estatutos de la institución para casos excepcionales. Como obviamente no podía ser juez y parte del proceso, Lope Blanch me pidió que abandonara el salón donde sesionábamos para que la Comisión analizara mi situación con entera libertad. Yo había entregado todos los papeles

que la convocatoria solicitaba: mi currículum actualizado, mis constancias de participación en actividades académicas, mis publicaciones (la mayoría de las cuales, por cierto, eran ensayos o textos de creación literaria), etc. Al cabo de tres cuartos de hora, me hicieron entrar de nueva cuenta al salón de sesiones. Lope Blanch me informó, con la solemnidad del caso, que la Comisión Dictaminadora había aprobado por unanimidad mi promoción y había considerado mi desempeño académico como equivalente al de un doctorado, pero que él, a título personal, me quería hacer una recomendación, una recomendación que cabía en una sola palabra imperativa, que pronunció con su más castizo acento:

—¡FILOLOGÍCESE!

Al contrario de su intención, esta consigna lo único que hizo fue confirmar mi vocación literaria. De haber seguido su consejo, seguramente no habría escrito mis novelas. Ni tampoco mis ensayos, que son más literarios que académicos.

Curiosamente también, al paso de unos años y a pesar de no haber seguido su admonición, el doctor Juan M. Lope Blanch fue el más fervoroso impulsor de mi candidatura a la dirección de la Facultad.

Prudencia *versus* valentía

Como estaba escrito, mi noveno año al frente de la Coordinación de Difusión Cultural no fue fácil. Algunos de los directores de las dependencias no persistieron en sus cargos. Fue muy difícil sustituirlos. Por otra parte, varios colaboradores cercanos, como mi queridísima Malena Mijares, se sintieron defraudados por mi permanencia, pues habían abrigado la esperanza de que, con el

cambio, podrían ascender a ocupar una dirección en vez de quedarse en sus mismos puestos subalternos.

Y más allá de mis funciones en el ámbito específico de Difusión Cultural, mi participación en el equipo directo del nuevo rector no fue tersa. El clima político de la Universidad se sentía amenazante, aunque en apariencia predominara la calma y se abriera la posibilidad de llevar a cabo de manera pacífica importantes reformas institucionales, con el apoyo del Gobierno federal. Para el rector y sus asesores más cercanos todo indicaba que se contaría con el respaldo presidencial para que la UNAM pudiera resolver viejos problemas que, según los criterios imperantes de organismos internacionales, como el Banco Mundial, lastraban su desarrollo académico, por ejemplo, el pase automático del bachillerato a las carreras universitarias, las preparatorias populares, la gratuidad indiscriminada de los estudios superiores...

No puedo olvidar la tarde del 9 de junio de 1997, cuando los colaboradores directos de Barnés fuimos convocados a comer en el piso doce de la Torre de Rectoría, como era la costumbre antes de bajar a la sesión vespertina del Consejo Universitario.

Barnés estaba tranquilo y optimista. Tenía elementos suficientes, según lo manifestaba, para estar seguro de que las reformas al llamado pase automático prosperarían sin dificultades ni contratiempos. Desde la cabecera del largo comedor, el rector nos hizo saber que habían sido exitosas sus negociaciones con los diferentes estamentos universitarios y que contaba con los apoyos necesarios para plantear sus propuestas reformistas ante el pleno del Consejo.

A los postres, antes de bajar a la sala del Consejo, don Henrique González Casanova, asesor de la rectoría, pidió la palabra. Con su

voz un tanto atiplada y nasal, parsimoniosa y muy bien articulada, dirigiéndose a Barnés, dijo:

—Señor rector: por más que busco en la legislación universitaria, no encuentro, entre los atributos que debe poseer el jefe nato de la Universidad, que tiene que ser una persona *valiente.* La Ley Orgánica estipula, en cambio, que debe ser una persona *pru-den-te.*

Barnés no respondió. Sólo esbozó una sonrisa fría.

Bajamos por el elevador hasta el sexto piso, y de ahí, por la temible escalera secreta, hasta la tercera planta. Los cinco miembros del presídium nos enfrentábamos en cada sesión a la concurrencia bulliciosa, excitada y multitudinaria de consejeros universitarios —autoridades y representantes de los profesores, los investigadores, los estudiantes y los trabajadores—, además de reporteros de varios medios de comunicación y muchos curiosos de desconocidas procedencias.

A pesar de lo delicado y peligroso del inciso del orden del día referido al pase automático y a los límites de permanencia en la UNAM, entre otros puntos, la propuesta del rector ¡se aprobó en lo general, para mi enorme sorpresa, sin objeciones significativas!

Al término de la sesión, que, a diferencia de otras muy largas, duró apenas tres o cuatro horas, volvimos al piso doce a cenar y comentar lo ocurrido. Entre el rector y sus colaboradores más cercanos había un ambiente festivo y triunfalista. Don Henrique, en cambio, se mantuvo silencioso y meditabundo. Con razón.

Al cabo de un tiempo, el rechazo categórico a las reformas que habrían de suceder a la del pase automático, que quedaba condicionado a las calificaciones que obtuvieran los alumnos en el bachillerato, como al de la modificación al Reglamento General de Pagos, serían abanderados por un incipiente movimiento estudiantil al que se irían sumando fuerzas políticas partidistas hasta

desembocar en la toma de las instalaciones y la paralización de las actividades universitarias en severo perjuicio de la institución y del país. Mucha tinta ha corrido para analizar este espinosísimo conflicto, de modo que no añadiré nada nuevo a lo ya escrito. Me limitaré a contar la historia de mi propia y personal experiencia, como conviene a estas memorias.

¡A ganar!

Desde que se abrió el plazo para proponer candidaturas a la dirección de la Facultad, un grupo de maestros me fue a visitar a mi oficina de Difusión Cultural para saber si yo estaría en disposición de contender por ese puesto y, dado el caso que así fuera, para manifestarme su total apoyo. Encabezaba ese grupo Josu Landa, descendiente de vascos republicanos exiliados en Venezuela, que contaba con muy buenas credenciales para liderarlo: profesor de la carrera de Filosofía, gran poeta, narrador también, ensayista, traductor y participante muy activo en la vida cotidiana de la facultad. Había sido consejero técnico, conocía muy bien los entresijos del estudiantado y tenía una extraordinaria capacidad para detectar los problemas políticos de la dependencia.

Yo ya había dirimido en mi fuero interno las contradicciones que me habían acosado durante más de un año y, aunque con temores y reticencias explicables, había aceptado la posibilidad de que el rector me incluyera en la terna cuando se abriera la convocatoria. Así que me dediqué, con Josu Landa y un magnífico grupo de colegas, a preparar mi plan de trabajo para someterlo en su momento a la consideración de la Junta de Gobierno. Si de concursar se trataba, tendría que ganar.

Precisamente porque ya había asumido la posibilidad de figurar en la terna y de ganar la dirección, me desconcertó tanto que Bonifaz Nuño tratara de disuadirme de participar en el proceso. A la primera oportunidad, hablé con el rector Barnés. Le conté de mi entrevista en la Biblioteca Central. Él me oyó con displicencia. Como era su costumbre, sentado en su sillón de la rectoría, cruzó los brazos tras la nuca y poco a poco se fue resbalando hasta quedar casi acostado sobre el asiento. Le pedí que hablara con Bonifaz. Me dijo que lo haría. Que yo sepa, nunca le llamó.

Tras las formalidades del caso, quedé inscrito en la terna, al lado de dos excelentes candidatos, el doctor Enrique Moreno de los Arcos y la maestra Gloria Villegas.

La tarde del lunes de mi comparecencia ante la Junta de Gobierno yo estaba nervioso, pero seguro de mi proyecto. Cuando tengo que hablar en público, en el trayecto al lugar en el que se verificará el acto voy recitando de memoria y en voz baja poemas que se han almacenado en mi cerebro y en mi corazón como parte de mi patrimonio verbal. Es una manera de no preocuparme por lo que tengo que decir y de «aceitar» la palabra ajena para darle ritmo y fluidez a la palabra propia. En ese caso fui recitando para mí mismo algunos de los sonetos de amor y discreción de sor Juana.

Me encontré en la sala de espera, como era previsible, a Enrique y a Gloria. Nos saludamos cortésmente, como si fuéramos pacientes del mismo médico.

De acuerdo con el orden alfabético de nuestros apellidos, fui el primero en presentarme ante la Junta de Gobierno. Hice de entrada, según el protocolo, una síntesis de mi proyecto. Lo expuse sin más sustento que unas brevísimas notas manuscritas, que no necesité consultar. Después vinieron las preguntas. Y conforme las respondía, me iba dando cuenta de que inexorablemente sería el elegido. Se

me vino a la cabeza, por unos segundos, mi terror original de aceptar ese cargo y llegué a decir para mis adentros: «¡Chin, ya gané!».

Es tradición universitaria que la misma noche de la comparecencia se llama por teléfono a los contendientes para informarles el veredicto de la Junta. El secretario general llama a los perdedores, y el rector, al elegido.

Había invitado a casa a los colegas que participaron en la confección de mi proyecto, tanto por si ganaba, para celebrar nuestro triunfo, como si perdía, para compartir nuestra derrota. No bien había llegado a mi casa cuando sonó el teléfono. Era el rector.

Gané la dirección de la Facultad, sí, pero caí de la gracia de Rubén Bonifaz Nuño, mi querido maestro, mi amado poeta.

El primer año

La de Filosofía y Letras, junto a la de Ciencias, Economía y Ciencias Políticas, es una facultad muy activa en la vida política de la Universidad. Cuenta con un profesorado muy crítico y muy numeroso. Si incluimos a los investigadores de los institutos de Humanidades que, por disposición estatutaria, dan clases en ella, supera los mil docentes. Su estudiantado es en general pensante, sensible y, en ocasiones, beligerante y combativo.

El primer año de mi gestión transcurrió con relativa tranquilidad. Pude formar un equipo de primera categoría en el que predominaban las mujeres, en correspondencia con la población propia de la Facultad, en cuya planta académica el género femenino es mayoritario. Varios de mis colaboradores procedían directa o indirectamente de los exilios que tanto habían enriquecido la vida de

la Universidad en general y de la Facultad de Filosofía y Letras en particular: el exilio español, el argentino, el chileno.

La Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM es un prodigio que ocupa un lugar prominente en el área de Humanidades entre las universidades del mundo, y no tiene parangón en las universidades privadas de México. La proporción entre el número de maestros y el número de alumnos es un lujo. Más de mil profesores para una población, en mi tiempo, de seis mil setecientos estudiantes. Diez licenciaturas: Filosofía, Letras Clásicas, Letras Hispánicas, Letras Modernas (inglesas, francesas, alemanas, italianas), Historia, Estudios Latinoamericanos, Geografía, Pedagogía, Biblioteconomía, Literatura Dramática y Teatro. Y veintinueve programas de posgrado.

Todo marchaba más o menos bien, con las complejidades inherentes a la vida de una facultad asaz problemática. Sin embargo, cierto malestar comunitario, en alta medida debido a las reformas que había empezado a impulsar el rector Barnés, se movía como una corriente submarina por debajo de la superficie aparentemente apacible. Había lo que en términos populares se conoce como *calma chicha,* una tranquilidad tensa y amenazante.

El movimiento del Consejo Estudiantil Universitario (CEU) de la segunda mitad de la década de los ochenta, que desembocó en el Congreso Universitario de 1990, todavía tenía cierta vigencia a finales de los noventa, cuando yo fui elegido director de la Facultad.

Al interior del plantel, Josu Landa se encargaba de calmar las aguas cuando de pronto surgía algún oleaje alarmante. Tenía gran destreza operativa y, sobre todo, una capacidad dialéctica que ejercía lo mismo frente a alumnos que frente a profesores con convincente claridad pedagógica. Su lema era: «Paciencia china y estrategia soviética».

Una vez aprobadas las reformas al llamado *pase automático* y suspendida la relación de la Universidad con las preparatorias populares, el siguiente paso en la agenda del rector Barnés sería la modificación del Reglamento General de Pagos. Tan delicada reforma le permitiría a la Universidad cobrar cuotas a sus estudiantes (o mejor dicho elevarlas, pues, aunque simbólicas, siempre habían existido), tanto por concepto de matrícula como de prestación de servicios. Es decir que se tocaba, aunque con muchos matices, el punto más sensible del estudiantado y de buena parte del personal académico de la Universidad y de amplios sectores de la opinión pública que consideraban que la educación impartida por el Estado, incluida la universitaria, debería ser gratuita.

En un acto más de valentía que de prudencia, como se lo había advertido Henrique González Casanova, el rector Barnés presentó ante el Consejo Universitario su proyecto de reforma al Reglamento General de Pagos. En él, proponía el incremento de las cuotas sólo a los estudiantes de primer ingreso. A pesar de que de esa obligación quedarían exentos los alumnos cuyos padres ganaran cuatro salarios mínimos o menos y que no tendría efectos retroactivos para los alumnos ya inscritos, las protestas no se hicieron esperar, al grado de que, para ser votada la reforma, el Consejo Universitario tuvo que llevar a cabo su sesión del mes de marzo fuera de Ciudad Universitaria, en el Instituto Nacional de Cardiología, sólo con los consejeros afines a la rectoría. La propuesta fue aprobada con las consecuencias del caso. A partir de entonces, los brotes beligerantes surgieron cada vez con más frecuencia y mayor fuerza hasta que la comunidad se pronunció por un paro general de actividades para derogar el Reglamento y se constituyó el Consejo General de Huelga.

El 20 de abril de 1999, a poco más de un año de mi elección, el movimiento tomó las instalaciones universitarias.

La tarde de ese día, mandé desalojar la facultad. Con toda parsimonia, mis colaboradores y yo recogimos algunos documentos importantes y nuestras cosas personales. Cerramos con llave las puertas de todos los salones de clase, de los cubículos de la Torre de Humanidades y de las oficinas, y nos retiramos en buen orden. Ya para salir, Josu enterró en las macetas de nuestras oficinas, boca abajo, algunas botellas de agua para que las plantas no se murieran durante la huelga, que, en nuestra opinión, no duraría más de una o dos semanas. Nunca imaginamos que el movimiento se apoderaría de todas las instalaciones universitarias, que se paralizarían en su totalidad las actividades de investigación, de docencia y de difusión de la cultura y que esa parálisis duraría más de nueve meses.

Casa tomada

Eran reuniones de nunca acabar. A partir de la toma de la Máxima Casa de Estudios, los miembros del Colegio de Directores comenzamos a ser citados en una sede alterna, una casona ubicada en la calle sintomáticamente llamada *La otra banda,* en San Jerónimo. El doctor Barnés, que ya no se veía tan seguro de sí mismo como la tarde que propuso la reforma al pase automático ante el Consejo Universitario, se esforzaba en informarnos de la situación política en la que la Universidad estaba inmersa. Las sesiones podían extenderse por cinco o seis horas y se volvieron muy reiterativas y tediosas sin que se vislumbrara ningún avance en

la solución de una de las crisis más graves que había sufrido la Universidad a lo largo de su historia. Yo registré lo ahí dicho en consecutivas libretas que ahora prefiero no leer. Me he resistido a abrir mis archivos para rescatar mis apuntes de entonces, más los cientos de documentos que recibí y las circulares y los discursos, propios y ajenos, que redacté; las notas que tomé en las innumerables reuniones que sostuve con el profesorado de la facultad en las casas que ocupamos fuera de Ciudad Universitaria durante nuestro penoso exilio. De todas maneras, no habría encontrado todo lo que quisiera buscar porque de muchos papeles y fotografías me había desprendido en su momento para que su presencia no me encadenara a un suceso que preferiría olvidar. Conservo en la memoria, sin embargo, un montón de espejos rotos de aquellos años en que fui director de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Puestos en el papel como piezas de un rompecabezas, aunque nunca consiga armarlo por completo, esos recuerdos fragmentarios quizá puedan dar una idea de lo que fue mi accidentada gestión al frente de la facultad —mi *alma mater* íntima y muy amada— entre marzo de 1998, cuando tomé posesión del cargo, y diciembre de 2000, cuando presenté mi renuncia ante la Junta de Gobierno que me había elegido.

*

José de Santiago, mi sucesor en la Coordinación de Difusión Cultural, resumía las fatigosas sesiones del Colegio de Directores en La otra banda con admirable letra gótica que plasmaba como escribano de un *scriptorivm* medieval en bellos cuadernos fabricados a mano. Así lo permitía la lentitud casi litúrgica con la que se desarrollaban las reuniones.

*

Lo cierto es que todo era confuso, no brillaba ninguna luz esperanzadora de que el problema pudiera resolverse, por lo menos en el corto plazo.

El pliego petitorio del movimiento constaba de seis puntos, entre los cuales se exigía la abrogación del Reglamento General de Pagos y de las reformas sancionadas previamente por el Consejo Universitario, es decir, que se demandaba la recuperación del pase automático irrestricto y la eliminación de los límites de permanencia en la UNAM por parte de los estudiantes.

Si en un principio algunas de las demandas que planteó el movimiento tenían su razón de ser y eran atendibles, la radicalización de sus posiciones se topó con la firmeza de las autoridades universitarias, que cedieron hasta donde pudieron sin arriesgar la esencia académica de la Universidad: el rector propuso que las cuotas fueran voluntarias, por ejemplo, pero rechazó la demanda de llevar a cabo un congreso resolutivo que pudiera poner en riesgo la Ley Orgánica de la Universidad como el que había tenido lugar en 1990. Entonces se lograron algunos avances importantes en la vida universitaria, pero su mayor conquista fue, en palabras equivalentes a las de Giuseppe Tomasi di Lampedusa, que todo cambiara para que todo siguiera igual, es decir que no se afectaran la condición meritocrática de la Universidad ni sus estructuras de gobierno.

Los directores nos sentíamos instados a dar nuestras opiniones, a aportar nuestros análisis de la situación, a informar sobre el caso particular de nuestras respectivas dependencias —escuelas, facultades, institutos y centros—, pero, más allá de nuestras

opiniones, viciadas a fuer de reiterativas, no lográbamos salir del atolladero en el que nos encontrábamos. Manifestábamos nuestro ferviente espíritu universitario y por lo general, unos con más énfasis que otros, expresábamos nuestra solidaridad con la institución y su jefe nato, pero nuestras expresiones servían más para desahogar nuestra frustración que para avanzar en la solución del problema. Lo que parecía obvio, dijérase o no, era que el Gobierno de Ernesto Zedillo, argumentando el respeto a la autonomía universitaria, había decidido no intervenir en el conflicto, de manera que la Universidad estaba sola. Por nuestra parte, los directores defendíamos la autonomía, pero al mismo tiempo y paradójicamente sabíamos que por nuestros propios medios institucionales —la fuerza moral, el diálogo, la negociación— no podríamos recuperar las instalaciones.

*

Conforme el tiempo pasaba y no se vislumbraba ninguna solución, fue abriéndose paso, cada vez con más firmeza, la moción de que el Gobierno interviniera en la Universidad así fuera con el concurso de la policía, pues en opinión de muchos directores, la autonomía ya había sido violada por los paristas y por las entidades políticas que los respaldaban. En una sesión del Colegio de Directores, el exrector Pablo González Casanova advirtió que el uso de la fuerza en las universidades públicas sólo complica la situación y nunca la resuelve. Ante el creciente apoyo a la posible intervención policiaca, don Pablo renunció al Centro Universitario que dirigía.

Yo suscribí explícitamente su planteamiento, pero a sabiendas de que, en realidad, no había otra manera de recuperar las instalaciones universitarias.

*

En su exilio, la Facultad de Filosofía y Letras encontró refugio en la Casa del Teatro, ubicada en la Plaza de la Conchita en Coyoacán, donde trabajamos durante unas semanas. En vista de que el problema iría para largo, decidimos rentar una casa cercana, en la calle de Belisario Domínguez. Ahí convocábamos, por Colegio, a los profesores para preservar el ánimo de pertenencia a la facultad, pero no hacíamos más que repetir, agotadora e inútilmente, las sesiones de la sede de La otra banda. Si no había mucho que informar porque el conflicto estaba empantanado, sí había mucho que escuchar para conocer las posiciones de los profesores, pero, sobre todo, para que la planta académica se sintiera atendida y la facultad no se fracturara en el exilio.

*

Hubo maestros muy queridos y valiosos de la facultad que llamaban, entre paternal y condescendientemente, *muchachos* a los estudiantes en paro, incluso a los más radicales, que se habían escindido con el nombre de *ultras*. Al cabo del tiempo, algunos de estos profesores sufrieron en su propia persona la agresión de aquellos a quienes defendían. Por poner un caso, Federico Álvarez, profesor de extracción española republicana, incondicional de la Revolución cubana y comunista de hueso, recibió una literal patada en el culo cuando trató de dialogar con ellos, y su nombre quedó inscrito en un pizarrón rodeado de epítetos ominosos, totalmente inmerecidos.

*

El rector Barnés cedió hasta donde pudo a las demandas estudiantiles, pero no cejó en los puntos que pondrían en riesgo la estructura misma de la Universidad. Sabía que satisfacer sin más el pliego petitorio del movimiento como lo exigían los paristas amenazaría la integridad de la institución.

Finalmente, el 12 de noviembre, presentó su renuncia a la rectoría de la UNAM ante la Junta de Gobierno.

Una sucesión difícil

Yo estaba en Madrid, invitado por la Real Academia Española a participar en algún encuentro de la Asociación de Academias de la Lengua Española, cuando me enteré de la renuncia del rector Barnés. La Junta de Gobierno publicó la convocatoria para la elección de su sucesor y yo me volví de inmediato a México.

No me sorprendió su renuncia. Había visto el deterioro que había sufrido su administración y el desgaste que él mismo había experimentado en su persona.

Tan pronto llegué a México, solicité una cita con la Junta de Gobierno. Me la concedieron muy pronto y acudí a una reunión con tres miembros de ese cuerpo colegiado, que así, segmentado, era como funcionaba el organismo para auscultar a diversos miembros de la comunidad, y con mayor razón en una situación crítica y emergente como la que estaba viviendo la Universidad.

Me pronuncié enfáticamente en favor del doctor Juan Ramón de la Fuente, a quien me unía una larga historia.

Habíamos estudiado la primaria, la secundaria y la preparatoria en los mismos colegios y teníamos, por ende, la misma educación

marista. No habíamos coincidido en ningún grupo porque yo soy mayor que él. Sin embargo, creo recordarlo desde niño con su impecable uniforme de gala, el cuello almidonado de su camisa y el cabello partido a la izquierda con una raya perfecta y el copete pegado a la frente con la fijeza de un casco.

Fue Juan Ramón quien le propuso al doctor Sarukhán mi nombre para dirigir Difusión Cultural. Durante el tiempo que él estuvo al frente de la Coordinación de la Investigación Científica, fuimos homólogos en la Universidad y trabajamos juntos en muchas actividades universitarias, algunas festivas, como la conmemoración, en 1989, del cincuentenario del exilio español en México, y otras muy críticas, como el Congreso de 1990.

Era tal la cercanía que tenía con Juan Ramón y tal la confianza que nos profesábamos que, ya siendo rector, me pidió que le escribiera algunos discursos, uno de ellos muy definitorio que pronunció en medio del conflicto en el anfiteatro Simón Bolívar del antiguo Colegio de San Ildefonso. En alguna ocasión me citó en su casa un domingo por la mañana para pedirme que, al tener yo información privilegiada de los sucesos universitarios, fuera tomando nota de todos ellos con el objeto de que al final de su administración pudiera escribir un libro sobre su gestión, de la misma manera que Gastón García Cantú lo había hecho con respecto al rectorado de Javier Barros Sierra. Yo tomé infinidad de notas, pero ese libro ya no lo escribí yo, sino, bajo el título de *La Universidad rediviva,* Ignacio Solares, a quien el rector De la Fuente nombró primero coordinador de Difusión Cultural en sorpresiva sustitución de José de Santiago y después director de la *Revista de la Universidad.*

Lo que el ojo no vio ni el oído oyó

Finalmente llegó el inevitable día en que las instalaciones de la Universidad fueron liberadas por la policía. No era lo deseable, como lo había manifestado don Pablo González Casanova, pero al parecer era necesario.

*

La mañana del 6 de enero de 2000, recibí a primera hora la llamada enérgica, preocupada y crítica de Margo Glantz, que me instó a protestar ante semejante atropello, que violaba la autonomía universitaria. La policía había entrado a la Universidad. Cómo explicarle en tales circunstancias que esa medida, sin lugar a duda indeseable, era necesaria para recuperar precisamente la autonomía de la Universidad.

*

Josu Landa y yo recibimos las instalaciones de la Facultad, incluido el auditorio Justo Sierra, de manos de la Policía Preventiva.

Creo que en alguna de esas libretas que ahora me rehúso a consultar escribí una frase de Pablo referida a los infiernos en su Epístola a los Corintios: «lo que el ojo no vio y lo que el oído no oyó y que no cabe en el corazón del hombre».

Los pasillos de la facultad ostentaban mojones perrunos y acaso humanos a todo su largo. Las puertas de los salones y de las oficinas que habíamos cerrado con llave estaban destruidas de las cerraduras hacia abajo para que se pudiera acceder a ellos agachándose, en cuclillas. Las sillas de las aulas habían sido desatornilladas del piso y amontonadas a manera de mamparas para reservar espacios privilegiados a los líderes, que no sólo gozaban de relativa

privacidad, sino que disponían de las cafeteras y las computadoras de las oficinas y de los videos y las videocaseteras del cineclub de la Filmoteca que había sido instalado en el vestíbulo del auditorio Justo Sierra. Ropas de hombre y de mujer desperdigadas indistintamente por el piso, desechos de comida, platos sucios, colillas de cigarros, condones usados... Había un salón que ostentaba sin pudor un letrero que decía TRIBUNAL DE AJUSTICIAMIENTO. En macetas de las terrazas y las azoteas crecían robustas matas de mariguana.

El auditorio Justo Sierra había sido vandalizado. Sus paredes ostentaban *graffiti* con consignas políticas, muchas butacas estaban desvencijadas y la suciedad cubría como una cataplasma el venerable recinto.

El arquitecto Cortés Rocha, secretario general de la Universidad, acordó conmigo clausurar el auditorio para que no pudiera ser reocupado por el movimiento. Así que, mientras se calmaban las aguas, dispuso poner una placa de acero inexpugnable a la entrada.

Pero, como una alegoría de la portentosa resiliencia de la Universidad, las plantas de las oficinas de la dirección, nutridas con las botellas de agua que, boca abajo, Josu había colocado en cada maceta antes de abandonar las instalaciones, seguían vivas tras más de nueve meses de encierro, aunque muy debilitadas.

La normalización

Si la «liberación» de las instalaciones fue muy dramática, la recuperación de la vida académica fue una tarea titánica. Los estudiantes habían perdido un semestre, muchos de ellos habían desertado de la Universidad y se habían inscrito en otras instituciones de educación superior, no hubo primer ingreso y los

aspirantes se vieron obligados a esperar hasta el siguiente curso su inscripción en la Universidad. Muchas investigaciones se perdieron irreparablemente y se suspendieron todas las actividades artísticas y deportivas. Con la entrada de la policía, se recuperaron las instalaciones, pero los ánimos quedaron muy debilitados, como las plantitas de las macetas de la dirección de la facultad.

Tan pronto se reabrieron las puertas del plantel, los profesores empezaron a acudir poco a poco, entre curiosos y urgidos de conocer lo que se esperaba. Se enfrentaron al polvo de las tareas de limpieza y reacondicionamiento de las instalaciones, a los cubrebocas que entonces portábamos Josu y yo, que vigilábamos el dificultoso proceso de rehabilitación de nuestras instalaciones. Había que reparar puertas y ventanas, reponer equipos, limpiar pisos y baños (que habían quedado hechos una asquerosidad), restaurar los jardines desecados, borrar murales efímeros (cuando se pudo, porque para muchos participantes del movimiento eran venerados como si fueran parte del patrimonio artístico de la Universidad, equivalentes a los de Orozco, Chávez Morado, Fermín Revueltas, Jean Charlot, Francisco Eppens).

La mañana del 14 de febrero de 2000 convoqué a la comunidad a una primera reunión en el aula magna y pronuncié un discurso que intentaba contrarrestar las divisiones, los resentimientos y el desánimo para poner de nuevo el tren en marcha.

Les dije que ya no éramos los mismos que antes, y que ahora que estábamos de regreso tendríamos que añadirle a la normalidad la impronta de esos largos meses en los que nos habíamos percatado de cuánto nos importaba nuestra facultad, de cuánto la queríamos y cuánto la extrañábamos. Se trataba ahora de rearticular la vida académica, de que se reencontraran los profesores con sus estudiantes, que son los componentes esenciales de la comunidad.

Reconocí que había habido posturas divergentes, pero que todas ellas se habían sostenido en el común denominador, expresado reiteradamente, de una profunda preocupación por el problema que estaba viviendo la Universidad, de manera que no se habían registrado fracturas dramáticas ni se habían enfrentado posiciones irreconciliables. Pese a sus diferencias o, en el mejor espíritu universitario, gracias a ellas, la Facultad había logrado mantener su unidad consustancial.

En el discurso, la Facultad estaba bien, animosa de volver al trabajo, a la docencia, a la investigación. Pero en la realidad cotidiana, el proceso de recuperación fue complejo y largo. Las sesiones del Consejo Técnico se volvieron espinosas por la persistencia en la diversidad de posiciones con respecto al pasado y al futuro inmediatos, tanto por parte de los consejeros profesores como de los consejeros alumnos. Sin embargo, pudimos sortear las dificultades que se nos fueron presentando.

Para lograr la paz y la solución al conflicto, Juan Ramón de la Fuente tuvo que ser, en mi opinión, conciliador, concesivo y promisorio.

Conciliador para tratar de rearticular las relaciones de dos posturas encontradas, la de los paristas, cada vez más extremas y más intervenidas por fuerzas externas, y la de la Junta de Gobierno y los estratos académicos más prestigiosos de la institución —exrectores, profesores e investigadores eméritos, directores de facultades, escuelas, institutos y centros, etc.

Concesivo porque dio cabida en la administración universitaria a representantes de grupos muy críticos, que habían sido beligerantes en las administraciones precedentes, algunos de los cuales habían sido líderes de los movimientos estudiantiles anteriores.

Promisorio porque se comprometió a llevar a cabo un congreso resolutivo, como el que se había realizado diez años antes, al inicio del rectorado de José Sarukhán, en el que De la Fuente, por cierto, había participado de manera sobresaliente y conservadora para defender la figura del rector y de las autoridades colegiadas de la institución. Esta última promesa, cuya organización le encomendó a José Narro, quien años después habría de sucederlo en la rectoría de la UNAM, nunca se llevó a cabo. Quizá porque los otros mecanismos, de conciliación y sobre todo los de concesión, habían cumplido su objetivo.

*

El teléfono sonó a las cinco o cinco y media de la mañana. Me llamaban de la rectoría o, para ser más precisos, de la oficina del doctor José Narro, designado por el rector De la Fuente responsable de organizar el congreso universitario. Entre sus funciones estaba la de vigilar cualquier actividad política que pudiera volver a alterar la aparente normalidad universitaria. Como decía doña Clementina Díaz y de Ovando, en la Universidad alguien tiene que palear la caca, y ese alguien, por lo pronto, no era otro que José Narro. Se me informaba, en esa llamada telefónica a tan inapropiadas horas de la madrugada, que un grupo de jóvenes, con los rostros cubiertos por sendos paliacates, se había apoderado de las instalaciones de la Facultad de Filosofía y Letras. Me dijeron que estaban apostados en los techos de los andadores que dan acceso al plantel y en los aleros del jardín delantero, presidido por el busto broncíneo de Dante. Se requería que me presentara cuanto antes en la oficina que ocupaba el doctor Narro en la Torre de Rectoría. Lo primero que hice fue despertar a Josu Landa. Nos citamos en el estacionamiento de la

facultad lo más pronto posible. Apenas amanecía y ya el plantel abría sus puertas como todos los días a la concurrencia universitaria. En efecto, como me habían informado, una treintena de jóvenes ocupaban los accesos a la facultad. Yo me quedé afuera; Josu, en cambio, entró con toda naturalidad y recorrió los pasillos. Salvo la presencia de los embozados, que ya era de suyo importante, nada anormal sucedía.

Tras su inspección, le pedí que me acompañara a mi entrevista con Narro, pues él conocía mejor que yo los movimientos de la facultad para poder describirlos y ponderarlos. Subimos al quinto o al séptimo piso de la torre, ya no me acuerdo, y entramos a la oficina en la que ya Narro, muy tempranero, despachaba sus asuntos. Creo que no le gustó que yo fuera acompañado, pero aceptó la presencia de Josu quizá porque ya estaba adentro y habría sido penoso despedirlo.

Nos interrogó sobre la posible identidad de los intempestivos ocupantes. Josu, con absoluta certeza, respondió, categórico:

—No son de la Facultad.

Narro dio un manotazo en su escritorio e inquirió:

—Y usted, ¿cómo sabe que no son de la facultad si tenían los rostros cubiertos?

—Ah —respondió Josu muy quitado de la pena—. Yo no les vi las caras, pero ellos sí me vieron a mí.

—¿Y eso qué?

—Que después del señor director, yo soy la persona más conocida por los estudiantes de la facultad, porque soy su interlocutor. Y al verme pasar habrían tenido una reacción por mínima que fuera. Y no fue el caso. Si no me reconocieron es que no son de la facultad.

Narro no pudo replicar su contundente conclusión.

*

Un suceso que me afectó directamente porque alteró la vida cotidiana de la facultad fue la ocupación del auditorio Justo Sierra por fuerzas ajenas a la institución universitaria. Y es que ese auditorio tenía una gran significación en la vida universitaria y también en mi propia vida personal.

El auditorio Justo Sierra / Che Guevara

Al principio, lo vi sólo por fuera, amarillo y descollante. Era como el coloso que protegía la Facultad de Filosofía y Letras, la máquina de ese enorme tren que era la facultad con sus numerosos vagones, seguidos por los que se enganchaban sucesivamente, los de las facultades de Derecho, de Economía y de Ciencias Políticas. El tren de las Humanidades y las Ciencias Sociales.

Cuando cursaba el primer año de la licenciatura, lo conocí por dentro. Éramos muchos los estudiantes que nos habíamos inscrito en el curso de la maestra María del Carmen Millán, y hubo que dividir el grupo. Antes de que esta escisión procediera, dos o tres veces los alumnos (cien o ciento cincuenta), que no cabíamos en ningún salón, tomamos nuestra clase juntos en el Justo Sierra.

Ese mismo año de 1967 participé en un homenaje a Miguel Hernández, celebrado en el gran auditorio, al lado de los cantautores Óscar Chávez y el brasileño Carlos Lyra. Mi amigo Pepe Taylor, responsable de la librería El Ágora, me había oído recitar algunos poemas y, cuando supo que yo me había adherido a un grupo estudiantil de izquierda llamado «Miguel Hernández», me invitó una noche a la casa que rentaba en San Ángel el músico brasileño,

quien, por cierto, afinaba su guitarra con el sonido del teléfono descolgado, que emitía, según él, un *la* perfecto. Esa noche, Pepe me pidió que declamara algunos de los poemas que ya me había oído recitar. Los presentes —Óscar Chávez, *Carlinhos* Lyra y otros invitados— toleraron mi sobreactuación. Después me acercaron el volumen de la poesía completa de Hernández, empastado en rojo. Y me hicieron leer en voz alta dos poemas, que por fortuna yo ya conocía: «Viento del pueblo» y «Canción del esposo soldado». Les gustó cómo los leí y me invitaron a participar en el recital de homenaje al poeta alicantino que tenían programado llevar a cabo días más tarde. Cuando llegó el día, con gran nerviosismo y mucha emoción, me presenté ante un Justo Sierra abarrotado de estudiantes. Dije, con énfasis moderado y viva emoción, los poemas elegidos, que ya se me habían grabado en la memoria, donde aún permanecen. Algunas imágenes de la «Canción del esposo soldado», escrito por el poeta desde la trinchera y dedicado a su mujer encinta, han signado mi vida amorosa, como «la sábana de almidón y de estruendo cosida por tu mano» o el final de la canción, en el que Hernández augura inocentemente que, al término de la guerra, quedarán «una mujer y un hombre gastados por los besos».

En ese recinto oímos a un joven melenudo, que años después cantaría los poemas de Hernández, Joan Manuel Serrat. En su presentación, conmovió a un auditorio pletórico con sus letras sencillas y profundas, críticas y de gran actualidad, y su voz, tan trémula como enérgica. Incluyó en su repertorio una canción en catalán que mucho entusiasmó a una compañera procedente de Barcelona, que coreaba a Serrat a voz en cuello sin ninguna inhibición. También vimos a Massiel, una mujer guapa y desafiante, vestida con unos pantalones negros de cuero y calzada con botas altas y plantosas, que cantaba una canción libertaria de Luis

Eduardo Aute, *Rosas en el mar,* que entonces era muy exitosa y provocaba el acompañamiento vocal del estudiantado.

Recuerdo también haber escuchado las conferencias de grandes personalidades artísticas, literarias y científicas de México y del extranjero como, entre otros, David Alfaro Siqueiros, José Revueltas o Bertrand Russell, que comparecieron en ese venerable recinto universitario, por el que también habían pasado, en tiempos anteriores, José Vasconcelos, Diego Rivera, Charles de Gaulle.

Con asiduidad, tuve el privilegio de escuchar viernes a viernes a la entonces llamada Orquesta Sinfónica de la Universidad, dirigida por Eduardo Mata, su gran impulsor. Y también, los sábados, de asistir al Cine Club, organizado por la Filmoteca de la institución, que no sólo proyectaba magníficas películas, sino que invitaba a conocedores del séptimo arte para presentar y debatir cada filme. En el Justo Sierra, como también en el Centro Universitario Cultural (CUC) de Copilco, cuya programación corría a cargo del padre dominico Julián Pablo, íntimo amigo de Luis Buñuel, y en la Muestra Cinematográfica del Cine Roble, mis compañeros y yo nos asomamos por primera vez a Godard, Bergman, Fellini, Truffaut, Pasolini...

Permutado su nombre por el del Che Guevara, el auditorio fue sede del Consejo General de Huelga durante el movimiento estudiantil de 1968. Asistí a varias asambleas, en las que se debatían con argumentaciones encendidas lo mismo los idearios políticos que las estrategias para lograr que se cumplieran los puntos de los persistentes pliegos petitorios presentados al Gobierno. Las numerosas mociones de orden a propósito de la brevedad de las intervenciones («concretito, compañero...») por lo general eran desacatadas en abono de la duración interminable de las reuniones. En ese recinto latió el corazón del movimiento, que trágicamente

terminó con la represión del 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco, de infausta memoria.

*

El 10 de junio de 1971, jueves de Corpus, Yolanda y yo asistimos a la presentación del poemario *Blanco* de Octavio Paz. Había un presídium muy largo, y creo que en él estaba presente Carlos Fuentes, pero no lo sé bien a bien. Lo que sí recuerdo con precisión es que cuando Paz leía algunos de los poemas de su nuevo libro, irrumpieron en el Che Guevara unos jóvenes que venían de sufrir el «halconazo», la brutal agresión de un grupo de choque denominado Los Halcones que esa tarde, ya en el sexenio de Luis Echeverría, arremetieron contra los estudiantes que se manifestaban pacíficamente en una marcha que iba del Casco de Santo Tomás al Monumento a la Revolución. Los recién llegados traían como testimonio de autenticidad a un compañero herido, que sangraba de un golpe recibido en la cabeza y que fue tendido en el pasillo lateral derecho del auditorio. Paz interrumpió su lectura para decir que, si era cierto lo que los estudiantes decían, él manifestaba su más enérgica protesta. El modo condicional con que el poeta pronunció sus palabras ponía en entredicho la veracidad del relato de los estudiantes, que con razón se sintieron más descalificados que acogidos.

Yolanda y yo salimos corriendo a nuestra casita de la esquina de Alfa y Omega. Ya teníamos un hijo, que acababa de cumplir un año, y recordábamos lo que había sucedido en septiembre del 68, cuando el Ejército tomó Ciudad Universitaria. No quisimos exponernos a nada que pudiera poner en riesgo nuestras primerizas responsabilidades paternas.

*

Cuando José G. Moreno de Alba fue elegido director de la Facultad de Filosofía y Letras en marzo de 1982 y me designó secretario de Extensión Académica, pudimos invitar al auditorio a escritores muy notables.

El uruguayo Mario Benedetti, tan afamado por su poesía y por su beligerante posición política en contra de las dictaduras del Cono Sur de nuestro continente, ofreció una conferencia titulada «La cultura: ese blanco móvil», que fue aplaudida largamente por la comunidad.

Un día inolvidable para mí fue el 3 de marzo del 83. Recibimos a nadie menos que al mismísimo Julio Cortázar, que subió su gigantesca estatura física y literaria al escenario. Habló de su viaje a Nicaragua, de donde venía, con el entusiasmo que le había causado el triunfo de la Revolución sandinista de 1979, y leyó alguno de los cuentos de su libro *Deshoras,* recién publicado. Yo tuve uno de los mayores privilegios de mi vida: me correspondió presentarlo en ese auditorio pletórico de estudiantes que lo ovacionaron con devoto entusiasmo, tanto, que Eduardo Casar y yo tuvimos que sacarlo por una puerta trasera del Che Guevara para conducirlo al estacionamiento de la vecina Facultad de Derecho, situado entonces donde ahora se ubica la Biblioteca Samuel Ramos de nuestra facultad. Fue la única manera de evitar, como él mismo nos lo había solicitado, el asedio de los miles de jóvenes que querían saludarlo y obtener de él una dedicatoria en sus muy subrayados ejemplares de *Rayuela.*

Relaté ese memorable acontecimiento en mi libro *Mentideros de la memoria,* en el cual también doy cuenta de la presencia de Umberto Eco en el mismo auditorio poco más de un año después. El célebre

semiólogo piamontés dio una conferencia sobre el tránsito del símbolo y la alegoría de la Edad Media al Renacimiento.

Mientras fui coordinador de Difusión Cultural, nunca supe bien a bien de qué instancia dependía el auditorio, si de la Facultad de Filosofía y Letras, de la Dirección General de Actividades Cinematográficas, de la Coordinación a mi cargo, o de la administración central de la Universidad. Esta indefinición administrativa limitó las actividades cinematográficas en el auditorio, si bien en alguno de los espacios vestibulares de ese recinto se ubicaban las máquinas de la Filmoteca, que en su momento oportuno transferían las viejas películas de nitrato de plata, altamente explosivo, a materiales de alta seguridad. También montamos ahí un videoclub, cuyas cintas, años después, serían expropiadas por el movimiento estudiantil del 99.

En la administración de Juliana González como directora de la Facultad de Filosofía y Letras y tras el apaciguamiento del movimiento encabezado por el Consejo Estudiantil Universitario (CEU) de los ochenta, el auditorio se enriqueció con la construcción de una tramoya, para que también pudiera funcionar como teatro. Así se satisfacía una demanda de larga data de los estudiantes y los profesores del Colegio de Literatura Dramática y Teatro de la facultad, que veían con recelo a los estudiantes del Centro Universitario de Teatro (CUT), dependiente de Difusión Cultural, que contaba con su propio espacio escénico.

En un acto organizado por la Coordinación de Difusión Cultural en los noventa, Juan Villoro, Sealtiel Alatriste y yo presentamos en el

auditorio la novela *Malos presagios* de Günter Grass. Asistió el autor, que seis años después ganaría el Premio Nobel de Literatura.

Durante mi gestión como director de la Facultad de Filosofía y Letras entre 1998 y 2000, se presentaron en el remozado auditorio tres grandes personalidades literarias de talla internacional: José Saramago, al día siguiente de que tomé posesión, el 18 de marzo de 1998; Susan Sontag, poco después, y Evgueni Evtushenko, más adelante.

*

Una mañana de 1998 tuve un raro privilegio: ver el montaje pobre (tan pobre que ni el teatro de Grotowski) de *El Divino Narciso* de sor Juana, bajo la dirección de José Luis Ibáñez. Él había instaurado hacía años un seminario de literatura dramática en el que los alumnos se dedicaban a estudiar la compleja obra de la monja jerónima. Por encima de representarla, se tenía el propósito de comprenderla. Que los actores no dijeran delante del público, de dientes para afuera, lo que no entendían, como ocurre con tanta frecuencia en las representaciones de las obras de los Siglos de Oro, sino que conocieran a profundidad el significado alegórico del texto, aunque no lo representaran en una función que implicara la producción teatral de vestuario, escenografía, iluminación... Pude asistir, pues, a una puesta en escena sin producción teatral en el Justo Sierra o Che Guevara. Su único sentido era el de preservar, como un importantísimo patrimonio poético, dramático, cultural, el

conocimiento de una de las obras más complejas de la literatura barroca de lengua española.

*

En el difícil proceso de recuperar la normalidad de la vida académica en la Facultad de Filosofía y Letras, ocurrió algo inesperado. Una mañana estaba en mi oficina de la dirección cuando oí un ruido estridente. Provenía de una sierra eléctrica, con la cual unos jóvenes embozados estaban horadando la placa metálica que impedía la entrada al auditorio. De inmediato me comuniqué con la rectoría para que se evitara ese atentado, pero no obtuve ninguna respuesta. O, más bien, la respuesta terminante fue que no interfiriera en el asunto. Que los dejara hacer, pues. Aparentemente, para la administración central, el riesgo de impedirlo era más alto que el de la reocupación del recinto.

Ha pasado desde entonces un cuarto de siglo y el auditorio sigue ocupado por fuerzas oscuras, ajenas a la Universidad. Tienen tomado el auditorio, donde habitan, y afectan de muchas maneras peligrosas y nocivas la vida cotidiana de la institución. Han privatizado un espacio público y han despojado a la UNAM de uno de sus escenarios históricos emblemáticos, donde los universitarios y el público en general tuvimos la oportunidad de escuchar a las insignes personalidades que he mencionado y a muchas más igualmente notables.

Ha habido varios intentos de recuperarlo, pero todos han fracasado. Cada vez que un nuevo rector toma posesión de su cargo es cuestionado por la comunidad y aun por la Junta de Gobierno sobre la insostenible situación del auditorio, pero hasta ahora no se ha resuelto el problema.

La ocupación del Justo Sierra o Che Guevara por personas ajenas a la Universidad atenta contra la mayor conquista que la Universidad Nacional Autónoma de México ha construido a lo largo de su historia: la autonomía.

Un nuevo cargo

Una mañana de diciembre de 2000, estaba dándoles la bienvenida en el Teatro Juan Ruiz de Alarcón del Centro Cultural Universitario a los estudiantes de la facultad que, por fin, tras largos meses de espera, habían podido ingresar a la institución. De pronto, sonó mi teléfono celular, cosa que entonces no era tan frecuente como ahora. Era el doctor Sarukhán. Silencié la llamada. Terminé mi alocución de bienvenida lo más pronto posible, me excusé ante los estudiantes y le dejé la palabra a Eduardo Casar, que me acompañaba en la mesa. Salí a la explanada del Centro Cultural Universitario y me comuniqué de inmediato con él. Me preguntó, muy lacónicamente, si me interesaría dirigir el Fondo de Cultura Económica.

—¡Que que qué que qué que qué!

Jamás se me había atravesado por el magín semejante propuesta. ¡El Fondo de Cultura Económica! ¿De veras? La editorial del Estado mexicano que con una generosidad ilimitada había desempeñado un papel protagónico en la educación superior de los países de habla española en las ramas primero de Economía y después de Ciencias Sociales y Humanidades; la editorial en cuyos libros había estudiado buena parte de mi carrera; la editorial en la que habían publicado sus obras los escritores mexicanos más admirados de mi país,

Alfonso Reyes, Juan Rulfo, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Rosario Castellanos...

Vicente Fox llegó a la presidencia de la República a finales del año 2000. Yo lo celebré no por su filiación panista, con la que yo no comulgaba entonces ni comulgo ahora, sino por la condición democrática que significaba la alternancia en el poder tras setenta años de hegemonía priista.

José Sarukhán, con quien más allá de su rectorado había mantenido una amistad creciente, aceptó fungir en el nuevo gabinete presidencial como comisionado de Desarrollo Social, una especie de supersecretario, intermedio entre el presidente y varios secretarios de Estado, entre ellos el de Educación Pública.

La crisis universitaria de 1999 me había dejado exhausto. Había sido muy pesado cargar una facultad en el exilio y generar las condiciones necesarias para recuperar la normalidad de la institución, que había quedado lastimada y escéptica. Sentía, además, que ya no contaba con el decidido apoyo que me había manifestado el rector De la Fuente al principio de su gestión. Diversos factores intervinieron en ese alejamiento. Quizá el más importante fue el de las concesiones que se vio forzado a hacer para recuperar la paz universitaria, lo que acabó por implicar una diferencia entre su concepción de la Universidad y la mía. O por lo menos, entre la postura que él había manifestado en el Congreso de 1990 cuando era coordinador de la Investigación Científica y la que, como rector, ahora asumía, forzado por las circunstancias. Por otra parte, la toma del auditorio Justo Sierra y la pasividad que al respecto habían adoptado las autoridades me afectaron

sobremanera. Era un agravio institucional, pero yo, quizá torpemente, lo tomé a cuestión personal. Así que acepté la propuesta de Sarukhán para que presentara mi candidatura en Los Pinos. ¡Y fui aceptado! No recuerdo el día preciso en que me vi instado a hablarle al flamante secretario de Educación Pública, el doctor Reyes Tamez, regiomontano que había sido rector de la Universidad Autónoma de Nuevo León, para acordar con él la fecha de mi toma de posesión del cargo.

La tarea inmediata y apremiante era, por supuesto, presentar mi renuncia ante la Junta de Gobierno de la Universidad al cargo de director de la Facultad de Filosofía y Letras. Pero, por elemental cortesía, quería informar de mi designación primeramente al rector De la Fuente. Ante un puesto de designación presidencial, como era el que me conferían, la legislación universitaria prevé que sólo es necesario informar a las autoridades, que tienen la obligación de conceder una licencia para que el nuevo funcionario pueda ejercer su encomienda. Qué difícil fue intentar hablar con el rector. De seguro estaba molesto conmigo por mi inminente dimisión. Más bien fue imposible darle la noticia a él antes que a la Junta de Gobierno de la Universidad, la instancia que me había elegido. Se encontraba en algún lugar de Francia y por más que yo le dije a su secretario que estaba dispuesto a pasar la noche en vela para sujetarme a su huso horario con tal de hablar con él, nunca me comunicó ni me proporcionó su ubicación específica ni su número telefónico. Finalmente, Enrique del Val, secretario general, tomó nota de mi renuncia. Sólo pude hablar con Juan Ramón la víspera de mi toma de posesión de la Dirección General del Fondo. Me hizo esperar más de una hora en la antesala de su oficina y, aunque no me reclamara de manera explícita mi renuncia a la dirección de la facultad, me hizo sentir su desaprobación minimizando la significación de mi nuevo

puesto y restándole importancia a las dificultades que podrían surgir de mi dimisión en la Facultad de Filosofía y Letras.

El 12 de diciembre del año 2000, día de la Virgen de Guadalupe, asumí el cargo de director general del Fondo de Cultura Económica en sustitución del expresidente de la República Miguel de la Madrid.

Carlos Fuentes
Cuatro frente a uno

Desde mi adolescencia, sus primeras obras y su imagen pública me causaban lo mismo una atracción irresistible que una incomodidad embarazosa. Atracción por la modernidad desafiante de su literatura, por su vocación literaria precoz y el profesionalismo con que la ejercía, por su fuerte personalidad y la manera histriónica de exponerla. Incomodidad porque rebasaba los límites que mi educación puritana me imponía cuando lo leí antes de llegar a la mayoría de edad: la libre obscenidad de su vocabulario, entonces todavía excluido de la «buena literatura», la decadencia, la frivolidad o la doble moral de sus personajes, la apabullante expresión de sus referencias culturales —literarias, históricas, musicales, pictóricas, cinematográficas...—, que me dejaban al margen de la comprensión y que sentía entonces como un alarde inútil de su erudición, que sólo servía para que el lector se avergonzara de su propia ignorancia.

Un punto de inflexión ocurrió cuando asistí en 1965 a la conferencia que Fuentes dictó dentro del ciclo titulado «Los narradores ante el público», convocado por Antonio Acevedo Escobedo, jefe del Departamento de Literatura de Bellas Artes, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio. En él participaron grandes escritores mexicanos: Juan Rulfo, Juan José Arreola, Rosario Castellanos, Inés Arredondo, Juan García Ponce, Vicente Leñero,

Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco... Ahí vi por primera vez en persona a Fuentes. Su seguridad era inhibitoria; sus desplantes, retadores; su erudición, apantallante; su histrionismo, convincente. A pesar de su extremada juventud (que a mí entonces no me parecía tanta, pues él tenía treinta y seis años y yo acababa de cumplir diecisiete), hablaba con la autoridad de un tlatoani universal. Criticó la institucionalización y por ende la traición de la Revolución mexicana por parte del partido hegemónico. Señaló la contradicción entre la violencia física y el mutismo verbal en nuestro país. Reconoció la ascendencia en sus obras de tres escritores mexicanos, Alfonso Reyes, Salvador Novo y Octavio Paz. Inscribió su propia narrativa en la corriente iniciada por Agustín Yáñez y Juan Rulfo. Consideró *Pedro Páramo* la mejor novela escrita en México. Reconoció sus afinidades personales con José Luis Cuevas. Enumeró a sus íntimos amigos mexicanos, latinoamericanos, estadounidenses y europeos. Recorrió los países en que transcurrieron su infancia y su primera adolescencia: Argentina, Chile, Suiza. Se entretuvo en el cine, una de sus grandes pasiones. Ponderó a Balzac «el gran perseguidor de las pasiones, de la energía y de la voluntad». Disertó sobre poesía norteamericana, novela gótica, literatura fantástica. Reivindicó el profesionalismo del escritor, sus derechos, sus ventas, sus recursos publicitarios. Enlistó las ciudades donde habían sido publicadas sus obras: Nueva York, Londres, París, Milán, Ámsterdam, Estocolmo, Copenhague, Oslo, Helsinki, Stuttgart, Berlín oriental, Zagreb, Praga, Varsovia y Moscú. Fijó su postura frente a la llamada literatura comprometida, el marxismo y la política imperialista de Estados Unidos. No habló del *boom,* que ya había hecho su explosión, pero sí se refirió a quienes, con él, lo integraban: Cortázar, García Márquez, Vargas Llosa, Donoso. Habló de la novela que acababa de escribir y que aún permanecía inédita, cuyo título

original era *El sueño* pero que acabó publicándose bajo el nombre de *Cambio de piel.* Se refirió a ella en términos mitológicos y actuales, y se entretuvo en la sexualidad, incluida la sodomía, que en esa obra se manifiesta de manera explícita en franca transgresión al todavía vigente puritanismo de la literatura mexicana. Al final, José Luis Ibáñez y Beatriz Sheridan leyeron fragmentos de la novela, que ruborizaron a más de un asistente. (No me acuerdo de tantos detalles, pero los he reconocido en el libro que registró ese coloquio, publicado por Joaquín Mortiz.)

Salí deslumbrado de esa conferencia, con la impresión de haber escuchado a un monstruo genial y al mismo tiempo con la dolorosa certidumbre de mis carencias y la aplastante duda sobre mi propia vocación literaria.

No lo supe entonces, sino muchos años después. A esa misma charla habían asistido, sin que todavía nos conociéramos, Hernán Lara Zavala, Ignacio Solares y Sealtiel Alatriste, quienes, andando el tiempo, habríamos de erigirnos en un «yo plural», diría Borges, para fungir como un solo interlocutor de Carlos Fuentes. Nos considerábamos miembros de una generación que había sido abolida por la masacre del 68 y que por tanto no habíamos tenido la ocasión de reunirnos, sino muchos años después, ya canosos y panzones, con un extemporáneo y retroactivo sentimiento de pertenencia generacional. Juntos, los cuatro pudimos alternar con él en una conversación sostenida.

Esas referencias de Fuentes, que al principio me habían parecido presuntuosas e inútiles, acabaron por convencerme de la importancia de venir «de regreso» de las cosas. ¿Qué es para mí

«venir de regreso»? Es haber asimilado, en el camino de ida, diversas manifestaciones culturales y de haberlas tomado como un valor entendido para montar sobre ellas un nuevo discurso, de carácter paródico. Suele considerarse que la parodia tiene una intención burlesca, según define el término el *Diccionario de la Real Academia Española,* pero, en mi opinión, no necesariamente es así. Siguiendo a Severo Sarduy en sus ensayos a propósito de la literatura neobarroca de escritores cubanos como Carpentier, Lezama Lima, Cabrera Infante, la parodia puede tener un sentido encomiástico; erigirse en un homenaje a la obra parodiada. Pienso que *Las Meninas* de Picasso o de Alberto Gironella son una parodia de la pintura de Velázquez, pero no son una burla, ¡qué va!, sino un homenaje a su obra maestra; el *Ulises* de Joyce es, asimismo, un homenaje al poema homérico; la película *Blue Jasmine* de Woody Allen, un homenaje a *Un tranvía llamado deseo* de Tennessee Williams. La obra entera de Carlos Fuentes es una sucesión de homenajes a ciertas corrientes literarias, a multitud de escritores, de músicos de todos los estamentos, de pintores, de cineastas, de acontecimientos históricos, de conductas sociales, de idiolectos...

Largo y azaroso fue el camino para que los cuatro amigos llegáramos a dialogar con Fuentes. Recuerdo mi primera interacción con él, antes de que integráramos esa «generación retroactiva». Fue un fracaso rotundo y doloroso.

Yo era coordinador de Difusión Cultural de la UNAM. A principios de mi administración, no sé si en el año 89 o en el 90, Ludwik Margules dirigió la puesta en escena de *Jacques y su amo,* la pieza dramática de Milan Kundera, prohibida en Checoslovaquia como toda la obra del enorme escritor checo. Ludwik me pidió que, para el estreno, invitáramos a Fuentes y a sus amigos al Teatro Juan Ruiz de Alarcón del Centro Cultural Universitario, en el que se representaba.

Yo accedí muy gustoso y mandé apartar unos lugares que fungieran como una especie de sección privilegiada de la platea, pues ese recinto no cuenta con un palco propiamente dicho. Desde luego, yo pensaba sentarme al lado de ellos, en calidad de anfitrión. Le hablé a Hernán Lara Zavala, director entonces de Literatura de la Coordinación, para que me acompañara. Llegamos los dos con mucha anticipación al vestíbulo del teatro para esperarlos. Ellos se presentaron a punto de que empezara la función. Integraban la comitiva —además de Margules—, Fuentes y algunos de sus compañeros de generación, entre ellos, si mal no recuerdo, Víctor Flores Olea, presidente del Conaculta, y Enrique González Pedrero, director del Fondo de Cultura Económica. Me apersoné ante ellos para darles la bienvenida, les presenté a Hernán Lara y saludé a Fuentes. El famoso escritor apenas me volteó a ver, y me dio la mano muy displicentemente. Lo mismo hizo con Hernán. De seguro nos tomó por meros burócratas universitarios. Fue tal el desaire, que Hernán y yo optamos por sentarnos en otra parte. Lejos de ellos.

Las cosas cambiaron después, radicalmente. Como director de Alfaguara, Sealtiel había logrado llevar la obra completa de Fuentes a la editorial, para beneplácito del Grupo Prisa, comandado por don Jesús de Polanco —«Jesús del gran poder», como le decían al exitoso empresario español—. Para beneficio también de Fuentes, que desde entonces tejía estrechas relaciones con importantes grupos de diferentes perfiles y procedencias —empresarios, políticos, intelectuales, periodistas—, a quienes reuniría en el llamado Foro Iberoamericano.

El caso es que a instancias de Sealtiel, los cuatro amigos nos juntábamos a conversar con Fuentes. Cuando el escritor, que pasaba la mitad del año en Londres, estaba en México, íbamos a comer con él por lo menos una vez al mes. Al Prego de Polanco, al André de

Miguel Ángel de Quevedo, al San Ángel Inn de Altavista. Antes, nos distribuíamos los temas que previsiblemente saldrían a la plática: a Hernán le tocaba la literatura inglesa; a Nacho Solares, la Revolución mexicana; a Sealtiel, el cine, y a mí la literatura hispanoamericana. Entre los cuatro más o menos le dábamos batería. Y él la pasaba bien, a juzgar por la duración de las sobremesas, marcadas por la templanza de Fuentes, que sólo tomaba una o dos copas de vino, pero que se prolongaban hasta la noche. También nos reuníamos cada 23 de diciembre, con nuestras respectivas esposas, en casa de Hernán y Aída, su mujer, para celebrar la Navidad.

El Fondo

Mi nombramiento

¡Ay, Virgencita de Guadalupe, yo que no creo en ti, te pido que me ayudes, que me ilumines, que me protejas!

Asumí el puesto de director general del Fondo de Cultura Económica el guadalupano día 12 de diciembre del año 2000. Ese martes acudí a las espectaculares instalaciones del Fondo en la carretera Picacho-Ajusco, cuya edificación se debía al talento del famoso arquitecto mexicano Teodoro González de León y al impulso del expresidente Miguel de la Madrid, que ocupó la dirección de la editorial en los últimos sexenios del PRI.

*

Tan pronto se enteró de que yo habría de ocupar la dirección general, vino a mi casa Jorge Ruiz Dueñas, abogado de formación, escritor de vocación y gerente general de la editorial en el periodo de Miguel de la Madrid. Lo primero que hizo fue colocarme el pin del FCE en la inexistente solapa de mi suéter. Después me entregó un metro cúbico de documentos. Durante los pocos días que precedieron a mi designación formal, los estudié con devoción filológica. ¡Qué diferente es conocer una editorial como asiduo lector de sus publicaciones que como director! Por primera vez me metí en

las complejas páginas administrativas de una institución que yo sólo conocía por sus tapas.

*

Esperé a la entrada del edificio al doctor Reyes Tamez, que en nombre del presidente de la República me daría posesión formal del cargo. Pasamos a una muy bien acondicionada sala de espera, aledaña al auditorio Jesús Silva-Herzog. Ya se encontraban ahí reunidos, entre otros funcionarios de alto nivel, los integrantes del presídium: Miguel de la Madrid; Sari Bermúdez, presidenta del Conaculta, Andrés Lira, presidente de El Colegio de México, y Juan Ramón de la Fuente, rector de la UNAM, que acudió como miembro del Consejo Directivo del Fondo. Cuando llegó la hora, nos dirigimos al auditorio. Estaba abarrotado de directivos y empleados de la editorial —correctores, traductores, diseñadores, tipógrafos, ilustradores—, representantes de muchos sellos editoriales, autores de la casa —economistas, sociólogos, historiadores, filólogos, científicos, filósofos, literatos—, escritores, familiares y amigos.

Hubo momentos en el acto en que pensé que la ignorancia había llegado al poder: el doctor Tamez, en su breve discurso, confundió El Colegio de México con El Colegio Nacional. La pifia provocó un ligero pero generalizado susurro descalificador, que no pasó a mayores. Por su parte, Sari Bermúdez creía erróneamente que el Fondo de Cultura Económica, y así lo dio a entender, estaba bajo la égida del Conaculta que ella presidía, cuando en realidad es un organismo público descentralizado del Estado mexicano con personalidad jurídica propia, cuya cabeza de sector es la Secretaría de Educación Pública. Debo decir que Miguel de la Madrid no incurrió en ningún

error: me dio una bienvenida cálida, en la que destacó mi amor por los libros y mi procedencia universitaria.

Por mi parte, en mi discurso hablé del Fondo de Cultura Económica no sólo como una editorial, sino como una institución de cultura y de educación superior de gran resonancia nacional e internacional.

*

Cuando me reuní con el rector De la Fuente la víspera de mi toma de posesión como director del Fondo, me atreví a preguntarle, ya al final de nuestra dilatada plática, si la comisión que me otorgaría la Universidad por disposición estatutaria para desempeñar mi encomienda podría incluir un porcentaje, por mínimo que fuera, de mi salario de profesor universitario de carrera. Tratándose de una designación presidencial, la UNAM tenía la obligación de aceptar mi solicitud de comisión, pero no necesariamente con goce de sueldo. Yo por supuesto no quería recibir mi salario completo ni mucho menos, pues el Fondo me pagaría el sueldo correspondiente a mi cargo, pero no quería perder ni interrumpir mi antigüedad académica en la institución. Para ello bastaría con que la Universidad me comisionara con un sueldo mínimo, incluso del uno por ciento. El rector me dijo que ese tema lo tratara con la doctora Arcelia Quintana, abogada general de la UNAM. Días más tarde fui a verla a sus oficinas. Me dijo que tenía instrucciones precisas del rector de no comisionar con goce de sueldo, así se tratara de un porcentaje insignificante, absolutamente a ningún universitario que hubiese sido invitado a ocupar un cargo en la nueva administración foxista. Agregó que, en esos momentos del cambio de régimen presidencial, había muchas solicitudes de comisión y que el rector había

considerado que lo mejor sería adoptar un criterio parejo para todos. No me quedó más remedio que admitirlo, muy a mi pesar, pues la Universidad era la casa en la que había laborado durante veintiséis años y a la que regresaría al término de mi comisión, como acabé por hacerlo. Además, no quería dejar de dar clase. No obstante la intensidad del trabajo del Fondo, deseaba seguir ejerciendo una parte sustancial de mi vocación: la docencia.

No lo había pensado antes, pero en un momento de lucidez recordé que hacía muchos años yo había concursado por una plaza de profesor de asignatura, y que había obtenido la definitividad. Así que hice valer un derecho adquirido tiempo atrás y lo ejercí por el periodo —muy breve, por cierto— que duró mi gestión en el Fondo. El Consejo Técnico de la Facultad incluso me autorizó a dar mis clases en las propias instalaciones de la editorial.

Una mañana me visitó en mi oficina Guillermo Sheridan. Él había sido nombrado director de la Casa de México en París y quería que el Fondo le donara una colección de libros para su biblioteca. Al despedirse, hizo un elogio del rector, que me dejó entre sorprendido y consternado:

—¡Qué cuate, Juan Ramón! Me comisionó a la Casa de México en París con goce de sueldo.

*

Una vez «ungido» como director general, respondí las numerosas preguntas de la prensa y subí a «mis» oficinas de la Dirección, ubicadas en la última planta. Pero no subí como cualquier trabajador del Fondo, sino por un elevador exclusivo, reservado para el director general, que en los tiempos de la construcción del edificio era un expresidente, quien, como lo pude comprobar después, se hacía

acompañar de su escolta militar. En la pared del recibidor de las oficinas colgaban los retratos de los diez directores que me antecedieron en el puesto: Daniel Cosío Villegas, Arnaldo Orfila, Salvador Azuela, Antonio Carrillo Flores, Francisco Javier Alejo, Guillermo Ramírez, José Luis Martínez, Jaime García Terrés, Enrique González Pedrero y Miguel de la Madrid (curiosamente fui el undécimo director, como había sido el undécimo hijo de mis padres). Al entrar a mi despacho quedé estupefacto. Era un salón enorme, con un gigantesco ventanal, desde el que pude divisar mi casa, trepada en un cerro del pueblo originario de San Nicolás Totolapan, y una terraza volada que parecía atravesar el inmueble entero, pues su réplica gemela salía del otro lado del edificio. El amplio escritorio estaba respaldado por un cuadro de Diego Rivera alusivo al magisterio. La credenza sostenía un protagónico teléfono rojo —el de la red presidencial y de los secretarios de Estado—, que sólo timbró una vez en el casi año y medio que me acompañó. Al lado, un juego de sala, adornado por otro cuadro, de la autoría de Ricardo Martínez. Una mesa de juntas de doce plazas cabía con holgura en el salón, al lado de otra más pequeña, para cuatro personas. Esa oficina estaba conectada con la gran sala del Consejo, cuya mesa redonda podía albergar a más de veinte personas. En las estanterías que cubrían sus paredes, como testigos silenciosos y discretos de la larga historia de la editorial, se exhibían, acomodados en orden cronológico, los libros de su extenso catálogo. Entre la oficina y la sala del Consejo había un pasillo al que desembocaban un baño completo y una recámara, donde podría dormir mis necesarias e insobornables siestas de diez minutos. Recuerdo que en alguna ocasión me visitaron Beatriz de Moura y Toni López Lamadrid, mis editores de Tusquets en Barcelona. Se quedaron azorados ante las

dimensiones de mi oficina y me dijeron que era mayor que su editorial completa, donde trabajaban más de veinte personas.

Como chícharo en cazuela me sentí el viernes 15 de diciembre del año 2000, cuando fui a trabajar al Fondo por primera vez después de mi nombramiento y me senté en la silla giratoria del escritorio de esa descomunal oficina.

Para algunos escritores, como Juan Villoro, el Fondo de Cultura Económica había sido «secuestrado» por Miguel de la Madrid durante un decenio, y vieron en el nombramiento de mi persona una suerte de liberación o de rescate de la editorial del Estado. Llegaba ahora a la dirección un escritor y académico, como lo habían sido algunos de mis ilustres antecesores, Jaime García Terrés y José Luis Martínez, en lugar de un político. Yo no compartía necesariamente esa visión. En mi opinión, algunas de las aportaciones de don Miguel a la editorial fueron muy valiosas: su condición de expresidente le permitió contar con un generoso subsidio gubernamental y construir un imponente edificio, aledaño a El Colegio de México, su institución hermana —más bien hija suya, pues de una costilla del Fondo había nacido cuando aquel se fundó como Casa de España en México para recibir a los intelectuales procedentes del exilio español republicano —. El edificio es una obra de arte, aunque acaso más bello para verlo por fuera que funcional para vivirlo por dentro. Su estructura es vertical y no horizontal, cuando las tareas que ahí se desarrollan podrían corresponder más a la imagen de un tren —como mi casa de Mixcoac o como la sucesión de facultades en el campus de Ciudad Universitaria— que a una torre. Pero, aun así, es un edificio espléndido. De la Madrid impulsó una novedosa línea editorial que le dio al Fondo una excepcional dimensión etaria: la literatura para niños y jóvenes, dirigida por mi exalumno Daniel Goldin, que en su momento fue muy exitosa y contribuyó a la promoción de la lectura

desde los primeros años de la vida. Además, abrió varias librerías, que permitieron exponer el catálogo completo de la editorial, compuesto entonces por más de seis mil títulos vivos. Para contrarrestar la competencia *desleal,* así calificada por los dueños de librerías pequeñas que ya rivalizaban con las que se habían instalado en los grandes centros comerciales y con los grandes consorcios editoriales que entonces se fueron integrando, el Fondo también vendía en sus estanterías libros de otros sellos editoriales. A mí me tocaría adoptar una política que acabara con algunas prácticas sobrevivientes de esta competencia desleal, pues los libreros reprobaban, con toda razón, que la editorial del Estado, con recursos fiscales, ofreciera rebajas que ellos no podían hacer sin graves perjuicios económicos. Todavía no se aprobaba la ley del precio único de los libros, que en realidad nunca llegó a implantarse seriamente.

De la Madrid contó con sabios asesores, como Adolfo Castañón, de cuya sabiduría y de cuyo consejo yo me pude aprovechar durante mi gestión; sin embargo, el expresidente no evitó que algunos títulos se publicaran «por compromiso», al margen de los criterios de la editorial. Uno de ellos, que me viene ahora a la cabeza, fue el que se publicó por compromiso de don Miguel ¡consigo mismo!, pues dio a la imprenta los volúmenes dedicados a su plan de gobierno cuando fue presidente de la República. Así como no hay nada más viejo que un periódico del día de ayer, diría Julio Cortázar, acaso no haya nada más obsoleto que un plan a futuro de un Gobierno del pasado. Quizá los historiadores no estén de acuerdo conmigo.

Desde un principio me quedaba claro que había que buscar un punto de equilibrio entre los recursos fiscales que la editorial recibía del Gobierno federal y la generación de ingresos propios. Este era, para mí, el problema más difícil de mi administración en el Gobierno foxista, pues yo, la verdad, no creía en la rentabilidad de la institución. Como organismo cultural del Estado mexicano, el Fondo, en mi concepción, tenía el deber moral de publicar las obras imprescindibles de la cultura mexicana, hispanoamericana y universal, con independencia de su rentabilidad o de la rapidez con que se recuperara la inversión. No es rentable publicar a Kant, a Cassirer o a Henríquez Ureña, pero si no lo hace el Fondo, no lo podrá hacer en México una editorial privada, precisamente porque sus obras, aunque necesarias e importantísimas, no son rentables en el corto plazo. Nunca serán *best-sellers,* pero siempre serán *long-sellers.* Alguna editorial mexicana debe publicarlas. ¿Cuál? El Fondo de Cultura Económica, en seguimiento de su vocación original y en congruencia con los principios que le dieron origen.

De su fundación a mis tiempos

La editorial fue creada en 1934 bajo el liderazgo de Daniel Cosío Villegas, quien se había percatado de la necesidad de que los alumnos mexicanos de la flamante Escuela Nacional de Economía, nacida en 1933 de la Facultad de Derecho de la Universidad, contaran con los textos propios de su disciplina, a la sazón inexistentes en lengua española. Como su nombre lo indica, el Fondo de Cultura Económica empezó su labor editorial con la publicación de títulos de economía, que habrían de satisfacer las

demandas académicas de esta disciplina no sólo para México sino para América Latina.

Con el concurso de numerosos intelectuales procedentes del exilio español republicano tras la Guerra Civil española, la editorial fue ampliando el espectro de su catálogo al publicar títulos fundamentales de las diversas áreas de ciencias sociales y de humanidades.

El editor argentino Arnaldo Orfila Reynal, sucesor de don Daniel, tuvo la visión de publicar numerosas obras que con los años adquirieron valor paradigmático e incidieron determinantemente en la formación de los estudiantes universitarios de todos los países de habla española. También se establecieron, bajo su administración, las filiales de la editorial en Madrid y en Santiago de Chile, con las que dio inicio la presencia del Fondo en otros países.

*

Una de las pocas ventanas abiertas a la cultura universal durante los tiempos oscuros de la dictadura franquista fue la filial del Fondo de Cultura Económica en Madrid. En alguno de los varios viajes que hice a España cuando fui director de la editorial conocí a Javier Pradera. Un hombre sabio, crítico, que se desempeñó como el primer titular de la delegación del Fondo en Madrid en los duros años del franquismo, entre 1962 y 1966. Trabé amistad entonces con el filósofo Fernando Savater, que codirigía con Pradera la revista *Claves de la Razón Práctica,* en la que publiqué algún artículo.

En el caso de Santiago de Chile, Augusto Pinochet mandó cerrar la filial. Esta clausura es fiel testimonio de la importancia crítica que la editorial ha sostenido a lo largo de su historia en todos los países hispanohablantes. Y también en Brasil y en Estados Unidos. Si no

fuera una editorial crítica y libertaria, no la habría censurado el fascismo.

*

Cuando me tocó estar a su cargo, la institución contaba con un enorme patrimonio editorial de casi siete mil títulos, de los cuales más de cinco mil se encontraban en circulación. El número de títulos se correspondía con el de ¡noventa millones de ejemplares! editados a lo largo de los sesenta y siete años de vida que entonces tenía la casa. Como muy pocas editoriales en el mundo, publicaba dos libros diarios. En efecto, salían a la luz más de setecientos títulos al año, de los cuales cerca de doscientos cincuenta eran primeras ediciones. En la Ciudad de México, nuestra casa editorial tenía cinco librerías propias donde exhibía la totalidad de su catálogo vivo. Se contaba además con delegaciones en las dos ciudades más importantes del interior de la república, Guadalajara y Monterrey, y con filiales en nueve ciudades extranjeras: Madrid, Guatemala, Caracas, Bogotá, Lima, Santiago de Chile, Buenos Aires, São Paulo y San Diego California.

Entre novedades y reimpresiones, durante mi breve gestión de dieciséis meses, el Fondo de Cultura Económica publicó ochocientos setenta y seis títulos.

*

No obstante el subsidio proveniente del Gobierno federal, el Fondo había gozado, a lo largo de sus casi siete décadas de vida, de una absoluta autonomía editorial que se reflejaba en la pluralidad de su catálogo. Uno de los pocos casos de intromisión del Estado fue el

motivado por la aparición del libro *Los hijos de Sánchez* del antropólogo estadounidense Oscar Lewis, que dio pie a que el presidente Díaz Ordaz exigiera la renuncia del gran editor Arnaldo Orfila Reynal por considerar que la publicación de esa «autobiografía colectiva» que retrataba la cruda pobreza de México era denigrante para el país, sobre todo por haber sido escrita por un estadounidense de izquierda. Tras su despido, Orfila fundó la Editorial Siglo XXI.

Años después, quién lo diría, Orfila se haría acreedor al Águila Azteca, la mayor condecoración que el Gobierno de México otorga a un extranjero.

*

No hay intelectual de habla española de la segunda mitad del siglo XX que no haya reconocido haberse formado, así sea parcialmente, en los libros del Fondo.

*

—¿Quién fue su maestro? —le pregunté.

Y el gran sociólogo Helio Jaguaribe me respondió con su dulce acento *brasileiro,* pero con seguridad contundente, sin la mínima vacilación:

—El Fondo de Cultura Económica.

*

Apenas iniciado el año 2001, visité las sucursales del Fondo en Guadalajara y en Monterrey y sostuve relaciones con la comunidad

intelectual de esas grandes ciudades mexicanas. Viajé también a Madrid, Guatemala, Bogotá, Buenos Aires, Santiago de Chile para conocer las sedes del Fondo ahí establecidas y saber de primera mano sus necesidades y sus proyectos. Creo que el contacto directo con las comunidades intelectuales, sobre todo literarias, de esos países redundó en el enriquecimiento de nuestro catálogo y en la mejor distribución de los títulos mexicanos en esas sedes.

El caso de Cuba

Mis estrechas relaciones familiares, amistosas, literarias, académicas, profesionales con Cuba, que unos años después describiría minuciosamente en mi novela *Tres lindas cubanas,* me hicieron pensar que la presencia del Fondo de Cultura Económica en la isla podría ampliar los horizontes culturales de un pueblo tan lector como limitado para la adquisición de libros extranjeros. Asistí, como lo había hecho en años anteriores, a la Feria del Libro de La Habana, que se celebra en los primeros meses del año en La Cabaña, una de las instalaciones aledañas a El Morro. Vi, con gran desasosiego, cómo los cubanos no tenían dinero para comprar los títulos que exhibíamos en nuestro estand y, con enorme pena, cómo a los niños se les iban los ojos tras los libros de literatura infantil de la colección A la Orilla del Viento que no podían comprar. He de confesar, después de tantos años, que me hice de la vista gorda cuando observaba que algún cubano se robaba un libro. Claro que pensé en la posibilidad de abrir una sede del Fondo en La Habana, pero más temprano que tarde me di cuenta de que tal pretensión era utópica.

Desde mi primer acuerdo con el secretario de Educación Reyes Tamez, había recibido una especie de consigna o de extrañamiento:

que el Gobierno federal subsidiara al Fondo en México no era lo deseable, pero tenía alguna justificación educativa, pero que patrocinara a las filiales en el extranjero era inadmisible. Tendríamos que hacer que las filiales fueran autosuficientes, cosa dificilísima de lograr, pero del todo imposible en el caso de Cuba. Los cubanos no tenían, ni de lejos, la capacidad adquisitiva para comprar libros de nuestra editorial. La idea de abrir una sede en La Habana era inviable, a menos que fuera subvencionada en su totalidad por el Estado mexicano. Y no eran los tiempos para ello. Las relaciones diplomáticas entre Cuba y México en la administración de Vicente Fox no eran buenas en 2001 y a principios del año siguiente sufrirían uno de sus más fuertes descalabros.

Lo que sí pude hacer en febrero de 2002 —semanas antes de la crisis en las relaciones entre ambos países— fue abrir una biblioteca del Fondo en la plaza Martí de La Habana, a espaldas de un monumento al Apóstol de la Independencia de Cuba y enfrente del Teatro Nacional. No fue una tarea fácil, ni del lado mexicano ni del cubano. Por una parte, tuve que conseguir la autorización gubernamental de México para que se pudiera hacer la donación de ejemplares, facultad exclusiva del Ejecutivo Federal; por la otra, negociar con las autoridades culturales de Cuba que se recibiera la donación completa sin que censuraran ningún título, como hubieran querido hacerlo, por ejemplo, con *Infanterías,* una antología de la obra de Guillermo Cabrera Infante que había sido vetada por el Gobierno revolucionario. Finalmente, de ambos lados fue aceptada mi propuesta. Enviamos dos ejemplares de cada título y asistí a la inauguración de la biblioteca. Estaban presentes el ministro de Cultura Abelito Prieto, su antecesor, el exministro Armando Hart, y el embajador de México en Cuba, Ricardo Pascoe, entre muchos funcionarios, escritores, intelectuales. Al mes siguiente, se suscitó el

terrible altercado entre Fidel y Fox, que culminó con la frase lapidaria «Comes y te vas» que el presidente mexicano le espetó por teléfono al comandante en jefe de la Revolución cubana cuando lo invitó a que viniera a Monterrey a la Conferencia Internacional sobre la Financiación para el Desarrollo, a la que acudieron cincuenta jefes de Estado. Sin que Fox se diera cuenta, Castro grabó la conversación y luego la dio a conocer a través de los medios de comunicación para justificar la premura con la que se vio obligado a abandonar la reunión antes de que llegara el presidente de Estados Unidos, George W. Bush. Algunos comentaristas suspicaces consideraron que mi obligada dimisión a la dirección del Fondo de Cultura Económica se debió a mi atrevimiento de abrir una biblioteca de la editorial en La Habana. El propio Carlos Fuentes protestó públicamente ante la actitud gubernamental de mi despido. Pero, la verdad, no creo que haya sido el caso, aunque tal vez le sirvió de pretexto al régimen foxista para solicitar mi renuncia.

Más importante que la apertura en La Habana de esa biblioteca fue la edición de tres volúmenes antológicos de las letras cubanas del siglo xx. En la cátedra que impartía en la Facultad de Filosofía y Letras con esa temática había sostenido, como plataforma conceptual, que la literatura cubana escrita en español era una sola, con independencia del lugar donde se produjera. Tanto la que se escribía dentro de la isla como la que se escribía en el exilio o en la diáspora obedecían a la misma tradición literaria, de Martí a Lezama Lima, de Julián del Casal a Gastón Baquero, de Dulce María Loynaz a Severo Sarduy. Así que consideré que deberíamos publicar una obra antológica que reuniera a los escritores de uno y otro lado. Con la magistral asesoría de Ambrosio Fornet y el entusiasmo de Leonardo Padura, el resultado quedó plasmado en tres volúmenes, correspondientes a tres géneros literarios: poesía, narrativa y

ensayo. Lo meritorio no estribó sólo en la selección de los escritores, sino en la participación de los antólogos. Para cada uno de los géneros, elegimos a dos literatos, uno de adentro de la isla y otro de afuera. Claro que tuvieron que ponerse de acuerdo en los escritores que incluirían en la antología del género adjudicado, pero también en la redacción de los prólogos. Uno de ellos, el de ensayo, está firmado al alimón por Rafael Hernández y Rafael Rojas. La verdad, no creo que haya habido muchos esfuerzos semejantes para acercar las dos Cubas que el cisma revolucionario escindió.

*

—¡Para qué escribir! —me dijo Hernán Lara Zavala cuando recorríamos uno de los edificios de la Feria de Frankfurt, donde se exhibían cientos de miles de libros.

—¡Sí, qué caso tiene! —lo secundé, abrumado por esa montaña de textos que podían sofocar la vocación literaria más arraigada.

*

Ya lo conté con pormenores en *Mentideros de la memoria* y ahora sólo enumero los episodios infructuosos que vivimos Hernán y yo para devolver la obra de Juan Rulfo al Fondo de Cultura Económica, donde había nacido: la visita a la viuda, de nombre rulfiano, Clara Aparicio, quien, rodeada de sus hijos y asesorada por el arquitecto Arturo Jiménez, que se había erigido en el celoso custodio de la vida y la obra del escritor, condicionó la posibilidad —y sólo eso, la *posibilidad*— de tratar el asunto a la devolución de los mecanoscritos de los dos libros de su marido; la entrega en la sala principal del Palacio de Bellas Artes de los susodichos documentos, que a ojos

vistas del público que asistía a una exposición fotográfica del escritor, depositamos en sendas urnas que bajaron de la tramoya; el silencio subsecuente, que nunca se rompió con una negativa clara que nos hubiera evitado mantener viva una esperanza que nunca se cumplió. Rulfo nunca volvió a la tierra natal de sus libros.

Mi renuncia

Mi concepción del deber y del cometido del Fondo de Cultura Económica, que expuse desde mi discurso de toma de posesión, acabaría por chocar con las directrices del nuevo régimen. Se quería, como lo he dicho, que el Fondo fuera rentable. Es decir que pudiera prescindir de los recursos fiscales que el Gobierno le proporcionaba para cumplir su misión; esto es, en palabras crudas, que se privatizara. Muchos argumentos en contra les di, en mis sucesivos acuerdos, al secretario Tamez y, en mis comparecencias, al Consejo de Administración que sancionaba nuestro ejercicio administrativo y que estaba integrado por personas que sabían de números, pero no de letras.

Lo que menos aceptaban Reyes Tamez y Ramón Muñoz, el asesor presidencial que asistía a las sesiones del Consejo de Administración del Fondo en representación del presidente de la República, era, como lo he dicho, que el Gobierno mexicano patrocinara, a través de sus publicaciones, el desarrollo de la cultura y de la educación superior en otros países. Qué hacía México, pensaban, subvencionando las filiales del Fondo en Argentina, Colombia, Guatemala, Lima, Santiago de Chile e incluso en Madrid, Brasil y San Diego, California. No consideraban que tal cobertura era un capital político invaluable, que le daba a México un papel protagónico en las

relaciones internacionales, en particular con los países hispanoparlantes, altamente aprovechable en el concierto de las naciones.

*

También ya lo conté en toda su largura en *Mentideros de la memoria.* Alfonso Durazo, secretario particular de Vicente Fox, me encargó que en mi doble condición de director del Fondo y de secretario de la Academia Mexicana de la Lengua redactara el discurso que el presidente pronunciaría en la inauguración del Congreso Internacional de la Lengua Española a celebrarse en Valladolid, España. Yo lo escribí bien; el presidente lo leyó mal. El público del Teatro Calderón, integrado en su mayoría por académicos, pasó de la vergüenza a la indignación. Donde yo escribí *Jorge Luis Borges,* Fox leyó *José Luis Borgues.* Error de mi parte, pues tuve la osadía de incluir un nombre que el presidente mexicano, por lo visto, nunca había escuchado. Para algunos, esa fue la causa de mi despido de la editorial del Estado.

*

Tras largos y casi siempre fracasados acuerdos, me vi comprometido, ingenuamente, a hacer autosuficientes las sucursales en el extranjero a cambio de seguir manteniendo los recursos fiscales en México para cumplir el objeto social del Fondo. Por supuesto que no lo logré.

Esa podría haber sido la causa de mi destitución a escasos año y cuatro meses de mi administración, pero ni siquiera fue el argumento, y menos el pretexto. La única vez que sonó el teléfono

rojo en mi oficina estaba en la línea Reyes Tamez. Me habló para citarme en su despacho de la Secretaría. Después de una larga antesala, me recibió sentado al escritorio que tiempo atrás habían ocupado nadie menos que José Vasconcelos y Jaime Torres Bodet. Tras muchos circunloquios, tan ajenos a la consabida reciedumbre verbal de los regiomontanos, me dijo que el Gobierno federal tenía «otros planes» para la editorial. Pero no acababa de decirme lo que decirme quería. Lo tuve que ayudar y le pregunté, directamente:

—¿Usted lo que quiere decirme es que renuncie al Fondo?

Lo liberé. Se limitó a exclamar, aliviado:

—¡Sí, sí! ¡Muchas gracias!

El mío era un nombramiento *de confianza* y debía acatar que en cualquier momento me lo retiraran.

Reyes Tamez no me supo informar cuál sería la fecha adecuada de mi renuncia ni quién se quedaría a cargo de la dependencia mientras se designaba a un nuevo director. El caso es que, al día siguiente, 30 de abril de 2002 —día del Niño, por cierto—, reuní a todo el personal de la editorial. Me despedí con unas palabras de agradecimiento, no sin que la emoción se asomara discretamente a mis lagrimales, que lograron contener su impulso.

Yo tenía programado un viaje a Colombia para reunirme por segunda ocasión con el arquitecto Rogelio Salmona, quien construiría la sede «Gabriel García Márquez» en Bogotá, con recursos colombianos, en un predio cercano a la catedral, que se había adquirido gracias a los buenos oficios de Camilo Sierra, a quien yo había designado director de la filial en aquel país. Por obvias razones ese encuentro se canceló. Pero también iría como escritor, pues mi querido amigo Darío Jaramillo me había organizado la presentación de mi libro recién publicado, *Ensayo de contraconquista.* Por insistencia de Darío y con el patrocinio del

Banco de la República, de cuya gerencia cultural él era titular, cumplí mi compromiso. Cabe decir que del Banco de la República de Colombia dependen instituciones culturales de primera importancia, como el Museo del Oro, la Casa de Moneda, la Biblioteca Luis Ángel Arango, la Colección Botero... Es decir que Darío, a pesar de la modestia que lo caracteriza, era un hombre poderoso. Y no se limitó a presentar mi libro. A sabiendas del penoso trance por el que pasaba, tuvo la gentileza de que el Banco me hospedara por una semana en el maravilloso hotel Santa Clara de Cartagena de Indias, acaso el hotel más bello en que me haya alojado en mi vida. A este viaje me acompañó Yolanda, que había estado a mi lado durante la mayor parte del tiempo que duraron mis funciones académico-administrativas.

Ahí nos quedamos. Yo me dediqué a escribir en una de mis libretas que por aquí guardo los pormenores de mi despido del Fondo. Mi propósito era no falsear ni magnificar en el futuro lo que había sucedido en esa para mí terrible renuncia. Pero a pesar de su intención, no he querido releer esas páginas manuscritas. Aun a riesgo de magnificar y falsear lo ocurrido, he optado, para contar esta historia, por que sea la memoria la que mane como la fuente del jardín tropical del exconvento de las monjas clarisas, pletórico de árboles frutales, tucanes y cacatúas.

No fue la apertura de una biblioteca en Cuba las vísperas del terrible desencuentro entre Fox y Fidel. No fue el discurso en que cometí el «error» de citar el nombre de un escritor universal desconocido para quien tenía que leerlo en un acto solemne. No fue que no hubiera cumplido la instrucción de privatizar el Fondo al menos en sus sucursales en el extranjero. No fue mi incompetencia editorial o administrativa. ¿Qué fue entonces lo que llevó al Gobierno mexicano a pedirme mi renuncia al Fondo de Cultura Económica?

Después de casi un cuarto de siglo, pienso que fueron otras las causas.

Yo había llegado a la dirección del Fondo de Cultura Económica por iniciativa de José Sarukhán, cuando él había sido nombrado por el presidente Fox comisionado de Desarrollo Social, un puesto intermedio entre el presidente y varios secretarios de Estado. Pero Sarukhán no pudo ejercer su encomienda por la sencilla razón de que no tenía el poder político ni presupuestal para estar por encima de sus presuntos subordinados. Así que se vio precisado a renunciar a su cargo. Yo entonces me quedé solo en esa administración. Intereses partidarios de ocupar mi puesto acabaron por desplazarme. A partir de entonces, hasta donde puedo saberlo, ya no hubo restricciones presupuestales ni consignas privatizadoras.

El secretario Tamez me ofreció la embajada de México en Grecia. Ese había sido el destino que habían tenido mis ilustres antecesores José Luis Martínez y Jaime García Terrés. Le contesté que no necesitaba esa especie de premio de consolación. Que regresaría a la UNAM a seguir ejerciendo mi función de profesor de tiempo completo. Me insistió en que visitara a Jorge Castañeda, el canciller. Por no dejar, así lo hice. El canciller me preguntó si tenía interés en desempeñar un puesto diplomático en el extranjero, sin precisar dónde. Le dije que no, gracias. Y volví a mi *alma mater,* de la que, en realidad, nunca me había destetado.

Silvia Garza y la Cátedra Alfonso Reyes

Mi homenaje a Gabriel García Márquez

Desde aquella tarde con su noche y aquella noche con su mañana y aquella mañana con su nueva tarde del mes de septiembre de 1967 en que leí *Cien años de soledad* de un tirón, azorado, febril, a dentelladas, hasta ahora, que he recorrido en las páginas serenas de *Vivir para contarla* el camino de la empecinada vocación que llevó a su autor a escribir esa portentosa novela, he leído con dedicación, con alegría, con pasmo y con amor la obra de Gabriel García Márquez. Quién me iba a decir que después de treinta y seis años de lectura sostenida, estaría en la dichosa situación de relatar la historia de mi propia lectura en su presencia y ante un auditorio pletórico de jóvenes, entre quienes, quizá, haya algún privilegiado por ahí que no haya abierto un libro suyo todavía y que se encuentre por tanto en la envidiable posibilidad de leerlo ahora por primera vez, igual que nosotros cuando nos asomamos a las páginas que relatan la centenaria historia de Macondo, con los ojos abiertos como platos pero con la certidumbre de la veracidad de lo que en ellas se contaba, tan confiados como estupefactos, con los pies en la tierra y las alas en el cielo.

[...]

Y el libro pasó de los estudiantes universitarios a los profesores y de los profesores a esa suerte de gineceos donde las señoras ricas prefieren estudiar literatura, filosofía o historia del arte que jugar canasta o comprar zapatos, y de las mujeres sabias a sus maridos y de ahí a los choferes y a las secretarias y a los oficinistas y a quienes a lo mejor nunca habían leído un libro en su vida y después de *Cien años de soledad* se volvieron lectores consuetudinarios. Y se escribieron miles de reseñas y artículos sobre la obra y se redactaron sesudas tesis doctorales a su propósito y se impartieron cursos y seminarios para que los académicos aplicaran las metodologías críticas entonces en boga: los estructuralistas montaron y desmontaron la novela como si se tratara de una carabina reglamentaria, los marxistas vieron en ella todos los signos de la lucha de clases y de la explotación imperialista en las compañías bananeras de América Latina y los psicoanalistas diseccionaron al bicho raro que la había escrito y le encontraron todo género de patologías. Y se hicieron decenas de

ediciones de la obra, que fue traducida a todas las lenguas escritas de ambos hemisferios. Y su autor fue reconocido y admirado por los lectores comunes y corrientes y celebrado por los más conspicuos intelectuales e inquirido por los periodistas y emulado por los escritores y solicitado por los presidentes de las repúblicas y besado por las reinas de la belleza y distinguido, a los escasos cincuenta y cuatro años de su edad, con el Premio Nobel de Literatura. Parecería que en su propia vida hubiera rebasado todas las hipérboles que su descomunal imaginación había fabulado en su vasta obra. Pero sobre todo fue querido, es querido, muy querido, querido para siempre, como era su deseo y el más hondo de sus propósitos de escritura, por quienes hemos habitado sus páginas y al reconocernos en ellas por fin hemos sabido quiénes somos.

Con Gabriel García Márquez, la literatura latinoamericana cumple a cabalidad una función que se le había escamoteado a lo largo de su historia, la función épica, que subyace en la novela moderna, y que, en nuestro continente, «novela sin novelistas», como alguien lo definió, no se había ejercido bien a bien más que en las literaturas prehispánicas y en las viejas y admirables crónicas de la Conquista.

Desde que leí *Cien años de soledad* en ese ya lejano año de 1967, me revolotearon en la cabeza, como incansables mariposas amarillas, los nombres de Remedios la bella y Remedios Varo, la pintora surrealista catalana avecindada en México, y desde entonces tuve no sé si la sospecha o la esperanza de que había una especie de complicidad, cifrada en el nombre, entre los dos personajes —porque Remedios Varo también es un personaje, multitud de veces autorretratado: ¿qué es su pintura si no un espejo pudoroso en el que se refleja con todos sus itinerarios?—. Debía de existir un pasadizo secreto que comunicara a estos dos seres luminosos que de buenas a primeras, casi desvergonzadamente, se elevan por los aires con un desenfado y una naturalidad tales que el espectador, colocado ahí, en el mismo lugar de los hechos, en el mismísimo plano de los acontecimientos, acepta el *prodigio* (si se le puede seguir llamando así a un fenómeno simple y ordinario) sin encontrar en él sorpresa alguna, porque de lo cotidiano brota, de pronto, lo sobrenatural. Esa primigenia asociación de nombres me llevó a dedicar mi tesis universitaria a la obra de Gabriel García Márquez en relación con la pintura de Remedios Varo. Cuando mi trabajo de investigación, liberado de la camisa de fuerza de la academia, se publicó como libro —mi primer libro— con el título de *El surrealismo y lo real-maravilloso americano* en el año de 1976, conocí a Gabriel García Márquez en persona. Seguro que él no se acuerda de ese encuentro, pero yo lo guardo en la memoria del corazón como un bien patrimonial. Fue en una comida organizada en honor del ingeniero Heberto Castillo por alguno de los nacientes partidos políticos de izquierda. Lo saludé con una timidez apenas comparable con la suya, que a él no se le echa de ver por ningún lado. Un amigo común le comentó que yo acababa de publicar un libro sobre *Cien años...*

Yo añadí que de casualidad traía un ejemplar en mi *vochito,* que estaba estacionado afuera de la casa.

—¿Cómo que de casualidad? —me preguntó, seguro de que yo llevaba el libro con la deliberada intención de entregárselo. Y era la verdad.

Me ruboricé. Fui al coche con el corazón en los cachetes. Regresé, sofocado, hasta donde él se encontraba. Se lo di. Lo ojeó. Algo me comentó acerca de Remedios Varo: que la exposición póstuma que organizó Bellas Artes en la Ciudad de México en 1964 le había resultado reveladora y le había ayudado a superar no sé qué trabazón en la escritura de su novela. Después me devolvió el libro y me dijo:

—¿Qué?, ¿no sabes escribir?

Me quedé consternado hasta que, unos segundos después, sonrió para rematar la frase:

—Dedícamelo; no vayan a pensar que lo compré.

Saqué mi pluma fuente y cuando apenas había escrito con mano temblorosa «Para Gabriel Gar», ¡chin!, ¡se me acabó la tinta!

Él, divertido, sacó del bolsillo interno de su saco tropical un plumil de tinta morada. Me lo alcanzó y me dijo, con rebosante sentido del humor, lo que yo ya sabía desde el momento en que leí la primera página de *Cien años de soledad:*

—Toma; esta sí sabe escribir.

Después de *Cien años de soledad* leí los libros anteriores de García Márquez, que cobraron la fuerza retroactiva de la promesa porque cada uno de ellos prefigura la imaginación hiperbólica, la extraordinaria riqueza del lenguaje y el inevitable aliento de melancolía que habrían de definir *Cien años de soledad*. Y cuando todos pensábamos que después de esta gran novela ya no podía escribirse nada equivalente, García Márquez nos sorprendió con *El otoño del patriarca,* en el que se juega la gran aventura del lenguaje y genera una catarata verbal irrefrenable, a la manera de Lezama Lima o Guimarães Rosa, que nos envuelve y nos atrapa tanto como el discurso del dictador seduce a la población sometida a sus designios.

Tras la publicación de numerosos libros, algunos tan audaces como *Crónica de una muerte anunciada,* que nos mantiene en suspenso a pesar de que conocemos desde el principio de la novela su fatal desenlace, García Márquez nos vuelve a deslumbrar en plena madurez con otra gran novela, *El amor en los tiempos del cólera.* Aunque más extensa que *Cien años de soledad,* se refiere a una sola historia, que se cuenta morosamente para penetrar en los más oscuros recovecos del amor y desplegar la longevidad de todas sus potencias. Borges describió en dos imágenes lacónicas *La Ilíada* y *La Odisea.* En un solo verso de «Otro poema de los dones» da gracias «por el rostro de Elena y la perseverancia de Ulises». En efecto, por la belleza de Elena se desencadena la guerra de Troya en el primero de los poemas homéricos y se da pie para relatar con toda amplitud las historias y las genealogías de tirios y troyanos, los

contubernios entre los dioses y los hombres y las demasiado humanas debilidades del Olimpo, mientras que toda *La Odisea* se concentra en las peripecias de Ulises desde que sale de Ítaca hasta que logra regresar al lado de la pacientísima Penélope. Pues bien, *Cien años de soledad* es a *La Ilíada* lo que *El amor en los tiempos del cólera* es a *La Odisea.* Las múltiples historias que se entretejen, se bifurcan y concurren en la estirpe de José Arcadio Buendía desde la fundación de Macondo hasta que el último de los Aurelianos descifra la última página de los pergaminos de Melquíades *versus* los avatares del amor constante de Fermina Daza y Florentino Ariza, que persevera a lo largo de toda la vida y no se arredra ni ante la vejez ni ante la muerte.

Al fin salió a la luz hace menos de un año el esperado primer volumen de sus memorias, *Vivir para contarla.* Entre la muchedumbre de sus recuerdos sobresale la historia de su vocación literaria, a la que se somete todo lo demás —la vida misma, que se explica, se justifica y se redime merced a la palabra que la nombra—. Una vocación tan fuerte, tan arraigada, tan profunda, que pudo sortear todas las dificultades que le salieron al paso y resistir todas las tentaciones disuasorias, desde la miseria, la intemperie, las presiones paternas, las embajadas maternas, la solidaridad familiar hasta la inmediatez del periodismo, la censura, las amenazas políticas y las veleidades del éxito. De tal manera García Márquez ha dispuesto su vida entera al servicio de la vocación literaria que parecerían propias aquellas palabras con las que Ramón López Velarde definía su propio quehacer poético y con las que yo quisiera terminar esta historia de amistad y devoción: «Yo anhelo expulsar de mí», dijo el poeta de *La suave patria,* «cualquier palabra, cualquier sílaba que no nazca de la combustión de mis huesos».

El 4 de septiembre de 2003 la Cátedra Alfonso Reyes le rindió homenaje a Gabriel García Márquez. El inconmensurable novelista aceptó la propuesta a condición de que no tuviera que dar ningún discurso. Varias veces le oí decir que él escribía para ya no tener que hablar. Así se convino, pero, como es obvio, el homenaje no podría llevarse a cabo en silencio, así que me eligieron, como miembro del Consejo Consultivo de la susodicha Cátedra, para que yo pronunciara el discurso del caso ante el público que colmaba el auditorio Luis Elizondo del Tecnológico de Monterrey. Y estas que acabo de transcribir fueron las palabras que entonces dije.

Al final de mi intervención, le mostré a García Márquez mi tesoro bibliográfico: la primera edición de *Cien años de soledad,* publicada

por la Editorial Sudamericana en 1967. Él la observó con detenimiento para asegurarse de que no se trataba de un ejemplar pirata. Y me lo dedicó, sancionando su autenticidad:

> Para Gonzalo, que convirtió este ejemplar en un incunable el 4 de septiembre de 2003, con la gratitud del amigo amigo.

Creo que fue esa noche cuando en el bar del hotel Ancira Jaime Abello, director general y cofundador de la Fundación Gabo en Cartagena de Indias, organizó un baile de vallenato que entretuvo a García Márquez, a Mercedes y a muchos de los que habíamos asistido al homenaje a bailar el suave ritmo colombiano hasta la madrugada.

En los apartados que siguen, cuento la historia de mi incorporación a la Cátedra Alfonso Reyes del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, que me involucró en este homenaje a García Márquez y en otros episodios no de menor monta.

Silvia Garza

Esperé un rato en el aeropuerto de Monterrey a que vinieran a recogerme. No tenía ningún dato de quién vendría por mí para transportarme al hotel Ancira, donde, según me habían dicho, me hospedarían. Esa tarde, al filo de las seis, daría una conferencia en el Museo MARCO de Monterrey sobre literatura novohispana. En la salida no vi a nadie que ostentara mi nombre en ningún cartelito. Estaba por tomar un taxi que me llevara al hotel cuando se apersonó una mujer joven y guapa. No se disculpó por su tardanza.

Comoquiera que sea ya estaba ahí, y de eso se trataba. Era la coorganizadora de un ciclo de conferencias sobre literatura mexicana auspiciado por el Tecnológico de Monterrey que se llevaban a cabo en el maravilloso y fresco patio central del museo construido por Ricardo Legorreta, a cuya entrada da la bienvenida una monumental paloma, pesada y volátil a un tiempo, de la autoría de Juan Soriano.

Cabello corto y pelirrojo. Ojos más verdes que azules. Boca pequeña —en ese primer encuentro poco sonriente—, que de vez en cuando dejaba entrever una dentadura perfecta. Amable, sí, pero regia, es decir recia, lacónica y eficiente. Me llevó al hotel en su propio coche, un lanchón automático, creo que de los años setenta u ochenta, que manejaba con pasmosa seguridad. Quién me iba a decir entonces que, al paso de los años, acabaría casándome con ella. Silvia Garza.

Antes de mi charla, funcionarios de MARCO y del Tecnológico me invitaron a comer en la cafetería del museo. Entre los pocos comensales, se encontraba la licenciada Silvia Garza, directora —según me enteré en ese momento— de la Cátedra Alfonso Reyes del Tecnológico de Monterrey. Me fijé en un cuadro colgado en una de las paredes. Una pintura de Rodrigo Pimentel. Me interesó. Es una vista aérea de una descomunal corona de espinas que circunda un páramo en cuyo centro aguarda un volcán. De su cráter, surge un nopal enorme, cuyas pencas atraviesan el cerco de la corona. Yo acababa de enviar a la editorial Tusquets mi novela *Y retiemble en sus centros la tierra,* que trata del viacrucis que vive y sufre un profesor alcohólico, que está a punto de jubilarse. Juan Manuel Barrientos, que así se llama el protagonista, ha querido despedirse

de sus tareas universitarias haciendo un recorrido con sus discípulos por las cantinas y por los edificios más emblemáticos del centro histórico de la Ciudad de México. Por una confusión debida al profesor, los alumnos no acuden a la cita, y Barrientos se ve obligado a llevar a cabo el itinerario solo, por su cuenta y riesgo. El cuadro de Pimentel me pareció idóneo para la portada de mi novela: alude al viacrucis por antonomasia —el de la pasión de Cristo—, y el volcán central, en su erupción, no arroja lava, sino un nopal, muy representativo del paisaje mexicano. Mis editores habían aceptado publicar mi novela y querían imprimirla de inmediato. Yo había sido el proponente del diseño de las portadas de mis libros anteriores bajo ese sello. Para *Amor propio* no tuve empacho en encaramar en el frontispicio de la Catedral Metropolitana de México, en lugar del reloj de Manuel Tolsá, la provocativa fotografía de Sara Montiel que sirvió de tapa a su disco *El último cuplé*. Y para *El viaje sedentario* elegí un pequeño cuadro de Antonio Ruiz, «el Corcito», titulado *El sueño de la Malinche,* que representa a la intérprete de Hernán Cortés acostada en una cama, cuyas cobijas simulan las montañas donde se alzan las construcciones de un poblado mexicano: una iglesia en la cima de la cadera, y las casas, los caminos, los jardines y un puente, sobre las piernas de la mujer dormida. Le comenté a Silvia que el cuadro de Pimentel podría servir de portada a mi nueva novela y, gracias a su intercesión, al final de la comida recibí una nota de Pamela Guzmán Elizondo, responsable de Servicios Educativos de MARCO, que acompañaba unas fotos del cuadro y el enlace para conseguir los derechos de su publicación, dado el caso. El caso no se dio porque elegimos otra fotografía —de un «caballito» tequilero tricolor—, pero le agradecí a Silvia el discreto manejo de mi ilusión.

Según mis registros, esta conferencia tuvo lugar el 3 de noviembre de 1998, cuando yo era director de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Recuerdo que, entre otros escritores de la Nueva España, hablé de Francisco de Terrazas, el primer poeta mexicano, descubierto en su modalidad lírica por Joaquín García Icazbalceta. Al cabo de menos de dos semanas, el 12 del mismo mes, día del aniversario de la muerte de sor Juana Inés de la Cruz, por cierto, Silvia Garza, en su calidad de directora de la Cátedra Alfonso Reyes del Tecnológico de Monterrey, me visitó en mi oficina, acompañada de Sealtiel Alatriste —a la sazón director de la editorial Alfaguara— para invitarme a formar parte de su Consejo Consultivo, presidido por Carlos Fuentes.

Consejo Consultivo

Acepté la invitación con entusiasmo. No sólo por la presidencia de Fuentes; también porque Silvia y Carlos habían configurado ese Consejo con un estupendo elenco: Friedrich Katz, estudioso de la Revolución mexicana y particularmente de la controvertida figura de Pancho Villa; el *scholar* del King's College de London University, David Brading, mexicanista y guadalupano de corazón; la gran escritora argentina Luisa Valenzuela, cuentista, «microrrelatora», novelista y ensayista también, y su paisano Tomás Eloy Martínez, que ejercía lo mismo el periodismo que la narrativa; Javier Ordóñez, español, filósofo de la ciencia y pacífico estudioso del terrorífico tema de la guerra...

Muy numerosas e importantes fueron las actividades de la Cátedra, auspiciada por el Tecnológico de Monterrey bajo el rectorado del doctor Rafael Rangel Sostmann. Participaron en ella

intelectuales de la talla de Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez, José Saramago, Nélida Piñon, Giovanni Sartori, Juan Goytisolo, Sergio Pitol, Luis Villoro, Sergio Ramírez, Fernando Savater, entre otros, y los propios miembros del Consejo Consultivo. De sus conferencias, Silvia Garza editó los Cuadernos de la Cátedra Alfonso Reyes, publicados por el Tecnológico en coedición, primero con Ariel y después con el Fondo de Cultura Económica. Recuerdo en particular los títulos *Literatura y política* de Vargas Llosa —que yo prologué—, *Tradición y disidencia* de Goytisolo, *La seducción de la memoria* de Piñon*, Los caminos para la libertad* de Savater, *Escritura y secreto* de Valenzuela, *El viejo arte de mentir* de Ramírez, *Videopolítica* de Sartori... Eran conferencias magistrales que se dictaban en el gigantesco auditorio Luis Elizondo, de casi dos mil butacas, abarrotado de estudiantes y profesores. Pero tan destacados exponentes no sólo leían sus disertaciones, sino que por lo general impartían breves cursos específicos a jóvenes estudiantes interesados particularmente en su temática. En alguna ocasión yo participé al alimón con Javier Ordóñez en un curso sobre Gaston Bachelard —físico, sociólogo, psicólogo, hermeneuta, poeta—. Javier habló de su faceta científica; y yo, de su faceta literaria.

Por esta Cátedra, y por algunas carreras de Humanidades y Ciencias Sociales, como Letras y Derecho, el Tecnológico amplió el espectro de su primigenia vocación tecnológica para erigirse en una institución universitaria de alto nivel en nuestro país, que en las evaluaciones internacionales destacó como una de las mejores instituciones de educación superior de México.

En términos personales, para mí lo más importante de formar parte de ese Consejo Consultivo fue el nacimiento de mi relación con Silvia Garza, con quien, como digo, me casaría años después.

Siempre cuento que nuestros padrinos de bodas fueron nadie menos que Alfonso Reyes y Carlos Fuentes. Nada mal.

La Cátedra Alfonso Reyes me permitió acrecentar mi relación con Fuentes, que ya existía desde que los cuatro amigos —Hernán Lara Zavala, Ignacio Solares, Sealtiel Alatriste y yo— dialogábamos con él a menudo. Pero entonces se me abrió la oportunidad de interactuar con tan destacado escritor en diversas actividades académicas, sobre todo en las mesas redondas que se organizaban y en las que generosamente él siempre incluía una participación mía. Las reuniones del Consejo Consultivo eran gozosas y propositivas. Los programas que ahí armábamos fueron cobrando una dimensión internacional, avalada por el prestigio de Fuentes y de varios de los miembros de ese cuerpo colegiado. Varias veces estuvimos en Brown University, bajo los auspicios de Julio Ortega, y en el King's College London, con la anfitrionía académica de David Brading, pero quizá la mayor colaboración se dio con la Universidad de Buenos Aires, con la que firmamos un acuerdo para que allá se estableciera una especie de filial de nuestra Cátedra habida cuenta de la muy significativa y prolongada presencia de Reyes en la Argentina.

*

Nunca podré olvidar que, en diciembre de 2001, al margen de la Cátedra Alfonso Reyes, Fuentes me invitó a una sesión del Foro Iberoamericano en Buenos Aires. Nos reunimos en un elegantísimo salón del hotel Alvear, aledaño a la plaza de Recoleta donde, por cierto, departían Borges y Bioy Casares en el café La Biela.

El Foro concitaba a representantes de áreas distintas: empresarios, políticos, intelectuales, periodistas de alto nivel. Recuerdo la presencia entonces de Jesús de Polanco, presidente del Grupo Prisa, de su hijo Manuel y de Plácido Arango, dueño de supermercados y restaurantes en Madrid y benefactor del Museo del Prado; de Felipe González y Julio María Sanguinetti, expresidentes de España y de Uruguay, respectivamente; de Bernardo Sepúlveda Amor, diplomático y excanciller mexicano, y, entre los intelectuales y periodistas, de Alejandro Junco, Juan Luis Cebrián, Luisa Valenzuela, Tomás Eloy Martínez, Federico Reyes Heroles, Héctor Aguilar Camín. Al final de una sesión del Foro, todos menos Tomás Eloy nos trasladamos a una cena que nos ofrecieron en la Quinta de Olivos, sede residencial del presidente de la Nación Argentina, en ese momento Fernando de la Rúa. En contraste con la elegancia apacible del hotel donde nos hospedamos y de la opulencia de la sede presidencial, la situación del país no podía ser más miserable y conflictiva: la paridad propuesta por el ministro de Economía, Domingo Cavallo, entre el dólar y el peso argentino había perdido toda viabilidad y se había desatado una severa crisis económica. La deuda con el Fondo Monetario Internacional había crecido desorbitadamente. Las medidas tomadas por el ministro Cavallo de reducir el monto de las jubilaciones desataron un movimiento «piquetero» de desocupados, que generó, a su vez, una crisis política y social. El Gobierno tomó la medida conocida como *elcorralito,* que restringía la extracción de efectivo de los bancos, lo que suscitó ataques a las instituciones bancarias, asaltos a supermercados, bloqueos carreteros y la consigna popular generalizada de ¡QUE SE VAYAN TODOS!

En el transcurso de esa cena en «el huerto de Los Olivos», a la que yo acudí en compañía de Silvia Garza, tomaron la palabra Carlos

Fuentes, Julio María Sanguinetti y Felipe González. El más crítico de los tres fue el andaluz. Se me quedó grabado en la memoria un reclamo dirigido sin tapujos a De la Rúa: «con las cosas de comer no se juega, señor presidente». Con notable apocamiento y angustia, De la Rúa se despidió de la concurrencia antes de que terminara la cena, cuando sonaron las aspas de un helicóptero que llegaba a recogerlo, porque, según dijo, tendría que viajar de inmediato a Washington para tratar de renegociar la deuda con el Fondo Monetario Internacional. Es de suponerse que no lo logró, porque el 19 de diciembre renunció a la presidencia de la Nación Argentina, que quedó sumida en una de las crisis más severas de su historia.

*

Recuerdo, entre otras actividades de la Cátedra, un ciclo de conferencias en honor al polígrafo regiomontano en las magníficas instalaciones del Museo de Artes de Buenos Aires (MALBA), con el apoyo de Rosario Green, entonces nuestra embajadora en ese país, y un homenaje a Cortázar en 2004 a los veinte años de su muerte, coorganizado con la cátedra que lleva su nombre en la Universidad de Guadalajara.

Noé Jitrik nos había advertido que, por aquello de que nadie es profeta en su propia tierra, en Argentina Cortázar no gozaba de la misma devoción que se le rendía en los demás países latinoamericanos. Aun así, el homenaje se organizó y fue muy exitoso. El auditorio, que no es pequeño, estuvo a reventar en todas las sesiones. Sin asomo de modestia, digo que, si no la mejor, sí la más divertida, la más aplaudida y la más cortazariana (en el decir de Aurora Bernárdez) fue la mesa en la que participamos Luisa Valenzuela, Eduardo Casar y yo.

No sé por qué imprevisibles itinerarios, había llegado a mis manos, más bien a mis oídos, un disco raro, no comercializado entonces, en el que Julio Cortázar, por propia iniciativa, había decidido hacer una grabación doméstica, vestido con un polo amarillo, según dice, una mañana parisina, fría y lluviosa «como para no salir de casa». En ese disco habla de su llegada a París y de sus primeros trabajos y lee algunos textos breves de *Historias de cronopios y de famas,* en particular de «Ocupaciones raras». Dice, por ejemplo, *mutatis mutandis,* que cuando se instaló en la Ciudad de la Luz tenía que ganarse la vida como cronista radiofónico de peleas de box, pero con su fuerte acento gutural —no debido a su francofonía materna, sino a un frenillo que tenía desde su nacimiento— no se le entendía casi nada en la Argentina, con lo cual se vio precisado a renunciar a su magro y necesarísimo salario en *Les Actualités Françaises.* Entre los «divertimentos» que leyó, figura «Correos y telecomunicaciones». Ahí relata cómo la numerosa familia de la calle Humboldt, a instancias de un tío lejano que ha sido nombrado ministro, se encarga de atender una oficina de correos a la que intenta imprimirle un giro alegre y divertido. Por ejemplo, embadurnan de alquitrán los paquetes que habrán de enviarse y los meten en un balde lleno de plumas de colores para hacerlos más simpáticos al destinatario. No pasó mucho tiempo sin que la oficialidad despidiera a todos los familiares. Cuando llegan los policías, los usuarios y los mirones, los miembros de la familia, instados por el tío el mayor, entonan el himno nacional y se retiran en buen orden.

A Eduardo se le ocurrió una idea genial: reproducir partes de lo grabado por Cortázar en ese disco y armar un guion en el que le pudiéramos hacer preguntas que él respondiera con lo previamente elegido y regrabado por nosotros. Se trataba, según Casar le

anunció al público con toda solemnidad al tiempo que encendía un cirio, de una sesión de espiritismo en la que invocaríamos a Julito. El añorado escritor acudía a nuestro llamado y lo sometíamos a nuestro interrogatorio:

—¡Cómo te ganabas la vida cuando llegaste a París? —le preguntaba Casar.

Y él respondía con su historia de la crónica radiofónica de los *matches* de box para *Les Actualités Françaises.*

Yo de vez en cuando también intervenía con alguna pregunta predeterminada. Y Silvia había asumido con toda modestia el papel de encargada de oprimir la tecla de la grabadora para que Cortázar, de la manera más fresca y espontánea, respondiera a nuestras interrogantes.

Lo mejor fue cuando, al final, Casar le preguntó:

—Y ahora que te regresas a tu interregno, ¿qué hacemos nosotros, Julito?

Y él respondió con la última oración de «Correos y telecomunicaciones»:

—Cantamos el himno nacional y nos retiramos en buen orden.

Y, para nuestra sorpresa, el público entero se puso de pie, entonó las estrofas del himno nacional y se retiró ordenadamente.

Pero ya estoy mezclando dos actividades distintas —o la misma en dos escenarios diferentes—, porque el numerito lo presentamos tanto en Buenos Aires como en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en México. Y es que los versos que recuerdo son los del Himno Nacional Mexicano.

Creo entonces que fue en Guadalajara y no en Buenos Aires donde Aurora Bernárdez dijo que, entre todas las ponencias sabias, eruditas, filológicas..., lo único cortazariano había sido nuestro

happening, show, sesión espiritista, juego, representación o como quiera llamársele a nuestro homenaje.

—A Julio, le habría encantado y se habría reído mucho —nos dijo Aurora.

La Cátedra Alfonso Reyes también tuvo resonancias en Madrid. Recuerdo que una tarde, después de una comida en un salón de El Bodegón, restaurante propiedad de Plácido Arango, en el que sesionamos los miembros del Consejo, depositamos una ofrenda floral al pie de la estatua de Reyes que se encuentra en el amplio jardín de la residencia de la embajada de México en España.

La colección Capilla Alfonsina

Una de las aportaciones de Carlos Fuentes a la divulgación de la obra de Alfonso Reyes fue la de publicar en pequeños libros temáticos, que editaría Silvia y publicarían al alimón el Tecnológico de Monterrey y el Fondo de Cultura Económica, textos selectos de la inconmensurable obra alfonsina. Recuerdo con claridad la mañana tempranera en que esa idea cuajó. Estábamos en Oaxaca Silvia y yo, adonde habíamos ido a acompañar, como parte de las actividades de la Cátedra, a Fuentes y a Juan Goytisolo, quien dictó una conferencia en el exconvento de Santo Domingo sobre *Las mil y una noches,* que remató, por cierto, con la propuesta de declarar la comida oaxaqueña patrimonio intangible de la humanidad. Convinimos con Fuentes en que a la mañana siguiente Silvia y yo nos reuniríamos con él a desayunar en el hotel del viejo convento de Santa Catalina, donde estábamos hospedados. Llegamos en punto y nos encontramos con que el disciplinado escritor ya había hecho sus ejercicios matutinos —incluidos los de la escritura—, y estaba frente

a un buen plato de tasajo oaxaqueño asado a la leña y guarnecido con guacamole y toda suerte de frituras. Apenas nos sentamos a la mesa Silvia y yo, Carlos nos lanzó su programa editorial.

Las obras de Reyes eran ilegibles. Todo mundo se arredraba frente a los veintiséis volúmenes que las integran, publicadas por el Fondo de Cultura Económica. Era imperativo hacer una colección de libros pequeños, con buenos prólogos, que recogieran selectivamente los textos más significativos y reveladores de la gran producción alfonsina. Y ahí mismo, entre las tlayudas, los panes de dulce y el chocolate de agua, Fuentes nos disparó los nombres de los antólogos y prologuistas que podrían ocuparse de los diversos tomitos de la colección. Carlos Monsiváis se encargaría de México; Julio Ortega, de la teoría literaria; David A. Brading, de América; Margo Glantz, de la memoria; Vicente Quirarte, de la literatura española; Federico Reyes Heroles, del periodismo; Bernardo Sepúlveda Amor, de las relaciones internacionales... Yo me ofrecí a ocuparme del volumen dedicado a la literatura novohispana, y mi ofrecimiento fue aceptado. Este proyecto de Fuentes cristalizó. Se publicaron los títulos que él había concebido, bajo el doble sello del Tecnológico de Monterrey y el Fondo de Cultura Económica. La colección siguió cuando Silvia se vio conminada a renunciar a su cargo como directora de la Cátedra Alfonso Reyes y en consecuencia al Tecnológico de Monterrey, y los miembros del Consejo Consultivo, incluido Fuentes, abandonamos la Cátedra. Teresa Jiménez Calvente seleccionó los textos referentes a Grecia e hizo el prólogo correspondiente; Liliana Weinberg hizo lo propio con la literatura universal, y Adolfo Castañón con la poesía.

Carlos Fuentes, poeta

En el año de 1955 Carlos Fuentes solía asistir a una tertulia que se celebraba domingo a domingo en casa de María Luisa Elío y Jomi García Ascot, republicanos españoles exiliados en México, a quienes doce años después Gabriel García Márquez dedicaría *Cien años de soledad.* Entre los tertulianos figuraban Jorge Portillo, Ramón Xirau y el escritor y diplomático panameño Roque Javier Laurenza. Para celebrar el cumpleaños sesenta y seis de Alfonso Reyes, en cuyas rodillas Carlos se sentó de niño seguramente sin imaginar entonces la tutela que el maestro ejercería en su formación y en su disciplina a lo largo de toda su vida, Laurenza y Fuentes se dedicaron a escribir, en el estilo de poetas de varias épocas y de distintas lenguas —Chaucer, Villon, Camões, Góngora, Lord Byron, Mallarmé —, poemas de homenaje al ilustre escritor regiomontano. El resultado fue un pequeño libro de dieciséis páginas y tantos ejemplares como letras tiene el nombre de Alfonso Reyes, que publicó Juan José Arreola con el título, también paródico, de *Nueva junta de sombras,* en tributación al libro de Reyes —*Junta de sombras*— que reúne varios de sus estudios helenísticos.

Traigo a colación este temprano divertimento de Carlos Fuentes porque es prácticamente desconocido, y si bien confirma algunas de las cualidades del escritor, como su impresionante precocidad, su prodigioso don de lenguas y su extraordinaria capacidad histriónica, nos revela facetas insospechadas de su personalidad literaria, como su ignota vocación poética. En efecto, estos ejercicios, como él los llama con humildad, reflejan un profundo conocimiento de la poesía, un desmedido gusto por leerla y un enorme talento para escribirla, así haya sido en actitud paródica.

Una noche, en su casa de San Jerónimo, Carlos Fuentes le dijo a Silvia Garza que tenía algo interesante que enseñarle. De un estante de su biblioteca extrajo uno de los doce ejemplares de este libro, el

único que poseía. Ostentaba en la portada una muestra de otra de las caras menos conocidas de Fuentes, su habilidad para el dibujo. Era un estupendo caricaturista. Para la edición había retratado, a línea y de manera ligeramente caricaturesca, a un Reyes helenista, sabio y coronado de laureles. A Silvia se le ocurrió la muy buena idea de hacer una edición facsimilar de esa pequeña joya bibliográfica. Poco después, en marzo de 2001, se publicó *Nueva junta de sombras* en una edición no venal bajo el sello editorial del Tec de Monterrey y del Fondo de Cultura Económica, que entonces yo dirigía. Su tiraje no fue tan breve como el de la edición original, pero aun así el librito, como todos los de su género, es casi secreto. Por ello he querido dar aquí noticia suya y poner, de ejemplo, uno de los poemas que lo integran, el que Fuentes escribió, hilvanando varios títulos de las obras de Reyes, y firmó con el nombre de Octavio Paz, como si lo hubiera escrito el autor de *Libertad bajo palabra:*

PALABRA QUE SÍ

Las sombras de la junta se hacen resplandecientes
En los ancorajes los peces se vuelven rojos
Las vísperas de España son vísperas de sangre
¿Clamará Otra Voz sus ecos de rumores?
Calendarios que son días que son lunas que son llanto
Un tren de ondas vaga sobre el rocío
La navaja del día recorta el plano oblicuo
Saben las yerbas del Tarahumara a soles calcinados
La asamblea de animales reza un padrenuestro
En el golfo de México dos gaviotas se incendian.

OCTAVIO PAZ

La renuncia de Silvia

Fue dolorosa, conflictiva y, en mi opinión, injusta la salida de Silvia del Tecnológico de Monterrey. Bajo su dirección, la Cátedra Alfonso Reyes tuvo éxitos notables: convocó a grandes exponentes de los temas afines al polígrafo regiomontano; organizó conferencias, mesas redondas, seminarios, cursillos..., que contribuyeron a darle a la institución la dimensión humanística que su vocación tecnológica original requería para colocarse como una institución universitaria altamente calificada; proyectó su labor a otras entidades federativas y aun a otros países; desarrolló un programa editorial que dio registro y permanencia a las actividades de la Cátedra...

En el marco de las celebraciones del cuarto centenario de la publicación de la primera parte de *El Quijote,* el Tecnológico quiso dar constancia de una de sus mayores riquezas patrimoniales: la Biblioteca Cervantina, una excepcional colección de ediciones de *El Quijote,* donada a la institución por Carlos Prieto, notable empresario regiomontano, dueño de la importante Fundidora de Monterrey y padre del afamado chelista que heredó su nombre. Se trataba de elaborar un catálogo de este magnífico y singular acervo y darlo a la luz pública. Y así se hizo en el marco del XV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, del que fue sede oficial el Tecnológico, que, por cierto, inauguró con una conferencia prohispánica Miguel León-Portilla ante la presencia protagónica de Felipe, el príncipe de Asturias, recién casado con doña Letizia Ortiz. La Cátedra Alfonso Reyes participó en el proyecto. El resultado fue un hermoso libro, encuadernado en tapa dura, en la que se reproduce una pintura titulada *Don Quijote en Monterrey,* que se encuentra en la Biblioteca Cervantina y que se debe a los pinceles de Jorge González Camarena: la edición está profusamente ilustrada

con las portadas, portadillas y grabados de los libros que integran tan excepcional biblioteca. En un formato apaisado, figura una introducción de Blanca López de Mariscal y de Judith Ferré, profesoras del Tec, y los estudios preliminares de Aurora Egido, Agustín Arredondo, Guillermo Serés y Beatriz Mariscal. Esa primera edición se adelantó al centenario, pues se publicó en 2004. Para el 2005, se dispuso hacer una segunda edición. Silvia consideró, como la buena editora que siempre ha sido, que sería conveniente sustituir algunos de los sesudos y especializados estudios filológicos por textos ensayísticos más propicios para un lector no especializado, así que los reemplazó por dos entusiastas textos de dos grandes escritores de incuestionable prestigio, el mexicano Fernando del Paso, que con el tiempo llegaría a obtener el Premio de Literatura Miguel de Cervantes, y el colombiano R. H. Moreno Durán, fallecido poco tiempo después. Las quejas no se hicieron esperar. Blanca López de Mariscal, que a la sazón era directora de la carrera de Letras del Tec, puso el grito en el cielo por la sustitución de los estudios preliminares de los que ella había sido coautora. No me voy a entretener en los detalles casi obscenos de lo que siguió, pero Silvia se vio conminada a presentar su renuncia a la Cátedra y al Tecnológico. Yo me solidaricé con ella. Independientemente de la relación personal que habíamos entablado, sentí la obligación de dar testimonio de sus notables logros. Con toda la objetividad que en tales circunstancias fui capaz de mantener, me pareció que por parte de las denunciantes predominaba el ego sobre la proyección del conocimiento a un público más amplio de esa enorme riqueza de la institución. Yo le escribí varias cartas al rector Sostmann en las que defendí la Cátedra y a su directora. Él se mantuvo firme en aceptar la renuncia de Silvia y me reiteró su invitación a que siguiera participando en su Consejo Consultivo. Yo, por supuesto, no acepté

la renovada invitación del rector del Tecnológico. Con la salida de Silvia, renunciamos todos al Consejo, empezando por Carlos Fuentes, su presidente.

La edición conmemorativa de *La región más transparente*

Al margen del grupo de los cuatro amigos que dialogábamos con él y de la Cátedra Alfonso Reyes, pude tener una relación personal con Carlos Fuentes. Me invitó a presentar algunas de sus novedades literarias, como *El naranjo* o *Instinto de Inez;* escribí varios ensayos, impartí diversos cursos, dicté algunas conferencias y dirigí más de una tesis a propósito de su obra, pero el trabajo más importante que realicé al respecto fue la edición de *La región más transparente* para la colección de ediciones conmemorativas de la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española.

Durante el primer semestre del año 2008 fui nombrado delegado de la Academia Mexicana de la Lengua en la Comisión Permanente de la Asociación de Academias, sita en Madrid. Mi tarea específica consistía en revisar las voces y las acepciones que tuvieran la marca *Mx* (México) en el *Diccionario de americanismos* de inminente publicación, y de revisar el canon de la literatura de los países miembros que se utilizaría como corpus de ejemplos para ilustrar, en la *Nueva gramática de la lengua española,* las variantes dialectales de cada área geográfica del mundo hispanohablante. Pero también me pude ocupar de un trabajo para mí más pertinente, dada mi mayor cercanía a la literatura que a la lexicografía, y, sobre todo, muy placentero: la republicación de la primera novela de Fuentes en ese mismo año en que se cumplían los cincuenta de la aparición de

La región más transparente y los ochenta de la vida de su autor. Fue muy interesante el cotejo de la primera edición de 1958 y las más recientes, pues se habían registrado cambios significativos en los idiolectos de los personajes, sobre todo los pertenecientes a las clases más bajas de la sociedad. Y es que, a lo largo de las sucesivas ediciones, las secretarias encargadas de capturar el texto en tiempos preelectrónicos para una nueva impresión, corregían las que a su parecer eran «incorrecciones» lingüísticas de los personajes populares, que acabaron por hablar cada vez «mejor». Si una de las mayores cualidades que tiene la primera novela de Fuentes es la variedad dialectal de sus personajes, representativa de sus diferentes estamentos socioculturales a los que pertenecen, la homologación lingüística era un atentado a su mayor contribución. Por fortuna, se corrigieron las «correcciones», se rescató el original, y el propio Fuentes sancionó la edición, que quedó consagrada como la definitiva. Para esta publicación se solicitaron dos prólogos, además del mío, uno a José Emilio Pacheco y otro a Vicente Quirarte. También participaron para la sección final, titulada *Carlos Fuentes. La voz y sus resonancias,* Carmen Iglesias, Sergio Ramírez, Nélida Piñon y Juan Luis Cebrián. Por su parte, Concepción Company preparó un útil glosario de voces empleadas en la novela, particularmente las consideradas mexicanismos.

He dicho varias veces que *La región más transparente* es la novela que inaugura el famoso *boom* de la narrativa latinoamericana. Los historiadores de la literatura suelen decir que esta acta de nacimiento le corresponde a *La ciudad y los perros* de Mario Vargas Llosa, que fue reconocida con el Premio Biblioteca Breve de la Editorial Seix Barral en 1962. Me parece que es incuestionablemente inaugural la modernidad de *La región,* que le otorga a la Ciudad de México, con todos sus personajes, sus clases sociales y sus

respectivos idiolectos, el protagonismo narrativo más allá de la condición paisajística, escenográfica que la urbe había tenido desde la época prehispánica hasta mediados del siglo xx. Sin desconocer la gran valía de la novela de Vargas Llosa, he dicho, entre veras y burlas, que sin el antecedente de *La región* su obra se habría llamado sólo *Los perros,* pues el creador de la ciudad moderna en la narrativa hispanoamericana es Fuentes, como en la poesía lo fue Borges con respecto a la ciudad de Buenos Aires, según lo sostuvo el propio Fuentes.

Generosidad y generaciones

Carlos Fuentes fue generoso con las generaciones subsecuentes a la suya. A la mía, que se vio frustrada por la matanza de Tlatelolco, la trató con la deferencia que se les brinda a interlocutores pares. A nuestro grupo de cuatro *habitués,* se sumaban con cierta frecuencia Juan Villoro y Vicente Quirarte, y de vez en cuando Rafael Ramírez Heredia.

También abrazó a la generación siguiente, la del *Crack,* integrada por Jorge Volpi, Ignacio Padilla, Pedro Ángel Palou, Eloy Urroz, Vicente Herrasti, entre otros, y sumó a ella a Cristina Rivera Garza y a Xavier Velasco. No dudo de que Fuentes quisiera perdurar, gracias a su padrinazgo, en los escritores posteriores a él, pero este propósito, en mi opinión, no excluye la generosidad con que nos trató, el impulso que nos imprimió y el reconocimiento que les otorgó a nuestras obras, plasmado en las páginas elogiosas que escribió sobre cada uno de nosotros.

Hay un gesto suyo que nunca podré olvidar. En 1999 publiqué mi novela *Y retiemble en sus centros la tierra.* Le pregunté a Carlos si

estaba dispuesto a presentarla. Aceptó con entusiasmo. Le había gustado, según me dijo. La noche de la presentación en el Salón México, sin embargo, no asistió. Esa noche, justo esa noche, estaban velando a su hijo Carlitos. Pero aun en esa circunstancia, acaso la más dolorosa de su vida, escribió un texto. Siempre admiraré esta ejemplar conjunción, en una sola persona, de solidaridad amistosa y de disciplina profesional.

Igualmente solidario fue cuando me despidieron de la Dirección del Fondo de Cultura Económica en abril del año 2002. Escribió y publicó entonces, en el diario *Reforma,* un artículo encomiástico de mi labor en la editorial del Estado y muy crítico de lo que, para él, fue un injusto despido.

Silvia y yo

Mi relación con Silvia Garza no fue fácil. Muchas circunstancias históricas, personales, biográficas, familiares, espaciales, atávicas, etarias limitaban y aun se oponían a nuestra unión. Yo solía invocar, amparado en su tan regiomontano apellido, en ella además duplicado por herencia de padre y madre —Silvia Garza Garza—, un poema de Gil Vicente, poeta de origen portugués del siglo xv:

Halcón que se atreve
con garza guerrera
peligros espera.

Halcón que se vuela
con garza a porfía
cazarla quería
y no la recela.

Mas quien no se vela
de garza guerrera
peligros espera.

La caza de amor
es de altanería:
trabajos de día,
de noche dolor.
Halcón cazador
con garza guerrera
peligros espera.

¡No sé cuántos recelos, peligros, temores ha de haber tenido, corrido y abrigado Silvia cuando nos enamoramos! Quizá habrá que rastrear una poesía equivalente a la de Gil Vicente que a mí me ha prevenido, acompañado e impulsado. Finalmente, Silvia y yo, no sin trabajos de día, no sin dolor de noche, nos atrevimos.

Nos casamos el 10 de junio de 2016 en la ciudad de Madrid, aunque en territorio mexicano: la embajada de México en España, en la que ofició de juez la embajadora Roberta Lajous.

La Feria Internacional del Libro de Guadalajara

Unos días después de que renuncié al Fondo de Cultura Económica en abril de 2002, me buscó en la Ciudad de México Raúl Padilla, presidente de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. Nos reunimos a comer en esa especie de *staff and faculty lounge* de la Universidad Nacional, La Cava, de Insurgentes y Copilco, hoy tristemente desaparecida.

Yo era uno de los pocos visitantes que había asistido año con año a la feria librera. No había faltado a ninguna de sus ediciones desde que se inauguró en 1987, antes incluso de que Raúl Padilla fuera rector de la Universidad de Guadalajara.

Quienes sólo en los tiempos recientes han visto la grandiosidad de la feria más importante de la lengua española y la segunda en el ámbito internacional quizá no puedan imaginarse cómo era en sus primeras ediciones: una especie de tianguis de saldos de editoriales y librerías mexicanas, que presentaban sus libros «a granel», por montones, con un letrero impreso en una tipografía más adecuada para anunciar los precios del kilo de jitomates o de zanahorias: 5.00, 10.00. Entonces no había en el recinto ferial ningún auditorio, ningún salón donde presentar un libro, ningún lugar adecuado para

que los profesionales (que al principio eran unos cuantos) pactaran la compraventa de derechos de autor e hicieran otras negociaciones propias del gremio editorial y librero.

A partir de 1989, cuando asumí su titularidad, la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM fue contribuyendo año con año, en la medida de sus posibilidades, a que la FIL de Guadalajara incrementara su oferta. No se trataba sólo de que los libros publicados por nosotros tuvieran presencia en la feria, sino de que los autores de nuestro catálogo estuvieran ahí, leyendo, hablando de sus libros, discutiendo con sus pares, abriendo caminos, construyendo puentes. Con Hernán Lara Zavala al frente de la Dirección de Literatura de la Coordinación, publicamos a escritores de la mayoría de los países de habla española posteriores al *boom* de la literatura hispanoamericana, que tenían una enorme calidad literaria, pero que no habían sido iluminados por el gigantesco reflector que, en plena dictadura franquista, ciertas editoriales españolas, como Seix Barral de manera muy señalada, habían encendido para alumbrar a algunos novelistas tan fecundos y exitosos como Cortázar, García Márquez, Fuentes, Vargas Llosa, Donoso, Cabrera Infante. Cuando dio inicio la transición democrática española tras la muerte de Franco en 1975, la potente luz se dirigió a otras latitudes, sobre todo a los países de Europa occidental, y la literatura hispanoamericana quedó relegada a un segundo plano, si no es que olvidada. En una de nuestras colecciones, bautizada con el nombre de Rayuela Internacional en homenaje a Cortázar, publicamos a numerosos escritores hispanoamericanos. A muchos de ellos los convocábamos para asistir a la feria, donde participaban en la presentación de sus libros y en las mesas redondas que ahí organizábamos.

Al cabo de unos cuantos años, celebramos un congreso literario anual y peregrino, que empezaba en el Palacio de Minería de la Ciudad de México y culminaba en la feria. Mi homólogo en Difusión Cultural de la Universidad de Guadalajara era Dante Medina, escritor e investigador universitario. Como nosotros en la UNAM no teníamos suficientes recursos para pagar la totalidad de los gastos de alojamiento y alimentación de nuestros invitados, pactamos un prorrateo con la UdG. La UNAM cubría sus viáticos y su estancia en la capital del país, y la Dirección de Dante hacía lo correspondiente en la capital de Jalisco. Los escritores nos trasladábamos en el tren nocturno. En sus vagones desamoblados, el congreso avanzaba literalmente sobre rieles. Ya habían desaparecido los *pullmans* y viajábamos hacinados en vagones desmantelados que más parecían de carga que de pasajeros. Y ahí, en el trayecto, provistos de algunas botellas de tequila, leíamos nuestros textos, los comentábamos, los discutíamos y, según el caso, los aplaudíamos o los criticábamos.

Recuerdo el elenco ferroviario de algunos de esos viajes: los cubanos Leonardo Padura y Senel Paz, los argentinos Mempo Giardinelli y Luisa Valenzuela, los venezolanos Salvador Garmendia y José Balza, el catalán Enrique Vila-Matas (quien escribiría una crónica titulada, con toda pertinencia, *Tequila express,* en la que da cuenta de una de esas travesías), la puertorriqueña Ana Lydia Vega, el colombiano R.H. Moreno Durán, el vasco Bernardo Atxaga y no sé cuántos más —o quizá menos, porque ya no estoy tan seguro de que todos los que enumero, a quienes sí publicamos y sí asistieron a alguna edición de la FIL, hayan viajado en el *Tequila express*—. De lo que sí me acuerdo con precisión es que, en alguno de esos trayectos, viajaron debidamente sentadas la mexicana Margo Glantz y la chilena Diamela Eltit en el único vagón que mantenía sus

antiguas butacas reclinables. También fueron muchos mexicanos, además de Hernán y yo; entre otros Joaquín Armando Chacón, David Martín del Campo, Leonardo da Jandra, Roberto Vallarino. Por cierto, a los regüeldos del tequila, en uno de esos recorridos, Vila-Matas y Vallarino se enfrascaron en una discusión que acabó en pleito y estuvieron a punto de darse de golpes a la llegada a Guadalajara. La pelea no prosperó acaso por diferencias dialectales. Mientras Vallarino hablaba de *chingadazos* y de *partirse la madre,* Vila-Matas hablaba de *hostias* y de *bofetones.*

Para evitarse el pago de una noche de hotel, Dante Medina propuso la idea de hacer el recorrido nocturno en un tren desguarnecido. Llegábamos a Guadalajara a muy tempranas horas de la mañana, las seis o las siete, con enormes ganas de instalarnos en el hotel tras una larga travesía verbosa, insomne y alcoholizada. Pero obviamente las habitaciones de los modestísimos albergues que se habían reservado para las noches posteriores no estaban todavía liberadas de sus huéspedes anteriores. Sin haber dormido, unos todavía borrachos, otros crudos, todos desaseados, cansados, somnolientos, teníamos el deseo de dormir aunque fuera un par de horas, bañarnos, cambiarnos de ropa, acicalarnos para asistir más o menos repuestos y presentables a la solemne inauguración de la Feria, programada para las once de la mañana en la que, tras un largo protocolo en que intervenían muchos oradores oficialescos con discursos repetitivos, se entregaba el afamado Premio Juan Rulfo, como se llamaba antes de que la familia del gran escritor mexicano decidiera despojar de su nombre a tan prestigioso galardón. Pero ninguno de nuestros anhelos se cumplía. Dante nos recibía en un restaurante tempranero cercano a la estación para «hacer tiempo». Ahí pasábamos las horas, café tras café, desayunando menudo, huevos rancheros o tortas ahogadas y oyendo a un mariachi

persistente y madrugador que impedía la conversación, y queriendo descabezar un sueñito, aunque fuera sentado en un equipal.

Durante los nueve años que dirigí Difusión Cultural de la UNAM, la presencia de nuestro sello, respaldado por muchos de los escritores que publicaban sus obras en nuestras diferentes colecciones, fue notable y creciente, al grado de que llegamos a rivalizar con la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial de la propia UNAM, que entonces no dependía de Difusión y tenía un estand muy espacioso, tan grande como el del Fondo de Cultura Económica, Planeta o Conaculta.

No puedo negar que la presencia de Difusión Cultural de la UNAM en la FIL había logrado adquirir cierta relevancia. Aun después de mi largo paso por esa Coordinación, seguí participando en sus programas, como director de la Facultad de Filosofía y Letras y ni qué decir cuando fui director general del Fondo de Cultura Económica así haya sido por tan poco tiempo, pero también como escritor y como académico. Había presentado infinidad de libros, propios y ajenos; intervenido en muchas mesas redondas y en la celebración de muchos homenajes, organizado muchos encuentros literarios; había sido jurado del Premio Juan Rulfo en repetidas ocasiones, había sugerido los nombres de quienes deberían participar en cada uno de los numerosos eventos que tenían lugar en la feria, me había encargado, por solicitud de Raúl, de hacer en su nombre varios brindis al final del banquete en honor de tal o cual invitado prestigioso... Pero un momento decisivo de mi presencia en la Feria fue en 2002, cuando yo renuncié a la dirección general del Fondo de Cultura Económica, y Cuba —un país que yo creía conocer bien y cuya complejidad política no me era ajena— fue el país invitado a la decimosexta edición de la feria.

Como era previsible, se juntarían en Guadalajara las dos Cubas, por un lado, la de la oficialidad del país invitado, con los escritores seleccionados por su Gobierno, y, por otro, la del exilio o la diáspora, cuyos intelectuales habían encontrado acogida en México. Un ejemplo paradigmático, que siempre se me antojó de resonancias bíblicas, fue el encuentro de los dos hermanos Rojas: Fernando, viceministro de Cultura del Gobierno cubano que venía con una alta representación oficial, y Rafael, historiador avecindado en México, donde ejercía desde la academia y el periodismo una crítica seria y fundamentada al régimen cubano. A nadie le resultó extraño, pero a todos deplorable, que ambas representaciones entraran en colisión. Cuando se presentó la revista *Letras Libres* dirigida por Enrique Krauze, que dedicaba el número de ese mes a «Los futuros de Cuba» y criticaba la situación política de la isla, los representantes del país invitado protagonizaron una confrontación no exenta de violencia ante lo que consideraron una provocación. La sangre no llegó al río, pero qué duda cabe que tal altercado afectó la tranquilidad de la feria y dividió las opiniones de buena parte de la numerosa concurrencia. La directora entonces era María Luisa Armendáriz, que no tuvo idea de cómo manejar la difícil situación. Raúl, sabedor de mis vínculos con Cuba, me pidió ayuda la misma noche del conflicto. A mí se me ocurrió una idea que acabó por resultar feliz y conciliadora. Escribí una suerte de manifiesto en que se hacía un llamado a la tolerancia, a la libertad de expresión, al respeto de las diferentes posiciones políticas. Lamentablemente no conservo en mi archivo ese texto, escrito a vuelapluma en la noche, que a primera hora de la mañana siguiente le envié a Raúl junto con la estrategia secreta que había urdido para distribuirlo. Se trataba de hacer dos copias idénticas del texto conciliador y de recabar, por separado, las firmas de los adherentes al manifiesto. Le pedí a Javier

Narváez, fotógrafo de escritores y conocedor del mundo literario hispanoparlante, quien había sido mi secretario particular durante muchos años en los diferentes puestos que desempeñé, que solicitara la firma de los involucrados en el conflicto, según sus posiciones. Una copia para que la suscribieran los invitados cubanos y sus seguidores; otra, para que la firmaran los detractores del sistema político de la isla. No había pierde. Comprobé lo que ya sabía desde antes, que fue lo que me animó a escribir el manifiesto: que quienes firman lo hacen más por quienes ya han firmado antes que por lo que el manifiesto dice. Y así fue. En una copia quedaron registradas las firmas de los adeptos al régimen cubano y en la otra las de sus detractores. Lo que hicimos después Javier y yo fue juntar en una sola ambas copias y poner los nombres de los firmantes en estricto orden alfabético. Quedó claro que de ambos lados tenían los mismos valores: la tolerancia, el respeto a la libertad de expresión y a las diferencias ideológicas y políticas y la completa disposición de todos a que la feria se desarrollara en paz. Qué gusto ver en el mismo manifiesto juntas las firmas de Fernando Rojas y su hermano Rafael, quienes, por cierto, al final de la feria se abrazaron y juntaron sus lágrimas.

Raúl Padilla me agradeció con su acostumbrada parquedad mi intervención. Consecuencia de aquel servicio prestado desinteresadamente fue que el presidente de la FIL me invitara, en esa comida de La Cava, a ser el asesor literario de tan exitosa institución. Acepté. Gustoso. Con independencia del cacicazgo que pudiera ejercer en la Universidad de Guadalajara, qué duda cabe que Raúl Padilla era un gran promotor de la cultura, que traspasó las fronteras de su estado y aun de su país al impulsar la FIL y otros eventos de gran relevancia, como el Festival Internacional de Cine o

las demás actividades del fabuloso Centro Cultural Universitario, construido por su iniciativa.

Durante veinte años ejercí esa asesoría.

A María Luisa Armendáriz la sustituyó Nubia Macías. No sé si al principio pudo tener alguna reticencia a propósito de mi nombramiento como asesor literario de la feria. Es posible que me hubiera identificado con su antecesora, a quien no volví a ver después del problema cubano y su consecuente dimisión. Pero muy pronto surgió un espíritu de colaboración estupendo con Nubia —una mujer admirable, entusiasta, vigorosa, enamorada de su trabajo y muy competente.

Acompañé a Nubia y a Laura Niembro, su directora de contenidos, en un recorrido por tres países sudamericanos que tenía el propósito de promover la FIL y de fortalecer su gran convocatoria: Colombia, Chile y Argentina. A Bogotá se sumó Raúl Padilla. Por cierto, me tocó presentarle a quien yo ya trataba como amigo cercano, Belisario Betancur, al que en Colombia, como es costumbre, seguían llamando *presidente* aunque ya hubiera dejado el cargo. Organicé con ambos una cena, que se celebró en el departamento del expresidente y de su segunda esposa, Dalita Navarro. Recuerdo que Belisario le preguntó a Padilla por el panorama político mexicano en ese año de 2006, año de elecciones presidenciales tras el mandato del presidente Fox. Con la cautela con la que solía expresarse, pero con absoluta claridad, Raúl se pronunció a favor de Andrés Manuel López Obrador.

¡Qué fiesta la Feria del Libro de Guadalajara! Lugar de encuentro de amigos, escritores, editores, maestros, periodistas culturales,

ilustradores, caricaturistas, cuentacuentos, promotores de lectura y, sobre todo, lectores: lectores profesorales, lectores aficionados, lectores estudiantiles, lectores apasionados, lectores ingenuos, lectores en ciernes, lectores potenciales, lectores primerizos, lectores niños de todas las edades, hasta los que aún no han llegado al alfabeto y recorren con sus deditos diminutos las ilustraciones mientras musitan alguna palabra apenas asequible para sus padres, que los miran orgullosos y esperanzados. Ríos de gente transitando por los pasillos flanqueados por los estands de las editoriales nacionales y extranjeras, de las librerías, de las instituciones académicas, asistiendo a las presentaciones de libros, a las mesas redondas, a las conferencias, a los talleres literarios, a las lecturas de poesía en voz de sus autores, a las múltiples manifestaciones del arte y la cultura del país invitado de cada año: exposiciones de pintura, espectáculos de teatro y de danza, conciertos de música popular, despliegue de maravillosas ofertas gastronómicas...

La Feria de Guadalajara es una conjunción inusitada de la industria editorial y de la fiesta: por un lado, los profesionales —editores, traductores, libreros, bibliotecarios—, ocupados en los negocios propios de su gremio, como la compraventa de derechos, la contratación de novedades, la traducción de las obras de sus autores a otras lenguas, las adquisiciones institucionales... y, entreverados con ellos, los escritores y sus públicos multitudinarios, poseídos, unos y otros, por un espíritu curioso, gozoso, celebratorio. Las ferias del libro suelen ser de dos tipos, las profesionales, como la Liber de Barcelona, que sigue el modelo de Frankfurt, y las festivas, como la de El Retiro de Madrid, en la que las editoriales invitan a sus autores a que firmen ejemplares, y las librerías montan sus casetas en las arboladas avenidas del parque para vender sus títulos. La FIL de Guadalajara es las dos cosas a la vez.

Constantemente regresan a mi memoria algunas de las múltiples actividades en que colaboré con inmensa alegría: la coordinación de sucesivos encuentros internacionales de narrativa; la presentación formal de grandes escritores, como el español Antonio Muñoz Molina, el nicaragüense Sergio Ramírez, los cubanos Leonardo Padura y Eliseo Alberto Diego («Lichi»), el francés Emmanuel Carrère, y de muchos de mis libros: *Tres lindas cubanas, México, ciudad de papel, Ensayo de contraconquista, Cánones subversivos, El metal y la escoria, Del esplendor de la lengua española, De la carrera de la edad, Mentideros de la memoria;* la participación en numerosos homenajes, a Gabriel García Márquez, a Italo Calvino, a Hugo Gutiérrez Vega, a Fernando del Paso, a Julio Cortázar, a José Lezama Lima; el lanzamiento de varios títulos de las ediciones conmemorativas de la Real Academia Española y la Asociación de Academias, desde *El Quijote* hasta *La región más transparente* y *Rayuela...* Pero para estas memorias sería prolijo intentar hacer una lista completa, más propia de un informe o de un currículum. Prefiero quedarme con unas cuantas imágenes que recuerdo sin necesidad de recurrir a ningún archivo y que pueden dar cuenta del gozo y del enriquecimiento que me generó mi asistencia constante durante treinta y cinco años al acto cultural más importante, más incluyente, más esperanzador que se celebra en nuestro país y cuyas resonancias no tienen fronteras.

Acumulo aquí, tras una barrida rápida, un montón de espejos rotos de la feria: la petición de Eliseo Diego, al recibir el premio que aún llevaba el nombre de Juan Rulfo, de que, si moría en México, lo enterraran al lado del autor de *Pedro Páramo,* que «sabía conversar muy bien con los difuntos». La presencia alternada pero constante de tres escritores de primera línea convocados por Raúl Padilla, quienes, con su prestigio y su palabra, mucho impulsaron a la feria:

Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa y José Saramago. Los desayunos en el hotel Hilton, a los que acudían los editores españoles quizá con mayor apetito que a sus propios negocios libreros para degustar las viandas de un inconmensurable bufé de toda suerte de delicias tapatías, y la dispendiosa oferta del cocinero que, a petición de parte, preparaba desde los huevos más simples hasta los más sofisticados, como los «embodegados», que metía crudos en una tortilla de maíz hábilmente abierta, para que se cocieran sin tocar el aceite. Los discursos de recepción del Premio Rulfo, que expresaban la poética de sus recipiendarios, de Juan José Arreola, que se movía en la feria como pez en el agua, a Olga Orozco; de Nélida Piñon a Juan Gelman, de Tomás Segovia a Juan Goytisolo. Las fiestas que se armaban los lunes de la feria en el Salón Veracruz, en cuya larga pista todo mundo bailaba, lo mismo los danzoneros profesionales de indumentaria tintanesca —pantalones anchos de vistosos tirantes fosforescentes— que Alberto Ruy Sánchez, quien llevaba varias mudas de camisas para poder sustituir las que su baile gimnástico empapaba en sudor; lo mismo Gabriel García Márquez que convertía en suave vallenato hasta la rumba más vigorosa, que el juez Baltasar Garzón, quien había logrado someter al dictador Augusto Pinochet a un arresto domiciliario. El discurso transgresivo, como era de esperarse, del «mazapán atómico», según Carlos Monsiváis llamaba a Fernando Vallejo, quien dijo que él no estaba dispuesto a recibir «plata» del Gobierno y que entregaría el monto del Premio Juan Rulfo a una sociedad protectora de animales, en particular de perros, ante la mirada reprobatoria de Consuelo Sáizar, titular entonces del Conaculta y representante personal del presidente Felipe Calderón. Los martinis que les preparé a mis amigos en la oficina de Nubia en la segunda planta de la feria a instancias de Myriam Vidriales, quien me surtió de todos los ingredientes —hielo,

amargo de Angostura, *vermouth* Noilly Prat, con la salvedad de que la botella que llevó de ginebra Bombay Sapphire no era de tres cuartos de litro, sino de uno entero y su graduación, como es sabido, no era de cuarenta grados Gay-Lussac, sino de cuarenta y seis, lo que propició que algunos, como Silvia y yo, llegáramos en estado, si no inconveniente, sí muy esforzado, a la cena que ofrecía en su residencia Raúl Padilla y que otros de plano no llegaran a esa reunión multitudinaria que convocaba a lo más granado de la feria: escritores, artistas, diplomáticos, políticos, intelectuales—. El encuentro con entrañables amigos, a quienes sólo podía ver una vez al año en Guadalajara: mi queridísima editora Beatriz de Moura, directora de Tusquets, su marido Antonio López Lamadrid y su fidelísimo colaborador Juan Cerezo; los cubanos Senel Paz, Leonardo Padura, Arturo Arango, que entonces sólo podían salir de Cuba para venir a Guadalajara; Darío Jaramillo de Colombia y su editor valenciano Manolo Borrás; la argentina Leila Guerriero, cronista mayor de nuestros tiempos; Luisa Valenzuela, que colecciona máscaras sólo para poder mostrar su propio rostro en su literatura y en su amistad generosa; Sergio Ramírez y Tulita, con quienes Silvia y yo siempre apuntábamos la primera cita para vernos en la abigarrada agenda de la feria... La comida en Il Duomo, en La Pasta o en el Sacromonte con mi hermano Ricardo, residente en Guadalajara, que siempre acudió a las presentaciones de mis libros en la feria, y a quien, ¡ay!, nunca volveré a ver, a no ser a través de Flor, su viuda, y de Farah, su hija, que han persistido en su asistencia vicaria a mis actividades; la maleta cargada de mis adquisiciones, sobre todo los libros comprados en el peligrosísimo estand de Colofón y los muchos personalizados por la dedicatoria de sus autores, que mi querido Javier Narváez se ofrecía a trasladar a México en algún transporte terrestre... Imágenes que dan testimonio

del cariño personal aunado al beneficio intelectual —enorme, indecible— de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. En 2022 presenté dos libros: *Mentideros de la memoria,* de mi autoría, y el *Diccionario de mexicanismos propios y compartidos,* obra de la Academia Mexicana de la Lengua. No he podido volver en los dos últimos años. La fuerza de mi voz ha declinado y mi movilidad se ha visto muy disminuida. Posiblemente ya no pueda regresar.

La Academia Mexicana de la Lengua

Ernesto de la Peña decía que, si sumáramos las edades de todos sus integrantes vivos, la Academia Mexicana de la Lengua tendría más edad que el cristianismo.

Cuando fui elegido miembro numerario de la corporación en junio de 1995, Juan Villoro me comentó que los señores académicos debían de estar muy agradecidos conmigo, porque les había bajado la edad promedio en no sé cuántos años. Yo acababa de cumplir entonces cuarenta y siete y durante algún tiempo fui el académico más joven de la institución.

Fui propuesto por Miguel León-Portilla, Manuel Alcalá y José G. Moreno de Alba para ocupar la silla XXVI, vacante por el fallecimiento del escritor veracruzano Sergio Galindo. Antes de él la habían ocupado el historiador del arte Justino Fernández y el abogado y diplomático Isidro Fabela.

Durante muchos años, sobre todo los de mi juventud universitaria, había tenido opiniones encontradas con respecto a la Real Academia Española (RAE): por un lado, consideraba que era una institución arcaica, conservadora y coercitiva, que ejercía desde España un dominio autoritario sobre la expresión lingüística de los países hispanoamericanos, donde, paradójicamente, se encontraba el mayor número de los hablantes de español; por otro, que la ingente

tarea que había realizado al elaborar el mayor y más prestigioso diccionario de nuestra lengua y al estudiar —y editar— las obras cumbre de la literatura española era asombrosa y encomiable. Cuando fui elegido, pensaba que, sin perjuicio de la valía de su trabajo centenario, la Real Academia Española seguía siendo hispanocentrista, pero que, por eso mismo, la Academia Mexicana, una de las más antiguas de América y la que representaba al mayor número de hispanohablantes del mundo, tenía la importantísima misión de hacer valer las peculiaridades de nuestra expresión lingüística. Este pensamiento se correspondía con el de mi maestro y amigo José G. Moreno de Alba, con quien tuve y mantuve grandes afinidades intelectuales, además de las que procedían de la entrañable amistad, rebosante de discusiones, de risas y de buen humor, que nos unió a lo largo de la vida hasta su temprana muerte en agosto de 2014. Y lo que él aplicaba a la lengua, yo lo hacía extensivo a la grandeza de la literatura hispanoamericana. Durante mis estudios universitarios de Lengua y Literatura Españolas le había dado preeminencia a la expresión literaria, pero, a diferencia de la mayoría de mis compañeros afines a esta inclinación, también me había interesado por las asignaturas del área lingüística. Sí, me gustaban las etimologías, el latín, la gramática, la dialectología. Así que me sentí muy orgulloso y muy feliz de haber sido elegido miembro de una institución abocada tanto a los estudios lingüísticos como a los literarios y por la que también habían desfilado personalidades tan notables de otras áreas del conocimiento, como la historia, el derecho o la filosofía.

Poco antes de mi elección, Ángeles González Gamio, en su condición de secretaria ejecutiva del Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, me había invitado a participar en un coloquio sobre la historia y la arquitectura de nuestra capital que se llevó a

cabo en el antiguo Colegio de San Ildefonso. Yo pergeñé unas notas que daban cuenta de algunas de las incursiones, diurnas y nocturnas, que había realizado con mis alumnos o mis amigos por las calles del centro histórico. Hernán Lara Zavala me dijo que en esos apuntes tenía el embrión de un libro. Y, a la larga, así fue. De esas notas y con ese tema nació mi discurso de ingreso a la Academia, que dio origen, a su vez, a mi libro *México, ciudad de papel.* Lo que en el discurso y en el libro digo es que la historia de nuestra ciudad es la historia de sus sucesivas destrucciones, y que su persistencia está cifrada más en la literatura, que la ha preservado a lo largo de los siglos, que en su arquitectura, que las generaciones se han encargado de destruir sistemáticamente.

Leí mi discurso en la vieja casona de la Academia Mexicana de la calle de Donceles en octubre de 1996. La sesión pública y solemne estuvo presidida por José Luis Martínez, su director, y estuvieron presentes en el estrado, hasta donde la memoria me alcanza, Miguel León-Portilla, Clementina Díaz y de Ovando, Ruy Pérez Tamayo, José G. Moreno de Alba, Manuel Alcalá, Andrés Henestrosa, Margit Frenk, José Rogelio Álvarez, Alí Chumacero. Respondió a mi discurso y me dio la bienvenida en nombre de la corporación doña Clementina.

Los prejuicios que habían empañado la imagen que yo tenía de la institución antes de incorporarme a ella coincidían con los que padecía y sigue padeciendo buena parte de la opinión pública. Para combatirlos, escribí recientemente un pequeño manual titulado *Qué es y qué no es la Academia Mexicana de la Lengua.* Extraigo de él algunas consideraciones para desmentir en estas páginas lo que con frecuencia se piensa de la Academia, y que no se corresponde con la realidad.

Se suele creer que la Academia Mexicana de la Lengua es una institución que depende de la Real Academia Española y que, como aquella, se dedica a normar nuestras expresiones lingüísticas, desempolvar palabras antiguas, censurar voces emergentes y reprobar los usos «incorrectos» de la lengua.

Empiezo por decir que la Academia Mexicana de la Lengua *no* es una institución dependiente de la Real Academia Española. La de España fue fundada a principios del siglo XVIII. Con el espíritu ilustrado que impulsó su creación, se propuso normar la lengua, es decir clasificar, definir y regular sus voces y sus acepciones, establecer su ortografía, entonces todavía vacilante, y valorar su riqueza expresiva y su secular tradición literaria. Su obra inaugural fue el *Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdaderosentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las phrases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua.* Esta obra primigenia es más conocida como *Diccionario de autoridades* por las citas de escritores prestigiosos con las que ejemplifica el uso de las palabras ahí registradas y definidas, y es el punto de partida de las sucesivas ediciones del *Diccionario de la lengua española,* que es, con mucho, el lexicón más prestigioso de nuestro idioma, el más consultado y al que se le confiere una autoridad indiscutible. Después de haber transcurrido poco más de un siglo y medio desde su fundación, la Real Academia Española consideró que había llegado el momento de constituir academias correspondientes en América. La gran mayoría de las antiguas posesiones españolas de ultramar había alcanzado su independencia política de la Corona española durante las primeras décadas del siglo XIX y, para mediados de esa centuria, las nuevas repúblicas ya habían restablecido relaciones con España. Algunos

países hispanoamericanos, entre ellos México, habían tomado la iniciativa de formar instituciones académicas similares o equivalentes a la Academia española. Con base en tales antecedentes, la RAE estableció las primeras academias correspondientes americanas: la colombiana, la ecuatoriana y la de nuestro país, que adoptó el nombre oficial de Academia Mexicana Correspondiente de la Real Academia Española, y cuya primera sesión se celebró el 11 de septiembre de 1875, hace ciento cincuenta años. Es importante señalar que la palabra *correspondiente* no necesariamente implica subordinación o dependencia. Se refiere a la relación de afinidad que guardan entre sí determinadas entidades. Y sí, los objetivos de la Academia Mexicana son equivalentes a los que tiene la RAE y que, en esencia, se resumen en estudiar la lengua española, valorar sus expresiones literarias y velar por su unidad. Sin embargo, por su historia secular, por su enorme prestigio y por representar la matriz milenaria de la lengua española que habría de difundirse en el continente americano y en otras posesiones, como las islas Filipinas, la RAE ejerció en la práctica una tutela digamos que *maternal* sobre las academias correspondientes, con el propósito central de mantener su unidad en el vastísimo territorio hispanoparlante.

En 1951 se celebró en México el primer Congreso de Academias de la Lengua Española. Se invitó, además de la Española, a las diecisiete academias correspondientes establecidas hasta entonces: la Colombiana, la Ecuatoriana, la Mexicana, la Salvadoreña, la Venezolana, la Chilena, la Peruana, la Guatemalteca, la Costarricense, la Filipina, la Panameña, la Cubana, la Paraguaya, la Boliviana, la Dominicana, la Nicaragüense y la Hondureña, más las dos academias asociadas: las academias Argentina y Uruguaya de Letras. Inesperadamente, y en contra de su aceptación inicial, la Real Academia Española, por órdenes de la «superioridad», declinó

la invitación y no acudió a ese primer congreso. Como es sabido, después de la Guerra Civil española, México mantuvo relaciones diplomáticas con la Segunda República en el exilio y nunca reconoció al Gobierno de Francisco Franco. La ausencia de la RAE en un congreso de academias de la lengua propició, como es natural, que se replantearan las relaciones de las corporaciones hispanoamericanas con la corporación de la llamada «Madre Patria». Hubo quienes pugnaron por una ruptura radical —como el mexicano Martín Luis Guzmán—, y se manifestaron en favor de una absoluta autonomía, y quienes —como el colombiano Félix Restrepo— propusieron, por lo contrario, mantener, y aun incrementar, la sumisión que *de facto* se tenía con ella. El resultado de las intensas y antagónicas discusiones fue el surgimiento de la Comisión Permanente de las Academias, integrada por representantes de todas las corporaciones. La RAE entonces decidió sumarse a la flamante agrupación, pues ya no era sólo la Academia Mexicana la que la invitaba, sino todas las academias representadas en el congreso. De ahí nació la Asociación de Academias de la Lengua Española.

Este relevante acontecimiento redundó en que las academias hispanoamericanas permutaran la relación *filial* que en los hechos tenían con la RAE, por una relación *fraternal,* si bien todas reconocieron a la Española como la hermana mayor, pues casi les doblaba la edad a las academias más antiguas establecidas en América.

Desde entonces, la correspondencia ha sido mayor, y se ha intensificado a partir del siglo XXI, cuando todas las corporaciones de la ASALE han participado de manera conjunta y en pie de igualdad en la elaboración de las grandes obras panhispánicas: el *Diccionario de la lengua española,* la *Ortografía,* la *Nueva gramática,* el

Diccionario panhispánico de dudas, el *Glosario de términos gramaticales,* el *Diccionario histórico de la lengua española,* etc.

Entre los grandes beneficios que se han obtenido de este trabajo conjunto destaca la consideración fundamental de que no hay, como se pensaba antes, una sola norma culta del español, sino que la norma lingüística es policéntrica, y que varía de región en región. No hay, por tanto, ningún país que pueda detentar el dominio normativo de nuestra expresión verbal.

También suele decirse que la española fue la lengua de la Conquista.

Sí, qué duda cabe. La lengua española es la lengua de la Conquista. Llegó a América con las carabelas colombinas y acabó, a través de los siglos, por implantarse en la América española como lengua dominante sobre la enorme diversidad de lenguas originarias que había, y sigue habiendo, en los países americanos —y muy especialmente en México—. Habría que decir, sin embargo, que la conquista espiritual, esto es la cristianización de los naturales, se llevó a cabo en las lenguas indígenas que los misioneros se vieron precisados a aprender para *sembrar la palabra de Dios en esta viña sin cultivo,* como ellos definían su misión evangélica.

Sin embargo, a principios del siglo XIX, cuando tienen comienzo las revoluciones de independencia en la América española, sólo había tres millones de hablantes de español en todo el continente americano, lo que representaba un porcentaje mínimo con respecto a la población total. Tal dato revela que la castellanización fue más un proyecto de las flamantes repúblicas emancipadas que de la España imperial. En efecto, los gobiernos republicanos de Hispanoamérica vieron en la lengua española una condición

inexcusable para configurar sus respectivas nacionalidades. Muchos de ellos, entre otros el mexicano, consideraron que la existencia de las lenguas indígenas era un obstáculo que había que superar para alcanzar la unidad nacional.

Se suele considerar que la Academia Mexicana de la Lengua es una institución conservadora. ¡Por supuesto! Hay mucho de conservadurismo en los trabajos que emprende. No podría ser de otro modo, pues una de sus funciones es precisamente la de *conservar* nuestro secular patrimonio lingüístico y literario: preparamos ediciones críticas de obras clásicas de nuestra historia literaria, realizamos estudios filológicos de textos antiguos, investigamos la evolución de la lengua española en nuestro país y en nuestro continente desde que llegó al Nuevo Mundo a finales del siglo xv, participamos con las demás academias en la elaboración de obras históricas fundamentales, como el *Diccionario histórico de la lengua española.* Pero también estamos abiertos a la actualidad de nuestras expresiones lingüísticas y literarias. Estudiamos los usos de la lengua en México, los consignamos en nuestras obras —*El Diccionario de mexicanismos. Propios y compartidos,* el *Archivo de la palabra,* el *Observatorio de neologismos mexicanos,* por ejemplo— y hacemos las aportaciones correspondientes a las obras que realizamos en conjunto con las otras academias hermanas. Y lo mismo podríamos decir con respecto a las manifestaciones literarias. Muchos académicos son conspicuos escritores —narradores, poetas, ensayistas, dramaturgos— y no sólo presentan en el seno de la corporación sus propias obras, sino que con frecuencia aluden en sus conferencias y en sus propios trabajos ensayísticos o en sus

investigaciones académicas a la literatura contemporánea de nuestra lengua.

Buena parte de los hispanohablantes les confiere a la Real Academia Española y a las demás academias nacionales, para bien o para mal, una condición de autoridad lingüística. Creo que es conveniente determinar en qué consiste la autoridad de las academias y eximirlas de la acusación de practicar el autoritarismo que se les atribuye.

Lejos de adoptar un criterio autoritario y ejercer una función coercitiva en materia de lengua, la Academia Mexicana, como la Española, se dedica a conocer, registrar y valorar los usos *normales* de la lengua, de acuerdo con sus variantes dialectales y socioculturales. Su función es más descriptiva que prescriptiva.

En las respuestas a las consultas que se le hacen, la corporación reconoce que hay usos que, por su riqueza, por su precisión, por su pertinencia, por su ejemplaridad o por su frecuencia de uso, son más aconsejables que otros. Y así se lo hace saber a los consultantes. Evita, hasta donde es posible, utilizar los calificativos de *correcto* o *incorrecto* por el que claman no los académicos, por cierto, sino los consultantes. En general optamos por la sugerencia, por la recomendación, respetando en todos los casos la preferencia lingüística de la comunidad. Desde luego que reprobamos las construcciones a todas luces incorrectas que atentan contra la estructura de nuestro edificio lingüístico. También lamentamos la pobreza expresiva que se da en algunos sectores de la sociedad, derivada, en buena medida, de la ausencia de un aprendizaje formal de la lengua materna en el sistema educativo nacional.

Es cierto que la Academia Mexicana de la Lengua está integrada en su mayoría por personas de edad más o menos avanzada, pues para ser elegidos miembros de la corporación, todos los que la forman han tenido que invertir mucho tiempo en su preparación académica y en la producción de su obra. Como la condición de académico es vitalicia, y los académicos suelen ser longevos, es natural que su edad sea considerable. La Academia cuenta en su conjunto, pues, con una enorme riqueza intelectual acumulada a lo largo de los años. Sin embargo, se renueva constantemente con la elección de nuevos miembros, algunos de ellos, por cierto, bastante jóvenes, que han dado muestras precoces de sus conocimientos y de su talento; por otra parte, el trabajo académico y creativo, que trae aparejadas la curiosidad nunca satisfecha, la continua producción escritural y, con frecuencia, la práctica de la docencia, mantienen vivo el espíritu de los académicos, que se rejuvenece permanentemente.

Debo decir, además, que, sin perjuicio de la seriedad de las disquisiciones y de los trabajos que presentan los académicos en el seno de la corporación, las sesiones académicas se desarrollan con gran vitalidad. No sólo son interesantes y profundas, sino gozosas, simpáticas y hasta divertidas. En mucho se parece la Academia a su objeto de estudio: la lengua. Y si la lengua es un organismo vivo y, por lo tanto, dinámico y cambiante, la institución que la estudia participa, diría que inevitablemente, de la propia energía renovadora que la lengua posee.

Al decir lo que *no* es la Academia Mexicana de la Lengua he acabado por decir, indirectamente, lo que *sí* es: una institución autónoma,

que trabaja, en coordinación estrecha con las demás academias de la lengua española ubicadas en los diferentes países hispanohablantes, en la elaboración de las grandes obras panhispánicas; una institución que se dedica al estudio de la lengua española, sobre todo a sus modos de hablar y de escribir en nuestro país y a sus relaciones con las lenguas originarias de México; una institución integrada por conspicuos intelectuales mexicanos dedicados a la literatura y a la lingüística, pero no sólo a ellas, sino también a la historia y al derecho, a la filosofía y a la sociología, a las artes y a las ciencias...

A lo largo de su siglo y medio de historia, la Academia ha albergado en su seno a muy prominentes intelectuales mexicanos. Muchos de ellos fueron ilustres filólogos, que supieron compaginar sus estudios de la lengua española (y, en varios casos, de algunas lenguas indígenas) con el conocimiento de nuestro país y de su historia. Entre otros, Joaquín García Icazbalceta, bibliógrafo, historiador, lexicógrafo; Ángel María Garibay, estudioso de la cultura mexica y de la lengua náhuatl; Alfonso Méndez Plancarte, latinista y editor de la obra de sor Juana Inés de la Cruz; Miguel León-Portilla, quien reivindicó la valía y la importancia de la cultura náhuatl en sus ya clásicos libros *La filosofía náhuatl* y *La visión de los vencidos;* José Luis Martínez, «curador de la literatura mexicana»; María del Carmen Millán, la primera mujer que ingresó en la institución y que dedicó su vida al estudio de la literatura mexicana de los siglos XIX y XX; José G. Moreno de Alba, estudioso de las variantes dialectales que se presentan en la vasta geografía del territorio nacional... Otros han sido notables escritores: los poetas José Juan Tablada y Enrique González Martínez, Carlos Pellicer y José Gorostiza, Rubén Bonifaz Nuño y Eduardo Lizalde; los novelistas Federico Gamboa y Martín Luis Guzmán, Agustín Yáñez y Juan Rulfo; los ensayistas Alfonso

Reyes y Octavio Paz, los dramaturgos Salvador Novo y Vicente Leñero. Este elenco se enriqueció con la presencia de historiadores como Artemio de Valle-Arizpe y Edmundo O'Gorman; de los filósofos Antonio Caso y José Vasconcelos; de los abogados Nemesio García Naranjo e Isidro Fabela; de los médicos Porfirio Parra y Ruy Pérez Tamayo.

En fin, que la Academia ha engrandecido su patrimonio cultural intangible con el concurso de los más distinguidos pensadores mexicanos, quienes han sido, en sus obras y desde sus diferentes disciplinas, grandes exponentes de la lengua española.

En febrero de 2018, fui elegido director de la Academia. En este puesto los académicos me reeligieron para un segundo periodo de cuatro años en febrero de 2021.

Me ha tocado dirigir la Academia durante los años más difíciles de los últimos tiempos. He estado en el mejor lugar pero en el peor momento. Con la llegada al poder del presidente Andrés Manuel López Obrador se recortaron dramáticamente los recursos del Gobierno federal destinados a la cultura, al grado de que nuestro presupuesto se vio reducido en un 88.8 por ciento; sí, ¡nos otorgaron menos del doce por ciento de lo que nos habían asignado en el sexenio anterior! Tuvimos que adoptar medidas drásticas: despedir a la mitad de los trabajadores de la corporación, congelar los salarios de todo el personal técnico y administrativo, eliminar las dietas que se les daban a los académicos y sólo respetar los emolumentos asignados a aquellos que desempeñaran funciones académico-administrativas, y vender parte importante de nuestro patrimonio artístico: pinturas de José María Velasco, el Dr. Atl, Carlos

Mérida, Jorge González Camarena, Manuel Rodríguez Lozano, Ricardo Martínez..., que la Academia había adquirido a lo largo de los años.

A principio de 2020 recibimos el azote de la pandemia del COVID-19, que mucho limitó nuestras actividades. Nos vimos orillados a suspender las reuniones presenciales e incluso a finiquitar el contrato de arrendamiento de la casa de Iztaccíhuatl en la colonia Florida que ocupábamos. Desde entonces hemos tenido que utilizar los sistemas digitales para llevar a cabo de manera telemática nuestras sesiones en detrimento de la sinergia que generaba el contacto directo de los académicos. Hay que decir, sin embargo, que, gracias a la tecnología, la Academia no sólo ha podido seguir funcionando en forma remota, sino que incluso se ha aumentado la «asistencia» de los miembros de la corporación a las sesiones ordinarias. De igual manera, nuestras actividades han cobrado una resonancia que nunca habían imaginado tener. Un ejemplo: las lecturas que, por determinación estatutaria, los académicos debemos ofrecer rotatoriamente, antes de la pandemia se llevaban a cabo a puerta cerrada al final de cada sesión. Contaban, en el mejor de los casos, con treinta y cinco oyentes —nuestros colegas—. Hoy las pueden escuchar miles de personas en nuestras plataformas digitales, donde permanecen por tiempo indefinido.

No voy a rendir un informe de lo que se ha hecho durante mi administración, qué va. No es ese el propósito de estas páginas memoriosas. Pero sí diré, para terminar, que, a pesar de las adversidades de los últimos años, la Academia Mexicana de la Lengua no sólo ha podido sobrevivir, sino que ha incrementado notablemente su productividad. Y lo ha hecho *ad honorem*. Los académicos no recibimos más recompensa que la felicidad que entraña ser parte de una institución tan ilustre, que llega a los ciento

cincuenta años de vida con un bagaje cultural enorme y con una jovialidad promisoria.

VI

El Espíritu Santo

—A ver, hijo, ponte la mano derecha en la frente. ¡No, la otra! ¡Esta, la derecha, con la que comes! Abierta. ¡No tanto! Así, que sólo los dedos toquen tu frente, muy bien. Ahora, repite conmigo: *En el nombre del Padre...*

—*En el nombre del Padre*...

—Ahora, pon la mano en el pecho, así. No, un poquito más abajo, casi en la barriga, ¡Eso! Repite conmigo: *Del Hijo...*

—*Del Hijo*... Oye, mamá, ¡me falta un botón!

—Hijo, ¡no te distraigas! A ver, de nuevo. La mano en la frente, *En el nombre del Padre...*

—*En el nombre del Padre*...

—La mano en la barriga, muy bien, *del Hijo.*

—*Del Hijo...* Oye, mamá, pero es que me falta un botón.

—Muchacho, ¡que no te me distraigas!

—A ver, otra vez, desde el principio: *En el nombre del Padre,del Hijo...*

—*En el nombre del Padre, del Hijo*...

—Mamá, pero ¿cuándo me pegas el botón?

Podría haberme dicho *chiquillo de mierda,* pero esa expresión jamás habría salido de los labios de mi madre. Así que se limitó a decir:

—¡Por Dios, hijo, contigo no se puede! ¡Que Dios te perdone! ¡Duérmete ya!

Por el ojal viudo de la camisa de mi piyama, se me escaparon todos los dones del Espíritu Santo.

Desde la pandemia

2023. Tres años han pasado desde que escribí el ensayo *El invierno tan temido.* Ya cumplí setenta y cinco años.

En ese lapso, la salud, con la que había mantenido una relación si no muy buena, más o menos estable durante mucho tiempo, me abandonó intempestivamente. Es cierto que ya había sufrido varios desencuentros con ella —algunas enfermedades antiguas que volvieron por sus fueros y ciertos achaques recientes, de los que di cuenta en el propio ensayo—. Pero, aun así, la relación funcionaba con cierta tranquilidad rutinaria hasta que, con la pandemia del coronavirus, se vino abajo.

El síndrome que me había diagnosticado el doctor Donato Alarcón a finales de los setenta del siglo pasado, se había manifestado esporádicamente en los años subsecuentes, sobre todo cuando estaba más expuesto al calor y a la humedad, como me ocurría en mis reiteradas estadías veraniegas en Barcelona. Ahora, medio siglo después de haberse presentado por primera vez, los síntomas de esta enfermedad se han agudizado. El diagnóstico del doctor Alarcón ha sido ratificado ahora por mi médico, que fue discípulo suyo, Arnoldo Kraus.

En los últimos tiempos, fueron intensificándose algunas molestias que tenía en la columna lumbar, propiciadas, acaso, por las muchas horas que paso sentado a mi escritorio. A instancias de mi hermano Jaime, el deportista, y con el entrenamiento semanal de un maestro que es espejo de paciencia —de paciencia china—, empecé a

practicar a diario, desde el año 2001, un arte marcial pacífico —vaya paradoja—, denominado tai chi, que significa, según entiendo, «energía en movimiento». Pensé que semejante ejercicio, tan fuerte como delicado, tan intenso como grácil, me ayudaría a mitigar esas dolencias de la espalda baja. Y seguramente así fue durante un tiempo, pero el caso es que a lo largo de los años pasé de la enfadosa molestia al dolor insoportable en la columna lumbar.

Visité a un especialista, el doctor Ramiro del Valle. Cuando le relaté mi historia clínica, incluido el *síndrome de Reiter,* me transfirió a un neurólogo colega suyo, quien, a su vez, me remitió a una celda de tortura: una sala del hospital en la que me hicieron una electromiografía —un estudio que, hasta donde puedo entender, evalúa la correlativa salud de los músculos y de las neuronas motoras que los controlan—. Yo estaba dispuesto a confesar lo que me preguntaran, si es que los médicos me hubieran preguntado algo, pero se limitaron a meterme agujas por todo el cuerpo, removerlas una vez dentro de mis carnes, sin saña, pero con absoluta frialdad científica, y aplicar descargas eléctricas para observar las reacciones de mi alterado sistema nervioso y de mi débil musculatura a cada piquete y a cada *electroshock.* Me identifiqué con el más doloroso de los autorretratos de Frida Kahlo, *Unos cuantos piquetitos.* Como estudio, el resultado es ejemplar. Los médicos a los que se lo he enseñado en México y en España lo han calificado de excelente. Pero los resultados fueron adversos: una neuropatía severa, irreversible y progresiva en las cuatro extremidades de mi cuerpo.

El doctor Del Valle necesitaba de ese diagnóstico de su colega no sólo para proceder a su intervención quirúrgica, sino para prevenirme. La operación de la columna que me iba a practicar no

corregiría mi problema neuropático. Podría, sin embargo, detener o retrasar su progresión y aligerar mis dolores.

Pero no me pudo operar de inmediato porque otro imprevisto y serio problema de salud se interpuso en el camino del quirófano. El descubrimiento de un carcinoma en las cuerdas vocales, del que ya di pormenorizada cuenta páginas atrás.

Cuando superé la convalecencia de la extirpación del carcinoma y del tratamiento radiológico al que fui sometido, estuve listo para la operación de la columna, que se verificó en marzo de 2022. Me pusieron dos tornillos y cuatro tuercas de titanio en las vértebras lumbares y me inutilizaron por medio de la microcirugía algunos nervios. Para que un profano como yo comprendiera lo que me habían hecho, el doctor Del Valle me explicó que me había practicado algo equivalente a una endodoncia, es decir, me había matado algunos de los nervios sensitivos, los que transmiten el dolor, pero había dejado vivos los que permiten la locomoción. En efecto, sentí un alivio inmediato. Los dolores intensos disminuyeron, aunque buena parte de la pierna izquierda, la más afectada por la neuropatía, se me durmió, creo que para siempre. Sobre todo, en la parte baja, en el pie. Yo, que padezco insomnio, tengo dormida una parte de mi cuerpo. Cómo me gustaría que nos sincronizáramos. Que pudiéramos dormirnos todos —mis piernas, mis brazos, mi cerebro— al mismo tiempo. Pero no: la pierna izquierda está siempre dormida o en duermevela. Me advirtió el médico que debía tener cuidado. Si me picara un alacrán en el pie izquierdo o si me cortara con un vidrio, no me daría cuenta para tomar las medidas del caso. Lo único bueno es que, a media noche, cuando me levanto a orinar, no siento, al menos en el pie izquierdo, el frío del mosaico del baño. Lo malo es que, para compensar la insensibilidad de la pierna

izquierda, tendré que usar, por razones de equilibrio, un bastón que ya no podré olvidar en ningún resquicio de ninguna parte.

Pero no fueron sólo estas —la artritis reactiva, la neuropatía múltiple y el cáncer en la garganta— las causas de mi mala relación con la salud en estos últimos años.

Dos meses después de mi operación de la columna, me encontré de nueva cuenta en España. Fui a Oviedo para participar, tras dos años de deliberaciones telemáticas, en el jurado del Premio Princesa de Asturias de las Letras. ¡Qué gusto sostener, con los miembros de un jurado de excelencia, una suerte de seminario de alto nivel literario para discernir, entre las docenas de candidatos, quién debería hacerse acreedor a este importantísimo y singular reconocimiento! Una vez elegido al ganador, asistí a una comida de despedida en alguno de esos restaurantes ovetenses en que la calidad compite con la cantidad exorbitante de las delicias gastronómicas que se suceden platillo tras platillo en todo el Principado de Asturias. Las precauciones sanitarias, que rigieron nuestra estancia en el Hotel de la Reconquista donde nos instalaron para llevar a cabo nuestras deliberaciones se fueron relajando y, en esa comida final —¡fuera mascarillas!—, nos despedimos con una efusión correspondiente a los tres días que habíamos convivido intensamente como miembros del jurado.

De regreso en Madrid, al cabo de una semana de haber dejado Oviedo, asistí otra vez al Instituto Cervantes, donde Gioconda Belli y Juan Villoro presentaron mi nuevo libro, *Mentideros de la memoria.*

Una vez concluida la presentación, que resultó simpática y cordial, Juan Cerezo —editor de mi obra por parte de Tusquets—, nos convidó a cenar en La Ancha a todos los participantes en el acto. Como al final yo había cometido la imprudencia de leer, así fuera a un volumen bajísimo (el máximo que alcanzaban mis convalecientes

cuerdas vocales), un texto sobre Julio Cortázar que figura en mi libro, tenía la voz agotada. Apoyado en mi bastón obligatorio, caminé con mis compañeros hasta el restaurante de la calle de Zorrilla. La cena fue agradable, pero yo ya no podía articular palabra. No me alcanzaba la voz y, obviamente, no disponía de ningún micrófono para departir con siete u ocho comensales, todos, por cierto, muy verbosos y platicadores. El caso es que empecé a sentir una gran fatiga que se montaba sobre la marginalidad a la que me había reducido la afonía total. Era jueves.

Me hospedaba de nuevo en el departamento de mi hijo Diego y su familia, que tiene la ventaja de contar con ascensor, a diferencia del de Silvia, que se ubica en el centro de Madrid, para acceder al cual hay que subir, si se me permite la hipálage, veintitrés esforzados escalones. El viernes amanecí mal. Estaba agotado. Al principio, supuse que era la consecuencia natural de haber participado en las intensas deliberaciones de Oviedo y de haber presentado mis *Mentideros* en el Instituto Cervantes. Pero después de haber pasado todo el día en casa, poseído por un cansancio enorme, comprendí que eran otras las causas que le había atribuido a mi malestar.

El sábado me hice una prueba casera de COVID. ¡Di positivo!

Supe entonces quién me había contagiado. A los pocos días de haber dejado Oviedo, un miembro del jurado, que se había sentado a mi derecha en la comida de despedida, envió un correo colectivo en el que, con mucha mortificación, nos anunciaba que había contraído el virus y nos recomendaba, muy civilizadamente, que tomáramos las medidas del caso. No obstante la cercanía que había tenido con esta persona y el abrazo con el que nos habíamos despedido, no me alarmó entonces su comunicación. Contaba con las dos vacunas reglamentarias más otras dos de refuerzo.

A pesar de mis prevenciones, el bicho se me metió en el cuerpo. Quizá se aprovechó de la debilidad de mis defensas tras la operación de la columna. No lo sé. Lo que sí sé es que se sintió cómodo en mi organismo porque se instaló a vivir en él tranquilamente durante ¡treinta y cuatro días!

Fueron muchos y muy malos días. Un cansancio descomunal se había apoderado de mí. No tenía fiebres más que ocasionales, pero la somnolencia, aumentada por el encierro, la debilidad y el inmisericorde calor veraniego de Madrid, no me permitían hacer otra cosa que dormir y vegetar. Casi todos los días me volvía a hacer el examen y, para mi desilusión, reaparecía en el casete de prueba esa persistente rayita roja que se burlaba del verdor de mi esperanza.

Me apenaba sobremanera, además, haber contagiado a los comensales de la cena de La Ancha. Juan Villoro y Sofía, su mujer; Gioconda Belli y Charlie, su marido, y Juan Cerezo resultaron infectados. Por fortuna, sus síntomas fueron leves y al cabo de una semana quedaron liberados de la enfermedad.

Un día, el cansancio, el abatimiento y la fiebre se dispararon. Fue entonces cuando Silvia consideró necesario llevarme al hospital. Una amiga suya originaria de Pamplona le había recomendado la Clínica Universidad de Navarra, que contaba con una magnífica sede en las afueras de Madrid, por el rumbo del aeropuerto de Barajas. Diego y Gonzalo —mi hijo mayor, que estaba de paso por Madrid— apoyaron esa decisión.

Como la amiga de Silvia conocía bien al director de la clínica, no tuvimos ningún problema de admisión. Me recibieron sin más trámite que la entrega de una tarjeta de crédito, y de inmediato me atendió un médico de guardia.

Tras una larga encuesta para conocer mi historia clínica, el médico me tomó una muestra de sangre para hacerme una *analítica,* como

les llaman en España a los análisis clínicos. Cuando tuvo los resultados, volvió al gabinete de urgencias donde me había dejado y, con la proverbial delicadeza de la expresión verbal española, me soltó:

—¡Coño! ¡Que te has *cargao* un riñón! ¡De aquí no sales por ahora!

Y me internaron.

La clínica era impecable: limpia, moderna, bella y hasta elegante. Me asignaron una habitación luminosa con un gran ventanal que daba al campo. La cama era comodísima y las sábanas estaban bordadas en hilo dorado con el monograma de la clínica. El amplísimo baño disponía no sólo de todos los implementos necesarios, sino también de los suntuosos. La habitación contaba, además, con otra confortable cama adicional para el acompañante del enfermo y con un cómodo sillón de lectura, en el cual también podía tomar los alimentos que cada mañana sometía a mi elección la chef del hospital. Yo pensaba en mis riñones, claro, pero también en mi tarjeta de crédito, cuya fragilidad era directamente proporcional al lujo que ostentaba la clínica. Me imaginaba al centurión emblemático de American Express con el casco abollado, la cresta despeinada, la lanza rota, el rostro lleno de moretones, los ojos morados.

Según lo entendió mejor Silvia que yo, el daño renal fue provocado por los antiinflamatorios y otro medicamento llamado Metotrexato que tomaba para paliar y detener la artritis reactiva.

Cinco días y cuatro noches estuve internado en la Clínica Universidad de Navarra. Silvia me acompañó todas las noches y recibí las constantes visitas de mis hijos. Por fortuna, Gonzalo pudo hacer valer un seguro médico de viaje, asociado a mi tarjeta de

crédito y del que yo no tenía conciencia, que cubrió la totalidad de mis gastos. El centurión recuperó su marcialidad original.

Salí estabilizado, restablecido, pero todavía con el bicho adentro. Hube de posponer mi regreso a México. Una semana después, al hacerme la prueba de COVID, la execrable rayita roja ya no apareció en el casete. El bicho se había largado.

Se marchó, sí, pero me dejó las indelebles huellas de su paso por mi cuerpo. Unas secuelas post-COVID que al parecer aún no han sido estudiadas con suficiente precisión. Lo cierto es que, desde entonces a la fecha, la debilidad, el cansancio y la somnolencia siguen dominando mi vida cotidiana. Cada vez me cuesta más esfuerzo caminar, sobre todo si se trata de subir escaleras; me fatiga mucho bañarme, vestirme, dar clase, salir de casa, y necesito dormir dos siestas a lo largo del día, una después de desayunar y otra después de comer. Aun así, sigo levantándome muy temprano, a las cinco de la mañana, a escribir durante tres o cuatro horas silenciosas y sin interrupciones, y sigo dirigiendo la Academia Mexicana de la Lengua, que opera todavía de manera telemática. Todas las mañanas hago mis ejercicios fisioterapéuticos con disciplina espartana y todas las tardes camino un poco por la calle interior del condominio horizontal en el que vivo. Si en la mañana escribo, en las tardes leo. No sin dificultades.

Como si no hubiera sido suficiente, un problema de mácula me ha afectado el ojo derecho. Es una mácula húmeda, según me dice mi oftalmólogo, el doctor Mauricio Maqueo. Para que yo lo entienda, me explica de qué se trata con una analogía casi infantil. Los vasos capilares que irrigan los nervios oculares son como mangueras en un jardín. Y los míos están agujereados. Por ellos se escapa todo lo que conducen: sangre, plasma, grasa. Y el jardín se encharca. Ese charco es el que genera una mancha que me obnubila la vista. Como

existe la posibilidad de desecar ese jardín mediante una sucesión de inyecciones en el ojo que absorban el líquido derramado, me recomienda someterme a un tratamiento de tres inyecciones consecutivas, aplicadas mensualmente. Acepto. No es nada agradable. Aunque se trate sólo de una inyección, se requiere quirófano. Y no hay más anestesia que unas gotas oculares. Lo peor, claro, es que para recibir esa inyección es requisito tener el ojo abierto, es decir ver lo que uno no quisiera ver. Creo que casi nadie ha visto esa terrible escena de *El perro andaluz* de Luis Buñuel y Salvador Dalí en la que una navaja secciona con crueldad el ojo de una joven al tiempo que la luna resplandeciente es atravesada por una nubecilla. Y no es que la película no se haya visto, qué va, sino que los espectadores, naturalmente, cierran los ojos ante ese alevoso *close-up.* Pero en el caso de las inyecciones, un dispositivo que sujeta los párpados obliga a mantener el ojo abierto. La verdad, la aplicación de esas inyecciones no es muy dolorosa. A mí ya me han puesto seis, en dos tandas de tres cada una, que por desgracia no han hecho todo el efecto deseado, y he acabado por acostumbrarme. Es más doloroso contarlo —o escucharlo— que vivirlo.

Tendrán que hacerme tres operaciones. Dos de cataratas —una en cada ojo— y otra de mácula en el derecho. Ojalá recupere la vista porque ahora la tengo muy obnubilada. Cada día me cuesta más trabajo leer en papel y he tenido que acudir a los dispositivos electrónicos, de los que había abjurado. Claro que tienen sus ventajas: su iluminación, su maleabilidad tipográfica, su ligereza, su gran capacidad de almacenaje... Pero ni modo, yo soy de papel. No sólo por el amor inveterado que le profeso al libro, sino por la necesidad que tengo de conocer sus dimensiones, su extensión, su peso, su volumen. El gran humanista Emilio Lledó —eminente

traductor de Platón al español— dice que cuando leemos un libro en papel, tenemos idea de la casa completa, pero cuando lo leemos en un aparato digital, sólo conocemos la habitación en la que nos encontramos en ese momento.

Montado en la inercia telemática que se desarrolló a partir de la pandemia, he podido dar clases virtuales durante estos últimos tres años y medio. Pero ahora, cuando todo mundo ha vuelto a la presencialidad, lamento muchísimo no poder asistir a mi salón 008 de la Facultad de Filosofía y Letras a hablar con mis alumnos, a escucharlos de viva voz, a dialogar con ellos, a leer, emocionado, ese poema de sor Juana o de Villaurrutia, de López Velarde o de Pellicer, o aquel párrafo de Borges o de Cortázar, de Rulfo o de Fuentes, de Arlt o de Onetti. Las autoridades de la facultad me han hecho la concesión de seguir impartiendo mis cursos por la plataforma electrónica de la UNAM. Numerosos estudiantes se inscriben en mi cátedra y varios participan inteligente y entusiastamente en la clase, pero los más de ellos permanecen con sus cámaras y sus micrófonos apagados, ejerciendo su derecho a la privacidad, de manera que me dirijo a un conjunto de sombras de quienes sólo leo un nombre que las subtitula o veo una fotografía estática y tan muda como yo. Y los pocos que sí encienden sus cámaras y sus micrófonos tienen cara de plasma y voz artificial, iguales a mi rostro plano y descolorido, que me veo obligado a mirar mientras hablo, y a mi voz, amplificada merced a un potente micrófono que me proporcionó mi hijo Gonzalo y que me permite hablar en un volumen muy bajo sin que por ello dejen de escucharme. Pero ya me cansé de la virtualidad y no tengo

la necesaria condición física para asistir a clase en persona. No me da la voz, no me dan las piernas, no me da la vista. ¡Carajo!

El 23 de septiembre del próximo año 2024, cumpliría cincuenta años de ser profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de mi amada Universidad Nacional Autónoma de México. Mucho me temo que no llegue a cumplir ese medio siglo, que obedecería al prestigio exagerado del sistema decimal que Borges evocó cuando su madre murió a los noventa y nueve años y no llegó a los cien. He decidido jubilarme —si a esta suma de incapacidades se le puede llamar decisión.

Cuando a causa del recién expandido coronavirus me vi obligado a dar clase desde mi confinamiento en Malinalco, donde mi esposa y yo nos refugiamos a partir de la declaración de la pandemia, la primera sensación que padecí, aun antes de encender la computadora, fue la de la angustia. El vacío: hablar ante fantasmas, solo, como en un presunto diálogo que no llegara a concitar a sus interlocutores y se redujera a un monólogo estéril y absurdo. Y, al término de la sesión, lo que sentí fue un profundo y desmesurado agotamiento.

¿Por qué estoy tan cansado?, me preguntaba después de cada sesión. Paradójicamente, estaba fatigado por haber permanecido sentado durante dos horas seguidas. En mis clases nunca, o casi nunca, me siento en la silla profesoral. Camino por la tarima, me bajo a la gradería (porque el salón 008 tiene gradería) y dialogo con mis estudiantes. Es decir que el movimiento me descansa, me activa la circulación de la sangre, me dinamiza. (Ay, sigo hablando en presente cuando ya debería hablar en pretérito.)

Me rebelo ante la idea misma de la jubilación. Porque sé que todavía tengo cosas que decir, que aportar; porque todavía los alumnos se inscriben en mis cursos; porque algunos de ellos me han

seguido durante años y hasta por décadas, pero, ¡carambas!, ya no tengo voz, ya no puedo caminar, ya no puedo leer más que en esas habitaciones encerradas que no me permiten conocer la casa completa. Ha llegado la hora de retirarme, de contribuir, con mi jubilación, a que se renueve la planta académica, a que corra sangre joven por las venas del profesorado universitario.

Coda

A partir del comienzo del año 2024 me jubilé.

El vampiro que succionó la sangre de sus jóvenes alumnos se mira en el espejo, que ahora sí lo refleja. Contempla su rostro envejecido y regresa a su ataúd, del que ya no volverá a salir cuando la noche caiga.

Nieto y abuelo

Un amasijo de cólicos, conatos de eructo, vómitos esporádicos, caca, llanto sin lágrimas ni pestañas, pelos arremolinados, dedos prensiles, pies que se abren como abanicos a la menor caricia, ojos curiosos, cejas interrogantes. No sé cuál de los dos babea más, si él o yo —un amasijo de canas, arrugas, púas faciales, anteojos bifocales, aliento ácido, uñas estriadas, reumas, callos, ojos escépticos en los que de pronto vuelve a brillar la fe y cejas gachas que se levantan, maravilladas, ante el milagro de la vida.

[Texto escrito tras el nacimiento de mi nieto Diego
en Barcelona en mayo de 2009]

La palabra

Nací en la Ciudad de México en 1948. El 25 de marzo, día de la palabra que se hace realidad. O del Verbo Encarnado, según la tradición cristiana. Será por eso que cuando me preguntan cuál es la palabra que más me gusta de la lengua española no digo, por ejemplo, *bogavante,* de itinerantes resonancias marinas; no digo *crisálida,* una prestigiosa esdrújula que anuncia en su silabeo la transformación de un gusano terrestre en una alada mariposa. Digo que la palabra que más me gusta de la lengua española es la palabra *palabra.*

AGRADECIMIENTOS

A Raúl Herrera, Rosa María Seco, Fernando Fernández y Eduardo Casar.

Ese montón de espejos rotos
Gonzalo Celorio

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Gonzalo Celorio, 2025

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2025

ISBN: 978-84-1107-679-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Lema
Prólogo
I
- Vea mejor sin anteojos
- El invierno tan temido
- «Por do más pecado había»

II
- Leer
- Primer acto
- Mil novecientos sesenta y siete Un parteaguas
- Segundo acto
- Alfa y Omega
- Primera paternidad
- Tercer acto
- La Ibero
- Segunda paternidad

III
- Mi nombre
- Tiziano 26
- La casa
- Modo de muerte
- Gineceos
- Del tablao flamenco a la literatura infantil
- El Bar de Hada
- Coreografía en tres cuadros
- Nostalgia prematura
- Con su música a otra parte
- El velorio de mi casa

IV
- Un momento de su atención, por favor

La tarima
Extensión académica
Mi efímero paso por Bellas Artes
La loca de la casa
Edmundo O’Gorman Mi abuelo académico
Retorno al magisterio
Un río español de sangre roja
V
¿Cuánto me quieres?
Mis libros
¡El caballo habló!
Carlos Fuentes Cuatro frente a uno
El Fondo
Silvia Garza y la Cátedra Alfonso Reyes
La Feria Internacional del Libro de Guadalajara
La Academia Mexicana de la Lengua
VI
El Espíritu Santo
Desde la pandemia
Nieto y abuelo
La palabra
Agradecimientos
Créditos